3 1761 09544708 2

M. Fernández y González

LOS AMANTES DE TERUEL

SHOUT
SHARE
IT

LOS AMANTES DE TERUEL

LS
F367.4am

SECCIÓN MORAL-RECREATIVA

LOS AMANTES DE TERUEL

(TRADICIÓN DE LA EDAD MEDIA)

POR

D. Manuel Fernández y González

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS AL CROMO

DIBUJO DE

D. EUSEBIO PLANAS

TERCERA EDICIÓN

TOMO II

299146
4-34
17

BARCELONA
ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES
221, CALLE DE LAS CORTES, 223

Es propiedad

54

LOS AMANTES DE TERUEL

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

De como por la simple vibración de un laúd, puede ponerse en cuidado toda una familia

Una mañana, dos días después de los sucesos que dejamos apuntados, llegaba Práixas á Barcelona y se dirigía á la hostería de *Los Tres Caballeros negros*.

Entró en ella á caballo.

Preguntó por Marsilla.

Condujéronle á su presencia.

Entrególe la carta de doña Margarita, añadiendo lo que de viva voz le había dicho ésta.

Leyóla Marsilla.

Aquella carta le asustó.

¿Llegaría á tiempo de impedir su desdicha y la de su adorada Isabel?

Despidió al mensajero.

Dispuso rápidamente lo indispensable, y se apresuró á acudir.

Le acompañaba su leal Galcerán.

Y por cierto muy á su disgusto.

Lo pasaba muy bien en el hotel.

Le trataban á cuerpo de rey.

Además de esto, se entendía con una de las tres doncellas del despacho del hotel.

No partió Marsilla sin ver al rey, y sin pedirle su licencia para dejar á Barcelona.

El rey se la concedió, pero exigiéndole su palabra de honor de que volvería quince días después, cuando más tarde.

El señor Piccolomini escribió á su hija.

La carta para ésta no fué ya á la torre de Segura, sino al castillo de Malespina.

Llegó, pues, muy pronto, porque el castillo de Malespina estaba cerca de Barcelona, en el Montserrat.

Angiolina leyó con furor esta carta.

Todos sus proyectos se habían derrumbado.

Diego é Isabel iban á verse.

Para Angiolina, aunque Marsilla no había dicho en la hospedería adónde iba, era indudable que iba á la torre de Segura.

En su carta le decía su padre la llegada del mensajero.

Sin duda le había llamado Isabel.

Ella no podía creer que le hubiese llamado doña Margarita.

El estado de su herida la impedía acudir.

Envolver de nuevo á los amantes en una nueva intriga.

Echaba de menos á Alejandra.

Alejandra la hubiera servido de mucho.

Pero, ¿dónde estaba Alejandra?

No se sabía.

Los de Malespina le habían dejado dentro de la frontera del reino de Valencia.

Tenía, es cierto, otra mujer enamorada, de la que podía usar.

Había recibido la carta de su padre en que éste le revelaba los pensamientos que tenía, acerca del enamorado Juan Diego Marsilla, la dama incógnita del capuz amarillo y negro.

Pero no podía poner en juego esta intriga.

Y Malespina se mostraba cada día más de parte de Isabel de Segura.

Había convenido un rompimiento formal entre Angiolina y el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego.

Sin embargo, Angiolina continuaba su convalecencia en el castillo de Malespina.

No quería que el rey su padre la viese en el estado de debilidad en que la había puesto la herida.

Angiolina se preparó á continuar luchando con todas sus fuerzas, en el momento en que se restableciese completamente de la herida.

Diego Marsilla había llegado á la torre de Segura.

Mejor dicho, á los alrededores.

Se había metido con Galcerán en las negras ruinas del *Valle Maldito*.

Desde allí podía ir á pie á la selva de Segura.

Hablar con la madre y aun ponerse al paso de la hija.

Había quedado convenida la señal que debía avisar á doña Margarita, de la llegada de Marsilla.

Éste, á la media noche, debía tañer su laúd, cerca de la torre.

Al día siguiente, doña Margarita saldría y pasaría por un lugar del bosque, donde aguardaría Marsilla.

Este convenio se había hecho por medio del escudero Práixas, que había llevado la carta de doña Margarita á Marsilla, que era un antiguo servidor de la casa de Segura, y que sabía bien que doña Margarita amaba á don Juan Diego como si hubiese sido su hijo, y que no para otra cosa que para un asunto referente á los amores de Marsilla con doña Isabel le llamaba doña Margarita.

Sabía bien Práixas cuánto deseaba doña Margarita ver esposo á Marsilla de su hija.

Práixas era un catalán á prueba, y por consecuencia, muy serio y muy reservado.

Marsilla y Galcerán llegaron al empezar la noche á las ruinas.

Dejaron en ellas los dos caballos, y quitados los arneses se fueron hacia la torre, á la cual llegaron cuando, á juzgar por el cielo, único reloj que había entonces, era la media noche por filo.

Se puso á una buena distancia, y ocultó entre las peñas.

Evitaba su vista, y además, el que desde las almenas se le enviase algún jarazo.

Sabía él demasiado cómo las gastaba don Pedro de Se-

gura, y las órdenes que tenían los de la guarda, de ir contra los músicos, ó cualquier otra clase de rondadores que se descubriesen de noche, cerca de la torre.

Las precauciones, pues, de Marsilla, no estaban de más.

Pero no se puso tan lejos que doña Margarita no pudiese oir el sonido del laúd.

Marsilla le tocó durante un breve espacio.

Luego se retiró, y seguido de Galcerán, dió un gran rodeo, y volvió á las ruinas del *Valle Maldito*.

No sólo había escuchado la música doña Margarita, sino que también la había oído don Pedro.

Doña Margarita estaba desvelada por aquel su amor de madre que sentía por Marsilla.

En cuanto á don Pedro estaba despierto, no porque á aquellas horas lo estuviera siempre, que dormía muy bien aquel buen caballero, sino porque había comido con más apetito que de costumbre la cena, y á causa de la crasitud de los manjares había sufrido, y sufría, una indigestión.

Esto le tenía de mal humor.

Cuando oyó el sonido del laúd, dijo:

—Hé aquí otro pájaro cantor nocturno, al que es necesario cortar las alas; pero no seré tan indulgente con éste como lo fuí con el otro: y cata no sea el mismo.

Don Pedro se vistió.

Salió.

Expidió sus escuderos con orden expresa de traerle el músico, muerto ó vivo.

Doña Margarita había reconocido á Marsilla.

Se puso en un gran cuidado.

Si le cogían los escuderos, se podía temer un lance duro.

Tanto más, cuanto que don Pedro estaba muy de mal humor.

La indigestión le traía á mal traer.

Pero el músico no parecía ya por el mundo.

Isabel, á quien sus penas desvelaban, había oido también la música.

Había reconocido á Marsilla en la manera de tocar el laúd.

No había podido menos de reconocerle.

Se le había ensanchado, se le había agitado el corazón.

Estaba segura, aunque ninguna cita tenía con él, de que le vería al día siguiente.

CAPITULO II

De como el amor de una madre adoptiva puede ser para su hijo adoptivo el principio de una fatalidad

Al día siguiente, después del almuerzo, y sin dar pretexto alguno, porque la buena doña Margarita gozaba de la confianza merecidísima de su marido, salió sola de la torre.

Debía ir á hacer alguna obra de caridad.

Doña Margarita, que no valía menos que Isabel, tenía también sus pobres y sus enfermos.

Atravesó el parque.

Entró en la selva.

A poco de haber penetrado en ella doña Margarita, salió de entre un jaral Diego Marsilla y se le presentó.

Doña Margarita se arrojó en sus brazos, y le besó como si hubiese sido su hijo.

Con la única diferencia de que si hubiese sido su hijo de

la naturaleza y no del corazón, en vez de haberle besado en las mejillas le hubiera besado en la boca.

Inmediatamente doña Margarita le dijo:

—No podemos estar mucho tiempo juntos; podría por aquí pasar alguien, y sospechar lo que, á Dios gracias, está muy lejos de nosotros, al vernos en este apartado sitio. Es necesario, Diego, que mates ó mueras.

Hay que advertir que doña Margarita era, aunque muy buena mujer, muy brava.

Una verdadera ricahembra de su tiempo.

Contó sucintamente á Marsilla lo que había acontecido.

Que afortunadamente aquel proyecto de enlace se había deshecho.

Pero que, aunque ella fuese madre de Isabel, y la amase mucho, no podía mentir ni engañar á quien, como á Marsilla, tal como á un hijo amaba; esto es: que Isabel no se había mostrado tan esquiva como hubiera sido de desear con el señor príncipe Miletto de Castellobianco.

Que ella temía que se habría deslumbrado con la grandeza de un príncipe, primo del rey don Pedro de Aragón, y sobrino del Papa.

Que era de temer, en vista de lo enamorado que el príncipe se había mostrado de Isabel, volviese y se entendiese de nuevo con su marido.

Que no había que fiar mucho en Isabel.

(Doña Margarita insistía en esto).

Que el príncipe Miletto era muy hermoso.

Que parecía riquísimo.

Que era, á no dudarlo, un libertino.

En fin: que por más de una gravísima razón, era de todo punto necesario que Diego le retase y le emplazase á singular combate, y le matase buenamente, sin pararse en consideraciones de ningún género, que podían ser funestas.

Que encontraría al príncipe Miletto en el castillo de Malespina en Montserrat, del señorío de un altivo señor, barón de Malespina, ricohombre de Aragón, Gran Maestre de los caballeros de la Cruz de fuego, con el cual era muy posible tuviese que medirse también Marsilla, por que aquel tal protegía abiertamente al príncipe Miletto.

Que esto importaba poco.

Que cuantos más peligros arrostrase por Isabel, tanto ésta se vería obligada á amarle más; porque una de las cosas que las mujeres estiman en gran manera, es el valor en el hombre á quien aman, y que éste esté dispuesto á romperse todos los días por ella la cabeza, siquiera sea con el mismo tálamo.

Oyendo estaba atentamente Marsilla, ya pálido, ya lívido, ya agitado, ya en la apariencia engañaba á la que podía llamarse su madre adoptiva, y cuando concluyó la dijo, que aquel mismo día iba á buscar al príncipe Miletto, al cual no le quedaba de vida más que el tiempo que él tardase en llegar al castillo de Malespina.

Que le importaba muy poco que el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego protegiese ó no al príncipe Miletto.

Que en todo caso, también habría algo, y no esperado, para el gran Maestre, y que, en fin, él estaba resuelto á perder la vida por su adorada Isabel.

Con lo cual se fué muy consolada doña Margarita, creyendo haber puesto un gran remedio á un gran mal, y Marsilla se quedó esperando, oculto en la enramada, sobre otro sendero por el cual estaba seguro de que había de pasar Isabel.

Como que ésta había recibido muy de mañana una carta que con un labriego la había enviado Marsilla, y había contestado que iría á la cita.

CAPITULO III

De como las mujeres, ofendidas en su amor, cuanto más aman más crueles se muestran.

No porque Isabel de Segura fuese una excelentísima joven, dejaba de tener la coquetería de que dió tan claras muestras en los principios de la humanidad nuestra común madre Eva.

Tardó á la cita.

Desesperó á Marsilla.

Cuando sobrevino, aparecía tranquila, y de todo punto indiferente.

Venía sencillamente vestida.

Como con desaliño.

Pero con un desaliño tal que realzaba su hermosura.

Isabel resplandecía.

Marsilla se sintió morir.

Le acometió un temblor terrible.

Le flaquearon las piernas.

Necesitó apoyarse en un árbol para no caer.

—¿Y bien?... le dijo Isabel: ¿qué es lo que *tenéis* que decirme?

Isabel no había hablado nunca de *vos* á Marsilla.

El dulce *tú* se había cambiado entre ellos desde la infancia.

Al verse tratado de tan seria manera, y con semblante no menos serio, Marsilla se puso lívido.

Permaneció algún tiempo mudo, tembloroso, mirando con una expresión de espanto que no podía ser más clara á Isabel.

Y al mismo tiempo la mirada atónita con que la devoraba, era un volcán de amor

Se le estremecían á Isabel las entrañas bajo aquella mirada.

Sin embargo, permaneció firme.

Apagó el fuego de sus ojos.

Contuvo los latidos de su corazón.

Y no podía dudar de que Marsilla la amaba, la adoraba.

Que no podía amar á otra que á ella.

Lo decía harto claro aquella mirada candente que fijaba en ella Marsilla.

¡Pero aquella dama de las ruinas con quien le había oído hablar de amores!...

Isabel estaba celosa.

No hay nada más terrible que los celos en una mujer enloquecida de amor.

La hacen capaz de toda venganza.

De todo horror.

Duró algunos minutos aquella situación muda.

Al fin exclamó Marsilla:

—¿Por qué me tratas de *vos*?

—¿Y cómo queréis que os trate? dijo Isabel, no sois mi hermano, ni podéis ser mi esposo.

—¿Que no puedo ser tu esposo?... exclamó alentando apenas Marsilla.

—No, respondió fríamente Isabel.

—¡No! exclamó con un acento extraño Marsilla.

—¡No!... repitió con un más profundo acento Isabel ¡imposible!...

—¡Imposible!

—¡Sí, imposible!

—Es verdad, exclamó con la voz trémula de furor Marsilla; tú no me amas.

—No os he amado nunca.

—¡Oh! ¡qué dices! exclamó Marsilla.

—Que no os he amado nunca.

—¡Nunca!... pero tú me has jurado amor.

—Yo creía amor lo que estaba muy lejos de ser el amor, dijo ya con el desdén más supremo Isabel.

Marsilla vaciló.

Tuvo que apoyarse con mucha más fuerza en el árbol para no caer.

Se manifestó en él una agonía suprema.

A Isabel se le estrechaban más y más las entrañas.

Sentía una felicidad dolorosa.

No podía dudar del amor delirante, supremo, de Marsilla.

¡Pero aquella conversación de Marsilla con otra mujer en las ruinas!

¡Aquella conversación de amores!

Ella no podía acomodarse á esto, ni aun pensar en ello sin enfurecerse; sin sentir deseos de exterminio.

—¡Que no me has amado! ¡que has mentido! exclamó agonizando Marsilla.

—No he mentido, dijo Isabel, siempre con su acento frío y acerado: me he engañado: yo no conocía el amor; cuando le he conocido, he visto que lo que por vos había sentido, lo que en mi ignorancia había creído amor, no lo era: lo he conocido cuando verdaderamente he amado.

—¡Qué!... ¡que tú amas á otro hombre!... exclamó Marsilla.

Y echó, fuera de sí, la mano á su puñal.

Una oleada de sangre subió á su cabeza.

Una mirada de muerte partió de sus ojos y fué á dar en los de Isabel.

—Vos no tenéis derecho á acusarme, exclamó Isabel.

Marsilla retiró la mano del puñal.

—Tú me olvidas por otro, exclamó Marsilla; tú me sacrificas á otro.

—Yo no os sacrifico á nada.

—Sí; á tu ambición.

—¡A mi ambición!... ¡sí!... ¡á mi ambición de amor!

—No; él es un príncipe, un poderoso príncipe: primo del rey de Aragón, pariente del Papa...

—Él es un hombre á quien amo, y que será mi esposo.

—¡Jamás!... ¡á lo menos, mientras yo viva! exclamó trémulo de furor Marsilla.

—He venido á vuestra cita, dijo continuando en su aparente frialdad, en su difícil impasibilidad Isabel, para deciros únicamente que os olvidéis de mí.

—Yo no puedo olvidarte: esto me matará, si no muero á manos de mi enemigo.

—Yo os debía decir, y os digo, que si algún empeño tenía con vos, le rompo.

—¡No; no será!... ¡no puede ser!... ¡Dios no puede permitirlo!... Yo no he ofendido en manera alguna á Dios para que pueda caer sobre mí castigo tan horroroso.

—Si habéis ofendido ó no á Dios, cuenta es vuestra, de vuestra conciencia, dijo Isabel; en cuanto á mí, como ya os he dicho lo que tenía que deciros, de vos me alejo.

—¡Espera... ó yo!...

—Os he prohibido que me sigáis.

—¡Y bien, sí! exclamó Marsilla: ¡yo no debo morir aún... no; es necesario que yo mate!

Los celos de Isabel se iban curando.

Se enamoraba más y más.

Veía á Marsilla frenético, fuera de sí.

Quien de tal manera la amaba, no podía amar á otra.

Cierto que ella le había oído algún tiempo atrás diciendo amores á otra mujer.

Pero Marsilla no amaba á aquella mujer.

Había sido sin duda una aventura pasajera.

Un galanteo sin condición.

Isabel se sentía feliz.

Pero no lo manifestaba.

Se mantenía firme.

Aparecía irritada.

—Ya que no puedes llorar por mí, porque me has olvidado, dijo Marsilla, llorarás por él.

—¡Por él! exclamó Isabel.

Y soltó una sonora carcajada.

—He de ser implacable con ese hombre, exclamó Marsilla.

—Sedlo en buen hora si podéis, dijo Isabel.

Lo cómico estaba en el fondo de la cuestión.

Tenía la seguridad Isabel de que Marsilla no combatiría con el príncipe Miletto.

Ni la inquietaba el saber que el príncipe Miletto era una mujer hermosísima.

Cuando aquella hermosísima mujer se valía de tales trazas para satisfacer su amor, era evidente que Marsilla la desdeñaba.

—En fin, dijo Isabel; vos no tenéis derecho á que yo os oiga por más tiempo: entre nosotros todo ha concluído: no me detengáis, quedad con Dios.

—¡Ah!... no... no te irás!... ¡me oirás!... exclamó Marsilla interponiéndose y cortando el camino á Isabel.

—¡Paso! dijo con una indomable energía Isabel, ó daréis ocasión á que os crea un infame.

Marsilla se apartó, confundido, dominado.

Isabel dió algunos pasos.

Marsilla no pudo contenerse.

Corrió á ella, la alcanzó, se arrojó á sus pies, y asiéndola por la túnica, la dijo:

—¡Mátame, despedázame, pero no te apartes airada de mí!...

—¡Soltad! dijo Isabel: ¡soltad!... ¡yo no os amo!...

No hay nada más fiero, más cruel que la mujer rogada.

Aquel *no os amo* de Isabel, produjo en Marsilla una impresión terrible.

La miró con una ansiedad de muerte.

Extendió los brazos suplicante.

Dió un gran grito y cayó desmayado.

Al grito de Marsilla sucedió otro grito de espanto de Isabel.

Se arrojó sobre él y le examinó ansiosa.

Marsilla tenía la palidez del cadáver.

Respiraba con una gran dificultad.

Isabel le contemplaba agonizante.

Creía que se le moría.

Gritaba pidiendo á voces socorro.

Pero sólo la contestaban los ecos de la selva.

Al fin Marsilla dió un largo suspiro.

Se agitó.

Volvía en sí.

Isabel se rehizo.

Se calmó su terror.

Aquello no había sido más que un accidente pasajero.

Si permanecía allí, después de volver en sí Marsilla, perdía el terreno que había ganado.

No quería perderlo.

Escapó en el momento en que Marsilla abría los ojos.

Cuando el pobre enamorado volvió completamente en sí, no vió á Isabel.

Ésta corría hacia la torre de Segura, temerosa de ser alcanzada por Marsilla.

Éste se rehizo completamente.

Permaneció algún tiempo inmóvil y pensativo.

Luego dijo:

—¡Es necesario que yo vengue mi amor y mi dolor: es necesario que esa ingrata, que esa pérfida llore por el hombre á quien ama!

CAPITULO IV

De la galantísima manera con que Malespina recibió en su castillo á Marsilla

Al día siguiente Marsilla salió de Teruel y se fué con Galcerán á toda prisa al castillo de Malespina.

No tardaron menos de dos días en llegar.

Angiolina, entretanto, se había repuesto casi completamente.

Estaba, en verdad, un tanto pálida y un tanto flaca.

Pero parecía más hermosa.

Había en su hermosura algo del otro mundo.

Algo extraordinariamente ideal.

Su herida había curado completamente, sin dejar género alguno de consecuencia.

Sorprendióse cuando la dijeron que Marsilla estaba con su escudero delante del castillo.

No esperaba, en verdad, su visita.

Afortunadamente Malespina estaba en el castillo, y vió á Marsilla y le reconoció.

Marsilla con su inseparable Galcerán, había llegado delante de la puerta del castillo.

Había hecho sonar su bocina, y se había anunciado como un caballero aragonés que, por gravísimos negocios, por grandes empeños, buscaba al señor príncipe Miletto de Castellobianco.

Se llevó el mensaje á Gutier de Malespina.

Éste mandó que inmediatamente se diese entrada franca á aquel caballero.

Pero antes de presentarse á Marsilla avisó á Angiolina.

Ésta se sintió desfallecer de felicidad.

Marsilla buscaba, ansioso de venganza, al príncipe Miletto.

Esto significaba qne Marsilla había hablado con Isabel.

Que Isabel le había ocultado que el príncipe Miletto era una mujer.

Que Isabel no amaba tanto como se creía á Marsilla, cuando, sabiendo ella que iba á encontrar á una mujer, y á una mujer hermosa y poderosísima, le dejaba buscarla.

Isabel tampoco se había disculpado con Marsilla.

Tal vez Isabel había olvidado al amante y al pobre.

Tal vez amaba al prepotente don Rodrigo de Azagra, que, como no tenía que hacer fortuna, se había quedado en su castillo de Albarracín, y no dejaba la ida por la venida á la torre de Segura.

Como que entre las dos fortalezas sólo había algunas leguas, que se hacían en pocas horas.

—Me dais un gran día, dijo Malespina á Marsilla, ba-

jando á recibirle á la poterna: un caballero como vos no puede menos de ser recibido con una gran satisfacción, por la honra que da en la casa donde se le recibe.

Cuando Malespina quería era extraordinariamente simpático.

Marsilla, que era un buen joven y tenía el corazón de oro, encontró también simpático á Malespina.

—Me pesa, dijo, del objeto que me trae á una casa en que tan bien se me recibe.

Entretanto iban adelantando, asidos de las manos, hacia la torre de la cueva de la poterna, por la parte interior.

—Puesto que á buscarme venís, dijo Malespina, podéis contar con tener de mí todo cuanto soy, puedo y valgo, y más... mucho más aún si así lo deseáis.

—Mil gracias por tan buena voluntad, dijo Marsilla: ¿pero vos me conocéis?

—¿Quién no conoce á los Marsilla de Teruel?... Son una raza de caballeros.

—Nos hacéis justicia, don Gutier.

Subían á este punto las estrechas y sombrías escaleras, y llegaban á un reducido descanso, donde se veía una puerta ricamente ornamentada.

Una mampara de marroquí, en que estaban bordadas en oro las armas de Malespina, cerraba aquel arco tan ricamente ornamentado, que para dejar ver las caprichosas ornamentaciones, no tenía más luz que la que entraba por una profunda saetera.

Malespina abrió aquella mampara.

Se encontraron en un espacio circular.

En una especie de antecámara.

De allí pasaron á una riquísima cámara, de alta y gallarda bóveda, cuyos muros eran un prodigio de ornamentación.

En la parte baja, y como hasta tres metros de altura, lucían magníficos tapices venecianos.

Una gran chimenea de piedra, en forma de círculo, bravamente esculpida, mostraba en su ancho seno una enorme hoguera de encina.

El mueblaje era admirable.

Las panoplias que se veían por encima de los tapices eran verdaderamente prodigiosas, por el valor artístico, por la riqueza, por la bondad de las armas, tanto ofensivas como defensivas, que contenían.

En un ángulo se veía alzado el magnífico estandarte de los Caballeros de la Cruz de fuego.

Dos armaduras completas, puestas en sus estafermos, una á cada lado del estandarte, parecían darle una guardia de honor.

—Cuento con teneros por huésped durante algún tiempo, dijo Malespina á Marsilla, invitándole á sentarse en un gran sillón, y sentándose en otro á su lado.

—Siento mucho deciros, respondió Marsilla, que yo no permaneceré en vuestra casa más que el tiempo necesario para entenderme con una persona que está en ella.

—¿Os referís al señor príncipe romano, Miletto de Castellobianco? preguntó sonriendo Malespina.

—A ese señor me refiero.

—Pues en lo tocante á ese señor, dijo Gutier de Males-

pina, yo levanto completamente la mano: todo lo que pueda aconteceros con él, debe de ser por fuerza tan extraño, que yo me echo fuera, de todo punto fuera. Con la persona que á mi casa venís á buscar me ligan grandes obligaciones que vos respetaréis. En fin: os lo digo de una vez para siempre: en este negocio no entro ni salgo. No me pidáis después responsabilidad alguna, y yo sé lo que digo cuando digo esto: yo no puedo hacer otra cosa que serviros de intermediario para con ese señor.

—Quisiera verle cuanto antes, dijo Marsilla, con la voz alterada por una cólera suprema.

—Os pido, pues, vuestra venia para ir á poner en conocimiento de esa persona, vuestra pretensión.

—¿Por qué decís esa persona y no el príncipe? dijo Marsilla.

—Perdonadme, dijo Malespina: no puedo ser más claro: cuando os entendáis con esa persona, entonces comprenderéis mi reserva.

—Convenido, puesto que no tengo derecho á otra cosa.

—Voy, pues, á anunciaros.

Y Gutier salió de la cámara por una puertecilla que había en un ángulo.

Marsilla se quedó gravemente preocupado.

Encontraba un misterio en las palabras de Malespina.

Debía, sin embargo, respetar aquel misterio.

Se le había recibido galantemente, como hubiera podido serlo en la casa de un antiguo amigo.

Malespina estuvo ausente durante algunos minutos.

Cuando volvió dijo, sonriendo siempre, y de una fina y cariñosa manera á Marsilla:

—Esa persona se niega á recibiros ahora y os pide perdón por su negativa, con la que no quiere ofenderos: dice que los negocios de que tenéis que tratar con ella son gravísimos, y que, por lo tanto, desea que vuestra entrevista sea de todo punto solitaria, esta noche, en la montaña, en un lugar á que uno de mis caballeros os conducirá.

—¡En buen hora! dijo Marsilla: de aquí á la noche no falta mucho tiempo. Adiós quedad: volveré á la noche.

—¡Cómo! ¿volver? ¿pues no estáis en vuestra casa, señor don Diego?... exclamó Gutier.

—¡Cómo!... ¿también sabéis mi nombre?

—Me ha hablado mucho de vos, me habla continuamente esa persona con quien esta noche os avistaréis; por lo demás, no me ofendáis, pues me causaréis un dolor si no permanecéis en mi casa todo el tiempo que estéis en Montserrat, como si fuera vuestra.

Marsilla encontró ridículo insistir.

Aceptó, pues.

Malespina y él estuvieron conversando hasta la hora de comer.

Llegada ésta pusieron la comida para los dos en la misma cámara.

—No extrañéis, dijo Malespina á Marsilla, que esa persona que buscáis no se presente en la mesa; ella no quiere que la veáis hasta el momento preciso.

El femenino aplicado á la palabra ambigua *persona*, había sido marcado con un acento enérgico por don Gutier.

La comida fué exquisita, suculenta.

Después de ella, y con una gran amabilidad, llevó á visitar su extraño castillo á Marsilla; recorrieron la gruta y subieron á la cabeza del Jorobado.

Marsilla admiró el agreste, el pintoresco paisaje que desde allí se descubría.

No podía imaginar Marsilla que en aquella cámara tan elevada había estado prisionera Alejandra.

Como el castillo era grande, visitándole invirtieron la tarde.

Cuando volvieron á la cámara de donde habían partido era ya de noche.

La hora de la cita con el príncipe Miletto, á quien Gutier de Malespina no llamaba más que *persona*, había llegado.

Manifestó Marsilla su impaciencia á Malespina.

—Pues cuando gustéis, dijo éste, podéis partir para el lugar donde debéis ver á esa persona: dejad que llame al que ha de conduciros.

Llamó Malespina, y se presentó inmediatamente su primer escudero.

—Gomecillos, le dijo Malespina; conduce á este caballero á la *Garganta del Lobo*, y retírate cuando lleguéis á ella; pero quédate donde la bocina de este caballero puedas oir, y sírvele en todo lo que mandare.

Gomecillos y Diego Marsilla salían poco después del castillo y se dirigían á las ásperas quebraduras inmediatas.

CAPITULO V

De cómo lo domina todo el amor

Lucía una luna clarísima que hacía resaltar sobre oscuras penumbras las peladas rocas.

Gomecillos, precediendo á Marsilla, avanzaba por un asperísimo sendero.

Llegaron al fin á un lugar frondoso, entre dos altísimas rocas.

La luna le alumbraba por mitad.

Los puntiagudos abetos parecían altísimos fantasmas.

Un arroyo atravesaba aquel espacio, trepado por un musgo fuerte.

—Hé aquí, señor caballero, dijo Gomecillos á Marsilla, la *Garganta del Lobo;* yo me retiro si no tenéis otra cosa que mandarme: si me necesitáis, llamad.

—Id con Dios, y gracias por vuestra cortesía.

Gomecillos se retiró.

Marsilla se quedó esperando impaciente.

Poco después sintió el ruido de unos leves pasos.

Se volvió y vió que se acercaba á él un mancebo gentil.

Su traje era tan rico que la luna arrancaba de él numerosos destellos.

Se irritó Marsilla.

Sin duda Isabel se había rendido á aquella juventud, á aquella belleza.

No le había visto el rostro Marsilla.

Pero por su conjunto le creyó hechicero.

Cuando estuvo cerca vió que aquel mancebo tenía cubierto el semblante por un antifaz.

—Guárdeos Dios, señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, dijo Angiolina con la voz trémula de emoción.

Marsilla creyó que lo tembloroso del acento de aquel que creía un mancebo, el príncipe Miletto, era de miedo.

—Sentía un ansia mortal por hablaros, dijo Angiolina, porque el hablaros va á ser para mí ocasión de vida ó muerte.

—¿Sois vos el príncipe Miletto de Castellobianco? dijo Marsilla conteniendo mal la ira.

—Con su nombre á lo menos, y con papeles que probaban que podía llevarlo, me he presentado en la torre de Segura.

—¿Y en ella habéis pedido la mano de Isabel de Segura?

—Sí, y se me ha concedido.

—Don Pedro de Segura ha mancillado su honor, faltando á una palabra.

—Don Pedro de Segura se ha deslumbrado.

—En verdad, en verdad, dijo Marsilla, que estas palabras son ociosas; vengamos á lo que importa: uno de los dos ha de morir aquí.

—Yo no muero ni mato por una mujer á quien aborrezco, exclamó Angiolina.

—¿Qué la aborrecéis, y queríais casaros con ella?

—Porque vos supierais que se había casado con otro; que se había olvidado de vos.

—¡Esto es muy extraño!... ¿qué os importo yo?

—¡Ah!... ¿qué me importáis vos? exclamó Angiolina; venid, mirad.

Y se quitó el birrete.

Se puso de modo que la iluminase de lleno la luna.

Luego se arrancó el antifaz.

Se abrió un tanto la gorguera y la descotadura del rico sayo, y dejó ver á Marsilla su magnífica garganta, en la que había un collar de perlas, y el nacimiento de los hombros.

No podía desconocerse entonces su sexo.

Aparecía, además, hermosísima.

—Yo soy el príncipe Miletto de Castellobianco, dijo con la voz apagada por la emoción.

Marsilla, que había retrocedido asombrado, como herido por aquel esplendor de hermosura exclamó:

—¿De tales artes se vale ese noble príncipe para cortar mis iras, y en vez de venir á mí me envía á vos... á vos, Angiolina?

—¡Ah!... ¡me habéis reconocido!... exclamó ella.

—¿Y cómo no reconoceros? dijo Marsilla.

—Yo soy el príncipe Miletto de Castellobianco, dijo con la voz apagada por la emoción

—¿No me habéis olvidado?

—¡Ah! ¡no!... exclamó Marsilla acreciendo en su turbación.

—Antes de deciros lo que ha de ser, por vuestra respuesta, mi vida ó mi muerte, sabed mi nombre: yo soy doña María de los Ángeles de Aragón.

—¡De Aragón!...

—Sí; hija bastarda, reconocida en secreto por el señor rey don Pedro II de Aragón.

—¡Oh!... ¡Dios mío!... exclamó Marsilla.

—¡Y yo os amo!... ¡yo muero por vos!... yo, sin vuestro amor, soy la más desgraciada de las mujeres, y sin vuestro amor no podré vivir.

—¡Ah, señora! prorrumpió Marsilla: tened compasión de mí: yo no sé qué deciros... yo soy muy infeliz... Isabel...

—¡Isabel no os ama! Isabel os olvidó por el príncipe Miletto. Isabel está dispuesta á casarse conmigo... conmigo, ¿lo entendéis? y para que no dudéis de que yo he pasado en la torre de Segura por el príncipe Miletto de Castellobianco, primo del rey y pariente del Papa, leed estos pergaminos.

Y sacó un rollo de ellos de su escarcela.

—Yo no necesito pruebas de la verdad de lo que me decís: yo os creo, señora, dijo Marsilla, rechazando dulce y cortesmente aquellos pergaminos.

—Si vos no queréis leer, leeré yo, dijo Angiolina.

La luna era clarísima.

Aquellos pergaminos los conocen nuestros lectores.

Eran la correspondencia de Angiolina con su padre.

Marsilla estaba aturdido.

Dejaba leer á Angiolina.

Cuando ésta concluyó, dijo:

—¿Os convencéis ya de que yo soy la infanta de Aragón, doña María de los Ángeles, y de que he sido también, en apariencia, el príncipe Miletto de Castellobianco?

El aturdimiento de Marsilla crecía.

No sabía que responder.

Mejor dicho: nada se le ocurría

Estaba irritado contra Isabel.

Isabel le había despreciado.

Isabel le había dicho que no le amaba.

Isabel se había deslumbrado con la grandeza del príncipe Miletto de Castellobianco.

Una grande dama, una princesa, enamorada de él, enloquecida por él, había tomado nombre y traje de hombre, para buscar á Isabel, para fascinarla, para demostrarle á él que Isabel no le amaba.

Y lo había conseguido.

Isabel se había olvidado de él por el príncipe romano.

Por el primo del rey.

Por el pariente del Papa.

Isabel, pues, era una traidora.

Una perjura.

No debía ser amada.

En cambio, aquella altiva princesa, de cuyo amor no podía dudar, había hecho por él más de lo que era imaginable.

Marsilla se explicaba al fin las grandes muestras de afecto que le había dado el rey, pues al rey sin duda

debía la magnificencia con que se le había tratado en la hostería de *Los Tres Caballeros negros*.

Mientras había estado en la hostería, apenas si Marsilla había reparado en Angiolina.

Apenas si la había visto alguna que otra vez.

Entonces la tenía junto á sí.

Palpitante, enamorada, ansiosa, olvidada de todo, devorándole con una mirada candente.

A la luz de la luna tenía la hermosura de Angiolina algo de sobrenatural.

Fluía de sus ojos algo dulcísimo, algo infinito, algo trastornador.

Había una infinita voracidad de amor en la expresión de aquella mirada.

En aquellos bellísimos labios coralinos, trémulos de emoción.

Había cogido á Marsilla una mano y la estrechaba contra su pecho.

Sentía Marsilla latir el corazón de Angiolina, precipitado, violento.

Tanta ansiedad, tanto amor, aumentaban su hermosura hasta hacerla ideal.

Casi divina.

Por una atracción irresistible, la atónita mirada de Marsilla se fijaba en la mirada de Angiolina.

En los ojos del joven aparecía algo tan poderoso, una sensualidad de tal manera violenta, excitada por los encantos de Angiolina, por la pasión que la conmovía, que Angiolina se creyó amada.

Aquello, sin embargo, no era amor.

Marsilla no podía amar á otra que á Isabel de Segura.

Pero podía conmoverse á despecho suyo, por la hermosura y por la pasión de una mujer de tal manera, que pareciese enamorado.

Ya nos hemos ocupado de esto, que á primera vista parece una contradicción.

No debemos, pues, aducir á cada momento razones para justificar estos extravíos de nuestra mente.

Marsilla tenía el alma de fuego.

Estaba, además, acostumbrado á ser favorecido de las mujeres.

Había tenido, en poco tiempo, algunas amantes.

¿Qué importaba una amante más?

Y luego, lo repetimos, estaba gravemente ofendido, y con razón en la apariencia, de Isabel.

La voluptuosidad que fluía de Angiolina, que no era menos bella ni menos incitante que Isabel, empezaba á embriagarle.

Sus ojos se encarnizaban.

Se fijaban avaros en los ojos, en la boca, en el nacimiento del seno de Angiolina.

El rico collar de perlas que tenía á la garganta se alzaba y descendía, siguiendo su ardoroso alentar.

Marsilla desfallecía.

Se enloquecía.

Vacilaba.

No había contestado á Angiolina.

Pero su conmoción, su mirada atónita, que se encarnizaba visiblemente en las bellezas de Angiolina, representaban de tal manera el amor, que Angiolina se creía amada.

Amada con toda el alma de Marsilla.

¿Quién no cree lo que desea, y más cuando hay para creerlo unas tales apariencias?

Hubo un momento en que una luz divina inflamó la mirada de la delirante joven.

En que su expresión tomó una tal intensidad de belleza, que Marsilla sonrió de una manera inefable, como si se hubiese sentido glorioso.

Una fatal aparición.

Un inmenso amor del momento.

Entonces Marsilla no se acordaba de Isabel.

Ni de sí mismo.

Ni de nada.

Vivía con la vida que le transmitía Angiolina.

Esta vió á su vez, sublimado por la explosión de la voluptuosidad, el hermoso semblante de Marsilla.

Se agitó su corazón de una manera insoportable.

Lanzó un grito agudo, como si hubiese recibido un golpe terrible, y se desmayó.

Marsilla la retuvo en sus brazos.

Angiolina, desmayada, con los ojos abiertos é inmóviles en que aparecía una mirada inefable, con la boca entreabierta, aparecía semejante á un arcángel.

Marsilla llegó á creer que hasta entonces no había amado.

Que lo que había sentido por Isabel no era amor.

Pero al mismo tiempo un temor como jamás había sentido le helaba.

El accidente en que la felicidad del amor había hecho caer á Angiolina, parecía mortal.

Se había quedado fría y rígida.

Había habido un éxtasis.

Una misteriosa congestión.

Una paralización del sentimiento.

Pero una congestión del alma, si se nos permite la frase.

Nosotros sabemos que el alma se congestiona.

Que tiene una vida peculiar á ella, cuyos fenómenos son semejantes á los que producen la alteración de la sangre en nuestro organismo.

Marsilla sostenía á Angiolina entre sus brazos, y puso su boca en su boca, como queriendo comunicarle la vida.

Entonces Marsilla gimió.

Gozó una ambrosía inefable.

Se conoció más y más enamorado.

Angiolina volvió en sí.

Rechazó violentamente de sus brazos á Marsilla.

Un color súbito, que se revelaba, á pesar de lo lívido de la luz de la luna, salió á su semblante.

—¡Ah!... ¡no... no!... ¡tu esposa, sí!... ¡tu amante, no!... exclamó con el acento impregnado de una pasión que hizo sentir nuevas delicias á Marsilla.

—¡Esposa, amante, madre, hermana, todo!... exclamó con una exaltación infinita Marsilla.

Ella no contestó.

Se llevó la mano sobre el corazón.

—¡Oh!... ¡y qué felicidad tan terrible!... exclamó: ¡esta felicidad mata!... ¡Oh!... ¡qué hermoso eres!... ¡qué hermoso!... ¡y cuánto te amo!...

—¡Ah!... ¡por piedad!... exclamó Marsilla; yo muero de amor.

Nunca había estado más en peligro de perder á su adorada Isabel.

Para casarse, en aquellos tiempos, no se requerían las formalidades que algunos siglos más adelante estableció el Concilio de Trento.

Bastaba con que un sacerdote bendijese á los contrayentes.

El casamiento era tan válido como hoy.

En aquellos solemnes momentos en que el amor subyugaba á los dos jóvenes, se oyó de improviso, como por entre la peñas que se alzaban en una pequeña ascendente, al norte del castillo de Malespina, el sonido vago de un esquilón.

Aquel esquilón no podía ser sino de una de las muchas ermitas que había en Montserrat.

Tal vez el ermitaño era sacerdote.

—Oye, dijo Angiolina á Juan Diego; la voz de Dios resuena en esa campana; ella nos llama en este supremo momento. La bendición de un sacerdote colmará nuestra ventura: ¡tú, mío!... ¡yo tuya!... Vamos, adorado mío; vamos en busca de ese sacerdote.

Marsilla sintió un estremecimiento extraño.

Pero la fascinación que le causaba Angiolina acrecía.

Se dejó conducir.

Angiolina se apoyaba indolentemente en su brazo.

Le dejaba ver su mirada infiltrada de ternura.

Resplandeciente de felicidad.

Su voz era melodiosa y suave.

Hacía sentir la tentación.

Su sonrisa representaba una forma celeste.

Su palabra enamorada, tierna como la de una madre, acrecía, y acrecía la fascinación.

A cada momento Angiolina se hacía más hermosa para Marsilla.

A cada momento Marsilla creía más y más que hasta entonces no había conocido el amor.

El esquilón seguía tocando de tiempo en tiempo, y á medida que los jóvenes adelantaban, se hacía más perceptible su sonido.

—¡Ah!... exclamaba Angiolina: me van faltando las fuerzas: yo no podré llegar. Esta vida que siento es terrible. ¡Oh!... ¡mi adorado!... ¡sí... yo te amo más que á mi alma!... ¡sí... yo soy tu esclava!

Y Angiolina se sentó sobre una peña.

Estaba jadeante.

—¡Ah! exclamó Angiolina alzándose de improviso y arrojándose en los brazos de Marsilla: ¡mi vida es tu vida!... ¡mi alma, tu alma!...

Y el esquilón seguía sonando, allá, en lo alto de una gigantesca roca, á cuyo pie estaban los dos amantes.

Resonaban, además, los graznidos de los aguiluchos hambrientos, que en lo alto de las rocas circunvecinas anidaban.

Zumbaba un riachuelo que se despeñaba por el fondo de un barranco.

Y Angiolina y Marsilla nada sentían de lo que les rodeaba.

No vivían más que para sí mismos.

CAPITULO VI

En que aparece inesperadamente uno de nuestros más antiguos conocidos

Marsilla había empeñado una vez más, si no su corazon, su conciencia.

Angiolina era su esposa ante Dios.

Y Angiolina deliraba de felicidad.

Para ella, todas las grandezas de la tiera eran cosa mezquina.

Su Marsilla.

Hé aquí todo.

Aquel hermosísimo mancebo, al que no había podido ver sin sentir en el mismo punto el primero y el último amor de su vida.

Se sentía triunfante de Isabel.

Angiolina no podía temer que un tal caballero faltase á

un empeño de honra y de conciencia que recientemente había contraído.

Continuaba sonando allá, en lo alto de la roca, el esquilón.

Pero más de tiempo en tiempo que antes.

De una manera más débil.

Sus golpes eran de todo punto decrépitos en intensidad.

Algunos de ellos apenas se oían.

Parecía que el esquilón tenía vida, y que agonizaba.

—¡Oh! subamos, subamos, exclamó Angiolina: indudablemente en lo alto de esa roca hay una ermita. El ermitaño consagrará esta unión dichosa, esta felicidad incomparable.

—¡Oh! ¡sí!... ¡subamos!... exclamó Marsilla que estaba aún bajo el imperio de la fascinación.

Pero les atajaba el paso el riachuelo que corría por el fondo del barranco.

Su corriente era tan rápida, que se hacía imposible pasarla, á pesar de que no era grande el fondo.

Recorrieron un largo espacio, buscando un lugar por donde, pasando el agua por entre dos rocas muy próximas, pudiese saltarse al otro lado.

Buscaron en vano.

Y el esquilón seguía tañendo.

Pero de una manera más débil.

Más irregular.

De improviso se oyeron pasos y voces de algunos hombres.

Aquellos pasos, aquellas voces se acercaban.

Marsilla se previno.

Angiolina lanzó un grito agudísimo, desgarrador

Podían muy bien ser bandidos.

Y no se había engañado Marsilla.

Aparecieron diez hombres armados con ballestas.

Al ver á los dos jóvenes, corrieron á ellos de una manera tal, que no podía dudarse de lo hostil de su intención.

Marsilla se puso rápidamente delante de Angiolina, y tiró de la espada.

Esto provocó un crimen.

Uno de aquellos hombres, el que estaba ya más cerca de ellos, se detuvo, armó su ballesta y disparó.

Marsilla cayó por tierra.

Angiolina lanzó un grito agudísimo, desgarrador.

Se arrojó sobre Marsilla y se desmayó.

Y el esquilón seguía tocando con la misma debilidad, con la misma intermitencia.

—Pronto, dijo el hombre que había disparado: apoderaos de ella; la casualidad me la pone en las manos: dejadle á él que viva ó muera: conducidla á la cueva.

Aquel hombre que así hablaba traía un ropón y un capuz.

Este ropón era negro.

El capuz rojo.

Bien podía ser don Enguerrando de Azagra.

Y lo era en efecto.

Los que le seguían, que estaban bien encapuzados, cargaron con Angiolina y se la llevaron.

Desaparecieron por el fondo de las quebraduras.

Don Enguerrando se quedó con cuatro de aquellos hombres.

Miró á Marsilla, y pareció que vacilaba.

—Yo le aborrezco, dijo; ha causado la desgracia de mi pobre hija... pero mi hija le ama... puede parecer algún día... ¡oh! ¡sí! esa mujer sabe sin duda lo que ha sido de ella.

Y luego añadió, dirigiéndose á los cuatro que con él estaban:

—Levantadle; cogedle la sangre, llevadle también á la cueva. Yo entretanto iré á ver qué es lo que nos quiere el ermitaño.

Aquellos cuatro hombres cargaron con Marsilla y se lo llevaron.

Don Enguerrando trepó rápidamente por las quebraduras.

Llegó á un punto en que el riachuelo pasaba por el fondo de una grieta, y tan estrecha, que sin violencia se podía pasar de un lado á otro.

Pasó.

Continuó trepando rápidamente por un agrio sendero escalonado.

Llegó al fin á lo alto de la roca.

Junto á ella, y muy inmediato, había otra roca más alta.

Se veía en la cortadura el negro boquerón de una profunda cueva.

En el fondo de aquella cueva brillaba una hoguera agonizante.

El esquilón había cesado de tañer.

Para pasar de la roca en que don Enguerrando de Azagra se encontraba, á la especie de repisa sobre la

cual se veía la negra boca de la cueva, había un tronco de árbol.

Don Enguerrando pasó sobre aquel tronco con la misma facilidad que si hubiera sido un ancho y sólido puente.

Entró en la cueva.

La lámpara que allí agonizaba dejaba ver siempre, de una manera opaca, los objetos.

En el fondo de la gruta había un tosco altar.

Sobre el altar una Virgen.

La lámpara pendía delante del altar.

A la izquierda había otro boquerón.

Delante del altar, tendido por tierra, se veía un hombre, vestido con un sayal de penitente.

Aquel hombre, por su inmovilidad, parecia un cadáver.

Lo era en efecto.

Don Enguerrando le reconoció rápidamente.

—¡Ah!... Dios te ha herido, dijo: á mí me hiere también: mi hija es la perdición de mi alma.

Y como el ermitaño no necesitaba ya socorro, salió de la gruta.

Pasó el precipicio.

Descendió.

Salvó el riachuelo.

Descendió rápidamente, aunque con peligro, por las quebraduras.

Llegó al barranco.

Entonces partió á la carrera, en una dirección opuesta á la situación del castillo de Malespina.

Muy pronto se perdió en los accidentes del terreno.

En aquel solitario y sombrío lugar quedaba, en un hueco de las peñas, un charco de sangre, sobre la cual brillaba fatídicamente la luna.

CAPITULO VII

De como Mari-galana se encontró en los lugares en que había pasado su infancia

Gomecillos, obedeciendo la orden de Malespina, se había quedado á una buena distancia de los dos amantes, pero en lugar donde pudiese oir la bocina de Marsilla.

Pasó gran parte de la noche.

Gomecillos estaba aterido de frío.

Le sufría, sin embargo, pacientemente.

Era un buen soldado.

Para desterrar el frío andaba á grandes pasos.

Lo mucho que tardaba en volver Marsilla llegó á impacientarle.

Conocía harto bien el lugar donde le había dejado.

Partió hacia él á la carrera.

Era ya, según lo manifestaban las estrellas, más de la media noche.

Cuando llegó á la *Garganta del Lobo*, se encontró con que estaba de todo punto solitaria.

Los amantes debían haber ido más allá.

Siguió Gomecilllos.

No podía extraviarse.

No había otro camino.

Llegó al fin al lugar de la catástrofe.

Vió el destello de la luna sobre un líquido oscuro.

Podía ser lodo.

Pero su olfato, excesivamente fino, apercibió un ligero y nauseabundo olor de sangre.

Examinó con más atención el charco, y se convenció de que sangre era.

Gomecillos temía que cualquiera de los dos amantes hubiera sido herido allí.

Partió á la carrera al castillo.

Entró en él.

Avisó á su señor.

Malespina se arrojó fuera del lecho.

Se vistió; se armó.

Llamó á algunos de sus escuderos.

Especialmente al *Encogido*.

Cuando el *Encogido* supo lo que sucedía lo anunció á su mujer.

María se alzó.

Quiso ir al lugar en donde se temía hubiese sucedido una catástrofe.

Salieron del castillo alumbrados por antorchas, Malespina, Gomecillos, el *Encogido*, María, y como hasta veinte escuderos.

A medida que adelantaban, María repetía:

—Yo conozco estos lugares: yo he estado por aquí alguna vez.

Cuando llegaron al lugar donde había quedado la sangre de Marsilla, María exclamó:

—Estamos al pie de la roca donde está mi cueva.

La luz de las antorchas mostró indudablemente que el charco era de sangre.

—Es posible, muy posible, dijo María, que en la cueva, que está en lo alto, encontremos algún indicio.

—Subamos pues, dijo Malespina: guiad vos, María.

María conocía demasiado aquellos lugares.

En ellos había pasado su triste infancia y parte de su juventud.

Echó adelante.

Malespina la siguió.

Detrás iban todos.

Treparon penosamente por el escarpado sendero.

Llegaron al fin al tronco del árbol.

María le pasó sin vacilar.

Pero no pudo hacer lo mismo Malespina.

Ninguno de los que le acompañaban se atrevió tampoco.

María llegó hasta la rústica capilla.

Encontró, tendido delante del altar, el cadáver del último ermitaño.

Se acercó á él sin temor y sin repugnancia.

Ya sabemos que María era brava.

El ermitaño tenía cubierto el semblante con el capuz.

María se lo descubrió.

La expresión del rostro del cadáver era horrible.

La agonía había dejado impresas en aquel semblante todas las expresiones más repugnantes de la maldad y de la ferocidad humana.

—¡Yo conozco á este hombre! exclamó María: ¡yo le he visto alguna vez!...

Y María procuraba revestirse sus confusos recuerdos.

Al fin éstos se esclarecieron.

Recordó que un hombre, semejante á aquel cadáver, había aparecido algunas veces en la gruta, cuando aún vivía el otro ermitaño, el que había esclavizado á su madre.

Cuando se había presentado en la cueva, aquel hombre había aparecido con un extraño traje rojo y armado hasta los dientes.

Entre el anterior ermitaño y él había habido una grande amistad.

María, después de haber sido educada, había dado muestras de una rara inteligencia y de un valor á toda prueba.

Había hecho muchas excursiones en Aragón, en Cataluña y en el Rosellón, con los Compadres de la Cruz de fuego, y apareciendo como uno de tantos.

Sabía demasiado que Aragón y Cataluña, á causa de las continuas revueltas, estaban infestadas de bandidos.

El ser extraño que había tenido secuestrada á su madre no podía haber sido más que un bandido.

Tal vez el capitán de los de Cataluña ó á lo menos de los que servían cerca de Barcelona y se amparaban de las montañas, penetrando dentro de las asperezas de Montserrat.

La mayor parte de los ermitaños de Montserrat eran grandes malhechores.

Tal vez después de la muerte del anterior ermitaño el que aparecía muerto ante María, le había sucedido.

María, dentro de aquella gruta, delante de aquel cadáver sentía una conmoción extraordinaria.

Recordaba á su pobre madre.

Tenía junto á sí, á la izquierda del altar, la tumba donde yacían los restos de su madre.

Esto era bastante para conmoverla, porque María tenía un gran corazón.

Además de esto, con su madre debía estar enterrado aquel misal, en cuyos márgenes su madre había escrito.

Sin duda lo que su madre había escrito era su historia.

María había procurado siempre aprovechar una ocasión para visitar la cueva, y para obtener aquel resultado la ocasión se había presentado.

Pero aquél no era el momento.

El tiempo urgía.

Angiolina y Diego Marsilla habían desaparecido.

Al pie de la roca había señales de sangre.

Ni Angiolina ni Marsilla estaban en la cueva.

María se arrodilló sobre la tumba de su madre.

Oró durante un momento.

Luego se levantó y atravesó el tronco que servía de puente, volviendo á encontrarse entre Malespina y los suyos.

CAPITULO VIII

Que es muy corto porque sólo sirve para decir que Malespina se puso sobre la pista de los que buscaba

—Nada hay ahí más que el cadáver de un hombre, dijo María.

—¿Le conoceis vos? dijo Malespina.

—Le he conocido en otro tiempo cuando, yo estaba con mi madre en esta misma cueva. Cuando hayamos buscado á los que necesitamos hallar y los hayamos encontrado ó no, yo volveré aquí con mi marido: en esta cueva está la noticia de mi origen, y yo necesito saberlo: mi madre parecía una gran dama, y sólo por un crimen podía estar en manos del infame que la tenía recluída conmigo en esta cueva.

—Puesto que no están aquí, dijo Malespina, descendamos y continuemos: es necesario dar con ellos.

Descendieron y siguieron sus investigaciones.

Pero mientras Gomecillos había avisado á Malespina, mientras se había preparado para partir, mientras habían llegado, subido á la cueva y descendido, habían pasado más de cuatro horas.

Los que habían arrebatado á Angiolina y á Marsilla habían tenido tiempo de alejarse.

Malespina llevaba, además, poca gente.

Él sabía que en Montserrat, cerca ó lejos del castillo de Malespina, había bandas de malhechores, algunas de ellas numerosas.

Aquellas gentes eran bravas.

Además, Malespina tenía por inútil el buscar á la ventura por el intrincado laberinto de la montaña.

Se retiró, pues, á su castillo.

Inmediatamente mandó se vistiesen y armasen como monteros libres trescientos de sus hombres.

María, que no quería dejar de ser de la expedición, tomó de nuevo su traje masculino y sus armas.

Salieron del castillo.

Llevaban consigo cuatro perros de rastro.

Algunos hombres con antorchas iban de distancia en distancia alumbrando el camino.

La luna se había puesto.

Eran las dos de la madrugada, por lo menos, á lo que decían las estrellas.

Llegaron de nuevo al pie de la roca.

Se hizo tomar á los perros el rastro desde el charco de sangre.

Los perros partieron.

Siguieron por entre las revueltas de la montaña, como dos ó tres horas.

Al fin se detuvieron á un pequeño valle.

Para entrar en él había necesidad de pasar por una estrecha y tenebrosa garganta.

Un hombre que estaba oculto entre los jarales, un escucha, apenas vió el resplandor de la primera antorcha y á su luz la gente que venía, dejó su apostadero y partió á la carrera hacia el valle.

Llegó á una roca que en medio del valle había.

Sobre aquella roca se alzaba, en una meseta natural, una vieja torre.

Eran las ruinas del antiguo castillo de Palou.

Allí había como hasta una cincuentena de hombres.

Entre ellos se veía, y como jefe, á don Enguerrando de Azagra, cubierto siempre con su ropón negro y su capuz rojo.

Entre el recinto y la torre, había cincuenta caballos, encubertados de batalla.

Don Enguerrando dejaba ver debajo de su túnica y en las extremidades de sus brazos y de sus piernas, un fuerte arnés de guerra.

Bajo su capuz se adivinaba un león.

Otros tres hombres estaban también encapuzados como don Enguerrando y como él armados.

Cuando el escucha llegó, dió la alarma.

—Gutier de Malespina con los suyos, dijo, entra en este momento en el valle; no se puede perder tiempo: ó se les presenta la batalla, ó se escapa.

—No somos bastantes para oponernos á Malespina, dijo

don Enguerrando: necesario es que huyamos, traed á esa dama.

Poco después Angiolina fué conducida.

—Me mataréis, y no os seguiré, dijo con una bravura de que no se la hubiera creído capaz Angiolina: yo no me separo de él; es mi esposo.

Pero no le valió de nada su firmeza.

Estaba agarrotada.

Se le trataba sin compasión.

Don Enguerrando montó á caballo, y Angiolina, atados los brazos y las piernas, fué puesta sobre el arzón del caballo.

Don Enguerrando la sujetó con su poderoso brazo.

Montaron á caballo los otros tres hombres.

—Vosotros, dijo don Enguerrando, vendréis detrás, por los desfiladeros, protegiendo nuestra huída. Por muchos que ellos sean podéis contenerlos, y darnos tiempo para ganar una gran ventaja, de tal manera, que no puedan alcanzarnos.

—Pues ya es hora, exclamó el que había llevado el aviso. Malespina entra en este momento en el valle.

En efecto: desde las ruinas se veía ya el resplandor de las primeras antorchas.

Las ruinas estaban envueltas en la sombra.

Solo allá, en la parte media del ancho torreón que quedaba en pie, se veía el reflejo de una luz á través de una ventana.

Se oía ya el ladrido de los perros.

Don Enguerrando y los otros tres jinetes partieron, lanzándose á la carrera sobre el valle, en una dirección

opuesta al lugar en que marchaban Malespina y los suyos.

Los bandidos que obedecían á don Enguerrando siguieron á éste y á los otros tres jinetes, á la carrera.

Muy pronto llegaron en el otro lado del valle, á unas agrias quebraduras.

CAPITULO IX

En que se dice cómo don Enguerrando había podido apoderarse de Angiolina y de Marsilla

Retrocedamos ahora para decir lo que había acontecido desde que don Enguerrando se apoderó de Angiolina desmayada, y de Marsilla malherido, y desmayado también.

Los dos amantes fueron conducidos por los salteadores que obedecían á don Enguerrando, á las ruinas del castillo de Palou.

Aquellas ruinas servían hacía mucho tiempo de abrigo á los salteadores, con los cuales se había entendido, y á los que había puesto á su devoción don Enguerrando.

Desesperado éste con la desaparición de su hija, había puesto en juego cuantos recursos había podido.

Ya hemos visto que el rey no había dado luz.

Don Enguerrando comprendió que para encontrar á Alejandra, necesitaba buscarla él mismo.

Para esto necesitaba gente.

Don Enguerrando no la tenía.

Pero llevaba lo que necesitaba para tomar á sueldo cuanta gente quisiera.

Grandes riquezas.

Don Enguerrando se fué á casa de un mercader y puso en su poder sus riquezas, llevándose órdenes en blanco para poder sacar el dinero que necesitase, sólo con enviar una persona con aquella orden.

En seguida se fué á los lugares donde se reunía la peor gente de Barcelona.

El primer día encontró en la marina una especie de atleta, que más que nada parecía un soldado aventurero.

—¿A quién servís, amigo? le preguntó don Enguerrando.

—Me sirvo á mí mismo, contestó el buscavidas; pero estoy dispuesto á servir á quien bien me pague: y si se necesita más que sirvan, yo buscaré compañeros probados en lides, y tales, que el menor de ellos puede ser reputado por mejor que el mejor Par de los Doce.

—Veníos acá conmigo, le dijo don Enguerrando.

Y se metió con el gigante en una barraca que en la marina servía de taberna.

Allí, en un oscuro rincón, don Enguerrando, encubierto siempre, dijo al otro:

—Yo os daré cuatro libras barcelonesas de plata, y una á cada uno de los que toméis á mi sueldo, con la condición de que me serviréis sin conocerme.

—¿Y á quién serviremos? dijo el otro.

—Yo no tendré para vos ni para los otros más nombre que *el Resucitado*.

—Pues esto es bueno, dijo el atleta: yo me llamo Roger el *Desenterrado*.

—Tanto mejor, dijo don Enguerrando: esto quiere decir que estaba de Dios el que nos conociésemos; porque vos desenterrado y vivo, sois un enterrado como yo, que también he estado enterrado.

—¡Pues viva, señor mío! dijo el *Desenterrado*.

—¿Decís que la gente que puedo tomar á sueldo por medio de vos es brava y apuesta?

—Yo no quiero ir á ninguna parte sin brava gente que pueda ayudarme en un aprieto.

—Asoldad, pues, cincuenta, y para ello tomad esta bolsa.

Y dió una llena de oro al *Desenterrado*.

—¿Es muy escrupuloso vuestra merced? dijo el *Desenterrado* guardándose la bolsa.

—Me importa muy poco que los que asoldéis sean demonios, con tal de que me sirvan bien.

—No podrá nadie serviros mejor, pues cuento con cincuenta buenos mozos, que andan allá, por la montaña, escapados de la horca.

—Mejor: serán gente dispierta.

—Cada uno de ellos corta un pelo en el aire, y son tales por sus milagros, que bien los podía canonizar el Papa. En una palabra, señor, son mis bandoleros. Con ellos me gano la vida; pero somos tantos, que tocamos á poco, y por esto aprovechamos la ocasión de ponernos á sueldo.

Al día siguiente don Enguerrando llegó á las ruinas del castillo de Palou, en la montaña de Montserrat.

Allí encontró la banda entera del *Desenterrado*.

Tres de ellos, los más diestros, los más experimentados, los mejores, fueron elegidos por don Enguerrando para que le sirvieran particularmente como escuderos.

Estos escuderos debían ir siempre inmediatos á la persona de don Enguerrando.

Los tres, como don Enguerrando, debían tener caballos encubertados de guerra.

Con estos tres escuderos, encubiertos como él, don Enguerrando podía entrar en Barcelona, ó en otra cualquier grande población, representando el pabel de un caballero que cumplía un voto.

Los bandoleros habían habilitado en alguna manera la torre.

Se encontraban, pues, en ella, camas, aunque mezquinas, y los más indispensables utensilios.

Don Enguerrando hizo que algunos de los suyos vigilasen continuamente á Marsilla.

Así es que cuando Marsilla, llamado por doña Margarita á la torre de Segura, salió de Barcelona, fué seguido.

Y así fué como también pudo ser cogido con Angiolina al pie de la roca donde estaba la gruta en que se había criado María.

Marsilla y Angiolina fueron trasladados á las ruinas de Palou.

No faltaban curanderos entre los bandidos.

Marsilla había sido herido bajo la clavícula izquierda.

Los curanderos declararon que su estado era muy grave.

Angiolina fué registrada antes de que volviera en sí, por el mismo don Enguerrando.

Éste encontró sobre ella las cartas del rey.

Esto fué una alegría para don Enguerrando.

Tenía en su poder una hija bastarda del rey, y queridísima, puesto que por ella don Pedro de Aragón, que era exageradamente altivo, se prestaba á ayudar á las bajas intrigas que aparecían en aquellas cartas.

Cuando volvió en sí Angiolina, cuando se vió en poder del caballero encubierto que se había aposentado en su casa de Barcelona acompañando á Alejandra, y que parecía su padre, se dió por perdida.

Apuró todos los medios, pero en vano.

Don Enguerrando la dijo:

—No seréis libre hasta que me reveléis el lugar donde se encuentra doña Alejandra de Aytona.

—Nada sé de ella, respondió Angiolina.

—Veremos si vuestro padre, el rey don Pedro, lo sabrá.

—El rey lo ignora como yo: ya sabéis que vuestra hija se ha buscado y no ha podido darse con ella.

—¿Por qué decís que doña Alejandra es mi hija?

—Porque sé que sois un alma del otro mundo.

—Sin embargo, yo no he salido de éste.

—Estáis enterrado, ó se os cree enterrado en la iglesia de vuestra villa de Albarracín. Vos sois don Enguerrando de Azagra.

—¿Quién os ha dicho eso?

—El rey mi padre, que no tiene para mí secretos. Por lo mismo, y ya que vos sabéis quién soy yo, y yo quién sois vos, debemos tratarnos buena y lealmente.

—Pues tratémonos buena y lealmente: espero que digáis lo que ha sido de mi hija.

—Lo ignoro, respondió Angiolina.

—Vos amáis á Diego Marsilla...

—Diego Marsilla es mi esposo.

—Ante Dios, pero no ante los hombres. Y ante los hombres no lo seréis hasta que yo tenga en mi poder á mi hija.

—¡Ved lo que hacéis, don Enguerrando! ¡Mirad que os puede pesar!

—Por mi hija lo arrostraré yo todo; hasta los tormentos del infierno.

—¡Ay de vos si el rey sabe que estoy en vuestro poder!

—Pues mirad: va á saberlo muy pronto, porque quiero imponerle condiciones: ¡hija por hija! le diré: si vos no hacéis de modo que parezca la mía y se me entregue, vos no tendréis la vuestra.

En este momento llamaron á don Enguerrando.

Había llegado la noticia de que Malespina iba á entrar en el valle.

Entonces se determinó la fuga.

Angiolina, que se resistía á obedecer, fué, como hemos dicho, atada y puesta en el caballo de don Enguerrando, que huyó con ella.

Ganó, como dijimos, una vereda del valle.

Su gente de á pie, acaudillada por el *Desenterrado,* se quedó en posición, á ambos lados del desfiladero.

Diego Marsilla había sido abandonado en la torre.

Don Enguerrando estaba seguro de que el Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, cuidaría mejor que él hubiera podido cuidarle, á Marsilla.

Malespina y sus gentes avanzaron á la carrera hacia las ruinas de Palou.

Esperaban se les hiciera resistencia.

Pero encontraron la torre completamente abandonada, y en una de sus habitaciones, en un mal lecho, y todavía desmayado, á Marsilla.

CAPITULO X

De como María se quedó sola con su marido, en el lugar en que estaba enterrada su madre

Lo que más interesaba á Malespina, por el amor que tenía á Isabel de Segura, era Marsilla.

Por consecuencia, no se fué en seguimiento de don Enguerrando, que se llevaba á Angiolina.

Su padre, el rey don Pedro, tenía todo el poder que era necesario para que el que la había arrebatado la tratase con respeto y no se atreviese á nada contra ella.

Sobre todo, Malespina no había servido á Angiolina.

Había hecho con ella una alianza que se había roto en el punto en que aquella alianza había dejado de tener razón de ser.

Malespina había hecho lo que hacen todos los hombres y todas las potencias: había roto una alianza en el momento en que le había convenido romper con ella.

Entró ansioso en la torre de Palou.

Estaba seguro de que los bandidos no habrían podido llevarse en su fuga á Marsilla.

Temía le hubiesen rematado.

Cuando menos, que Marsilla se encontrase en una situación de todo punto peligrosa.

Malespina envió delante algunos exploradores.

Todo buen capitán hace esto.

Los exploradores, al frente de los cuales había ido el *Encogido*, volvieron diciendo que los muros estaban abandonados y que sólo en la torre, en una de sus cámaras, habían encontrado á don Juan Diego Marsilla, herido y sin movimiento.

Malespina dejó ir en paz con su presa á don Enguerrando y se metió en la torre.

Encontró á Marsilla en muy mal estado.

Ya sabemos que Malespina era un buen médico, y sobre todo un buen cirujano, como lo eran la mayor parte de los caballeros y de los aventureros de aquel tiempo.

La herida de Marsilla, aunque era grave, no impedía que fuese trasteado.

Malespina hizo preparar una camilla muy cómoda.

Se puso en ella á Marsilla.

Se emprendió con él la marcha hacia el castillo de Malespina.

Al llegar al punto donde Marsilla había sido herido, María se acercó á Malespina.

—¿Me queréis algo, señora? la preguntó aquél.

—Sí, noble Gran Maestre, respondió María: ya sabéis que yo soy muy cristiana.

—Y no lo sois en balde, dijo Malespina, porque Dios os favorece.

—Por lo mismo, es necesario que yo continúe siendo digna del favor de Dios.

—Y bien: ¿qué deseáis?

—Que me permitáis hacer con mi marido una obra de misericordia.

—Hacéis cuantas queréis, mi buena María... dijo Malespina.

—Esa obra de misericordia es enterrar al ermitaño, cuyo cadáver está allá arriba.

—Un bandido feroz...

—Que ya no es más que un miserable cadáver.

—Haced, haced lo que mejor os plazca, dijo Malespina; vos acabaréis por ser una santa.

María se quedó con el *Encogido*, que se proveyó de una de las antorchas.

Malespina partió hacia su castillo con Marsilla, á quien conducían cuatro de sus hombres con todas las precauciones que eran necesarias en su grave estado, y seguido del resto de sus gentes, entraron en él mucho antes del amanecer.

María y el *Encogido* empezaron á trepar por el escarpadísimo sendero.

Cuando llegaron á lo alto, pasaron por el tronco del árbol á la gruta.

El *Encogido* era tan ágil como su mujer.

Encontraron al ermitaño tendido delante del altar, como le había visto María.

—Este pícaro, dijo el *Encogido*, debía tener aquí dine-

ro; acaba de morir: los suyos ni aún lo saben; así hay que procurar aprovechar el tiempo, María.

—Lo que importa antes de todo, dijo María, es abrir la tumba de mi madre.

CAPITULO XI

De como María encontró más de lo que buscaba en la cueva donde había pasado su infancia

Entre el escaso menaje que en la cueva había, el *Encogido* encontró un fuerte azadón.

—Cava aquí, le dijo María, señalando un lugar largo y estrecho en que la tierra estaba un tanto removida.

Aquella era la tumba de la madre de María, ó de la desgraciada criatura á quien María creía su madre.

—Puede ser, dijo el *Encogido,* que aquí encontremos el tesoro de ese pícaro.

Y el *Encogido* se puso á cavar con codicia á todo lo largo de la fosa.

Aún no había descubierto dos pies de tierra, cuando el azadón chocó en un cuerpo que crujió sordamente, como algo que se rompe.

El *Encogido* cavó con ansia.

Creía haber roto una olla llena de oro.

Pero sólo sacó un moreno cráneo.

María se estremeció.

—No; no es la cabeza de mi madre, dijo: mi madre tenía la cabeza mucho más pequeña: es la de aquel infame: ¡y le han sepultado sobre mi madre!...

El *Encogido* seguía cavando á lo largo de la fosa.

Sobrevino otro crujimiento más sonoro, ó por mejor decir, menos sordo.

Aquel crujimiento había resonado al extremo opuesto de la tumba donde se había encontrado la cabeza.

Aquel crujimiento lo había producido una vasija de barro crudo.

—¡Cuando lo decía yo... exclamó con una ansiosa alegría el *Encogido,* que aquí habíamos de encontrar algo!...

Y quitó tierra.

Quedó al descubierto una grande olla blanca, de tierra cruda, y cuyo gollete había sido roto.

Aquella olla estaba llena de dinero en oro.

María sintió, á pesar de lo conmovida que estaba por el amor á su madre que aún conservaba, un estremecimiento.

El estremecimiento que causa la vista de una gran cantidad de oro, que siempre ha sido el dios del mundo.

Doblas aragonesas *de la banda*, de los tiempos de don Pedro el I, eran las que habían aparecido.

Buenas doblas de oro cendrado, ó lo que es lo mismo, de ley.

El *Encogido* arrojó el azadón y metió las manos en la olla.

Echó á puñados oro fuera.

La olla era enorme.

La embriaguez del oro, la más poderosa de las embriagueces, se iba apoderando de los dos esposos.

Había ya fuera un gran montón de oro, y aún quedaba por lo menos otro tanto.

La expresión de la codicia, ó mejor dicho, como dijo el latín; *auri sacra fames* (sagrado hambre del oro), se pintó en el semblante del *Encogido*.

Una expresión innoble.

María estaba conmovida.

Pero infinitamente menos que el *Encogido,* por aquella enorme cantidad de dinero.

La impresionaban mucho más la memoria de su madre, y su deseo por conocer el misterio de su origen.

Aquel misterio debía estar resuelto en el misal, en cuyos blancos había escrito su madre, y que había sido enterrado con ella.

María era una criatura completamente noble.

La sangre se revela.

El alma se lanza.

El alma, por la relación misteriosa que existe entre el espíritu y la materia, ó mejor dicho, entre el espiritualismo más ideal y el materialismo más grosero, se halla interpuesta la sangre, uno de los poderosos medios de la vida.

—Por lo menos, dijo el *Encogido,* hay aquí seis cuentos de oro. Puede decirse que somos mucho más ricos que el Gran Maestre.

Tenía razón el *Encogido.*

El valor del dinero, en aquellos tiempos, era enorme.

—Pero debemos ser leales: se ha convenido en que todo lo que los Compadres ganen sea de todos.

—Es que ya no nos llamamos Compadres, dijo el *Encogido* apretándole los impulsos de su avaricia en su corazón: somos los Caballeros de la Cruz de fuego.

—Tanto da, dijo María: somos la misma cosa: los antiguos cofrades de San Bernardo empezaron siendo bandidos como nosotros; después, por concesiones de los reyes y por bulas de los Papas, llegaron á ser lo que son hoy: los altivos fueros de la Ilustre Orden de Caballeros de Santiago...

—Vas aprendiendo muchas cosas, María.

—Oigo y pienso, dijo María; pero aún no he aprendido bastante; no sé leer ni escribir, y lo necesitaré para leer lo que mi madre escribió en el misal del ermitaño, el cual debe hallarse en este hoyo.

—¿No te parece esto terrible, María? dijo el *Encogido;* esta calavera ha pensado; esta calavera ha sido un hombre.

—Esta es la vida: sueños mientras dura: luego, nada.

—¿Sabes lo que debíamos hacer, María? dijo el *Encogido*.

—No; no debemos hacer lo que tú piensas, dijo María; sería una ingratitud: no debemos abandonar al Maestre: acuérdate de que él nos ha protegido; sin él no hubiéramos llegado á este punto, ni tendríamos ante los ojos ese tentador montón de oro: nosotros debemos confiarnos al Maestre; en el fondo es bueno y generoso.

—Nosotros no necesitamos ya, dijo el *Encogido,* la bondad ni la generosidad de nadie: somos ricos, podemos tomar á sueldo un ejército.

—Lo que ante todo debe ser el hombre, es agradecido: el que no es agradecido no merece la protección de Dios; y puesto que Dios nos favorece, debemos continuar siendo dignos de su protección. Cava, cava; aún no hemos descubierto lo que yo estimo en más que todo ese oro.

Indudablemente María tenía un grande influjo sobre su marido.

El *Encogido* continuó cavando.

Salió, entre la tierra, toda la osamenta del ermitaño.

¿Quién le había descolgado de la cuerda con que se había ahorcado?

¿Quién le había sepultado?

Sin duda el otro, cuyo cadáver estaba allí.

Tal vez un antiguo compañero.

A María le importaba muy poco de esto.

Muy pronto el azadón acometió un nuevo objeto.

Era un gran libro.

El misal.

Lo que María buscaba.

El forro estaba reseco.

En la cueva no había humedad.

Esto le había conservado.

María le abrió.

Sus hojas de pergamino vitela estaban entercas.

Era un misal mozárabe, manuscrito, con adornos afiligranados, en miniatura.

Una de esas joyas bibliográficas que se admiran en la Biblioteca del Escorial más que en ningún otro archivo ó museo arqueológico.

En las márgenes y en los blancos de aquel misal, había largos períodos escritos.

—No caves más, dijo María: no revolvamos las cenizas de mi madre: carguemos como podamos con ese dinero y volvamos al castillo.

—¿Y ese cadáver? exclamó el *Encogido*.

—No quitemos ese alimento á los buitres, dijo María: ellos se regalarán á nuestra salud.

Ambos esposos cargaron con el dinero.

María oró algún tiempo ante el altar.

—Sacratísima Virgen, dijo tomando una calabacilla en que había aceite, y alimentando la lámpara, yo te prometo que no ha de faltarte ermitaño que cuide de tu luz, y de tu culto. Mi fe en tí me ha salvado, madre mía... y yo te amo.

Luego se puso el misal bajo el brazo.

—¡Al castillo! dijo al *Encogido*.

Un momento después, ambos esposos, harto cargados, porque llevaban sobre sí un tesoro, descendían por la agria pendiente.

CAPITULO XII

En que se ve hasta qué punto era noble el infante bastardo de Aragón, Gutier de Malespina.

Llegaron al castillo un hora después, á punto que amanecía.

María pidió por el Gran Maestre.

La dijeron que aún no se había acostado.

Había cuidado de Diego Marsilla.

María se hizo anunciar con su marido.

Malespina estimaba en gran manera á María.

Los recibió en su cámara.

—Parece, les dijo al entrar, que venís muy cargados. No andáis de una manera desembarazada.

—¡Valemos mucho!... dijo sonriendo María: oye tú, esposo mío; empieza á descargar, pero sin ruido. El sonido del oro, y tanto más cuando es mucho, alarma á la gente, y cría las malas tentaciones.

Ambos esposos empezaron á poner el dinero, con cierta precaución, sobre la mesa de Malespina.

—¿Dónde habéis encontrado eso? exclamó el hermano bastardo de don Pedro II, con una noble indiferencia.

—En la tumba de mi madre, sobre sus restos, respondió María.

—Entonces, dijo Malespina con una mucho más noble y desinteresada expresión, ese dinero es vuestra herencia.

—¿Que esto es la herencia de mi mujer? exclamó con una sórdida avaricia el *Encogido*.

—Sí... la herencia de tu mujer, insistió Malespina; una herencia sagrada.

—Sin embargo, dijo María, está convenido... más aún, es una ley entre nosotros, que todo lo que adquiera cada uno de los compadres, ó algunos de ellos, ó todos juntos, sea de todos.

—Cuando se trata de las presas, y esto es muy distinto y muy justo, dijo Malespina: pero esto no es una presa: esto os lo guardaba el cadáver de vuestra madre.

—Tiene razón el Gran Maestre, dijo con violencia el *Encogido;* esto es tuyo.

—Si así lo creéis, señor, dijo María, sea en buena hora: yo acepto esto que vos llamáis mi herencia, pero la dejo en vuestro poder.

—Yo la guardaré con más cuidado que mi propia hacienda, dijo el infante.

No le pareció muy bien esto al *Encogido*.

Pero no se atrevió á objetar nada.

Se limitó á dejar en el fondo de su venablera un buen puñado de oro para sus gastos particulares.

—Lo que yo estimo en más que nada, señor, dijo María mostrando á Malespina el misal, es que ya que ni mi marido ni yo sabemos leer, leáis vos lo que mi madre escribió en este misal: ahí se encuentra sin duda su historia.

—Lo leeré, y os informaré, respondió Malespina.

—Ahora, señor, dijo María puesto que necesitáis descansar, os dejamos.

—Id con Dios, mis buenos amigos, respondió Malespina.

Al salir, el *Encogido* no pudo menos de lanzar una mirada ansiosa á aquel enorme montón de oro que quedaba sobre la mesa.

Malespina llamó á Gomecillos.

Éste retrocedió asombrado al ver el tesoro que sobre la mesa había.

—Cuenta eso, dijo; toma razón de ello en mis libros, y guárdalo en mis arcas; es un depósito que se nos confía, y un depósito sagrado: haz constar en los libros de mi hacienda que esa cantidad pertenece por razón de herencia á Mari-galana.

—¡A Mari-galana!...

—Sí: á Mari-galana.

—Muy bien, señor.

Malespina, á pesar de que le aquejaba el sueño, cogió el misal.

Buscó el principio del manuscrito de la madre de María.

A las primeras líneas se puso pálido.

—¡Ah!... ¡María! exclamó con un acento indescribible. ¡esto es grave... gravísimo!... pero no importa... durmamos; tiempo hay.

Malespina guardó cuidadosamente el misal.

Luego se acostó.

Durmió cuatro horas.

Nunca dormía más.

Cuando despertó y se vistió, se encerró.

Sacó el misal de donde le había guardado, y se puso á leer en él.

CAPITULO XIII

En que el infante don Alonso lee la primera parte de una interesante historia á su hermana la infanta doña María.

Por la lectura no había desatendido Malespina á Marsilla.

Le tenía en sus habitaciones.

Le visitó.

Marsilla había vuelto en sí.

Estaba mejor.

Pero tan débil aún, que ni hablaba ni conocía.

Malespina le dió una pócima y fué á encerrarse en su cámara.

Se dedicó á la lectura.

A medida que leía, su altivo semblante daba muestras de mayor interés.

A veces dejaba la lectura, se levantaba del sillón y se ponía á pasear por la cámara.

Esto duraba algún tiempo.

Luego volvía á la lectura.

Otras veces dejaba de leer, y sin levantarse del sillón permanecía por largos espacios profundamente pensativo.

Al fin, después de una de estas largas meditaciones, cerró el misal.

Se fué á la puerta de la cámara y la abrió.

Llamó y mandó fueran á decir á Mari-galana que la esperaba, y que fuese sola.

María no tardó en presentarse.

Iba en traje de mujer y estaba hermosísima.

Malespina cerró la puerta en cuanto María hubo entrado.

—Venid, venid acá, María, la dijo: abrazadme y aún besadme sin reparo, y en la boca.

—¿Qué estáis diciendo, señor? exclamó sorprendida María.

—Voy á explicarme: en ese misal he encontrado, no sólo vuestra historia, sino también una aclaración completa de la mía.

—Os confieso que no os entiendo, señor, dijo María que se mostraba recelosa.

—Tranquilizaos, dijo: yo no soy Gutier de Malespina: yo soy el infante bastardo don Alonso de Aragón, reconocido, aunque secretamente, por el rey nuestro padre.

—¿Nuestro padre, habéis dicho? exclamó sobrecogida María.

—Sí, nuestro padre; porque vos sois mi hermana; hija bastarda, como yo, del señor rey don Alonso II, padre del señor rey don Pedro II *el Católico*, que felizmente reina:

por consecuencia, vos y yo somos hermanos bastardos del rey: vos, como yo, sois infanta de Aragón.

—¡Oh!... ¡Dios mío!... Dios mío!... exclamó María.

Y miró con un amor infinito, aunque pudoroso, al infante don Alonso, se arrojó en sus brazos y le besó en la boca.

Luego se repuso y se separó de él.

—No en vano, desde que os conozco, dijo, he sentido por vos un afán misterioso que no podía explicarme.

—Yo siempre os he amado con una dulce, pura y tranquila pasión; la sangre, hermana; la voz de la sangre: ¡oh!... ¡sí!... si vos me hubieseis hablado claramente no os hubiera yo casado con el *Encogido*.

—Le amo, señor, contestó María con un grande candor y con una grande dignidad: es el padre de mis hijos.

—Le ennobleceremos, hermana; le ennobleceremos, dijo el infante: es necesario someterse á la voluntad de Dios y adorarle.

—Dios nos favorece de una manera inmensa, señor, dijo María. ¡Pero nuestra madre!.. ¡nuestra pobre madre!...

—Misterios de la Providencia, dijo Malespina. Ahora, infanta doña María, hermana mía, sentaos, sentaos y oid.

Malespina puso junto á la chimenea un sillón en que María se sentó.

Luego ocupó junto á la mesa otro sillón y abrió el misal.

Empezó á leer.

HISTORIA DE DOÑA BLANCA DE PALOU

I

Mi padre se llamaba don Guillén de Palou.

Era barón catalán.

Tenía unos vastos dominios en la montaña de Barcelona.

Era un señor de carácter terrible.

La muerte de su esposa, de mi madre, que falleció al darme á luz, le había hecho intratable para todo el mundo.

Se encerró en su castillo de Palou y se negó á ver á nadie.

Se pasaban días, semanas, meses sin salir de su cámara.

Era un sér viviente que se encerraba en una ancha tumba.

Hacía una vida penitente, poco menos que la de un ermitaño.

Comía legumbres.

Dormía en una tarima.

Vestía ligera y pobremente.

En su cámara no se encendía fuego ni aun en los días más rigurosos del invierno.

Jamás se encendía luz.

Las tinieblas venían con la noche, y no se disipaban sino con el nuevo día que penetraba por las ventanas, cuyas vidrieras y cuyas maderas se habían quitado.

Asimismo todas las ornamentaciones de la cámara habían desaparecido.

Los muros escuetos estaban pintados con un color plomizo casi negro.

Una cámara inmediata había sido convertida en capilla.

En una capilla asimismo desnuda y escueta.

Mi padre pasaba largas noches de llanto y de agonía tendido en una piedra del altar.

II

Nadie entraba en el retiro de mi padre.

Estaban exceptuadas, sin embargo, tres personas.

El capellán, que decía delante de la capilla una misa.

El mayordomo, que á mi padre servía en las más estrictas necesidades.

Y mi nodriza, que me llevaba todos los días á que mi padre me viese.

Mi padre tenía prohibido, á los que le veían, que le hablasen.

Sólo con su capellán hablaba cuando confesaba con él, que era todos los sábados.

III

No se sabía por qué mi padre se había condenado á tan severa penitencia.

Se creía que expiaba, cuanto le era posible, un gravísimo pecado.

Mi madre había muerto de una manera misteriosa, algunos momentos después de haberme dado á luz.

Se había quedado solo con ella mi padre.

Se habían oído, sucesivamente, la voz de mi padre irritado.

La de mi madre, suplicante.

Luego había sobrevenido un profundísimo silencio.

Al fin mi padre había llamado desesperado.

Cuando acudieron, encontraron á mi madre muerta.

Esto fué lo que yo supe más adelante, siendo mujer y en la ocasión que se verá.

IV

Pasaron algunos años.

Yo estaba crecida y fuerte.

Se me envió á las benedictinas de Barcelona.

Allí permanecí hasta que cumplí los quince años.

Se me cuidaba como á una princesa.

Aun dentro del convento se me acostumbraba al lujo.

Era la voluntad de mi padre.

Quería que yo pudiese llevar de una manera altiva el nombre de baronesa de Palou.

No se comprende esto, atendida la vida cristiana y penitenciaria que llevaba mi padre.

V

Apenas había cumplido mis quince años, cuando un día, acompañado de una multitud de mesnaderos y de escuderos, de doncellas y de dueñas, se presentó el mayordomo de mi padre en el convento.

Mi padre estaba gravemente enfermo, y me llamaba junto á sí.

Entré en una litera que había llevado el mayordomo, y en dos días de jornada llegamos al castillo de Palou.

Su gran campana tocaba de una manera lúgubre.

Mi padre estaba en la agonía.

Entré, y apenas me reconoció.

Me arrodillé junto á su tarima, que ni aun enfermo había consentido otro lecho, y él extendió las manos sobre mi cabeza, y me dijo:

—¡Hija mía! yo te doy toda la bendición que puedo darte: yo he sido muy injusto con tu madre, y Dios me ha castigado, prolongando mi vida entre la soledad, el dolor y el remordimiento... Perdóname tú.

Y no dijo más.

Su rostro tomó una expresión horrible; sus ojos revolvíanse en sus órbitas, y luego quedó inmóvil.

Había muerto.

VI

Yo perdoné á mi padre con toda mi alma, sin saber de qué culpas le perdonaba.

Recé, lloré, y velé junto á su cadáver.

Las exequias se hicieron.

Mi padre fué sepultado en el panteón del castillo, al lado de mi madre.

VII

Se me dió la posesión de mi herencia.

Mi padre no había querido que yo tuviese tutor.

Me puse bajo la protección del rey y de la reina.

Yo fuí admitida en la casa real, como una de las doncellas nobles de la reina.

Nuestro mayordomo, por encargo expreso de mi padre en su testamento, administraba mi pingüe patrimonio.

Yo era riquísima, y ostentaba en la corte un lujo que en nada cedía al de la reina.

VIII

Me solicitaron, desde mi aparición en la corte, una multitud de ilustres y ricos caballeros.

Pero yo no sentía el amor ni le comprendía.

Los rendimientos me encontraban insensible.

Las desesperaciones de amor me hacían reir.

Yo había notado que el rey encarnizaba en mí la mirada, y con más intensidad de día en día.

Buscaba las ocasiones de encontrarme á solas.

Cuando esto sucedía, pretendía hablarme, y no podía.

Gemía, y se apartaba de mí como quien huye.

IX

Aunque ya de edad madura, era el rey don Alonso II muy hermoso y muy arrogante.

Poco á poco me fuí interesando por el rey, y al fin conocí que le amaba.

Mi amor me espantó.

Ni yo podía faltar á mi honra, ni ser ingrata á la reina doña Sancha, que me miraba como si hubiese sido su hija.

Y el rey continuaba procurándose ocasiones de encontrarse á solas conmigo, y aunque nada me decía, tal turbación se apoderaba de él en mi presencia, y de tal manera se apartaba de mí, que yo no podía tener duda del delirio amoroso que por causa mía se había apoderado del rey.

Y mi amor crecía.

Como el del rey por mí había llegado á ser un delirio.

X

Pensé en ir á encerrarme de nuevo en el claustro de las benedictinas.

Pero no sentía absolutamente vocación de monja.

Pensé en casarme, para oponer una barrera más en mí como obstáculo á la pasión que el rey me inspiraba.

Pero todos mis adoradores, aunque muchos de ellos eran jóvenes y hermosos, me parecían aborrecibles.

Yo agonizaba.

El rey se hacía cada día más peligroso para mí.

Mi constancia se quebrantaba.

Mi desdicha se iba haciendo irremediable.

XI

Una noche en que mi amor me tenía desesperada, sentí que la vidriera de una ventana que daba sobre la huerta de palacio, sonaba de una manera perceptible.

Parecía que alguno trabajaba en ella para desplomar un vidrio.

Sentí por un momento un temor insoportable.

Pero muy pronto mi temor se calmó para dar lugar á otra pasión más terrible.

Al deseo del amor.

XII

La luna daba de lleno en la vidriera.

La sombra de la mitad del cuerpo de un hombre aparecía en ella.

Yo reconocí en aquella sombra al rey don Alonso.

¿Cómo el rey don Alonso se atrevió á venir á visitarme en mi aposento á la media noche y de una manera tan extraña?

Esto significaba que su amor, del que yo no podía dudar, había llegado al frenesí.

XIII

Me sentí arrastrada por una fuerza incontrastable.

En vez de llamar á mis dueñas, á mis doncellas, que dormían en una habitación inmediata, me levanté, me fuí á la vidriera y la abrí.

Un momento después estaba en los brazos del rey.

La locura nos había dominado á ambos.

XIV

Continuaron aquellas citas nocturnas, misteriosas y enamoradas.

El rey no faltaba ni una sola noche.

Yo me sentía en el colmo de la felicidad.

Pero esta felicidad se aumentó de una parte y se amargó de otra.

Yo era madre.

Mi estado de maternidad se iba haciendo visible.

Había que acudir á cubrir la honra.

Me confié á una de mis dueñas.

A pretexto de enfermedad dejé la corte y me fuí á mi castillo de Palou.

XV

Asistida por la dueña, mi única confidente, me encerré en mi cámara.

Nadie más que la dueña me servía.

Para espaciarme, salía de noche del castillo, por un postigo que el muro tenía.

Nada había que temer.

Los alrededores estaban seguros.

XVI

Una noche, que adelantábamos por un bosquecillo cerca del castillo, nos dieron espanto de improviso unos tristísimos gemidos que salían de una espesura.

Era un hombre que parecía estar en trance de muerte.

Pedía socorro de una manera ansiosa.

Acudimos á él.

Era un joven caballero.

Tenía la cabeza partida por una ancha herida, de la cual brotaba la sangre á borbotones.

Le cogimos la sangre como mejor pudimos.

Luego nos volvimos rápidamente al castillo.

Yo mandé á la dueña que acudiese con gente al lugar donde había quedado el herido, y que en una habitación inmediata á la mía se pusiese un lecho, donde debía cuidarse del herido, si era que se encontraba vivo.

XVII

En efecto, vivo le encontraron.

Pero en un estado tan grave que se temió no escapase con vida.

Desde aquella noche hasta dos meses después, en que aquel caballero convaleció, yo le cuidé sin separarme de

su lecho, sino cuando debía haber gentes delante.

Yo me ocultaba de la vista de todo el mundo, menos de la de mi dueña y de la del herido.

Durante algunos días aquel joven estuvo en un estado tal que no podía darse cuenta de lo que le rodeaba.

Al fin fué recobrando el uso de sus sentidos.

Desde el momento en que pudo hacerse cargo de mí, noté en él un principio de amor.

Este amor se fué manifestando más á medida que el estado del herido mejoraba.

XVIII

Una noche, estando yo sentada á la cabecera de su lecho, me dijo:

—¿En qué noble casa se me ha hecho la caridad de recogerme?

—En el castillo de Padró, le respondí.

El castillo de Padró estaba, por lo menos, á diez leguas del mío.

Yo no quería que el herido supiese que estaba en el castillo de Palou.

Debía de haber reparado en mi estado de maternidad.

—Yo caí cerca del castillo de Palou, me dijo.

—No sé dónde habéis caído, le respondí algo turbada; os encontraron unos servidores míos que venían de camino, y os pusieron en una litera.

—Donde yo caí, abrumado por la traición de unos miserables, me respondio mirándome con la mayor fijeza, no hay camino alguno.

Mi turbación creció más y más.

Veía claro que aquel joven me cogía en mentira.

—Sea como fuere, le dije, estáis en el castillo de Padró.

—¿Por qué me decís eso? me preguntó con un acento de dulce reconvención: ¿no queréis que yo sepa quién es la persona á quien debo la vida? ¿Cómo queréis que yo crea que estoy en el castillo de Padró, cuando este desdichado á quien amparáis es Arnoldo de Padró?

—¿Que sois vos Arnoldo de Padró? le dije.

—Sí, me respondió: yo soy Arnoldo de Padró; el que bajo el peso de una calumnia que le ha desterrado, vive errante desde hace más de seis años. Yo no tengo miedo de deciros quién soy, porque estoy seguro de que el ángel que me ha protegido, que me ha salvado la vida, no me delatará al rey.

—Dicen que, desesperado, os habéis hecho bandido, le respondí.

—Sí, ansío venganza: el rey ha pregonado mi cabeza; mis amigos me han abandonado: he aborrecido á los hombres, y mi mayor placer es ejercitar sobre ellos mi venganza.

—¿De qué se os acusó?

—De haber faltado al respeto que debía á la reina doña Sancha.

Me estremecí.

Yo había notado que el rey estaba disgustado y celoso de la reina.

Doña Sancha no era hermosa ni joven.

Pero tenía un atractivo irresistible.

Yo, que como doncella noble suya, la había tratado muy

de cerca, nada había visto en ella que no fuera digno de una dama y de una reina.

—¡Pero esa ha sido una calumnia infame! exclamé: ¡la reina doña Sancha es una santa!

—¡Qué queréis, señora! dijo Arnoldo: la envidia se atreve á todo; no hay nada que no manche; nada que no envenene para satisfacerse: un infame pergamino sin firma, dejado en la cámara del rey por un aleve, dijo al rey que su doncel Arnoldo de Padró había puesto los ojos en la reina, y que la reina no ponía mal semblante á las audaces miradas de Arnoldo.

Me encontré de repente, y sin precaución alguna ni visos de disgusto del rey, encarcelado, cargado de hierros en la Alfarería.

Una mujer enamorada de mí, la hija de mi alcaidesa, me salvó.

Me dió un brebaje que me hizo pasar por muerto.

Me sacaron de la torre juzgándome cadáver, y me llevaron al cementerio de los ajusticiados.

Se pagó al sepulturero á peso de oro y se me desenterró.

Se me sacó del ataúd.

Cuando volví en mí, me encontré en los brazos de Juana, de la hija de mi carcelero de la Alfarería, que huyó conmigo.

—¿Y qué ha sido de esa mujer? le pregunté solamente por curiosidad.

—¿Os importa saber, me dijo, qué fué de mi salvadora?

Y me asió una mano que yo apoyaba en el borde del lecho.

La mano de Arnoldo ardía.

Retiré mi mano, y dije con un leve acento de enojo:

—Verdaderamente que nada me importa lo que de esa mujer haya sido.

—Juana murió, señora, me dijo, al dar á luz un niño muerto.

Sentí miedo.

Yo podía morir del mismo modo.

XIX

Permanecimos durante algún tiempo en silencio.

—En cuanto me ví libre con Juana, me dirigí resueltamente á mi castillo de Padró.

Mi señorío había sido confiscado por el rey.

Había quedado reducido á la pobreza.

Lo había perdido todo.

Hasta el nombre.

Pero, en el parque del castillo, de más antiguos tiempos, había enterrado un inmenso tesoro.

Mi padre, que había tenido graves contiendas con el rey, había tomado esta precaución temiendo un día que el rey le persiguiese.

—Hijo mío, me dijo mi padre al morir; no hay que fiar mucho en los reyes: de lo alto de su favor se cae con frecuencia en lo más profundo del abismo de la desgracia: los que andamos mucho al lado de los reyes, debemos vivir prevenidos: así, pues, y teniendo esto en cuenta, yo he enterrado mis tesoros en las ruinas del parque: en ellas, en un pequeño solano, en el rincón

que está frente á la entrada, encontrarás, cavando, una grande arca de hierro: no toques á ese tesoro sino cuando tuvieres una absoluta necesidad, porque tienes bastante con tus rentas para vivir como un rey.

Gracias á la previsión de mi padre, el rey no había podido dejarme pobre.

Juana y yo penetramos en el parque una noche provistos de un azadón.

Llegamos á las ruinas.

Bajamos á un pequeño sótano que en ellas había.

A poco que cavamos descubrimos el arca.

Mi padre me había dado al morir la llave de aquel arca, que yo siempre llevaba conmigo.

Pero cuando fuí preso, aquella llave me había sido arrebatada.

Rompí el arca con el azadón.

Estaba llena de dinero de oro, y lucían, además, muchas y muy ricas alhajas.

XX

Nos cargamos cuanto podimos de aquel oro, y fuimos á enterrarle en una cabaña que yo había hecho en los montes, en un lugar escondido, y donde Juana y yo nos amparábamos.

En algunos días todo el tesoro fué trasladado.

Entonces me encontré rico.

Por consecuencia muy fuerte.

Un día me salí al camino y esperé oculto.

Dejé pasar á todo el que no me pareció á propósito para entenderme con él.

Al fin pasó un mendigo.

Salí á él y le intimé me diese lo que llevare.

El mendigo se lanzó inmediatamente á mí.

Aparecía viejo.

Pero era joven y fuerte.

Nos agarramos.

Yo le arrojé por tierra.

Le puse una rodilla en el pecho, y le dije:

—Tú me convienes: vamos á ser grandes amigos.

El mendigo me miró con asombro.

Yo me levanté de sobre él.

—Hablemos, le dije.

Pero en vez de hablar, aquel hombre volvió á lanzarse sobre mí.

Entonces tenía un largo puñal en la mano.

Yo le dejé llegar.

Le así el brazo y le desarmé.

—Te digo, le dije, que es necesario que hablemos.

—Tú debes de ser un demonio, me respondió, tú eres el único que me ha vencido: hablemos, pues.

—Tú no mendigas siempre, le dije.

—No, me respondió: cuando puedo lo tomo; cuando no, pido: para causar confianza ó lástima, me disfrazo de viejo y me finjo enfermo.

—¿Por qué vas solo?

—Porque no he encontrado otros con quienes unirme.

—¿Quieres unirte conmigo?

—Sí.

—¿No te parezco yo un buen capitán aventurero?

—Sí.

—¿Quieres ser el segundo conmigo?

—Sí.

—¿Puedes tú entrar sin riesgo en Barcelona?

—Sí.

—Pues vé, y busca, entre la brava gente que allí hay, diez hombres bravos.

—Me pedirán dinero para seguirme.

Yo saqué de mi bolsillo dos puñados de oro, y se los dí.

El bandido miró con ansia aquel oro.

Si se hubiera atrevido, me hubiera robado el que quedaba en mi poder.

Pero estaba escarmentado.

—¿Cuándo podrás estar, le dije, en ese mismo sitio con esos diez hombres, á caballo y bien armados?

—Dentro de tres días, me respondió.

—Pues bien; dentro de tres días te aguardaré aquí mismo: si por apoderarte del dinero que te he dado, no vuelves, tú perderás más, porque no tendrás mi arrimo, y yo soy un hombre inmensamente rico.

—No te faltaré, yo te lo aseguro.

—Trae contigo caballo y armas para mí, le dije.

El mendigo partió.

Yo le esperé al tercer día desde el amanecer, no con mucha confianza de que volviese.

Pero aún no había salido el sol cuando sentí ruido de caballos.

Poco después salieron de entre los árboles once jinetes perfectamente armados y montados.

Uno de ellos traía de la brida un grande y fuerte caballo, encaparazonado de guerra, y sobre él un arnés.

El que traía aquel caballo era el mendigo.

Esta fué mi primera gente.

Después se aumentó hasta cien jinetes.

Yo tengo mis guaridas en la montaña.

Todos los ermitaños que en ella hacen, al parecer, vida penitente; todos los pastores y todos los monteros libres, me ayudan.

Bajo de tiempo en tiempo á la llanura de Barcelona, y saqueo las aldeas y aún las casas fuertes mal defendidas.

Yo reparto entero el botín entre mi gente, sin reservarme parte alguna.

Yo no necesito más riquezas que las que tengo, y que están depositadas en un lugar seguro, miserable é ignorado de todos.

Pero esa gente me sirve para defenderme y para vengarme.

Yo talo y saqueo las tierras del injusto rey de Aragón.

Yo degüello y robo á aquellos de sus cortesanos á quienes más ama.

Yo deshonro á sus mujeres y á sus hijos.

Y el rey sabe que todo esto lo hago yo.

Que lo hago para humillarle.

Para irritarle.

Él, con todo su poder, no ha conseguido haberme á las manos.

No lo conseguirá nunca.

Yo tengo siempre, donde quiera que estoy, buenos amigos que me avisan del peligro, y escapo cuando la

gente que el rey envía á prenderme es mucha, ó si puedo medirme con ella, la espero y la destrozo.

El rey tiene en mí un enemigo del que no se puede librar.

Yo le humillo y le afrento.

XXI

Juana, mi libertadora, vivía conmigo, y conmigo partía el amor y los peligros.

¡El amor he dicho!

Yo la estimaba; sentía por ella un ardiente agradecimiento; pero aunque era muy joven y muy hermosa, no la amaba.

No había llegado la hora de que yo amase.

Hace un año murió Juana.

Yo la sepulté donde tengo enterrados mis tesoros.

La lloré, porque había perdido en ella un buen hermano; una útil compañera.

La tristeza empezó á devorarme.

Comprendí que si no había amado á Juana, ella, por lo menos, me había hecho más llevadera la vida.

Un día, no há mucho, atravesaba yo solo un sendero junto á este castillo.

Sentí leve ruido de pasos.

Pasos de una mujer.

Se sentía el rozar de su túnica en la espesura.

Mi gente estaba á alguna distancia.

Yo me había adelantado solo á reconocer este castillo.

Yo había oído hablar de vuestra grande hermosura.

Se me había dicho que erais la hija del barón de Palou.

Que cuando éste había muerto habíais entrado como doncella noble en la servidumbre de la reina doña Sanchca.

Aún se murmuraba que habíais dejado la corte á pretexto de enfermedad y os habíais retirado á vuestro castillo, para ocultar las consecuencias de vuestros amores con el rey.

XXII

Al decir estas palabras Arnoldo de Padró, sentí el fuego de la vergüenza en el semblante.

—El amor, me dijo, se sobrepone á todo, y no debéis avergonzaros; además, la corona de un rey fascina. No sois vos la primera ricahembra que ha sido amiga de un rey, y que no lo había sido de ningún otro hombre. La vanidad arrastra á todo, y no hay vanidad como la de la mujer. Además, que dicen que vos amáis al rey

—Yo creía, dije con las lágrimas en los ojos, que mis amores con el rey eran secretos.

—En la corte no hay nada secreto, me respondió: hay por todas partes muchos ojos que miran ansiosos de descubrir los secretos y las debilidades del rey, y cuando no los encuentran, los mienten: no hay persona que ocupe alto puesto que no sea vendida ó calumniada.

En fin: yo encontré lo más natural del mundo que fuerais amiga del rey.

Se me había dicho que erais muy joven y que estabais sola en en el mundo.

La falta de experiencia os disculpaba á mis ojos.

Ansié conoceros.

Os conocí antes de lo que creía por una casualidad.

Los pasos de mujer que yo había oído en el bosque, y que me obligaron á ocultarme, eran los vuestros.

Cuando pasasteis, cuando os ví, cegué de asombro.

Me encanté.

Me enamoré.

Vos, señora mía, sois desde entonces para mí un solo pensamiento.

Yo pude haber acometido vuestro castillo.

Haberle tomado á fuerza de armas.

Haber degollado á sus defensores.

Haberme apoderado de vos.

Pero yo os amaba; yo os amo de tal manera, que no podía, no puedo intentar nada contra vos ni contra lo que os pertenece.

XXIII

Arnoldo calló, esperando sin duda alguna palabra mía que alentase su esperanza.

Pero yo nada respondí.

Estaba confusa.

Avergonzada.

Además, sentía miedo.

Veía un peligro para mí, sino por el momento, para en adelante, en aquel hombre.

XXIV

—Mi amor por vos, señora, que temo mucho no sea recompensado, me ha traído con mucha frecuencia solo á rondar vuestro castillo.

Esto ha estado á punto de costarme la vida, porque yo, señora, no he sido herido sino por uno de vuestros guardas del bosque.

Pero de mi herida me alegro, puesto que ella ha hecho que vos seáis el ángel que me ha salvado la vida.

Él calló de nuevo.

Yo continué guardando silencio.

XXV

—¿Nada me decís? exclamó con desesperación: ¿no os merece nada este desesperado amor que por vos siento, y que me ha obligado á descubriros el misterio de mi vida? porque yo no puedo engañaros, aunque sepa que diciéndoos la verdad me pongo en peligro.

—Vos no corréis peligro alguno en mi casa, le respondí: el rey no sabrá que estáis en ella; yo no os he socorrido, yo no os he amparado para entregaros luego al rey para que os descabece: yo no aventuro á nadie. Pero después de haberme manifestado un amor, al que no puedo corresponder, yo no volveré á veros. Os cuidarán personas de confianza, y cuando hayáis recobrado vuestras fuerzas partiréis con seguridad

—¡Alguna maldición debe pesar sobre mi familia!...

exclamó. He perdido mis preeminencias, mis estados, mi nombre; me he convertido en un bandido sin alma, y cuando mi alma se abrasa de amor, ese amor es para mí un imposible.

—Yo no puedo amaros, le dije; pero puedo, sí, hablar en favor vuestro al rey:

—Yo no quiero del rey ni la salvación de mi alma, me respondió: le aborrezco, y si no le he matado, es por no tener en mi alma la deshonra de la traición, que nadie me perdonaría. Pero haré al rey cuanto mal pueda; le heriré, si me es posible, en el alma.

Creció en mí el miedo que aquel hombre me causaba.

Me aparté de su lecho, y aunque me llamaba desesperado, escapé.

XXVI

Escribí una carta al rey, en la que le manifestaba que se había notado mucha gente, y sospechosa, alrededor del castillo.

Que en él no estaba segura.

Que me enviase gente de armas que me asegurase.

Pero no le dije que el traidor Arnoldo de Padró estaba en el castillo, curándose de una grave herida.

Si yo hubiera podido adivinar hubiera entregado aquel hombre al rey.

Envié mi carta con una persona de confianza.

Pocos días después quinientos hombres de armas me ponían á cubierto de todo golpe de mano.

Ni el capitán de aquella gente, ni ninguno de ellos,

ni aun de los del castillo, supieron que allí estaba oculto, y curándose, Arnoldo de Padró.

Cuando se restableció, yo le hice decir que podía salir con toda seguridad, y secretamente, de noche, del castillo.

Él solicitó encarecidamente hablarme.

Yo me negué.

Al fin, desesperado de conseguirlo, partió, y no volví á saber de él.

XXVII

Poco tiempo después dí á luz un hermoso niño.

Apenas si tuve lugar de verlo.

Emisarios secretos que había enviado el rey se lo llevaron.

Después el mismo rey me dijo que le había reconocido secretamente, y que se le había bautizado con el nombre de don Alonso de Aragón.

Suspendió aquí Malespina su lectura, y dijo:

—Ya veis que este misal, y escrito de la mano de mi madre... de nuestra madre... prueba mi origen.

Yo sabía que era hijo de doña Leonor de Palou, pero no conocía sus desgracias.

Esta lectura me aflige.

Permitidme, pues, María, que tome un momento de reposo.

CAPITULO XIV

En que Malespina continúa leyendo la historia de su madre

María estaba preocupada, atónita.

Había escuchado atentamente, con la boca entreabierta, aquella parte de historia que le había leído su hermano.

—¡Oh!... verdaderamente esto es terrible, exclamó: no sé lo que por mí pasa.

—Tampoco sé yo, contestó sonriendo Malespina, lo que le parecerá al rey, cuando yo le diga: «Hé aquí aquella hermana vuestra que conocíais por voluntad de nuestro padre, y que no sabíamos si era viva ó muerta.»

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!... exclamó María.

Y dobló la cabeza sobre el pecho.

—Verdaderamente, hermana, que si vos hubierais sabido esto, no os hubierais casado ciertamente con el *Encogido*.

—¡Oh! ¡no!... exclamó María: yo le amo: es el padre de mis hijos: he soñado durante un breve espacio: aquella maldita era sin duda alguna una hechicera; sólo por medio de sortilegios he podido yo sentir por ella, creyéndola hombre, un amor tan diabólico: yo estaba loca: pero la locura ha pasado, y ahora amo mucho más que antes á mi esposo: ¡ah! ¡el pobre!... ¡si le hubierais visto irritado por los celos!...

—Que se lo cuente á nuestra bellísima sobrina.

—¡Cómo! ¡qué!... exclamó María: esa señora...

—Esa señora es la infanta de Aragón, doña María de los Ángeles, hija secreta de nuestro hermano, el señor rey don Pedro II.

—Pero, señor, ¿es que por fuerza estos señores reyes han de tener hijos bastardos?

—Los tiene todo hombre que después de casado se enamora, y es correspondido: y á la verdad... á la verdad... va á ser una desesperación para nuestro hermano la desaparición de su hija, á la que ama con las entrañas. Yo siento que me haya sido imposible rescatarla. En fin: yo creo que sobre todos nosotros pesa alguna maldición, que Dios ha echado sobre la raza egregia de nuestro hermano, y es fuerza que nos resignemos á la voluntad de Dios.

Pero continuemos la historia de nuestra madre.

XXVIII

El infante abrió de nuevo el misal.

María escuchaba con toda su alma.

Se había transformado.

Hubiérase dicho que no era la misma.

Se sentía fuerte.

¡Hija de un rey!

Entonces comprendía la altivez de su corazón.

¡La sangre!

Una hija de la valiente casa de Aragón no podía menos de ser brava.

Malespina empezó de nuevo la lectura.

XXIX

«Yo volví á la corte, que estaba en Zaragoza acompañada y resguardada por un gran número de gente brava.

Nadie en la corte había sospechado la causa de mi larga ausencia.

Si lo habían sospechado, nadie me lo decía, ni aún me lo indicaba.

La reina me trataba con el mismo afecto de siempre.

Yo estaba tranquila y era feliz.

De día en día amaba más al rey, y la pasión del rey parecía crecer por mí.

Veía con frecuencia á mi hijo que se criaba en el campo.

XXX

Pasó el tiempo, y fué necesario una nueva ausencia.

Me encontraba de nuevo en cinta.

Un vago temor me inquietaba.

Mis sueños eran sombríos.

Me parecía que me amenazaba una desgracia.

Empezaba á representárseme de nuevo la sombría belleza de Arnoldo de Padró.

Su recuerdo me causaba un espanto insoportable.

Y en aquel espanto había algo que se parecía al amor.

¿Y cómo podía yo amar á nadie, estando locamente enamorada del rey?

XXXI

Volví con un nuevo pretexto á mi castillo de Palou.

Temerosa de encontrarme de nuevo en peligro, aumenté mi gente de armas, ó más bien, la aumentó el rey.

El castillo se puso en un estado de defensa que se hacía respetable.

Yo me había encerrado como la vez precedente, en mis aposentos, y no veía de mi servidumbre más que mi dueña que estaba en todos mis secretos, y dos doncellas de confianza.

Yo me había olvidado completamente de Arnoldo de Padró.

Alguna vez me acometía su recuerdo, y sentía como una turbación del alma.

Pero aquello pasaba y volvía el olvido.

Me había acostumbrado á la corte.

Me aburría en la soledad.

Ansiaba volver.

Sobre todo, me aquejaba el recuerdo del rey.

Pero no tanto como otras veces.

Yo sentía algo vago que no podía explicarme en mi alma.

Algo que alejaba el sueño de mis ojos.

Que me quitaba el apetito.

Que me tenía inquieta.

Yo no sabía que aquello era amor.

Que aquel amor que me atormentaba era por Arnoldo.

Apenas si le recordaba muy de tiempo en tiempo.

Pasaban los días, las semanas, los meses.

Me iba olvidando del rey.

O mejor dicho, el recuerdo del rey no era para mí tan intenso, tan continuo, tan grato como otras veces.

Empezaba á reconocer que era viejo y feo.

Le encontraba defectos que hasta entonces no había reparado.

Sin embargo, le amaba aún ó creía amarle.

Deseaba volver á verle.

Con mucha frecuencia salía por las tardes á esparcirme fuera del castillo.

Pero no me aventuraba más allá de los muros del parque.

Temía me aconteciera otra aventura como la pasada.

Cuando pensaba en esto, pasaba por mi mente un recuerdo rápido como un relámpago.

El recuerdo de Arnoldo.

Sentía en el alma una fuerza desconocida.

XXXII

Una tarde que con mi dueña estaba sentada junto á una fuente, entre unos hermosos castaños, cerca de un postigo del muro del parque que daba al bosque, sentí de improviso, de la otra parte del muro, la armonía de un laúd.

¿Quién podía ser el músico?

Sobre todo ¿á quién daba música en aquel lugar cerca del cual no había ningún habitante?

El parque era inmenso.

El castillo estaba muy lejos.

En él no podía oirse aquella música.

Si aquella música era por mí, el que la daba debía saber que yo estaba allí.

No podía saberlo, como no fuese que mi dueña le hubiese dicho que yo estaría á aquella hora cerca del postigo del muro del parque.

Recordé á Arnoldo.

—Mi dueña, dije severamente á ésta, ¿sabéis vos quién es el músico que tañe?

La dueña me miró de hito en hito.

Yo debía mostrar alguna turbación en el semblante.

La idea de que podía ser Arnoldo el músico, me conmovía.

Empecé á comprender que amaba á Arnoldo.

Pero aquel amor era un gravísimo inconveniente para mí.

Le rechacé.

—Yo no sé porqué me habéis hecho vuestra pregunta de una manera tan grave, y aun con enojo, me dijo mi dueña. No parece sino que creéis que yo soy la que ha dado ocasión para que esa música llegue á vuestros oídos.

Y la vieja sonreía siempre.

Algo debía de ver en mí que la alentaba.

—Vos me ponderáis la hermosura de este sitio, la dije, y más por vuestro gusto que por el mío, venimos aquí desde hace algunas tardes. Si el músico no sabe que aquí hay quien le oiga, ¿por qué tañe? y si sabe que quien le oiga hay ¿quién se lo ha dicho?

—Los enamorados, señora, meten los ojos por los resquicios, y ven y saben lo que no se creería pudiesen ver ni saber.

—¿Y sois vos un resquicio, mi dueña?

—Bien hubiera podido ser, me contestó doña Aldonza, que así se llamaba, que yo, una y otra vez importunada, hubiese tenido compasión de un desesperado en peligro de condenarse.

Y aquella maldita vieja continuaba mirándome de una manera penetrante y fija.

—Bien sabéis vos, la dije, procurando aparecer serena, que yo no puedo oir solicitudes de nadie, que mi destino se ha cumplido ya.

—¿Y qué será de vos, dijo con una tranquila audacia doña Aldonza, el día en que el rey se canse de vuestros amores y busque su contento en otros nuevos? que los reyes, señora, ni aman ni agradecen el amor que se les tiene, porque se creen dueños de todo, hasta del alma de sus vasallos.

Hacía ya tiempo que yo había empezado á ver en el rey una especie de frialdad, de desvío.

Pero lo había atribuído no á su desamor, sino á sus graves cuidados.

La astuta vieja había arrojado ásperamente en mi alma aquella dolorosa duda.

—Sea como fuere: si el rey se desvía de mí, yo no me retiraré á un convento, porque no podría vivir separada de mis hijos; pero me encerraré con ellos en mi castillo.

—Vuestros hijos, me dijo, no son hijos vuestros; son hijos del rey: vos no podéis tener nada que el rey tenga, ni aun vuestra alma: ya veis que os cuesta trabajo el ir á ver á vuestro hijo don Alonso allí donde secretamente le crían de orden del rey.

Esto era verdad.

Se me apretó el corazón.

La maldita vieja continuó:

—El día en que el rey, enojado ya de vos, contraiga otros amores, os apartará de la corte con cualquier pretexto, ú os desterrará sin deciros la causa de vuestro destierro. Entonces no sólo habréis perdido vuestro fuero con el rey, sino también vuestros hijos, á los que no volveréis á ver más.

Se me oprimió más y más el corazón.

Entretanto el músico seguía tañendo.

Y de una manera tan dulce que no parecía sino que su corazón decía amores por medio de las cuerdas de su laúd.

Yo empezaba á sentir algo extraño.

Algo terrible.

Recordaba marcadas frialdades del rey.

Momentos en que junto á mí permanecía mudo, distraído durante largos espacios de tiempo.

Y el recuerdo de Arnoldo venía á mi mente más intenso, más dulce.

Pero ni aún llegué á sospechar que fuese Arnoldo aquel que tañía el laúd.

XXXIII

—De prudentes es, me dijo la vieja, prevenirse á tiempo contra las desgracias: supongamos que un mancebo ilustre y poderoso se hubiese enamorado de vos de tal manera que le importase muy poco el que hubierais sido amiga del rey.

—No hablemos, no hablemos más de esto, la dije: vos no me conocéis: yo he podido cometer una falta, ó enamorada del rey ó excitada por su esplendor; pero no cometeré una segunda falta. Vámonos de aquí; no volveremos más á este sitio.

La vieja me miraba y sonreía.

Yo pretendía aparecer indignada.

Pero la verdad era que, como yo no sentía indignación, no la podía manifestar.

Me levanté, sin embargo.

Hacía ya algún tiempo que había cesado de sonar el laúd.

Había caído la tarde.

La luna llena brillaba en un cielo despejado.

El ambiente era tibio.

Un delicioso perfume llenaba el espacio.

XXXIV

Tomé con paso rápido por un estrecho y tortuoso sendero, que prolongándose entre los árboles, llegaba al castillo.

Doña Aldonza me seguía en silencio.

De repente me detuve y lancé un grito de sorpresa y de asombro.

Un hombre había aparecido ante mí, y se había arrojado á mis pies.

La luna iluminaba de lleno su semblante.

Le reconocí.

Aquel hombre era Arnoldo.

Retrocedí, más que aterrada, asombrada de mí misma.

Había sentido, al reconocer á Arnoldo, un impulso de inefable alegría.

—No huyáis de mí, señora, dijo Arnoldo levantándose, que ningún mal podéis temer de mí: que si yo me creyese capaz de causaros el más leve daño, á mí mismo me arrancara las entrañas.

—Vos sois la torpe causante de todo esto, dije á mi dueña, y vos me daréis cuenta de ello.

La dueña me miraba y sonreía.

Permanecía inmóvil.

Yo estaba aturdida, y no me alejaba de Arnoldo, que se acercaba á mí.

XXXV

—Oidme, me dijo, y si oirme no queréis, habréis de verme muerto por mí misma mano á vuestros pies; que de tal manera os amo, y de tal manera es mi vida vuestro amor, que sin él no podría vivir.

—Apartad, le dije, procurando aparecer indignada, si no queréis que crea que, contando con la traición de esta miserable, sois lo bastante cobarde para impedir el paso á una dama.

—Acabáis de pronunciar mi sentencia de muerte, dijo Arnoldo.

Y desenvainando su puñal le alzó sobre su pecho.

XXXVI

Yo no sé lo que en aquel momentó pasó por mí.

Conocí entonces que amaba á Arnoldo.

Que mi corazón le había amado desde el momento en que le ví.

Que me había engañado creyendo que había amado al rey.

Me aterré.

Encontré en mí un valor desconocido.

Me arrojé á Arnoldo y así su puñal.

Por pronto que él quiso soltarle, me hirió.

La sangre brotó.

—¡Ah, vuestra sangre, vuestra preciosa sangre vertida por mí por evitar mi muerte! exclamó Arnoldo.

Y me sostuvo en sus brazos.

Me había acometido un desfallecimiento.

Al fin me desmayé.

Cuando volví en mí me encontré entre los brazos de Arnoldo que me miraba con ansiedad.

La dueña había desaparecido.

—Yo os amo, yo os adoro, yo no vivo más que por vos y para vos, me dijo Arnoldo. No es culpa mía haberos encontrado tarde, cuando ya erais amiga de mi cruel enemigo el rey don Alonso: escuchadme, señora: si vos sois la amiga del rey, yo he perdido mi nombre por su enemistad. El ha sido enemigo vuestro haciéndoos su amiga, y olvidándose de la lealtad y de los merecimientos de vuestro padre. Mirad, señora: todo el mundo no es Aragón y Cataluña; reinos hay donde yo puedo ostentar mi nombre y mi nobleza que nadie puede quitarme: sed mi esposa, y yo os llevaré á otras tierras: tesoros tengo para comprar en ellas estados y haceros señora de ellos: importa poco lo que vos dejéis aquí, como no dejéis á vuestros hijos: ellos son mis hijos, porque son hijos vuestros; yo los reconoceré como hijos míos; sed mi ventura y mi familia, señora, y yo procuraré daros una ternura que tanto merecéis. Prometedme, prometedme que seréis mi esposa.

Yo no sabía qué contestar.

Mi turbación era poderosa.

Sentía como una embriaguez.

Como una ausencia de toda voluntad.

Arnoldo me retenía en sus brazos.

Me respetaba.

Pero yo sentía su ardoroso alentar.

Sentía en mis ojos la mirada de sus ojos.

Una mirada de fuego.

De amor inefable.

De rendimiento infinito.

De ansiedad mortal.

Y sentía más y más aquel amor que por Arnoldo había vivido en mí, misterioso, sin que yo lo sintiera.

Un amor incontrastable.

Arnoldo había vendado mi mano.

Tal era mi perturbación, que no sentía el dolor de mi herida.

Mi mirada se cebaba, sin poder yo impedirlo, sin pretender evitarlo, en la mirada de Arnoldo.

Este sonrió al fin, y apareció en su semblante una expresión de felicidad.

—¡Ah!... ¡sí!... ¡vos me amáis! exclamó: vuestros labios callan, pero hablan vuestros ojos; los labios pueden mentir, pero los ojos no, porque en ellos habla el alma, y el alma no miente: ¡oh!... ¡y cuán feliz soy, esposa mía... hermosa mía... adorada mía!...

Yo recliné mi cabeza en su hombro.

Mi amor, tan de improviso revelado, me había rendido.

No podía luchar con él.

XXXVII

—Dejadme que llame á mi dueña, le dije.

No debía estar muy distante doña Aldonza porque apenas pronuncié yo estas palabras, apareció.

—Hé aquí á la desleal y á la miserable, me dijo: sin embargo, me debéis vuestra felicidad.

—Y de una manera desinteresada, se apresuró á decir Arnoldo: interés por vos, señora mía, y compasión por mí han sido los que han hecho que doña Aldonza nos procure esta feliz entrevista. Pero, ¿cómo os sentís de vuestra herida, señora mía?

—¡Ah!... exclamé: ni aún me había acordado de ella; ni sé lo que siento ni lo que por mí pasa.

—Esto es amor, dijo doña Aldonza.

—Sí, amor es, dije yo; no puedo negarlo: yo no he mentido nunca: pero, ¿cómo siento yo este amor, que me parece que no he sentido otro en toda mi vida?... ¡Oh!... ¡si pudiera deshacer lo hecho!...

—Mataríais á vuestros hijos, señora, que por ser vuestros lo son míos, me dijo Arnoldo, y vos no querréis matarles ni yo quiero que los matéis. Más bien: yo iré á robar para vos á vuestro hijo el infante don Alonso, que dejará de ser infante para ser hijo mío.

—¡Oh! ¡callad!... exclamé: ¡no aumentéis mi agonía... nuestro amor es imposible!...

—No hay nada imposible para el amor, adorada de mi alma, me dijo Arnoldo: el amor es el más poderoso de los dioses. Preguntad á vuestro corazón: ¿amáis al rey?

—He creído amarle, respondí; pero ahora veo que no le he amado jamás.

—El rey fué un villano, me dijo: erais una niña: estabais sola en el mundo: el rey abusó de vuestra inexperiencia: ha sido tan alevoso contra vos, como lo ha sido contra mí.

—Decidme, le dije recordando su historia: ¿tenía razón el rey para querer mataros?... ¿habéis tenido amores con la reina doña Sancha?

—¡Oh!... ¡gracias!... me contestó: esa pregunta vuestra significa que tenéis celos...

—Doña Sancha no es hermosa, le dije, pero sí muy atractiva y muy matrona; al fin es reina.

—Yo ni aún he pensado en que la reina podía prendarse de mí, me contestó; yo he sido leal hasta verter mi sangre por el rey antes de que el rey me ofendiese. Si soy ahora su enemigo, razón tengo para ello: pero aunque hubiese habido á las manos á la reina, aunque hubiese estado completamente á mi merced, yo no la hubiera deshonrado: ¿qué culpa tenía esa noble señora de que un infame calumniador hubiese hecho concebir al rey la sospecha de que yo atentaba á su honor?

No respondí á Arnoldo.

Él me dijo :

—¿Queréis ser mi esposa esta misma noche?

—¿Vuestra esposa... esta misma noche?... le respondí asombrada.

Los ojos de Arnoldo me devoraban.

Me languidecían.

Me hechizaban.

Yo me sentía arrastrada por un poder irresistible.

—Sí, dije al fin.

Y lo dije con toda mi alma.

Arnoldo me tomó las manos y me las besó.

Al besármelas me las cubrió de lágrimas.

—¡Dios sea loado!... exclamó doña Aldonza: ¡al fin,

yo, que tanto os amo, os veo libre de vuestra mala fortuna!...

XXXVIII

Yo era muy joven.

Aún no había cumplido mis diez y siete años.

Si hubiera tenido más edad, más experiencia, hubiera creído que doña Aldonza, vendida al oro de Arnoldo, me había dado algún bebedizo para hechizarme.

Pero ¿qué hechizado conoce que está sujeto al poder de un hechizo?

Y yo agonizaba.

Pero agonizaba de amor, de felicidad.

Me parecía Arnoldo el hombre más hermoso.

El hombre mejor de la tierra.

Yo me sentía impulsada á él de una manera irresistible.

Me sentía completamente dichosa.

Y... ¡cosa extraña!

Me había olvidado del rey.

Cuando por la conversación salía su nombre ya á los labios de Arnoldo, ya á los míos, el rey me parecía horrible.

Comprendía que no me amaba.

Que yo, para él, no había sido más que un entretenimiento.

Creía que no amaba á los hijos que de mí había tenido.

Que si los había reconocido y los criaba, era por la altivez de su sangre.

Pero los ocultaba.

En cambio, Arnoldo los reconocía como si hubiesen sido hijos de su mujer.

Mi amor se aumentaba por el amor de mis hijos.

Por el que yo vivía.

Por el que estaba aún en mis entrañas.

No serían infantes de Aragón.

Pero tampoco serían bastardos.

Llevarían el nombre de un hombre que se lo daba por mi amor.

El nombro de un ilustre barón, de un prócer catalán, perseguido por su rey, pero que por esta persecución no había perdido su nobleza.»

Se detuvo á este punto Gutier de Malespina.

—Siento miedo de seguir, dijo á María; nuestra madre era una inocente, no conocía la vida; estoy temiendo algo horrible.

—Y yo empiezo á comprender la horrible desventura en que recuerdo haber conocido á mi madre, y que causó su temprana muerte; porque, á lo que yo puedo juzgar por mis propios recuerdos, mi madre debió morir á los veintitrés ó á los veinticuatro años.

—Este Arnoldo debía ser un infame, dijo Malespina; uno de esos hombres que tienen el don de fascinar á las mujeres.

—Y en verdad, que hay fascinaciones que no se comprenden y que parecen hechizos, dijo María recordando al príncipe Miletto de Castellobianco; esto es: á Angiolina.

—Sí, sí, dijo Gutier; hay pasiones que no se comprenden.

Y recordó á Isabel de Segura.

CAPITULO XV

Continuación de la historia de doña Blanca de Palou

Reposó algunos momentos el infante don Alonso.

La infanta doña María permanecía pensativa y triste.

Crecía el cambio de aspecto que en ella se notaba.

Iba adquiriendo, con la aclaración de su nacimiento, una cierta grandeza.

Tal es el corazón humano.

Las circunstancias en que nos encontramos nos transforman.

No somos lo que queremos ser.

Somos lo que la suerte quiere que seamos.

Para Mari-galana, convertida en infanta de Aragón, se abrían nuevos y extensos horizontes.

Por más que hubiera dicho á aquel su hermano, que tan imprevistamente había encontrado, que ella no podía

menos de amar al padre de sus hijos la verdad era que el *Encogido* la parecía demasiado zafio, demasiado rudo, demasiado ordinario, en una palabra, para marido de una infanta de Aragón, siquiera fuese bastarda.

Son terribles las burlas y los caprichos de la suerte.

El infante continuó al fin su lectura.

XXXIX

«Yo no tenía poder para negarme á los deseos de Arnoldo.

Mi sumisión á su amor era completa.

Me presté á que aquella misma noche nos uniese un sacerdote.

Este sacerdote no podía serlo el capellán del castillo.

Hubiera podido comprometer el secreto.

Pero en Montserrate había muchos ermitaños que eran monjes, y que se habían retirado á aquellas rocas para hacer, en la más absoluta soledad, una vida penitente.

Arnoldo me propuso un santo ermitaño, á lo que él decía, que moraba en una gruta situada en una peña inaccesible, á dos leguas de distancia de mi castillo.

Mi fascinación duraba.

Más bien: crecía.

Me presté á seguir á Arnoldo.

Mi dueña debía acompañarme.

XL

Nos dirigimos al postigo del muro del parque.

Arnoldo le abrió con una llave, que no hubiera podido tener á no habérsela vendido doña Aldonza.

Pero mi fascinación me cegaba.

No pensé en nada.

No reparé en nada.

Sentía en mis entrañas como un fuego voraz.

Una ansiedad terrible me devoraba.

A poca distancia del postigo encontramos dispuesta una litera.

Yo debía haber extrañado esta circunstancia.

De seguro se había contado con que aquella litera debía servir.

Y no podía servir sino ocupándola yo con mi dueña.

La traición de doña Aldonza estaba manifiesta.

Sin embargo, yo no juzgaba de nada.

XLI

Entramos en la litera doña Aldonza y yo.

Arnoldo montó en la mula delantera.

Yo no ví á nadie.

Arnoldo debía haber ido solo.

Dentro de la litera había un laúd.

Se emprendió muy de prisa la marcha.

Al fin llegamos á un lugar solitario y áspero.

A un lugar de todo punto sombrío.

Al pie de una altísima roca tajada corría, por un profundo barranco, un riachuelo.

Alrededor de esta roca había otras no menos altas.

Se oían graznidos de águilas.

Salimos de la litera.

Arnoldo hizo sonar su bocina.

En lo alto de la roca sonó un acompasado toque de esquilón.

—El ermitaño contesta, dijo Arnoldo: contesta que él no puede suponer para qué le busco yo á estas horas. Subamos.

Y me dió su brazo para que me apoyase en él.

XLII

Aquel no era sendero, sino una escala asperísima.

Llegamos á un punto en que el tajo, por cuyo fondo corría el torrente, tenía tan cerca sus bordes, que podía saltarse con suma facilidad del uno al otro lado.

Sin embargo, era demasiado salto para una mujer.

Arnoldo me tomó en sus brazos y saltó.

Me dejó en tierra.

Luego volvió á saltar; tomó á doña Aldonza y saltó de nuevo, dejándola junto á mí.

Seguimos el acceso.

Yo, apoyada en el brazo de Arnoldo.

Doña Aldonza, detrás.

Llegamos fatigadísimas á lo alto de la roca.

Su cumbre era bastante ancha.

Pero la gruta del ermitaño no estaba en ella.

Estaba en otra, separada de ella lo bastante para que se necesitase un puente para pasar.

Existía este puente.

Pero era el tronco de un árbol.

Debajo se abría un abismo.

XLIII

—Yo no llego á tanto como á poder marchar sobre ese tronco, me dijo Arnoldo; pero mi amigo el ermitaño es un varón muy fuerte, favorecido por Dios, y él nos pasará á todos.

En aquel momento el ermitaño venía á nuestro encuentro, marchando sobre el tronco, con la misma seguridad con que hubiera podido marchar sobre un puente anchísimo.

Llegó y nos saludó con una mansedumbre y una delicadeza y una unción tales, que más no hubiera podido hacer un santo.

Díjole Arnoldo á lo que íbamos.

El ermitaño celebró el que amándonos, y haciéndose necesario el casamiento, no lo dilatáramos.

Arnoldo le rogó me pasase la primera.

Me asió el ermitaño por la cintura.

Me levantó con suma facilidad.

Pasó de una manera segura.

Al dejarme en tierra, dentro de la gruta, yo creí percibir un brillo siniestro en su mirada.

Pasó luego á doña Aldonza.

Volvió por Arnoldo.

Al llegar á la mitad del tronco del árbol, el ermitaño se detuvo.

Lo que pasó en el mismo momento fué horrible; horrible é inesperado para mí.

El ermitaño lanzó de sí, de improviso, á Arnoldo.

Arnoldo exhaló un espantoso grito de terror.

Luego se oyó el sordo ruido del rebote de su cuerpo en las rocas.

El horror me heló.»

XLIV

—¡Ah! dijo María interrumpiendo á su hermano; nos hemos engañado: Arnoldo no era un infame.

—Allá lo veremos, dijo Malespina: todo se reducirá, en todo caso, á que el ermitaño fuese tan infame como él: dejadme continuar, hermana mía.

—¡Oh!... ¡sí!... continuad: estoy impaciente.

Malespina continuó:

XLV

«En medio de mi terror, que me tenía petrificada, ví que el ermitaño se lanzaba como un tigre hambriento en la gruta, y asía á doña Aldonza, que estaba tan aturdida como yo.

Doña Aldonza, al sentirse asida, lanzó un grito de terror.

Un grito horrible.

El ermitaño se fué con ella al borde de la cortadura, y la arrojó.

Después se volvió hacia mí.

Yo caí de rodillas, creyendo llegada mi última hora.

—¡Ah!... ¡tú no!... ¡tú no!... ¿por qué te había de matar yo? exclamó el ermitaño.

Y me alzó.

Entonces ví en sus ojos la imagen de Satanás.

—Tú me acompañarás, me dijo: tú vivirás y morirás aquí, conmigo: tú serás mi última condenación.

Y después de estas palabras, añadió:

—Nada temas: ninguna mujer será tan amada como tú: nadie sabrá que estás aquí: nadie pasa por estos lugares más que los bandidos: voy á hacer que los bandidos de ese hombre no puedan reparar en nada. Es necesario que el torrente arrastre la litera y las mulas, como ha arrastrado á Arnoldo y á la vieja.

El ermitaño salió.

Pasó sobre el árbol.

Desapareció.

Yo me arrojé al suelo, desesperada, y me mesé los cabellos.

Sentía un dolor horrible por la muerte de Arnoldo.

Hubo un momento en que me alcé, resuelta á lanzarme también en aquella horrenda sima.

Pero un rayo de la misericordia divina me hizo recordar que era madre, y me contuve.

XLVI

El ermitaño volvió muy pronto.

—Que te busquen, que te busquen, dijo: no te encontrarán: el torrente llevará muy lejos los cuerpos despedazados de Arnoldo y de la bruja, y las bestias y la litera.

Nadie creerá que los he despeñado yo.

Eres mía.

Mi compañera.

Pero tranquilízate.

Cuando me conozcas, tú me amarás.

Y la intensa mirada de aquel hombre me devoraba.

Yo no contesté.

Es verdad que yo no tenía ni aun fuerzas para contestar.

Comprendía bien la inmensidad de mi desdicha.

Estaba desesperada.

Se me desgarraban las entrañas por el amor de Arnoldo.

Crecía mi aborrecimiento hacia el rey.

Para mí, culpa era del rey mi desdicha.

Si yo, pura y honrada hubiese conocido á Arnoldo, no hubiera sobrevenido aquella desventura.

Nada hubiéramos tenido que ocultar, y él no hubiera buscado á aquel miserable, á aquel horrible, á aquel feroz ermitaño.

XLVII

La congoja que me había acometido crecía.

—Tú te sientes mal, muy mal, me dijo el monstruo, y yo voy á hacer que tu mal cese.

Y entró en otra gruta que dentro de la gruta había.

Yo sentí el ruido de una cuchara de metal repetidas veces en una vasija.

Al fin el ermitaño volvió trayendo un cáliz de plata en la mano.

—No importa que donde yo consagro, dijo, tú bebas la salud: traga esto, y te encontrarás aliviada: pasará el hechizo en que has caído.

Bebí.

Tenía una sed abrasadora.

Hubiera bebido con la misma ansia, aunque hubiese sabido que bebía un veneno.

Era un licor narcótico.

Me hizo sentir una frescura deliciosa.

Pareció como que las nubes de mi entendimiento se despejaban.

Que sentía de otra manera.

Aquel violento amor que de una manera tan rápida se había apoderado de mí por Arnoldo, se borró.

Se desvaneció.

Conservaba la memoria, y Arnoldo me parecía aborrecible.

Y el ermitaño me parecía menos horroroso.

Como que lo que más me hacía ver horrible al ermitaño era la muerte que había dado á Arnoldo.

Recobré, en fin, mi razón.

—Voy á explicarte lo que por tí ha pasado, dijo el ermitaño; pero para eso es necesario que te cuente la historia de Arnoldo.

—Lo que deseo es que me saquéis de aquí, que me volváis á mi castillo, le dije.

—Eso, jamás, me contestó el ermitaño: tú no saldrás de aquí; tú no te apartarás de mi lado, aunque el rey, tu amante, sepa que estás aquí y pretenda librarte: si acometiera con un ejército esta roca, yo me defendería desde lo alto de ella; y cuando llegaran los soldados, me arrojaría contigo al abismo.

No podía ser mayor mi desdicha.

El ermitaño continuó:

—Arnoldo ha sido siempre un hombre de gran provecho, aunque joven.

No ponía los ojos ni el deseo sino en lo muy alto.

Era ambicioso.

Puso sus ojos en la reina doña Sancha.

Se enamoró de ella.

Vió en ella un medio para su ambición.

La reina doña Sancha le miraba con predilección, pero sin amor.

No podía amarle por más que Arnoldo fuese muy joven, y muy hermoso, y muy gallardo, y muy solicitado de las damas.

Y no podía amarle, porque la reina doña Sancha, como todas las mujeres á quienes sus maridos hacen sufrir una y otra infidelidad, uno y otro desvío, adoraba á su marido; estaba, y está enamorada de él, y no cree que haya en el mundo otro con su marido comparable.

La buena manera que doña Sancha tenía de tratar á Arnoldo, era todo bondad ingénita.

Tú no conoces á doña Sancha.

Es muy bondadosa.

Arnoldo, á quien habían hecho muy presuntuoso las debilidades de otras, creyó que la reina le amaba.

La encontró un día en un paraje solitario de la Aljafería de Zaragoza, y creyéndose seguro la manifestó su pasión.

La reina fué prudente.

Sonrió al garzón.

Le engañó.

Le dió esperanzas.

Escapó sabiamente de aquella soledad y de la alevosía y de la locura de Arnoldo.

Esperó algunos días.

No quería que Arnoldo sospechara que ella se había quejado á su marido.

Esto era dignidad.

Aprovechó una ocasión en que, sin estar sola, podía hablar privadamente con Arnoldo, y le afeó agriamente su proceder.

Le manifestó que, si había disimulado su atrevimiento, había sido por prudencia.

Lo intimó, al fin, que olvidase su delirio, y que nunca más se atreviese ni aun á mirarla, sino con un profundo respeto.

Arnoldo, siempre necio, no vió en esto sino una confirmación de su esperanza.

Algún tiempo después la reina reveló al rey la traición de Arnoldo.

El rey le mandó encerrar en una mazmorra de la Aljafería, decidido á descabezarle en ella.

Le valió la hija de un carcelero, con la cual huyó.

El rey le declaró traidor y le confiscó sus estados, borrándole del libro de la nobleza aragonesa.

Arnoldo no atribuyó su desgracia á la indignación de la reina.

La atribuyó á la envidia, á los celos de un prócer aragonés.

Aquel prócer era tu padre.

Tu padre murió de una manera misteriosa.

No se había satisfecho la venganza de Arnoldo.

Quedabas tú, la hija del que él creía su enemigo, que en efecto, lo había sido, pero que no había causado su desgracia.

Te vió desde lejos ir á la corte.

Supo con placer que eras amiga del rey.

Te acechó en tu castillo.

Uno de tus guardabosques le hirió.

Tú le amparaste.

Por aquella vez se malogró su venganza.

Tú no estabas hechizada, y por aquella vez aumentó sus palabras de amor.

Volviste á la corte.

En la corte nada podía hacer contra tí Arnoldo.

Pero volviste á tu castillo.

Entonces Arnoldo me buscó, y díjome:

—«Marcelo: yo he corrompido á la dueña de la hija de mi miserable enemigo: yo puedo apoderarme de ella, hacerla mi esclava; pero esto no me basta; es necesario que ella me ame, que me ame con toda su alma, que muera por mí de amor; que yo pueda hacerla sentir la rabia de los celos, la desesperación del abandono.

Yo le dí el filtro.

Él lo dió á la dueña.

Ella te lo dió á beber.

Yo soy hechicero.

Mi poder es invencible.

Me obedecen los espíritus infernales, por la voluntad del Señor.

Yo soy mago.

Tú me amarás.

Pero no me amarás por filtros ni por sortilegios.

Me amarás, porque está escrito que tú me ames.

Yo te conocía, yo te amaba.

Pero no podía llegar hasta tí.

Tú hubieras visto siempre en mí á un monje.

A un sacerdote.

Y en verdad yo soy sacerdote.

Pero sacerdote de la verdad.

El Dios del Sinaí y del Gólgota no quieren otras leyes que sus leyes.

Las leyes de Dios son las leyes de la Naturaleza.

El Dios de los hombres y de los animales y de todo cuanto existe no quiere nada que sea contrario á la Naturaleza, que es su causa misma; como que la Naturaleza ha salido de él.

Dios ha querido que su sacerdote, su profeta, sienta el amor en su alma.

El amor es la primera ley de Dios.

El amor, hijo de Dios, es el padre de todo cuanto existe.

Los hombres, en su soberbia, han desconocido á Dios, y han hecho leyes contrarias á las leyes divinas é inmutables.

Dios se manifiesta hoy en sus profetas como se manifestaba en los tiempos de Isaías y de Elías.

Aquellos profetas eran magos y hechiceros.

Hacían milagros.

Exterminaban á sus enemigos, usando del poder que Dios les había confiado, y por el mismo poder enaltecían á sus amigos.

Lo que yo he hecho delante de tí con Arnoldo y con tu dueña, lo hubiera hecho el profeta Elíseo, si se hubiera encontrado en el mismo caso.

Yo te he traído aquí, haciendo ver su deseo á Arnoldo, para que partas conmigo una vida de penitencia, de oración, de contemplación, de perfección, que llegará á la mayor bondad por el amor.

XLVIII

Después de este cúmulo de blasfemias, el *santo* ermitaño me dijo:

—Reposa: yo te prometo que, porque seas completamente feliz, te traeré á tu hijo.

—Jamás le vean mis ojos bajo tu tiranía, partiendo su dolor con su madre, le respondí, y plegue á Dios que el desdichado ser que tengo en las entrañas, muera en ellas, matándome: así los dos nos libertaremos del horror que nos amenaza.

—Es natural que todavía pienses así, me dijo Marcelo: aún estás conturbada. Aún no conoces la verdad de las cosas: yo te convertiré á la verdadera virtud; á lo que únicamente es acepto á los ojos de Dios: el Todopoderoso te ha dado la hermosura de un ángel, y yo haré que tu alma sea á la de un ángel semejante. Reposa ahora: has sufrido demasiado.

Y me asió de la mano.

Me levantó.

Me llevó á la otra caverna.

En ella me mostró un lecho de pieles.

—Ese lecho, me dijo, es más cómodo que todo lo que han inventado los hombres. Dios ha dado á los animales la carne, para que el hombre se alimente de ella: las pieles, para que de ellas haga sus vestidos y su lecho: el gran San Juan Bautista se alimentaba de frutas y raíces, vestía pieles, en pieles dormía, y era fuerte, robusto y hermoso: cuanto más en las leyes de la naturaleza vivimos, más fuertes y más justos somos: reposa, ángel de Dios: yo velo por tí: tú llegarás á ser santa; pero es necesario que olvides las miserias y las vanidades del mundo. Dios castiga á los soberbios y abandona á los necios: la soledad es el mejor templo de Dios; el alma se maleficia bajo los artesonados de los palacios, y entre las vanas galas. Oye mi palabra y tú encontrarás la felicidad.

Y me dejó sola.

Yo estaba enferma.

Ardía mi cabeza.

Estaba sentada sobre el lecho.

Me dejé caer en él.

Poco después, fatigados mi espíritu y mi cuerpo, me dormí.

XLIX

Desde aquella terrible noche mis padecimientos han sido horribles.

Yo no sé qué pecado imperdonable de mi ascendencia ha traído sobre mí la maldición de Dios.

Porque sólo por una maldición de Dios puede ser sentenciada una mártir á los tormentos que yo he sufrido.

Estoy en poder de un hombre extraño.

Incomprensible.

Siente por mí la locura de un amor del infierno, y sin embargo, me respeta.

Es siempre para mí el profeta, el santo.

Yo no le comprendo.

Es un profeta muy singular.

Un santo muy extraño.

Yo le creo capitán de forajidos.

Algunas veces vienen á la cueva hombres extraños.

Me miran de una manera que me da miedo.

A veces creo que, á pesar del respeto que les inspira Marcelo, aquellos hombres están prontos á lanzarse sobre mí y á devorarme.

Marcelo es más feroz que ellos.

Aborrece á los hombres.

Dice que los hombres están malditos.

Que él es uno de los espíritus exterminadores que Dios ha enviado á la tierra para castigo de las maldades de los hombres.

Para mí sólo tiene amor y mansedumbre.

Esto es milagroso.

Me cuida cuanto puede cuidarme en esta soledad, como si fuera yo su hija queridísima.

Pero se niega á darme la libertad.

Dice que sin verme á su lado no podría vivir.

Que no quiere morir desesperado.

Que no está escrito.

En vano le suplico.

En vano son mi dolor y mis lágrimas.

Yo estoy sentenciada á morir en este infierno.

L

La soledad es absoluta.

Nadie pasa por aquí.

Nadie por aquí viene.

¡Nadie!... más que los forajidos, de los cuales es sin duda capitán Marcelo.

Él los llama sus exterminadores.

LI

Nada turba el siniestro silencio de estos lugares.

Nada más que el zumbar del torrente y el graznido de las águilas.

O el zumbar del viento.

O el caer de la lluvia.

O el estruendo horrible de la tempestad.

Además, todas las mañanas suena el esquilón tocando á misa.

Nadie debe venir.

Nadie puede venir.

Sin embargo, el esquilón suena.

Luego la misa se dice.

Nunca falta uno de los forajidos de este hombre que la ayude.

Yo creo que para llamar á éste es para lo que suena el esquilón.

LII

Al poco tiempo de ser yo cautiva de este profeta, de este exterminador, de este misterioso ermitaño mi desdicha se ha aumentado.

He dado á luz una hija.

He sido asistida por una partera.

Al menos por una mujer que ha hecho los oficios de tal.

Era también de aspecto feroz.

Tal vez la amiga ó la esposa de uno de los exterminadores.

. . . . . .

Mi alma se deshace en lágrimas.

Si mi crimen ha sido el amor al rey don Alonso, el ser su amiga, harto caro pago ese crimen á que me ha arrastrado el corazón, del que no he defendido mi inocencia.

Yo amamanto á mi hija y mi vida se apaga.

¿Qué va á ser de esta desdichada?

Yo me siento morir.

Una dolencia lenta, terrible, de que no me quejo, corroe mi existencia.

Mi sueño está poblado de negros fantasmas.

De fantasmas que me rodean en la sombra y que me muestran á mi hijo don Alonso; mi pobre hijo, que no volveré á ver.»

—¡Oh!... ¡madre mía!... exclamó al llegar á este lugar el infante don Alonso.

Corrían las lágrimas por sus mejillas.

Se pintaba en su semblante una expresión de profunda pena.

María estaba triste.

Tenía también los ojos arrasados en lágrimas.

Malespina permaneció inmóvil y abismado en su sentimiento durante un corto espacio.

Nada dijo María.

Comprendía la situación de su hermano.

La sentía ella misma.

Al fin Malespina volvió á su lectura.

CAPITULO XVI

Fin de la historia de doña Blanca de Palou

LIII

«Un extraño instinto me decía que mi hijo sabría al fin de mí cuando yo no existiese.

Que no conocería á su madre.

Pero que la lloraría.

Yo veía en mi pequeña hija el móvil de que mi hijo conocería, á lo menos, mi cautiverio.

No sabía cómo.

Pero que la lloraría.

Me aquejó el deseo de transmitir á mis hijos la historia de mis desgracias.

¿Cómo?

¿Por qué medio?

Yo no tenía ni pluma ni pergamino.

En cuanto á plumas, el viento me traía las de las águilas.

En cuanto á pergamino, podía contar con el misal de Marcelo.

Escribir en sus márgenes; en las hojas que no tenían registros.

Que Marcelo no miraba nunca.

En cuanto á tinta, podía valerme del jugo verdinegro de las hierbas que crecían con abundancia en las rocas.

Marcelo, después que decía misa, se iba.

Yo no salía nunca.

Volvía por la tarde.

Me traía frutas secas, y con mucha frecuencia viandas fiambres.

LIV

Mientras él estaba fuera yo cogía el misal y escribía.

Tenía tiempo sobrado.

Me costaba una gran fatiga escribir con aquella pluma ruda, que no había sido cortada.

Con aquel jugo, que apenas marcaba los caracteres.

Escribía, pues, muy poco.

Tenía mucho tiempo, pero era por demás penosa mi tarea.

LV

Después paseaba con mi hija sobre la planicie de la roca.

Desde allí no se veía más que otras rocas más altas ó más bajas.

Profundos barrancos.

Lontananzas perdidas.

No se podía salir de aquel reducido espacio, sino pasando sobre el tronco del árbol.

Marcelo lo pasaba con suma facilidad.

Yo, ni aún lo intenté.

Si no hubiera tenido á mi hija, lo hubiera intentado, desesperada.

El miedo de caer sobre el torrente no me hubiera detenido.

La muerte hubiera sido para mí un gran bien.

Pero yo no podía matar á mi hija.

Ni aún me acercaba á aquel terrible puente.

LVI

Un día, Marcelo encontró mi manuscrito en el misal.

Se acercó á mí con el misal en la mano y me dijo:

—He encontrado esto, lo he leído, y no puedo ofenderme de tí. Tú me encuentras incomprensible, y yo también incomprensible me encuentro: yo siento, pero no comprendo el espíritu de Dios, que vive en mí. Tú me crees loco, y siendo como son la generalidad de los hombres, no te engañas.

Tú ves en mí el espíritu de fuego.

El espíritu de Dios.

Tú dices que yo te amo de tal manera, que mi mismo amor te defiende de mí.

Es verdad.

Tú, para mí, eres la inmensidad.

El almo-amor.

La sonrisa de Dios.

Yo desfallezco, y el éxtasis de Dios es conmigo, por la sola vista de la belleza sobrenatural de que Dios te ha dotado.

Tú lo eres todo para mi espíritu.

Es verdad que yo no veo, no siento más que espíritu en las obras de Dios.

¿Sin el espíritu, existirían sus obras?

Todo proviene de Dios.

Satanás no es dueño de nada.

Porque Satanás es siervo de Dios.

Porque Satanás no puede hacer nada sin la voluntad de Dios.

Satanás es el negro espíritu, azote de Dios.

Dios se vale de Satanás para castigar los pecados de los espíritus impuros y rebeldes.

Dios tiene sus exterminadores.

Yo soy uno de ellos.

Pero yo no soy siervo de Satanás.

Yo adoro á Dios.

Yo soy su sacerdote.

Su profeta.

No... no... no; no me ofendes en nada de lo que de mí dices en tu historia.

Tú me comprendes.

Únicamente llamas locura al espíritu de fuego que me alienta.

¿Acaso no creían locos á los profetas del Antiguo Testamento?

¿Acaso los gentiles no creyeron loco á Jesús?

El hombre no comprende aquello que no siente en sí.

Tu historia está escrita donde debe estar escrita.

En el libro donde resplandece la palabra de Dios.

Donde hablan, con su voz de eterna verdad, los profetas.

Pero yo no quiero que escribas con trabajo.

Yo te traeré con que escribas.

LVII

Y me trajo un rico tintero de plata.

Y él cuidaba de que la tinta estuviese fresca, y las plumas bien cortadas.

Y yo escribía muy de tiempo en tiempo.

Nada sucedía que necesitase ser consignado.

Siempre lo mismo.

Siempre la dolorosa continuación de mi vida.

Siempre mi desesperación.

Siempre el dolor por mi hijo, del cual nada sabía.

Siempre mi terror por la suerte de mi hija, de la cual no sabía lo que sería con el tiempo.

Yo tenía la seguridad de que moriría antes de que mi pobre María llegase á la edad de la razón.

Se llamaba María.

El ermitaño la había bautizado.

La amaba como si hubiese sido su hija.

Me ayudaba á enseñarle á hablar.

Nunca le he visto sonreir sino por las sonrisas de mi pobre hija.

LVIII

Cuando á la llegada del invierno se cubrían de nieve las montañas, yo escribía más que nunca.

Marcelo no salía de la gruta, en la que había acumulado provisiones, agua y leña.

Se entregaba con frecuencia á excesos de furor.

Se tendía en el suelo.

Arrojaba por la boca una espuma amarilla.

Cuando volvía en sí, fatigado y medio muerto, decía que había sido feliz.

Que le había herido el espíritu de Dios.

Mi vida era horrible.

LIX

Yo sentía con un placer inexplicable los roncos crujidos de las inmensas moles de hielo que empezaban á derretirse.

El deshielo se hacía rápidamente.

Los barrancos iban llenos de agua.

Al fin se podía salir á la cumbre de la roca.

Vagar con mi hija por aquel reducido espacio.

Marcelo se iba.

Esto era una felicidad para mí.

Yo no podía aventurarme á su vista.

Era mi carcelero.

Mi cruel carcelero, que no tenía compasión de mí.

Que veía impasible correr mis lágrimas.

Que cuando yo le pregunto por mi hijo, me dice secamente:

—Tu hijo vive.

Era inútil querer arrancarle ni una sola palabra más.

Durante las nieves yo agonizaba.

Empeoraba de mi enfermedad mortal.

No podía ni aún saber entonces si mi hijo vivía ó no.

Cuando Marcelo, pasadas las nieves, salía por la primera vez, yo le esperaba con una ansiedad insoportable.

Cuando volvía no me atrevía á preguntarle.

Él me decía:

—Tu hijo vive.

Y á seguida me ofrecía frutas frescas, vianda, pan.

Yo gozaba, por lo que mi pobre María gozaba con aquellos sabrosos manjares.

. . . . . .

LX

Han pasado siete años.

María está crecida y robusta.

Habla bien.

Sabe leer y escribir.

Conoce la religión y es piadosa.

Es hermosísima.

¿Qué será de esta pobre niña?

¿Podrá salir de aquí?

¿Podrá ir á buscar al rey, su padre, á llevarle la prenda de reconocimiento que yo he puesto á su garganta?

Yo empeoro.

Yo enflaquezco.

Yo muero.

LXI

Este hombre es incomprensible.

Cuida mi enfermedad.

Se aterra por ella.

Me deja muy poco tiempo sola.

Un padre no podría cuidar con más celo, con más interés á una hija queridísima.

Pero no consiente en sacarme de aquí.

—No volvería á verte, me dice: y yo no podría vivir sin verte á mi lado.

Sufriría un infierno.

Blasfemaría, desconocería á Dios.

Perdería mi alma.

Tú no saldrás de aquí.

—¡Yo voy á morir!... exclamaba yo.

—Yo oraré á Dios sobre tu tumba, hasta que el dolor me mate, me respondía.

—¡Y mi hija!... ¡mi hija!... añadía yo desesperada: ¿qué será de mi pobre hija el día en que muera yo?...

—Dios sabe el destino de las criaturas: tu hija será feliz.

LXII

En vano pretendía yo ablandar las entrañas de aquel hombre.

LXIII

Hace mucho tiempo que no escribo.
He pasado un invierno cruel.
Mi vida se extingue.
A la llegada de la primavera, parece como que he revivido.
Este hombre es siempre el mismo.
Siempre implacable.
Es un demonio.

LXIV

Hoy he intentado escribir y no he podido.
Mi mano no puede sostener la pluma.
Mis ojos se nublan.
Al fin he podido escribir lo que antecede.
Ya no puedo más...
¡Hija mía!...
¡Dios mío!... ¡misericordia y perdón!...»

Aquí terminaba aquel extraño manuscrito.
El infante bastardo cerró el misal.
Estaba profundamente conmovido.

No lo estaba menos María.

—Es necesario, dijo Malespina, volver á la gruta, sacar de ella los restos de nuestra madre y trasladarlos á este castillo. Nuestra madre será la primera en nuestro panteón de familia.

Y se levantó, abrazó á María y la besó cariñosamente en la boca.

María lloraba.

—Ese tesoro es tuyo y de tu marido, dijo Malespina: yo os lo conservaré.

Guárdale á tu marido este secreto.

Aún no debe saberlo.

Cuando llegue la hora lo sabrá.

Cuando Marsilla se halle restablecido de su herida, cuando hayamos trasladado al castillo los restos de nuestra madre, iremos á la corte.

El rey me conoce ya.

Es necesario que te conozca á tí.

Entonces veremos si logramos que él conozca tu historia.

—¿Y mis hijos? exclamó María. ¿Por qué han de quedar desheredados mis hijos?

—Es verdad, exclamó Malespina; nosotros podemos acreditar nuestra alcurnia, por nosotros mismos, pero por nuestros hijos no.

Al rey don Pedro le amenazaba un nuevo aluvión de parientes.

María y Malespina se abrazaron de nuevo.

María salió.

El *Encogido* la esperaba.

—¿Qué ha dicho el Maestre? la preguntó con ansiedad.

—El Maestre nos guarda nuestro tesoro.

—¡Ah! exclamó el *Encogido;* el Maestre es muy bueno: merece que sus Compadres se maten por él.

CAPITULO XVII

De la extravagante conversación que tuvieron Marsilla y el señor Piccolomini

Pasaron muchos días.

Marsilla se restableció de su herida.

Se despidió de Malespina y de María, que le habían asistido cuidadosamente, y con su escudero Galcerán se volvió á Barcelona.

Nada le había dicho Malespina de la desaparición de Angiolina.

Marsilla tampoco le había preguntado.

Al caer gravísimamente herido no había podido ver que don Enguerrando de Azagra se había llevado á Angiolina.

Había supuesto que Angiolina se había vuelto á su casa de Barcelona.

Marsilla, á pesar de todo, de que se arrepentía de

haber cedido á la fascinación que en él había causado Angiolina, mucho mayor que la que le había causado Alejandra, conservaba de Angiolina un grato recuerdo.

Sentía por ella un vago interés.

Isabel, sin embargo, dominaba en su alma.

Era su amor único.

Su destino.

Estaba celoso.

Isabel, creyendo á Angiolina el príncipe Miletto de Castellobianco, había abandonado á Marsilla.

A lo menos éste lo creía así.

No podía creer otra cosa.

Isabel le había tratado de una manera terrible la última vez que la había visto.

Le había despreciado.

Se había mostrado resuelta á casarse con otro.

Le había despedazado el corazón.

Marsilla tenía necesidad de volver á ver á Isabel.

De decirle que había amado, creyéndola hombre, á una mujer que de él estaba enamorada, y que por su amor para mostrarle que Isabel no le amaba, había tomado el disfraz de hombre, y había ido á solicitarla.

Para esto necesitaba Marsilla á Angiolina.

Estaba resuelto á exigirla le acompañase á Teruel y al bosque de Segura, para ponerse al paso de Isabel, á fin de probarla que había sido engañada, y que por un engaño había faltado á sus solemnes juramentos.

Marsilla estaba loco.

Toda su alma era de Isabel.

Si alguna parte tenía en su existencia Angiolina, era

en cuanto á los sentidos y á la vanidad, no al corazón.

Angiolina era hermosísima.

A más de esto, infanta, aunque bastarda, é hija del rey don Pedro, reconocida, aunque no públicamente.

Hubiera sido necesario que Marsilla hubiese sido un santo para que no le hubiese interesado en gran manera Angiolina, no embargante el amor incontrastable que sentía por Isabel.

Además, la influencia de Angiolina, que tanto le había servido ya para el rey, debía servirle mucho más.

Inquietaba, sin embargo á Marsilla, el compromiso que había contraído con una mujer tan poderosa.

Con una mujer que de tal manera le amaba que había dado por él en todas las locuras.

No podía olvidarse Marsilla de que había sido herido al pie de una roca, en lo alto de la cual habitaba un monje ermitaño, y que la infanta doña María de los Ángeles de Aragón, ó sea Angiolina, no le había llevado allí, sino porque siendo ya su mujer de hecho, necesitaba ser su esposa por ante Dios.

Por eso Marsilla se acercó entre ansiedad y temor á la hostería de *Los Tres caballeros negros*.

Suponía que allí debía estar Angiolina.

En cuanto estuvo en la hostería Marsilla, se le presentó triste y cariacontecido el señor Piccolomini.

—¡Gracias á Dios que habéis vuelto, caballero!... exclamó mirándole con ansiedad. Por aquí creíamos que habíais muerto, puesto que ninguna noticia se tenía de vos; y tan bién se os ha tratado en esta vuestra casa, que hay que pensar que sólo por ingratitud, estando fuera de

ella, podíais dejar de enviar de tiempo en tiempo algunas noticias vuestras. Venid, caballero, venid; se os ha conservado vuestro regio aposento: lo encontraréis todo dispuesto en él para aposentaros según merecéis vos ser aposentado.

Y Piccolomini precedía, alumbrándole con una bujía, porque había llegado de noche, y tarde, á Marsilla..

Galcerán iba detrás muy contento, regodeándose ya con la suculenta cena que habían de servir á su amo, y de la cual él tocaría á parte.

Abrió el señor Piccolomini la puerta del aposento, se inclinó para que Marsilla pasara, y entró detrás de él seguido de Galcerán.

Este se aplicó á desarmar á su amo.

Cuando esto estuvo hecho, y durante lo cual el buen Piccolomini habló de cosas completamente ajenas á todo interés que no fuera el de informarse de la salud de Marsilla, el mismo señor Piccolomini dijo:

—Si no estáis muy cansado, señor don Juan Diego, yo os pediría que, durante la cena que se os va á servir inmediatamente, me oyeseis algo que particularmente me interesa.

—Yo también tengo mucho que deciros, señor Piccolomini; y como es reservado, voy á quedarme solo con vos.

Y volviéndose á Galcerán le dijo:

—Véte á descansar; recógete: por esta noche no te necesito.

Galcerán no tenía ni una palabra que decir á esto.

Dió á su señor primero, y luego al señor Piccolomini,

las buenas noches, y se fué, resuelto á pedir que le sirvieran una cena conveniente en su aposento.

—No pidáis cena, señor Piccolomini, dijo Marsilla; no la necesito: he comido muy al principio de la noche en una posada del camino. Decidme ahora: ¿dónde está vuestra hija?

—Pues cabalmente de mi hija es de quien yo tengo necesidad de hablaros, exclamó Piccolomini: ¿qué sabéis de mi hija?

—¡Qué!... ¿no está con vos esa señora?

—Hace ya más de un mes que no se reciben noticias suyas, dijo Piccolomini, que se había puesto pálido; y es muy de temer que le haya acontecido una desgracia: en fin, hay persona que no vive ni reposa, y que me llama todos los días, y me pregunta si vos... ¿entendéis bien? si vos habéis parecido.

—¿El rey?...

—¿Y quién os ha dicho que esa persona sea el rey? preguntó Piccolomini mirando con una profunda fijeza á Marsilla.

—Vuestra misma hija... ó más bien, la infanta doña María de Aragón, que pasa por hija vuestra.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... exclamó abriendo desmesuradamente la boca y los ojos el señor Piccolomini ¡ella os ha dicho!... Pues si ella os ha dicho, vos os habréis apresurado á cogerle la palabra: ¡y ahí es nada! ¡y el rey que la adora, y que será capaz de haceros un gran príncipe, sólo porque su hija os ama!... Porque yo creo bien que ella, que no ha amado á nadie hasta que os ha conocido á vos, cuando tales secretos os ha revelado es que quiere ser

vuestra esposa, y yo creo que vos reconoceréis cuán grande fortuna es para vos el ser marido de mi hija... perdonad la costumbre... de la querida hija de un rey.

—En cuanto á nobleza y á alma no me tengo yo por menos que un rey.

—Decís bien; y porque en vos hay mucho de altivo y de nobilísimo, hé aquí que mi hija... quiero decir, la hija queridísima del rey, aunque oculta, se ha enamorado de vos hasta el punto de volverse loca.

—Señor Piccolomini, exclamó Marsilla; nosotros no nos entendemos ni podremos entendernos.

—Lo deploro en el alma, excelente señor, porque yo deseo entenderme bien... muy bien... hasta donde pueden entenderse los que hablan, y son personas razonables como los hombres que valen tanto como vos.

—Las lisonjas nunca han sido razones, dijo severamente Marsilla, y lo que yo quiero son razones.

—Pues yo soy el hombre de más razón del mundo.

—Créolo bien, puesto que, por razones que sin duda os han parecido muy justas y muy convenientes, habéis pasado por padre de esa persona real, y habéis servido para que esa real persona se encubra con un oficio ruín; tan ruín como el de hostalero.

Se irguió un tanto el señor Piccolomini.

Lo que demostraba que tenía el alma en su almario.

Pero no se excedió.

—Yo os ruego, dijo, eminente señor, que consideréis que un hostalero como yo lo soy, en vez de ser una persona ruín, es una persona dignísima, y aún me atreveré á decir que excelentísima. Porque, en verdad, ¿dónde,

ni aún siquiera parecido, hallaréis un trato mejor que el que en mi casa se recibe por los que me honran concurriendo á ella? Mi hotel es un palacio; la habitación en que nos encontramos lo dice: mi mesa es un paraíso: el trato y el respeto que aquí se da á todos mis ilustres y, cuando menos, honrados huéspedes, es la muestra de la cortesanía y de la solicitud. Ya tengo un gran cuidado en la elección de los servidores de mi hotel. El que menos, puede dar lecciones de gramática, aunque ella sea gramática parda, á un benedictino: de mi casa al cielo, señor don Juan Diego Garcés de Marsilla, y yo tengo la seguridad de que vos no diréis nada en contrario, por la sencilla razón de que vos sois amante de la justicia, y sería injusto poner un solo tilde á un hotel que es el *non plus ultra* de todos los hoteles pasados, presentes y futuros. Y sea dicho esto sin soberbia, porque si yo tuviera soberbia, como yo soy una parte integrante de mi hotel, en él campariá uno de los más detestables, de los más perjudiciales pecados que afligen al hombre, y le aproximan á la bestia, de lo que se deduce que...

—De todo lo que habéis dicho, dijo Marsilla, continuando y salvando el atajo en que se había metido con su elucubración el señor Piccolomini, que tanto vos como yo nos hemos extraviado, y estamos perdiendo el tiempo.

—Esto consiste, por mi parte, en que pasado mañana es día de difuntos, y me acuerdo de mi mujer.

—Recemos por ella un padrenuestro y un avemaría, y volvamos á nuestro propósito.

—Pero... ¿cuál era nuestro propósito?

—Decís bien: ¿cuál es nuestro propósito?

—Yo no lo sé.

—Ni yo.

—Se trataba de mi hija.

—Sí, eso es: de vuestra hija.

—Mi hija, es decir, la queridísima hija del señor rey de Aragón, don Pedro II. Se ha extraviado... ó mejor dicho: se ha perdido, lo que es lo mismo; porque una mujer, si no se extravía no se pierde, y lo mismo les pasa á los hombres; y aun puedo decir alguna cosa de los perros, *et cæteraque animalia,* y en fin, que como por vos fué, y es su extravío, que yo lo sé bien, vos sois la causa de que se haya perdido, y de que el rey esté bufando y me llame á cada momento para ponerme en tortura, porque no hay vez que me llame que no me diga:—Me asombro de veros con cabeza:—lo que, bien podréis considerarlo, señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, me pone la carne de gallina, y me la despega de los huesos, porque este señor rey es capaz de cualquier extravagancia lúgubre y sangrienta, y los que le llaman *Católico,* no saben lo que dicen, porque si la caridad es el gran principio del catolicismo, no está en los tales principios el señor rey don Pedro el *Católico,* como le llaman otros, porque no conoce la caridad ni por el forro, ni quiere conocerla; que si la conociera, aunque sólo fuera de vista, no me vería á mí también quince veces al día, en cada una de cuyas veces pierdo, por lo menos, dos onzas de carne, y me causa un dolor de estómago que pongo el grito en el cielo, y tengo, para aliviarme, que tragarme un brebaje de mi invención, que es el remedio

más eficaz del mundo contra el dolor del estómago, por lo cual os lo recomiendo, y me obligo á daros un tarro, para que de él uséis cuando os haga falta.

—Lo que á mí me hace falta, señor Piccolomini, es vuestra hija, ó más bien, la hija del señor rey don Pedro.

—Créolo bien, y vuelvo al punto en que os decía que podéis daros por el más venturoso de los hombres, porque teniendo, como le tenéis, que esto no puede dudarse, el amor de mi hija, tenéis completamente el amor y la protección del señor rey su padre. En fin: yo también necesito á mi hija, para que su padre el rey deje de asustarme, que estos sustos siguen á pesar de mi padraje: y tengo para mí que el día menos pensado, hago, antes de tiempo, y contra toda mi voluntad, el último viaje.

—Pues dígoos yo, señor Piccolomini, que de vuestra hija no sé más que lo que puede saber el Gran Shah de Persia.

—Me habéis desconsolado, señor don Juan Diego Martinez Garcés de Marsilla, y este enorme desconsuelo mío es tanto por vos como por mí; porque habéis de saber que el rey está furioso. Que me tiene mandado que en cuanto vos parezcáis, á él os lleve, y yo me intereso en lo que pueda resultar de vuestra entrevista con el rey; que vos no conocéis á ese buen señor, y cuando lo conozcáis, no os quedarán ganas de meteros con él: yo os lo aseguro.

—Pues, señor Piccolomini, ya que el rey os ha encargado que en cuanto yo parezca me llevéis á él, heme aquí á vuestra disposición: yo también deseo ardientemente cambiar algunas palabras con el señor rey.

—¡Cuán bien se conoce que vos no conocéis á don Pedro *el Católico!* dijo Piccolomini.

—Don Pedro *el Católico*, dijo Marsilla, no puede ser más que un hombre, con más ó menos poder, y yo no he nacido para espantarme de nada.

—Ya se comprende que mi hija, quiero decir, la hija queridísima del señor rey, se haya enamorado de vos: ella no podía prendarse de una cosa poco común, y en mal hora venisteis á mi hotel; que si ella no os viera, ni vos ni yo estaríamos metidos en este atolladero, del que sabe Dios cómo saldremos; porque el rey don Pedro *el Católico* no se parece más que al rey don Pedro *el Católico,* y hay que guardarle el aire.

—Pues por lo mismo, yo anhelo hablarle cuanto antes.

—Pues si eso anheláis, vais á ser satisfecho al momento, seguidme si os place.

—Ya os sigo, señor Piccolomini.

—Y yo os ruego, señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, que vayáis rezando por el camino.

CAPITULO XVIII

En que se ve que un rey puede humanizarse hasta el punto de tratar de igual á igual á su vasallo

Piccolomini condujo á Marsilla por la comunicación que unía al palacio real con la hostería.

Llegó á la secreta puerta y llamó.

Como había sonado ya el toque de cubre-fuego, y se había retirado la servidumbre, el señor rey don Pedro *el Católico* y *el Caballero* estaba solo en su cámara.

Oyó el llamamiento.

Alzóse de sobre unos pergaminos en que escribía, los guardó en un cajón de la gran mesa, y dijo:

—Este es Piccolomini; ¿qué quiere ese judío renegado á estas horas?... ¿habrá tenido noticias suyas?

Y se fué á la puerta secreta y la abrió.

—¡Cómo!... ¿no venís solo, Piccolomini? dijo el rey.

—He cumplido las órdenes de vuestra señoría, contestó

humildemente Piccolomini: ha llegado, y le he traído en cuanto ha llegado, el señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—Muy largo tiene el nombre ese caballero, y bien se pueden correr por él venados, dijo el rey con muestras de muy mal humor: entrad, caballero, entrad; y vos, Piccolomini, idos.

—Dios ampare al señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, dijo para sí el señor Piccolomini retirándose y cerrando la puerta secreta.

Marsilla había adelantado.

El rey se había puesto en marcha.

Marsilla siguió.

Llegó el rey á un camarín en el cual no podían ser oídos por nadie, y dijo á Marsilla:

—Sentaos, caballero.

—¡Cómo! ¡en vuestra presencia, señor!

—Sentaos, os digo: necesitamos hablar harto largamente, á lo que creo.

—Yo estoy dispuesto á servir con toda mi vida y con toda mi alma á vuestra señoría.

—Bien se conoce, puesto que me servís siviéndoos á vos mismo.

—Siento mucho no comprender á vuestra señoría.

—Sirviendo á mi hija, me servís á mí, que padezco de una gran debilidad por esa hija mía, y os servís á vos.

—Yo, señor, no me sirvo en eso, ni yo comprendo aún cómo he podido llegar con esa señora adónde he llegado.

—Muy lejos sin duda, dijo el rey con un acento singular: pero, peor para vos, porque conmigo, ó con lo que

es mío, no se va lejos sin saber bien el camino, y vos sabéis bien por qué camino habéis llegado tan lejos, como vos decís, con mi hija. Lo que importa sobre todo, es que me digáis, no lo que habéis hecho de mi hija, que yo sé bien que de esto estáis inocente, y que para quitaros mi hija ha sido preciso que os hirieran de un ballestazo, sino lo que habéis hecho de otra señora.

—¡De otra señora!

—Sí; á lo que parece, vos sois muy afortunado con las mujeres.

—¿Se trata de doña Isabel de Segura? dijo Marsilla un tanto aturdido.

—No: no se trata de la hija de mi bueno y leal ricohombre de Teruel, sino de otra ilustrísima dama con la cual habéis tenido amores.

Don Juan Diego repasó su memoria.

Había tenido amores, ó por lo menos enamoramientos pasajeros con muchas ilustres damas.

—Pues no recuerdo, señor, dijo.

—¡Ya!... ¡Las contáis por docenas!

—Yo no he dicho tanto, señor.

—¿Será necesario que yo os diga quién es esa dama?

—Os lo agradecería, señor.

—Se llama doña Alejandra de Aytona, señora de Aytona: es una dama que, como mi hija, y sin duda por causa vuestra, se ha perdido.

—Yo pierdo mujeres, señor.

—Tanto da, si ellas por vos se pierden.

—Esa doña Alejandra fué una aventura, una fascinación.

Le relampaguearon los ojos al rey.

—Espero que no consideráis de una igual manera á mi hija, exclamó con acento concentrado y opaco.

—Yo tengo obligaciones con vuestra hija, señor, dijo Marsilla con una marcada altivez: no puedo negarlo; pero téngolas iguales con otras mujeres: y no son verdaderamente obligaciones, sino que es agradecimiento, ó mejor dicho, en buena memoria; porque en fin...

—Lo dicho: no las habéis perdido vos á ellas, sino que ellas se han perdido por vos; pero os anuncio que mi hija no puede perderse por nadie.

—Yo, señor, cumpliré siempre como debo.

—Vos comprendéis, don Juan Diego, que cuando yo os hablo tan lisamente de secretos míos que nadie sabe y que nadie debe saber, es porque estoy decidido; y debéis saber que aquello á que yo me decido, es.

—Me basta con saber, señor, dijo Marsilla contestando de una manera ambigua, que sois caballero, y que comprendéis lo que debe hacer y hace un caballero.

—Caballero os creo, y en vos como caballero espero; esperad vos de mí todo lo que de un caballero se puede y se debe esperar.

—Yo sé bien que aunque se os tiene por violento, señor, rendís, como buen rey, homenaje á la razón y á la justicia.

—Decidme, don Juan Diego, ¿qué sabéis vos de doña Alejandra de Aytona?

—Yo no puedo deciros sino que un día me separaron de ella, y no la he vuelto á ver.

—¿Y cómo de ella os dejasteis separar?

—Me adormecieron, señor.

—¿Quién?

—No lo sé: yo creo que he estado sujeto á un encantamiento.

Se estremeció el rey.

Se creía encantado.

No podía suponer sino que estaba sujeto á un encantamiento, cuando su conciencia le representaba las debilidades en que incurría por su hija.

—Y yo creo, señor, que ese encantamiento sigue, continuó Marsilla, y que me va á costar la vida, y tal vez la salvación del alma.

Volvió á estremecerse el rey.

Se le representó el amor misterioso que sentía por Angiolina.

Amor que reprimía su razón y su temor á Dios, al par que su amor de padre.

Notaba el rey que Marsilla le inspiraba celos, envidia, rabia.

Sabía la situación en que se encontraban respectivamente Angiolina y Marsilla, como veremos pronto.

De una parte quería la felicidad de su hija, y porque su hija amaba á Marsilla, le amaba á él.

De otra, apoderábase el diablo de su alma, se endemoniaba contra el amoroso encanto que había poseído á Angiolina.

—Esperad, dijo el rey; voy á traeros y á leeros ciertos escritos, que os explicarán lo que yo siento, y en mucho mejor que yo pudiera explicároslo.

El rey se levantó.

Salió, dejando á Marsilla admirado y perdido en confusiones.

Volvió á poco el rey.

Traía en las manos algunos pergaminos.

Se sentó junto á una mesa, y tomando uno de aquellos pergaminos, leyó con la voz enérgica y breve lo siguiente:

«Señor:

Dios ha hecho, para que se pierdan el uno al otro y para que pierdan á la humanidad, al hombre y á la mujer.

Hay un hombre por quien una hija mía oculta, como es hija oculta vuestra la señora infanta doña María de los Angeles, se ha perdido.

Este hombre es Diego Marsilla, el de Teruel.

Vuestra hija le conoció en el hotel de *Los Tres Caballeros negros*.

Le amó.

Él no conoció su amor.

Mi hija le conoció en la torre de Segura.

Amóle también.

Diego Marsilla ni aun se apercibió de su amor.

Diego Marsilla ama á Isabel de Segura.

De todas las mujeres que ha conocido, á ninguna más que á ella ha amado y respetado.

Mi hija se obstinó por Diego Marsilla.

Le siguió.

Siguiéndole dió en un lazo tendido por vuestra hija.

Mi hija ha servido para causar celos á Isabel de Segura.

Lo que vuestra hija ha pretendido, ha sido que se rompa toda correspondencia entre Diego Marsilla é Isabel de Segura.

Cuando ha logrado que Isabel de Segura sepa que su prometido la injuria entregándose á los amores de otra mujer, mi hija ha desaparecido.

Yo la he buscado en vano.

Para buscarla he seguido á Diego Marsilla.

Siguiéndole, le he sorprendido al lado de vuestra hija, disfrazada de hombre, pero descubierta ya á él, y en amores con él.

Yo necesitaba apoderarme de vuestra hija.

Diego Marsilla ha caído herido por una jara, y vuestra hija está en mi poder.

Sobre ella he encontrado dos cartas vuestras que os envío para que sepáis cómo he podido saber que era vuestra hija la que hasta ahora ha pasado por hija del hostelero de *Los Tres Caballeros negros*.

Ahora bien, señor: vos sois más poderoso que yo, y podéis hacer que mi hija aparezca.

Buscadla.

Buscadla, porque mientras mi hija esté perdida para mí, la vuestra estará perdida por vos.

Es inútil que pretendáis nada contra mí.

Estoy completamente seguro de vos, porque si llegáis á avistarme, yo usaré de vuestra hija como de rehenes, y no tendré empeño. No firmo porque no tengo nombre.

Lo cubre la tumba.

Con esto y con deciros que yo soy el caballero encubierto del capuz rojo y de la túnica negra, sabéis quién soy.»

Guardó el rey esta carta.

Tomó otra carta y leyó:

«Padre: estoy cautiva y rigurosamente tratada: muero de desesperación. Salvadme.

Vuestra Angiolina.»

—Después de esto que os he leído, vamos á hablar razonablemente, don Juan Diego, dijo el rey mirando de una manera ambigua á Marsilla.

—Yo acataré vuestras órdenes, señor.

—Vamos á hablar tan razonablemente que no podréis menos de llamarme justo.

—Nunca he dudado de vuestra justicia, señor.

—Os pido me prestéis pleito homenaje y juramento de guardar un profundo secreto acerca de todo lo que sabéis, de todo lo que ha sucedido y de lo que haya de suceder.

—Os lo juro, señor, y deploro que acerca de esto me hayáis exigido juramento, porque sabido es de tiempo inmemorial la nunca desmentida lealtad de los Garcés de Marsilla á los reyes sus señores.

—El asunto de que se trata es de tal manera extraño, que bien podría romper, y aun con cierta razón, todas las lealtades.

—No hay razón para que la lealtad se rompa.

—Así debieran pensar todos; pero desgraciadamente no piensan todos así. Decidme ahora la verdad, Diego Marsilla, ¿amáis, según se me ha dicho, con toda vuestra alma á doña Isabel de Segura?

—Con mi alma y con mi voluntad, señor, y sólo á causa de encantamiento he podido yo agradarme de otra mujer que no sea Isabel de Segura.

—A los encantamientos á que vos habéis estado sujeto, Diego Marsilla, están sujetos todos los mortales.

Yo también he caído en ellos.

La prueba es esa hija que por mi desgracia tengo.

Yo no os culpo de los amores de mi hija.

Yo sé que ella ha perdido la razón por vos.

Por lo mismo no os culpo.

Tampoco puedo á ella culparla, pero lamento estas locuras.

Un convento la guardará.

Si vos la amaseis yo la haría vuestra esposa.

Más aún; la reconocería, y por ella seríais infante de Aragón.

Pero vos no la amáis.

Vos, como decís muy bien, habéis caído en un encantamiento.

Yo soy muy católico, y no puedo reconocer los encantamientos sin caer en pecado.

Además de eso, no os uniríais á mi hija sino para hacerla y para ser desventurados.

Yo no quiero ni su desventura ni la vuestra.

Pero no quiero que esté en poder de ese terrible encubierto.

Es mi hija y la amo.

La veo en peligro.

Salvadla vos, y contad con vuestro rey.

—¿Y creéis, señor, que yo puedo salvar á vuestra hija?

—Sí; averiguad, y cuando hayáis averiguado, llegad al homicidio si es necesario para libertarla: buscad á esa Alejandra que pueda yo hacer el cambio que se me pide.

—La buscaré, señor, contestó valientemente Marsilla.

—Tendréis dineros necesarios para ello.

—Sin dineros he de ir, señor.

—Mirad que los dineros no se encuentran tan fácilmente, y que sin dineros la más fácil empresa se hace imposible.

—Yo he de servir á vuestra señoría por mis propios medios y sin que nadie me ayude.

—Bien, dijo el rey: pero prometedme obedecer: si vos no sois ya marido de doña Isabel de Segura, ha sido á causa de vuestra pobreza: ¡qué lástima que sea tan avaro don Pedro de Segura! pues bien; salvéis ó no salvéis á mi hija, yo os amo tanto que don Pedro os dará su hija.

—Yo no llevaré á don Pedro, señor, más que lo que haya ganado por mí mismo.

—¿Y qué lo que el rey os da no lo habéis ganado como bueno y leal?

—Yo quiero ganarlo sin condiciones.

—Está bien, Diego Marsilla: tan noble os veo que casi casi me están dando tentaciones de perdonar á mi hija.

—Perdonadla, señor, porque si ella se ha perdido por el amor ha sido, y ella es una prueba secreta de que vos también habéis amado, señor.

—No hablemos, no hablemos más de esto, caballero: el rey sabe lo que respecto á vos debe hacer: ahora idos, y mañana, en cuanto las puertas de la ciudad se abran, id

á buscar y á libertar, á fin de que yo pueda libertar á mi hija, á esa doña Alejandra.

—Haré cuanto pudiere, señor, y no repararé en el peligro, dijo con un noble acento Marsilla.

—Venid, dijo el rey, nuestra entrevista ha concluído. Es necesario que salgáis.

El rey llevó á Marsilla hasta la puerta secreta.

Detrás de ella esperaba Piccolomini.

Antes de abrir la puerta, el rey dijo:

—Diego Marsilla, dadme vuestra espada.

Marsilla, sin saber lo que aquello significaba, dió su espada al rey.

—Tomad la mía, dijo éste.

—¡Ah, señor! dijo Marsilla besando la empuñadura de la espada, hay dones que es forzoso admitir.

La espada era magnífica.

Su armadura, de oro, que era de gran tamaño, estaba guarnecida de piedras.

—Yo he heredado esa espada de mis abuelos, dijo el rey; su antigüedad lo dice.

—La herederán mis hijos, si los tengo, dijo Marsilla, y con ella mi lealtad al rey.

—Id con Dios y buena suerte, Diego Marsilla, dijo don Pedro: espero con ansia noticias vuestras.

Y abrió la puerta.

—Las tendréis, señor, tan favorables como yo pueda.

—Adiós, caballero.

—Adiós, señor.

Diego Marsilla salió.

El rey cerró la puerta.

—Me parece que sois muy afortunado, dijo Piccolomini.

—No he salido del todo mal, dijo Marsilla.

En vano Piccolomini quiso averiguar por Marsilla algo de lo que habían hablado con el rey.

Marsilla guardaba, como bueno y leal, el secreto.

Llegaron por el jardín al hotel y al aposento de Marsilla.

Este se apresuró á deshacerse de Piccolomini.

Cenó frugalmente.

Se acostó.

Al día siguiente salió del hotel con su incomparable Galcerán, que se daba á los diablos por no haber estado tratado más tiempo á cuerpo de rey.

Tomaron el camino del castillo de Malespina, y llegaron á él al anochecer.

CAPITULO XIX

De cómo Malespina volvió el alma y la vida á Marsilla

—No extraño vuestra pronta vuelta, amigo mío, le dijo Malespina; le esperaba.

—Sí, dijo Marsilla: cuento con vos.

—Contad con todo lo que es mío, y con mi propia persona.

—Sólo quiero que me digáis lo que sabéis acerca de Angiolina.

—No puedo deciros otra cosa si no que se os encontró muy malparado, y todo se desatendió por vos.

—¿De modo que no sabéis lo que ha sido de esa señora?

—No.

—¿Y de aquella otra señora, de aquella doña Alejandra de Aytona, no podéis decirme nada?

—¡Ah! eso es distinto. Vamos á saber algo, dijo Malespina.

Y llamó á su escudero Gomecillos.

—¿Adónde se llevó á la señora que os fué entregada en las ruinas del *Valle Maldito?* le preguntó Malespina.

—A la frontera del reino de Valencia; allí se la dejó aletargada aún al pie de un árbol, á la vista de una inmensa alquería que parece un alcázar.

—¿Por qué punto?

—Por la Guardia, una media legua de la frontera, dijo Gomecillos.

—¿Conoceréis vos el lugar? preguntó Marsilla.

—Pues por supuesto, señor, respondió Gomecillos.

—¿Es que os habéis propuesto ir en busca de esa señora? preguntó Malespina á Marsilla.

—De todo punto.

—Pero no iréis solo, puesto que habéis de entrar en tierra de moros.

—Vos me prestaréis algunos de vuestros escuderos.

—Os daré ciento y de los mejores: con ellos irá Gomecillos.

—Me place, dijo éste, así no estaremos ociosos y ya encontraremos algunos moros buenos á quienes cristianar.

—Mirad que exponéis la vida, Marsilla.

—¿Y qué importa la vida cuando media el honor?

—Tenéis razón: ¿y cuándo pensáis partir?

—Mañana mismo.

—Ya lo sabes, Gomecillos, dijo Malespina: elige ciento de los más valientes de los nuestros; tenlos preparados para seguir contigo mismo á don Juan Diego.

—Muy bien, señor.

—Véte.

Gomecillos salió.

—No basta que llevéis con vos gente, don Juan Diego, le dijo Malespina; es necesario que también llevéis dineros

—Dineros no han de faltarme en tierra de moros.

—También es verdad, dijo Malespina: con menos empecé yo y me he desempeñado: pero calle, añadió; no había reparado en vuestra espada.

Marsilla se inquietó.

—Hé aquí, dijo Malespina, que sin que vos hayáis faltado en nada sabemos ya por qué os movéis.

—Suposiciones vuestras.

—Esta espada lo dice: una espada del rey, y porque no pueda dudarse de ello, tiene en su puño las barras de Aragón.

—El rey ha querido honrarme.

—Hacéis muy bien en servir al rey y darle gusto.

—Es mi obligación, amigo mío.

—Pero hay obligaciones que se cumplen con más gusto que otras. En fin, nada os pregunto; veo con placer que estáis en buen camino: seguidlo, y apuradlo todo.

—Haré cuanto esté en mi persona para que Dios me favorezca.

—Y lo conseguiréis, porque sois bueno y leal. Pero cuidad de no enamoraros por allá, que hay moras hermosísimas.

—Todo consiste en los encantamientos.

—¡Oh! ¡y qué encantamientos tienen aquellos lugares! os juro que está muy bien entre ellas; sólo que no siempre se puede estar á su lado sin peligro.

—Esto aumenta el placer.

—Veo que lo entendéis: lo fácil enfada: oid ahora un consejo: oid los de Gomecillos; él sabe cómo se anda en tierra de moros: de allí he sacado yo la mayor parte de mis riquezas: ved vos si encontraréis las bastantes para que el avaro don Pedro de Segura os dé su hija.

—¡Ah, Isabel! ¡mi Isabel! exclamó conmovido Marsilla. Ella me ha olvidado: ella ha sentido amor por otro; no me amaba pues.

—Os engañáis, exclamó Malespina: doña Isabel se ha vengado de vuestras infidelidades, castigándoos cruelmente, haciéndoos creer que amaba al príncipe Miletto de Castellobianco.

—Me lo ha asegurado.

—Se vengaba; doña Isabel sabía, cuando os decía eso, que el príncipe Miletto era una mujer.

—¡Ah! exclamó Marsilla; me habéis dado la vida: yo estaba desesperado.

—Las mujeres que aman, cuando tienen celos son crueles; y cuanto más lo son con los que aman más les aumenta su amor.

Los dos amigos siguieron conversando un largo espacio, hasta que al fin Malespina dejó para que reposase y se preparase á la partida, á Marsilla.

CAPITULO XX

De lo primero que hicieron en el reino de Valencia Marsilla y los Compadres de la Cruz de fuego

Había llegado la hora de las hazañas.

Lo era ya, y enorme, el entrar cien hombres decididos, sin ayuda de ninguna especie más que de su propio valor, en una tierra tan brava como la de Valencia, que costó al Cid heróicos esfuerzos, que se escapó, muerto el Cid, del dominio de los castellanos, y que necesitó de todo el esfuerzo de un héroe tal como don Jaime *el Conquistador,* para que Aragón la hiciera suya.

Marsilla, sin embargo, se había metido por ella.

Era necesario que él conquistase la posesión de su adorada Isabel.

No había, pues, que mirar en nada.

La muerte importaba poco.

Y no era Marsilla el solo héroe de aquella empresa.

Lo eran también el bravo Gomecillos, y los cien Caballeros de la Cruz de fuego que les seguían.

Hay que advertir, que por más que se había ennoblecido á la compañía libre del infante don Alonso *el Bastardo*, ó Gutier de Malespina, como mejor queramos, no había quien hiciera que aquellos lobos no siguiesen llamándose Compadres.

Como ellos empezaron, habían empezado todas las órdenes de caballería.

El origen de todos había sido una pequeña tropa de aventureros, cuyo capitán había sido siempre elegido por ellos, y que por consecuencia había que considerar como el más fuerte.

Habían servido acá y allá, á éste y al otro, á sueldo.

Cuando no habían tenido sueldo, habían bandideado.

Habían sido todos gente dura y ruín.

Su tiempo los había protegido.

Un rey primero, luego otro, y el Papa después de los reyes, habían ennoblecido y convertido en una orden militar de caballeros, en servidores de Dios y del rey, á gentes que no habían sido, lo repetimos, otra cosa que aventureros sin alma, con hechos de bandidos, semejantes á los Compadres de la Cruz de fuego.

La Edad Media, particularmente en sus tiempos medios, fué período de fuerza.

Al más fuerte era al que más se respetaba.

Al que más se ennoblecia.

Y esto no quiere decir que en aquellos tiempos no hubiese grandes caballeros.

Habíalos, y sin tacha.

Pero la virtud que más á estos caballeros aprovechaba, que más les hacía resplandecer, era el valor.

Las crueldades y las depredaciones y las faltas de fe que por aquellos caballeros se cometían á cada paso, sin escrúpulo alguno de la conciencia, eran cosas de buena ley en aquellos tiempos.

No hay uno solo de los héroes de la Edad Media al que no pueda culparse de ferocidades y de atropellos.

Este era el estilo de la época.

Si hubieran sido de otro modo, nadie en su tiempo los hubiera comprendido ni aun los hubiera estimado.

No hay, pues, que mirar con ojeriza á nuestros Compadres, á nuestros Caballeros de la Cruz de fuego.

Eran como todos.

Fruto de su tiempo.

Marsilla no había querido que se le diese auxilio ninguno.

Si él hubiese podido armar de su cuenta, y asoldar á sus cien jinetes, lo hubiera hecho.

Pero esto no estaba en su mano.

Se proponía enviar á Malespina cuanto antes, y en la parte que le correspondiese de las presas, el valor de las armas y de los caballos de los cien jinetes que le había prestado.

Debía vivir ó morir sobre el territorio enemigo.

Gomecillos llevó á Marsilla al mismo punto por donde había entrado en el reino de Valencia cuando, para hacerla perdida, llevó á él por orden de Malespina á Alejandra.

Pasaron de noche junto al castillo de la Guardia.

Los moros que la defendían no podían apercibirse.

Parecióle á Marsilla que respiraba con mucha más facilidad cuando se encontró en territorio enemigo.

Hasta entonces no había sido más que caballero.

Entonces empezaba á ganar su título de capitán.

Al amanecer dieron vista á la alquería, castillo de Sydi Aben-Suleiman-el-Coraxi.

Arremetieron los Compadres á su poterna.

Veinte de ellos empezaron á forzarla con sus hachas.

Los restantes jugaban de sus ballestas contra las gentes del Kaid moro, que habían acudido á los muros sorprendidos por aquella inaudita aventura matutinal.

El gran *tan tan* ó atambor colocado en la punta más alta del castillo, había empezado á batir á rebato.

Estos tambores, que eran de cobre y de otros metales sonoros, de una figura semejante á la de un pandero de mayor ó menor tamaño, alcanzaban con sus vibraciones á largas distancias.

El reino de Valencia estaba muy poblado.

Las alquerías, las aldeas, colocadas entre los olivares y las huertas, se descubrían las unas á las otras á cortas distancias.

Estaban pobladas por gentes bravas.

En los momentos de los arrebatos, salían de ellos enjambres de combatientes feroces, la mayor parte de ellos á caballo.

Y esto aconteció.

A la llamada del atambor de la alquería de Sydi Aben-Suleiman salieron presurosas algunas gentes de las habitaciones más inmediatas.

Vieron un estandarte dorado con una cruz roja.

Caballeros bien montados.

Armados hasta los dientes y con largas lanzas.

En una palabra: cristianos que rompiendo las líneas se metían por sus tierras.

Se consideraron poco los primeros, y corrieron á buscar más gente.

Entretanto los que batían la poterna de la alquería la habían forzado.

Se habían lanzado con hacha en mano.

Habían herido, desgarrado, despedazado á los esclavos negros del Kaid Sydi-Suleiman que les habían salido al encuentro en la gran plaza de armas.

De improviso, del fondo de esta plaza, por un portón que se abrió, apareció un jinete.

Aquel jinete, por las riquezas de sus armas, de sus vestiduras y por la montura de su caballo, parecía un gran caballero.

Era, en efecto, Sydi Suleiman-el-Coraxi.

Buen capitán, había comprendido á primera vista que no podía resistir á los cristianos que con sorpresa acababan de introducirse en su casa.

La prudencia aconsejaba la fuga.

Pero Sydi Suleiman no podía huir dejando allí al alma de su alma, á su hurí, á su arcángel, á Alejandra, en una palabra.

Una pasión mortal se había apoderado por ella del árabe.

Nada había conseguido sin embargo.

Alejandra se le había resistido siempre.

Le había fascinado.

Lo había obtenido todo de él.

Todo, menos su libertad.

Alejandra se había propuesto huir del árabe.

Engañarle.

Pero Alejandra no podía pertenecer á otro que á Marsilla.

Al que ella llamaba su esposo.

El único hombre á quien amaba.

A quien podía amar.

Cuando Alejandra vió que el castillo era asaltado por cristianos, se alentó.

Aquellos cristianos la libertarían.

La libertad sería para ella la felicidad.

Buscaría á Marsilla.

Marsilla no podía negarse á cumplir las obligaciones que con ella había contraído.

Marsilla era un gran cristiano y un gran caballero.

Además de esto, tal había sido la fascinación en que Marsilla, mientras estuvo secuestrado con Alejandra, había creído que ella se creía adorada por él.

Así es que cuando se le presentó apresurado Sydi Aben-Suleiman, y la dijo que era necesario que le siguiese, Alejandra se negó.

Se arrojó por tierra.

Sydi Suleiman se vió obligado á emplear la fuerza.

Sus esclavos sujetaron á Alejandra.

Cuando Sydi Suleiman estuvo á caballo, se la pusieron sobre el arzón.

Sydi Suleiman la retuvo poderosamente por la cintura con su brazo derecho.

El jinete árabe aguijó su caballo á muerte ó á vida

Se abrió el portalón del fondo del patio, como hemos dicho.

Los de la Cruz de fuego exterminaban á los esclavos del Kaid, que en la plaza de armas caían como buenos, combatiendo por su señor.

El jinete árabe aguijó su caballo á muerte ó á vida.

Rompió el animal entre los combatientes.

Saltó sobre ellos.

Ganó la poterna y se lanzó al campo.

Al verle aparecer, los Compadres, con Marsilla á su cabeza (Gomecillos estaba con los que habían penetrado ya en la alquería), se lanzaron tras él.

Pero el caballo del árabe parecía hijo del viento, según lo que corría.

Ganaba constantemente terreno á los perseguidores.

Sólo Marsilla continuaba sin perderle ventaja.

Conocía el terreno Sydi Suleiman y cruzaba entre los olivares.

Tenía confianza en su caballo y elegía los lugares difíciles.

Los torrentes, los vallados, las acequias.

Los Compadres se habían quedado muy atrás.

Le habían perdido, al fin, de vista.

Marsilla se había quedado solo persiguiendo tenazmente al árabe.

Alejandra había reconocido en quien los seguía, por su airón rojo y por su sobrevesta color de cielo, á Marsilla.

Se lo había dicho, además, su corazón.

Alejandra ayudaba á Marsilla.

Se debatía entre los brazos de Sydi Suleiman.

Le mordía.

Pretendía echarse del caballo al suelo.

Pretendía coger las riendas para detener al bruto de Sydi Suleiman.

Y Sydi Suleiman, que no podía combatir, entorpecido por Alejandra, la contenía, y continuaba apretando los acicates á su caballo, que continuaba corriendo como una exhalación, salvando todos los obstáculos, pero sin llegar á ganar ventaja sobre el fuerte caballo de Marsilla.

Y así iban.

Incansables.

Sosteniendo ambos brutos aquella violenta carrera como por milagro.

De improviso, de entre el olivar, salieron diez jinetes moros, á quienes atraía el toque de rebato que había lanzado el tambor de la alquería de Sydi Suleiman.

Y decimos que había atraído, porque el tambor había cesado de oirse.

Señal clara de que los Compadres de la Cruz de fuego se habían apoderado de la alquería.

CAPITULO XXI

En que se ve qué casta de caballero era, cuando combatía, Diego Marsilla

Marsilla se apercibió al ver aquellos diez jinetes.

Éstos, que habían reconocido á su Kaid Sydi Suleiman, que habían visto que huía, se habían cruzado, para proteger su fuga, entre él y Marsilla.

Éste rugió.

Alejandra, á la que había creído ya en su poder, se le escapaba.

Aquellos diez jinetes no le espantaban.

No le hubiera espantado un ejército.

Pero conocía claro Marsilla que deteniéndose á combatir á aquellos diez jinetes, el caballero moro que se llevaba á Alejandra tendría tiempo sobrado para desaparecer.

Marsilla procuró ganar, con un rodeo, á los jinetes árabes.

Pero éstos, al verle empezar la curvatura, se abrieron en círculo.

Marsilla no podía pasar sin combatir.

Le habían ganado el terreno.

Marsilla comprendió demasiado, porque no era lerdo, que si los diez jinetes moros se presentaban todos contra él, no podría defenderse.

Maniobró, pues.

La misma forma de línea en círculo que habían tomado los moros le favorecía.

Escapó de través en la dirección de uno de los extremos de aquella línea.

Así fué que se encontró mucho más cerca de uno de los jinetes que de los otros.

Escapó.

Su objeto era separar á aquel jinete.

Ganar un espacio de tiempo bastante para poder combatir particularmente con cada uno de ellos.

Los moros creyeron, y no podían creer otra cosa, que Marsilla huía.

Se lanzaron tras él.

Por fortuna para Marsilla, estaba él mucho mejor montado que los moros.

Había tomado, además, por un camino estrecho entre dos vallados.

De improviso se volvió.

Terció su lanza.

La tendió.

Embistió con el jinete que le seguía más de cerca.

Los moros iban muy ligeramente armados.

El acometido cayó del caballo al suelo, atravesado de parte á parte por la lanza de Marsilla.

Muy cerca venía otro jinete.

Marsilla se lanzó sobre él.

Le encontró en una redoblada del camino, y tal fué el empuje, que le hizo saltar de los arzones muy mal parado.

Marsilla volvió á su escape.

Salió del estrecho camino á una gran llanura.

Tras él salieron los ocho jinetes restantes.

Marsilla maniobró en círculo.

Su caballo resistía.

No había perdido la menor parte de su agilidad ni de su ardor.

Marsilla obligó á los jinetes árabes á separarse.

Querían éstos cogerle determinando en torno suyo un círculo.

Marsilla se arrojó sobre el que tenía más cerca de sí.

El moro encabritó el caballo.

El animal, alcanzado por la terrible lanza de Marsilla, fué degollado.

Instantáneamente cayó al suelo, arrastrando consigo á su jinete.

Marsilla le dió una lanzada, cosiéndole contra la tierra.

Se revolvió rápidamente.

Tenía sobre sí tres jinetes moros.

No podía tomar campo, y le era inútil la lanza.

La arrojó.

Descolgó el hacha de armas de su arzón.

Uno de los jinetes árabes le había alcanzado en una lanzada.

Pero Marsilla se tuvo firme sobre los arzones.

La lanza del árabe, detenida entre las ballenas del escudo de Marsilla, se rompió.

Dejó Marsilla que este moro, abandonado al impulso de su carrera, se cruzase con él, y al pasar le dió tal golpe en el casco con el martillo de su hacha de armas, que el herido cayó desapoderado al suelo.

Cargaban sobre Marsilla los otros seis moros ya juntos.

Pero no era la primera vez que Marsilla se veía rodeado de enemigos.

Además de esto, Marsilla se transfiguraba en el combate.

Caía en una especie de locura, de extravío.

Su ferocidad era extraordinaria.

Su fuerza inconcebible.

Su agilidad maravillosa.

Hizo rebotar su caballo.

Ganó un pequeño espacio de terreno.

Un segundo rebote le dió más distancia.

Salió de través.

Los jinetes moros estaban de nuevo separados.

No se veía ni cerca ni lejos, en la extensa llanura, ni una persona más.

Marsilla estaba seguro de que libertándose de aquellos enemigos, no tenía otros con quienes combatir por el momento.

Revolvió contra el que tenía más cerca.

Las arremetidas de Marsilla eran terribles.

Encontraba siempre.

Cuando encontraba, hería con mano segura y con fuerza extraordinaria.

El quinto jinete, alcanzado y herido horriblemente en un hombro, cayó por tierra.

Se revolvió de nuevo Marsilla.

Ganó campo.

Desmontó á la carrera para coger del suelo su lanza, y volvió á montar á la carrera también.

Embistió entonces con uno de los moros que le venían á los alcances.

Cayó como habían caído los otros cinco.

La lanza de Marsilla le había alcanzado en la garganta desnuda.

Esta sexta víctima decidió la victoria en favor de Marsilla.

Los moros son supersticiosos.

Los cuatro que quedaban vivos no podían creer otra cosa, sino que aquel formidable cristiano estaba protegido por algún encantamiento.

Inútil, pues, era el valor humano contra un caballero de tal manera protegido por un poder sobrenatural.

Se dieron á huir.

Marsilla los dejó escapar.

Muy pronto se perdieron á lo lejos, entre los olivares.

CAPITULO XXII

De como Marsilla se convirtió de cristiano en moro, en cuanto á las apariencias, y del lugar donde fué á parar

Marsilla se encontró solo en el campo, con los cadáveres de los cinco moros, que á su esfuerzo habían sucumbido.

Echó pie á tierra, se quitó el casco, se limpió el sudor que corría en abundancia por su frente, y descansó, que bien lo había menester.

Su caballo estaba también jadeante y cubierto de sudor.

Marsilla meditó.

Estaba solo.

Se había extraviado.

Toda la tierra que le rodeaba era enemiga.

Había salido vencedor por milagro de una gran prueba.

No era de suponer que se repitiesen hasta lo infinito, semejantes milagros.

Probablemente no encontraría á los Caballeros de la Cruz de fuego, que con él habían entrado en tierra de moros.

De seguro que, á consecuencia del rebato que había tocado el atambor del castillo acometido, habrían caído sobre los Compadres turbas numerosas de moros, que les habrían obligado á repasar la frontera.

¿Qué hacer?

Marsilla se encontraba en un grandísimo peligro, á consecuencia de otra aventura que no podía esperar, de ser muerto ó cautivado.

Ocurrióle una idea que le inspiraron los cadáveres que tenía ante sí.

La de convertirse, en la apariencia, en moro.

Esto salvaba, de momento, todas las dificultades.

Marsilla conocía y hablaba bastante bien una lengua internacional, por decirlo así, de que se servían, para entenderse, los cristianos y los moros.

Esta lengua era el arábigo aljamiado, ó lo que vulgarmente se llamaba algarabía.

Este lenguaje era muy común en el reino de Valencia, donde vivían, bajo las leyes y con las costumbres de los moros, muchos cristianos mozárabes.

Marsilla podía pasar muy bien por uno de éstos.

Una vez tomada esta resolución, Marsilla se fué á su caballo y le quitó los arneses.

Fué luego al caballo que había quedado muerto en el campo, le quitó el jaez y se lo puso al suyo.

Á seguida se despojó de sus ropas y pasó revista de nuevo, eligió las prendas que mejor le parecieron de las que tenían sobre sí los muertos, y se las vistió.

Cambió las armas.

Tomó en vez de su escudo la mejor de las adargas que allí habían quedado, alzó del suelo un largo lanzón, montó á caballo y partió hacia el levante, dirigiéndose á una espesa selva que se veía á lo lejos.

Si hubiera tomado hacia el poniente, se hubiera expuesto á meterse en la tierra puesta en armas por el rebato del castillo de Sydi Suleiman.

Á Marsilla le importaba perderse cuanto antes en el reino de Valencia.

Después, y favorecido por su disfraz, podría salir de él.

¿Y quién sabía si le esperaban grandes aventuras en Valencia, que tal vez le llevasen á la frontera y le permitiesen ser esposo de su adorable Isabel?

Marsilla llevaba la cabeza llena de sueños.

Tenía para él no sabemos qué encanto la situación en que se encontraba.

La primera aventura no había sido mala.

Dos de los moros muertos por él debían haber sido ricos, porque á cada uno le había encontrado Marsilla una bolsa llena de zequíes de oro.

Con aquel dinero tenía á lo menos para vivir dos años, si era que en dos años no podía salir del reino de Valencia.

Empezaba una nueva faz de su vida, que le parecía más interesante que las otras que ya habían pasado por él.

Llevaba grandes manchas de sangre en el alquicel y en el caftán.

Pero el reino de Valencia hervía en bandidos.

Podía muy bien Marsilla decir que había tenido un mal encuentro, y que combatiendo para defender su vida, se había teñido con la sangre de sus enemigos.

Llevaba su caballo á rienda suelta.

Le importaba no ser visto sobre aquel campo.

Perderse en la selva.

Internarse en ella.

Al fin llegó y se entró entre los árboles.

Se encontró sobre terreno fértil, tapizado de musgo, bajo gigantes pinos, cuyas altas copas, sacudidas por un furioso viento, producían un crujido lúgubre.

No había ni indicios de sendero alguno.

Esto era bueno.

Demostraba la soledad de aquellos lugares.

Marsilla templó la carrera de su caballo.

Pero siguió á buen paso, internándose en la selva.

No hay nada más triste, más sombrío que un pinar.

Dentro de él, la idea del lobo y del bandido se presentan al viajero extraviado.

A Marsilla le importaba muy poco de esto.

Siguió caminando hasta el medio día.

Había andado algunas leguas sin haber encontrado una sola habitación.

De improviso habían aparecido ante él unas ruinas romanas.

Si Marsilla hubiese sido anticuario, hubiera visto que aquel había sido un templo de Vesta.

Quedaba aún la grande estatua sobre su pedestal teniendo aún en la mano un *paladión*.

Algunas columnas estaban aún de pie bajo sus arquitrabes.

Otras estaban tendidas por tierra y cubiertas de musgo.

La que debió ser mansión del sumo sacerdote conservaba aún su techo.

Allí podía refugiarse Marsilla.

Hacía frío.

Como que se estaba en el mes de Enero.

Marsilla echó pie á tierra, y entró en las ruinas llevando su caballo de la mano.

Se entró en el lugar que estaba aún en alguna manera habitable.

Entonces reparó en que algunas toscas tablas, sujetas por dos travesaños de madera, servían de puente.

Había un hogar moderno hecho con yeso y ladrillo.

En un rincón se veía un gran montón de paja de centeno, que parecía hollado, como si hubiera servido de lecho.

Aquello podía servir muy bien de refugio á Marsilla.

Indudablemente la persona que debía haber vivido en aquellas ruinas las había abandonado.

Mirando más, Marsilla vió en el suelo una mata de cabellos.

La reconoció y la examinó.

Eran cabellos de mujer, rubios, luengos y sedosos.

Allí, pues, había vivido una mujer algún tiempo, puesto que allí se había peinado.

Había, además, en otro rincón, una gran cantidad de leña gruesa y menuda.

Hacía frío.

¿Pero cómo encender aquella leña?

Marsilla no tenía con qué encender.

Pero le pareció ver que entre la ceniza del hogar brillaba algo, aunque opacamente.

Se acercó, revolvió la ceniza, y vió con placer que había rescoldo.

Así, pues, aquel asilo se había abandonado hacía muy poco tiempo.

O tal vez, apesar de la falta que allí aparecía de utensilios, el morador ó la moradora no le había abandonado, sino que simplemente estaba fuera, y debía volver.

Marsilla puso sobre el rescoldo alguna leña menuda.

Sopló, y muy pronto se levantó una débil llama.

Añadió leña gruesa, y se levantó á poco una hoguera.

Marsilla quitó de la grupa de su caballo dos alforjas que había tomado del caballo muerto.

En aquellas alforjas había víveres.

Dos gallinas asadas, tapujos de carne asados, pan y queso.

Con aquellos víveres podía alimentarse muy bien tres días Marsilla.

Sacó su caballo fuera.

Le quitó el freno.

Le dejó que pastase libremente en la espesa y fresca hierba que crecía por allí en abundancia.

Luego entró, se sentó en una piedra junto al hogar, y se puso á comer.

Halló sabrosísima la comida.

Apesar de sus cuidados presentes, y del recuerdo cae-

dente y doloroso de Isabel, crecía para él el encanto de la situación en que se encontraba.

Tenía ya á la vista una aventura.

La habitante de aquel lugar, que mujer debía ser, atendida la mata de cabellos que había hallado, volvería sin duda.

Tal vez aquella mujer era hermosa.

Nada tenía de extraño este pensamiento en Marsilla, á pesar de su amor á Isabel.

Así está hecho el hombre.

Ya hemos hablado bastante acerca de esto.

Ya hemos visto que si la belleza no enamoraba á Marsilla, porque ya estaba enamorado, en cambio la hermosura le seducía, le fascinaba.

Había conocido muchas hermosuras.

Tal vez la que allí vivía era joven y hermosa.

Tal vez alguna interesante historia la tenía en aquella soledad.

Y tal vez no vivía sola.

Tal vez era la esposa de algún bandido; porque no podía pensar en un labriego ni en un pastor, en un terreno que no estaba elaborado, y en donde no había muestra de aprisco ni de redil.

Fuese como fuese, Marsilla se encontraba bien.

Cuando hubo comido y se hubo calentado, se echó sobre aquel lecho de paja.

Al echarse creyó percibir un perfume de mujer que emanaba del lecho.

Esto avivó su curiosidad, su deseo porque llegase cuanto antes la presentación de la aventura que era de esperar.

Pero estaba rendido.

La noche anterior había dormido muy poco.

Se había fatigado grandemente en el combate.

Había aumentado su cansancio la larga carrera que había hecho desde el lugar del combate hasta las ruinas.

Se le cargaban los ojos.

Poco después dormía profundamente.

Soñaba hallarse al lado de la hermosa Isabel de Segura.

CAPITULO XXIII

En que continúan las peregrinas aventuras que en tierra de moros acontecieron á Marsilla

Despertóse al fin satisfecho de sueño.

Había dormido plácidamente de un tirón muchas horas.

Era ya de noche.

Por la puerta se veía el cielo oscuro.

Pero dentro de aquel espacio había una claridad vivísima que provenía del hogar.

Se sentía, además, un apetitoso olor á carne asada.

O más bien, á caza asada.

Una mujer aparecía sentada en la misma piedra en que había estado sentado Marsilla.

Más que una mujer era una niña.

Apenas si pasaría de los diez y seis años.

Estaba vestida con una simple túnica de lana parda, y sobre esa túnica una pañoleta blanca.

Algo lucía de una manera extraordinaria en su garganta y en sus orejas.

Mostraba, tendidas sobre el seno, unas largas trenzas rubias.

Cubría su cabeza una toquilla blanca de lino.

Era blanca, blanquísima, y el reflejo del fuego del hogar teñía su semblante de un color rojizo que la prestaba un efecto casi sobrenatural.

Se ocupaba en comer una pequeña ave asada.

Otras dos ó tres se tostaban sobre la brasa.

Parecían perdices.

Marsilla se incorporó y se puso á mirar de hito en hito á su compañera.

Nadie más había en aquel lugar.

Ella se volvió, y al ver incorporado á Marsilla, se quedó mirándole con una fijeza singular, pero benévola.

Luego sonrió.

—Allah te guarde, viajero, dijo con un acento purísimo.

—Guárdete Dios, señora, dijo Marsilla.

—¡Ah! exclamó ella, ¡tú eres mozárabe!

—Sí, señora mía, respondió Marsilla.

—Al volver, dijo ella con acento dulce, te he encontrado tan dormido, que me ha dado pena despertarte.

—Dios te lo pague, sultana.

Sonrió la joven.

—Debes estar muy cansado, dijo; debe haberte sucedido alguna mala aventura: tienes manchas de sangre; ¿pero no estás herido?

—Esto es sangre de mis enemigos.

—¿De tus enemigos?

—Sí; me han salido al camino bandidos.

—¿De dónde vienes?

—Afortunadamente en otros tiempos, dijo Marsilla, había andado en guerra por el reino de Valencia bajo el estandarte del rey moro, y conocía algunos lugares. Yo soy de la otra banda.

—¿De dónde? preguntó ella; ¿de Fez ó de Marruecos?

—De Marruecos: del Riff.

—¿Es decir que hay en el Riff familias mozárabes?

—Sí; familias que han quedado allí desde el tiempo en que los godos eran señores de Marruecos. Yo soy de una de esas familias: yo me llamo Ben Ismael-el-Rumy.

—Yo quisiera mejor que tú fueses de los hijos del Profeta.

—Los mozárabes nos llevamos muy bien con vosotros: somos hermanos.

A todo esto Marsilla se había levantado y se había sentado en otra piedra.

—¿Y cómo ha sido el lance que te ha sobrevenido?

—Venía yo de Xátiva, cerca de la cual vivía: tenía que ir á Aragón á cobrar una herencia de un pariente mío cristiano. Como conozco poco esta tierra, me extravié, y después de tres días de dar vueltas por terrenos escuetos y solitarios, me acometieron salteadores.

Eran más de veinte.

A duras penas si, á este mato al otro hiero, pude abrirme paso y escapar á uña de caballo.

Al fin, fatigado y rendido, llegué á este lugar, comí las provisiones que traía y me eché á dormir.

—Tú mientes, exclamó ella con voz dulce y temblorosa

á tí han debido acontecerte otras aventuras: en muchas leguas á la redonda no hay más bandoleros que los de mi padre, y ahora están á gran distancia de aquí. Además, tú no eres mozárabe: tú hablas muy mal la aljamía; tienes los cabellos largos: tú eres un cristiano disfrazado de moro,

—No quiero negártelo, dijo Marsilla; pero quiero ampararme de tí.

—Y yo te ampararé, porque estás bajo mi techo y me pareces bueno. Cuéntame tu historia.

—Quiero contártela, dijo Marsilla, porque tú me pareces un arcángel.

Y lleno de lealtad, impulsado por la nobleza y por la sencillez de la joven árabe, le contó sus amores con Isabel de Segura; como, por pobre, su padre no había querido dársela por mujer; el plazo que le había otorgado para que procurase hacerse rico, y de como, buscando fortuna, se había entrado por el reino de Valencia, en el cual había peleado en la frontera: la contó, en fin, todo cuanto aquella mañana le había sucedido.

Ella le escuchó atentamente, y luego dijo:

—¿Y te ama esa cristiana?

—Sí.

—¿Estás seguro de que ella merece que tú corras el mundo arrostrando peligros para llegar á ser rico y hacerla tu esposa?

—Sí.

—¿Y por qué ella no te ha seguido?

La voz de la joven era profunda.

La dulce mirada de sus límpidos ojos garzos abarcaba á Marsilla.

—Se lo ha impedido su honor.

—El honor de una doncella no se mancilla porque deje á sus padres para su marido: esa que tú dices que te ama tanto, debe ser tan avara como su padre.

Esto fué una puñalada que hirió de lleno el corazón de Marsilla.

Nunca había él pensado en esto.

Al pensar en ello, bajo la palabra de su joven interlocutora, conoció ó creyó que si Isabel de Segura le hubiese amado tanto como él se figuraba, podía muy bien haberse desposado con él, obligando con este desposorio á ceder á su padre, ó arrostrando su cólera sin temor de ninguna especie.

Decíase al mismo tiempo Marsilla, que con la noble educación que Isabel había recibido, no podía rebelarse de tal manera contra su padre, tomando contra su voluntad esposo.

Decíase á seguida, que si ella le hubiese amado como era necesario para corresponder al amor que él la tenía, no habría reconocido más padre ni más dominio que el de su amor.

De todos modos Marsilla había dado en una duda cruel.

—Las mujeres conocen á las mujeres, había dicho para sí. Los hombres somos más leales y más confiados que ellas. ¡Si Isabel no me amase!... ¡si fuese avara como su padre!...

Y crecía la duda y el tormento de Marsilla.

—Pues has tenido una gran fortuna, dijo la hermosa valenciana, en que mi padre no esté hoy por estos lugares: las injusticias y las desgracias han hecho á mi

padre cruel: mi padre habría acabado contigo: no hubieras despertado de tu sueño sino para morir.

—A no ser que me hubiese ayudado Dios, como me ayudó esta mañana, contestó Marsilla.

—Mi padre es el emir Muzay-al-Mansur (1), dijo con altivez la joven.

—¿Y qué me importa que le llamen el invencible? dijo Marsilla: no hay invencible más que Dios; y cuando pelea con una de sus criaturas, le da las palmas de la victoria.

—Mejor es, sin embargo, dijo ella con su dulce acento, que en vez de haberte encontrado mi padre te haya encontrado yo.

Era indudable que la joven sentía por Marsilla una vivísima simpatía.

Marsilla, por su parte, empezaba á experimentar una especie de turbación.

—Tú eres muy buena, dijo, y espero que me protegerás.

—¡Oh, sí! exclamó ella: yo te amparo: tú vivirás, y ¿quién sabe si entre nosotros encontrarás la fortuna que necesitas para ser el esposo de la doncella que amas y que no te quiso pobre?

Sintió de nuevo en su pecho una sensación semejante al frío de la hoja de un puñal, Marsilla.

—Yo haré mi fortuna noblemente, dijo.

—¡Y qué! exclamó con altivez y casi con fiereza la

(1) Moisés el invencible.

joven: ¿crees tú que el emir Muzay-al-Mansur no obra noblemente? Tú has oído hablar de bandoleros: los bandoleros de mi padre son bandoleros de la venganza: mi padre no mata más que á sus enemigos: mi padre no quita su oro más que á los que le han sido traidores: mi padre es hermano del emir de Valencia: mi padre debía estar en el trono de Valencia: una traición infame le ha desposeído: por esa traición, el ángel de la muerte ha batido sus negras alas sobre nuestra casa: por eso estoy yo aquí sola esperando á mi padre, protegida por la maldición que hace terrible á este sitio: esta se llama la Selva de la Muerte, y no hay quien se atreva á entrar en ella.

Se estremeció Marsilla, no porque temiese á la muerte, sino porque aquel sitio que tan lúgubre nombre tenía, le parecía funesto y de mal agüero.

La joven acrecía en prestigio ante Marsilla.

A más de su grande hermosura y de su indudable distinción, había en ella mucho de seductor por su traje.

Este, aunque sencillísimo, era de un tejido finísimo.

Su lana parecía seda.

Además de esto tenía á la garganta un collar de riquísimas perlas que valía un tesoro, y no eran de menos valor sus arracadas y sus brazaletes, y sus ajorcas que estaban guarnecidas de diamantes.

Indudablemente Marsilla tenía junto á sí á una princesa.

Con el valor de las joyas que aquella princesa tenía sobre sí, Marsilla hubiera podido satisfacer la extraña codicia de don Pedro de Segura, y obtener la mano de su Isabel.

La joven princesa, llamémosla así, miraba cada vez con más insistencia á Marsilla.

La mirada de sus grandes y hermosos ojos garzos se fijaba en el joven caballero con una intensidad creciente.

Se iba haciendo lúcida.

Parecía que el alma de la joven, obedeciendo á la atracción del alma de Marsilla, pugnaba por asomarse á sus maravillosos ojos, en que aparecía una pureza virginal.

—Yo me alegro lo que tú no puedes creer, dijo ella, de que hayas llegado aquí en ausencia de mi padre: hemos podido hablar: tu historia me ha interesado mucho: es una historia de amores tristes: yo no he tenido amores; pero mi alma está triste, y la tristeza de los otros aumenta su tristeza: yo me siento interesada por tí, y yo haré de modo que para tí no sea funesta tu llegada á la Selva de la Muerte. La noche nos rodea: es la hora del sueño y del descanso: reposa: yo velaré tu sueño: mañana hablaremos.

—¡Luz del cielo! exclamó Marsilla, cediendo á la fascinación que en él causaba la grande y candente belleza de la joven: yo he reposado ya de tal manera, que no podría dormir ni un momento más: reposa tú: confía en el honor de un caballero: yo velaré tu sueño.

—Imposible me sería reposar, aunque me he fatigado hoy en demasía. La caza que yo buscaba para alimentarme se ponía fuera del alcance de mi arco.

Se nos ha olvidado decir que junto á la joven había en el suelo un fuerte arco y una flecha ó carcaj.

—Velemos, pues, juntos, continuó ella, pues que no tienes necesidad de reposo: yo por mi parte no podría

dormir; me aqueja no sé qué triste presentimiento... Pero aguarda: callemos.

Y aplicó el oído.

Marsilla aplicó el oído también.

Pero no oyó nada.

Ella se levantó y se fué á la puerta.

De improviso volvió para adentro.

Recogió del suelo el carcaj y el arco.

Se echó la banda del carcaj sobre los hombros y dijo á Marsilla:

—Cúbrete con tu casco; toma tu lanza y tu adarga; recobra tu caballo y ponme sobre el arzón: mi padre no está lejos y le creo en peligro. ¡No habrá sido poca fortuna que te hayas entrado en la Selva de la Muerte!

Marsilla tomó su casco.

Se lo puso.

Embrazó su adarga.

Empuñó su lanza.

Salió detrás de la joven árabe, cuyo nombre no sabemos aún.

El caballo de Marsilla estaba echado á la puerta.

Al sentir á su señor se alzó.

Una vez fuera, Marsilla se apercibió del lejano y casi perdido son de una bocina, que parecía pedir socorro.

Marsilla se llevó su bocina á los labios y contestó á aquel lejano toque.

Una nueva aventura se le presentaba.

Marsilla estaba contento.

Le enamoraban las emociones y el peligro.

Tomó en sus brazos á la joven, y se estremeció.

Había sentido una morbidez y una frescura de formas infinitas.

Aquella joven era un paraíso.

La puso sobre el arzón.

Luego montó á caballo.

La hermosa doncella rodeó un brazo á su cintura.

Se apoderó de Marsilla un temblor extraño.

—¡Ah! exclamó ella, que temblaba también; el grande Allah ha hecho que nos conozcamos.

Aquellas palabras, por el acento con que ella las había pronunciado, eran una manifestación de amor.

—¡Oh! exclamó Marsilla: yo he encontrado en tí algo terrible.

—¡Muerte ó ventura, exclamó ella; pero olvídate de tu infiel cristiana!

El amor se desbordaba ya.

—Mi padre está en peligro, añadió ella: su bocina suena con más fuerza: vamos á socorrerle.

Marsilla contestó con su bocina, y lanzó su caballo al galope, en la dirección del sonido de la otra bocina.

CAPITULO XXIV

Un desposorio de amor sobre un caballo á la carrera

A medida que el caballo de Marsilla avanzaba, se oía más distintamente el sonido de la bocina de Muzay-al-Mansur.

Este sonido, por su manera, revelaba un grande apuro en el emir.

Marsilla contestaba vigorosamente.

—Aguija, aguija, cristiano, decía con la voz ardiente la joven: mi padre está en un gran peligro: si le salvas, yo seré tu esclava; nuestros tesoros serán tuyos, y aun consentiré en que vayas á unirte á esa mujer á quien ya aborrezco; á esa avara que no ha querido casarse con un pobre.

Y estrechaba la cintura de Marsilla.

—¿Cómo te llamas? la preguntó éste.

—Sayda Noemi-la-Baida (1).

—¡Ah! exclamó Marsilla; te han puesto bien el nombre (2).

—A tí debían haberte llamado Noeman, dijo ella con la voz cadenciosa y dulce que se parecía al arrullo de una tórtola.

Marsilla, que, á pesar de Isabel, se impresionaba por las grandes bellezas, y se embriagaba por ellas, estrechó apasionadamente el talle de Noemi.

—Cuidado, cristiano, dijo ella: mira que puedes enlazarte á mí demasiado: acuérdate de que me has encontrado en la Selva de la Muerte, y que aún estamos en ella.

—Jamás me espantó la muerte, dijo Marsilla, ni dejé de ir á la felicidad atropellando por ella.

Y acercó su semblante al de Noemi, con una marcada intención de besarla.

Ella apartó vivamente la cabeza.

—Mira, le dijo, que un beso es el desposorio de dos almas: la fe y el alma del amor.

Y entonces ella presentó su boca á Marsilla.

Sobrevino un doble beso supremo.

—Mi alma está en tu alma: tu alma en la mía, dijo Noemi; nuestros seres se han unido: ¡ay de tí si pretendes romper esta unión que Dios ha hecho! tu esposa soy: olvida á esa otra: ese amor ha muerto entre nuestras bocas.

---

(1) La Señora Noemi la Blanca.

(2) Noemi quiere decir hermosa y afortunada, como Noeman, hermoso: dichoso.

Y volvió á besar á Marsilla.

—Pero mi padre llama con más impaciencia, dijo ella: me llama á mí: aguija, aguija á tu caballo. Mi padre esta en peligro.

No había necesidad de aguijar al generoso bruto.

Su instinto le había dicho que le llamaba el combate, y corría como el huracán.

Se oía ya martilleo de lanzas contra lanzas.

La luna dejaba ver en el fondo vago de la selva, pálido brillar de armas.

—Detente un momento, dijo Noemi.

Marsilla refrenó su caballo.

Noemi se colgó del cuello de Marsilla, y le besó por la tercera vez de una manera suspirante, y exclamó:

—Adiós: no sé si me volverás á ver, como no me veas muerta.

Y se deslizó á tierra.

Marsilla la vió plantarse en firme, armar su arco y disparar un flechazo hacia un confuso grupo de hombres que combatían revueltos á alguna distancia.

Luego Noemi se salió del camino porque había adelantado, y se perdió entre los pinos.

A Marsilla se le apretó el corazón.

Le acometió el temor de que no iba volver á verla.

La bocina de Muzay-al-Mansur resonó de un modo más desesperado.

Contestó con la suya Marsilla como diciendo: Allá voy.

Luego tendió su lanza, se aseguró en los arzones, aguijó á su caballo y arremetió.

CAPITULO XXV

De cómo Marsilla se encontró con una familia real

Muy pronto llegó Marsilla á un gran claro de la selva, en donde atrincherado, por decirlo así, con su caballo muerto, un árabe atlético, hacha en mano, se defendía de una multitud de enemigos que le acometían.

La lucha era heróica.

Espantable.

Cada golpe de hacha del terrible árabe tendía por tierra un hombre ó un caballo.

Marsilla entró de través en batalla, y uno de los acometedores villanos de aquel héroe, cayó por tierra.

Esto llamó la atención de los asesinos.

Porque asesinos debían llamarse á tantos que juntos acometían á un hombre solo.

Además de esto y heridos por flechas que salían de entre los pinos, habían caído otros tres hombres.

Sydi Muzay-al-Mansur no estaba, pues, solo.

Esto llamó la atención de los asesinos, que se abrieron y se volvieron hacia Marsilla, que había tomado de nuevo campo y de nuevo arremetía.

Otros dos hombres habían caído heridos por el invisible flechero.

Aquel flechero era Noemi.

Sydi Muzay aprovechó aquel momento de respiro.

Cogió una lanza del suelo.

Saltó en un caballo que había quedado sin jinete.

Arremetió, ayudando al incógnito que había acudido en su ayuda.

No quedaban ya de los enemigos más que ocho ó diez hombres.

Y las flechas del invisible enemigo los aterraban.

Cayeron otros dos á consecuencia de ellas.

Otros dos midieron el suelo por dos botes de lanza.

Marsilla y Sydi-Muzay los habían cogido en medio.

El pánico se apoderó de los otros seis restantes.

Con tal ligereza y con tal acierto disparaba Noemi, que suponían que había más de un flechero y aun más de diez.

La certeza del tiro de Noemi era admirable.

Hería siempre en la cabeza.

Hombre herido por ella era hombre muerto.

Aquella felicidad de puntería explicaba el que hubiese podido cazar con flecha las perdices que le habían servido de cena.

Los seis asesinos que aun vivían, huyeron.

Muy pronto se perdieron entre los pinos.

Marsilla les siguió por algún tiempo, y logró alcanzar á uno y matarle de una lanzada por la espalda.

Muzay, al ver huir á sus enemigos, había refrenado su caballo.

Llamó con la bocina á su libertador.

Marsilla contestó con la suya.

Dejó el seguimiento de los que huían.

Se volvió hacia Muzay que á su vez adelantaba hacia él.

Al mismo tiempo llegaba Noemi saltando como una corza.

—¡Padre, padre mío! gritó cuando estuvo cerca.

El emir volvió su caballo.

Vió á su hija y se arrojó de él.

Un momento después padre é hija estaban estrechamente abrazados.

Marsilla llegó junto á ellos y echó también pie á tierra.

Noemi se separó de su padre.

—Hé aquí nuestro generoso libertador, dijo asiendo de la mano á Marsilla y presentándolo á su padre.

—¿Quién eres tú? exclamó con acento entre agradecido y severo Muzay, que á pesar de sus muchos años aparecía en toda la fuerza de la virilidad.

—En primer lugar, dijo Noemi, porque tu hija no puede tener para tí secretos, debes saber que este caballero es mi esposo.

—¡Tu esposo! exclamó con un acento de sorpresa, de cuidado, de severidad y de amenaza á un tiempo Muzay.

—Sí, mi esposo del alma, dijo Noemi: nuestros seres aun no se han unido; pero nuestras almas se confunden

ya. Y qué ¿acaso no le debo tu vida? yo sería la esclava del hombre que te hubiese salvado.

Marsilla estaba atónito.

Aquella era la aventura más grave de todas sus aventuras.

Muzay le miraba conmovido y fiero á la par, y paseaba una mirada harto elocuente de Marsilla á su hija y de ésta á Marsilla.

Estaban rodeados de hombres tendidos por tierra, muertos los unos, agonizando ó malheridos los otros.

Además de estos hombres había algunos caballos.

Otros habían partido sin jinete y se habían detenido á alguna distancia, como esperando que sus dueños vinieran á buscarlos.

—¿Quién eres tú? preguntó Muzay á Marsilla.

—Deja, deja, padre, exclamó Noemi: aún no ha llegado la hora de explicarnos: por lo que veo, tus mismos esclavos son los que contra tí se han vuelto, y algunos viven.

Y desnudando un puñal, se lanzó sobre uno de los que estaban por tierra, y que pretendía en vano arrastrarse sobre sus brazos y sus rodillas.

—¡Ah, traidor Harum! dijo Noemi lanzándose sobre él: ¿y así te has atrevido á hacer traición á tu señor? toma, pues, tu última recompensa.

Y le dió de puñaladas con una ferocidad que espantó á Marsilla.

El miserable cayó desplomado.

Noemi se lanzó sobre otro que procuraba en vano huir.

Estaba herido de una pierna.

—¡Toma, Raab, exclamó Noemi: toma, lobo infame!

Y le dió también de puñaladas.

Luego se precipitó, uno tras otro, sobre tres heridos y los remató.

Aparecieron entonces inmóviles á la siniestra luz de la luna, diez hombres y cinco caballos.

Noemi se había ensangrentado de una manera horrible.

Había herido á uno de ellos en la garganta.

La sangre había saltado como un surtidor y había dado en el rostro, en la garganta y sobre el pecho de Noemi.

Ella se había limpiado con su alquicel.

Su hermosura había desaparecido á causa de aquellas horribles manchas de sangre.

Sólo quedaban sus lucientes ojos, que en aquella situación la daban un aspecto de todo punto feroz.

Aparecía horrible.

Pero esto mismo la hacía más fascinadora para Marsilla.

Estaba éste asombrado.

Había encontrado una de aquellas heroínas de que se dieron tantos ejemplos en la Edad Media.

Pero estos ejemplos no abundaban.

Las mujeres que eran así tenían un altísimo valor.

Un título para ser amadas aunque fueran feas como monstruos, á causa del modo de ser y sentir de la época.

Noemi tenía más valor.

Era muy joven, muy hermosa, muy noble y muy pura.

Su corazón era de fuego.

Tan bravía, tan terrible como aparecía entonces ante Marsilla, se había mostrado poco antes con él dulce, rendida, enamorada.

Noemi cogió uno de los caballos que andaban sueltos y saltó en él.

—Ahora, padre mío, dijo, á nuestro albergue: allí hablarás con tus dos hijos: allí tú nos dirás lo que te ha acontecido, y yo te diré cómo, cuando menos lo esperaba, he encontrado mi amor y mi esposo.

—Allah quiera, dijo Muzay, que yo no tenga que maldecir á la hija de mi amor, y que ponerme en batalla contra el que tan generosamente me ha socorrido.

Y montó á caballo.

Marsilla, que no sabía qué decir, montó también á caballo.

Noemi hizo punta.

Detrás iba Marsilla.

Por último, cerrando la marcha, Muzay.

Iban al galope.

De improviso Noemi refrenó su caballo.

Le detuvo.

—¿Qué es ello? preguntó Marsilla.

—¿Qué has visto? dijo Muzay.

—Allá bajo, á la luz de la luna, se ven relumbrar cascos: veo también el estandarte de tres puntas de Valencia.

—¡Ah! exclamó Muzay lanzando su caballo; adelante, hija mía, adelante; son los que yo esperaba: sólo Dios es vencedor, y Él nos ha dado la victoria.

Media hora después estaban en las mismas ruinas del templo de Vesta.

Delante de la parte cubierta de las ruinas que había servido de habitación á Noemi donde la había encontrado Marsilla.

Muzay-al-Mansur adelantó confiadamente hacia aquellos armados.

Al sentir los pasos de los caballos del árabe, de su hija y de Marsilla, algunos de los jinetes avanzaron.

—Dios es grande, exclamó Muzay.

—Dios misericordioso, respondió otro de los jinetes que se acercaban; ¿eres tú el elegido de Dios: el venturoso, el prepotente, el esclarecido siervo de Dios Sydi Muzay-al-Mansur?

—Yo soy el que tú dices, contestó Muzay.

Y á este tiempo se habían encontrado.

El que venía á la cabeza de los que habían salido al encuentro de Muzay, echó pie á tierra, é inclinándose casi hasta prosternarse, dijo:

—Salud en nombre de Dios al emir de los creyentes de Valencia.

—Hora era ya, exclamó Muzay, de que Dios hiciese resplandecer su justicia: levántate, creyente, y guía: vuestras tiendas deben estar levantadas esperando al emir.

—Nosotros seremos dichosos, dijo el otro, si muestras gusto por lo que hemos hecho; dígnate seguir á tu siervo, señor, que te guiará.

Y montó á caballo.

A seguida hizo sonar su bocina de una manera particular.

Al oir el son de la bocina de aquel creyente, que era un viejo venerable, rompieron en un sonido guerrero allá donde estaban determinando un bosque de lanzas un gran número de jinetes, los añafiles, las dulzainas, las atalobiras y los atabolillos.

Al mismo tiempo se notó un gran movimiento entre aquellos jinetes que se extendieron en semicírculo.

Llegaron á ellos.

Cuando estuvieron en medio del semicírculo el xeguí que los había precedido, Muzay, su hija y Marsilla, el semicírculo se cerró determinando un círculo.

Todas las cabezas, todas las lanzas se inclinaron.

No se oyó más que una aclamación informe.

—Salud al noble, al esclarecido, al grande emir de los creyentes de Valencia, Sydi Muzay-al-Mansur.

Aquel espectáculo, que se dejaba ver á la pálida luz de la luna, en medio de aquel bosque sombrío entre aquellas vetustas ruinas romanas, era de todo punto magnífico é imponente.

—¡Dios solo es grande! exclamó con voz robusta Muzay: suyos únicamente son el poder y la fuerza: él sólo es el espíritu de la justicia, él encumbra á los buenos y derroca á los perversos. Alabemos el santo nombre de Allah.

Se oyó un múltiple y extraño murmullo, como si aquellos cuatro ó cinco mil jinetes hubiesen orado todos á la vez.

Marsilla se sentía impresionado.

Apenas había entrado en el reino de Valencia, y ya tenía los amores de una princesa y había ayudado á su padre, que sin él no hubiera podido ser proclamado, muerto por los traidores que le habían arremetido.

Todo esto era de buen agüero.

Marsilla estaba predestinado á las cosas grandes.

No podía dudarse de esto.

Por sus anteriores aventuras se había visto sólidamente relacionado con el noble rey de Aragón.

Apenas entrado en Valencia obtenía el derecho al agradecimiento de un príncipe á quien, á lo que parecía, una revolución, ó una revuelta del reino, como entonces se decía, acababa de poner en el trono.

La hija de aquel rey se había hecho su esposa del corazón de la manera más rápida y más extraña del mundo.

Marsilla había hecho su fortuna.

Él podía y debía aceptar todos los donativos que Muzay le hiciese.

Muzay le debía la vida por un extraño socorro.

En cuanto á Noemi, Marsilla esperaba que Dios le libertaría buenamente y sin que él faltase á su honor, del compromiso que con ella había contraído.

Muzay lanzó su caballo.

Las cerradas filas de los jinetes moros se abrieron para dejarle paso.

El xeguí que primeramente le había salido al encuentro, le precedía.

Iban en pos Noemi y Marsilla.

CAPITULO XXVI

En que se ve que las aventuras de Marsilla iban acreciendo en magnitud

A la vista de los recién llegados se extendía una gran planicie.

En el centro de ella había dos grandes tiendas de damasco, con franjas y bordados de oro.

De aquellas ostentísimas tiendas, que valían un tesoro, y que llevaban á campaña los emires de aquel tiempo.

Sobre la que estaba á la derecha, se veía un estandarte rojo, terminado en tres puntas.

Una multitud de esclavos negros con antorchas rodeaban ésta tienda.

Eran tantos, que sus antorchas producían una vivísima claridad.

Entró Muzay en la gran tienda que ostentaba el estandarte.

Noemi entró tras él.

Marsilla se detuvo por respeto á alguna distancia de la puerta de la tienda.

Noemi reparó en esto, se volvió y dijo á Marsilla:

—¿Por qué no pasas? ¿Acaso no eres tú de nuestra familia? ¿O es que no quieres serlo?

Marsilla echó pie á tierra.

Arrojó las riendas de su caballo á uno de los esclavos.

Entró en la tienda.

Era esta magnífica.

El oro y la seda se veían por todas partes.

En el fondo había una silla dorada con doseles.

Un trono.

Parecía una litera.

En efecto.

Delante de esta silla, y pendiente de una lanza clavada en tierra, había un gran escudo dorado.

En el centro de aquel escudo había un león rampante rodeado de estrellas.

Hay que advertir que este león tenía una forma rudimentaria, alejada del dibujo correcto, porque el Korán prohibe á los mulsumanes la reproducción de hombres, animales y plantas.

Como si fuese un sacrilegio y una blasfemia pretender imitar las obras de Dios.

Sydi Muzay se dirigió al trono y se sentó en él.

A sus pies, en un escabel, se sentó Noemi.

Aún tenía el semblante y las ropas humedecidas en sangre.

Esto le daba un aspecto extraño y terrible.

Marsilla, por una indicación de Noemi, se puso á la izquierda de ella y del trono, permaneciendo de pie.

A seguida entraron doce ancianos ricamente armados y vestidos.

Mostraban largas barbas blancas.

Parecían ser los principales xeguíes de Valencia.

Se prosternaron.

Muzay se inclinó hacia ellos en señal de afecto y amistad.

Ellos se alzaron.

Entonces uno de los ancianos desenrolló un largo pergamino, y pedida la venia á Muzay, le leyó.

Era, por decirlo así, un acta de la proclamación hecha por los xeguíes y principales próceres de Valencia en favor de Sydi Muzay-al-Mansur.

Después de esto, cuatro de aquellos mismo xeguíes levantaron el trono, que era como unas andas, y le pusieron sobre sus hombros.

Salieron con él de la tienda.

A los lados iban Noemi y Marsilla.

Al salir fuera Muzay, el alférez mayor de Valencia, que tenía el estandarte del reino, y que estaba á caballo, tremoló por tres veces el estandarte, gritando á cada una de ellas:

—¡El emir Abdel-Zaid ha muerto: viva el emir Sydi Muzay-al-Mansur!

A cada uno de estos gritos había sucedido una aclamación inmensa.

Los jinetes se arrojaban de sus caballos, y corrían á prosternarse á los pies de Muzay.

Terminada la proclamación, volvió Muzay á su trono.

Sobrevino la calma.

La planicie empezó á poblarse de blancas tintas.

Cada jinete llevaba su caballo á escape.

Al día siguiente se debía entrar en Valencia, donde debía hacerse en medio de grandes fiestas la proclamación solemne de Muzay-al-Mansur.

Dos damas moras, ricamente vestidas y ya de edad provecta, habían acudido al frente de doce doncellas esclavas, vestidas de blanco y con una gran riqueza.

Cuatro jóvenes esclavos negros seguían á aquéllas.

Eran parte de la servidumbre que se había destinado á la hija del emir.

A la princesa Noemi-la-Baida.

Ésta abrazó tiernamente á su padre.

Su padre la bendijo.

Al salir Noemi hizo seña á Marsilla de que la siguiese.

—¿Y por qué eso? la preguntó severamente Muzay.

—¿Acaso no le debéis la vida, padre? dijo Noemi con vehemencia. ¿Acaso no es tu hijo? ¿por qué ha de separarse el esposo de la esposa?

Esto era más de lo que había supuesto Marsilla.

Su aventura crecía de una manera maravillosa en proporciones.

Sus compromisos crecían.

Se abandonó, sin embargo, valientemente á aquella aventura.

Muzay se levantó, se acercó á Marsilla, le besó en la mejilla derecha y dijo:

—Sea, pues, que Dios así lo ha querido: esto te obliga

á mucho: por mi hijo te tomo: sé tú digno de un tal padre como yo.

—Señor, dijo Marsilla, yo haré todo aquello que esté en mi poder hacer.

—Dios te lo premiará, dijo severamente Muzay, si lo que hicieres fuese digno de un barón justo; de no, Dios me permitirá que castigue en tí aquello que mal hubieres hecho. Vé, hijo mío, vé.

Marsilla siguió á Noemi.

A poco estaban en la magnífica tienda que se había prevenido á ésta.

CAPITULO XXVII

En que Marsilla sabe por Noemi un gran secreto de familia de don Pedro de Segura

Apenas dentro de la tienda Noemi pasó á uno de sus compartimientos, dejando solo á Marsilla.

Éste sentía una especie de embriaguez.

Todo lo que le acontecía le parecía un sueño.

Podía creer que no estaba en cabal razón.

Se dejaba arrastrar por su suerte.

No medía las consecuencias.

No podía medirlas en el estado en que se encontraba.

Oía hablar alegremente en el compartimiento inmediato á Noemi.

Las que con ella estaban la contestaban con voz contenida y respetuosa.

Marsilla oía ruido de agua.

Como si Noemi se hubiera estado lavando.

Y no de una manera parcial, sino en un baño.

Hacía, sin embargo, demasiado frío para bañarse.

¿Pero qué tenía de extraño que aquella ablución se hiciese con agua templada?

Llegaba á Marsilla un delicioso perfume.

Un perfume delicadísimo.

Al fin apareció Noemi.

Estaba deslumbrante de brocados y de joyas.

Pero más que los brocados y las joyas resplandecía su hermosura.

Se acercó á Marsilla y le dijo:

—La pobre joven montaraz aparece al fin á tus ojos tal cual es; pero no por esto quiero que me estimes ahora más que como me has estimado antes.

—¡Ah, señora mía! exclamó Marsilla, tú eres el arcángel del amor.

—Y tú el más hermoso de los hermosos, y el más bravo de los bravos, amado mío, esposo mío, luz de mi alma, exclamó Noemi dejando ver á Marsilla una sonrisa gloriosa de felicidad.

Le asió de la mano y le llevó á otro compartimiento de la tienda.

Parecía que el demonio de la tentación combatía á Marsilla para apartarle de Isabel de Segura, para hacer imposible su unión con ella.

Aun en la misma torre de Segura, mujeres incomparables, nobles y poderosas, habían representado para él la tentación.

Su amor había sido sometido á terribles pruebas.

Sin embargo, nada había vencido en Marsilla de amor á Isabel.

Había aprovechado lo dulce de aquellas aventuras.

Había dominado lo peligroso que había encontrado en ellas.

Pero en el fondo de su alma había quedado siempre su fe al amor de Isabel.

Ninguna mujer le había parecido ni aún comparable en hermosura á Isabel.

Pero Noemi era más que todas las otras.

La rodeaba, además, un prestigio que á las otras no había rodeado.

La fascinación del momento que por ella sentía Marsilla, era mucho mayor que el que las otras le habían causado.

Noemi era blanca y rubia á la manera que Isabel.

Tenía, además, los ojos más semejantes en el color, en la forma, y sobre todo en la expresión, á los de Isabel.

Parecía que en las dos había un mismo é indudable aire de familia.

Había momentos en que, creciendo la fascinación en Marsilla, creía entre sus brazos á Isabel de Segura.

Había la diferencia de la edad.

Pero los veinticuatro años de Isabel de Segura eran tan resplandecientes de juventud como los quince de Noemi.

Había también mucho de misterioso en la premura con que Noemi había llegado á todos los extremos de su pasión por Marsilla.

No parecía sino que en Noemi había también un alma semejante á la de Isabel.

Hubo un momento en que Marsilla dió un grito, y exclamó con la voz trémula:

—¡Ah! ¡tú! ¡eres tú! ¡sí, tú eres!

En los ojos saturados de amor de Noemi había visto Marsilla el alma de Isabel.

—Sí, sí: yo soy tu alma, dijo Noemi: tú eres el alma mía.

Noemi no había comprendido bien á Marsilla.

Afortunadamente éste no había pronunciado el nombre de Isabel.

Marsilla se creía dominado por un nuevo encantamiento mucho más poderoso que los otros.

Se creía llegado al colmo de la felicidad de los amores.

Que nada más tenía ya que desear.

Allí había pasado, por lo menos, tres horas de nuestro tiempo.

Pero para él, lo mismo que para ella, no se contaba el tiempo.

Ya lo hemos dicho.

Un amor hechicero, mágico, incontrastable, había envuelto á Noemi y á Marsilla.

El delirio del amor había apurado ya todos sus encantos.

La reacción sobrevenía.

—¡Yo soy un misterio! dijo Noemi palpitante de amor á Marsilla. Muzay me llama su hija; pero yo no soy su hija.

—¡Cómo! exclamó Marsilla.

Y entonces le pareció encontrar un parecido mayor entre Isabel de Segura y Noemi.

—No, dijo Noemi; yo soy nieta de Muzay; hija de una hija suya.

—¿Y quién fué tu padre? preguntó Marsilla.

—Ese es el misterio: Muzay no me lo ha dicho jamás: mi madre murió al darme á luz.

—¿Estuvo alguna vez tu madre en Teruel?

—Sí. Esclava.

—¡Esclava!

—Sí; mi abuelo no me ha hablado de ello; pero me lo dijo mi nodriza: ella estuvo cautiva con mi madre.

—¿En dónde?

—En la torre de Segura.

Marsilla dió un grito.

Para él se había descorrido un velo.

Entonces vió más que nunca en Noemi á Isabel,

Indudablemente don Pedro de Segura era el padre de Noemi.

Se necesitaba, sin embargo, una comprobación.

—¿Y cómo pudo ser tu madre cautiva del ricohombre de Teruel, don Pedro de Segura? le preguntó con gran ansiedad Marsilla.

—Oye lo que me dijo mi nodriza, lo que ella misma te contará, porque mi nodriza vive en Valencia.

Durante el verano, mi abuelo llevaba á sus esposas y á sus hijas á la ribera del Guadalaviar, cerca de la frontera de Aragón.

Era un lugar delicioso.

Se estaba en paz con los cristianos.

Se había convenido una tregua, y la proximidad á la frontera no era un peligro.

Pero un día los moros montaraces, que no reconocían rey ni ley, rompieron por la frontera de Aragón.

Lo llevaron todo á sangre y fuego, é hicieron varios cautivos que se llevaron á sus montañas.

Los cristianos consideraron desde aquel momento y con razón, rota la tregua convenida.

Rompieron á su vez la frontera.

Dieron sobre la alquería que mi abuelo tenía sobre el Guadalaviar, y apenas si los que guardaban á las esposas y á las hijas de mi abuelo, pudieron escapar con ellas en el momento del estrago.

Pero los que habían salvado á mi madre iban rezagados.

Los alcazaron los cristianos.

Los alancearon.

Los pusieron en fuga.

Cautivaron á mi madre y á una esclava.

Aquella esclava fué después mi nodriza.

Acababa de dar á luz poco antes un niño.

Con su hijo la cautivaron.

Cuando se repartió la presa entre los cristianos, mi madre y la esclava Kaida, y su hijo, tocaron en suerte á don Pedro de Segura que las condujo á su torre.

Mi abuelo, el poderoso Sydi Muzay-al-Mansur, hermano del emir de Valencia, y caudillo de los ejércitos, en cuanto supo lo que había acontecido, envió unas letras al rey de Aragón, quejándose amargamente de que los adelantados cristianos de la frontera hubieran considerado rota la tregua porque algunos moros montaraces, que no conocían rey ni ley, se hubiesen entrado por las tierras

de Aragón, cuando esto estaba previsto ya en el tratado de la tregua, y se había convenido en que si los montaraces se entraban durante ella por las tierras de los cristianos, no se entendería que el emir de Valencia hubiera roto la tregua; pero sí que estaba obligado á castigar á los montaraces.

El rey de Aragón contestó que en verdad así se había creído, y que si sus adelantados, uno de los cuales lo era el prócer don Pedro de Segura, habían entrado por tierras de Valencia, había sido persiguiendo á los montaraces.

Que no había podido impedir que algunos capitanes y mucha soldadesca hubieran talado algunas tierras de la frontera y entrado é incendiado algunas casas y fortalezas, llevándose cautivos sus habitantes.

Que estos cautivos, en fin, se devolverían; pero que no se satisfaría por los daños hechos.

Fueron y vinieron contestaciones y embajadas, y en esto se pasaron bien seis meses, durante cuyo tiempo mi madre y su esclava y el hijo de ésta estuvieron en poder de don Pedro de Segura, y no en su torre, sino en una linda casa á la torre inmediata, á la cual iba todos los días don Pedro á visitar á mi madre, de la cual se había enamorado.

Casado era don Pedro, y por lo tanto para ahorrarse celos de su mujer, tenía en otra parte, y sin que su mujer lo supiera, á mi madre.

Fuese por voluntad ó por fuerza, mi madre era la amiga adorada de don Pedro de Segura.

Estaba en cinta de mí.

Apretado el rey por las reclamaciones de mi padre, que

podía decirse que era el verdadero emir de Valencia, mandó á sus barones le manifestase qué cautivos habían hecho en su entrada en el reino de Valencia.

Don Pedro contestó por su parte, y por su respuesta supo el rey de Aragón que mi madre estaba en su poder.

Inmediatamente el rey de Aragón envió mensajeros á don Pedro de Segura, con la orden de que les entregase, para que al rey las llevaran, las dos esclavas que le habían tocado en suerte cuando el reparto de la presa á consecuencia de su entrada en tierra de moros, y fuese ya que don Pedro de Segura estuviera cansado de los amores de mi madre, ya que se hubiese visto obligado á obedecer, entregó á mi madre, y con ella á Kaida y á su hijo á los mensajeros del rey de Aragón.

Este envió con una noble servidumbre, con un buen resguardo de lanzas, y con muchos y buenos presentes, á mi madre y á Kaida y á su hijo, á Valencia para que fueren entregadas á mi padre.

Mi madre, la desventurada, no pudo ocultar su maternidad.

Irritóse mi abuelo.

Fué un milagro que no la matara, porque decía que una doncella como ella debía haber muerto antes que ser mancillada.

Encerró en una oscura mazmorra á la desdichada y la cargó de hierros.

La pidió le dijese el nombre de quien la había deshonrado.

Pero fuese que la desdichada madre mía amase á don Pedro de Segura, ya fuese que no quisiese exponer á una

terrible venganza al padre de la infeliz criatura que tenía en sus entrañas, dijo siempre que no sabía quién la había deshonrado; pero que era un soldado zafio, un hombre feroz, y en los primeros momentos en que los cristianos habían entrado en la alquería: que aquel hombre había sido muerto inmediatamente, y junto á ella aún, por uno de los nuestros que á su vez había sucumbido; y que fuera de esto, don Pedro de Segura, á quien había tocado en suerte, la había tratado con todos los honores que se debían á su alcurnia, y á ser hija de quien era.

Antes de llegar á Valencia, y previendo lo que debía suceder, mi madre se había convenido con Kaida en lo que debía responderse á mi abuelo cuando éste quisiera saber quién era el autor de su deshonra.

Kaida, que no había sido presa, respondió lo mismo que mi madre.

A don Pedro de Segura se le había advertido lo mismo, con la sola condición de que en todo tiempo amparase á la criatura que naciese, si necesitaba de su amparo.

Para señal de reconocimiento se partió una sortija.

La una mitad quedó en poder de don Pedro de Segura.

La otra mitad la guardó Kaida.

Mírala aquí, pendiente de mi collar.

Y Noemi, interrumpiendo su relato, se inclinó hacia Marsilla, y le mostró media sortija de oro guarnecida de rubíes, y de forma árabe, que pendía sobre su seno, de una riquísima gargantilla de perlas.

Aquella era una prueba que podía mostrar siempre á don Pedro de Segura.

A más de esta prueba había la gran semejanza que

existía, el aire indudable de familia entre Noemi é Isabel de Segura.

Marsilla estaba aturdido.

Era más que casualidad su encuentro con Noemi.

Había mucho de providencial.

Se abrasaba de amor.

Le parecía que en Noemi tenía á Isabel.

Se explicaba cómo en tan poco tiempo Noemi podía haberle amado de una manera tan vehemente.

Era necesario convenir en que de la misma manera que se parecían en cuanto al cuerpo aquellas dos criaturas, se parecían en cuanto al alma.

Que tenían los mismos gustos, las mismas propensiones.

No sabía Marsilla si debía considerar sus amores con Noemi como un gran favor del cielo, ó como una gran desgracia.

Noemi le miraba de una manera enamorada.

Con un amor de fiera.

Con un amor dispuesto á todo.

Estaba transfigurada, hermosísima.

Su manera enérgica, un tanto salvaje, le hacía parecer más hermosa.

Marsilla recordaba que había momentos en que Isabel dejaba ver también aquella expresión fiera, terrible, casi salvaje.

Los momentos en que su amor se había exaltado por los celos.

No menos fiera se había mostrado cuando dijo á Marsilla, por vengarse, que amaba al príncipe Miletto de Castellobianco.

Tenía, pues, un terrible prestigio para Marsilla, Noemi.

Marsilla desfallecía por ella de amor.

Y sin embargo no olvidaba á Isabel.

Comprendía que á pesar de todo amaba infinitamente más á Isabel que á Noemi.

El amor de Isabel era su destino, su vida.

Todas las tentaciones, todas las pruebas eran inútiles.

Marsilla no resistía á la prueba; caía en la tentación.

Pero siempre quedaba ardiente, infinito, encerrado en su alma el amor de Isabel.

Noemi se engañaba.

Noemi veía tal apariencia de amor, de sentimiento, de felicidad, de delirio en Marsilla, que creía que había triunfado completamente de la hermosa Isabel en el corazón de Marsilla.

Noemi tomó algunos momentos de reposo.

Después continuó su relación de esta manera.

CAPITULO XXVIII

A cuyo fin se interrumpe una dulce conversación por un terrible accidente imprevisto

Creyendo mi abuelo que don Pedro de Segura era completamente inocente en la deshonra de su hija, porque no la conociese no le escribió para preguntárselo.

Indudablemente don Pedro de Segura hubiera guardado el secreto, no por cobardía sino por amor á mi madre.

Se ha sabido que don Pedro de Segura había enviado emisarios secretos á Valencia.

Pero nada pudo saber.

Nada, sino que mi madre estaba en el harém del infante Muzay-al-Mansur, entre sus hijos.

Nada pudo saber en algunos años.

Mi madre me había dado no á luz, sino á tinieblas, en su mazmorra.

Aún no se ha podido saber si mi madre murió al nacer yo, ó si después de nacer yo, mi abuelo, irritado, la mató.

Lo más probable es lo primero.

Mi abuelo llora recordando á mi madre.

En cuanto á mí, nada, acerca de la falta de mi madre, me ha dicho.

Lo sé todo por Kaida, á quien mi abuelo me entregó para que me criase.

Kaida no pudo hablar con nadie.

Fué sacada conmigo y con su hijo de Valencia, y llevada á una fortaleza de mi padre, donde la encerraron conmigo y con su hijo.

Pasaron ocho años.

Yo era muy precoz.

En aquella temprana edad tenía ya la apariencia de una mujer.

Ablandósele al fin el corazón á mi abuelo, y quiso verme.

Me vió, y cobró por mí un amor que le obligó á reconocerme como nieta suya.

Como tal me llevó á su harém.

Mi padre, por muerte de su primo, había sido proclamado emir de Valencia.

Yo era una princesa.

De todas sus hijas, de todas sus nietas, á la que más amaba mi abuelo era á mí.

Me sacó del harém.

Me tuvo en su alcázar con una espléndida servidumbre y á su lado.

Hizo que se me educase de una manera tan completa que ni aún perdonó los ejercicios varoniles.

Así es que cuando su rebelde primo Abdel-ben-Zaid, por una infame conspiración que puso en revuelta el reino, le despojó de su corona y le obligó á huir con un puñado de leales, yo sola, de toda su familia, pude acompañarle.

Abdel-ben-Zaid fué cruel.

Envenenó á toda nuestra familia.

Nadie se libertó.

Ni ancianos ni mujeres ni niños.

Este horrible crimen indignó hasta los enemigos de mi abuelo, y preparó el día de la venganza y de la justicia.

Ese día ha llegado.

Mi abuelo se ha defendido como un león bravo, yendo conmigo y con algunos de los suyos, de acá para allá, en sus reinos.

Había perdido toda su fortuna, y para vivir se veía obligado á hacer una vida de bandolero.

Nadie sabía que existía, más que algunos leales amigos que trabajaban por él secretamente por todo el reino.

Las montañas y las grandes selvas eran nuestro refugio.

Por eso me has encontrado en las ruinas de la Selva de la Muerte.

Por eso yo no te he revelado desde el momento quién yo era.

Pero el Dios altísimo y único ha tenido al fin compasión de nosotros.

Las crueldades y los vicios del miserable Abdel-ben-Zaid nos han ayudado.

Nuestros leales servidores han revelado contra él al

reino, y el populacho ha arrastrado su cuerpo y le ha entregado á los perros.

Mi abuelo es otra vez rey.

De toda mi familia nadie más que yo le quedo.

Tú eres mi esposo.

No tardando mucho tú serás el rey de Valencia.

Y Noemi miró con un inmenso delirio de amor á Marsilla.

—¿Pero tú me has dicho, dijo éste, ó yo he oído mal, que tú eres cristiana?...

—No, no has oído mal, dijo Noemi; cristiana soy, y con toda mi fe, con toda mi alma: no parecía sino que yo presentía que había de ser mi esposo un cristiano.

—¿Por qué dices entonces, como los musulmanes, el *Dios altísimo y único?*

—Por costumbre, contestó Noemi; pero yo creo en la Santísima Trinidad, en Jesucristo Redentor y en su Santa Madre la Virgen María.

Yo me llamo María.

Pero guarda esto en tu pecho.

Si lo supiera mi abuelo, á pesar del entrañable amor que me tiene, me mataría.

—¿Y quién te ha convertido?

—Kaida: Kaida era cristiana.

La cautivaron siendo aún niña, y la llevaron á Valencia.

Kaida guardó la fe de Dios trino y uno.

Se llamaba, la triste, María.

Ella también murió cuando el infame Abdel-ben-Zaid asesinó á toda nuestra familia.

Kaida se había casado con uno de los guardas del palacio de mi abuelo.

El casamiento se había hecho poco antes de la entrada de don Pedro de Segura y de otros próceres aragoneses en las tierras de Valencia.

Muy pocos días antes Kaida había dado á luz á su hijo.

Como te he dicho, mi abuelo, muerta mi madre, me había entregado á Kaida para que me criase, y con ella me había enviado á una fortaleza donde no se dejaba á Kaida hablar con nadie más que con su marido, que era un viejo kaid ó capitán de ciento, en que mi abuelo tenía una absoluta confianza.

Kaida guardó para mí el secreto de mi origen hasta que cumplí mis diez años.

Había ya dos que yo vivía en el palacio de mi abuelo.

Kaida me fué preparando á la revelación.

Después me contó la tristísima historia de mi madre.

—«Tú eres hija de un cristiano, me dijo; la leche con que te has criado es también de una cristiana: yo debo enseñarte la religión de tu padre: la mía: debes conocer al verdadero Dios, y tal vez te será esto un día muy provechoso.»

María profetizaba sin saberlo.

¡Cómo adivinaba que yo había de encontrarte un día y había de amarte, dueño mío!

¿No es verdad que me amas más, mucho más, desde que sabes que soy cristiana?

No sabemos lo que hubiera respondido Marsilla, porque

en aquel momento, y de improviso, resonó un grande estruendo de combate.

No parecía sino que se daba una recia batalla entre dos grandes ejércitos.

CAPITULO XXIX

En que Marsilla se pone sobre una aventura tal, y tan grande, como no había arrostrado ningún caballero

Saltaron al mismo tiempo del diván donde estaban sentados Noemi y Marsilla.

Salieron de la tienda.

Ya sabemos que Noemi era brava como una leona.

Se oía muy próximo un atronador son de combate.

Los jinetes de Sydi Muzay, como cogidos por sorpresa, corrieron hacia donde el combate resonaba.

Marsilla no tenía á mano su caballo.

El amor le había despojado de su armadura.

Sólo al levantarse de improviso, había podido coger su escudo y su hacha de armas y ponerse el casco.

Noemi se había apoderado de la espada de Marsilla, única arma de que éste no se había despojado al dejar su traje de cristiano.

Corrieron hacia la tienda de Muzay.

Muzay no estaba ya en ella.

Muy cerca se veían muchos jinetes que á primera vista parecían cristianos.

Entre ellos flotaba un estandarte muy conocido de Marsilla.

El de los Caballeros de la Cruz de fuego.

Aquellos valientes habían repasado la frontera para buscar á Marsilla.

Siguiendo á la ventura tierra adentro de moros con una temeridad maravillosa, habían dado en el campo de Sydi Muzay y habían acometido las primeras guardas, que se habían defendido bravamente.

Marsilla, al reconocer á los suyos, pidió su bocina á uno de los guardas moros que encontró junto á sí, y llegando á la misma palestra, hizo resonar en su bocina estas palabras:

—Teneos los unos y los otros: este combate es inútil.

Nada se hubiera conseguido si Marsilla no se hubiera encontrado junto al mismo Sydi Muzay.

Informado éste brevemente, hizo que sus añafiles tocasen á recoger.

Al mismo tiempo Marsilla gritó con su bocina:

—¡Caballeros de la Cruz de fuego!... ¡teneos!... ¡don Juan Diego Marsilla á quien buscáis, es el que os habla!...

Cesó el combate.

Marsilla, acompañado de Noemi, que temía perderle si le perdía de vista, adelantó hacia los caballeros.

Uno de ellos avanzó á su encuentro y le reconoció.

Era el valiente Gomecillos.

—¡Gracias á Dios que os encontramos, señor don Juan Diego! ¿pero no sois cautivo?

—Nada menos que eso, respondió Marsilla: Dios me ha favorecido, y en vez de encontrar enemigos entre los moros, he encontrado amigos.

—Ya veo que os acompaña una divinidad, que no parece menos que una sultana, dijo Gomecillos, y que parece valiente, puesto que empuña espada y en este lugar se halla.

—¿Son estos los tuyos? dijo Noemi que no entendía á Gomecillos, porque hablaba en aragonés puro.

—Sí; los míos son, que vienen en mi busca.

—Pues entonces, bien venidos sean, que entre amigos vienen, aunque sean cristianos, dijo Noemi.

Se cambiaron algunas contestaciones entre Gomecillos y el emir Sydi Muzay, sirviendo de intérprete Marsilla.

Se reconoció el campo.

Sólo había algunos heridos y algunos contusos.

Las armaduras de los de ambas partes eran fuertes y se había cortado el combate muy en los principios.

Determinada la situación, Gomecillos dijo:

—Pues me alegro mucho, y conmigo todos mis compañeros: así podremos estar algunos días en Valencia, que es una hermosa ciudad. Yo he estado en ella cautivo un año, y me fué muy bien: como que sentí el que mi señor, el perínclito Gran Maestre de los Caballeros de la Cruz de fuego, me rescatase. Había yo hallado en Valencia unos amores muy sabrosos; pero el Gran Maestre no se avenía á pasarse sin mí.

A todo esto era ya mucho más de la media noche.

La luna empezaba á declinar.

Ninguno de los Caballeros de la Cruz de fuego había caído del caballo, ni aún vacilado en él.

A la vista de ellos, de sus armas y de sus caballos, el emir dijo:

—Con esta sola gente se puede conquistar un reino.

—¿Qué dice? preguntó Gomecillos á Marsilla.

Este le repitió lo que el emir había dicho.

—Pues decid á ese infiel, señor, dijo Gomecillos, que no con otro intento que con el de entrarnos en Valencia buscándoos, y pasarlo á sangre y fuego, por el reino de Valencia nos habíamos entrado.

Celebró mucho el emir la arrogancia del aragonés, y como todo había acabado en bien, mandó se aposentase convenientemente á los Caballeros.

Pero no habían acabado por aquella noche los sucesos.

Apenas había dicho sus últimas palabras el emir, cuando hé aquí que llega un jinete con el caballo sudoroso y casi reventado.

En Valencia había habido una nueva revuelta, y un hombre soez, pero feroz, muy estimado de la plebe, y perteneciente á ella, se había proclamado señor.

—Pues yo voy delante de vos, señor, con mis compañeros, dijo Marsilla, y juro á Dios que cuando vos lleguéis ya tendréis sometida vuestra ciudad.

—Yo acepto tu ayuda, hijo mío, le dijo Muzay, pero no irás tú solo: iremos todos.

—Yo he de ir delante, dijo Marsilla: déjame el honor de devolverte tu ciudad.

—Y solo no has de ir tú, dijo Noemi, que yo iré contigo.

—De cerca os seguiré, dijo Muzay, ya que os habéis obstinado en precederme.

—Por muy de cerca que nos sigáis, dijo Marsilla, que alentado como era todo lo encontraba fácil, ya habremos vencido nosotros.

Separóse de ellos el emir.

Marsilla se fué con Noemi al lugar del campo á donde se había aposentado, por decirlo así, á los Caballeros de la Cruz de fuego.

Aún no habían tenido éstos tiempo de desembardar los caballos.

Marsilla los congregó.

—Hombres sois, les dijo, para los cuales la fatiga no existe, ni el temor prevalece: á partir vamos en este momento. Valencia revuelta nos espera. Allí tenemos gloria, amor y fortuna. El que no quiera seguirnos, que se quede.

—¿Y qué diría el Gran Maestre, exclamó Gomecillos, si supiese que los mejores de sus caballeros, á este empeño de honra se habían negado? ¿Ni qué nos importa á nosotros servir á un príncipe infiel, si éste príncipe es amigo, y aún más que amigo, de un caballero tal como don Juan Diego Marsilla, amigo, ó más bien, hermano de nuestro Gran Maestre?

—Pues no se diga más, contestó Marsilla: mi esposa y yo vamos á prevenirnos. En la tienda de la princesa os espero.

Y Marsilla se fué con Noemi.

—¿Qué os parece de la buena suerte que tiene este

mancebo? dijo Gomecillos: aún no ha entrado en Valencia y ya se ha enamorado de él una sultana: ¡y cuenta si es hermosa esta señora!... ¡los dientes se ponen largos, y la boca se hace agua!... ¡y qué trae joyas sobre sí este prodigio!... ¡valen un tesoro!... ¡Sus!... compañeros: vamos á poner las bardas á los caballos, á tomar un bocado y un trago, y adelante, de aquí á Valencia, dos días; se aprietan un poco los puños, y después tiempo queda para descansar, y con comodidades de príncipe.

Gomecillos era un soldadote que se alegraba tanto más cuanto más caía que hacer.

Los Caballeros de la Cruz de fuego estuvieron apercibidos en muy breve término.

Cabalgaron, y se fueron á la tienda de Noemi.

Esta, armada como una amazona, y acompañada de su adorado Marsilla, no tardó en aparecer.

Dos esclavos tenían, fuera de la tienda, el uno un corcel blanco destinado á Noemi.

El otro el caballo de Marsilla.

Ambos cabalgaron.

Sonaron inmediatamente las trompas de los Caballeros de la Cruz de fuego tocando marcha.

Un gran número de los del emir estaban en torno, admirando la buena apostura, las buenas armas y los inmejorables caballos de los Caballeros.

Aquellos cien jinetes aparecían formidables.

Sobrevino el emir.

Le acompañaban los kaids, los xequíes, los principales cabos de la hueste que había venido á buscarle y á proclamarle emir de Valencia.

Muzay abrazó á su hija y á Marsilla.

Los bendijo.

Luego los acompañó hasta la salida de los reales.

Desde allí se separó de ellos para prevenir la hueste que debía seguir de cerca á los Caballeros de la Cruz de fuego.

CAPITULO XXX

De la tenebrosa aventura que aconteció á Marsilla

Noemi iba transportada de alegría.

Al fin su marido, el hombre en cuyo amor había soñado antes de conocerle, se encontraba en un empeño, vencido el cual, Muzay-al-Mansur debía elevarle á tanta altura, que no encontrase nadie que pudiese serle superior.

Noemi se encontraba en el período más álgido de la luna de miel, si es que pueden llamarse álgidos estos dulces momentos.

La luna descendía más y más.

La luz era mucho más débil.

Noemi y Marsilla iban muy adelante de los Caballeros de la Cruz de fuego.

El frío era intenso.

Sin embargo, ninguno de los dos amantes le sentía.

Llevaban cada uno de ellos un volcán dentro del alma.

Estaban dominados por lo candente de la situación.

Iban juntos al combate.

A la gloria.

Se trataba de asegurar la posesión de su reino.

La juventud y el amor son audaces.

Noemi y Marsilla se atrevían á todo.

Los cien hombres que les seguían les parecían un ejército invencible.

Se puso, al fin, de todo punto la luna.

Aún faltaban dos horas para el día.

Poco después de haberse hundido la luna tras el horizonte, la oscuridad se hizo lóbrega.

El frío se hizo de tal manera intenso, que á pesar de la situación física y moral en que se encontraban los dos amantes, no pudieron menos de sentirlo.

Los Caballeros de la Cruz de fuego, por su parte, que aunque fuertes no eran de piedra, empezaban á murmurar.

Se decía entre ellos que no hubiera sido mucho esperar el día para ponerse en marcha.

Las profundas tinieblas que habían sobrevenido hacían más insoportable la frialdad de la atmósfera.

Los caballos, afligidos también por el frío, avanzaban rehacios.

Y no se veía nada que indicara una habitación humana donde guarecerse.

De improviso sonó como una campana.

Era un toque semejante al que antiguamente producían los *Hermanos del pecado mortal*.

Se vió una luz que avanzaba rápidamente.

Que más bien cruzaba á mucha distancia en las montañas, de la izquierda á la derecha.

—¡Ah del de la luz! exclamó Marsilla valiéndose de su bocina.

La luz se detuvo.

Poco después se apagó.

—No tengas miedo alguno, dijo Noemi tomando la bocina de Marsilla: somos buenos creyentes.

La luz no volvió á aparecer.

Pero se oyó de nuevo el sonido de la campanilla, aunque mucho más lejana.

—¡Tras mí! gritó Marsilla á los suyos.

Y apretó su caballo en dirección al punto donde la campanilla sonaba.

Noemi le seguía.

En pos iban los Caballeros de la Cruz de fuego.

Pero con el ruido de la carrera de los caballos y el chocar de los arneses, el ruido de la campanilla no se percibía.

Quiso Marsilla detener su caballo para escuchar.

Pero por más que refrenó al animal, éste no se detuvo.

Continuaron corriendo.

Noemi seguía al lado de Marsilla.

En pos iban los Caballeros.

Marsilla se esforzaba por contener su caballo.

Pero no pareció sino que había mordido el freno.

Esto era muy extraño, porque la sombra acobarda á los animales.

Y la sombra era tan espesa, que apenas si se veían los bultos á algunos pasos de distancia.

De improviso el caballo de Marsilla cayó, como si le hubiera faltado tierra debajo de los pies.

Marsilla sintió la vaguedad del pavor.

Quiso gritar y no pudo.

Noemi había pasado sin reparar en la caída del caballo de Marsilla.

Los Caballeros habían pasado también.

Se habían alejado.

Se había perdido en la distancia y en el silencio el ruido de su carrera.

Había sobrevenido un profundo silencio, que sólo turbaba el zumbido del aire en las copas de los pinos.

CAPITULO XXXI

En que se pierden, de distinta manera, y uno después de otro, Noemi y Marsilla

Pero muy pronto Noemi se apercibió de que no corría junto á ella el caballo de Marsilla.

Se detuvo.

Llamó á Marsilla.

Pero Marsilla no la oía.

Estaba desmayado en el fondo de la cortadura donde, con su caballo, había caído.

Noemi llamó á los Caballeros de la Cruz de fuego.

Se acercó á Gomecillos.

Díjole Noemi que Marsilla no estaba á su lado, que no la respondía.

Le llamó con su formidable bocina Gomecillos.

Marsilla no contestó.

Aún continuaba desmayado.

Repitió su llamamiento.

Sucedió el mismo silencio.

—Busquémosle, dijo Noemi: avancemos en la dirección que llevábamos.

Y aguijó su caballo.

Gomecillos la siguió.

Detrás iban los Caballeros.

Corrían cuanto podían correr los caballos, dominados por la sombra.

Por un milagro no se estrellaban contra los pinos.

Estaban éstos muy claros, y se distinguían, aunque confusamente, sus troncos.

Una luz blanquecina empezó á determinarse en el horizonte.

Era el primer albor del día.

Continuaba la carrera.

Noemi alentaba apenas.

Sentía un dolor vago, pero horrible.

¿Se habría extraviado Marsilla?

¿La habría abandonado tal vez?

Noemi se acordaba de los amores de Marsilla y de Isabel de Segura.

Tal vez satisfecho en Noemi el deseo de Marsilla, éste había huído.

Un furor sordo empezaba á dejarse sentir en Noemi.

Unos celos horribles la devoraban.

Proyectos formidables de venganza germinaban en su pensamiento.

Y seguía corriendo.

Seguían tras ella los Caballeros de la Cruz de fuego.

El día empezaba á esclarecer.

No se veía otra cosa que el pinar solitario y sombrío.

Sólo el eco respondía á la bocina de Gomecillos.

Se continuaba la carrera.

Se avanzaba rápidamente.

Gomecillos observaba que Noemi, que sin duda no conocía la tierra, avanzaba hacia Aragón.

Y sin saber porqué, por una involuntaria intención, no la advertía.

Fué necesario detenerse por algún tiempo, cuando ya el sol estaba muy alzado en el horizonte.

Los caballos no podían más.

No había cerca ni lejos habitación alguna.

Noemi aparecía pálida, temblorosa.

Sus magníficos ojos garzos resplandecían con un fuego sombrío.

Miraba con recelo á Gomecillos.

Y en verdad que el semblante que Gomecillos tenía no era lo más tranquilizador del mundo.

Le excitaba de una manera poderosa la hermosura de Noemi.

Gomecillos conservaba su mala inclinación de bandido.

Sus propensiones á todo género de licencias.

No había visto jamás una mujer tan hermosa como Noemi.

Y Noemi estaba sola.

Para él era indudable que Marsilla se había escapado de aquella aventura.

Sabía Gomecillos el grandísimo empeño que tenía Marsilla por Isabel de Segura.

Parecía, pues, conducente, que después de haber encontrado á aquella hermosísima mora, de haber gozado de su amor, Marsilla había aprovechado una ocasión para apartarse de ella.

Así, á lo menos, lo pensaba Gomecillos.

Ya hemos visto que Noemi había dado en el mismo pensamiento.

Aún más que la hermosura de Noemi, incitaba á Gomecillos las alhajas que Noemi llevaba sobre sí.

Hubo un momento en que, sin poderlo evitar Gomecillos, y aun sin que él se apercibiese de ello, se pintó en su semblante una expresión tan siniestra, que Noemi no tuvo duda de que se encontraba en un gravísimo peligro.

Ya hemos visto en más de una ocasión, desde que la conocemos, que Noemi era brava.

Estaba dotada, además, de una terrible sangre fría, y de una gran presteza de acción.

Sentirse amenazada, saltar en su caballo y lanzarse á la carrera, fué todo obra de un momento.

—¡Ah!... ¡se nos escapa!... exclamó Gomecillos que había visto ya una presa en Noemi.

Y saltó en su caballo, y se puso en seguimiento de Noemi.

Pero el caballo de Noemi era árabe de pura raza.

A pesar de la fatiga, corría con una rapidez extraordinaria.

Gomecillos apretaba los acicates á su caballo, que era grande y fuerte.

Aunque los Caballeros de la Cruz de fuego iban detrás, Noemi y Gomecillos les ganaban mucha ventaja.

Al fin los perdieron de vista á los dos.

Noemi, que de tiempo en tiempo volvía la cabeza para ver si la seguían muy de cerca, se apercibió de que no la seguía nadie más que Gomecillos.

Este la gritaba que se detuviera.

—Sí, á detenerme voy, dijo Noemi, para detenerte á tí.

Y describió de improviso un círculo.

Refrenó su caballo.

Le plantó.

Armó una flecha en su arco y disparó.

Inmediatamente Gomecillos cayó de su caballo como herido por un rayo.

Era de suponer que no tardarían en aparecer los otros caballeros.

Noemi puso de nuevo su caballo á la carrera.

Le aguijó.

Corría con la espalda vuelta al sol.

Es decir: sin saberlo, avanzaba hacia Aragón.

Muy pronto, habiendo salido del pinar á una extensa llanura, se perdió á lo lejos, tras una accidentación del terreno.

Los Caballeros de la Cruz de fuego, que seguían corriendo, llegaron al fin al sitio donde había caído Gomecillos.

Su leal caballo estaba junto á él, inmóvil.

Gomecillos estaba muerto.

En su frente se veía clavada la flecha de Noemi.

Le había herido bajo la visera del casco.

El rostro del cadáver mostraba una expresión feroz.

—¡Venganza! exclamó uno de los Caballeros: es necesario alcanzarla: ella tal vez ha muerto también entre la oscuridad al bravo don Juan Diego de Marsilla.

Le hicieron observar algunos que no eran tan rudos, que si lo primero era cierto, lo segundo no tenía ni aun visos de verdad.

Noemi se había mostrado harto enamorada de Marsilla para que pudiera suponerse que le hubiese matado.

Tuvieron consejo los Caballeros.

El más antiguo de ellos se encargó del mando.

Se determinó que no se buscase á Noemi, porque no se podrían aventurar sin grandes riesgos en una tierra extraña y brava.

Se convino en que se había pensado en una temeridad, cuando se pensó en ir á sujetar ellos solos la revuelta de Valencia.

Que, en fin, lo más prudente era volverse á Aragón.

CAPITULO XXXII

De la extraña aventura que le salió al paso al emir, cuando buscaba á su nieta Noemi

Sólo por complacer á su nieta, había consentido Muzay-al-Mansur en que fuera con Marsilla y solo con los cien Caballeros de la Cruz de fuego, á reducir á la alborotada Valencia.

Dos horas después de haber partido Noemi y Marsilla, con los Caballeros, el emir puso en movimiento su ejército.

Iba muy de prisa.

Así es que dos horas después de haber salido el sol, llegó al mismo punto en que Marsilla había caído.

Seis exploradores que cabalgaban á vanguardia, habían descubierto un caballo embardado de guerra que pastaba.

Cuando este caballo avanzaba, su paso vacilaba de la mano derecha.

Siguieron los exploradores, y muy pronto se hallaron,

por una accidentación del terreno, en el mismo lado una cortadura.

Entonces descubrieron á Marsilla.

Estaba aún sin sentido.

Dos de los exploradores retrocedieron. y fueron á dar cuenta á Muzay-al-Mansur de lo que acontecía.

El emir aguijó su caballo, y llegó al lugar donde Marsilla estaba aún por tierra.

Los exploradores no se habían atrevido á socorrerle hasta la llegada del emir.

La medicina era muy común entre los árabes.

Su vida particular, su vida nómada, hacía necesaria en las cábilas la presencia, cuando no de un médico, de un curandero.

La curandería transmitida de padres á hijos por tradición, el conocimiento de las hierbas salutíferas y la superstición que hacía se empleasen los sortilegios como medicación, hacían que el cultivo de la medicina, ya extendida por los libros de los grandes maestros en las escuelas de Córdoba, fuese del dominio casi común.

Algunos de los que de Valencia habían venido en busca del emir para proclamarle, eran ó médicos, ó curanderos.

Se encargaron de Marsilla.

Le friccionaron con untos.

Le dieron á beber filtros.

Al fin volvió en sí Marsilla.

Su accidente había provenido de lo violento de su caída.

Fué necesario ponerle en unas andas.

Los médicos prohibieron que por el momento se le interrogase.

El emir no podía salir, por las manifestaciones de Marsilla, de la ansiedad en que le tenía el no saber lo que podía haber sido de su nieta.

Porque el emir, que había comprendido hasta qué punto y de una extraña manera Noemi se había enamorado de Marsilla, no podía comprender que le hubiese abandonado, si á ella no le había acontecido una degracia.

El emir, que pocas horas antes había estado á punto de sucumbir á una traición de los suyos, temió que una traición de los Caballeros de la Cruz de fuego hubiese determinado la caída de Marsilla y la pérdida ó la muerte de Noemi.

No sabía el emir qué partido tomar.

De todos modos, su nieta, ó mejor, su hija, pues tal podía llamársela, por el accidente de Marsilla había quedado sola entre feroces aventureros cristianos.

Lo debía temer todo.

Había una necesidad imprescindible de buscar á Noemi.

El emir eligió por punto de conversión general, para de allí al medio día, el mismo lugar en que se encontraban.

Una vez determinado esto, toda la gente que seguía al emir, que pasaba de cuatro mil hombres, se dividió en escuadras de cien jinetes, y partieron en todas direcciones, y desde aquel punto mismo, determinando radios inmensos.

El emir partió con uno de los grupos.

A poco que anduvo el emir, encontró entre el palmar. un morabito ó ermita.

Era la primera habitación que encontraban sobre su camino.

Al acercarse la tropa, salió del morabito un ser extraño.

Un hombre viejo, casi desnudo, velloso, de cabellos largos y grises, de larga barba crespa, y teniendo por único traje un cinto de cuero que le ceñía los riñones, y del cual pendía una especie de taparrabos.

Este hombre se dió á correr.

A su carrera sonaba una campanilla.

Algunos jinetes, por orden del emir, aguijaron sus caballos sobre el que huía.

Éste, al sentirse alcanzado, se volvió de una manera terrible.

No de otro modo se hubiera vuelto una fiera.

Los jinetes se detuvieron.

Se sintieron poseídos de respeto.

La locura aparecía visiblemente, de una manera indudable, en el semblante, en la expresión de la mirada, en el ser entero de aquel respetable viejo.

Tenía pendiente del cuello una gran campana.

Tenía en las manos un bastón nudoso.

Una especie de largo garrote.

Amenazaba con él, asido á dos manos, á los jinetes que al volverse él habían quedado inmóviles.

Relampagueaban sus ojos.

Fluía de ellos un fuego sombrío.

En su boca aparecía una espuma amarillenta.

Castañeteaban sus dientes.

Un temblor nervioso, el temblor de la cólera, le conmovía de los pies á la cabeza.

La locura entre los musulmanes, no sólo es respetable, es más que eso.

Es un signo de santidad.

Creen que una criatura no puede enloquecer sin que baje á ella el fuego del Señor.

Que el fuego de Dios no puede venir más que sobre un justo, sobre un santo.

Por lo mismo, el loco, el hombre de Dios, es inviolable.

No sólo se le debe respetar.

Es necesario venerarle.

Adorarle casi.

Los jinetes, que no eran menos de diez, se echaron de sus caballos á tierra y se prosternaron ante el santón.

—¡Ah!... ¡perros ruínes, que vosotros sois!.... exclamó aquel repugnante viejo, cuya cólera representaba la fuerza de una tempestad; ¿así vosotros, impíos, os atrevéis con un elegido de Dios y le perseguís?

—Perdónanos, santo creyente, exclamó uno de los diez; nosotros no hemos podido reconocerte antes; cuando te hemos reconocido nos hemos prosternado ante tí.

El loco no contestó.

Rugió sordamente.

Se lanzó sobre los que estaban ante él de rodillas y doblegados, y empezó á descargar sobre ellos, yendo de este al otro, con un furor creciente, una lluvia de garrotazos.

Llegó en esto el emir.

—¿Qué es aquello? dijo á uno de los que le acompañaban.

—¡Ah! respondió el preguntado, el Sydi-Almudafar, el

gran santón del desierto de las palmeras, que golpea á aquellos: sin duda le han ofendido.

Sydi-Muzay mandó á los faquíes que habían ido con aquella gente, que adelantasen y aplacasen á aquel varón venerable que no se cansaba de golpear á aquellos que sufrían resignadamente, y casi con placer, aquellos golpes.

—Ten á complacencia, invencible y poderoso señor, dijo uno de los faquíes, en dispensarnos de que, por el momento, cumplamos tus órdenes: el santón Almudafar está ahora en uno de sus éxtasis de sagrado furor; nada adelantaríamos sino ser golpeados como aquellos.

—Con lo cual ganaríais el paraíso, dijo Muzay, puesto que es reconocido que el que sucumbe á los golpes de un varón elegido de Dios se salva.

Los faquíes miraron con ansiedad al emir.

No tenían duda de que en cuanto se distrajese al santón, éste había de emprenderla con ellos, y de una manera formidable.

Ellos tenían sus motivos para desconfiar de que un musulmán, muerto á golpes por un santón, se salvase, obteniendo la eterna bienaventuranza.

Pero no había medio.

La obediencia al emir era imprescindible.

De improviso el santón cayó y no volvió á levantarse.

Los mismos que habían recibido los terribles garrotazos corrían á él para socorrerle.

El santón, espirante, procuraba arrancarse una fuerte flecha que se le había clavado en el costado izquierdo, y cuya punta asomaba por el costado opuesto.

¿Quién había disparado aquella flecha?

Los aporreados no podían haber sido.

En primer lugar, habían tenido á grande honra y á gran felicidad, el haber sido golpeados por el santón.

En segundo lugar, no tenían arma alguna arrojadiza.

Ninguno de los cien hombres que componían el escuadrón con que el emir registraba el terreno, tenían ni armas ni ballestas.

Como aquella flecha no había venido del cielo, cerca debía de andar el que la había disparado.

Sabía Sydi Muzay que su hija usaba de un magnífico arco, y que tenía en él una gran seguridad.

Podía suceder muy bien que Noemi hubiese sido la que había disparado aquella flecha que había muerto tan impía, tan sacrílegamente al santón venerable del Desierto de las Palmas.

Porque cuando Muzay llegó, aquella vieja, repugnante y fiera criatura, era ya un cadáver.

El morabito ó ermita, con su puerta franca, se veía á alguna distancia.

Muzay mandó que el santón, conducido en hombros de los faquíes que le acompañaban, fuese llevado al morabito.

Los faquíes accedieron gustosos.

Aquel repugnante cadáver no les podía ya golpear.

Apenas habían entrado en el morabito con el difunto, cuando saliendo de entre un grupo de palmeras, vino á postrarse delante del emir, una mujer cubierta de andrajos.

Su juventud era grande.

Su hermosura extraordinaria.

Su opulenta cabellera negra, ondeada, ayudaba á los andrajos á velar en parte su desnudez.

Aquella mujer tenía en la mano izquierda, un fuerte y lustroso arco de acero.

Sujetas en la cuerda que la servía de ceñidor, tenía algunas flechas.

En la mano derecha mostraba desnudo un largo y curvo yatagán.

—O me admites en tu gracia y me amparas, oh noble señor, quien quier que tú seas, dijo la maravillosa joven, ó con este afilado yatagán que en la mano tengo, me degüello.

—Has muerto, á lo que parece, á un santón de Dios, exclamó Muzay, que, como buen musulmán, reconocía todas las supersticiones de su raza, y las reconocía como artículos de fe.

—¿Santón llamas á ese miserable, á esa fiera? exclamó la joven: tanto valdría que á mí me llamases hurí.

—Hurí eres por la hermosura, dijo Sydi Muzay; pero Dios no ha hecho que las huríes desciendan á la tierra, indigna de ellas por su impureza.

—El fuego de Dios, dijo con desprecio la joven, no había venido sobre el miserable Almudafar, pero sí el fuego de Satanás: ese impío engañaba con su hipocresía á todo el mundo. Ven, ven, y te convencerás por tus propios ojos, poderoso señor.

Y se volvió hacia el morabito.

Muzay echó pie á tierra y la siguió.

Todos los suyos echaron pie á tierra también y le siguieron.

Al entrar en el morabito vieron al repugnante cadáver con la flecha clavada aún en el costado, y arrojando por

la herida borbotones de sangre, extendido delante del adoratorio.

Los cuatro faquíes estaban prosternados delante de él y rezaban apesaradamente y con acento gutural y monótono, versículos del Korán.

—No recéis las preces de la salvación por ese miserable, exclamó la joven: vosotros no le conocéis: muy pronto vais á saber quién es.

Y se acercó al cadáver.

Cortó con su yatagán la cuerda de la que pendía, de su negra y árida garganta, la campana.

Aquella campanilla era de cobre, y estaba verde.

El largo mango de aquella campanilla era una fuerte llave.

La joven se fué á una compuerta que en un ángulo del morabito, á la derecha del adoratorio había.

Aquella compuerta estaba fuertemente asegurada por un gran candado.

La joven le abrió.

Alzó luego la compuerta.

Apareció una estrecha y pendiente escalera.

Entonces la joven tomó una especie de lámpara que ardía delante del adoratorio.

Se encaminó á la trampa, y dijo:

—Seguidme, noble señor, pero seguidme solo; vos sólo debéis ver lo que voy á mostraros.

Muzay, maravillado por aquella aventura, y á pesar de lo cuidadoso que estaba por la ignorancia de lo que podía haber sido de Noemi, siguió á la joven.

Una vez bajada la escalera, se encontraron en una mina muy estrecha y muy húmeda.

—¿Ésto es horrible, no es verdad? dijo la joven adelantando por la mina.

Acá y allá, en el suelo, aparecían restos de algunos cadáveres.

—Sí, es horroroso, y apenas se puede respirar, dijo el emir.

—Pues crecerá tu horror, dijo la joven, cuando veas que este infierno, no sólo es sepultura de muertos, sino también de vivos.

Y siguió hasta llegar á una puerta.

La abrió con la misma llave.

Entró.

El emir la siguió.

El ambiente allí era ya mefítico.

La humedad mojaba.

CAPITULO XXXIII

En que se ve lo que puede ocultarse bajo la apariencia de la santidad

Se habían oído, además, lamentos penetrantes y tristísimos.

Y provenientes, no de una sola persona, sino de muchas.

Se mezclaba á esto un áspero son de cadenas.

El hedor era insoportable.

La luz de la lámpara vacilaba, se amenguaba entre una niebla mefítica.

Reparó el emir que estaban en una mina más ancha.

A lo largo de esta mina, y á un lado y otro había puertas.

Abrió la primera de la derecha la joven.

Entonces se vió avanzar, arrastrándose sobre sus brazos, un anciano.

—¡Hasta cuándo durarán mis cruentos martirios! exclamó con la voz de tal manera dolorida, que representaba sufrimientos insoportables.

—Tú eres libre, exclamó la joven.

—¿Y para qué quiero la libertad, exclamó llorando aquel desgraciado, si muero?

Y su voz se apagó.

—¡A mí!... ¡á mí!... exclamó el emir volviéndose, y llegando al pie de la escalera.

Muchos de sus soldados empezaron á descender por ella.

—Quitad los hierros á ese hombre, dijo Sydi Muzay, y sacadle al aire libre. Socorredle.

Los soldados más próximos entraron en la mazmorra.

Valiéndose de sus armas, como pudieron, arrancaron los grilletes, las esposas, las argollas que agarrotaban á aquel infeliz que agonizaba entre sus muros.

Le sacaron.

Al respirar el aire libre exclamó:

—¡Oh, gracias, Dios mío, por este solo momento... pero ya es tarde!...

Y espiró.

La joven había abierto otra mazmorra.

—¡Ah!... ¡no... no!... se oyó exclamar á una aterrada voz de mujer: ¡mátame, y no me atormentes más!...

Era una mujer como de treinta años y muy hermosa.

No tenía hierros.

Pero yacía sobre un montón de paja infecta.

Estaba visiblemente enferma.

—Sal, hermana mía, sal, la dijo la joven: ha llegado

la hora: la justicia de Dios ha resplandecido: nuestra venganza está satisfecha.

Aquella desgraciada salió.

Los soldados la condujeron fuera del corredor subterráneo.

Estaba cubierta de andrajos.

Cuando sintió el sol sonrió como si hubiera sentido la felicidad.

Antes, al pasar por delante del cadáver del santón, lo miró con un gozo cruel.

—¡Ah! ¡ahí estás tú, demonio!... ¡ya no puedes atormentarme más!... ¡bendita sea la mano que te ha herido!... que Dios la salve de mal, como la ha salvado hasta ahora.

Cuando se vió fuera, dijo:

—Tengo hambre.

Le dieron pan y queso que comió con ansia.

—Tengo sed, dijo.

Le dieron una pequeña odre de las que llevaban los soldados.

Bebió también con ansia.

Luego se sentó sobre sus piernas, y dejó ver la delicia que le causaba el ardor vivificante del sol.

Dos hombres y otras dos mujeres, y á más cinco niños habían sido sacados por la joven de otras tantas mazmorras.

Todos aparecían enfermos, espantados, anhelantes.

No querían creer que estaban libres.

Después de haber salvado á estos miserables prisioneros la joven abrió otra puerta, y entraron en una estancia circular.

Al rededor de ella había hasta doce orcilas, como de tres cuartos de vara de altura y proporcionalmente anchas.

Aquellas orcilas estaban llenas de oro.

Sydi Muzay, al fijar en ellas la vista, se estremeció de emoción.

Aquel era un enorme tesoro.

Por lo menos cada orcila debía contener diez mil doblas.

Cada dobla valía, próximamente, diez escudos.

—Has visto ya dos de los pecados mortales de ese hombre, dijo la joven: la lujuria y la soberbia; ahora ves el pecado que más dominaba en su alma; la avaricia: todo ese oro es sangre y lágrimas. Un demonio no ha podido exterminar más de lo que ese maldito ha exterminado por ese oro. Castígame ahora si crees que yo he cometido un crimen matándole.

—Tú has sido la mano del Dios fuerte, invencible y justo. Pero díme por tu vida: ¿cómo te llamas tú?

Y Sydi Muzay fijaba una mirada candente, enamorada en la joven.

—Me llamo Wadyaláb, dijo ella, y soy hija de un molino del Guadiana, junto á la frontera de Aragón. Vinimos una noche de Valencia, atravesamos el desierto de las Palmas: nada temíamos: se decía que el desierto estaba protegido por la santidad del elegido de Dios, Sydi Almudafar.

De improviso, nuestros asnos, que venían tranquilamente por el camino, se inquietaron.

Se detuvieron.

Oímos entre el silencio una campanilla.

Vimos una luz entre la sombra.

—¡Ah! dijo mi padre: nada hay que temer: es el santo anacoreta.

Se decía que Sydi Almudafar pasaba las noches en vela, recorriendo con una gran celeridad de la una á la otra parte, el desierto, para arrojar de él á los malos espíritus con el sonido de su campanilla mágica, y con la luz bendita que llevaba en la mano, y que no apagaban jamás, por fuertes que fuesen el viento ni la lluvia.

Nada más había que temer.

Pero las récuas continuaban asombradas.

Fué necesario que mi padre y los arrieros las castigasen para que siguieran.

Entre tanto la campanilla se acercaba.

Se distinguía más y más cerca la luz.

Al fin llegó á nosotros Sydi Almudafar.

Pero este lugar es muy húmedo, señor, añadió Wadyaláh; no quiero tampoco mostrarte otro lugar siniestro en que sólo verías osamentas y cadáveres á medio corromper. Eso sería demasiado. Salgamos de este infierno á la luz del sol.

—¡Ah! exclamó Sydi Muzay: ¡eres una elegida de Dios!

Y siguió á Wadyaláh, que salió de aquella horrible caverna.

CAPITULO XXXIV

De cómo le salió un nuevo amor á Marsilla

Al entrar en el morabito Wadyaláh, reparó en la cama de campaña, por decirlo así, en que se había puesto á Marsilla.

Se acercó instintivamente.

Marsilla estaba aturdido.

Su mirada era vaga.

Pero esto mismo acrecentaba su belleza.

—¡Ah! exclamo Wadyaláh en un movimiento de sorpresa.

Se puso pálida, y volviéndose al emir, añadió:

—¿Quién es ese?

—Un cristiano que sin duda Dios por maldición ha enviado entre nosotros.

Muzay pensaba en su nieta.

Marsilla se había hecho para él odioso.

Porque en Marsilla veía la causa de que Noemi hubiera desaparecido.

Muzay se sentía inquieto de una manera terrible.

De la una parte no sabía lo que tenía que temer por su nieta.

De la otra le aquejaban aquellos sucesos de Valencia.

Aquel nuevo campeón que se había sentado en su trono.

Sentía, además, los celos que le causaba el manifiesto, el vivo interés que en el momento en que le había visto había aparecido en Wadyaláh por Marsilla.

Aquella hermosísima joven había hecho hervir la sangre ya apagada del anciano.

Había sentido la acometida de un nuevo amor, cuando creía que ya el amor podía no herirle.

Muzay se inquietaba.

Necesitaba buscar á su nieta.

Correr á Valencia.

Hizo cargar en las alforjas de los cien hombres que tenía consigo, el tesoro encontrado en el subterráneo.

Dió dinero para que pudiesen volverse á sus hogares los que habían sido libertados por la muerte del infame Almudafar.

Puso sobre su mismo caballo á Wadyaláh, mandó que se condujese á Marsilla, y mandó continuaran en su reconocimiento.

Pero aunque anduvo vagando todo el día, no logró hallar un sólo indicio que le pusiera sobre el camino que pudiera llevarle á encontrar á Noemi.

Marsilla, aunque había vuelto completamente en sí,

estaba aturdido, y parecía haber perdido completamente la memoria.

Muzay no había podido obtener por él noticia alguna respecto á Noemi.

Ni Marsilla podía habérsela dado.

Sólo hubiera podido decirle que, asombrado sin duda su caballo por aquella campanilla que se había oído de improviso entre el silencio, por aquella luz que había brillado en la oscuridad, se había desbocado, y había caído, produciéndole el golpe que de tal manera le había mal parado.

El emir supuso que Noemi había seguido en busca de Marsilla, acompañada de los cien Caballeros de la Cruz de fuego.

Que tal vez en aquellos momentos Noemi buscaba á Marsilla, como él buscaba á Noemi.

Por la tarde se fué desesperado al lugar de la cita común.

Allí fueron llegando los otros escuadrones que se habían extendido á la redonda en exploración.

Nada habían encontrado.

Ni la más leve señal.

Y esto que se habían alejado á una gran distancia.

En tanto se le había emponzoñado más y más de un amor voraz el alma á Muzay por Wadyaláh.

Sus celos habían crecido.

Wadyaláh se interesaba cada momento con más vehemencia por Marsilla.

Cada vez que se había hecho alto, Wadyaláh había ido á ver al joven.

A informarse por sí misma del estado de su salud.

Se levantaron las tiendas para pasar la noche.

Wadyaláh anunció que quería pasarla al lado del caballero cristiano para cuidar de él.

El odio de Muzay á Marsilla crecía.

Pero no se atrevió á negarse á la voluntad de Wadyaláh.

Entre lo que podía llamarse el equipaje del emir, iba también el de Noemi.

Había, además, algunos cofres con alhajas.

Muzay hizo traer un rico traje.

Lo entregó á Wadyaláh, que al fin soltó sus miserables andrajos.

Muzay la dió á seguida ricos collares, agujas, brazaletes, arracadas.

Cuando estuvo prendida, Wadyaláh le pareció un arcángel.

—¿Por qué me das tú todas estas galas? le preguntó Wadyaláh

—Porque eres la amada de Dios; si el amor de Dios no estuviera contigo, no serías tan hermosa.

Wadyaláh parecía satisfecha.

Hasta entonces, hija de un pobre molinero, sólo había sido rica de hermosura.

Nunca se había vestido una camisa de lino tan fina y tan perfumada.

Nunca un traje como las tres ricas túnicas que la embellecían.

Túnicas de Persia.

Nunca sus ojos se habían posado en tan bellas alhajas.

Wadyaláh estaba desvanecida.

Se encontraba dueña de un inmenso tesoro.

Le parecía demasiado noble Muzay para suponer que podía arrebatarla aquel oro que se había encontrado en la cueva del morabito.

Había comprendido que el emir la amaba.

Que á sus sesenta años, el fuego del amor se había reanimado en su corazón por ella.

El emir era un gran señor.

Ella podía sujetarle á su voluntad.

Disponer de su poder.

Para esto no tenía que hacer otra cosa que empeñarle más en su amor.

Desesperarle.

Ella sería la señora de Valencia.

A ella acudirían los más poderosos, como pretendieran acudir al corazón del emir.

Pero para esto debía casarse con él.

Wadyaláh sabía demasiado que la esposa de un musulmán no es más que una esclava algo más honrada, algo más atendida, con algunos privilegios más que una villana.

Wadyaláh se había propuesto vivir de una manera independiente.

En un gran palacio que ella compraría con sus tesoros, y donde viviría desde entonces bajo la protección del emir.

La desgracia había dado una experiencia extraordinaria á aquella hermosa joven.

Sabía que una mujer que sabe valerse de sus encantos

es la señora del hombre que la ama, si este hombre la ama verdaderamente.

El miserable Almudafar la había dado la prueba.

Para ninguna mujer, para nadie se había amansado aquella fiera humana, más que para Wadyaláh.

Ella había visto en los ojos del emir el mismo amor asombrado y ansioso que había visto en los ojos del infame santón.

Y ella á su vez se había sentido por la primera vez de su vida, turbada; por la primera vez se había sentido estremecida á la vista de un hombre.

Y esto fué cuando vió á Marsilla.

Absorbió en aquel primer momento el amor.

A medida que fueron pasando los instantes, las horas, aquel amor fué infiltrándose en ella más y más; saturándola, inflamándola con su vida misteriosa.

Sólo hacía algunas horas que conocía á Marsilla, y podía decirse ya que le amaba de una manera intensa, violentísima.

Conocía la situación en que se encontraban colocados ella y Marsilla.

El emir no se atrevió á negarse á que Wadyaláh pasase la noche al lado de Marsilla, cuidando de él.

Marsilla había sido puesto en una tienda de cuero, en un lecho bastante cómodo.

Le acompañaba, de orden del emir, uno de los médicos que iban en la escolta.

Para servirle se habían destinado dos esclavos.

Wadyaláh echó fuera al médico.

Alejó á los esclavos.

Se quedó con Marsilla.

Estaba deslumbrante de hermosura, de brocados, de joyas.

Parecía una sultana.

Marsilla fijaba en ella una mirada atónita.

CAPITULO XXXV

De cómo el haberse enamorado el emir, favorecía en gran manera á Marsilla

Marsilla continuaba aturdido.

La caída había sido formidable.

Había determinado en él un profundo desorden nervioso que había manifestado en una fiebre cerebral.

Los médicos habían acudido con poderosos revulsivos, y le habían salvado.

Pero continuaba aún el desorden en su cerebro.

Veía las cosas, pero no podía juzgar acerca de ellas.

Su sensibilidad estaba en alguna manera paralizada.

Veía á Wadyaláh inclinada sobre él, bellísima, engalanada, abarcándole en una mirada candente, palpitante, y le atraía aquel amor, pero no se daba razón de ello.

Gemía bajo la mirada de la hermosa molinera, como un niño enfermo en el regazo de su madre.

Sentía, ó por mejor decir (porque entonces no sentía verdaderamente, ó lo que es lo mismo, no comprendía el sentimiento), gozaba, ó más bien agonizaba bajo aquella mirada amante, pero que si tenía alguna lubricidad, era, permítasenos la frase, la lubricidad de un alma virgen.

Algo del fuego sacro de la vida espiritual, del espíritu omnipotente, fluía de los ojos de Wadyaláh, y confortaba á Marsilla.

Iba restableciéndose el equilibrio de sus facultades sensitivas.

Y esto rápidamente.

La reacción se efectuaba de una manera paulatina.

A cada momento los ojos de Marsilla adquirían más fijeza.

Dejaban ver una mayor lucidez.

Sonreía de tiempo en tiempo bajo la influencia del fluido de amor que manaba para él de los ojos enamorados de Wadyaláh.

Pasó, sin embargo, la noche, sin que Marsilla diese muestras de discernimiento.

En cuanto á Wadyaláh había acabado de enamorar su alma.

Había contraído el delirio de la voluntad, del deseo, del gusto, de la satisfacción completa del espíritu y de la materia por Marsilla.

Se había decidido á sacrificarlo todo por él.

Hay seres que tienen el privilegio, ó tal vez la desgracia, de interesar á todos los seres con los cuales se ponen en contacto, de una manera profunda, y uno de estos seres privilegiados ó desventurados lo era Marsilla.

Al apuntar el día, todos los añafiles del campo del emir tocaron la oración de la mañana

Se sintió un gran movimiento.

Uno de los kaides del emir vino á anunciar respetuosamente á Wadyaláh, que el esclarecido y omnipotente emir de los creyentes iba á partir para Valencia.

Wadyaláh, con no menos prosopopeya que la que había empleado para hablarla en nombre del emir el kaid, le dijo:

—Partamos en buen hora: yo permaneceré al lado de este enfermo: mis cuidados le son necesarios.

—Lo participaré así á mi señor, contestó el kaid inclinándose.

Y partió.

Wadyaláh se imponía.

Esto estaba en sus cálculos.

El kaid llevó la respuesta de Wadyaláh al emir.

—¿Y él, cómo está? preguntó el emir.

—Postrado, respondió el kaid: la fiebre le abrasa aún.

Sintió Muzay una especie de consuelo en medio de sus amarguras y de sus cuidados.

Gentes que se habían enviado, y que habían explorado toda la noche, no habían podido encontrar nada que diese el menor indicio del paradero de Noemi.

De Valencia habían llegado emisarios, anunciando que el nuevo usurpador ejercía en la ciudad un poder terrible, y que ayudado del populacho, del fondo del cual había salido, exterminaba ó ahuyentaba á los amigos y á los partidarios de Muzay.

El peligro arreciaba.

Muchos de los servidores leales del emir habían venido de Valencia á unirse á su hueste.

Aguijaba ir sobre la ciudad y atajar la revuelta.

Dominarla por la fuerza.

Y en medio de todo esto, aquejaba al emir un amor respetuoso, por decirlo así.

Wadyaláh.

Él mismo fué á la tienda de Marsilla.

—¿Qué hace que tú te desveles tanto por ese cristiano? dijo el emir: ¿acaso no sabes que él es el esposo de mi hija?

—¿Y por esto no puede tener hermanos? dijo Wadyaláh, aturdiendo al emir con una candente mirada de sus límpidos ojos negros.

—¡Hermana!...

—Sí, hermana: ¿y acaso tú, poderoso emir, no puedes tener más hijos que tu hija?

—¡Hija mía!... ¡hermana suya!...

—Y esto ha de ser, exclamó Wadyaláh, al menos en mi alma y por mi voluntad: yo, al verte, he visto en tí á mi padre; yo, al verle, he visto en él al hermano.

—Es que yo te amo como se ama á la esposa, á la madre de nuestros hijos, exclamó el emir, á quien el amor no permitía tenerse firme.

—Yo obedeceré tu voluntad, señor, por no afligirte, dijo Wadyaláh; madre seré de hijos tuyos, si Dios lo quiere, pero nunca seré más que tu hija.

—¿Y no serás nunca para ese hombre más que una hermana? dijo el emir.

—Eso no lo sé yo, contestó valientemente Wadyaláh;

él habla en mi alma, pero mi alma oye tierna, tranquila, esa voz misteriosa del corazón.

—Padre yo, dijo el emir: hermano él: de otro modo yo no sé lo que podría acontecer.

—Siempre será lo que está escrito, contestó Wadyaláh.

El emir salió, más enfermo, más enamorado y más celoso que había entrado.

Wadyaláh sonrió.

Había comprendido que dominaba al emir de una manera tan absoluta como había dominado al feroz Almudafar.

Poco después Muzay envió un palafrén ricamente enjaezado á Wadyaláh.

Marsilla, en su lecho, y sobre hombros, fué sacado de la tienda.

Se ordenó el campo.

Muzay, esperando y anhelando que su hija Noemi hubiera seguido con los cien Caballeros de la Cruz de fuego hacia Valencia, emprendió la marcha.

Y con el alma llena de aquel su nuevo é inesperado amor.

Wadyaláh veía con placer que sus proyectos iban por el mejor camino que podían ir.

CAPITULO XXXVI

De cómo don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín, creyó que veía visiones

Dejemos al emir Muzay-al-Mansur, siguiendo sus aventuras hacia Valencia, y devorando su amor senil, y sigamos á Noemi, á quien hemos perdido de vista.

Después de haberse libertado de Gomecillos, que en mal hora había sentido el apetito del amor de una mujer que Dios había puesto á más altura que sus merecimientos, siguió irritada á la ventura sin dar descanso á su caballo.

No temía por Marsilla.

Confiaba no sólo en la generosidad de su padre, y en que necesariamente, por el mucho amor que la tenía, había de amar al hombre á quien ella amaba.

La aquejaba, sobre todo. el deseo de conocer á su familia natural.

De ser reconocida por ella.

Llevaba consigo el medio anillo que debía ser la prueba de reconocimiento.

Llevaba sobre todo su grande semejanza con Isabel de Segura.

De esto la había asegurado Marsilla.

Noemi sentía por Isabel odio y amor.

Odio á su rival.

Amor á su hermana.

Ansiaba sobre todo verse reconocida por su padre.

Ser una dama aragonesa, aunque de sangre árabe por parte de su madre.

Así había muchas damas en Aragón.

Quería ser la esposa de Marsilla, ricohombre, y honrado, más que por su cuna por su valor.

Contaba con los tesoros de su abuelo.

Sabía demasiado que el amor de su abuelo, el emir Muzay, era para ella infinito.

Y seguía, seguía aguijando á su caballo.

Llegó al fin á la frontera.

Encontró un río.

Aquel río no podía ser otro que el Guadalaviar.

Siguió por su ribera.

Vió á lo lejos las torres de un fuerte castillo.

Siguió resuelta á ampararse del señor del castillo, usando del nombre de su padre don Pedro de Segura.

El dueño de aquel castillo debía ser su amigo.

Cuando se acercó más, vió las casas de una villa.

Sobre los pardos muros de aquellas casas, un campanario.

Noemi se acercaba, sin saberlo, á don Rodrigo de Azagra,

Porque aquella villa, aquel castillo, eran los de Albarracín.

Iba engalanada Noemi, como sabemos, con un rico traje árabe y cubierta de joyas.

Este atavío de Noemi contrastaba con los jaeces de su caballo, que iba encubertado de guerra.

Pendiente del arzón llevaba una hacha de armas, como si se hubiese tratado del corcel de un poderoso caballero probado en lides.

Noemi, además, llevaba su arco y su saetera.

Era una figura extraña, excepcional, y sobre todo bellísima.

Regía admirablemente su caballo.

El animal parecía como orgulloso de su carga.

Siguió Noemi por un sendero, á la derecha del río.

Luego se metió por otro sendero que atravesaba unas fértiles tierras de labor, entre un rico arbolado de frutales.

Siguió.

Era el medio día cuando llegó á los muros de la villa.

Entre dos torres pardas, enmohecidas por el tiempo, coronadas por puntiagudas almenas, en un muro así mismo almenado, se abría la única puerta de la villa situada al Levante.

Por esta razón aquella puerta se llamaba del Sol.

Era casi general en todas las villas de aquel tiempo, ya árabes, ya cristianas, esta denominación á la puerta que miraba al Oriente.

París también tiene su *Point de Jour* (punta del amanecer).

La villa era de muy escasa población.

Unas trescientas casas.

Eran las horas del trabajo.

Por consecuencia, no había nadie cerca de la puerta, ni por la parte de adentro ni por la de afuera.

Noemi embistió por el ancho portalón sin que nadie reparase en ella.

Se encontró en los principios de una calle ancha y larga.

Esta calle era pendiente.

Ascendía.

En su parte más alta se veía un muro gris, renegrido, entre dos torres abarquilladas, robustas, coronadas por dos alcuzones cubiertos de pizarra.

Detrás de estas torres se veía otra mucho más alta, infinitamente más robusta, con nidos de golondrina en sus ángulos, y en los centros de sus muros con almenas y matacanes.

Bellos ajimeces románico-góticos, parecían corresponder á hermosas cámaras.

Se comprendía que el señor de aquella soberbia fortaleza debía ser un soberbio ricohombre.

En efecto: era don Rodrigo de Azagra.

Por aquel tiempo estaba en Albarracín, retirado y disgustado.

Sus amores, menospreciados por Isabel de Segura, le traían á maltraer.

Se había aburrido del trato de las gentes y se había escapado á su castillo.

Allí se estaba sombrío y taciturno.

Algunos días montaba á caballo, y con algunos de sus escuderos se iba á Teruel.

De allí iba á la torre de Segura.

Veía á Isabel.

Se irritaba.

La desdeñosa seriedad de Isabel continuaba.

Decía claro á don Rodrigo que si alguna vez tenía por esposa á Isabel, no tendría en ella otra cosa que una víctima de la potestad paterna.

Isabel no disimulaba su disgusto á don Rodrigo.

Por el contrario, parecía que tenía empeño en manifestárselo.

Don Rodrigo se volvía á Albarracín mucho más disgustado que como había ido á Teruel.

Cada vez que don Rodrigo volvía de la torre de Segura, se encerraba en su cámara, y no se dejaba ver más que de uno ó dos de sus servidores más íntimos.

Don Rodrigo empezaba á contraer una melancolía feroz.

Empezaba á hacerse temible.

Sus pobres vasallos pagaban su humor negro.

Su desesperación.

Como era señor de horca y cuchillo, de pendón y de caldera, con jurisdicción mixta, y suprema y alta justicia civil y criminal, que si no hubiese tenido todo esto no hubiera sido ricohombre aragonés, primo del rey y señor de vasallos, los pobres vasallos estaban tratados de una manera durísima.

Por la más leve falta, porque no se hubiera quitado con buen aire la caperuza al pasar su señor, don Rodrigo los hacía llevar al rollo ó á la picota, que estaba en lo alto de la calle Mayor, delante de la portera del castillo, teniendo á su lado los sombríos pilares de la horca, y allí,

uno de los satélites del gran pretor del señorío, les daba de zurriagazos hasta hacerles saltar la sangre, y más de un desdichado había salido medio muerto, ó muerto del todo, de la ruda prueba.

Don Rodrigo, irritado por la desventura de sus amores, hubiera sido capaz de atormentar á la humanidad entera.

La aborrecía.

Isabel era su paraíso, y veía él que aquel paraíso estaba cerrado para él.

Aborrecía de muerte á Marsilla, con un odio superior á todo encarecimiento, y si no le había buscado para combatir con él á muerte y sin perdón, había sido porque estaba ligado con un empeño de honra, y obligado á esperar el plazo que á Marsilla se había concedido para hacer fortuna.

Pero lo que más le contenía era el temor de que el aborrecimiento que Isabel de Segura le tenía, creciese y llegase hasta el delirio, si mataba á Marsilla.

Los celos y la rabia de don Rodrigo eran incalculables, infinitos.

Sus pensamientos, sombríos, terribles, y aun villanos.

Como que, en fin, y aun que él no lo supiese, era hijo de mala madre y de padre infame.

Bastardo ignorado, que tenía el alma bastarda como su origen.

Encerrado estaba don Rodrigo en su cámara, en uno de sus más álgidos momentos de despecho, cuando entró su primer escudero Pero Núñez de Calatayud, y le dijo:

—Oiga vuesa merced, señor mío, si es que la sorpresa me deja hablar.

En efecto, Pero Núñez aparecía como atragantado.

—Que azoten al que sea, ó le cuelguen, dijo don Rodrigo, creyendo que se trataba de un desafuero de uno de sus *afortunados* vasallos.

—Guardaríame yo muy bien de azotar ni de colgar á la persona de que se trata: yo no sé lo que vuesamerced haría después conmigo, ni qué casta de suplicio inventaría para castigarme.

—¿Pues de quién se trata? preguntó distraído don Rodrigo.

—No menos que de la señora doña Isabel de Segura, ó del diablo en su lugar, contestó con la voz trémula Pero Núñez.

—¿Doña Isabel de Segura, dijiste? exclamó don Rodrigo alzándose de su grande y ostentoso sillón señorial de una manera violenta.

—Sí, sí, señor; de doña Isabel de Segura, contestó el escudero, ó del diablo que haya tomado su imagen, porque no he visto una cosa más parecida. Pero, ¿cómo pensar que la señora doña Isabel se ha venido sola á Albarracín, y con traje de mora, y armada, y con un fuerte caballo enjaezado de guerra y á la aragonesa?

—Tú estás loco, Pero Núñez, dijo don Rodrigo, que se había puesto pálido.

—Estaba yo, señor, en el mesón, bebiendo amigablemente con Ramiro el Blanco, mi compadre, cuando hé aquí que por el portalón embiste un caballo. Miro, y veo... no menos que á la señora doña Isabel de Segura; pero como ya os he dicho, con un riquísimo traje de dama mora, armada con un fuerte arco y una saetera al costado, que

echó pie á tierra, y en arábigo aljamiado pidió un aposento y mandó cuidasen de su caballo.

Me acerqué á ella asombrado, y ella me dijo, (ya sabéis que yo he estado cautivo entre moros y entiendo su algarabía):

—¿Qué queréis, buen hombre?... ¿quién sois?

Yo he respondido que era vuestro primer escudero.

—Pues me alegro, me dijo: id y decid á don Rodrigo que yo estoy aquí.

Y se subió á su aposento guiada por la mesonera, que estaba tan asombrada como yo.

—¿Y dices que esa señora se parece á doña Isabel de Segura?

—De tal manera, que á no ser porque parece algo más joven y por su ceceo á lo moro, yo la hubiera creído la misma doña Isabel.

—¿Estás seguro de que no te has embriagado, pícaro, y de que no has visto visiones?

—Máteme una maldición, señor, si mi compadre y yo hemos bebido más de medio azumbre, y con eso no hay ni para refrescar el tragadero.

—Tráeme la espada, el manto y el birrete, dijo don Rodrigo.

Pero Núñez sirvió á su amo aquellas prendas.

—Véte delante, y anúnciame, dijo don Rodrigo.

Pero Núñez partió.

Don Rodrigo salió detrás.

Ambos recorrieron en muy poco tiempo la corta distancia que separaba al castillo del mesón, que estaba en el comedio de la calle Mayor.

Pero Núñez llegó al aposento que ocupaba Noemi.

Llamó.

Le respondieron.

Anunció respetuosamente á su señor.

—Que llegue vuestro señor cuando quiera, dijo Noemi.

Pero Núñez se fué.

Encontró á su señor que entraba en el mesón, asombrando á los que en él estaban.

El altivo magnate nunca había entrado en aquella casa.

Necesario era un gran suceso para que entrase en ella rebajando, y aun mancillando su blasón.

—Esa señora está dispuesta, señor, dijo Pero Núñez, á recibir la visita de vuesamerced.

—Guía, le dijo don Rodrigo.

Pero Núñez tomó por las escaleras arriba.

Llegaron á un corredor, y por él á una vieja puerta.

—Aquí es, señor, dijo Pero Núñez.

—¡Ella aquí! exclamó don Rodrigo: no puede ser.

En aquel momento se abrió la puerta.

Apareció Noemi.

Don Rodrigo retrocedió espantado.

Creyó que tenía ante sí una visión.

CAPITULO XXXVII

En que don Rodrigo encontró más de una razón para aturdirse

—¿Qué os sucede, caballero? exclamó Noemi riendo; ¿creéis que habéis visto á Eblis (1)?

Don Rodrigo que como fronterizo se había tratado mucho con los moros y comprendía perfectamente la aljamía, respondió con la voz estremecida de emoción:

—Verdaderamente, señora, que esto es maravilloso.

—¿Y qué es maravilloso? dijo Noemi, entrándose en el aposento seguida de don Rodrigo.

—Creo tener ante mí, señora, dijo don Rodrigo, á una dama á quien estimo en tan gran manera, que ella ha de ser mi esposa ó he de morir.

—¿Sí? dijo Noemi sentándose en una de las ruines si-

(1) El diablo, entre los árabes.

llas que en el aposento había. ¿Y cómo se llama esa dama?

—Doña Isabel de Segura.

—¿Es hija del ricohombre de Teruel don Pedro de Segura?

—La misma.

—Pues entonces nada tiene de extraño que nos parezcamos, dijo Noemi.

—¿Seréis acaso...?

—Dadme vuestra palabra de caballero de que guardaréis el secreto.

—Por mi honor y por mi alma os lo juro.

—Pues bien, don Rodrigo de Azagra, dijo Noemi, es necesario que sin dilación escribáis á don Pedro de Segura y le enviéis esta media sortija.

Y Noemi desprendió de su riquísimo collar de perlas la media sortija que ya conocemos.

—Le diréis en la carta, que la persona que os ha entregado esta media sortija para que se la enviéis, es nieta del poderoso emir de Valencia, Sydi Muzay-al-Mansur.

—¿Cómo, señora?... ¿vos sois una de las sultanas de la familia de ese noble y valiente Sydi Muzay?

—Sí; ¿vos le conocéis?

—Mucho: pero le he conocido destronado y fugitivo de Valencia.

—Los valencianos vuelven á proclamarle, y á estas horas estará ya en la ciudad.

—¿Y cómo es, señora, que vos le habéis abandonado?

—Porque soy cristiana; porque he sabido al fin, la historia de esta media sortija; porque quiero mejor vivir en Teruel que en Valencia.

—Pues bien, señora, dijo don Rodrigo: guardad esa media sortija: vos misma la llevaréis: yo me honraré acompañándoos y resguardándoos.

—No esperaba menos de vos, don Rodrigo, dijo Noemi: sois digno de vuestro linaje, y yo estimo en lo que valen vuestros servicios.

Y Noemi infiltraba una mirada enloquecedora en los ojos de don Rodrigo, que se estremecía.

Le parecía Noemi más hermosa que Isabel de Segura.

—Este lugar no es decente para vos, dijo don Rodrigo, y yo me atrevo á ofreceros mi castillo, y si en él no queréis vivir, porque es la morada de un hombre mozo, en la villa tengo nobles parientes, en cuya casa podréis descansar hasta la partida.

—No necesito descansar, dijo Noemi; y si vos lo quisierais podríamos marchar ahora mismo á Teruel.

—Vuestra voluntad es una ley para mí, señora, dijo don Rodrigo que se aturdía más y más.

—Pues bien: id, señor mío, dijo Noemi; que mientras preparáis la partida, ya habré yo descansado bastante.

—Pues con vuestra licencia, os dejo, porque no se dilate el cumplimiento de vuestro deseo, dijo don Rodrigo.

—Id con Dios, y tened la seguridad de mi agradecimiento, dijo Noemi.

Don Rodrigo salió.

—¡Oh, sí!... ¡sí!... dijo Noemi: yo quiero que mi esposo no pueda amar á mi hermana. Yo me cruzaré entre ellos, aunque para ello tenga que hacer algo terrible...

¿y él?... ¿qué habrá sido de él?... ¡oh!... ¡tengo la seguridad de que le habrá encontrado mi padre!... ¡sobre todo, confío en Dios!... ¡Dios no querrá que yo muera de desesperación porque le haya sucedido una desgracia!...

CAPITULO XXXVIII

En que se ve que don Pedro de Segura se encuentra con una cosa que no esperaba

Tardó muy poco en volver completamente preparado para el viaje, don Rodrigo.

Antes había enviado una doncella hidalga de la villa para que sirviese á Noemi.

Esto había costado un sacrificio á don Rodrigo.

Había tenido necesidad de hacer concesiones al padre de la doncella.

Dos tías de ésta habían ido á servir á Noemi como dueñas.

Se les había dicho que se trataba de una princesa cristiana, aunque de sangre mora, que venía á buscar á su familia cristiana en tierras de Aragón.

Que, sin embargo, era una princesa.

Casi una reina.

Que, por lo tanto, debía tener una servidumbre noble.

Don Rodrigo se proveyó de dos literas.

La una más rica que la otra.

En la una debía ir Noemi, con la hermosa y noble doncella que la había procurado para que la sirviese, don Rodrigo.

En la otra, las dos dueñas, tías de la doncella.

Para servir de acompañamiento de honor y resguardo á Noemi, había puesto don Rodrigo en movimiento su casa.

Le seguían sus mayordomos, sus pajes, sus camareros, sus monteros, sus palafreneros, sus escuderos.

En todo, unas doscientas personas.

No faltaba ni el capellán ni el preboste.

El alcaide, con algunos escuderos, se había quedado guardando el castillo.

El aparato era magnífico.

Tanto el ricohombre como sus servidores lucían vestidos de gala.

El populacho de la villa se agolpaba á la puerta del mesón.

Subió don Rodrigo.

Noemi estaba ya dispuesta para marchar.

Entró en la silla, con doña Mencía, que así se llamaba su joven doncella.

Las dos dueñas, doña Inés y doña Petronila, entraron en la otra litera.

Uno de los escuderos de don Rodrigo tenía de la mano el caballo en que Noemi había llegado á Albarracín.

En seguida, con gran estruendo de trompetas y atabales, y entre los vítores de la multitud, se emprendió la marcha.

Era poco después del medio día.

Se caminó tanto, y tan bien, que en las primeras horas de la noche, y antes del toque de cubrefuego, se llegó á Teruel.

Tenía en Teruel una gran casa don Rodrigo de Azagra, en la misma plaza.

Casi un palacio.

En aquel palacio había siempre una servidumbre bastante.

Estaba siempre dispuesto para recibir cómodamente á don Rodrigo.

Allí, y en la mejor cámara, se aposentó á Noemi.

En el mismo punto don Rodrigo marchó á la torre de Segura.

Asombróse don Pedro de que don Rodrigo fuese á visitarle tan sin razón y á aquella hora.

Pero se asombró y se puso malo, y estuvo casi á punto de desvanecerse cuando don Rodrigo, llevándoselo aparte, le dijo:

—Es necesario que paséis esta noche fuera de vuestra casa.

—¿Y para qué, si os place, amigo don Rodrigo?

—Os llama y os espera en mi casa, una hermosísima y joven mora.

—¿En tales pasos me creéis á mí aún, y en tales oficios os empleáis vos? exclamó con asombro don Pedro.

—Ni á malos pasos os incito, ni malos oficios hago,

dijo don Rodrigo: la joven y hermosa dama que os espera, es nieta del emir de Valencia, Muzay-al-Manzur.

Cortósele el aliento á don Pedro, y permaneció sin hablar algunos instantes.

Al fin dijo:

—¿Y qué tiene que ver conmigo una nieta del emir de Valencia?

—Esa señora trae, para mostrárosla, media sortija.

Acometió una congoja á don Pedro.

—Esperad, dijo á don Rodrigo.

Y se metió en su cámara.

Abrió con la mano temblorosa un cofrecillo de hierro.

Buscó en él con afán.

Encontró en un ángulo un pequeño objeto envuelto en un pedazo de tela de seda.

Le examinó.

Era media sortija de oro.

Volvió á envolverla.

La guardó cuidadosamente en su limosnera.

Luego se fué á buscar á don Rodrigo.

—Vamos, le dijo.

Salieron.

Iban á pie.

La distancia era corta y llegaron en poco tiempo.

Don Pedro de Segura iba que no sabía lo que le pasaba.

Contento y estremecido de alegría por una parte.

Por otra rehacio y triste á más no poder.

Asustado, aunque no se asustaba fácilmente.

No sabía hasta dónde aquella falta de su pasado podía conducirle.

Don Rodrigo por el camino le había dicho que la hermosísima dama mora era un retrato de doña Isabel.

¿Así, pues, llevaba en la cara la señal de aquellos amores de hacía quince años, que don Pedro no había olvidado en manera alguna?

Por el contrario, conservaba un recuerdo candente de la madre de Noemi.

Con alguna frecuencia miraba aquella media sortija que llevaba consigo como un medio reconocimiento, y se le agitaba el corazón, pensando en la criatura que había dado á luz su antigua amante.

¿Viviría?

¿Habría muerto?

El sentimiento de la paternidad hablaba menos poderosamente en el corazón y en la conciencia de don Pedro.

Así es que, al llegar á la puerta del aposento donde Noemi le esperaba, don Pedro estaba más muerto que vivo, y temblaba de los pies á la cabeza.

CAPITULO XXXIX

De cómo se alegró mucho don Pedro de Segura de la aparición de su hija Noemi

Le salió al encuentro Noemi.

A don Pedro se le nublaron los ojos.

Noemi era admirable.

Mucho más hermosa que su madre.

Estaba, además, vestida con gran riqueza.

Con una riqueza verdaderamente oriental.

Su traje favorecía su hermosura

La hacía mucho más sensual.

Don Pedro se detuvo de una manera natural, por efecto de la situación; se llevó la mano al pecho como si los latidos de su corazón hubieran sido irresistibles.

En efecto, el buen don Pedro agonizaba.

Tenía delante una beldad irresistible.

Era, en efecto, su hija.

No podía dudarlo.

Lo decía su semblante.

Pero no tenía, respecto á ella, la costumbre de la paternidad.

Por lo mismo, Noemi causaba en él un efecto candente.

Sus grandes ojos negros, de mirada profunda, lúcida, poderosa, se fijaban en don Pedro, le abarcaban, le devoraban.

El desventurado se estremecía.

Estaban solos.

Noemi adelantaba lentamente hacia él.

En paso indolente.

Con la majestad de una reina.

Le miraba, ya lo hemos dicho, de una manera intensa.

Y sin duda no le pareció mal su padre, porque sonrió de una manera halagadora.

Le dejó ver un amor íntimo, por decirlo así, profundo.

Noemi le amaba desde hacía ya mucho tiempo.

Sabía que era su hija.

Había pensado mucho en él.

Al verle se le había hecho simpático.

—Sí, vos sois, dijo cuando estuvo cerca del ricohombre; yo os reconozco; os parecéis mucho á mí.

Don Pedro tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

Luego, como le flaquearan las rodillas, dió algunos pasos vacilantes.

Llegó á un sillón.

Se dejó caer en él.

Noemi se acercó.

Apoyó una de sus hermosas manos en el respaldo del

sillón, y dijo inclinándose hacia don Pedro y con una voz dulce, candorosa, enamorada:

—Repórtate, señor, que tu hija no viene á causarte ningún daño.

Don Pedro de Segura entendía perfectamente, y aun hablaba la algarabía, ó lo que es lo mismo, el arábigo aljamiado.

Es decir, como ya lo hemos dicho, un lenguaje con mezcla de árabe y castellano.

Fronterizo.

Internacional.

—¡Vén, vén, hija mía!... la dijo.

Y se volvió á ella y la asió.

Luego la sentó sobre sus rodillas.

Después la asió la cabeza con ambas manos y la besó suspirando.

—¡Oh! ¡qué hermosa eres!... murmuró entre aquel beso.

Noemi hizo sentir un beso mucho más fuerte en la boca de su padre.

Don Pedro de Segura gimió.

Pero debemos decirlo.

Aquel beso purificó su alma de la primera mala é impura impresión que le había causado, al verla de improviso, la mórbida y fresca hermosura de Noemi.

Era, en fin, el padre.

Pero un padre feliz.

El amor paterno tiene también su voluptuosidad, y una voluptuosidad poderosa.

—Mirad, señor, le dijo Noemi sin levantarse de sus rodillas: mirad esa media sortija.

—Repórtate, señor, que tu hija no viene á causarte ningún daño

Y se la desprendió de la gargantilla.

—Eso es inutil: mi corazón ha hablado, dijo don Pedro: tú eres mi hija.

—Sí; tu hija soy, dijo Noemi con la voz conmovida.

—Sí, la hija de mi corazón, dijo don Pedro: la hija de mi amor.

Y asió de nuevo la cabeza de Noemi.

Y entre el padre y la hija se cambió otro beso cariñoso. Noemi volvió á prender aquella inútil media sortija en su collar.

Don Pedro se había olvidado de todas las contrariedades que debía producirle la aparición de su hija.

No tenía corazón más que para su felicidad.

Estaba completamente satisfecho.

Noemi conservaba la expresión de la pureza virginal.

Tenía las formas puras y la mirada de arcángel.

Era otra Isabel.

Don Pedro desfallecía.

Además de ser un hombre de corazón, era un hombre de honor.

Lástima que en su alma hubiera aquel fondo de extraña avaricia.

Porque era innata la avaricia en don Pedro.

No era miserable.

Gastaba espléndidamente sus riquezas.

Mantenía como pocos su estado de ricohombre aragonés.

Era un gran señor.

Pero daba grande importancia al dinero.

Un pobre, por más que fuese tan noble como el rey,

Iñigo Arista, el Pelayo, por decirlo así, de los aragoneses, le parecía el hombre más villano del mundo.

Y tenía razón si se atiende al fallo del mundo, en todas las cosas y en todas las situaciones.

Un hombre sin dinero es un cuerpo sin alma.

Un cadáver.

El dinero es la vida social.

La consideración del mundo.

La primera cualidad que necesita tener un hombre para ser respetado.

Salva una pequeña parte de la humanidad que estima á los hombres por sus cualidades propias é intelectuales.

Salvo Dios, que sólo mira á las almas.

Para el cual el dinero no existe.

Que no vende justicia.

Que ha dicho:

«Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Y en efecto; si un pobre sufre con resignación y sin pervertir su alma todos los inconvenientes, todas las injurias, todas las desgracias, todas las molestias que produce la pobreza, es un santo.

Tiene hechas sobradamente sus pruebas para entrar en la mansión de los justos, y tener parte en lo que se llama comunión de los santos.

Cuando pasaron los primeros momentos de sorpresa y de expansión, don Pedro dijo, teniendo á su hija siempre sobre las rodillas:

—¿Cómo es que no has venido hasta ahora?... ¿Cómo es que ni aun noticias me has dado de tí?

—No me preguntes nada, padre, dijo Noemi, mirándole de una manera inexplicable, con un amor divino: la verdad es que he venido, que estoy junto á tí, que tú conoces que yo te amo, y que yo veo el amor que me tienes en tus ojos.

—¿Has huído de alguna desgracia?

—No; pero eso es preguntarme, y no quiero que me preguntes.

—Dime, pues, entonces lo que deseas.

—No lo sé; lo que deseaba era verte, conocerte, decirte: «yo soy tu hija,» y ya lo he conseguido.

—¡Sí, sí, tu padre soy, tu padre!... dijo conmovido don Pedro; tu padre que ha pasado muchas noches desvelado, desesperado, pensando en tí.

—Yo también he pensado mucho en tí, padre mío; pero no sufría: yo sabía que entre los cristianos eres un gran señor; que te se temía y que te se respetaba; que eras rico y valiente, y que el rey no valía más que tú: esto me alegraba: como que yo soy muy altiva, muy soberbia si quieres, hija de sultana, sultana también, nieta del poderoso y esclarecido y favorecido de Dios, Sydi Muzay-al-Mansur.

—¿Y qué es de tu abuelo?

—En estos momentos sin duda recobra la corona de Valencia.

—Valencia será nuestra un día, esclamó con una altiva fiereza don Pedro.

—Valencia está poblada por leones.

—La ganó el Cid.

—Y la perdió.

—El Cid, no.

—Los que siguieron.

—Nosotros la ganaremos: nuèstro rey don Pedro II, *el Católico*, es un leon bravo.

—Quiero conocer á vuestro rey, dijo Noemi.

—¿Y para qué? exclamó con una ávida ansiedad don Pedro.

—Mi abuelo me ha hablado mucho de él: mi abuelo le pondera: decía:—«Si yo recobro la corona de Valencia, no tendré guerra con mi hermano el rey de Aragón, como él no me provoque á ella: es un gran caballero.»—Padre, yo estoy enamorada de tu rey sin conocerle.

Noemi había concebido un extraño proyecto.

Don Pedro se avispó.

Atendida la hermosura de Noemi, le parecía que el rey don Pedro, entusiasta por las grandes bellezas, y atendida la alta alcurnia, siquiera fuese árabe, de Noemi, nada tendría de extraño que sobreviniese un consorcio entre ella y don Pedro *el Católico,* que era, ante todo, aguijado á hacer lo que más convenía á su buen placer; cierto era que había de por medio doña María de Montpeller, pero el pleito que se seguía ante la Santa Sede, podía resolverse favorablemente halagando á Roma: todo consistía en que don Pedro necesitase satisfacer una pasión.

—Hay dos grandes dificultades, hija mía, dijo don Pedro.

—Las sé: he pensado mucho en ello, dijo Noemi; en primer lugar, don Pedro es casado; pero está separado de su mujer y pide la anulación del matrimonio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi abuelo, que me hablaba con mucha frecuencia

del rey de Aragón, sin saber que con sus predicciones me enamoraba de él. Pues bien, padre mío: mi abuelo se alegraría mucho de que yo me casase con el rey de Aragón: tú te alegrarías también: nosotros tenemos inmensos tesoros: arrojaremos una gran parte de ellos sobre las arcas del Papa y se anulará el matrimonio del rey. Esta dificultad es muy fácil de vencer: la otra sería el que yo me negase á consentir en el matrimonio; pero esa dificultad no existe. Yo soy cristiana: me llamo María.

Dió don Pedro un grito de inmensa alegría.

Volvió á abrazar á su hija y á colmarla de caricias.

—Yo te aseguro que has de ser la reina de Aragón, dijo dejándose llevar por su avaricia y por su orgullo; si tu hermana Isabel hubiera querido serlo...

Exageraba un tanto don Pedro.

Verdad era que el rey se había mostrado enamorado de Isabel de Segura cuando la había visto.

Pero había respetado á su padre.

No le convenía tener contra sí á un vasallo tan poderoso.

Por otra parte, Isabel, enamorada de Marsilla, le había mirado con desdén.

Había rechazado sus galanterías.

Esto había sido en algunas breves temporadas que Isabel había estado con su familia en la corte.

El rey se había irritado del altivo desdén de la joven ricahembra.

Había dejado de verla, y la había olvidado.

Pero cuando veía á don Pedro le preguntaba con sumo interés por su hija.

Los reyes de entonces no eran como los de ahora.

Un rey de ahora, que ya no son verdaderamente reyes, no pensaría siquiera en casarse con una dama noble.

Un rey de entonces, que era verdaderamente rey, se casaba sin dificultad alguna con una ricahembra.

Hay muchos ejemplos en la historia.

Como que la monarquía no la constituía solamente el rey, sino el conjunto de la alta nobleza, de la cual el rey no era otra cosa que el caudillo.

Por esto los grandes se llamaban en Francia y en Inglaterra pares del rey.

En España, primos.

Nada, pues, tenía de extraño que el rey se casase con una par suya, ó una prima suya.

Don Pedro no podía dudar de esto.

La creencia de la verdad de esto estaba en su misma naturaleza de noble.

Pero ni el rey se había significado, ni Isabel parecía dispuesta á aceptar otro amor que el de Diego Marsilla.

Pero don Pedro encontraba más hermosa y más incitante á Noemi, sin duda porque no la había visto hasta entonces...

—Tú conocerás al rey, la dijo don Pedro, y el rey te conocerá á tí.

—Eso será cuando yo quiera, y como yo quiera, padre mío, dijo Noemi. Lo que yo deseo ahora es otra cosa.

—Habla, hija mía.

—Tenme oculta en esta villa.

—¡Oculta!... ¿y por qué?... dijo don Pedro. ¿No eres mi hija?...

—Sí; pero no me conviene por ahora que se sepa que

soy tu hija. Si me amas, dime que harás lo que yo deseo.

—¡Oh, sí, hija mía!...

—Mira, dijo Noemi: las alhajas que yo traigo sobre mí, á más de las que tengo puestas, valen un tesoro: soy rica.

—¿Y por qué dices eso?...

—Porque yo no quiero que gastes lo que estarías obligado á gastar si hubieras de cumplir mis deseos: no quiero perjudicar á mi hermana: por el contrario: mira: tú te llevarás este *alahite* (1): mira: tiene seis hilos de doble vuelta de perlas, que tan gruesas como son, son todas iguales, y son más de trescientas: no hay reina cristiana que tenga un tal collar: dejo en él la media sortija: por este collar, puesto en la garganta de mi hermana, te acordarás de mí.

Y se desprendió la gargantilla y la dió á don Pedro.

Quedaban todavía en la garganta de Noemi dos collares.

El uno, de diamantes.

El otro, de carbunclos, rojos como gotas de sangre recién vertida, y brillantes.

De sus focos sacaban las luces que alumbraban la cámara, destellos de fuego.

La avaricia de don Pedro se vió puesta á prueba.

Quiso resistir y no pudo.

Por otra parte, Noemi se obstinó.

—Déjame, dijo, que aunque ella no lo sepa, demuestre yo mi amor á mi hermana.

---

(1) Gargantilla.

—¿Y cómo he de decir que he adquirido esta alhaja, que verdaderamente vale un tesoro? dijo don Pedro.

—Espera unos días, haz una cabalgada por la frontera, y vuelve con este collar.

—¡Ah... no! sería precipitar la guerra que se prepara; dentro de poco, la parte cristiana de España combatirá con la otra parte infiel, y con el África: cada rey cristiano prepara su hueste; no se deben precipitar los sucesos: diré que me la ha vendido un mercader judío... y en fin: yo tomo esa joya en depósito; tú me heredarás un día como mi hija Isabel, porque no sólo te reconoceré yo, y esto va á ser al momento, sino que haré que una real carta te legitime.

Don Pedro arrostraba por todo.

Era corriente, en aquellos tiempos, que los nobles tuviesen públicamente amigas, y que reconociesen sus hijos bastardos: después, un rescripto del príncipe los legitimaba.

Todo se quedaba en la familia.

Era el estilo de la época.

El mal ejemplo de los moros.

Los cristianos estaban en contacto con ellos.

Un noble cristiano, si era aficionado á mujeres, tenía cuantas quería, sin que ninguna ley, ninguna moralidad le fuese á la mano.

Toda la diferencia que había en este punto entre cristianos y musulmanes, era que los primeros no tenían puestas bajo un mismo techo, y con guardas recatadas, á sus mujeres como los moros.

Don Pedro no había tenido hasta entonces amiga.

Por consecuencia no había tenido hijos.

Doña Margarita no estaba hecha á esto.

Pero no importaba.

Ella se haría.

Sobre todo, don Pedro de Segura no hacía ninguna cosa nueva de que nadie tuviese que reconvenirle.

Se había excitado con Noemi.

Había sentido un amor vehemente.

Su amor se había aumentado con el conocimiento de que Noemi era cristiana, de que traía consigo un tesoro, de que amaba, aunque no le conocía sino de oídas, al rey don Pedro *el Católico*.

No vaciló, pues.

Llamó á don Rodrigo de Azagra.

Le dijo lo que pensaba hacer.

A seguida, sin perder tiempo, se citó á la casa de don Rodrigo al obispo, al bailío, al abad de los Benedictinos, á los *concellers*, ó consejeros, y á una docena de nobles, entre los cuales acudió don Martín Garcés de Marsilla.

CAPITULO XL

De cómo fué reconocida Noemi por don Pedro de Segura.

Una vez congregados todos aquellos altos señores, y estando presente el conceller secretario, don Pedro les dijo:

—Mis buenos amigos y compañeros, os he congregado porque tengo que manifestaros algo que me es tan importante, que me va en ello más de lo que me iría en vivir y morir.

Se redobló la atención de todos.

No sabían para qué los había llamado don Pedro de Segura.

Ni aun podían figurárselo.

Noemi no estaba allí.

Esperaba en una cámara inmediata.

Desde detrás de su puerta lo veía y lo oía todo.

Don Pedro de Segura continuó:

—Voy á deciros de una vez para lo que os he llamado: necesito que deis testimonio de la declaración que voy á haceros.

Tengo una hija de ganancia (1).

La tuve en una doncella mora.

Ni quiero, ni puedo deciros cuál fué la ocasión, ni cuál fué esa doncella.

Se deshonraría una familia, que no porque sea de infieles tiene menos derecho que si fuera cristiana á su honra.

Me ví obligado á entregar á su familia aquella dama.

Cuando se separó de mí estaba en cinta.

Convinimos, pues, antes de separarnos, en una señal, por la cual un día pudiera yo reconocer á lo que naciese.

Esa señal es esta media sortija, con la cual debía convenir la otra mitad, que andando el tiempo podrían presentarme mi hijo ó mi hija.

Reparad bien.

En esta media sortija está la mitad de mi sello de armas: la otra mitad debe convenir perfectamente con las roturas.

Don Pedro dió la media sortija al obispo, que estaba á su derecha.

La media sortija pasó de mano en mano.

El último de la izquierda que la examinó, la dió á don Pedro, que la guardó de nuevo en su escarcela.

Continuó:

—Esta noche ha ido á buscarme mi buen hermano don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín, y me ha presentado la otra media sortija, de parte y como señal, de una

(1) Es decir: habida fuera del matrimonio, ó bien bastarda.

dama mora, que se ha presentado hoy sola en su castillo de Albarracín.

Desde que yo partí esta sortija, hasta que ha venido á presentármela don Rodrigo de parte de la dama que se anunciaba como mi hija, han pasado diez y seis años.

—Pues ya sabemos de qué familia mora es esa dama, mi buen hermano y compañero don Pedro, dijo el bailío de Teruel, que por ese tiempo vino reclamando al rey...

—Callaos si lo sabéis, don Artal, dijo don Pedro de Segura.

—¡Pero si eso que yo sé lo saben todos los aquí presentes, que presentes estaban entonces como ahora en Teruel, dijo el bailío.

—Sí, sí, lo sabemos todo, dijo el conceller secretario; por lo mismo no debéis tener inconveniente en decir que esa dama es hija vuestra, y de una hija del emir de Valencia, Sydi Muzay-al-Mansur.

Se puso muy encarnado don Pedro, porque sus amigos, con sus equívocas sonrisas, le echaban en cara su extremado candor.

—Pues bien, amigos y hermanos míos, dijo: yo os suplico que me guardéis el secreto.

—Lo mismo que nosotros sabemos, dijo el abad de San Benito, lo sabe el rey, y otra multitud de hombres buenos aragoneses, que estaban por entonces en la corte, y que vieron á la hija del emir.

—El secreto es inútil, dijo don Rodrigo de Azagra; reconoced, pues, públicamente á vuestra hija como nieta del emir de Valencia Sydi Muzay-al-Mansur: no la quitéis

su estado de princesa, y cuidad que se la estime más, que doña María ben Muzay-ben-Noemi es cristiana.

Resonó un murmullo de gran satisfacción.

—Sea como vos decís, señor don Rodrigo de Azagra, respondió don Pedro: ahora contad vos cómo ha llegado á vuestra villa mi hija.

—Fugitiva de Valencia, sola y á caballo, en busca de su padre: es más: armada como un caballero.

Sucedió otro murmullo de satisfacción.

El interés de los oyentes aumentaba por Noemi.

Don Pedro añadió:

—Vine al momento en que me anunció esta fausta nueva don Rodrigo, á esta su casa, donde tengo la honra de encontrarme en medio de vosotros.

Don Rodrigo se inclinó.

Todos los demás se inclinaron también.

—En esta noble casa, (nueva inclinación de don Rodrigo) continuó don Pedro, encontré á mi hija, y para que yo la reconociese, no había necesidad de que hubiera traído la media sortija: la bastaba con su semblante: se parece mucho á mí, y es enteramente semejante á mi hija doña Isabel. Vais á juzgar de ello, mis buenos hermanos y compañeros: señor don Rodrigo, hacedme la merced de ir á buscar á mi hija doña María-ben-Muzay-ben-Noemi.

Salióse de la cámara don Rodrigo.

Siguieron algunos momentos de ansiedad.

Al fin se abrió la gran puerta del fondo.

Entre dos filas de pajes ricamente vestidos, que llevaban en las manos blandones de cera encendidos, apareció

Noemi, deslumbrante de juventud, de hermosura, de joyas, de brocados.

Fué acogida con murmullos de admiración.

Detrás de ella, y vestidas honorablemente, venían las dos nobles dueñas y su noble doncella.

Todos se habían levantado de los escaños en que estaban sentados.

El conceller-secretario, que ocupaba un escaño junto á la mesa, y que extendía el acta, se puso la pluma sobre la oreja, y miró embobado á Noemi.

—¡Ah!... ¡la hermosísima gacela!... exclamó entre dientes; yo no creía que había entre esos perros herejes unos tales arcángeles.

Hay que advertir que el tal consejero-secretario no había salido nunca de Teruel, y no conocía más moros que los que habían llegado cautivos después de algún encuentro en la frontera.

En cuanto á moras sólo había visto cuatro ó cinco; entre ellas la madre de Noemi.

El obispo la bendijo.

El abad de los Benedictinos la bendijo también, y hasta dos veces.

Don Rodrigo de Azagra, un tanto atraído sin duda por la gran semejanza que existía entre doña Isabel de Segura y doña María-ben-Muzay, se puso junto á ella para servirla.

La doncella y las dueñas se sentaron en escabeles al uno y al otro lado.

Detrás quedaron extendidos en ala, los pajes con los blandones.

Se procedió á la ceremonia del reconocimiento.

Noemi declaró que sabía desde niña que era hija de un ricohombre aragonés, que se llamaba don Pedro de Segura.

Que si no le había dado noticias suyas, había sido por imposibilidad.

Que su nodriza la había enseñado, desde niña, por ser cautiva cristiana, las prácticas de la religión de Jesucristo.

Que era nieta, y la más amada, del emir de Valencia, Sydi Muzay-al-Manzur.

Por último: que habiéndola sido posible, por hallarse cerca de la frontera, ir á visitar y á conocer á su padre, lo había hecho.

Exhibió la media sortija que, adaptada á la otra mitad, resultó convenir perfectamente.

Se reconoció esto por todos.

Se declaró que la semejanza entre doña María y doña Isabel era tan admirable, que no podía dudarse de que eran hermanas.

Don Pedro de Segura reconoció á seguida, y solemnemente á su hija.

La abrazó y la besó cariñosamente.

Aseguró que su mujer adoptaría á su hija de ganancia, y que doña Isabel la reconocería por hermana.

Después de esto el secretario libró testimonio, y todos los allí presentes le confirmaron.

Noemi tenía entre los cristianos una ilustre familia, que se honraba contando en su seno á una princesa, por más que esta princesa fuese mora.

CAPITULO XLI

De cómo el dinero es un buen pasadisgustos

Por más que no había habido tiempo bastante para ello, don Rodrigo sirvió á todos los que á aquel solemne acto habían asistido, una cena espléndida.

Presidía la mesa Noemi.

Frente á ella, el obispo ocupaba otro gran sillón.

A los extremos de la mesa estaban don Pedro de Segura y el abad de los Benedictinos.

A la derecha de Noemi se veía á sus dueñas, á la izquierda á su doncella.

Don Rodrigo de Azagra estaba frente á Noemi, á la derecha del obispo, y no quitaba ojo de ella.

Un color se le iba y otro se le venía.

Tomaba muy á mal que Noemi se pareciese tanto á su hermana.

Porque se decía:

—El que con ella se casará, será lo mismo que si se hubiera casado con doña Isabel: y... ¿quién sabe? esta es más joven, y tiene un no sé qué que no tiene la otra.

Noemi empezaba ya á hacer estragos.

Don Pedro de Segura se enorgullecía con la admiración que causaba su hija.

Había muchos de aquellos señores á quienes causaba más admiración que la hermosura de Noemi, el imponderable valor de sus joyas y de su traje.

Concluyó la cena muy tarde.

Don Pedro de Segura no pudo volverse á su torre.

Bien es verdad que no hacía falta.

Había participado que pasaría la noche en Teruel.

Durante la cena hubo músicos que tañían muy agradablemente.

Concluída la cena hubo sarao.

Sobrevinieron las más hermosas damas y los más gentiles hombres de Teruel, que era entonces una villa populosa.

Noemi se vió agasajada, rodeada, admirada, y aun solicitada por algunos.

Noemi los enloqueció á todos.

Produjo la envidia y las murmuraciones de todos.

A la media noche se dió por terminada la fiesta.

Noemi se retiró con su doncella y con sus dueñas á la magnífica cámara que se la tenía preparada.

Don Pedro, con don Rodrigo, á la de éste, donde se le había preparado lecho.

Poco después todo en el castillo reposaba en silencio.

Por fin amaneció.

Se levantó muy temprano, y con dolor de cabeza, don Pedro.

Había sentido, gozado y sufrido, bebido y comido mucho la noche anterior, y había dormido muy poco.

Se atavió á la ligera y se fué á su torre.

Encontró ya levantada á su mujer, que madrugaba.

Isabel se levantaba más tarde.

Don Pedro se acercó de una manera sudorosa á su mujer.

Sudaba y trasudaba.

Le parecía una cosa recia decir á doña Margarita que le había salido una hija.

Pero él no podía desconocer una obligación de conciencia.

La conciencia importa grandes sacrificios.

Es necesario tener el alma bien templada para satisfacer cumplidamente las exigencias de la conciencia.

Doña Margarita se apercibió de la turbación de su marido.

—¿A qué habéis ido á Teruel, señor, le dijo, que así venís de cariacontecido y temeroso?

—Y es el caso que yo necesito decíroslo, dijo don Pedro, pero no sé por dónde empezar.

—¿Tan adverso es lo que debéis decir, esposo y señor? dijo doña Margarita.

—Eso será según y conforme vos lo toméis: y debéis tomarlo con paciencia, y aun con satisfacción como lo han tomado, lo toman y lo tomarán otras muy nobles damas y aun altas princesas, porque... en fin... los hombres...

No le iba gustando mucho á doña Margarita el exordio de su marido.

—Los hombres... ¿qué?... dijo con impaciencia.

—Los hombres... tenemos ojos...

—Pues buenos estarían si no los tuvieran.

—El diablo anda suelto...

—¿Y qué tenéis vos que ver con el diablo?

—La tentación, y el estar separado de vos, y el mal ejemplo de otros...

—¡Ah! ¡insensata de mí, exclamó doña Margarita, que amiga de los diablos os habéis echado, y por ella os fuisteis anoche á Teruel, y me venís mustio y ojeroso y tan pálido que no os viera yo así en todos los días de mi vida! ¿y habéis esperado á tener todos vuestros años para echar por esos trigos de Dios? ¿Y esta tal desvergüenza habría yo de sufrir á los míos? y os digo que yo no lo sufriré, y que se lo diré al obispo, y os excomulgará; y al rey, que desterrará á esa desvergonzada sin honra, para que vaya á otra parte á desarreglar matrimonios.

Y doña Margarita, que empezó con cólera, acabó con llanto.

Don Pedro estaba atortolado.

Corría un sudor frío á lo largo de su cuerpo.

Temblaba todo.

Quería hablar y no podía.

—Pero, señora mía de mi alma, exclamó al fin: si eso pasó hace diez y seis años y desde entonces no ha vuelto á suceder.

—¿Que hace diez y seis años? exclamó doña Margarita.

—Sí, señora mía: diez y seis años.

—¿Y casi recién casados, como quien dice, con cuatro años no más de matrimonio, y ya os andabais en tales pasos?... ¡y yo vivía sin conocerlo!... pero ¿por qué habéis hablado de tentaciones?

—Yo quería hablaros de las tentaciones de entonces.

—¡Válganos Dios por tentaciones! dijo doña Margarita, y si nada hay ahora de todo eso, ¿á qué venirme con esos cuentos?

—Los consecuencias de aquéllo, señora mía, las consecuencias de aquéllo, dijo don Pedro con la voz trémula: una hija, señora; una hija de quince años, que ha venido á buscarme, y á la que tengo que reconocer... á la que he reconocido ya.

—Todo sea por Dios, exclamó doña Margarita.

Y se limpió ruidosamente las narices, y luego los ojos, de los que corrían abundantes lágrimas.

—Yo quisiera que fueseis tan buena en este grave asunto como lo habéis sido siempre para conmigo, señora, exclamó con acento suplicante don Pedro.

—Si vos hubierais sido siempre bueno, no tendríais ahora necesidad de mis bondades; en fin: agua perdida no muele molino: con tal que esa vuestra hija no haya venido con su madre, se podrá pasar.

—Su madre, señora, murió al darla á luz.

—Castigo de Dios justísimo, fuese honrada y no se viera en tales apreturas.

—La culpa fué mía.

—¿Y aún la queréis?

—¿Qué decís, señora?

—Sí, la queréis, puesto que la disculpáis.

—Ella fué inocente; yo me la había traído cautiva.

—¿Cómo, cautiva?

—Sí; era mora.

—¡Mora!... ¿y no tuvisteis escrúpulos, poniendo en el lugar de vuestra cristiana esposa á una hija de Satanás que adoraba al Dios de los moros, que adoran á un ídolo en figura de gato?

—Ya os dije, que las tentaciones...

—No volváis con las tentaciones, que me tomáis el alma y me la revolvéis.

—Mi hija es cristiana.

—Ya... sí... se habrá cristianado para venir á sacaros las entrañas.

—Mi hija es muy rica.

—¿Muy rica?

—Vais á verlo.

Y don Pedro sacó el magnífico collar de Noemi.

Se le encandilaron los ojos á doña Margarita.

Nunca había visto una tal y tan rica joya.

—¿Eso ha traído vuestra hija? exclamó.

—Esto me lo ha dado para su hermana doña Isabel.

—¡Para su hermana! exclamó doña Margarita con un acento indefinible: ¿pero estáis seguro de que esa es hija vuestra?

—Cuando la veáis no podréis dudarlo; es la viva imagen de nuestra Isabel.

—¡Oh... y qué escándalo!... ¡Una mora, ó judía, ó qué sé yo, la viva imagen de nuestra hija! ¡No tenéis perdón de Dios, don Pedro!

—Si vos me dais el vuestro, Dios me dará el suyo.

Doña Margarita no contestó.

Estaba admirando el collar, y contando las perlas.

—¿Y decís que esta hermosísima alhaja os la ha dado esa vuestra hija para la mía?

—Sí por cierto.

—¿Y de dónde ha sacado esa vuestra hija esta alhaja?

—Mi hija es nieta del emir de Valencia, Sydi Muzay-al-Manzur; una princesa.

—¡Vaya por Dios!... exclamó doña Margarita, dulcificando un tanto lo acre de su acento.

La verdad era que doña Margarita, que encontraba el collar muy hermoso, no creía ya tan culpable la conducta de su marido.

Luego lo de princesa en Noemi no la disgustó.

A lo menos si su marido se había extraviado había sido por todo lo alto.

De una manera regia.

Lo principal era que doña Margarita tenía muy buena pasta, la infeliz, y se resignaba á todo.

Don Pedro mandó á su mujer que se engalanase, y engalanase á su hija, y se fué á engalanarse también.

CAPITULO XLII

De la mala manera que acogió Noemi á don Rodrigo de Azagra

Don Rodrigo había pasado una noche infernal.

La imagen de Noemi se le había aparecido en sueños, embellecida por un misterioso encanto que de ella fluía.

Irresistible.

Deslumbrante por una aureola de pedrería.

¡Una princesa!

El rey debía honrarla extraordinariamente.

Su padre la legitimaría.

De todos modos, había de partir su herencia con Isabel.

A más de lo que la daría en dote don Pedro, de lo que heredase, tendría lo que la diese su abuelo el emir.

Era mucho mejor partido que Isabel.

Era, además, más joven.

Tenía algo de bravío y de indomablemente altivo, que

daba una indudable supremacía á su hermosura para don Rodrigo.

Esto probaba que el amor voluntarioso y tenaz que don Rodrigo sentía por Isabel, no era un amor del alma, sino una grosera excitación de los sentidos.

Además, probaba avaricia.

Don Rodrigo se casaba, porque necesitaba casarse por continuar su noble apellido, y había buscado una igual suya que le interesase por su lánguida, espiritual y magnífica hermosura, y que le conviniese tanto por lo rica como por lo hermosa.

Todos estos móviles bastardos estaban reunidos en Noemi.

Don Rodrigo empezaba ya á mirar con indiferencia á Isabel, y se empeñaba mucho más que se había empeñado por ella, por Noemi.

Ignoraba don Rodrigo que había un imposible para que Noemi le amese.

Que este imposible era Marsilla.

Lo debía esperar todo del violento carácter de Noemi don Rodrigo.

Noemi se había propuesto no amar á nadie.

Ella no reconocía á Marsilla sino por sí mismo.

Don Rodrigo se levantó mucho más ojeroso y mucho más transpuesto que don Pedro de Segura.

Le dolía la cabeza.

Se sentía mal.

Sin embargo, se atavió cuanto pudo antes de salir de su cámara.

Necesitaba interesar á Noemi en cuanto ésta se diese á luz.

No sabía que Noemi se había dado á luz con el alba.

Cuando preguntó por ella, le dijeron que hacía ya tiempo que la mora se solazaba con su doncella y con sus dueñas por la huerta.

Que había pedido una taza de leche, y que la había bebido con muy buena gracia.

Que á la vaquera que se la había servido, la había dado un cintillo que valía un reino.

Esto enardeció más á don Rodrigo.

Doña María vivía y lucía como reina.

Se fué á la huerta á buscarla.

La vió á lo lejos.

Su blanca figura se destacaba sobre el fondo verde-oscuro de una enramada.

La seguían su doncella y sus dueñas.

Harto fastidiadas porque Noemi las dirigía muy poco la palabra.

Pero contentas, en fin, porque esperaban hacer fortuna al lado de Noemi.

Por otra parte se hubieran entendido muy mal, porque aquellas nobles servidoras no sabían el árabe aljamiado.

Vestía Noemi una sola de sus tres túnicas.

La de debajo.

Era blanca, de una riquísima cachemira, y la llegaba hasta los pies.

La plegaba á su talle un magnífico cíngulo de pedrería.

Había con él para comprar un reino.

A excepción de sus arracadas, que eran magníficas, y de los cintillos que sujetaban sus cabellos, Noemi no llevaba más joyas.

La túnica tenía el descote redondo y amplio, y las mangas muy cortas.

Se veía, pues, al descubierto, la parte superior de los hombros, el nacimiento del seno y los brazos.

Don Rodrigo, al acercase á ella, al verla tan extraordinariamente hermosa, gimió.

Dobló galantemente una rodilla en tierra, y tomó una mano á Noemi.

Se la besó.

Pero de tal manera, que Noemi la retiró vivamente, y miró á don Rodrigo con enojo.

—Si se acostumbra á saludar aquí de esta manera á las damas, dijo, será necesario que yo enseñe á los que me conocen, otras costumbres.

Don Rodrigo se levantó confundido.

Había visto en Noemi verdadero enojo.

Su mirada de leona se había fijado en él con una expresión de ira y de desprecio.

Pero se rehizo.

Ante todo don Rodrigo era caballero.

Se alzó y dijo:

—En esta tierra, señora, se arrodilla un hombre á los pies de una dama, como yo ante vos, y le besa la mano como yo os la he besado, cuando la ama.

—Muy caro lleváis por vuestras atenciones y vuestra hospitalidad, caballero, dijo Noemi con un acento brevísimo; por lo mismo, me apresuraré á irme de vuestra casa, porque no soy bastante rica para poder pagaros el precio que exigís.

—Juro á Dios, señora, dijo don Rodrigo, mucho más

—Si se acostumbra á saludar aquí de esta manera á las damas, será necesario que yo enseñe á los que me conocen, otras costumbres

excitado en su soberbia, que ó he de morir, ó habéis de ser mía.

—Más fácil es lo primero que lo segundo, dijo con un despecho ya muy mal contenido Noemi, á no ser que yo muera antes que vos, que bien puede ser.

—Tengo la desgracia, señora, de no haber encontrado gracia en vuestros ojos, dijo don Rodrigo, pero yo haré tanto...

—Con lo que ya habéis hecho, dijo Noemi, habéis hecho lo bastante para que yo crea que os habéis vuelto loco.

Y haciendo una seña imponente á don Rodrigo para que no la siguiese, pasó.

—¡Ah! tú serás mía, exclamó don Rodrigo.

Y se volvió furioso á la casa.

Noemi concluyó su paseo matutinal.

Volvió.

Se puso á engalanarse.

Estaba segura de que don Pedro vendría á buscarla, y de que no vendría solo.

CAPÍTULO XLIII

De cómo fué solemnemente adoptada por doña Margarita, Noemi

Aún no eran las nueve de la mañana, cuando las gentes que andaban por la calle Real de Teruel, se detenían para ver pasar una deslumbrante comitiva.

Era don Pedro de Segura que, con su familia, y con toda ceremonia, se encaminaba á la casa de don Rodrigo de Azagra.

Iba con todas las magnificencias de traje y todas las insignias de ricohombre.

Iban delante sus atabaleros y sus trompeteros.

Después sus exploradores á caballo.

Luego su alférez con su estandarte.

Después un escuadroncillo de escuderos.

Luego él á caballo, con cuatro escuderos más.

Dos á la derecha.

Dos á la izquierda.

Estos escuderos llevaban su casco, su espada, su escudo y su lanza.

Seguían detrás ocho pajes de lanza.

Luego un escuadroncillo de camareros.

Venía luego una grande y ostentosa litera.

En ella iban doña Margarita é Isabel.

Vestían magníficos trajes.

La hermosa y dulce Isabel mostraba en su garganta, y sobre su seno, la magnífica gargantilla, regalo de su hermana.

Esto significaba que se la había puesto al corriente de lo que acontecía.

Se pintaba en su semblante una dulce ansiedad.

Sufría de impaciencia por conocer á su hermana.

Ya sabemos que Isabel era enérgica, á pesar de su aparente dulzura.

Su madre llevaba también riquísimas pedrerías.

Además, su magnífico manto de ricahembra, bordado de oro.

Y sobre los cabellos negros y lucientes, una rica corona de baronesa aragonesa.

Una nube de pajes y de servidores cabalgando, rodeaban esta litera, cuyas mulas iban ricamente enjaezadas, como correspondía á la alcurnia de don Pedro.

Seguía otra gran litera de respeto, también magnífica y cumplidamente acompañada.

Iban detrás, en otras literas, las doncellas y las dueñas de la casa.

Por último, otro escuadroncillo de jinetes cerraba la marcha.

Una acémila cargada con dos grandes cofres venía detrás.

Cuando llegaron, don Rodrigo salió á recibirles con toda su servidumbre á la misma puerta de su casa.

Acudió á abrir la litera en que venían la madre y la hija.

Al dar la mano á Isabel, se sobrecogió.

Nunca la había visto tan hermosa.

Su semblante estaba dulcificado por una languidez de tristeza.

Aparecía, además, muy pálida.

Esta palidez hacía más nítida su nacarada blancura.

Las magníficas perlas de la gargantilla que sobre ella llevaba, daban un no sé qué de luciente á la admirable garganta de Isabel.

Don Rodrigo gimió.

No le era posible amar á las dos.

—¡Bendito sea el día, dijo olvidándose en un momento de Noemi, en que por primera vez pisáis los umbrales de mi casa, señora!

Isabel bajó fríamente la cabeza y fué á reunirse con su madre.

Decididamente don Rodrigo de Azagra era muy poco afortunado con las hijas de don Pedro de Segura.

Informada Noemi de que su padre y su esposa y su hija, su hermana, iban á buscarla, salió desalada á su encuentro.

Llegó, cuando llegaban, á lo alto de las escaleras.

Se detuvo un momento.

Miró.

Vió á Isabel.

Isabel la miraba también de una manera intensa.

Por un impulso involuntario, apenas pudieron verse y reconocer el parecido que existía entre ellas, las dos hermanas se arrojaron espontáneamente la una en los brazos de la otra.

Se besaron de una manera apasionada.

—¡Vamos... está de Dios! exclamó doña Margarita enjugándose las lágrimas.

Las dos hermanas se separaron al fin.

Noemi fué á arrojarse en los brazos de la buena doña Margarita, que sólo porque Noemi se parecía extraordinariamente á Isabel, la quería ya como si hubiese sido su hija.

—¡Oh!... y vos, señora, sois también muy hermosa, y joven aún, dijo Noemi.

—¿Qué dice? preguntó doña Margarita, que no entendía la aljamía, á su marido.

—Mi hija dice, señora, que sois muy hermosa también, y todavía muy joven.

—Pero no tan hermosa como ella, exclamó doña Margarita.

Y se cebó en sus besos á Noemi.

Estaba muy conmovida.

Pero á pesar de su conmoción no dejó de reparar en que la vestidura de Noemi era regia, y en que las joyas que llevaba sobre sí valían un tesoro.

—Hija mía, dijo don Pedro de Segura, es necesario que tu hermana y tu madre te vistan tal como conviene á una ricahembra aragonesa; porque aragonesa eres, en fin, siendo mi sangre.

—Por lo que me creo muy honrada, padre mío.

—Pero para que mi esposa te proteja es necesario que vayamos á la iglesia: mi mujer quiere consagrarte á la Santísima Virgen, como consagró á tu hermana.

Noemi condujo á doña Margarita y á Isabel á su habitación.

Don Pedro y don Rodrigo se quedaron esperando en el salón de honor.

Allí fueron acudiendo los mismos de la noche antes y muchos más.

Particularmente damas.

Estaban allí todas las de Teruel.

Sólo faltaba el obispo.

Pero estaba en su catedral, esperando para decir de pontifical la misa del ofertorio de Noemi á la Santísima Virgen, confirmar á Noemi y pronunciar una plática.

Después se comería en casa de don Rodrigo, que así lo había exigido, y luego se marcharía á la torre de Segura, donde habría un gran sarao.

Aparecieron al fin, seguidos de pajes, dueñas y doncellas, doña Margarita é Isabel, llevando en medio, y asida de las manos, á Noemi.

Esta con el traje de ricahembra aragonesa, aparecía admirable.

Llevaba sobre los rubios cabellos un bonete de brocado, perlas y pedrería, en que ostentaba una pequeña diadema de baronesa.

Un manto rojo descotado, con bordes de oro y joyel de diamantes de gran precio, le caía desde los hombros hasta el suelo, donde hacía cola.

Este manto era de un riquísimo tejido de lana grueso, pesado, que caía en una majestuosa plegadura.

En la garganta llevaba un collar de riquísima pedrería, que la había regalado Isabel, y que si no valía tanto, ni mucho menos, como la que traía puesta ella, regalada por Noemi, era digna de una reina.

Debajo del manto mostrábanse dos túnicas.

La una de brocatel.

La otra de brocado.

El joyel era de pedrería, como los brazaletes, como las arracadas.

Todo era regalo de doña Margarita.

Noemi no había encontrado una familia pobre.

Fué solemnemente presentada.

Su continente majestuoso, altivo, su manera noble, sin afectación, su grande hermosura, su noble porte maravillaron á todos.

Especialmente el gran parecido que existía entre ella é Isabel.

Noemi se hizo amar á primera vista de todos los que allí estaban, y no la habían visto la noche anterior.

Después de la presentación se encaminaron á la iglesia Mayor.

Los burgueses de Teruel, que sabían ya que se trataba del reconocimiento de su ricahembra, de una hija de su ricohombre, y de la adopción de la misma por su mujer, adornaron de ramaje las calles, hasta la catedral.

En las ventanas y miradores aparecían colgaduras más ó menos ricas.

Todo el mundo estaba en la calle ó en las ventanas.

Repicaron las campanas.

Habían acudido procesionalmente á la catedral las comunidades de los Benitos, de los Dominicos y de los Franciscanos con estandartes y cruces abaciales.

Las aclamaciones de la multitud no cesaron en todo el camino.

Doña Margarita y las dos hermanas iban á pie, así como don Pedro.

Pajes las llevaban las sillas.

Los más bizarros caballeros y las damas más hermosas de Teruel les hacían una verdadera corte.

El cabildo, y con él las comunidades reunidas, esperaban al ricohombre en el vestíbulo gótico de la catedral.

Cuando llegó don Pedro con su familia, cuatro diáconos adelantaron con el palio y los cubrieron con él.

Este era un privilegio que tenía don Pedro de Segura, como ricohombre de Teruel.

Tenía, además, el patronato de la iglesia Mayor.

Sobre los tres conventos que en la villa había tenía patronato también.

De modo que también asistieron aquellas comunidades, como hemos dicho.

La iglesia estaba iluminada de tal manera, que parecía una ascua de oro, como vulgarmente se dice.

Había en el presbiterio un sillón señorial con las armas de don Pedro de Segura, bajo un dosel, sobre un estradillo.

Una especie de trono.

Las preeminencias del fuero mixto, y del derecho de alta y baja justicia civil y criminal de que estaba en

posesión como ricohombre de Teruel le daban derecho á ello.

Don Pedro se colocó en el sillón.

En almohadones riquísimos, á la derecha de él, su mujer y luego sus dos hijas.

Empezó la ceremonia religiosa.

Acabada la misa, doña Margarita prohijó solemnemente á la hija bastarda de su marido, la infanta de Valencia, doña María de Segura por su padre, por su madre, ó más bien por su abuelo, Ben-Muzay-ben-Noemi.

Doña Margarita la abrazó y la besó en la boca.

Luego, siguiendo una rancia costumbre, la puso bajo su brazo derecho.

Después la abrazó y la besó don Pedro.

Luego se arrojó en sus brazos su hermana.

Y con esto y con una plática del obispo, y con su bendición á todos se terminó la ceremonia.

CAPITULO XLIV

De como Noemi había tomado un gran ascendiente sobre su familia

Hubo luego durante todo aquel día y en los ocho subsiguientes, grandes fiestas en la torre de Segura.

Acudieron á ellas, no sólo los habitantes de Teruel, sino también muchas gentes de las aldeas y villas circunvecinas.

Don Pedro de Segura se había gastado un dineral.

Su hija recién hallada le encantaba.

A más de eso, necesario es confesarlo, Noemi influía en él por el lado de la avaricia.

Sin contar con que Noemi podía disponer de todos los tesoros de su riquísimo abuelo Muzay-al-Mansur, las alhajas que llevaba sobre sí valían un tesoro.

Noemi influía cuanto quería con su padre.

Se hacía lo que Noemi quería.

Afortunadamente Noemi no quería nada que pudiera llamarse, ni aun remotamente, reprensible.

Era sencilla y dulce.

A la par, y sin perjudicar á su decoro y á su modestia, tenía lo bastante para representar lo que era.

Es decir: una alta, una altísima dama.

Más aún: una reina.

Con su buena manera, con su dulzura, con su espontaneidad, con su inclinación á todo lo que era impetuoso y grande, Noemi logró, al muy poco tiempo de estar en la familia, ser amada entrañablemente, no sólo de su padre, sino también de doña Margarita y de Isabel.

De todos, en fin, los de la casa.

De todos los que iban y venían.

De todos los que la conocieron.

A don Pedro de Segura, y no solamente á él sino también á doña Margarita y á Isabel, les faltaba algo tratándose de Noemi.

Esto es: que fuese legitimada.

El rey no podía negar esto á don Pedro de Segura.

Así es que un día se propuso la partida.

La corte estaba en Barcelona.

El rey continuaba allí, preparándolo todo para la gran campaña que se iba á abrir contra Mahomed *el Verde*, emir de África.

Había una gran efervescencia de gentes en Barcelona.

El hotel de *Los Tres caballeros negros* estaba literalmente lleno.

Hervía de gentes.

Pero había dos aposentos que permanecían vacíos,

sin que nadie se atreviese á ocuparlos á causa de su coste.

Era el uno el que había ocupado Marsilla.

El otro el que había ocupado Alejandra.

Don Pedro de Segura era un ricohombre, tal, que no podía aposentarse en cualquier parte.

En cuanto entró en Barcelona, se hizo conducir por el primero que encontró al paso, á la mejor hospedería.

Don Pedro nunca había estado en Barcelona.

El hombre que le guió creyó que á un señor tal, que se presentaba con un tal boato de literas, de servidumbre, de pajes, de acémilas y de hombres de armas para resguardar todo esto, no podía menos de llevársele á la hostería de *Los Tres caballeros negros*.

Cuando el señor Piccolomini vió todo aquel inmenso equipaje, del cual fluía un olor de grandeza y de riqueza indudables, se alegró.

—Hé aquí, dijo, que esas dos magníficas habitaciones que han estado tanto tiempo vacías, van á ocuparse, y dignísimamente. Es verdad que si vuelve inopinadamente el señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, no tendré dónde colocarle. Pero ahí está el aposento de mi hija, que no cede en nada al otro. ¡Mi hija!... ¡Válgame Dios, Señor!... ¿y dónde estará mi hija?... ¿y qué habrá sido de ella?

Piccolomini llevó, en cuanto entraron, á don Pedro de Segura y á su familia á los dos aposentos.

Isabel y Noemi, que eran las que llevaban la voz, dijeron que era necesario tomar los dos aposentos; que de otra manera no se debía.

En cuanto á la baja servidumbre y los hombres de armas, no cabiendo todos en el hotel de *Los Tres caballeros negros,* se aposentaron en los paraderos más inmediatos.

Don Pedro de Segura era un tan gran señor, que nunca se había rebajado á ajustar cuentas ni á pedir precio.

Encargó á su mayordomo de estas particularidades.

El mayordomo se le presentó al poco tiempo asustado.

—No sé, señor, le dijo, quién nos ha traído á esta ladronera; si no ha sido un mortal enemigo nuestro, ha sido el mismo diablo en persona: lo que ese condenado hostelero pide por cada un día de aposento y comida, es insufrible: merece una azotina, dada con los frenos de los caballos: yo he tenido tentaciones de arrojarme á su pescuezo y ahogarle.

—Cada cual pide por lo que posee, lo que quiere. Se le da ó no, y esto es todo.

—Es que, bien mirado, dijo el mayordomo, no encuentro yo adonde ir que mejor aposentados estén vuesamerced y sus mercedes las señoras. Además de esto, que yo he hablado con doña María, y me ha dicho:

—«No importa lo que pidan: aquí se está medianamente: ¿á qué hemos de ir á otra parte porque cueste más barato? Eso sería deshonroso y no lo podríamos sufrir.

—Doña María dice muy bien, respondió don Pedro, que, como ya hemos dicho, aunque era avaro, no era miserable.

Si codiciaba, era para gastar.

—Ved, señor, que ese hereje pide mil escudos diarios.

—¿Y qué hemos de hacerle, Ramiro? Hay que alegrarse de que no haya pedido mil y quinientos, ó dos mil.

El mayordomo puso triste la cara en la apariencia.

Pero se le alegraron las entrañas.

Había donde tirar largamente.

¿Qué sería de los mayordomos de casa grande si no fuera por el fausto de sus amos?

Piccolomini se había entendido con él.

Por lo menos le quedaban á Ramiro trescientos escudos diarios de beneficio, sin contar lo que cayese por las cuentas de los gastos extraordinarios.

Pero en fin, don Pedro de Segura y su familia estaban dignamente aposentados.

A pesar de haber una gran concurrencia de gentes en Barcelona, de asistir á ella muchas ricas, nobles y hermosísimas damas, cundió muy pronto la noticia de que dos hermosísimas jóvenes, las hijas de don Pedro de Segura, habían llegado á Barcelona.

Se decía, además, que la madre no cedía en nada á sus hijas en hermosura.

Los golosos habían acudido.

No podían ir á ninguna parte aquellas señoras sin que fuesen miradas sus prendas y requebradas; lo cual, aunque se hiciera diariamente y como lo aconsejaba el respeto y la buena crianza, quemaba extraordinariamente la sangre á don Pedro, y ponía lívido de cólera á don Rodrigo de Azagra, que era de la partida.

No había podido separarse de Isabel y de Noemi.

Había llegado el caso de que no supiera cuál de las dos le enamoraba más.

Si se decidía por Isabel, le dolía el corazón por Noemi.

Y le dolía por Isabel si se decidía por Noemi.

Isabel le lanzaba despreciativas miradas.

Aquello era para desesperarse; para pegarse un tiro, si entonces hubiera habido pólvora. (No sabemos si ya se había inventado).

Isabel no transigía.

Demostraba cuanto le era posible á don Rodrigo, que le aborrecía.

Demostrándole este aborrecimiento, le demostraba que adoraba á Marsilla.

Esto irritaba de tal manera á don Rodrigo, que le ponía en términos de perder su alma.

Blasfemaba.

Noemi era otra cosa.

Acribillaba á don Rodrigo con sus magníficos ojos negros.

Le buscaba con ellos.

Se alegraba cuando le veía.

Pero acontecía el fenómeno de que, cuando don Rodrigo, irritado por una parte por el odio de Isabel, y atraído por la buena manera de Noemi, pretendía que ésta le concediese algo más, Noemi le desesperaba á su vez, tomando de improviso una severidad, que enfrenaba todas las licencias de don Rodrigo.

Aquello era desesperante.

Y además de esto, don Rodrigo, que no era tan rico, ni con mucho, como don Pedro de Segura, se estaba gastando un ojo de la cara en otra hostería contigua, la del *Venado de Oro,* que era un punto más cara que la de *Los Tres caballeros negros.*

El mayordomo de don Rodrigo estaba también haciendo su agosto.

Las dos hermosas jóvenes ricahembras estaban de muy mal humor.

Ninguna de ellas sabía lo que había sido de Marsilla.

A Isabel le era de todo punto imposible saberlo.

Noemi, que lo hubiera sabido sólo con enviar un correo á su abuelo, no lo hacía porque no quería que su abuelo supiera dónde ella estaba.

Isabel agonizaba, porque lo temía todo por Marsilla.

Noemi sufría porque no le veía.

Pero no temía.

Sabía que su abuelo le protegería y le cuidaría, por la sola razón de que ella le amaba.

Hemos dicho sabía, y hemos debido decir creía.

Porque ignoraba que entre el emir y Marsilla se había cruzado como un instrumento de odio, Wadyaláh la molinera.

La mujer que había reverdecido la vejez del emir.

Decía don Pedro de Segura á Noemi:

—¿Pero por qué no ha de saber tu abuelo que tú estás con tu padre?

—Porque aún no es tiempo.

El buen don Pedro de Segura no insistía.

El emir continuaba sin noticias de su nieta.

Así andaban las cosas.

Por ellas se iban preparando grandes acontecimientos.

CAPITULO XLV

De como hombres tales como don Pedro de Segura, consiguen de sus reyes todo cuanto quieren

Desde que entraron en el hotel de *Los Tres caballeros negros,* Noemi había observado que en un aposento contiguo al suyo, vivían, con un gran boato y una gran servidumbre, un hombre y una mujer.

Este hombre y esta mujer, ó más bien, este caballero y esta dama, que tales parecían por su porte y por el boato que mantenían, dejaban ver una singularidad.

Esto es: que estaban encubiertos.

Vestían ropones negros con adornos amarillos, y les cubrían las cabezas capuces del mismo género.

Eran don Ezequías Ruben y su hermosa hija Agar, que permanecían en el hotel de Piccolomini esperando á Marsilla.

Agar sabía el empeño de amor que Marsilla tenía por Isabel de Segura.

Las dificultades que se oponían á su enlace con ella.

Sentía por Marsilla un amor infinito.

Un amor purísimo.

Sabía que ella no podía ser feliz por su amor á Marsilla.

Pero quería tener á lo menos la felicidad relativa de saber que por ella era Marsilla feliz.

No pudo menos de maravillarla en gran manera el saber que estaba en la hostería, con su familia y viviendo á su lado, en dos aposentos contiguos, don Pedro de Segura.

Así es que se puso cuanto pudo al paso de las dos jóvenes.

¿Cuál de ellas era Isabel?

Agar la había visto una sola vez, y no se había fijado lo bastante en ella para reconocerla.

Mucho más cuando las dos hermanas se asemejaban extraordinariamente.

¿A cuál de ellas amaba Marsilla?

Agar necesitaba saberlo.

Por lo mismo se puso cuanto pudo al paso de las dos hermanas.

Isabel no había reparado en ella.

Pero á Noemi no había podido menos de hacérsele extraño.

Había interrogado al señor Piccolomini.

—Yo no sé quién esa dama sea, dijo Piccolomini, ni quién la persona que la acompaña: sólo sé que son mucha

cosa: gastan espléndidamente, y pagan con una puntualidad admirable. Esto es lo que á mí me importa. En lo demás no me entrometo. Su incógnico es tan riguroso, que hasta para los criados le guardan.

—¿Y no habéis podido descubrir, señor Piccolomini, decía Noemi, que hacía todo lo posible por entender al hostalero, y porque él la entendiese, qué género de interés tiene en Barcelona á esos señores?

Piccolomini era hablador, y estaba en antecedentes como sabemos.

La dijo, pues, que la dama negra y amarilla, debía haberse enamorado de un caballero joven y buen mozo, sobre todo prudente, que había vivido en la hostería, en el mismo aposento que Noemi ocupaba con su hermana, (don Pedro y doña Margarita ocupaban el inmediato), y que como don Juan Diego Marsilla iba y venía, sin saberse nunca cuándo ni cómo, debía estarle esperando.

La dijo asimismo que otra dama encubierta, á quien acompañaban otros dos encubiertos, cuyos ropones y capuces eran negros y rojos, había tenido ó querido tener historias con Marsilla, porque aquella dama había desaparecido.

Con estas noticias Noemi se había puesto extraordinariamente cuidadosa respecto á Agar.

Agar parecía muy rica.

Además, y por su continente, muy hermosa.

A lo menos su gentileza era extremada.

Sus manos, que no cubría, eran de una belleza extrema.

Por aquella belleza de las manos podía suponerse la de las otras partes.

Había que tener cuidado con aquella dama.

Noemi había aumentado los celos que le causaba su hermana, con los que le había producido la encubierta negra y amarilla.

Entretanto don Pedro de Segura estaba en audiencia con el rey don Pedro II.

—Hánme dicho, le decía el rey, que vuestras hijas son de una tal hermosura, que traen enfermos de amor, y aun agonizando, á algunos de los caballeros que han acudido á Barcelona por venirse tras mí á la campaña contra el moro.

—A mí, señor, decía don Pedro, me toca gran parte en esto, de lo que estoy orgullosísimo: al fin son mis hijas, aunque á una de ellas la falta algún requisito para serlo.

—¿He?... ¿qué decís?

—Digo, que á la menor, á doña Noemi, para que tenga todo lo que necesita no le falta más que no ser hija de ganancia.

—¡Ah!... ¡hija de ganancia es la Noemi!

—Sí, señor: esta es una antigua historia mía.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho, don Pedro?... Yo legitimaré á esa hermosa señora, por una carta mía.

—Eso es lo que yo deseo, señor, dijo el ricohombre, y por eso principalmente he venido á Barcelona con mi familia; pero me había parecido que yo no debía hablar á vuestra señoría de esto, en el primer momento en que tuviese ocasión de hacerlo.

—Pues mirad, don Pedro; habéis hecho muy mal: traedme, traedme de un pergamino vuestro, todas las

circunstancias necesarias, y yo os enviaré una carta de legitimación de vuestra hija.

—No esperaba yo menos de vuestra señoría, dijo don Pedro.

Al día siguiente don Pedro fué con una carta circunstanciada.

Por ella constaba lo árabe del origen de Noemi, por parte de su madre, y que era nieta del emir de Valencia Muzay-al-Manzur.

—¡Oh!... no sabía yo que habíais tenido amores con princesas... dijo el rey, aunque sí... sí... ya me acuerdo... La madre de vuestra hija debió ser una sultana que vos cautivasteis en una escaramuza por la frontera, y que me pidió su padre el emir de Valencia, Sydi Muzay.

—En efecto, señor.

—¿Pero á este buen emir le echaron del trono, á lo que creo?

—Sí, señor; pero últimamente ha vuelto á recuperarle.

—¿De modo que, dijo el rey examinando la carta que le había dado don Pedro, esta vuestra hija, doña María de Segura-ben-Muzay-ben-Noemi, es nieta directa del emir de Valencia?

—Indudablemente, señor, contestó con orgullo don Pedro, porque lo de moro del emir no implicaba.

—Pues he ahí que ahora tengo más interés en conocerla, don Pedro.

—Tendré la grande honra de traer á mi familia á la audiencia de vuestra señoría.

—Pues traedla hoy mismo, dijo el rey con un interés que complacía extraordinariamente á don Pedro; yo la daré por mi mano mi carta de legitimación de su nacimiento: ¿por supuesto, que vuestra mujer conviene en ello?

—De todo punto, señor. Ama ya á mi hija doña María como si la hubiese tenido en las entrañas.

—Pues mejor... tanto mejor, dijo el rey: eso es ahorro de disgustos: ya sabéis que yo siempre os he tenido mucho amor, don Pedro de Segura.

—Y yo á vuestra señoría mucha lealtad.

—Lo sé: vos nunca os habéis metido conmigo: os ha importado muy poco que yo favoreciese, como dicen, á los albigenses ó no los favoreciese.

—Señor: el rey no debe dar cuenta de sus acciones más que á Dios, que tiene en sus manos el poder de los reyes.

—Vos sabéis cuán católico soy yo, sólo que el buen gobierno de un reino, obliga muchas veces á hacer lo que no se querría hacer. Pero volviendo á vuestra hija doña María, me alegro de que sea una tal persona, y siento mucho lo enemistados que estamos los reyes cristianos y los reyes moros; que de no, yo escribiera al abuelo de vuestra hija, de quien en otros tiempos, y cuando andábamos en paz moros y cristianos, he sido buen hermano y compañero.

—¡Ah!... yo os ruego, señor, que no deis noticia alguna de su nieta al emir de Valencia: doña María no quiere que su abuelo sepa que está en tierra de cristianos y conmigo.

—¿Y qué interés tiene esa señora en que su abuelo no sepa que está con su padre?

—El emir ignora que yo fuí el amante, más que el señor, de su hija. Doña María dice que no ha llegado todavía la hora de que su abuelo lo sepa; de manera que es necesario de todo punto el secreto.

—Le guardaré: palabra de caballero.

—Muchas gracias, señor.

—Voy á mandar que extiendan ahora mismo mi real carta de legitimación de vuestra hija, y que mi canciller ponga en ella mi gran sello de la puridad.

—Mi vida es vuestra, señor.

—Vivid mil años, don Pedro, para el amor de vuestra familia y para mi servicio.

El rey llamó.

Acudió un secretario.

Mandóle el rey se extendiese la carta.

El secretario se fué.

—Supongo, dijo el rey, que vos, don Pedro, me ayudaréis en lo que pudiereis en esta empresa contra el moro.

—Yo iré, señor, con doscientas lanzas y con mi pendón, dijo don Pedro, á mi costa, y sin pediros por ello sueldo ni dinero alguno, ni aun la parte que en el botín me tocare.

—Vos, como buen aragonés, dijo don Pedro *el Católico,* contáis antes de combatir con la victoria.

—Creo, señor, dijo con una gran fe don Pedro de Segura, que como vamos á combatir por la causa de Dios, Dios peleará con nosotros.

—Así debemos esperarlo, dijo el rey; todos los reyes

de España nos hemos coligado: pero la muchedumbre de los moros es inmensa: toda el África ha venido sobre España, y cubre ya la Andalucía.

—No importa, señor: los aragoneses no contamos á nuestros enemigos; todo está en que si hay muchos, hay que matar más.

—De esta vez, (en Dios confío que nos dará la victoria), arrojaremos de España á los árabes, y nos echaremos sobre el África.

—Así lo espero, señor.

—¿Y yo, puedo esperar que vengáis hoy aquí con vuestra familia?

—Vuestros deseos son para mí leyes sagradas.

Se despidieron después de esto el rey y el ricohombre, y éste se fué á la hostería á participar á su mujer y á sus hijas que se ataviasen convenientemente para ir aquella tarde á la audiencia del señor rey.

CAPITULO XLVI

En que se ve hasta qué punto era autojadizo y violento el rey don Pedro II de Aragón

Fueron al palacio real aquella misma tarde, con don Pedro de Segura, su mujer y sus hijas, hechas tres reinas, no sólo por su boato, sino también por sus trajes y sus joyas, sin contar con su hermosura, porque, fuera de la juventud de doña Isabel y de doña María, doña Margarita aún estaba de muy buen ver.

Era alta y grande.

Además de esto, muy fresca.

Era muy blanca y muy rubia.

En fin: muy apetitosa.

El rey, que ya sabemos era muy dado á las mujeres, se estremeció.

Las dos le parecían encantadoras.

Pero particularmente doña María.

Tenía ésta en su favor la mayor juventud.

Además de esto, su rango de princesa.

Importaba muy poco ya lo demás, aunque fuese mora.

Era siempre una persona real.

Una infanta.

Estaba, además, bautizada.

La había reconocido un hombre tal como don Pedro de Segura.

Por esta parte, si no era infanta, era baronesa.

Muchos reyes se casaban con ricashembras.

Y aun con simples damas.

A don Pedro II se le había abrasado el corazón.

La audiencia fué breve.

Cuanto bastó para que el rey, con un brillante exordio, diese su carta de legitimidad á Noemi.

Pero lo corto de la audiencia no impidió que el rey quedase abrasado de deseos.

Noemi le había trastornado la cabeza.

Le había devorado con el fuego de sus ojos.

Cuando volvieron á la hostería, Noemi dijo á don Pedro:

—Me parece, padre mío, que no seréis vos el que vaya á la jornada contra los moros de allá, y me alegro, porque no quisiera que pelearais contra mi padre.

—Muy raro sería que habiendo de asistir tanta gente á esta guerra, dijo don Pedro, nos encontrásemos frente á frente tu abuelo y yo.

—Pudiera suceder, pero no será, porque vos, durante esa guerra, estaréis en otra parte.

—¿Dónde, si te parece?

—En Roma, haciendo buenos oficios para que el Papa

anule el casamiento del rey con doña María de Montpeller.

Noemi se había informado y estaba al corriente.

—¡Ah! dijo don Pedro: ¿tú crees que el rey se ha enamorado de tí?

—No lo creo, estoy segura de ello, dijo doña María.

—A mí también me lo parece, y lo mismo le ha parecido á tu madre.

—El rey pretenderá mis amores, y no tardando mucho, ya lo veréis; y como una hija de don Pedro de Segura, una nieta del emir de Valencia no puede ser su amiga, él verá de espantar ó ganar al Papa, para que le deje libre, descasándole.

—¡Oh! ¡y qué honor para nosotros, hija mía!... exclamó don Pedro: ¡tú... reina de Aragón!...

—Pues mirad: no por ambición, que no existe en mí, dijo Noemi, ya estaba yo enamorada de oídas del rey don Pedro, y cuando le he visto he acabado de enamorarme.

—Pues mejor... tanto mejor, dijo don Pedro: eso será la felicidad completa.

Para don Pedro su hija Noemi había crecido quince codos de altura.

Por ella se veía ya suegro del rey de Aragón.

Y no iban descaminados ni Noemi ni su padre.

El rey se había aturdido á la vista de las dos hermosas jóvenes, é inmediatamente se había fijado con preferencia en Noemi.

Esto había consistido en que como para Isabel era Marsilla el alma de su amor, había mirado con indiferencia la admiración del rey á su vista, y en que Noemi había

empezado desde el momento mismo á abrasar al rey con el fuego de sus ojos.

Había, además, la circunstancia de que el rey sabía que la menor de las hermanas era una infanta, nieta de rey, hija de sultana.

Quedóse don Pedro *el Católico* dado á los diablos y sin poder contenerse.

Era antojadizo y violento.

No sabía poner freno á sus pasiones.

Lo que le resistía le atraía.

Las dificultades le obstinaban.

Su obstinación era terrible.

Mandó, pues, que por la mina se llamase á maese Piccolomini.

Piccolomini se apresuró á acudir.

Primero, porque no encontraba medio de ser perniquebrado ni rehacio para no acudir pronto cuando le llamaba el rey.

Luego, porque creyó que el rey iba á darle alguna noticia de Angiolina.

En cuanto llegó, el rey se encerró con él en su cámara.

CAPITULO XLVII

En que se ve que el señor Piccolomini servía para todo

—¡Sois un miserable, maese Piccolomini!... le dijo el rey.

Encogióse todo el hostelero.

Tenía un horrible miedo al rey.

—Pues no sé, no sé, exclamó con la voz trémula, en qué puedo yo haber disgustado á vuestra señoría.

—Tenéis en vuestro mesón dos aragonesas, y nada me habéis dicho.

Pasó una amargura, que se añadió á su miedo, por el señor Piccolomini, cuando oyó que, como de costumbre, (cosa á la que él no había podido nunca acostumbrarse), llamaba mesón á su magnífica hostería, y dijo:

—En verdad, en verdad, señor, que yo ignoraba... yo no estaba prevenido: muchas veces han venido arcán-

geles y serafines á *mi hotel*, nada he dicho á vuestra señoría, y vuestra señoría no se ha ofendido.

—Maese Piccolomini, yo necesito ser introducido esta noche en el aposento de doña María de Segura; la más joven de las hermanas: ¿me entendéis?

—Sí, señor, sí; ya entiendo á vuestra señoría, dijo el señor Piccolomini, sin escandalizarse, sin agraviarse, sin sentirse contrariado, sino, por el contrario, alegrándose mucho; pero yo no puedo introducir á vuestra señoría en el aposento de la una, sino en el de las dos, porque viven juntas, y casi duermen juntas.

—Pues haced de manera que esta noche estén separadas.

—Yo no sé cómo podrá ser eso.

—Hablad con doña María; hacedle presente mi solicitud.

—Me expongo á que me dén una paliza.

—Sufridla.

—Está bien: la sufriré, pero me expongo también á que se vayan de *mi hotel*, y no es mi perjuicio el que yo miro, sino que, yéndose de mi hotel, no podrá vuestra señoría acercarse con facilidad, y en secreto, á esa señora.

—Haced de manera que esa señora no se escandalice: yo creo que está muy bien prevenida.

—Probaré el vado: pero yo creo, señor, que por mucho madrugar no amanece más temprano.

—Tendré toda la paciencia que sea necesaria; pero quiero tener la menos paciencia posible.

—Yo serviré, en cuanto posible me sea, á vuestra señoría.

—Pues no perdáis tiempo. Buscad una ocasión de hablar en secreto á esa señora.

—No es fácil, pero la buscaré.

—Idos, y volved cuanto antes á avisarme.

Piccolomini se fué.

Cuando llegó á *su hotel* abrió un arca, en donde había no pocos talegos de dinero, y á más un cofrecillo.

Le abrió.

Estaba lleno de cajas ó estuches, que parecían contener alhajas.

Tomó una pequeña.

La abrió.

Contenía una magnífica sortija de mucho valor.

Cerró el estuche y le guardó en su bolsillo.

Luego escribió una carta en un pequeño pergamino, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora: me veo obligado á obedecer, sin reparar en las consecuencias. El rey me ha mandado procurase hablaros en su nombre. Ved de decirme lo que os parezca, y perdonadme, que este señor rey es de los que ahorcan.»

Se fué á la habitación que ocupaban las dos hermanas.

—Decid á vuestras señoras, dijo á una doncella, que yo, su humilde servidor, necesito verlas para enseñarlas algo que se alegrarán de ver, y que es tal, que se me ha encargado vender, y no puede venderse, por su gran valor, sino á príncipes.

Y sacando el estuche, le abrió, y mostró la sortija á la doncella.

La doncella se estremeció de codicia.

Pasó el recado.

Piccolomini fué introducido.

Se alegró.

Doña María estaba sola.

La miró de una manera particular.

Piccolomini, á pesar de su costumbre de andar en asuntos semejantes, estaba pálido como un muerto.

—¿Qué me queréis? le dijo Noemi.

—Traigo á vuesamerced una magnífica alhaja.

—Mostrad, dijo Noemi.

Sacó Piccolomini su estuche.

Noemi miró con indiferencia la alhaja.

—Esto es indigno de mí, dijo: yo no me pondría por nada del mundo esta alhaja.

—Perdonad, señora; yo creí...

—Lo que yo creo es que habéis venido á otra cosa, porque estáis temblando.

—En efecto, señora.

—¿Y por qué?

—Por respeto.

—¿Tenéis intención de faltarme á él?

—La intención que yo tengo es de librarme de ser ahorcado.

—¡Cómo!... ¿qué decís?

—¡El rey!...

—¿A qué sacáis á cuenta al rey?

—El rey quiere...

—¿Y qué quiere su señoría?

—Yo, señora, obedezco al rey, de miedo.

—Hablad claro.

—El rey quiere hablar con vuesamerced.

—¿Que el rey quiere?...

—Sí, señora; hablaros á solas...

Piccolomini se detuvo.

—Seguid, dijo gravemente Noemi.

—Hablar á solas con vuesamerced.

—El rey no puede nunca hablar á solas conmigo, porque estarán allí siempre mi honra y la suya.

Respiró un tanto Piccolomini.

—¿Qué diré, pues, á su señoría?

—Decidle que yo le quiero ver.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿A solas?

—A solas.

—¿A qué hora?

—A la media noche.

—¿Dónde?

—En el retrete contiguo; ¿podéis vos hacer que llegue hasta él?

—Sí, señora.

—Idos, pues; yo estaré esperando en ese retrete á la media noche.

Piccolomini salió contentísimo.

No creía haber escapado tan bien librado.

Se fué por la mina á ver al rey.

Le encontró solo.

Don Pedro supo con una alegría extremada, que aquella noche podría ver á solas, en el mesón de maese Piccolomini, á la hermosísima doña María de Segura.

CAPITULO XLVIII

Cómo se puede gobernar á un rey

Mucho antes de la media noche se recogieron las dos hermanas.

Cuando Noemi sintió que Isabel dormía, se levantó.

Llevaba un botecillo de oro en la mano.

Frotó las sienes de Isabel con el contenido del botecillo.

Después observó.

Isabel cayó en un letargo profundo.

Noemi había hecho uso de un narcótico.

Cuando tuvo la seguridad de que Isabel no podía ver ni oir á causa de su estado letárgico, se disparó á un retrete inmediato.

Encendió las luces.

Se sentó en un sillón y esperó.

Noemi estaba vestida de blanco, con una amplia túnica, sujeta á su cintura por un rico cordón de seda azul y oro.

Tenía los cabellos sueltos.

Caían como una cascada de oro sobre sus hombros, sobre su espalda, sobre su seno.

No podía darse una belleza más completa.

Poco después de ponerse en espera Noemi, sonó un golpe recatado en una pequeña puerta del retrete, que daba á una galería.

Noemi se levantó y abrió.

Apareció el señor Piccolomini.

—Su señoría espera, exclamó.

—Que pase su señoría, dijo Noemi, y vos quedaos y observad oculto; quiero que veáis que no recibo al rey á estas horas para nada deshonroso.

—¡Oh!... ¿y quién pudiera creerlo, señora?

—No hagáis esperar al rey.

Piccolomini saludó y desapareció por la pequeña puerta.

Noemi fué á sentarse de nuevo.

A poco entró el rey.

Venía vestido de una manera rica.

Había don Pedro II cuidado extraordinariamente de su compostura.

Había procurado hacerse lo más agradable posible.

Se acercó con la cabeza descubierta y el birrete en la mano.

Su paso era lento.

Su mirada se fijaba profunda y enamorada en Noemi.

Cuando estuvo cerca de ella, se arrodilló y pretendió tomarla una mano.

Noemi la retiró.

—Alzaos, señor, le dijo: no es así como debéis estar: vos no venís á ver aquí, ni á vuestra señora ni á vuestra esclava. Sentaos, si os place.

Y le señaló el sillón colocado junto á ella.

El rey se levantó lleno de extrañeza.

Noemi le había hablado con dulzura y con respeto.

Pero de una manera fría.

No era esto ciertamente lo que esperaba el rey don Pedro II.

Era extraordinariamente impresionable.

Extraordinariamente voluntarioso.

Extraordinariamente impetuoso y altivo.

Frunció el gesto.

Enarcó las cejas.

Dejó ver una sombría expresión de violencia.

Se sentó con un marcado disgusto.

—No he consentido en recibiros aquí, y á estas horas, señor, dijo Noemi con acento siempre cortés, respetuoso, pero á la par firme, sino por no negaros una pretensión vuestra.

—¿De modo que, dijo el rey, cuyo semblante se nublaba más y más, os es de todo punto indiferente mi presencia?

—Yo siento por vos, señor, un profundo respeto, dijo Noemi.

—¡Respeto!... dijo el rey.

—Sí, señor: un profundo respeto.

—El respeto es muy semejante al miedo.

—No: el respeto es el homenaje justo que rendimos á

aquellos á quienes Dios ha elegido para gobernar á los hombres.

—¡Gobernar á los hombres! dijo el rey: hé aquí una cosa bien difícil; pero yo creo que es más difícil, casi imposible, gorbernar á las mujeres.

—Las mujeres, señor, no tenemos más defensa que el honor de los hombres y su respeto á la debilidad.

—Débiles os llamáis, y yo os reconozco mucho más fuertes, exclamó el rey: aquí me tenéis á mí, loco, embriagado por la vista de vuestros encantos, por el perfume que de vos se exhala, y aquí me tenéis temblando, acobardado, sin saber qué os diga, ni qué os deje de decir.

—Decidme en primer lugar, que no habéis pensado mal de mí.

—En lo cual no mentiré; porque no pienso de vos sino muy bien, y con toda mi alma.

—Me alegro mucho, muchísimo de esto, porque así estaréis dispuesto á hacer por mí todo lo que sea necesario hagáis.

—¿Y quién lo duda, señora? exclamó alentando una esperanza el rey; vuestra voluntad es para mí una ley irrecusable. Hablad.

—Aún no es tiempo: es necesario que yo os conozca mejor.

—¿Y para qué conocerme mejor?

—Para no tener duda de que vos haréis todo lo que yo deseo.

—¿Y cuánto tiempo necesitáis para conocerme mejor!

—Dios sabe.

—Pedid algo, señora, á fin de que yo crea que empezáis á confiar en mí.

—Ni confío en vos, ni desconfío, dijo Noemi: me basta con confiar en mí misma.

—¿Pero no me veis temblando?... ¿No veis que por vos estoy muriendo de amor?

—Vos no debéis decirme eso, aunque lo sintáis, señor rey, dijo tranquilamente Noemi.

—¿Y por qué no he de deciros que sois mi vida y mi alma?

—Primeramente, porque eso no es verdad: un rey cristiano á quien, á más de llamarle *el Católico,* le renombran *el Caballero,* no debe mentir.

—¿Creéis mentira el que yo os ame?

—Sí, porque no hay tiempo bastante para ello.

—¿No creéis vos esos amores que nacen violentamente, y que se introducen en el alma como una exhalación?

—Sí, porque yo he amado de esa manera á un hombre en el momento en que le ví.

—¿Y qué hombre era ese?

—Ese hombre és, respondió en tono afirmativo Noemi.

—¡Ah!... exclamó el rey.

Y sus ojos voltearon por sus órbitas.

Aumentó su temblor.

Su amor propio y su fiereza, y el enamoramiento que sentía por Noemi se habían sublevado.

—¿Y cómo se llama ese hombre? añadió.

—Vos debéis conocerle mucho, señor; porque á un vasallo tan noble y tan valiente como él, debe conocerle su rey: vos, conociéndole, debéis amarle, porque tales

son sus prendas y su lealtad, que no se le puede conocer sin amarle. Se llama, en fin, don Juan Diego Martínez Garcés de Marsill .

—¡Siempre ese hombre!... exclamó el rey, levantándose de una manera violenta.

—Sentaos, señor, dijo dulcemente Noemi.

El rey se sentó.

—No parece sino, dijo, que Dios ó el diablo ha hecho á ese hombre para que me dé guerra.

—¡Oh!... ¡y qué violento y qué celoso sois!... exclamó Noemi con un acento ambiguo.

—¿Y cómo no queréis que le aborrezca y tenga celos de él á un mismo tiempo, si veo en él á un hombre á quien amáis como yo quisiera ser amado?

—Ese hombre es imposible para mí, dijo Noemi.

—¡Imposible!... ¿y por qué?

—Porque no es hijo de rey.

—¡Ah!

—No siendo hijo de rey, no puede, no debe ser mi esposo: no pudiendo, no debiendo ser mi esposo, yo no puedo ser su amiga.

—El amor ciega... el amor enloquece.

—¡Tristes de aquellos á quienes enloquece el amor; en quienes la virtud y la dignidad no habla bastante alto para que su voz sea oída, respetada y obedecida!

—De tal manera habláis, señora, que yo creo bien que no amáis á Marsilla.

—Le amo, sí, pero hago callar á mi amor por virtud y por altivez. Imitadme: vos debíais haber hecho lo mismo.

—Yo no puedo hacerlo, señora: el amor que en mí habéis causado me mata.

—¿A cuántas habéis dicho lo mismo?

—Nunca lo he dicho tan de corazón, señora: estoy agonizando por vos; dispuesto á todo por vos.

—Y sobre todo á ofenderme.

—¿Qué decís?...

—Pues qué, ¿no debo tomar como una ofensa, y gravísima, el que un hombre casado me hable de amores?

—Yo no soy casado, señora.

—El Papa dice que sí.

—El Papa no dice ni que sí ni que no; y si el Papa dice que sí, el Papa miente.

—Como se conoce que os tratáis con herejes, exclamó Noemi.

Todo el mundo sabía, ó creía saber, que don Pedro *el Católico* era grande amigo de los herejes albigenses.

Sydi Muzay había hablado mucho de esto con Noemi.

El viejo emir era un profundo político, y le parecía muy bien que su enemigo fronterizo tuviese muchos y diferentes negocios en que distraerse.

Sydi Muzay contaba para cuando volviese al trono, con los disturbios, con las guerras intestinas á que podría llevar á Aragón y debilitarle, una cuestión religiosa.

—El Papa lo hace muy mal conmigo, exclamó con creciente irritación don Pedro: me debe mucho, y sin embargo, oye más que á mí á doña María de Montpeller, á su padre el conde de Montpeller y al rey de Francia, no se decide á anular un casamiento que se hizo por una mala razón de Estado, á pesar de la consanguinidad. El

que haga ó no sentencie, me importa poco. Yo me he dado ya por libre. Por consecuencia, estoy dispuesto á casarme cómo y cuándo me parezca bien: no ha de faltar un obispo que, á pesar de Roma, me case.

—¿Os atreveréis con el Papa?...

—Yo me atrevo con todo el mundo.

—Es que todo el mundo no tiene la excomunión.

—Si el Papa me excomulga, me voy sobre Roma, y le obligo á que me levante la excomunión, ó de no, le echaré del trono de San Pedro, y luego que los cardenales elijan otro Papa más justiciero.

—Lo dicho: sois completamente hereje. Vos no podéis echar de su solio al Soberano Pontífice.

—¡Ira de Dios!... El Soberano Pontífice, poniéndose enfrente de mí, no es más que un rey como otro cualquiera, y de la misma manera que me es lícito matar en batalla á un rey enemigo mío, de la misma manera puedo matar en batalla al Papa si contra mí sale, que sí saldrá, porque es bravo; y si no sale, puedo cercarle en la ciudad, y luego en su palacio, al que puedo poner fuego, para que allí se quede en ascuas por atrevido y temerario.

—Voy creyendo lo que dicen, señor.

—¿Y qué dicen, señora?

—Que estáis algo tocado de la cabeza.

—Y aun del alma, exclamó el rey: y no sé yo quién pueda ser tres días rey de Aragón ó de cualquiera otra parte sin volverse loco. Y advertid que un rey, para valer algo, debe necesariamente ser algo loco, porque en su juicio completo, no se atrevería á hacer los tremendos disparates que á veces son necesarios para sostener la autoridad real.

—Sed bueno y justiciero, mirando por el bien y por la honra de vuestros reinos, y habréis hecho lo bastante para ser respetado, temido y amado.

—¡El diablo que se entienda con los cristianos, señora!... dijo don Pedro con una expresión de despecho; vos no los conocéis; cada uno es un rey; todos creen, no que el rey es igual que ellos, sino que es menos que ellos, y no basta para sujetarles castigarles á tiempo, que entonces se rebelan, y á la voz de contrafuero y libertad arman una zalagarda que el diablo que se tenga firme.

—Eso consiste en que los reyes de Aragón son también aragoneses, y el diablo que los convenza: tal para cual; á tales reyes, tal reino.

—Pero, ¿qué me importa á mí de esto que estamos hablando?... Lo que á mí me importa sois vos.

—Nosotros, señor rey, no podemos ser más que buenos conocidos.

—Y qué: ¿no he de poseeros yo?... ¿no he de anegarme en vuestra hermosura?... ¿habré de morir desesperado?...

—Obligad al Papa á que os descase.

—¿Y si el Papa me descasa?

—Yo no sé lo que pensaré cuando podáis casaros conmigo: pero es necesario empezar por ahí.

—Os prometo que el Papa me librará de esos vínculos odiosos.

—Sea eso, y después veremos.

—¡Oh!... ¡y cuánto amáis á ese hombre!...

—No seré jamás ni su esposa ni su amiga.

—Pero le amáis...

—¿Y qué puede importaros eso, si vos no deseáis más que mi cuerpo?

—Yo no quiero vuestro cuerpo, sino vuestra alma.

—Ganadla: haced de modo que yo olvide mi primer amor.

—¿Y qué más puedo hacer que ir contra el Papa, pasar por encima de él si se niega á mi demanda, y hacer elegir otro que me la otorgue?

—Yo no os pido eso: las concesiones de Roma no se ganan con ejércitos de hombres, sino con un ejército de doblas de oro. Si vos estáis pobre, que bien pudiera ser, yo soy tan rica, que para arrojar á dos manos todo el oro que poseo, necesitaríais muchos años?

—¿Es decir que queréis ser reina de Aragón?

—Sí, porque quiero ser vuestra reina; porque no puedo ser vuestra reina sino siendo vuestra esposa; porque necesito teneros constantemente sujeto á mi voluntad.

—¿Y no lo estoy ya, señora mía?

—Aún no lo he visto.

—Mandad.

—Casad á mi hermana Isabel.

—¡Ah!... ¡ya... sí!... y decís que no os acordáis ya de Marsilla.

—No.

—Tenéis celos, sin embargo, de vuestra hermana.

—Sí, aunque le amo inútilmente; unos celos horribles.

—¡De modo que queréis que yo os liberte de vuestros celos, casando á vuestra hermana, porque no pueda casarse con Marsilla, é insistís en que nunca seréis de Marsilla ni la amada ni la esposa!

—Afirmo lo uno é insisto en lo otro.

—Vos pretendéis desesperarme.

—Yo seré vuestra esposa, cuando os vea completamente sometido á mi voluntad.

—¿Y con quién queréis que case á vuestra hermana?

—Con don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín.

—¿Y qué queréis que yo haga para eso?

—Mandádselo á mi padre.

—Vuestro padre tiene contraído un empeño de honra.

—Mi padre atropellará por todo por complacer á su rey. A más de esto, mi padre puede decir que, por encima de su palabra y de su voluntad, está la voluntad del rey.

—Me obligáis á que yo me ponga en muy mal lugar con vuestro padre... ¿y qué dirá vuestro padre de mi tiranía?

—Decidle que queréis casaros conmigo.

—Eso es mucho más fácil que lo otro.

—Que para que este casamiento pueda ser, se necesita que el Papa anule el contraído con doña María de Montpeller, y que, por lo mismo, enviéis á mi padre á Roma.

—Vuestro padre os llevará consigo, y no os veré yo mientras.

—Harto tiempo tendréis después de verme, y aun de cansaros de verme.

—¿Os empeñáis en que sea lo que decís?

—De todo punto, ó creeré que no me amáis.

—¿Y si os obedezco?

—Empezaré á amaros. Ahora, idos; ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

—¡Ah! sois muy cruel, muy rigorosa conmigo, exclamó el rey, y se levantó.

—Llamad mañana á mi padre, señor, y creed que no volveréis á verme hasta que hayáis mandado que case á mi hermana con don Rodrigo de Azagra, y además me hayáis pedido á él por esposa.

—Será como vos lo queréis, señora, dijo el rey.

—Ahora, señor, salid; es muy tarde y necesito descansar.

—¿Y cuándo volveré á tener la gloria de veros?

—Cuando lo merezcáis.

Don Pedro quiso tomar una mano á Noemi.

Ella la retiró, y señaló la puerta al rey.

Don Pedro salió, suspirando y aturdido.

Pasó algún tiempo.

Noemi oyó pasos en el corredor.

Se abrió la puerta y avanzó la repugnante cabeza de Piccolomini.

—¿Lo habéis oído todo? dijo Noemi.

—Sí, señora, dijo Piccolomini: vuestra señoría me había mandado que escuchara.

Piccolomini trataba ya como reina á Noemi.

—Pues bien: guardad un profundo secreto acerca de lo que habéis oído.

—Una tumba, señora; una tumba.

—Hacedlo así, porque así ganaréis mucho, y de otro modo, perderíais la cabeza.

—¡Oh! por esta parte la tengo muy segura, señora.

—¿Ha visto alguno entrar al rey en la hostería?

—No, no señora, porque el rey puede venir á la

hostería por una mina que llega hasta el palacio real.

—Muy bien: retiraos.

Piccolomini se inclinó profundamente, y desapareció.

Noemi se fué á la puerta, y la aseguró por dentro.

Luego se fué al dormitorio.

Observó á Isabel.

Dormía profundamente.

Noemi se fué á un cofrecillo que estaba encima una mesa, y tomó de él otro pomo.

Con parte de su contenido frotó las sienes de su hermana.

Era un contranarcótico poderoso.

Había necesidad de evitar que Isabel estuviese demasiado tiempo bajo la influencia del narcótico.

Por esto Noemi había cortado su entrevista con el rey.

Había dejado muchas cosas por decir.

Pero así era mejor.

Noemi se desnudó, y se recogió al lecho.

Poco después se durmió.

Estaba satisfecha.

Sus proyectos iban muy bien.

CAPITULO XLIX

En que se ve cómo se trataban los ricohombres de Aragón con el rey su señor

Al día siguiente, muy temprano, don Pedro se encontró sorprendido con un apremiante llamamiento del rey.

Atavióse á gran prisa.

Se fué al palacio real.

En el mismo punto en que llegó, le recibió el rey.

—Venid y dadme los brazos, don Pedro, le dijo el rey.

—¡Cómo, señor! exclamó sorprendido y asustado el ricohombre: ¡los brazos... á vuestra señoría!...

—Sí, puesto que os tomo por padre.

—¡Por padre!...

—Tenéis una hija por la cual me he vuelto loco.

—Para estimar en lo que vale á alguna de mis hijas,

señor, no se necesita volverse loco: pero sí para decirme á mí...

—¿Os ofendéis porque os digo que mi padre sois?...

—¿Y de qué manera, señor? exclamó frunciendo más las cejas don Pedro.

—¿Cómo ha de ser, sino casándome con vuestra hija, la infanta doña María?

—Pero vos sois casado, señor.

—Tengo pleito en Roma.

—Este pleito dura hace muchos años: este pleito no se sentencia; doña María de Montpeller tiene de su parte al Papa.

—Yo os juro que aunque tenga que subirme á las barbas del Padre Eterno, yo me veré libre de ella.

Don Pedro II, como se ve, continuaba siendo impío.

Don Pedro de Segura, que era muy creyente, exclamó;

—Permitidme, señor: las barbas del Padre Eterno no se meten en estas cosas.

—Ya sé yo, dijo el rey, que Dios no se mete en las miserias humanas: yo no hablo con Dios á quien reconozco y adoro; pero, para que lo sepáis de una vez, cuando yo digo las barbas del Padre Eterno, digo Roma.

—Pues no lo entiendo, dijo el tenaz don Pedro de Segura, porque aunque el Papa no sea Dios, es el representante de Dios sobre la tierra; es uno de sus apóstoles, ó la continuación de sus apóstoles, y el Espíritu Santo le inspira.

—Me parece, dijo el rey, que mis buenos primos me van á obligar á que les dé una lección severa; á que les

pruebe que se hace más con algunos centenares de lanzas que con todo un mundo de apóstoles.

—¿Y creéis vos, señor, que le faltan lanzas á Roma?

—Son lanzas con sotana, y no pinchan, dijo con un altivo desprecio el rey. En fin, y viniendo al asunto; yo he dejado á Roma con sus impedimentos, y con sus dilaciones, y con sus vacilaciones acerca de mi pleito con doña María de Montpeller, porque no urgía: pero ahora es distinto: me estoy muriendo por la infanta doña María, yo os lo aseguro.

Hay que reparar en que don Pedro II evitaba cuanto le era posible llamar hija de don Pedro de Segura á Noemi.

Don Pedro de Segura reparaba en ello, y se le quemaba la sangre.

Veía que el rey se tenía por mucho más que un ricohombre aragonés de su chapa: él que se creía más alto y más noble que todos los reyes del mundo.

—*Mi hija*, exclamó recargando el acento, es verdaderamente muy afortunada en haber causado en un tal *caballero* (vuelta á recargar el acento) como vuestra señoría, un amor tal; pero *mi hija* es una prenda tal, que por mucho que se la estime, no se la estimará nunca ni aun en la sombra de lo que ella vale; porque para valer lo que muy pocos saben apreciar, le basta con ser sangre mía.

—¡Cuando digo yo que ser rey de Aragón es ser menos que lo menor que hay en el mundo!... exclamó el rey: ser señor de Aragón, es como ser señor de una dolencia insoportable é incurable: ¿conque ahora me vendréis

vos, don Pedro, con aquello de que, para mezclar yo mi sangre, cualquiera que ella sea, con la vuestra, no tengo bastantes merecimientos?

—Yo no he dicho eso, ni lo pienso, señor, dijo don Pedro de Segura: lo que pienso sí, porque lo siento y lo digo, es que ni vos ni nadie tiene merecimientos bastantes para decirme á mí, á don Pedro de Segura, que por mi hija siente amores, siendo un hombre casado: que lo que yo tendría á grande honra y á grande ventura si vuestra señoría fuese mozo ó viudo, téngolo á injuria y á humillación, y á ofensa, y á yo no sé qué, y me defiendo y pienso en el fuero de los hijodalgos, que me pone al igual de mi señor y aun más alto que él si mi señor me ofende: y más no se hable de esto porque no puede ser de otra manera; y todo está ya dicho, y lo que no se ha dicho, ello mismo se dice; y por lo tanto no hay necesidad de seguir.

—¡Ay, don Pedro!... ¡y cuán bien sabía yo cuando os llamé, que nos íbamos á tirar de los cuernos!...

—¡Ni vuestra señoría cuernos tiene, saltó picado don Pedro de Segura, ni gracias á Dios los tengo yo, ni los tendré nunca, y si por castigo los tuviera, vive Dios que al arrancármelos salieran con sus raíces las entrañas de alguno!...

—¡Válgame Dios, don Pedro!... exclamó el rey; ¿y cómo se podrá hablar con vos sin que piquéis y mordais por la picazón?... Pero gracias á Dios que yo me he acostumbrado ya al humor de mis barones, y conllevándoselo me llevo bien con ellos.

—Vuestros barones, señor, con vos son una misma

cosa; esto es, la justicia, la honra y la fama de Aragón, y ya sabéis que vuestros barones saben quedar tendidos sobre el campo de pelea sosteniendo la honra del reino.

—Si lo que os sobra de valor os faltara de rudeza y soberbia, mis buenos *pares*, la cosa estaría en su punto, dijo el rey: pero en fin; Dios no ha querido que haya un hombre perfecto. Hay que someterse á la voluntad de Dios, y admiraros por lo que tenéis de admirable, y sufriros por lo que tenéis de insufrible. Pero estamos perdiendo miserablemente el tiempo. Vengamos á la cuestión: yo os pido la mano de vuestra hija *la infanta* doña María, para en el caso seguro de que el Papa me desuna de doña María de Montpeller.

—El Papa ha hecho ya lo bastante en este negocio, para que no se deba creer que se mantendrá en sus trece.

—Pues si el Papa se mantiene en sus trece, mantengámonos nosotros en nuestros quince, y si es necesario en nuestros treinta.

—Pues no entiendo á vuestra señoría.

—Quiero decir, que en la balanza de la justicia del Papa echaremos oro, mucho oro, y ya veréis, ya veréis cómo la cosa anda; y no sólo anda, sino que vuela, y que antes de ir á la guera contra el moro, ya me habré yo unido legítimamente á la *infanta* doña María.

—Pues yo digo á vuestra señoría que así y todo no puedo decir nada, porque esto es cosa de *mi hija:* si ella no quiere ser reina, ¿qué quiere vuestra señoría que yo le haga?... yo no la he de ahorcar para que lo sea.

—Me estáis retorciendo la paciencia, don Pedro.

—No quiero yo retorcerle á vuestra señoría nada.

—En fin: ¿vos queréis?

—Yo sí.

—Pues para que este nuestro común contento se cumpla, voy á daros una comisión.

—¿Cuál?

—Os iréis á Roma.

—¿A qué?

—A ver cuanto ver se necesite para inclinar en nuestro favor la balanza de Roma.

—Yo no voy á eso.

—¡Cómo!

—No, señor; yo no he sido nunca corredor de ventas, y mucho menos de ventas de esta especie.

—Por cualquier parte que se os toca, mordéis: veamos otro camino: ¿vos iréis como embajador mío á Roma?

—¿A qué?

—A decirle de parte mía al Papa, que si sigue tirándome de las narices por el asunto de doña María de Montpeller, estornudo, y allá se va.

—Yo no puedo decir eso á Su Santidad.

—¡Don Pedro!

—¡Señor!...

—Yo os mando...

—Yo obedeceré... si puedo y debo.

—Yo os mando que vayáis á Roma representando mi persona, y digáis al soberano Pontífice que yo no puedo ver sin gravísimo disgusto las dilaciones que se dan á la sentencia de mi pleito con doña María de Montpeller, y que si la sentencia no se pronuncia pronto, muy pronto, Nós veremos lo que hemos de hacer, mirando á nuestra

conciencia, á nuestro justo derecho á que se nos separe de doña María, y á nuestra dignidad. Que, en fin, yo soy un hijo amantísimo de Su Santidad, y que por lo mismo, haremos cuanto esté de nuestra parte para sostener el amor y la buena inteligencia que debe haber entre un padre y un hijo.

—Eso es distinto, dijo don Pedro de Segura. Iré, señor, y me tendré firme con el Papa.

—Ya sabía yo que con todo y lo aragonés que sois, nos habíamos al fin de entender.

—Me llamáis aragonés de tal manera, señor, dijo don Pedro de Segura, que no parece sino que vos no sois también aragonés.

—No volvamos á las andadas, don Pedro; que por lo mismo que los dos somos aragoneses, si continuáramos en la disputa, sabe Dios adónde podríamos arribar. Yo os ruego, pues que os vayáis. Yo os llamaré cuando haya de daros mis reales cartas para el Papa.

Don Pedro de Segura salió contentísimo.

Como se ve, y como se sabe, su gran sueño era casar á *su hija* con el rey.

En su disputa con el rey, todo había sido cuestión de forma.

Hablárale el rey de otra manera, y él hubiera respondido de otro modo.

Noemi supo que todo iba de bien á mejor.

CAPITULO L

Cómo puede intrigar una mujer sola

Noemi llamó al señor Piccolomini.

—Traed esta noche al rey, le dijo, á la misma hora que anoche.

Piccolomini se frotó las manos de contento.

El rey recibió el mensaje, y se abrasó más y más de amor.

Concibió esperanzas.

Esperó impacientemente la noche.

Llegó ésta al fin, y se oyó en la puerta secreta el llamamiento de Piccolomini.

El rey, que estaba ya paseándose impaciente, abrió, y siguió al hostalero.

Este lo llevó al mismo retrete que la noche anterior.

Noemi esperaba ya.

Como la otra noche, había adormecido á Isabel.

Noemi no estaba engalanada.

Por el contrario.

Sencillísimamente vestida.

De una manera severa.

Así parecía más hermosa.

Piccolomini no había recibido la orden de ser testigo oculto.

Por lo mismo, lo fué con mucho mayor interés.

Se quedó escuchando del otro lado de la puerta.

El rey se precipitó hacia Noemi, se arrojó á sus pies, y la dijo:

—¡Matadme, pero no me atormentéis!...

—Alzaos, señor, dijo ella, que no puedo yo ver que mi rey y mi señor, á quien amo y respeto, esté postrado á mis pies y suplicante.

—Abridme, pues, los brazos.

—¡Ah!... no, señor; os ofenderíais á vos mismo: vos no podéis querer que ni aun por vos haya una mancilla en la frente de vuestra esposa.

—Vámonos á buscar un fraile que nos case, exclamó levantándose el rey.

—Eso no puede ser, dijo Noemi; aún sois casado.

—¡Vive Dios, que me las ha de pagar el Papa, por los apuros y los sufrimientos en que me pone con sus dilaciones! He de proteger á los albigenses, hasta que no quede ni fundación de Roma.

—Eso es aparte, dijo Noemi: por lo presente, sentaos y oid.

Sentóse el rey.

Su semblante dejaba ver que estaba terriblemente contrariado.

Se comía con los ojos á Noemi.

Si ella no hubiese estado tan enamorada de Marsilla, no hubiera podido menos de sentirse conmovida por el apasionadísimo, por el violento amor del rey.

—Es necesario que enviéis un embajador á Valencia, dijo Noemi.

—¿Y para qué?

—Yo no tengo sólo padre: tengo también abuelo.

—¿Y qué queréis que yo diga á vuestro abuelo?... Ya sabéis que en este momento somos enemigos á muerte. Él se prepara sin duda para ir á aumentar las falanges de Mohamed *el Verde,* y yo junto ejércitos en Barcelona, para ir contra él con los otros reyes cristianos de España.

—Nada tiene que ver lo uno con lo otro; supongamos que yo fuese ya vuestra, no siendo nieta del rey de Valencia, sino del rey de Francia, y que con el rey de Francia, por razones bastantes que tuvieseis para ello, os contrapuntaseis así. El que yo, nieta del rey de Francia, fuese vuestra esposa, no quisiera decir que vos no pudierais hacer la guerra contra él.

—Eso es verdad.

—Por lo mismo, enviaréis un embajador á mi abuelo.

—Le enviaré.

—Este embajador le dirá que servidores vuestros me han cautivado en la frontera.

—Muy bien.

—Que me han llevado á Teruel.

—Convenido.

—Que allí, por el gran parecido que tengo con mi hermana Isabel, me ha reconocido mi padre, que es un infanzón aragonés que se llama don Pedro de Segura, y que es tan poderoso y tan rico como un rey.

—Pero anoche no queríais que vuestro abuelo supiese que vos estabais en Aragón.

—He pensado en ello, y he cambiado de propósito.

—Se hará como lo deseáis.

—Haréis se diga á mi abuelo que, en tal manera me habéis estimado cuando me habéis conocido, que queréis hacerme vuestra esposa cuando el Papa anule vuestro casamiento con doña María de Montpeller.

—Eso dirá mi embajador, y dirá la verdad.

—Le pediréis su beneplácito, como es muy justo.

—Se lo pediré.

—Le diréis que yo permanezco en Aragón, al lado de mi padre y del hombre á quien amo, pero que siempre soy su amantísima nieta.

—Así se dirá de mi parte al rey vuestro abuelo.

—Convenidos: veo que sois muy razonable, señor, y que me complacéis, lo cual es una muestra de amor.

—¿Y de mi amor podéis dudar?

—¿Qué mujer prudente no duda de las protestas de amor de los hombres?... Yo soy muy joven, es verdad, pero la prudencia ha nacido conmigo: no he necesitado que me la legaran los años.

—Vos sois un tesoro.

—Muchas gracias, señor: vamos á otro asunto: ¿nada habéis dicho á mi padre acerca del casamiento de don Rodrigo de Azagra con mi hermana Isabel?

—En verdad que me había olvidado de ello.

—Pues bien: es necesario que ese casamiento se haga, y cuanto antes.

—Lo más urgente es que don Pedro vaya á Roma.

—Pues bien: á Roma nos iremos todos.

—¿Vos también?... pudierais quedaros aquí con vuestra madre y con vuestra hermana.

—Yo haré falta en Roma, al lado de mi padre, para activar el asunto.

—¿Y cuándo queréis partir?

—Dentro de quince días.

—Me parece tarde.

—Es necesario preparar mucho: además de eso, vos emplearéis ese tiempo en convencer á mi padre, para que case á mi hermana Isabel con don Rodrigo.

—Será todo lo que vos queráis, señora.

—Así debe ser: hoy me toca á mí mandar: mañana, cuando seáis mi esposo, vos mandaréis.

—¿Cuándo queréis se envíe la embajada á vuestro abuelo?

—Mañana mismo.

—Mañana irá con mis cartas el barón Artal de Lauria.

—Gracias, señor: ahora retiraos.

—¡Oh! ¡y cuán cruel sois!

—Estoy fatigada; necesito reposo.

—Os dejo, pues; pero sólo se aparta de aquí mi cuerpo.

—Nada os importe eso, porque queda en buen lugar vuestra alma.

El rey procuró asir una mano á Noemi para besársela á la despedida.

—No, dijo Noemi retirándola: cuando seáis mi esposo.

—Acrecéis en la crueldad. ¿Y cuándo volveré á veros?

—Cuando yo lo crea conveniente.

—Pues creedlo conveniente lo más pronto posible, porque yo no puedo vivir sin veros, sino sufriendo un infierno.

El rey salió disgustado, é infinitamente más enamorado.

Noemi, después de cortar en su hermana, como la noche anterior, los efectos del narcótico, se recogió completamente satisfecha.

Dominaba al rey.

Le desesperaba.

Intrigaba sola.

Su intriga iba produciendo magníficos resultados.

Su pasión por Marsilla la impulsaba.

El rey la servía de instrumento.

La fortuna la ayudaba mucho más de lo que ella había creído.

Contaba con tener suyo á Marsilla, y no pasando mucho tiempo.

Así es que se durmió de todo punto satisfecha y feliz.

APITULO LI

En que se ve que aragoneses y catalanes han sido siempre los mismos

Al día siguiente, apenas hubo acabado de almorzar el rey, que lo hacía muy temprano, llamó al nobilísimo don Artal de Lauria, ricohombre en quien don Pedro tenía una gran confianza.

Le habló encargándole un gran secreto, acerca de su propósito de casarse con una nieta del emir de Valencia, hija de don Pedro de Segura.

Don Artal de Lauria, que era un caballero ya entrado en años, hizo cuantas reflexiones podía hacer al rey.

Pero el rey estada obstinado.

Lauria aceptó el encargo, y juró guardar el secreto.

—¿Quién sabe? dijo cuando salió de palacio: esto no puede hacerse en cuatro días: á lo que parece, el rey se ha empeñado por doña María de Segura, y con mucha

razón, que no puede darse una garzona más hermosa: á mí también, á pesar de mis años, se me llena la boca de agua cuando la veo. Puede ser que al rey se le pase esto: de todas maneras, ¿qué importa?... ella es cristiana, legitimada por el rey, es infanta; porque al fin, nieta de un rey es, aun cuando sea moro.

Al día siguiente don Artal de Lauria partió para Valencia.

Llevaba un rico presente de don Pedro II para el emir Muzay-al-Mansur.

Este presente iba en algunas acémilas.

Resguardaba al embajador del rey un fuerte escuadrón de lanzas y dos escuadrones de valientes almogávares de aquellos que espantaban al mundo.

Llevaba, además, por cuenta propia, don Artal de Lauria, á más de sus escuderos, cincuenta buenos servidores de su casa.

Porque, como todo ricohombre, era señor de pendón y de caldera; lo que significaba que podía tener gente á sueldo y lanzas bajo su enseña.

No se necesitaba menos para entrar por el reino de Valencia, y además, había la circunstancia de que se preparaba una guerra á todo trance entre cristianos y musulmanes.

Entre el Evangelio y el Korán.

Llevaba, además, el señor de Lauria, cartas particulares del rey de Aragón para el emir de Valencia, y éste era bastante salvoconducto.

En el primer pueblo moro de la frontera, al ver acercarse tanta gente cristiana, los habitantes se pusieron en armas.

Hizo Artal de Lauria señal de parlamento, y el kaid le recibió.

Supo que iba de paz á buscar al emir.

—Bien venido seas, pues de paz vienes, dijo el kaid cuando se hubieron explicado: y no extrañes nuestro recelo, porque estando en paz con Aragón, por aquí se nos ha metido una banda de demonios, que entran en las pequeñas aldeas, en los caseríos, y todo lo llevan á sangre y fuego: bandoleros deben ser, que no cabiendo en Aragón se han metido á darnos guerra en Valencia.

—¿Cuántos son? preguntó Lauria.

—Unos ciento.

—¿Y qué señal llevan?

—Son hombres de armas, dijo el kaid, bien montados y armados, y entre ellos ondea un estandarte dorado, con una cruz roja en el centro.

—¡Los Caballeros de la Cruz de fuego!... exclamó Lauria: pues no; si yo me los encuentro sobre mi camino juro á Dios que les he de enseñar á que respeten á aquellos que todavía están en paz con el rey de Aragón.

Contentóse el kaid con esta respuesta del ricohombre, le dió entrada en la villa, le festejó, y aquella noche dió una zambra en honor suyo, á que asistieron las más hermosas mujeres de los contornos.

Que los moros entonces no guardaban tanto sus mujeres como ahora, y muy principalmente los moros fronterizos que habían tomado mucho de los cristianos, de la misma manera que los cristianos fronterizos de los moros habían tomado mucho de ellos.

Al día siguiente continuó su marcha.

Le precedían veinticinco moros como adalides ó guías.

El kaid de la villa iba con ellos, comandándoles.

Ya Artal de Lauria no podía tener tropiezos.

Atravesaron el pinar que ya conocemos, cuando de improviso el kaid y los veinticinco moros, que iban delante, se replegaron.

Se les había echado encima un poderoso escuadrón de jinetes cristianos.

Eran los Compadres.

Artal de Lauria les salió al encuentro.

Al ver los Compadres jinetes aragoneses, alzaron las lanzas, que ya traían tendidas, preparándose á la acometida, y vinieron á parlamento.

Lauria les interrogó.

Ellos contestaron que habían entrado en el reino de Valencia con don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

Que éste se había perdido.

Que se había perdido también su capitán, el Compadre Gomecillos.

Que los andaban buscando como debían.

Que por buscarlos necesitaban comer ellos y alimentar á sus caballos.

Que no les parecía que unos tales caballeros como ellos lo eran, pudieran ciertamente pedir limosna, y mucho menos en tierra de infieles.

Que tomaban, pues, lo que les hacía falta.

Que una vez comenzado el gasto, no sabían irse á la mano.

En fin, que aquella era cuestión de apetito.

—Yo sé, les dijo don Artal de Lauria, que á vuestro Gran Maestre no le gustaría gran cosa saber que sus Caballeros habían andado por ninguna parte, aunque fuese en tierra de moros, haciendo la vida de salteadores, y añadió que, para evitar esto, que ellos no eran mucho de fiar, él les mandaba en nombre del rey y de su Gran Maestre, le siguieran á Valencia, que yendo con él no había de faltarles alimento, y bueno, ni pienso para sus caballos.

Hubieron de someterse á esto los Compadres, y les importó poco, porque tenían ya las bolsas bien repletas, y estaban satisfechos.

Llegó, en fin, á Valencia con un respetable, aunque pequeño ejército, Lauria.

Se encontró con que el emir Muzay-al-Mansur estaba poniendo cerco á la ciudad.

No había podido entrar en ella con el ejército con que había llegado.

Los rebeldes habían cerrado las puertas y castillos fuertes.

Muzay recibió con grandes honores en una magnífica tienda al embajador del rey de Aragón.

Tomó las cartas que llevaba, y cuando sus secretarios se las hubieron leído, dijo en arábigo aljamiado:

—Me has traído una gran pena y una grande alegría.

De que mi nieta vive.

Esto para mí es un contento tal, que no puedes figurártelo sino eres padre y no has perdido á una hija de tu amor.

Conténtame también que tu rey haya reconocido de

tal manera digna á mi nieta, que quiera hacerla su esposa.

Pero lléname al par de tristeza el ver que mi nieta, allá con vosotros se quede, y que quiera mejor vivir con su padre que con su abuelo.

Yo contestaré mañana á las cartas del rey tu señor, que me has traído.

Entretanto tú y los tuyos reposad entre nosotros como huéspedes.

Lauria y todos los que con él iban fueron aposentados en el real.

Aquella noche, Hugo de Puigcremat, catalán feroz que, por la pérdida de Gomecillos, y como el más calificado después de él de los Compadres que allí estaban, había tomado el mando, los congregó á todos delante de su tienda, y les dijo:

—Yo me he adelantado hoy hasta la ciudad: he reconocido sus muros, y he visto que por la parte de levante ó de *adohá*, como dicen los moros, hay una gran parte del muro apostillado, al parecer, por medio de los arietes del cerco.

Por allí algunos taifas han intentado el asalto, y han sido rechazados.

Una y otra vez se ha repetido la acometida, y los sitiadores se han visto obligados á retirarse, perdiendo mucha gente.

¿Qué os parece, Compadres, si nosotros nos metiésemos por el portillo y tomásemos á Valencia?

Unos dijeron que sí inmediatamente.

Pero muchos de ellos se pellizcaron la extremidad de la oreja.

Señal de vacilación.

—Parece que no todos pensáis del mismo modo, dijo Hugo de Puigcremat; yo no creía que entre nosotros hubiera mujeres asustadizas.

—Las temeridades, dijo una voz ruda, nunca han servido para nada más que para dar lugar á desastres; no somos más que ciento, y cuando numerosos escuadrones de gente brava no han podido hoy penetrar en la ciudad, no podemos esperar nosotros una mejor fortuna: ahora bien; si con nosotros viniera el señor Artal de Lauria y los suyos, que son ciento cincuenta, y todos son gente granada y dura, allá se iría.

—No me parece mal lo que has hablado, Juan de Daroca, dijo Hugo de Puigcremat; y porque mal no me parece, voy á buscar ahora mismo á don Artal de Lauria.

Y sin decir más, se fué á la tienda del ricohombre, á quien conmovieron las intenciones de los Compadres de introducirse en la ciudad.

¿Quién tal oyó?

Artal de Lauria era de lo más atrevido que podía darse.

Era, además, aragonés hasta la médula de los huesos.

Una empresa por Aragón, por temeraria que fuese, le seducía.

Se puso, pues, de parte del proyecto.

Hizo avisar á todos los suyos.

Los reunió.

Les dió la orden de no armarse más que con las corazas, los cascos, los escudos, las espadas, los puñales y las hachas de armas para ir más á la ligera.

A la sordina, echaron así unos tras otros hasta doscien-

tos cincuenta hombres aragoneses y catalanes, bajo las órdenes de Artal de Lauria.

De lugarteniente suyo y encargado de la gente, puesto que él era el que la había reconocido como jefe, iba Hugo de Puigcremat.

Todo un lobo.

Se encaminaron á la desfilada hacia la salida.

Salieron sin ser sentidos por los guardas del campo del emir.

Avanzaron silenciosamente protegidos por la oscuridad.

Cerca ya de los muros, Puigcremat se detuvo y dió cuenta á Artal de Lauria de que ya estaban en los términos del asalto.

Doscientos pasos más allá estaba el muro aportillado en una gran extensión.

Los escombros habían llenado el foso, y podían servir de escala.

CAPITULO LII

De cómo aragoneses y catalanes ganan á Valencia en una empresa de la cual no se ocupa la historia

Dividió Lauria su gente en dos batallas.

Al frente de la primera se puso él.

Al frente de la segunda Puigcremat.

Se dió la señal en voz baja.

En el mismo punto, la primera batalla avanzó á la carrera hacia el muro.

La segunda la siguió de cerca.

Llegaron á los escombros.

Los superaron.

Pero en la parte superior se encontraron con los guardas moros.

Empezó un combate encarnizado.

Los moros que defendían la brecha no eran en gran número.

Habían confiado en que los del emir, escarmenta-

dos por el mal éxito del día, no irían por la noche.

Apesar de la inferioridad de su número respecto á los cristianos, se tuvieron firmes y pelearon como fieras, dando voces al mismo tiempo para que vinieran á reforzarlos.

Pero se las habían como leones.

Las Compadres, que iban delante, eran verdaderos demonios.

Donde veían bulto descargaban hachazo.

Cada hachazo era un hombre muerto.

Avanzaron rápidamente.

Los acometidos se vieron obligados á dejarles el puesto y se dieron á correr por las calles de la ciudad dando la alarma.

Tras ellos iban los Compadres y los de Lauria.

Así llegaron unos y otros á la plaza.

Los moros habían acudido en tumulto.

Por todas partes lucían antorchas.

Al ver flotar en el centro de la ciudad los dos estandartes cristianos, el de los Compadres y el de Artal de Lauria, creyeron que el rey de Aragón, llamado por el emir Muzay, había acudido á su socorro.

Al mismo tiempo todos los que en la ciudad eran del partido de Muzay-al-Mansur acudieron á ayudar á los de Lauria y á los Compadres.

Había la particularidad de que ninguno de los cristianos había sido muerto ni aún herido.

Tampoco se había extraviado ninguno.

El rebelde Alí-Kaleb, el mendigo subido á rey, había pretendido arrancar la victoria á los invasores.

Venía en un poderoso caballo y muy cubierto de púrpura y oro, con la corona en la cabeza.

—¡Ah, por Nuestra Señora de Monserrate! exclamó Hugo de Puigcremat, que aquel que viene allí vale por lo menos mil doblas, y me quedo corto; ¿pues para qué se han hecho las ocasiones sino para aprovecharlas?

Y se lanzó hacia Alí-Kaleb.

Atropelló á algunos desarrapados armados de picas que le precedían, y cuando estuvo á cierta distancia de él, se plantó en firme, volteó su hacha de armas sobre su cabeza y la lanzó contra Alí-Kaleb.

La pesada hacha partió silbando, y fué á dar en el rostro al rebelde que cayó desplomado del caballo.

Hugo de Puigcremat había tirado de su espada.

Había herido ó ahuyentado á los pocos que quedaban en torno de Alí-Kaleb; había llegado á éste, y poniéndole un pie encima había dicho:

—Esto es mío: no doy parte á nadie.

Alí-Kaleb se estremecía en las últimas convulsiones.

Hugo de Puigcremat le cortó con una gumía que recogió del suelo ensangrentado, la cabeza, y la dió á uno de los Compadres que junto á él estaban.

Pero sin corona.

Era de oro y piedras preciosas, y Hugo de Puigcremat se la había guardado y la había colgado de su talabarte.

Luego despojó al cadáver del manto real que era de brocado de tres altos con perlas y pedrería, y se lo puso.

Le quitó la espada y los puñales que eran riquísimos.

Tenía ya todo lo que deseaba: había arrancado ya su presa.

Recogió su hacha de armas que encontró por acaso, á poca distancia del cadáver, y se la enganchó.

Luego saltó en el caballo de Alí-Kaleb.

—¿Has *aviado* ya eso? dijo el compadre á quien había arrojado la horrible cabeza.

—Aquí lo tienes, en la punta de una pica, dijo el compadre.

—Divinamente, dijo Puigcremat; esta guía es tan buena como otra cualquiera.

Y rompió para adelante, rodeado de muchos vecinos de Valencia leales á Muzay-al-Mansur, que llevaban antorchas, y que gritaban desaforadamente aclamando á Muzay y á los valientes *rumíes* (1).

Detrás de Puigcremat, y sobre un fuerte caballo que había cogido al enemigo, iba Artal de Lauria.

Aparecía disgustado.

Decía que aquello se había hecho muy pronto, y con muy poco trabajo.

Se había quedado con ganas de carnaje.

Ganaron nuestros vencedores la puerta de Adohar ó del Sol, como queramos, y salieron con mucho resplandor de hachas hacia el campo de Muzay.

La ciudad había quedado ocupada.

Los vecinos armados acuchillaban y degollaban á los vencidos que encontraban huyendo.

Muzay no esperaba sin duda semejante acontecimiento.

Cuando oyó los añafiles, las dulzainas y los atabalejos de los de Valencia, las voces que se dejaban oir en con-

(1) Cristianos.

fuso tumulto, y sus antorchas, creyó que los de Valencia venían á acometerle, y puso su cuerpo en armas, contento porque podía coger á los rebeldes en rasa campaña, sin la protección de los muros.

Pero cuando vió en la vanguardia ondear los dos pendones, el de Artal de Lauria y el de los Caballeros de la Cruz de fuego, se maravilló.

Envió gentes á que reconociesen á los que venían.

Estos volvieron y contaron lo que había sucedido.

Muzay salió al encuentro de sus amigos.

—Poderoso emir, le dijo Artal de Lauria; yo y los míos, y los Caballeros de la Cruz de fuego, hemos embestido por el portillo que tú hicistes en los muros de tu ciudad: Valencia es tuya.

Y reventaba de fiero y noble orgullo el bravo aragonés.

—Y en prueba de ello, dijo Hugo de Puigcremat, ahí tienes, poderoso emir, la cabeza de tu enemigo; yo se la quité, y con ella la corona que ceñía: te doy la cabeza, pero la corona no, que yo soy más pobre que tú, y esta rica corona me hará muy buen provecho.

—Yo no sé cómo agradeceros, bravos capitanes y soldados, lo que habéis hecho en beneficio mío, sino diciéndoos que, puesto que la habéis ganado, Valencia es vuestra.

—La tendremos cuando vengamos por ella, dijo Artal de Lauria; no ahora que como embajador de un rey amigo, vengo á tí, esclarecido emir: siéntate en tu trono, que tú indudablemente, sin nuestra ayuda hubieras recuperado, y déjanos por buen premio la satisfacción de haberte servido.

—Nosotros, los muslines, dijo el emir, no usamos empresas ni escudos de armas; pero vosotros, los cristianos, sí, como emblemas de vuestros blasones; pues bien: Artal de Lauria, mi amigo; yo os ruego pongáis por carta real mía y para recuerdo de mí, en vuestro blasón, una mano de oro torcida, con un brazo encima armado de espada: y tú, el de la cruz, ponte en un cuartel de tus armas, y por debajo, una cabeza cortada con la degollación por arriba, hacia la corona. Esto por ahora. Y ¡sus!... capitanes y amigos... ¡á la ciudad!...

Entonces todo el campo, llevando á la cabeza al emir, se encaminó á la ciudad.

La hallaron iluminada y alegre.

La tiranía de la canalla había cesado.

No había personas en las calles.

Pero en cambio estaban sembradas de cadáveres de los rebeldes.

CAPITULO LIII

En que se ve cómo puede curarse un hombre á causa de una violencia ejercida contra él

Llevaba, además, Artal de Lauria un encargo particular del rey don Pedro II, para el emir Muzay-al-Mansur.

Recordarán nuestros lectores, que don Enguerrando de Azagra se había apoderado de Angiolina, ó como mejor queramos, de la infanta doña María de los Angeles de Aragón, en el mismo punto en que ella se creía llegada al colmo de la felicidad por su amor con Marsilla.

Don Enguerrando se había impuesto al rey.

—Si quieres tener tu hija, dame á Alejandra, le había dicho.

El rey don Pedro, que, como sabemos, amaba extraordinariamente á Angiolina, había hecho, como quien dice, los imposibles para encontrar á Alejandra.

Había hecho también que se revolviese el mundo para

encontrar á don Enguerrando de Azagra, porque encontrado don Enguerrando, estaba encontrada Angiolina.

Pero una de dos: ó los buscados no estaban en Aragón, ó estaban tan ocultos, que los servidores del rey, aunque eran muchos y buenos, no podían dar con ellos.

Por gestiones del rey de Aragón, los de Navarra y Castilla, sus parientes, habían hecho buscar también por todos sus Estados á Alejandra.

Pero no había podido darse con ellos.

Hasta en la Cerdaña y el Rosellón se les buscó.

Aun hubo enviado del rey que se alargó hasta Paris.

Ni Angiolina ni Alejandra parecían.

Era muy posible, y más que probable, que estuviesen en tierras de moros.

Cuando el enamorado don Pedro, por las exigencias de Noemi, se vió obligado á pedir, aunque condicionalmente, la mano de la altiva mujer que le enamoraba, y que más que otras le había enamorado al recién restaurado emir de Valencia, se le ocurrió que tal vez en los Estados de éste se podrían encontrar las dos mujeres que se buscaban.

Dió, pues, encargo reservado don Pedro II á Artal de Lauria, para que suplicase al rey de Valencia hiciese cuanto estuviese de su parte para encontrar á aquellas dos damas.

Obligado Muzay á don Pedro II, á quien podía considerar ya casi como un nieto, se prestó á sus solicitudes, y cortando por lo sano, llamó, como diríamos hoy, por el telégrafo, á todos los kaides ó alcaldes de sus dominios.

Y decimos telégrafo, porque las torres de atalaya, con las señales que hacían de día con llamadas y de noche

con llamaradas, eran un telégrafo tan bueno como cualquier otro.

De todo punto semejante al nuestro.

Estas torres, colocadas en eminencias, se veían entre sí.

Se encadenaban, por decirlo así.

La gran torre de la mezquita principal de Valencia hizo la primera señal con una gran llamarada.

Poco después, todas las torres de atalaya que desde allí se veían, repitieron la misma señal.

A la hora, todos los kaides y cadíes del reino de Valencia esperaban las órdenes de su emir.

Entonces una combinación de señales en la torre de la grande aljama ó mezquita principal, comunicaba la orden expresa á todos los cadíes del reino para presentarse en Valencia, al emir, de allí á tres días, á la hora de *adohar;* es decir, al mediodía.

Los tres días que habían de tardar en llegar á Valencia las cadíes, los empleó el emir en grandes fiestas y regocijos por su restauración, en cuyas fiestas fueron muy obsequiados aragoneses y catalanes.

Además, Muzay decretó mercedes á los que le habían sido leales.

Castigó á los que le habían sido traidores.

El resto de su tiempo lo pasó al lado de la hermosa molinera Wadyaláh, que le fascinaba con su mágica hermosura.

Pero Wadyaláh no le convenía mucho á su lado.

Se veía obligado por su corazón, á cuidar de su odiado enfermo.

Este enfermo era Marsilla.

Había quedado entregado á una especie de vaguedad de cabeza, que le producía delirios.

Wadyaláh cuidaba de él mejor que una madre y que una hermana.

Como una mujer enamorada hasta las entrañas.

Le tenía bajo su amparo y secretamente en un bello departamento del palacio de Ruzafa.

Muzay, considerando todo el enojo de Wadyaláh si faltaba al secreto, había ocultado á los cristianos la existencia de Marsilla en su poder.

Marsilla no estaba en estado de saber, ni aun que lo hubiese estado, hubiera sabido que había cristianos en Valencia.

Wadyaláh, por la locura que había inspirado al anciano emir, era en Valencia un poder supremo.

El emir se había constituído en perenne esclavo.

Así era que cuando estaba al lado de Wadyaláh, y ésta le suplicaba que se retirase, la obedecía y se alejaba de ella suspirando y más enamorado de día en día.

Los cadíes de todo el reino se presentaron en número de más de doscientos en uno de los grandes patios de Ruzafa, el día y á la hora que se les había mandado por el emir.

Éste los recibió en una gran sala.

Díjoles que se volviesen y que cuando llegasen á sus respectivas ciudades, villas, castillos, aldeas ó alquerías, diesen pregones para que todos los moros que en su poder tuviesen mujeres cristianas, esclavas ó no esclavas, las presentasen, so pena de ser descabezados aquellos á quienes se probase que teniendo bajo su dominio una cristiana no la presentaban.

El medio no podía ser más expeditivo.

Era de presumir que ninguno de los vasallos del emir se atrevería á arrostrar el peligro de ser descabezado por la ocultación de una cristiana.

Hay que tener también en cuenta, que siempre los moros han colocado á la mujer en una situación de esclava y tienen cuantas quieren, y no las estiman de tal manera que expongan por ellas la cabeza.

¿Ni qué musulman se atrevería á desobedecer las órdenes del alto é invencible emir, representante del Sumo Califa, que á su vez es el representante de Dios sobre la tierra?

Esto sería lo mismo que si en cuestiones dogmáticas un cristiano no reconociese la autoridad de un obispo.

Los cadíes debían volver de allí á tres días trayendo consigo todas las cristianas que en los dominios valencianos se encontrasen, sin excepción: jóvenes ó viejas.

Por su parte, Artal de Lauria envió á pedir á Barcelona una persona que conociese á Alejandra, que de otro modo no había medio de encontrarla.

El mismo rey no sabía de qué color tenía Alejandra los ojos.

Alejandra, todo el tiempo que había estado en Aragón, lo había pasado retirada en su castillo de Aytona.

Cuando á Barcelona había ido con su padre, había sido encubierta bajo un capuz rojo y negro.

Se echó el rey don Pedro á buscar una persona que á Alejandra conociese.

Fué, en fin, necesario recurrir á un tal don Perafán de Paracuellos, que había sido, y era, alcaide del castillo

de Aytona, y que conocía perfectamente á Alejandra.

Pero don Perafán tenía un reuma que le hacía dar gritos horribles en cuanto se movía.

No importaba esto.

El rey, á quien importaba mucho que su querida Angiolina le fuese restituída: que recibía cartas de ésta sin que se pudiese saber de dónde venían, por las cuales se veía que estaba privada de la libertad, encerrada en un lugar donde jamás había luz más que el tiempo suficiente para escríbir sus cartas; el rey, decimos, ardía en deseos de encontrar á Alejandra, á fin de que su querida Angiolina se viese libre, y mandó que don Perafán de Paracuellos, quisiera ó no quisiera, con reuma ó sin él, fuese puesto en una litera, y conducido á Valencia, á fin de que pudiese examinar á los cristianos que los moros de Valencia habían presentado á su emir.

Don Perafán fué conducido.

Es verdad que se había mandado le acompañaran dos médicos, bien provistos de las medicinas y útiles necesarios.

Pero el pobre don Perafán iba desesperado, dando, no ya gritos, sino rugidos, á cada vez que por una desigualdad del terreno se producía un brusco movimiento en la litera.

Llegó al fin como Dios quiso, y ganó, hasta no sabemos qué punto, el cielo á fuerza de martirios.

Pero llegó en buen hora.

Porque apenas uno de los médicos de palacio le vió, cuando dijo atusándose la blanca barba:

—Esos médicos de Aragón no saben dónde tienen los

dedos de las manos; ¿pues no han visto que lo que este hombre tiene no es otra cosa que una paralización muscular en ambas piernas y en ambos brazos, á causa de un humor de lepra que se le está comiendo?

Y Ali-ben-Bakre hizo sus cocimientos, los pasó por sus retortas, obtuvo un licor color de oro; desnudó á nuestro hombre las piernas, le dió unas fuertes frotaciones, haciéndole beber al mismo tiempo un licor verdoso, y don Perafán, apenas empezado á tratar, comenzó á dar alaridos que pararon muy pronto en rugidos, empezando á gritar desesperado, que el rey su señor no le había enviado á Valencia sino para que le mataran atormentándole ó martirizándole mejor dicho, pues el triste don Perafán, á causa del tratamiento del sabio Ali-ben-Bakre, se abrasaba vivo.

Pero cuando hubo pasado como una media hora de nuestro tiempo, aquellos desgarradores dolores empezaron á calmarse.

Sobrevino una especie de consuelo y de adormecimiento.

Por último el enfermo se durmió y permaneció en un tranquilo sueño por espacio de tres horas.

Cuando despertó se encontró con que ya no tenía picores, puesto que podía moverse á su gusto, sin experimentar dolor alguno.

Se arrojó de la cama.

Dió dos zapullos, y se oncontró con que estaba tan vigoroso y tan ágil como en los mejores días de su juventud, y á más, con un grande apetito; beneficio del cual no gozaba hacía más de seis meses.

Se arrojó al fin al pescuezo del sabio Ali-ben-Bakre y

le llamó padre, hijo, hermano y aun adorado de su alma, y santo y varón milagroso.

Se encontró no solamente curado de su reuma sino también rejuvenecido.

Dió muchas gracias á Dios de que su noble señora doña Alejandra de Aytona se hubiese perdido y hubiese habido necesidad de ir á buscarla á Valencia.

Estuvo á punto de renegar y hacerse moro, de agradecimiento al moro que en beneficio suyo había hecho aquel milagro.

En fin, don Perafán estaba loco de contento.

Pero le quedaba otro achaque.

Es decir, una oftalmía que no le dejaba ver claro.

CAPITULO LIV

En que se traía de una oftalmía, y del gran cuidado en que estaba Europa por lo que se verá

Se había descubierto una cosa enorme á causa de la orden de Muzay-al-Manzur á los cadíes de su reino.

Había en él, entre viejas, jóvenes y niñas, más de diez mil cristianas.

Con verdaderas caravanas habían llegado á Valencia todos los alcaldes.

Se había aposentado á este ejército femenino en la alcazaba, que era un edificio extensísimo, destinado al comercio de los géneros de seda y lana, y asimismo á la orfebrería.

Se tenía por tan ortodoxo y tan severo al emir Muzay, que se temía hubiese llamado á todas las cristianas, residentes por cualquier concepto en su reino, para echarlas

de él, á fin de que no corrompiesen con sus halagos la fe religiosa de los creyentes del reino de Valencia.

Este agolpamiento de cristianas obligaba al emir á crecidos gastos.

Pero ¿qué se le había de hacer?

Era necesario dar gusto al señor rey de Aragón, puesto que éste se había agradado tanto de Noemi que la quería hacer su esposa.

Fué necesario esperar á que viniese don Perafán.

A que se eurase.

Estando con el reuma no había que contar con él para nada.

Que se restableciese.

Y una vez restablecido del reuma se encontró con que no servía bien para el caso.

Con su oftalmía no distinguía bien los objetos.

Él se apresuró á manifestar que no respondía de la seguridad de su vista.

Que era muy posible que su señora se pusiera delante de él y no la reconociese.

Se entregó de nuevo á don Perafán al sabio Ali-ben-Bakre.

Éste le observó.

Le puso una ventosa en la nuca.

Le aplicó vejigatorios á las pantorrillas.

Echó colirios en los ojos del paciente.

Cometió con él no sabemos qué número de operaciones científicas.

Le trató á lo albéitar.

Le desesperó.

Le hizo mugir, rugir, y hasta ladrar de dolor.

Pero en fin, después de algunos días de tratamiento, don Perafán volvía á colgarse, ebrio de placer y de agradecimiento, al pescuezo del sabio Alí-ben-Bakre.

Don Perafán veía como un águila.

Como no había visto en toda su vida.

Había acabado con la oftalmía.

Al fin don Perafán estuvo en estado de juzgar.

Pero para llegar á este resultado se habían necesitado más de veinte días.

Se estaba ya á fines de Febrero.

Las noticias que llegaban de Andalucía eran alarmantes.

Desembarcaban en Tarifa más y más hordas de África.

El emir Mahomed *el Verde* aumentaba de una manera imponderable sus ejércitos.

Los emires de Córdoba y de Sevilla, y los de Granada y de Almería hacían levas de gente.

Se temía de un momento á otro el avance de este formidable armada.

Los reyes cristianos apresuraban sus armamentos.

De todos los reinos de la cristiandad venían magnates con lanzas y caballos, y caballeros aventureros.

Aquello era una cruzada.

Europa se sentía amenazada, como en los tiempos de Muzay-ben-Nossen y Tarik-ben-Ziad.

Espantábale el temor de un nuevo Guadalete.

Se recelaba que una vez vencedores en España los moros, no se les pudiese contener como en tiempos de Carlos Martel en los campos de Tolosa.

¿Quién sabía adónde podía llegar el aluvión?

Aquello era un negocio arriesgado.

La morisma rebosaba del África, y amenazaba con llevarlo todo á sangre y fuego.

CAPITULO LV

Hasta qué punto eran señores de todo en sus dominios los emires moros

Apto ya para servir don Perafán de Paracuellos, listo de piernas, de brazos y de ojos, se le colocó en uno de los vestíbulos del palacio de Ruzafa.

Con él estuvo el emir, don Artal de Lauria, Hugo de Puigcremat que había llegado á ser una gran persona, los hagibs, los kadíes, los walíes, y muchos de los otros funcionarios de la corte de Muzay-al-Mansur.

El vestíbulo estaba tendido de magníficos tapices persas.

En un estrado ostentoso estaba colocado el diván real.

Delante había una valla cubierta de ricas pieles de león y de pantera, que dejaban ver en una horrible fila las feroces cabezas desnudas de los de la guardia del emir, y al lado de cada una la punta luciente de una gumía.

Cuatro pebeteros de oro exhalaban el amarillento humo de las resinas y perfumes que se quemaban en ellos.

A la salida, como á la mitad del vestíbulo, había dos vallas ricamente cubiertas con paños de oro y púrpura y en cada una de ellas un estandarte de Valencia.

De la una á la otra valla había solamente el espacio capaz para que pasase una persona.

Gran número de moros, ricamente ataviados y con armaduras de luciente acero, daban la guardia.

Un aluvión de curiosos esperaban en las antecámaras la hora de la recepción.

Como no se sabía porqué se hacía aquella rebusca de una mujer, había escándalo.

Este escándalo perjudicaba á Muzay.

¿Qué género de interés tenía el emir por la mujer buscada?

¡Y por una cristiana!

¿Por qué tenía tan favorecidos y tan honrados en la corte á aquellos cristianos, cabalmente en un tiempo en que el tigre del desierto afilaba sus garras para lanzarse sobre el león español?

Confesemos que había motivo para que las protestas de todos colores surgiesen.

Porque siempre ha habido política, y partidos políticos, aun entre los moros.

Y habrá política mientras haya ambición, y fanatismo y locura.

De donde se desprende que la tendencia á la política es innata en el hombre, y que mientras el hombre exista, existirá, para el buen orden social.

Los políticos de Valencia no podían menos de encontrar de todo punto trascendentalísima aquella revista de mujeres.

Se hablaba de la inconsecuencia de Muzay.

Se decía que, en la persecución, había vendido su alma al diablo.

Que si había reconquistado su reino, era simplemente porque el diablo le había ayudado.

Y la prueba era que los que en Valencia se habían metido y vencido á los hombres de la revolución popular, habían sido *perros* cristianos.

No se dejaba, en fin, sin roer, un solo hueso del emir.

Pero así y todo, había una gran ansiedad.

La plaza de Ruzafa estaba llena de gente.

Era necesario ver pasar á aquellas diez mil mujeres.

Llegó el medio día y empezó la revista.

La primera que se presentó causó un murmullo de admiración.

Era una gitana.

Iba vestida de una manera verdaderamente regia, y con muy poca diferencia á la moda asiria.

Se hubiera creído tener delante á Semíramis.

Era esclava de un bajá de Egipto, que alejado por el miedo de ser decapitado por rebeldías de Egipto, había venido á establecerse en Valencia y en Játiva, donde había adquirido una inmensa propiedad.

Se había traído consigo todos los tesoros que había robado durante su bajalato.

La gitana había nacido en un pueblo de Castilla.

El bajá, en un viaje que había hecho por las tierras

cristianas, la había conocido ganándose humilde y afanosamente la subsistencia en no sabemos qué villa.

Le enamoró.

Inés era muy joven.

Sus padres la vendieren embriagados por el montón de oro que les puso delante el bajá.

Inés fué conducida á Valencia.

Pero ni quiso prostituirse en el harém del bajá ni renegar de Jesucristo.

No quiso tampoco ser amiga ni esposa del bajá.

Le parecía viejo, feo, repugnante.

Sobre todo, por ser moro, la causaba horror.

Inés se mantenía pura.

No era ella la esclava.

El esclavo lo era el bajá.

Doce años tenía Inés cuando fué vendida por sus padres.

Cuando apareció ante la vista de Muzay, tenía quince.

Era admirable.

Artal de Lauria se inmutó al verla.

Tembló de los pies á la cabeza.

Los negros ojos de Inés se habían fijado en Artal, quien, á pesar de que era ya un hombre muy cerca de la madurez, se mantenía célibe.

Por consecuencia, estaba más en peligro.

Inés palideció, tembló.

Don Perafán de Paracuellos, dijo:

—Este hermosísimo prodigio no es la dama que buscamos.

—Parece, don Artal, dijo el emir, que esta doncella te ha tomado el corazón con mucha más fuerza, y en

mucho menos tiempo que tú tuviste para tomar á Valencia.

—En verdad, señor, dijo Lauria, que no sé lo que me sucede.

—Huélgome de ello, dijo el emir.

Y mandó hiciesen entrar á Inés en una de las cámaras inmediatas, y que allí se la asistiese y se la cuidase.

Inés pasó, hermosísima, fascinadora, abarcando en una mirada de fuego á Artal de Lauria.

Siguió la revista.

Suponemos que nuestros lectores no pretenderán que nos aventuremos en la descripción de diez mil y tantas mujeres.

Esto sería interminable y monótono.

Basta con que digamos que entre ellas había algunas de una belleza superior.

Entre niñas y viejas, podía considerarse una mitad.

Todas ellas se habían engalanado cuanto las había sido posible.

Todas habían halagado la esperanza de que el emir las eligiese; hasta las feas.

Pero el emir no había elegido más que á una.

Y aun así la había elegido para otro.

Tenía bastante con el delirante amor que le hacía sentir la hermosísima Wadyalah, que en aquellos momentos, en una retirada cámara del palacio, anegaba su mirada en la mirada de Marsilla.

Don Perafán habíase fijado bien en cada mujer que había pasado, y había dicho siempre:

—No es esta.

En fin, pasaron todas y no pasó Alejandra.

Cerraba ya la noche cuando terminó la revista.

Se retiró todo el mundo.

—Mi buen amigo Lauria, dijo Muzay al ricohombre, yo siento mucho no me haya sido posible encontrar en mis reinos esa dama que con tanto empeño busca el rey de Aragón, por ahora y mientras Dios no disponga otra cosa, mi buen amigo, compañero y hermano; pero alégrome de esta rebusca, porque ella os ha hecho conocer una hurí del séptimo cielo.

—Un arcángel, dijo Lauria.

—Pues os anuncio que os llevaréis ese arcángel á vuestras tierras.

—¡Cómo, señor! exclamó Artal de Lauria.

—Pues qué, ¿no me habéis dado vos mi hermosa Valencia?... Justo es que yo os dé esa hermosa doncella que es cristiana, y que debe ser muy noble, porque parece muy altiva.

—Permitidme á lo menos, señor, que yo pague el precio que vos daréis por ella.

—Os perdono esas palabras, don Artal, porque no quiero... no puedo enojarme con vos: retiraos á vuestro aposento: yo haré que á él sea conducida esa doncella.

Lauria se retiró aturdido.

Poco después de haber llegado á su aposento, uno de los servidores del emir condujo á él, y en él la dejó, á Inés.

CAPITULO LVI

De lo peligrosa que puede ser para un soltero una fascinación violenta por una mujer

—¿Por qué me han traído aquí y me han dejado sola con vos, señor? dijo en buen castellano Inés, pero alentando apenas.

Lauria no contestó.

Le absorbía la contemplación de Inés.

—¿Habéis amado? la dijo al fin.

—No sé lo que es amor, dijo Inés con acento ardiente.

—¿Habéis sido la felicidad de alguno enamorado de vos?

Y la voz de Lauria temblaba.

Inés levantó la cabeza con altivez.

—Yo no puedo dar felicidad sin ser feliz.

Y la mirada de sus negros ojos abarcó á Lauria.

Le embriagó.

Le enloqueció.

—¿Podéis, pues, ser la esposa de un hombre honrado?

—Mi frente es morena, dijo Inés, pero está pura como el ampo de la nieve.

—¿Queréis ser mi esposa?

—¡Cómo, señor!... vos no me conocéis... vos no sabéis...

—No quiero conocer ni quiero saber más que vuestra pureza y vuestro amor.

—Mirad que podéis arrepentiros, dijo aturdida Inés: que no os engañen este rico y espléndido traje; estas admirables alhajas. Esto no es mío.

—Vuestro es: es mi regalo de bodas.

—Meditadlo bien, señor.

—En el momento en que os he visto; en el momento en que vuestra mirada ha caído en mis ojos, por ellos os habéis entrado en mi alma. Desde el momento en que desaparecisteis, hasta el punto en que he vuelto á veros, el tiempo ha sido para mí una eternidad en el infierno.

—Ved que soy esclava.

—No lo sois ya.

—Ved que soy pobre.

—No, porque yo soy rico.

—Soy gitana.

—Sois un arcángel.

—Yo no tengo blasones.

—Yo soy infante.

—¡Señor, señor, por piedad! exclamó Inés: mirad que me estáis matando; que como vos decís que no sabéis lo que os pasa por mí, yo os digo que no sé lo que me pasa

por vos, y que si esto es un sueño, al despertar del sueño moriré.

—Vos despertaréis del sueño siendo mi esposa y entre mis brazos.

—Señor, yo soy una esclava.

—Lo que vos sois para mí vais á saberlo dentro de muy poco: esperad, que yo no he de tardar en volver.

Y salió.

Inés se dejó caer en el diván y rompió á llorar de felicidad.

—Sí, sí, dijo entre sus lágrimas; mi pobre madre no se engañó cuando al separarse de mí me dijo: Tu padre no tiene entrañas y te vende: contigo te llevas mis entrañas, pero vé tranquila, hija mía; tú serás muy venturosa por el amor: tú, por el amor, llegarás á ser princesa.

Y continuó llorando dulcemente con su hermosa cabeza entre las manos.

CAPITULO LVII

De cómo Artal de Lauria llegó hasta el fondo del abismo del amor

Don Artal solicitó ver inmediatamente al emir.

Le dijeron que en aquel momento no podía ser, pero que sería muy pronto.

El emir se ocupaba de Artal.

Los guardias de su palacio se habían apoderado de un viejo que gritaba en la plaza, que se mesaba la barba, que rasgaba sus vestidos, y que, prorrumpiendo en improperios los más violentos contra el emir, llegaba hasta á llamarle ladrón, é incitaba á la rebeldía á las gentes que escandalizadas le escuchaban.

Aquel hombre era Beydaláh-ben-Jumea; el bajá escapado de Egipto, el amo de Inés.

Se había dado parte de su exceso á Muzay.

Le dijeron quién era, y cuando supo que se trataba del dueño de Inés, hizo le llevasen ante él.

—¡Dame mi alma que me has quitado, ó mátame! dijo antes de que el emir le dijese una sola palabra.

—Ni te la doy, ni te mato, dijo Muzay; no te la doy, porque siendo mi esclava en mis reinos, tengo el derecho de tomarla; ni te mato, porque conozco que la locura del amor te extravía.

—¡Dámela, ó mátame, emir! exclamó Beydaláh, arrojando por los trémulos y lívidos labios una espuma sanguinolenta.

—Mi tesorero te dará veinte mil doblas, véte.

—¡Dámela, ó mátame! repitió Beydaláh.

Y se lanzó sobre el emir.

Muzay le contuvo con una mano, le dominó, le doblegó, le arrojó contra el suelo, y dijo:

—Sacadle de aquí: dadle en la picota cincuenta azotes delante del pueblo, y luego encerradle en la cárcel.

Bedyaláh fué conducido.

El miserable gritaba, rugía, aullaba.

Se comprendía claro que había perdido el juicio.

Muzay mandó á su tesorero fuese á suspender la ración de azotes que merecía Beydaláh: mandóle que tomase luego veinte bolsas, y se llevase preso á Játiva á Beydaláh; que allí le soltara y le diese las veinte bolsas.

Desde que Muzay conocía la locura por amor, era benévolo para con sus compañeros de dolencia.

En este negocio estaba ocupado Muzay cuando le buscó Lauria.

En cuanto su tesorero hubo salido, recibió al ricohombre.

—¿Qué quieres, amigo mío? le preguntó cariñosamente el emir.

—Primeramente que me dejes pagar el rescate de mi esposa, señor.

—¡De tu esposa!

—Sí, sí señor; es honrada y pura, y no merece menos.

—En ese caso, en buen hora: yo puedo rescatar una esclava, pero á tu esposa no te la puedo rescatar; no debo hacerlo, y yo no hago nunca lo que no debo. He mandado se den veinte bolsas al amo de esa doncella.

—Yo te las enviaré en cuanto llegue á Aragón.

—Eso importa muy poco. ¿Pero has meditado bien?...

—No puedo meditar: he recibido el golpe en medio del corazón.

—Es verdad, dijo el emir. ¿Quién sabe hasta dónde llega la locura del amor?

—Tú tendrás indudablemente en tu ciudad sacerdotes mozárabes.

—Indudablemente.

—Yo quiero que esta misma noche un sacerdote cristiano bendiga mi unión con ella.

—Si has de ser venturoso, bien haya la ocasión en que te has enamorado: pero no me consolaré nunca de que te hayas enamorado en mi casa para ser desventurado.

—Su alma es mía y la mía es suya.

—Muy pronto os habéis prendado hasta tal punto el uno del otro.

—¿Se necesita más que un momento para vencer ó morir? Yo tengo la seguridad de que ella es mi alma, como ella la tiene de que yo soy el alma suya.

—De Dios viene todo, dijo el emir, y Dios es omnipo-

tente, infinito. Debemos someternos á su voluntad. El obispo mozárabe será avisado al momento, amigo mío, y dentro de una hora serás esposo de ese arcángel. ¡Oh!... ¡si la felicidad fuese tan fácil para mí!...

El emir envió á su mayordomo á buscar al obispo de Valencia, que acudió con su clerecía cuando supo de lo que se trataba.

Una hora después, el muy alto, muy temido y muy poderoso señor ricohombre, y barón, y hombre bueno de Aragón, señor de Daroca, copero mayor del rey de Aragón don Pedro II *el Católico,* de su Cámara y Concejo continuo, de su real casa, don Artal de Lauria, se casaba solemnemente ante el rey de Valencia y sus altos dignatarios, con Inés, que no tenía género alguno de dictado, ni más preeminencia que la de su magnífica hermosura que tan fatal había sido para su esposo, tan dominadora, tan irresistible.

—¡Ah! exclamó Inés cuando la bendición del obispo la hubo hecho esposa de Lauria: ¡no sabía mi doncella que cuando me engalanaba como á una sultana de la India y me cubría de un tesoro de joyas, me engalanaba para mis bodas! ¡Ah! ¡madre mía! ¡y qué bien profetizaste tú! ¡si vives, tu hija te hará feliz!...

Lauria tocaba ya el primero y más grave inconveniente del matrimonio.

Tenía suegra y mujer gitanas.

Tal vez le amenazaba todo un aduar.

Pero en fin, la locura del amor... los sentidos... el alma...

Lauria, una vez casado con Inés, se sintió muy feliz.

No sabía cómo lo tomaría el rey don Pedro.

Pero en fin, con desnaturalizarse estaba concluído.

Muzay festejó de una manera tal que no parecía que el festejo había sido improvisado á los novios.

En fin, después de la media noche, y concluídos los festejos con una suculenta comida, Lauria se llevó á su mujer á sus aposentos.

Entretanto gemía en la cárcel y se arañaba las manos y se las mordía el bajá Beydaláh-ben-Jumea.

Tan cierto es que por un delicioso destino del ser humano para que haya ricos es necesario que haya pobres, y para que hayan venturosos desventurados: en fin: que lloren unos para que rían otros.

Se encontró Lauria con que las joyas que tenía sobre sí Inés eran inapreciables.

No sabía cómo agradecer á Beydaláh-ben-Jumea el que hubiese comprado su mujer á sus padres.

En cuanto á ella, admiró más y más la fuerza de adivinación de su madre.

Encontró que no se podía ser más feliz.

Al día siguiente se hicieron las bodas de una manera ostentosa, y tan rica, que dejaron memoria en Valencia.

Al amanecer el mayordomo de Muzay-al-Mansur se llevó camino de Játiva, y provisto de las veinte bolsas en que el emir había estimado la adquisición de Inés, á Beydaláh-ben-Jumea.

Pero le llevaba atado y como un fardo.

De otra manera no hubiera sido posible.

CAPITULO LVIII

En que se publican tres cartas históricas que no existen en ningún archivo

Se estuvo todavía tres días Lauria en Valencia, comiéndose sabrosamente el pan de la boda, y felicitándose más de momento en momento de su locura, que para él había resultado lo más razonable del mundo.

Inés era inapreciable por cualquier lado que se la considerase.

Lo de gitana se salvó.

La mayor esplendidez de Muzay fué la de dar origen á Inés.

La declinó infanta mora, hija de un hermano suyo difunto.

¿Quién podía decir nada en contrario?

¿Cuántas de estas falsedades habían acontecido tocante á ilustrísimas familias?

No quiso tomar dote Lauria.

Pero no pudo excusarse de recibir el regalo de bodas del emir que fué maravilloso.

Muzay pagaba de una manera delicadísima á Lauria el gran servicio que le había hecho tomando por asalto á Valencia.

En cuanto á Hugo de Puigcremat, no volvió con las manos vacías ni mucho menos á Aragón, ni tuvieron de que quejarse los aragoneses y los catalanes que tan bravamente habían entrado en Valencia.

Muzay-al-Mansur merecía bien por su grandeza la corona que llevaba.

Para el rey, llevaba Lauria un presente mucho mayor y más ostentoso que el que el rey don Pedro había enviado al emir.

Don Pedro era muy espléndido, muy generoso, y aún muy manirroto.

Por consecuencia, siempre estaba, como suele decirse, á la cuarta pregunta.

Con las atenciones que tenía encima para reclutar, armar y equipar á los ejércitos que debía llevar á las campañas que se preparaban, estaba metido en grandes aprietos.

Así fué que no pudo ser tan espléndido como lo hubiera sido en otra ocasión, en regalar á Muzay.

En cambio Muzay, que poseía inmensos tesoros, aumentados además con los que había encontrado en Valencia, y con la confiscación de los bienes de los vasallos rebeldes que había decapitado, era fabulosamente rico.

Sin contar con el tesoro de Wadyaláh, del que hubiera podido disponer, pero al que se proponía no tocar.

Además de esto, pero no por medio de Lauria, sino de un enviado suyo, uno de los primeros walíes de Valencia, Muzay había enviado á su nieta todas las alhajas, que eran las de la sultana de la familia; más, todas las que había encontrado en los bazares de los renegados españoles; más, un número enorme, compradas á los ricos mercaderes de Valencia.

Noemi podía cubrirse tres ó cuatro veces completamente de perlas, de diamantes, de rubíes y de carbunclos, sin contar con una cantidad inmensa de esmeraldas, amatistas y zafiros.

La envió, además, cuatro acémilas cargadas completamente de telas de lino, de seda, de plata y de oro.

Además de esto, cincuenta mil doblas de oro en oro.

Don Pedro de Segura se estremeció cuando vió llegar al hotel de maese Piccolomini unos tales tesoros.

Noemi los recibió casi con indiferencia.

El señor Piccolomini exclamaba, viendo á los moros descargar todos aquellos pesados fardos, algunos de los cuales no podía desconocerse que contenían oro ó alhajas:

—¡Dios inmortal y tremebundo!... ¿Qué reina de Oriente es esta que tenemos en nuestra casa? Necesario es ponerse bien con ella. Rica es mi hija; ricos somos; rico es el rey nuestro señor: pero todo esto, comparado con la riqueza de esta sultana es humo... casi nada.

Y no se asombraban menos que maese Piccolomini los escuderos que á la puerta del hotel se agrupaban viendo los gallardos jinetes árabes, tan bien armados y engala-

nados como no los habían visto hasta entonces, y cubiertos de arneses, y esto producía el efecto que se había propuesto Muzay.

—Si los innumerables combatientes que dicen trae consigo Mohamed *el Verde* son todos como estos, ¡ay de España! y ¡ay de los cristianos!...

Pero había en ello un engaño: los cinco jinetes y los cincuenta esclavos que con el presente á su hija había enviado el emir como parte de su reino con la contestación á la carta del rey de Aragón, eran hombres escogidos.

Se les había armado, equipado y vestido á toda costa.

Los caballos que montaban eran admirables.

Habría sido poco menos que imposible reunir un ejército de cien mil hombres como aquellos.

El walí enviado por Muzay era un mancebo como de veinticuatro años, alto, recio, nervudo, blanco como el marfil, fino, buen mozo, arrogante, que generalmente miraba de una manera dulce y simpática, pero que cuando se irritaba, y esto era por la más leve contradicción, dejaba ver una mirada de fiera montaraz.

Llevaba, además, este walí una carta de Muzay para su nieta.

«Tú te has apartado de mí, decía, y con tu padre te has ido.

Yo ofrezco el sufrimiento á que me has sentenciado, en expiación de las culpas con que haya podido ofender al Señor.

Tú me dices que el rey de Aragón te quiere por esposa.

Yo no comprendo esto.

Yo te creía esposa ya y enamorada de este caballero que conmigo tengo.

Pero yo no creo que una nieta de mi real persona pueda hacer nada vergonzoso.

Casado es el rey de Aragón; pero tú me dices que el gran sacerdote de Roma le anulará y quedará libre.

Sea como tú quieres.

Yo fío en tu virtud, en tu experiencia y en tu sabiduría.

Me dices que tienes una hermana aún más hermosa que tú.

Que es enteramente semejante á tí.

Yo me holgara en el alma de conocerla.

Si salimos bien de esta empresa en que vamos á combatir creyentes é idólatras, la conoceré.

Por ahora yo no puedo ir á tierras de cristianos.

Pero si quisiera venir contigo tu padre, su esposa y tu hermana, yo les recibiría en mi palacio y les sentaría en mi trono.

Parte con tu hermana el presente que te envío.

Por ser tu hermana, la amo ya como si fuera mi hija.

A tu padre le envío un caballo, un arnés y una lanza.

De Damasco son las armas.

De la Arabia desierta el bruto.

Un rey no puede tener mejor corcel ni mejor armadura para entrar en batalla.

Yo no le escribo, porque, aunque en gracia á que es tu padre yo le he perdonado, no puedo olvidarme de que él fué la causa de la desgracia de tu madre.

Sé que es un noble, leal y bravo caballero.

Que el rey le estima en gran manera.

Que es uno de los más altos príncipes de Aragón.

No puedo menos de creerlo, porque viniendo tú, por parte de tu madre, de grandes príncipes, Dios no podía querer que de grandes príncipes no vinieras por parte de tu padre.

No entiendo bien lo que me dices en tu carta acerca de Marsilla.

Me ruegas encarecidamente que le trate de igual manera que á tí te trataría, pero me encargas también con no menos encarecimiento, que no le deje la menor libertad, no sea que se vaya á Aragón.

De él hablas como una mujer enamorada habla de su esposo.

Y esto cuando me dices que piensas casarte con el rey de Aragón, suponiendo que el Papa anule su casamiento.

Explícame esto que me tiene inquieto.

No te quisiera yo olvidándote de tu fe y de tu amor por la ambición.

Tú, para ser grande y más rica que todos los reyes de la cristiandad juntos, no necesitas más que lo que ya tienes.

Ser mi nieta.

Que Dios, mi querida hija, prospere tus días, y te dé cuantas felicidades puedan consolarnos de las amarguras inevitables de la triste vida.»

Noemi recibió el presente.

Honró y regaló al walí que le había llevado, y á los

tres días volvió á mandarle á Valencia con la siguiente carta:

«Al muy esclarecido, victorioso y temido emir, querido de Dios, y vencedor en mil combates; el preclarísimo Sydi Muzay-al-Mansur, rey de Valencia.

Salud y prosperidad.

Señor y padre mío: recibí tu mensaje que en el alma te agradezco, no por lo que en sí vale, sino por ser memoria tuya.

Más de la mitad, y aun todo quería dárselo á mi hermana.

Pero ella me dijo que entre nosotras no puede haber separación de bienes.

Que lo que ella posee (y es inmensamente rica), es mío, y lo que yo poseo es suyo.

Créeme que esta estimación suya me está haciendo mucho daño, porque la amo tanto, que el mucho amor que la tengo me tortura, porque no puedo hacer con ella como yo quisiera.

Si tú la conocieras, aún sin quererlo, la amarías como la amo yo.

En cuanto á lo de ir á Valencia, bien quisieran mi padre, mi madre y mi hermana, y yo lo quisiera también más que lo que tú puedes creer, porque así vería al amado de mi alma.

No te extrañe lo que yo te digo; que yo no puedo tener, ni tengo, ni tendré otro esposo que Marsilla, que esto del rey de Aragón es todo fingimiento porque así conviene.

Y no podemos ir á Valencia, porque para que el fingi-

miento sea mayor, vamos todos á Roma á incitar al Santo Padre de los cristianos, á que cuanto antes anule el casamiento del rey de Aragón con doña María de Montpeller.

Esto es lo que el rey cree.

Pero en realidad yo gastaré todos los dineros que sean necesarios, para que en todos los días de su vida el Papa no suelte al rey de su casamiento.

Con estos negocios voy á mis propósitos, y evito que mi padre asista á la gran campaña que se prepara.

Está, aunque fuerte, viejo y ya algo achacoso, y yo cuido de su comodidad, de su salud y de su vida.

Si por servir al rey en Roma como embajador, no ha podido ir á la guerra, nadie puede tildarle.

En cuanto á Marsilla no le dejes.

Si él pidiese ir á tu lado y combatir contra los cristianos, yo te diría que le entregases tu estandarte real; que él lo tremolaría allí donde sólo estuviesen los hijos de la fama y de la gloria.

Pero como esto no puede ser, déjale bien encerrado y guardado en una torre que escapar no pueda.

Que si á esta guerra no asiste habrá sido por este su cautiverio, no por su voluntad, y ya tiene fama bastante de buen caballero y valiente.

Pero envíame una carta real tuya, con la cual, no estando tú en Valencia, pueda libertarle cuando quiera.

Te encargo que su prisión sea en una de las mejores torres de tu alcazaba, y que allí se le atienda, se le sirva y se le respete como á un príncipe de nuestra familia.

Todo menos la libertad.

Aún no ha llegado la hora.

De parte de mi padre, te envío un corcel de batalla, criado en las dehesas de Segura; hijo del aire y del fuego, y un arnés de malla á toda prueba; y tal y tan rico, que bien puede llevarlo el sultán de Persia.

Te envío, además, una espada, cuyo inestimable valor consiste, según dice mi padre, en que está encantada, y hace invencible al que pelea con ella.

El rey don Pedro me encarga te dé las gracias por tus presentes y por la buena voluntad con que has acogido su petición, y que digas cuánto es su valor, por tener que considerarte enemigo cuando se abra la campaña.

Encárgame, además, que te diga que él, no tardando mucho, te escribirá acerca de esto y otras cosas largamente.

Yo, mi amadísimo abuelo, me quedo rogando á Dios aumente tus prosperidades y guarde tu vida como mi amor.»

Al día siguiente de haber partido el walí que había traído el presente de Sydi Muzay á Valencia, salió de Barcelona un correo del rey para Muzay, con una carta para éste del rey don Pedro.

Por ella se veía cuán prudente y cuán político era el rey de Aragón.

Tres días después partieron para Roma don Pedro de Segura, doña Margarita su mujer, y sus dos hijas.

Llevaban cartas patentes bastantes para el Papa.

Llevaban dinero en gran cantidad.

Don Pedro se las prometía felices.

Creía que no tardaría en llegar la anulación de su casamiento, lo que le permitiría lograr el colmo de sus deseos, y le convertiría en el hombre más feliz de la tierra en los brazos de Noemi.

CAPITULO LIX

En que se ve que el rey don Pedro II el Católico seguía la tradición de la política aragonesa

La carta que el rey de Aragón había enviado al rey de Valencia era muy larga.

Después de darle, con toda la gratitud de su alma, las gracias por haberle concedido la mano de su nieta para el caso seguro de que el Papa le separase de doña María de Montpeller, entraba en la cuestión política, lamentándose de que viniendo él á ser nieto del emir de Valencia por su casamiento con la muy alta, muy temida y muy poderosa señora doña María de Segura Ben-Muzay, infanta de Valencia, hubiera de verse obligado á ir contra él como contra todos los reyes moros coligados con el emir Almanzor, Mahomed *el Verde,* sultán de Damasco y de Marruecos.

«Habéis de tener en cuenta, mi querido padre, hermano y compañero, que aun así puedo llamaros, puesto que rey sois y en paz estamos, que nosotros, los de la banda de acá, tanto cristianos como musulmanes, somos españoles, y que por lo mismo España es nuestra común patria.

Guerra de religión es la que tenemos nosotros los reyes cristianos, con vosotros los reyes muslines; y de tal manera, que si vosotros os convirtierais al Crucificado, ó nosotros renegáramos de nuestra fe, nada habría que pudiera diferenciarnos. El odio de raza que había entre nuestros progenitores y los vuestros no existe casi, que ya vosotros por vuestra larga estancia en nuestro rico y próspero suelo, podéis llamaros lo mismo que nosotros, solariegos de España.

Así es, que ni á nosotros, ni á vosotros nos tiene cuenta la invasión del emir Almanzor en España.

Si vosotros no conocéis á Mohamed *el Verde,* yo le conozco harto; que ya hace tiempo que por aquí recelábamos que al poderoso sultán de Oriente, ó más bien á sus ambiciosos wazires se les ocurriese pasar el estrecho de Gebalacik para venir á gozar de las templadas, fructíferas y prósperas regiones del Mediodía.

Mohamed *el Verde,* descendiendo de aquellos morabitos mendigos que vencieron á las huestes del gran Mahedi, es un hombre pretencioso, pero débil; inflado por la inmensa extensión de sus dominios, y la incomparable altura de su autoridad; pero afeminado, y más dado á las delicias del harém que á las rudezas de la vida de campaña.

Pero tiene wazires ambiciosos que saben que los wazires que á España vinieron delegados por el Califa de Oriente, y los otros wazires que les sucedieron, se convirtieron muy pronto en emires; verdaderos reyes independientes, que cuando más, eran tributarios y aliados de aquellos califas que habían sido sus verdaderos soberanos.

Y ahora sucedería lo mismo.

Los wazires, los walíes, los xerifes los xeguíes, todos los que rodean al débil Mohamet *el Verde,* forman su corte, y son los cabos de sus ejércitos, han fijado su mirada avara en las fértiles tierras del Mediodía, y aun se han llenado el ojo con la conquista de Europa.

Ellos saben cuán poderosos sois más que ellos los moros de la banda de acá, y no es ciertamente contra nosotros los cristianos que vienen, sino contra vosotros, ansiosos de quitaros lo que de vuestros padres heredasteis, ó por vuestro valor y vuestra espada ganasteis.

A poco que reflexionéis, hermano y compañero, comprenderéis, si no lo habéis comprendido ya, que salvas las diferencias de religión y de ley que entre nosotros existen, la invasión del Levante en las tierras del Mediodía es una causa común de todos nosotros los españoles solariegos, cristianos y muslines.

Que ayudando vosotros al emir Almanzor contra nosotros, que como solariegos de España hermanos vuestros somos, y faltándonos á nosotros, los reyes cristianos, la fuerza que yo confío en Dios que no nos faltará, el cuchillo forjáis y las cadenas que han de cercenar vuestras gargantas ó aherrojaros en la esclavitud.

Teniendo, pues, esto en cuenta, y por una razón de

conveniencia común, yo estimo que meditando en ello, y viendo la verdadera conveniencia vuestra, vos en vez de obligarme á entrar un día por vuestra frontera, me tenderéis la mano y con mis lanzas y con las vuestras iréis contra el enemigo común de todos los españoles; y no sólo esto, sino que procuraréis poneros de acuerdo con todos los emires vuestros hermanos, á fin de que considerando la ocasión en que nos encontramos como una causa común, vayamos todos contra el emir Almanzor y de España le arrojemos; que después, y libres nosotros los cristianos de este molesto más que temible enemigo, contendremos como hasta ahora, nosotros porque os creemos ciegos para ver el verdadero Dios, y vosotros porque nos creéis idólatras.

Y más no os digo, hermano y compañero; que con lo que he dicho os he dado bastante que reflexionar; y á Dios quedad y que Él os prospere como lo desea el rey de Aragón, todavía vuestro amigo.»

A cuya carta contestó Muzay las breves razones siguientes:

«Razón tenéis en que más la ambición que la fe trae á España las innumerables huestes del emir Almanzor (á quien Dios ensalce con las palmas de la victoria). Lo que nos amenaza sabemos: la ingratitud y la traición esperamos por premio; pero no se llega á las supremas delicias del paraíso sin aquilatarse en la prueba, y no es el martirio el que puede detener á los creyentes en el camino de la fe, porque les lleva el amor de Dios.»

No puede negarse que la carta de Muzay era á la par que mesurada, noble y firme.

Pero la política aragonesa de Pedro II *el Católico* había sembrado, y sembrado en buen terreno.

Los frutos debían ser ópimos, y lo fueron como se verá más adelante.

CAPÍTULO LX

En que se relatan sucintamente algunas cosas que es necesario saber

Pasaron días, semanas, meses.

En vano el rey don Pedro esperaba cartas favorables de Roma.

Noemi escribía siempre que el Papa, en la cuestión del pleito del rey con su mujer, se mantenía duro como un guijarro, y que se disculpaba diciendo que no veía claro, y que no quería cargar su conciencia con una injusticia.

Añadía Noemi que la reina doña María estaba en Roma trayendo y llevando de acá para allá á los cardenales, y que éstos aturdían al Papa, y no había medio de sacar nada en limpio.

Decía Noemi que los cardenales eran unos buenos señores, que no se enternecían sino cuando recibían dinero, y que, pasado inmediatamente el enternecimiento, no

volvían á enternecerse sino cuando de nuevo dinero recibían, olvidándose á seguida de los compromisos que habían contraído.

Que aquél era el cuento de nunca acabar, y que recelaba mucho que todos los tesoros del mundo se agotarían y no poco tiempo antes de que se consiguiese del Papa lo que se deseaba.

Desesperábase el Rey, á quien con la ausencia se le había recrudecido el amor por Noemi, y escribía á ésta cartas desesperadas.

El negocio no se activaba con esto.

Por el contrario, se empeoraba.

Noemi no trabajaba por el rey sino por la reina.

Había conocido á doña María de Montpeller, á la madre del gran don Jaime *el Conquistador,* y se había interesado por ella.

Había visto que doña María de Montpeller amaba al rey no menos que ella misma amaba á Marsilla.

Doña María de Montpeller era una buena señora, bastante hermosa para ser amada.

Pero no para el católico don Pedro II, que no podía sufrir en manera alguna el haber sido doña María esposa del conde de Cominges, el haber tenido de él dos hijos, y que el conde de Cominges vivía.

El casamiento de éste con doña María de Montpeller había sido anulado por el Papa.

Don Pedro se había casado con la hija del conde de Montpeller, no por la razón del amor, sino por la razón de la política.

Doña María era hija única del conde, su heredera, y

los estados de Montpeller eran bastante considerables para que no se diese gran importancia en Europa á esta unión, cuando se hizo secretamente.

Pero el rey don Pedro no pudo sufrir á doña María, porque vivía otro hombre que había tenido con ella intimidad material.

Apenas casado con ella se escapó.

Si en ella engendró don Pedro á su hijo don Jaime, fué, ya lo hemos dicho, merced á un engaño urdido y llevado á cabo por la alta nobleza aragonesa, que llevaba muy á mal el que el reino de Aragón no tuviese la garantía del nacimiento de un infante heredero.

Se tuvo el infante sabe Dios cómo, y con sustos, mudanzas, sobresaltos y transacciones contrarias á la nobleza y dignidad aragonesas.

Pero no se logró que el rey tuviese esposa ni esposo la reina.

Ya sabemos que en el mismo punto en que el rey se convenció de que en vez de haber dormido con una dama de la cual estaba enamorado, había dormido con la reina, se salió airado de la cámara, y poco después, á caballo, de Montpeller.

El rey no había transigido ni transigía.

El Papa no sabía qué hacerse y daba largas al pleito.

Doña María era una víctima.

Agonizaba en Roma.

Su salud se resentía.

Cuanto más la despreciaba don Pedro, más ella á don Pedro amaba.

Esto se comprende.

La voluntariedad, el empeño, el amor propio, sublimaban, exageraban el amor.

Noemi, que tenía muy bella alma, no pudo menos de interesarse por aquella víctima.

Solicitó una entrevista, y la obtuvo.

Doña María no podía negarse á recibir á una infanzona tal, hija de un tal prócer como don Pedro de Segura, y á más infanta de Valencia.

Por de contado que doña María ignoraba los tratos de casamiento que existían entre doña María de Segura y el rey don Pedro.

Muy pronto una tierna amistad unió no sólo á Noemi, sino también á toda la familia de don Pedro de Segura y á la reina.

Había otra víctima en Roma.

O por mejor decir, dos víctimas.

Don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín, é Isabel de Segura.

Seguía ésta mirando con un desvío de día en día más acre á don Rodrigo.

Éste comprendía claramente que si un día llegaba á ser su esposa Isabel, no tendría en ella más que un cuerpo sin alma.

Don Pedro, excitado por Noemi y por el rey, decía que dado que Marsilla no parecía y que no se sabía de él si era vivo ó muerto, debía hacerse el casamiento con don Rodrigo.

Pero Isabel apelaba al pleito homenaje y compromiso que existía con Marsilla.

No importaba que no se supiese si era vivo ó muerto.

Tal vez no podía escribir.

Tal vez estaba cautivo.

Tal vez en remotísimas tierras.

Era necesario que se cumpliese el plazo convenido.

Si Marsilla faltaba al cumplirse el plazo, ella se casaría con don Rodrigo.

Pero antes de espirar el plazo, de ninguna manera.

Ella había jurado y no quería traer sobre sí la cólera de Dios por perjura.

Don Pedro se veía obligado á bajar la cabeza.

Don Rodrigo á desesperarse.

Noemi á tener paciencia.

Doña Margarita, que adoraba á Isabel, se ponía de parte de ella.

Noemi fingía ponerse también de su parte.

Pero por bajo mano apremiaba á su padre.

Aquella era una lucha fatigosa.

Por la parte de Barcelona existía una lucha no menor.

Angiolina, desde un punto que no había podido descubrirse cual fuese, sufría tormentos á cual más desgarradores.

Ella estaba en poder de un demonio que la mortificaba.

Que la atormentaba.

Que la hacía sufrirlo todo, menos el último de los ultrajes.

Ella estaba desesperada.

Ella era la esposa, ante Dios, de Marsilla.

Ella estaba deshonrada.

Era necesario que Alejandra de Aytona pareciese para que ella se viese en libertad.

Para que ella pudiese buscar á su esposo.

Estaba segura de encontrarle.

El rey se desesperaba.

Ya sabemos de qué manera extremada amaba á su hija la infanta doña María de los Angeles.

Se añadían estos disgustos á los muchos que tenía.

Gutier de Malespina, su hermano, le había hecho conocer, aun que no públicamente, á su hermana la infanta doña María de Palou.

Preocupábale por demás este segundo parentesco.

Gutier de Malespina, ó como queramos, el infante don Alonso, estaba con la corte en Barcelona.

Entraba y salía en palacio y tenía más influencia que ninguno de los otros ricohombres arrimados al rey.

Esto producía á don Pedro serios disgustos.

Disgustos insoportables.

Se daba al diablo.

Aquejábanle, además, los cuidados y los asuntos del armamento para la inevitable guerra que se veía amenazar.

El emir Almanzor agolpaba en las fértiles campiñas de Andalucía hordas y más hordas, que al cebo del pillaje en Europa, y por el fanatismo religioso, vomitaba de sus senos del África.

Se esperaba la llegada de la primavera para dar principio á las operaciones de la campaña.

Don Pedro no tenía ya ni un solo momento de paz ni para el cuerpo ni para el espíritu.

Por la parte de Valencia, el emir Muzay-al-Mansur no tenía mucha más tranquilidad ni mucho más contento.

A más de que los aprestos para aquella campaña que él creía tan funesta para los reyes cristianos de España como para los musulmanes españoles, le aquejaban continuos cuidados y sinsabores.

En cuanto al corazón, se sentía cada día más enamorado, más perdido por Wadyaláh.

Ella le recibía siempre cariñosa, siempre seductora.

Le embriagaba.

Le entontecía.

Daba largas y más largas á su unión con ella.

Le decía que no estaba aún convencida de su amor.

Que necesitaba más pruebas.

Entretanto Wadyaláh vivía en compañía de Marsilla.

Ella le trataba con indiferencia delante de Muzay.

Pero cuando Muzay desaparecía, todos los tesoros del amor de Wadyaláh eran para Marsilla.

Éste se sentía fascinado.

Además, su razón no se había robustecido aún.

Wadyaláh conocía por Muzay, que era de todo punto débil para ella, la historia de Marsilla.

Sabía que debía casarse con una dama aragonesa que se llamaba Isabel de Segura, si para un plazo convenido lograba hacerse rico.

Era necesario que hasta que se terminase aquel plazo no se viese Marsilla ni libre ni sano.

Wadyaláh guardaba á Marsilla como si hubiese guardado un tesoro.

Muzay sentía unos celos horribles.

No quería creer por dignidad y por amor propio que Wadyaláh le engañaba.

Que Wadyaláh estaba enamorada de Marsilla.

Más aún, que era su esposa del corazón.

Pero ni se atrevía con Marsilla, porque le amaba Noemi, ni era poderoso á separar á Wadyaláh de Marsilla.

Wadyaláh le dominaba.

Por otra parte, su dignidad, su amor propio no le permitían tener celos.

Muzay tenía enfermo, muy enfermo el corazón.

Su vejez estaba amargada de una manera terrible.

—Morimos antes de morir, decía: la vejez es la muerte, porque la vida es el amor, y no puede gozar del amor la vejez.

Muzay se resignaba á su destino.

Encontraba muy natural que Noemi y Wadyaláh amasen á Marsilla.

Era joven y hermoso.

¿Qué había que hacer?

A veces tenía celos en nombre de su hija.

Temía lo que pudiera sobrevenir cuando Noemi supiese la pasión que por Marsilla sentía Wadyalád.

Sabe Dios cuál de aquellas dos mujeres que de tal manera amaban al hermoso y joven aragonés, sucumbiría.

Muzay no quería pensar en esto, ya se tratase de la una ó de la otra.

No sabía á cuál de las dos amaba más.

Ya por este tiempo las tropas cristianas empezaron á moverse hacia Andalucía.

Fué preciso que el rey don Pedro moviese su ejército. Pero no rompió por la frontera de Valencia.

Pasó á Castilla.

El emir Muzay, púsose en términos de guerra con su caballería de más de sesenta mil jinetes.

Era ya muy avanzada la primavera de 1212.

Los primeros calores del verano empezaban á sentirse.

Dentro de muy poco debía tener lugar el formidable encuentro del África y de la España árabe, con la España cristiana.

CAPITULO LXI

En que se añade algo más al capítulo anterior

Qudóse el señor Picolomini con el hotel casi vacío.

Con la partida de la corte y con la de los ejércitos catalanes y aragoneses, y muchos aventureros de todos Estados, que por ambición de gloria, por su fe religiosa, ó por pretender fortuna, ó por todo ello á la vez, se había quedado Barcelona sin la mitad de la gente.

La guerra contra el moro llamaba á todo el mundo.

Se había predicado una cruzada.

El mismo Papa se había alzado en el Vaticano á clamar exterminio contra los infieles.

La bendición del cielo iba con los que tomaban parte en aquella empresa.

Habían acudido caballeros, y aun príncipes de todas las naciones cristianas.

Europa estaba atenta.

Esperaba el resultado, presentando no sabemos qué aspecto.

Nunca se había visto junto un ejército tan numeroso como el que traía bajo su estandarte verde el emir Almanzor.

Así es que, para poder contrarrestar á un tal aluvión, se habían hecho por los reyes cristianos de España poderosos esfuerzos, y las ciudades y las villas habían quedado casi desiertas.

Porque entonces no era gran cosa la juventud de la España cristiana.

Para reunir medio millón de combatientes, se había necesitado echar mano de todo el que podía sostener las armas.

¿Y cómo no?

La esclavitud y la deshonra venían con los sarracenos.

Era necesario oponer un dique, aunque fuese de cadáveres, á la inundación.

Y la España cristiana iba valientemente á ello.

No esperaba á que Mohamed *el Verde* rompiera por sus fronteras.

Iba ella á buscarle en sus fuertes campamentos.

Tomaba la iniciativa.

Se esperaba en toda Europa, ya lo hemos dicho, con una dolorosa ansiedad el resultado.

En las torres de atalaya se velaba.

Se esperaba el momento en que poder hacer la señal de que los dos ejércitos se habían acometido.

La señal de victoria estaba convenida.

A aquella señal debían estremecerse de alegría, de fe y de orgullo la España cristiana y el Rosellón.

Francia retiraba la mano del puño de su espasa, y despedía á sus gendarmes y á sus compañías blancas.

Tal era el estado de las cosas á fines de la primavera de 1212.

CAPITULO LXII

De cómo Agar tuvo al fin ocasión de acudir en socorro de Marsilla

Se habían quedado casi solos, con su servidumbre, en el hotel de *Los Tres caballeros negros,* Agar y su padre, el señor de Moratilla, don Ezequías Ruben.

Agar continuaba con su extraño amor por Marsilla.

Con su amor sublime por lo desesperado.

Sabía demasiado Agar que el único amor posible para Marsilla era Isabel de Segura.

Ella no quería descender á la situación de amiga, de querida de Marsilla.

Le amaba, además, de tal manera, que su alma se había identificado con él y sufría con su sufrimiento.

Misterios de la relación de un espíritu anegado en otro.

Agar estaba reducida á un sufrimiento cruel por la desaparición de Marsilla.

Por la ignorancia de su paradero.

¿Había muerto?

¿Vivía?

¿Quién podía descubrir este misterio?

Una tarde, á principios del mes de Mayo, vió Agar venir por la Plaza Real un jinete árabe.

Traía el caballo cubierto de espuma y de sudor.

¿Cómo un árabe se había atrevido á entrar en tierra de cristianos estando ya librada la guerra?

Fuese por lo que fuese aquel árabe se encontraba en la Plaza Real de Barcelona.

Se dirigió sin vacilar al hotel de *Los Tres caballeros negros*.

Entonces Agar comprendió cómo podía haber llegado á Barcelona, cuando le oyó decir en buen castellano:

—¡Ah de la casa!...

No había dejo ni acento extranjero en aquellas palabras.

Acudió el señor Piccolomini.

Echó el que parecía árabe pie á tierra, y entróse llevando su caballo de la brida.

Al poco tiempo apareció el señor Piccolomini en la habitación de Agar.

Hacía ya algún tiempo, desde la partida del rey con el ejército, que Agar y su padre se habían quitado los ropones y los capuces y aparecían al descubierto.

—¿No sabéis lo que sucede, señora? dijo Piccolomini alentando apenas.

—Vos me lo diréis.

—Pues sucede que ya sabemos dónde está el señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—¿Dónde, dónde? exclamó Agar, poniéndose densamente pálida.

—En Valencia.

—¿En Valencia?

—En Valencia: volvió á contestar Piccolomini.

—¿Esclavo?

—Yo no sé si esclavo ó libre, dijo Piccolomini, porque en cuanto he sabido que está en Valencia he venido á decíroslo.

—Ah, que él dirá dónde Marsilla vive, y de qué modo, si viene de Valencia... Andad: haced venir cuanto antes á ese hombre.

Y acreció su palidez.

Estaba trémula.

Piccolomini se fué y volvió á poco.

Le acompañaba el de Valencia.

—¿Quién sois? le preguntó Agar.

—Un cautivo catalán que de Valencia me he escapado.

—¿Y traes noticias de don Juan Diego Marsilla?

—Sí, señora.

—Hablad.

—Don Juan Diego Marsilla me ha enviado con esta carta para el señor Piccolomini, dueño de la hostería de *Los Tres caballeros negros*.

—¿Y cómo habéis salido de Valencia?

—Yo era esclavo en el palacio de la Ruzafa, respondió el preguntado: me llamo Pedro de Martorell: un día (vivía yo entonces en la frontera de Valencia) entraron los moros, incendiaron la aldea en que vivía, y yo tuve la desgracia de ser cautivado.

Me llevaron á Valencia.

Allí he estado tres años.

Últimamente llegó una dama, una magnífica hermosura, sin agraviaros, señora.

El emir adora á esa dama.

Puede decirse que ella es la verdadera reina de Valencia.

Con ella decían venía un cabellero enfermo.

Ese callero es el señor Diego Marsilla.

Durante algún tiempo ese caballero, que está aposentado en el palacio de la Ruzafa por Sayda Wadyaláh, que así se llama la hermosura por quien el emir está enloquecido, permaneció en el lecho sin dar muestras de razón.

Parecía dominado, encantado por Sayda Wadyaláh.

Pero al fin fué mejorando.

Hace poco tiempo, cuando yo trabajaba con otros cautivos en los jardines de palacio, pasó junto á mí.

Iba triste y pensativo.

Se comprendía que un gran pesar le devoraba.

Yo le oí pronunciar algunas palabras en español.

Entonces me acerqué á él y le dije:

—Si vos sois cautivo, señor, yo también lo soy; si vos sois aragonés, yo soy catalán, de donde puédese sacar que somos hermanos de patria, porque ambas tierras nuestras están regidas por un mismo señor: si en algo puedo yo serviros, hablad.

Me miró profundamente don Diego, y me dijo:

—Hasta el interior de este palacio donde me tienen reducido, ha llegado son de guerra.

Nuestros hermanos, los cristianos de España, van contra la morisma por Dios y por la patria.

¿Cómo queréis que no me queje, si me veo imposibilitado de concurrir á esa gloriosa campaña?

—Lo mismo me acontece á mí, le respondí, y yo me he propuesto fugarme, ayudado por cierta mora que me ama.

—Vos podréis hacerlo, me dijo Marsilla, porque vos estaréis poco vigilado.

Pero á mí me sería imposible la fuga.

Hay siempre sobre mí ojos celosos que no pierden uno solo de mis movimientos.

Sin embargo, si vos os fugarais podríais ayudarme en gran manera.

—¿Y quién duda de que yo os ayudaré, señor? le contesté.

—Pues bien: separémonos ahora, no sea que reparen en nuestra larga conversación, recelen, y todo se haga imposible.

Nos separamos en efecto.

Nos vimos recatadamente alguna vez más.

Don Diego me dió una sortija de inmenso valor y una carta para el señor Piccolomini, dueño de la hostería de *Los Tres caballeros negros*, de Barcelona.

Yo debía escaparme al día siguiente, ayudado por mí enamorada, que era lavandera del harém del emir.

Al día siguiente salí yo del palacio de la Ruzafa, en el carro de la lavandera, cubierto con las ropas de las damas del harém.

Sobayta, que así se llama mi amante, vendió en un gran precio la sortija.

Compró armas y un caballo.

Aquella noche salía yo de Valencia para Barcelona, por la ribera de la mar.

Al entrar en tierra de cristianos, me presenté al bailío del primer pueblo que encontré.

Le revelé lo que me acontecía, y el bailío me dió una carta para que nadie pudiese ponerme impedimento en mi viaje.

Así es que he podido llegar con este traje y estas armas, y los jaeces de mi caballo, que me hacían parecer moro, á Barcelona sin que nadie me haya atajado el paso.

—Está bien, dijo Agar: si queréis, y puesto que venís de condición humilde, yo os tomo á mi servicio.

—¡Oh, señora!... entrar á vuestro servicio es para mí una felicidad.

—Dad ahora esa carta de que sois portador al señor Piccolomini.

Pedro Martorell sacó de su seno un pergamino enrollado y lo dió á Piccolomini.

Éste le desenrolló.

Dentro venía otra carta enrollada y sellada.

En su sobrescrito se leía:

«Para el señor rey mi dueño, don Pedro II de Aragón, *el Católico*.»

En su carta al señor Piccolomini, Marsilla le decía que entregara aquella carta al rey, ó la hiciese llegar á sus manos.

No hablaba ni una sola palabra de Angiolina.

—¿Y cómo entrego yo esta carta al rey? decía Piccolomini: sabe Dios dónde estará su señoría.

¿Ni cómo abandono yo mi hotel para buscar al rey?

¿Ni cómo confiar esta importante carta á nadie?

—¿Me la queréis confiar á mí, señor Piccolomini? dijo Agar.

—¡Cómo, señora! exclamó Piccolomini: ¿y vos iríais á buscar al rey?

—Me he propuesto asistir como testigo á esa guerra, dijo Agar.

—Pues si eso es así, señora, me haréis un gran favor entregándole esta carta á su señoría, dijo Piccolomini.

Enrollada os la doy, y sellada como yo la he recibido.

Pero es extraño... muy extraño que el señor don Diego Marsilla, en la carta que me ha escrito, no me haya hablado ni una sola palabra de mi hija.

Por lo demás, Piccolomini se alegró muchísimo de que hubiese quien llevase aquella carta al rey.

Ya sabemos que Agar dominaba completamente á su padre.

Don Ezequías no tuvo ninguna objeción que hacer á su hija cuando ésta le dijo que al día siguiente habían de partir para Valencia.

En efecto: al día siguiente partieron.

Les acompañaba Pedro Martorell, que con su valor heróico, sin temor á las circunstancias, se había prestado á entrar de nuevo en los dominios valencianos.

A los seis días de su salida de Barcelona llegaron á Valencia.

CAPITULO LXIII

De cómo las mujeres sirven para algo más que para el amor tratándose de un hombre

En una aldea inmediata á la frontera se detuvieron.

Pedro Martorell penetró en el reino de Valencia, y en un pueblo de la frontera, y á pretexto de que iba á casarse, compró galas de hombre y de mujer.

Con ellas se volvió á donde estaban don Ezequías y su hija.

Una vez disfrazados éstos de moros, enviaron al resto de su servidumbre, para que los esperara, á Barcelona, y bien provistos de dinero se entraron, guiados y servidos por Pedro Martorell, en Valencia.

Llegaron á la ciudad al siguiente día, pero no entraron en ella.

Se fueron á parar casa de Sobayta, que vivía en una pobre casa, cerca del río.

Allí fueron recibidos como parientes por Sobayta.

Pedro Martorell les servía.

Agar hizo que Sobayta buscase veinticinco hombres bravos.

Pero jóvenes, y de tal manera, que no siendo todavía barbudos, vestidos de lavanderas, lograsen parecerlo.

Sobayta dijo que para traer veinticinco jóvenes bravos, que fuesen capaces de todo y que pareciesen lavanderas, no había necesidad de disfrazar hombres; que si habían de ser barbilindos, hasta tal punto que vestidos de mujeres pudiesen pasar por tales, debían necesariamente ser muy jóvenes é incapaces para llevar á buen término un negocio de peligro.

Que ella tenía verdaderas lavanderas que harían todo cuanto fuese necesario hacer, como los hombres más fuertes y más barbudos.

Sobayta se ofreció á irlas capitaneando.

—Y no que no; iré así yo también, dijo Agar.

Se vistió con ricos trajes de gala á cincuenta lavanderas.

Todas sabían que se iba á entrar en el palacio de la Ruzafa para salvar, para robar de él á un buen mozo.

La idea les había parecido admirable y dignísima de ser ejecutada por ellas.

Sobayta se encargó de preparar este ejército.

Empezó por llevar una carta de Agar, para Diego Marsilla.

En ella Agar le decía que una dama cristiana que le estimaba, y que aun le amaba como si fuese su hermano, había sabido que estaba cautivo en Valencia en poder de

una mujer enamorada, en los jardines del harém del emir, y que acudía en su socorro con el proyecto de libertarle.

Que estuviese pronto para ayudar por su parte.

Sobayta, antigua lavandera del harém de Muzay, tenía en él franca entrada y disponia en él libremente.

Por esta razón había conocido á Pedro Martorell.

Una vez provista de la carta de Agar para Marsilla se fué al harém.

Se aventuró por sus jardines, sin que ningún guarda la pusiese impedimento.

Al fin se encontró con Marsilla.

Estaba solo bajo un cenador de tupidos laureles.

—Tomad, le dijo Sobayta al pasar: enteraos. Estad mañana en este mismo sitio y procurad estar solo.

Y dejando la carta á Marsilla pasó.

Marsilla se cercioró de que no era observado, y desenrolló la carta.

Extrañó no conocer la letra, y á más, que la carta no tuviese firma.

La leyó, y por un exceso de prudencia, no pudiendo quemarla, la enterró, cubriéndola con un pedrusco.

Al día siguiente esperó anhelante en el mismo sitio.

A poco apareció Sobayta.

Sacó de debajo de las ropas una fuerte espada y un broquel, y los entregó á Marsilla.

Luego desapareció.

Marsilla enterró aquellas armas como había enterrado la carta.

Al día siguiente se fué á esperar al mismo sitio.

Los jardines de la Ruzafa estaban cerca del río.

En su muro había un postigo que daba á un pequeño puente.

Pero en aquel puente había, en los dos extremos, dos pequeñas torres, en cada una de las cuales había ocho guardas, que vigilaban de día y de noche.

Ellos amparaban por aquella parte los puentes.

No se podía pasar de la parte de adentro ni de la de afuera sin que ellos se apercibiesen.

El día en que Sobayta entregó la espada y el broquel á Marsilla, después de hecho esto se fué á buscar á Wadyaláh.

Esta la estimaba extraordinariamente.

Wadyaláh era, por decirlo así, la sultana del harém de Muzay.

Sus órdenes eran rigurosamente obedecidas.

Se temía que el emir descabezase al que no se apresurase á cumplir las órdenes de la sultana favorita.

Sobayta la dijo que de tal manera la amaban sus lavanderas, que al día siguiente querían festejarla con una zambra á su manera.

Alegróse Wadyaláh, y dijo que de tal manera la placía el festejo que querían darla las lavanderas, que las tendría preparado un buen agasajo.

Retiróse muy contenta Sobayta

Al día siguiente, al salir el sol, Sobayta se fué al harém con cincuenta lavanderas, una de las cuales era Agar.

Estas lavanderas iban hermosa y bellamente ataviadas, con los cabellos tendidos, coronadas de flores y vestidas ricamente.

Llevaban largas y gruesas cañas forradas de cintas de seda de colores, y de lo alto de cada una de aquellas cañas partía una guirnalda de flores, que iba á unirse á la guirnalda de otra caña.

Estas guirnaldas se mezclaban y se entretejían, y hacían una especie de toldo florido sobre las lavanderas.

Así entraron en los jardines del harém.

Wadyaláh había salido á su encuentro con sus doncellas.

Al mismo tiempo que las lavanderas entraban en el harém, cien hombres escogidos entre los salteadores que, á pesar de la justicia y la severidad del emir merodeaban por los alrededores de la ciudad, se acercaban al puente por donde se llegaba al postigo de los muros del harém.

Junto á aquel postigo estaba la enramada de laureles y limoneros donde debía esperar apercibido para el combate, Marsilla.

CAPITULO LXIV

De cómo Agar libertó de su dulce esclavitud á Marsilla

Apenas entraron la lavanderas, pusieron en medio á Wadyaláh, que como se ha dicho había venido á recibirlas á las mismas puertas del harém.

Cuando en medio la tuvieron, se pusieron á danzar frenéticamente una *xeiz* turbulenta, alegre; un turbillón.

A falta de guitarras y otros instrumentos todos cantaban de una manera tan sostenida que reemplazaban sus voces de una manera ventajosa á los instrumentos.

Wadyaláh era de genio alegre.

Estaba satisfecha.

Dominaba al emir.

En su ausencia era la verdadera reina de Valencia.

Los hagibs, los wazires, los walíes se doblegaban ante ella.

Tenía consigo al hombre de su amor.

Nadie comprendía la fuerza dominadora que gozaba sobre el emir.

La rodeaba un lujo indescribible.

La servían jóvenes esclavas y hermosísimas doncellas.

Las otras damas del harém se encontraban entre ellas.

Y no era sólo que el emir se hubiese convertido en el primer esclavo de Wadyaláh.

Eran los inmensos tesoros de ésta lo que producía aquel respeto y aún aquella veneración con que se la trataba.

Estaba, pues, contenta.

Era feliz.

Se entregó, pues, alegremente á la preciosa danza de las lavanderas, y con ellas entró envuelta en el turbillón.

Reía como ellas.

Cantaba como ellas.

Las damas del harém hacían cuanto podían por aumentar aquella necesaria y atractiva función.

Sobayta era el jefe de la banda.

La *xeiz* rodaba por las praderas.

Allá iba agitada, hermosísima, riente, perfumada.

Los guardas, con las armas arrojadas á la espalda, y olvidados los arneses, miraban aquello con delicia.

Otros habían acudido á sus guitarras, á sus guzlas, á sus trovas, y lucían su habilidad siguiendo á las danzantes.

Las guirnaldas, levantadas en alto por las cañas, se tejían, se destejían, deshaciendo una labor peregrina para formar otra.

Y Sobayta seguía encaminando la *xeiz* hacia el lugar donde esperaba encontrar á Marsilla.

Al llegar á aquel lugar, al ver en él á Marsilla, Sobayta lanzó un grito salvaje.

Una especie de alarido de loba.

Las otras lavanderas lanzaron alaridos semejantes.

Cogieron dentro de sí á Marsilla, que rápidamente había cogido de sobre la hierba su espada y su broquel.

Las lavanderas sacudieron de las extremidades de las cañas las guirnaldas y las rompieron.

Dentro de cada una de aquellas cañas había una delgada lanza de mano, pero fuerte y flexible.

Al mismo tiempo del otro lado del muro se oyó otro alarido formidable.

Eran los bandoleros asoldados por Agar y acaudillados por Pedro Martorell que atacaban á los guardas del puente.

Por la parte de adentro las lavanderas revolviéronse contra los esclavos guardas del harém.

Ellos, cogidos sin armas contra las agudas puntas de las terribles lanzas de las lavanderas, corrieron á buscar sus armas y á dar la señal de rebato.

Muchos fueron muertos en su fuga por las terribles lavanderas.

Entretanto los bandoleros habían penetrado en la primera y la segunda torre del palacio.

Habían muerto ó ahuyentado á los guardas y batían ya á golpes de hacha el postigo.

Pero éste era muy fuerte.

Estaba chapeado de hierro.

Oponía una gran resistencia.

Los esclavos fugitivos sobrevinieron armados y aumentados por otros muchos esclavos.

El atalaya del alcázar había empezado á tocar á rebato.

La situación era suprema.

Wadyaláh se encontraba metida en el vestíbulo.

Empezaban á acudir de todas partes esclavos armados.

Los golpes de hacha en el postigo se redoblaban.

Pero el postigo resistía.

No podían trabajar sobre él, á causa de su estrechez, más que dos hombres.

Marsilla se lanzó al frente de los esclavos que acometían á las lavanderas.

Eran aquellas unas amazonas formidables.

Con sus largas y agudas lanzas resistían valientemente á los esclavos.

Marsilla se metía entre ellos y los diezmaba de una manera terrible.

Todo el que se ponía al alcance de su espada caía como herido por un rayo.

Sobayta le ayudaba.

Las lavanderas redoblaban su esfuerzo.

No se hubiera creído que eran mujeres sino leonas disfrazados con trajes femeniles.

Los esclavos retiráronse, tomaron distancia y empezaron á jugar de las ballestas.

Sobayta y sus lavanderas, de las cuales no había caído ninguna, se pusieron á cubierto entre los árboles.

A este tiempo, el postigo falseado, desprovisto de hierro, hecho astillas, se franqueó.

Penetraron como una inundación los cien bandoleros acaudillados por Pedro Martorell.

Marsilla se arrojó con ellos sobre los esclavos.

Tuvo lugar una recia batalla en los jardines del harém.

Entretanto, Sobayta con Agar y las lavanderas habían ganado el postigo.

Se llevaban consigo á Wadyaláh.

Pero muy pronto se detuvieron.

Vieron que con ellas no venía Marsilla.

Se dirigieron de nuevo al postigo.

Pero para que no les escapase, ataron á Wadyaláh á un árbol.

Siguieron hacia el postigo.

Cuando iban á entrar por él, Marsilla salía.

A su lado venía Martorell.

Ni uno de los bandoleros había quedado muerto ni había sido herido.

En cuanto á los esclavos guardas del harém, muchos de ellos habían sido muertos.

Esperaban fuera, en una arboleda, los corceles de los bandoleros y otros dos destinados á Marsilla y Wadyaláh.

Había, además, una multitud de asnos con jamugas.

En estos asnos debían montar Agar y Sobayta y las lavanderas, que habiendo tomado parte en la libertación de Marsilla, no podían permanecer en Valencia sino expuestas á crueles castigos.

Don Ezequías esperaba también, en un poderoso alazán, con sus criados montados, y con dos acémilas, en donde llevaba un tesoro.

Cuando fueron al lugar donde Sobayta había dejado atada á Wadyaláh, no encontraron á ésta.

Cuando Sobayta se fué de nuevo al postigo con sus lavanderas, salió de entre la espesura un hombre de apariencia feroz, cubierto de andrajos.

Llegó adonde estaba Wadyaláh.

La desató.

La cargó sobre sus hombros.

Apesar de sus gritos y de su resistencia, la arrebató.

Se perdió con ella por entre la arboleda.

Por algún tiempo resonaron los gritos de Wadyaláh.

Luego, nada.

Agar y los que la acompañaban emprendieron rápidamente la marcha hacia una pequeña ensenada.

Llegaron á ella.

Cerca venían dos grandes galeras.

Sus esquifes estaban prevenidos.

Entraron todos en ellos.

Luego se embarcaron los animales.

Poco después las dos galeras, que iban muy bien tripuladas, se hicieron á la mar con rumbo á Barcelona.

Todo aquello lo había prevenido Agar.

CAPITULO LXV

En que continúa el relato de las peregrinas aventuras de nuestro héroe

En el alcázar de una de las galeras se aposentaron Agar, Marsilla y su padre.

En el de la otra, Sobayta y Pedro Martorell.

En esta misma galera iban las lavanderas, que conservaban todavía sus largas y agudas lanzas.

Casi todas mostraban las ropas ensangrentadas.

Los bandoleros se habían repartido entre las dos galeras.

Las sentinas de ambas estaban ocupadas con los equipajes y con los animales.

La marinería de las dos galeras era numerosa y brava.

No había en Valencia galeras de rey que pudieran igualarlas.

Muzay había empleado toda su flota en conducir gran

parte de su ejército por mar, á las costas del reino de Granada, donde debían desembarcar, para ir á reunirse en Jaen con el ejército granadino, mandado en persona por Almanzor *el Magnífico*.

Agar había contado con esto, y había procurado por mar una fuga segura.

Ni una sola galera de guerra surcaba las aguas de Levante.

Todas estaban con la empresa de Andalucía.

Marsilla no había tratado verdaderamente á Agar.

La había visto ligeramente, y en muy poco tiempo con su padre en la torre de Segura, como recordarán nuestros lectores.

Casi se había olvidado de ella.

Cuando entró en el alcázar de popa, al ver á Agar que con su padre le salió al encuentro, dijo para sí:

—Yo he visto en alguna parte á esta hermosa dama y á este anciano caballero.

Agar y su padre habían dejado sus trajes hebreos.

Vestían como los nobles aragoneses.

Con trajes hebreos los había visto Marsilla.

Esto contribuía á que no los recordase bien.

Agar adelantó hacia él sonriendo y le tendió las manos.

Marsilla asió aquellas hermosas manos y las besó galantemente.

—Yo no tengo la dicha de conoceros, hermosa dama... señor caballero, dijo Marsilla.

—Muy flaco sois de memoria, le dijo Agar; pues qué: ¿no os acordáis ya de los dos cautivos de don Pedro de Segura?

—¡Ah! exclamó Marsilla recordando.

—¿Y os habéis olvidado también, dijo don Ezequías, de mi acémila cargada de oro, que vos apresasteis y reusasteis aceptar?

—¡Ah!... ¡sí!... exclamó Marsilla: entonces sois mis buenos amigos don Ezequías Ruben, señor de Moratilla, y su hermosa hija doña Agar.

Ésta se encendió de un hechicero rubor.

Sus negros y dulces ojos se fijaron en Marsilla, y le envolvieron en una involuntaria mirada de fuego.

Se contuvo no obstante.

Ella sabía bien que no podía ser amada por Marsilla.

Que, cuando más, podía ser para él una fascinación.

Pero ella no quería nada si no lo tenía todo.

Agar sabía demasiado que el corazón de Marsilla era todo entero de Isabel de Segura.

—Vos, dijo ella con la voz sonora, dulce y armoniosa, nos buscasteis y nos tragisteis aquel dinero, que valía mucho menos que vuestra libertad. Desde aquel día no habíais vuelto á vernos.

Nosotros sí os hemos visto.

Pero os perdisteis, don Juan Diego.

Todo el mundo ignoraba lo que había sido de vos.

Nosotros permanecíamos en el hotel de *Los Tres caballeros negros*.

Allí fué, hace algunos días, enviado por vos, Pedro Martorell, con una carta para el señor Piccolomini, dentro de cuya carta iba otra enrollada y sellada, que Piccolomini debía entregar al rey.

Pero el rey no estaba en Barcelona.

Había partido algunos días antes con su ejército, para la empresa contra los moros.

Tampoco estaban ni en la torre de Segura, ni en Barcelona, don Pedro, su mujer y sus dos hijas.

Marsilla se puso pálido.

Recordó á Noemi.

Agar tomó aquella conmoción de Marsilla como causada por el recuerdo de Isabel.

Nada dijo.

No quiso alegar ignorancia acerca del inmediato parenteso que existía entre Noemi, ó doña María de Segura-ben-Muzay y don Pedro de Segura.

Agar continuó:

—Don Pedro de Segura, acompañado de su familia, y seguido de don Rodrigo de Azagra, ha ido á Roma.

—¿Y á qué han ido á Roma? dijo Marsilla, cuya agitación creció cuando supo que don Rodrigo de Azagra, su rival, vivía al lado de su adorada Isabel.

—A hacer que el Papa anule cuanto antes el matrimonio del rey don Pedro con doña María de Montpeller.

—¿Y desde cuándo acá urge tanto al rey don Pedro la anulación de su matrimonio? dijo acreciendo en cuidado y en vehemencia Marsilla.

—Desde que se ha enamorado extraordinariamente, dijo Agar.

Tembló Marsilla.

Temía que don Pedro II se hubiese enamorado de su Isabel.

—¿Y quién es la dama de quien el rey se ha prendado de tal manera? dijo con la voz apenas inteligible Marsilla.

—De doña María de Segura.

Marsilla se estremeció.

Noemi era al fin uno de sus amores.

No del alma, es cierto, porque los amores del alma de Marsilla eran para Isabel de Segura.

Pero sí de los sentidos.

Y uno de los más ardientes amores pasajeros de Marsilla.

Porque al fin, Noemi se parecía extraordinariamente á Isabel, y aun le llevaba ventaja, á causa de su mayor juventud y de una expresión de energía singular que estaba muy lejos de parecerse á la energía de altivez de Isabel.

—¿Y doña María, preguntó Marsilla con la voz trémula, consiente en ese matrimonio?

—A lo menos engaña al rey: el rey cree que doña María le ama.

Agar estaba al corriente de todo.

Había investigado por medio del señor Piccolomini.

Marsilla se sentía morir.

Su Isabel tenía al lado á don Rodrigo de Azagra.

El rey pretendía casarse con Noemi.

Durante la travesía, Agar vivió constantemente al lado de Marsilla.

Éste ocupaba el camarote de la derecha.

Agar, con su padre, el de la izquierda.

Salvo el tiempo en que reposaban, estaban juntos en la cámara que había entre los dos camarotes.

Marsilla, á causa de la exhuberancia del sentimiento, se iba enamorando de Agar.

Salvo el alma, que era siempre de Isabel, Marsilla

tenía las entrañas y los sentidos para todas las mujeres hermosas.

Una especie de amor de segundo orden.

Pero que, sin embargo, no dejaba de estar embellecido por una especie de espiritualismo.

Pues que, á más del espíritu inmortal, misterioso, que constituye lo que propiamente hablando puede y debe llamarse alma humana, no excluye ésta de aquél la afición por la hermosura material.

Pues que estos dos espíritus, haciendo el uno el pensamiento libre y consciente el otro, unidos por una relación misteriosa, están en una perpetua lucha.

El animal vive en el hombre y el hombre en el animal.

El ser humano es la primera gradación del irracional.

El espíritu inmortal, el alma, es una existencia inmortal, una virtualidad inmediata y permanente en la materia, y que determina su actividad, su vida, siempre en relación con ella.

De aquí las luchas.

De aquí las penas.

De aquí las virtudes y los vicios.

De aquí la conciencia, casi siempre en pugna con nuestros hechos.

De aquí el misterio.

Marsilla era extraordinariamente impresionable, y daba en todos los *prós* y en todos los *contras* de la vida.

Era un fenómeno para sí mismo.

Su espíritu y su materia funcionaban bajo la influencia de una sensibilidad terrible, de una atracción espantosa.

Llevaba la ventaja, la gran ventaja, el alma.

Pero la materia no se rendía.

Llegaron á Barcelona.

Desembarcaron.

Se fueron á la Catedral á dar gracias á Dios, porque los había sacado con bien de su empeño.

El señor Piccolomini recibió después con los brazos abiertos á Marsilla.

Sabía él demasiado que debía tratar magníficamente á Marsilla.

¿Qué diría Angiolina si alguna vez aparecía (que Piccolomini tenía la seguridad de que aparecía cuando menos se pensase) si no se había tratado como debía tratarse al amado de su alma?

CAPITULO LXVI

De cómo Marsilla se vió obligado á ser el caudillo de una hueste de dos mil lanzas

Agar cristianó á Sobayta, y á las cincuenta lavanderas.

Sobayta, que tomó por nombre Dolores, plantó un nuevo establecimiento de lavado en Barcelona.

Para todo daban los inmensos regalos y la buena voluntad de Agar.

Marsilla hubiera ido de buena gana á Roma.

Pero, ¿cómo disculpar su ida?

Por otra parte, los ejércitos de los reyes cristianos avanzaban ya sobre la morisma.

Mediaba el mes de junio.

El numeroso ejército del emir Almanzor se extendía por los montes, hacia la parte de Jaen.

Era inminente una gran batalla, una batalla decisiva, de un momento á otro.

—Yo parto á ponerme bajo el estandarte del rey, señora mía, dijo Marsilla á Agar.

—Y mi padre también, dijo Agar, irá con vos, capitaneando una mesnada de dos mil lanzas.

Mi padre no puede ni debe hacer otra cosa.

Pero está ya viejo.

¿Querréis ser tan bueno, señor don Juan Diego, que consideréis la mesnada de mi padre como si fuese vuestra?

Esto era una manera delicada de decir á Marsilla:

—«Tened una mesmada tan fuerte y tan lucida como la que pueda llevar el más poderoso de los próceres catalanes.»

—Yo iré con vosotros, dijo Marsilla, pero no comandando.

—Yo quiero que vos seáis el caudillo de esas lanzas.

—Yo no puedo ser caudillo de lanzas que no pago.

—¿Y si yo voy entre esas lanzas?... Si por imprudencia ó cobardía, ó imposibilidad de quien las acaudille, vuestra buena amiga se ve expuesta á ser muerta ó cautivada por los moros... ¿no tendréis luego un roedor, un insoportable remordimiento?

—Tal me diréis, señora, respondió Marsilla, que me persuadáis.

—Creo que ya estáis persuadido.

—Sea lo que vos queráis, señora, respondió Marsilla.

—Pues bien: dad vuestras órdenes á Pedro Martorell.

—Él y mi escudero Galcerán correrán con todo lo necesario para el armamento de esos dos mil hombres.

—¿No os parece que deben formar parte de nuestra

mesnada los cien bandoleros que nos ayudaron á sacaros del alcázar de la Ruzafa?

—Lo creo muy justo, dijo Marsilla, y créolos á todos gente dura y brava: y luego, no creáis sean mejores, en cuanto á hombría de bien, los soldados que los otros señores lleven.

Galcerán se había vuelto con los Compadres de la Cruz de fuego: había residido en el hotel de *Los Tres caballeros negros,* y había estado allí holgando y tratándose á cuerpo de rey.

Creía haber cumplido completamente con su deber con decir con una gran frecuencia:

—¡Pobre amo mío!... ¿y qué habrá sido de él?

Pero luego añadía con una gran seguridad:

—El día menos pensado aparecerá, y tal vez con la corona de la Gran Tartaria en la frente. A mi amo no le puede pasar nada malo. En fin, á la voluntad de Dios.

Y el bueno de Galcerán continuaba dándose buena vida, regalándose á cuerpo de rey, y no acordándose de su amo más que en los ratos de fastidio.

Porque debemos advertir que Galcerán, apesar de su genio alegre y acomodaticio, también se fastidiaba,

Cuando llegó á Barcelona con la carta de Marsilla Pedro Martorell, el buen escudero, con algunos de sus amigotes, estaba en una de las partidas de caza que organizaban á menudo, á pretexto de buscar á su señor.

Así es que sólo supo el paradero de Marsilla pocos días antes de su llegada.

Dióse Galcerán, en unión de Pedro Martorell, buena maña en cumplir las órdenes de su señor.

En ocho días estuvieron montados, armados y equipados magníficamente dos mil hombres escogidos.

Los tesoros de don Ezequías bastaban para todo.

El populacho de Barcelona vió salir para la guerra un bizarro cuanto magnífico escuadrón, al que seguían muchas acémilas.

No debía haber en todo el ejército un campamento mejor que el del señor de Moratilla.

Aquellas acémilas conducían las tiendas, las calderas, todos los utensilios necesarios, y además muchos víveres.

Nada se había olvidado.

Don Ezequías se había doblegado una vez más á la voluntad de su hija.

Sólo una observación había hecho:

—¿Por qué han de ser de plata las trompas de guerra de nuestros hombres? ¿No sonarían lo mismo siendo de cobre?

Pero, en fin, las trompas fueron de plata y los pendoncillos de ellas de brocado.

Lo que más llamaba la atención de todo el mundo era una hermosísima amazona, que armada con un arnés dorado, y cubierto el casco de penachos y de lambrequines, con una sobrevesta de tela de oro, tachonada de pedrería, iba con su padre, el señor de Moratilla, llevando á su derecha á Marsilla.

Era Agar.

Regía un poderoso corcel.

Pero no llevaba género alguno de arma ofensiva.

Cuando salieron de Barcelona apretaron á los caballos.

Era necesario hacer la jornada bien deprisa.

Se podía llegar tarde.

CAPITULO LXVII

De cómo al que bien se presenta se le recibe mejor

Encontró Marsilla al rey don Pedro cerca de la fortaleza enemiga de Calatrava.

El rey aragonés, con un ejército de veinte mil hombres, tenía puesto su campo alrededor de una aldea, á dos leguas de la fortaleza árabe.

El rey don Pedro recibió, no como rey, sino como amigo, á Marsilla, y con los brazos abiertos.

No podía recibirse de otro modo á un caballero que se venía al ejército aragonés con una lucida hueste de dos mil lanzas.

¿No quintuplicaba este número de lanzas el ejército del rey?

Además de esto, era gente escogida, dura, brava.

El que no era malhechor estaba muy cerca de serlo.

Lo que quiere decir que tenían el corazón como roca y circulaba por él sangre negra.

Estaban muy bien armados, aun que no con uniformidad.

Se habían comprado las armas como se habían encontrado.

Así es que los arneses y las bardas de los caballos eran cada cual de su fecha y de su facha.

Las lanzas no eran todas de una igual robustez y de una igual longitud.

Este jinete llevaba adarga, el otro escudo, el otro rodela.

No estaba armado tampoco el ejército del rey de Aragón, ni ninguno de los de los otros reyes cristianos, de una manera más uniforme.

Los caballos no eran tampoco de una alzada igual, ó por lo menos aproximada.

Ni había paridad en la edad.

Y no todos los jinetes iban en caballos.

Había una gran parte de mulos.

Las uniformidades pertenecen á los ejércitos modernos.

Los antiguos se armaban, se equipaban y se montaban como se podía.

Con lo que había.

Y no se deseaba más.

Pero se ganaba en lo positivo.

Además, era toda gente brava.

Probada, en su gran mayoría, en lides.

Los nuevos se templaban entre los viejos.

La tradición ayudaba.

El espíritu de la gloria era innato en el hombre.

No llevaba solamente dos mil lanzas Marsilla.

Llevaba dos magníficos arietes y tres *gatos* que se habían encontrado en un castillo del camino.

Es decir: un tren de batir.

Los arietes eran pesadísimos, magníficos.

El uno de ellos, de bronce, de un gran mérito artístico como escultura y originariamente romano.

Para todo esto había bastado y aun sobrado el tesoro de Agar.

Todos saben lo que era un ariete.

Una máquina para batir murallas.

Pero no todos saben lo que era la máquina de guerra que se llamaba *gato*.

Era una especie de catapulta.

Esto es: una máquina que servía para arrojar grandes piedras por encima de los muros y que tenía la figura de la mano de un gato.

Con ella se arrojaban dentro de los muros de una plaza sitiada, no sólo piedras, sino también cabezas de los mismos defensores de la plaza que en una salida habían sido muertos.

Se arrojaban también objetos inflamados, tales como barriles llenos de resina.

Aquello era el embrión de las bombas.

Y había catapulta y *gato* que arrojaba un objeto mucho más pesado que una bomba á una mucho mayor altura, y por consecuencia á una mucho mayor distancia.

El rey se maravilló al ver lo bien prevenido que se le incorporaba Marsilla.

No había ningún ricohombre aragonés que hubiese llevado tanto.

Ni aun la mitad.

Ni aun la cuarta parte.

En cuanto á ingenios, esto es, á máquinas, á tren de batir, el que había llevado Marsilla era superior al tren real que sólo constaba de un mediano ariete y de dos viejas catapultas, una de las cuales funcionaba con gran dificultad.

Antes de avanzar Marsilla para ofrecerse al rey levantó su campo en una bella pradera.

Esto se hizo durante la noche.

Al amanecer las atalayas del campo aragonés vieron, como á un cuarto de legua de distancia, un número considerable de blancas tiendas en medio de las cuales descollaba una verde claro de mayor altura y extensión que las otras.

Se dió cuenta al rey.

El rey envió exploradores.

Estos se encontraron en mitad del camino con Marsilla que iba al campo real seguido de los principales hombres de su hueste y de algunos de sus escuderos.

A la derecha llevaba á Agar que aparecía hermosísima con su luciente arnés dorado y sus galas.

Calbagada en un palafrén blanco.

Llevaba á su derecha á su padre, que por no poder soportar el peso de su arnés á causa de sus años, iba simplemente con un magnífico y riquísimo traje de ricohombre.

Seguían los escuderos y los pajes del señor de Moratilla

y las doncellas de su hija y sus dueñas, todas espléndidamente vestidas, en fuertes caballos y en bellas hacaneas.

Aquello era una corte.

El rey hizo el honor á Marsilla de salir fuera de su tienda á recibirle.

Más aún.

Cuando Marsilla echó pie á tierra para hacer homenaje al rey, éste, que estaba entre los ricohombres de su casa, le recibió en sus brazos.

No fué esto sino con mucha envidia de los que lo veían.

—¿Y así se me os venís, mi buen don Diego? dijo el rey: traéis con vos un ejército.

—No soy yo quien le trae, señor, dijo Marsilla; mi pobreza no me da licencia para tanto: esa hueste pertenece á mi amigo, el ricohombre de Moratilla y á su hermosa hija, aquí, ante vuestra señoría presentes: él por viejo, ella por dama, no pueden comandar esa hueste, y en su nombre yo la acaudillo.

El rey saludó á don Ezequías.

Miró con asombro á Agar.

Don Ezequías barbotó algunas palabras inarticuladas.

Estaba aturdido.

—Señor, dijo Agar con su sonora y dulce voz: esta hueste pertenece verdaderamente á don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla. Nosotros no hemos hecho otra cosa que prestarle algunos miles de doblas que él nos pagará cumplidamente con las presas que haga á los alárabes.

—Paréceme, mi hermosa señora, que se le ha prestado

á mi buen vasallo y hermano, el *ricohombre de Marsilla*, algo que vale más que todos los tesoros del mundo.

Agar se encendió toda.

Marsilla se arrojó á los pies del rey.

—¡Ah, señor! le dijo: vuestra señoría acaba en este instante de hacerme ricohombre y yo ruego á vuestra señoría suspenda esa merced hasta que la haya merecido.

—Vos habéis nacido mereciéndolo todo, don Juan Diego, dijo el rey, y cuando todos reconocen vuestra valía no he de desconocerla yo: además, que ya en otras ocasiones bien me habéis servido, y más de una herida mostráis en vuestro cuerpo que lo acredita. Así, pues, no queráis afearme con la nota de ingrato, y ricohombre y barón de Marsilla quedaos, que así es mi *buen placer;* que vos estáis obligado, como buen vasallo, á acatar y obedecer.

—Si yo pudiera estar más obligado á vuestra señoría, esta última merced vuestra colmaría mis obligaciones para con vos, señor.

—Veamos, veamos vuestro campo, don Juan Diego, dijo el rey.

Y mandó acercaran su caballo que le tenía dispuesto para un reconocimiento antes de que llegara Marsilla.

Montaron todos.

Partieron.

Acompañaban al rey, como dignatarios y servidores de su casa, los barones de Luna, de Calatrava, de Lauria, de Monseny, de Contreras, de Foix, de Liseda, de Cruilles y otros muchos señores aragoneses, catalanes y rosellonenses.

Todos magníficamente armados y montados.

Pero ninguno ostentaba bajo sí un tal caballo árabe puro como el de Marsilla.

Ni aun el mismo rey.

Ninguno ostentaba un lujo semejante al que mostraban don Ezequías y su hermosa hija.

Se había supuesto que el rey querría visitar el campo de Marsilla, y en su tienda principal se había preparado un espléndido agasajo.

El rey probó de él, y dijo:

—Más no tomo, porque con esto basta para la primera hora de la mañana y para dar lugar á que llegue el almuerzo. Y ya que vuestro campo he visto, don Diego, y que encuentro tan bueno como el mejor de los que á esta grande empresa han venido, yo os invito, así como á esta hermosa doncella y á mi buen primo de Moratilla, á que os vengáis conmigo á mi campo real donde partiréis el almuerzo de un rey soldado.

Esto era un honor de tal manera enorme, que puso largos de invidia los dientes á los soberbios barones de la corte del rey.

Marsilla hubiera querido bien que no se le hubiese honrado tanto.

Tras estas honras del rey veía algo que le mortificaba.

Este algo era la insistencia con que el rey miraba á Agar.

CAPITULO LXVIII

En que se ve hasta qué punto llegaba el egoísmo amatorio de Marsilla

El rey no había podido vencerse en poner su caballo al lado del palafrén de Agar.

No la había hablado con la lengua.

Pero en cambio había sido demasiado insinuante con los ojos.

En la mesa la sentó á su derecha.

Esto no embargante la pasión que sentía por la hermosa infanta doña María de Segura-ben-Muzay.

De la misma manera, y no embargante el amor del alma que sentía por su Isabel de Segura, y no embargante tampoco los amores de los sentidos que por otras había experimentado, y aún duraban, á Marsilla se le llevaba el diablo al ver los obsequios que don Pedro prodigaba á Agar.

Agar se había hecho una necesidad para Marsilla.

Se había convertido para él en un empeño.

La había amado sensualmente como á tantas otras, y Agar había resistido.

Agar se había convertido para él en una dificultad enorme.

En un imposible.

Marsilla se había obstinado.

Ella le respondía siempre:

—Yo os amo como se ama á un hermano; no puedo amaros de otra manera: vos para mí sois un hombre casado.

—¡Casado yo!... decía Marsilla.

—Sí; no reneguéis de Isabel de Segura.

Con esta respuesta Agar sellaba los labios de Marsilla.

Pero esto le irritaba más y más.

El que amase con toda su alma y prefiriese á todas á Isabel de Segura, el que sólo en ella pensase, no impedía el que toda mujer hermosa le gustase para amiga, la solicitase y se empeñase por ella.

Hay (lo hemos dicho ya también) dos amores.

El del alma y el del cuerpo.

El del alma lleva consigo al otro.

El del cuerpo, que es el más común, no embaraza jamás al del alma.

Pero los amores sensuales de Marsilla eran de tal manera vehementes y apasionados que no parecía sino que absorbían todo su ser.

Agar no se engañaba sin embargo.

No se había engañado nunca.

Había visto en la torre de Segura que Marsilla é Isabel estaban unidos por un amor de las entrañas.

Por un amor supremo.

Incondicional, inconmensurable, eterno.

Agar se había resignado.

Había tomado su partido.

Se había reducido á un poético amor del alma.

En vano Marsilla quería controverter este amor de Agar.

Agar se tenía firme y sin violencia.

Con aquel extraño amor era feliz.

Amaba á Isabel de Segura.

No podía inspirarla celos.

En Isabel y en Diego no veia más que un solo ser.

En Diego amaba á Isabel.

Se había propuesto allanar las dificultades que impidieran la felicidad de sus dos hermanos.

Que como á hermanos los consideraba Agar en el misterio de su alma.

Sabía que Marsilla era bastantemente altivo para no aceptar una limosna, por cuantiosa que fuese.

Por esto le había puesto en camino de hacer fortuna, ganándola con su espada.

Marsilla, á pesar de que sentía por Isabel un amor espiritual, de todo punto inmaterial, no comprendía, no podía comprender el espiritualismo del amor de Agar.

No podía dudar de que ella le amaba.

Los ojos de Agar, su acento, su expresión, su ser entero le decían que le amaban.

Marsilla creía que Agar, haciéndole desesperar, irritándole, se proponía vencer á Isabel.

Le reducía á casarse con ella.

Marsilla se había propuesto vencerla.

Había contraído por ella un empeño espantoso.

Si Agar hubiese querido, en un momento de olvido, de fascinación de Marsilla, se hubiera casado con ella.

Qué, ¿no había estado Marsilla á punto de casarse, en un momento de delirio, de perturbación, con Alejandra, con Angiolina y aun con Noemi?

Pero Agar sabía que sólo por una desventura horrible podía ser esposa de Marsilla.

Sabía que Marsilla, pasada su perturbación, ni el empeño, ni el deseo, ni la fascinación por ella bastarían para evitar que muriese de desesperación al reconocer imposible su enlace con Isabel.

Por consecuencia Agar, que no quería morir desesperada por la muerte de Marsilla, había sabido reducir su amor á los límites del alma.

Y esto no sin una gran violencia.

No sin un gran sacrificio.

Había soportado tremendas luchas.

Se había sentido desfallecer.

Pero la necesidad de su mismo amor la había acorrido hasta entonces.

Su amor necesitaba algo más que la sensualidad.

Quería la fruición del alma.

La unión de su alma y de la de Marsilla en una sola alma.

Había triunfado hasta entonces.

Esperaba triunfar siempre.

Sin embargo, había momentos en que desfallecía, se

aterraba, y por su mismo terror volvía con más fuerzas á la lucha.

Puestos en una tal situación los dos amantes, era lo más natural del mundo los celos y el despecho que causaban á Marsilla las galanterías que el rey prodigaba á Agar, y las candentes miradas en que la envolvía.

Era aquella situación un tormento inexplicable para Marsilla.

Disimulaba, sin embargo.

Pero maldecía poco á poco de la honra que le infería el estar almorzar á la mesa del rey.

Acabando de almorzar se despidieron.

—Señor, dijo Agar, ¿será un atrevimiento el invitaros á comer hoy mismo en nuestro campo?

—Si atrevimiento llamáis á complacerme, mi hermosa señora, dijo el rey, hacedme sufrir sin cesar atrevimientos vuestros. Yo acepto vuestro convite en mi nombre y en el de mi corte.

—Pues bien, señor, dijo Agar; yo, con vuestra corte, os espero al medio día.

—Iremos todos.

—Pues hasta el medio día, señor.

—Hasta el medio día, señora mía, dijo el rey.

Y la besó la mano.

Y no fué esto sólo, porque don Pedro *el Católico* no se paró nunca en murmuraciones.

Sino que, delante de su corte, hincó una rodilla en tierra, para que la otra rodilla sirviese de estribo á Agar para montar en su palafrén.

Esto se comentó.

Una ricahembra podía casar con un rey.

¿Y qué acción, la más leve de un rey, no se comenta por sus cortesanos?

Partieron, al fin.

Llevaban una escolta de lanzas reales.

Esto era, sin duda, en honor de Agar.

Marsilla iba taciturno y sombrío.

Cuando llegaron no tuvo, como de costumbre, el palafrén á Agar, ni la dió la mano para que desmontase.

—¿Qué es esto que tenéis? le preguntó Agar cuando echó pie á tierra.

—Esto es, señora, dijo con vez sombría Marsilla, que si fuerais mi mujer os hubiera matado.

CAPITULO LXIX

En que se ve de cuánta ostentación podía dar muestra, á causa de sus riquezas, Agar

Se le apretó el corazón á Agar.

Vió cuánto sufría Marsilla.

Una ráfaga de vacilación pasó por su corazón y por su cabeza.

—No ha sido mía la culpa, dijo.

Y devoró con una mirada anhelante á Marsilla.

—¿No es vuestra la culpa de haber convidado al rey á comer?

Agar sonrió.

—¡Ah! torpe que vos sois y ciego, exclamó: en la tienda del rey yo debí ponerme donde se me señaló.

—¡Ah! exclamó Marsilla.

—En la tienda que para la comida se levante, yo pondré al rey donde debe estar y yo me colocaré donde estar quiera.

—¡Ah! perdonad, exclamó Marsilla: yo estoy loco.

—Esto será una decepción para el rey. Para desengañarle era preciso convidarle.

—Perdonad, perdonad otra vez, señora mía, dijo Marsilla; os amo tanto, que los celos me ciegan.

—Pues procurad no ser ciego, porque para volveros la vista hay que hacer cosas demasiado imprudentes.

Agar se consagró en seguida á los preparativos del banquete real.

El calor era insoportable.

Agar mandó hacer junto á la corriente del río, entre una espesura, una gran tienda de follaje.

Quedó un espacio sobradamente capaz para una larga mesa, rústicamente hecha, pero cubierta con magníficos manteles damasquinos.

Sobre estos manteles se puso una incomparable y preciosa vajilla de oro y plata.

Las porcelanas andaluzas abundaban.

Había, además, mucha cristalería romana, preciosa, más que por su valor y por su rareza y por su mérito artístico, por su antigüedad.

Todas estas preciosidades eran parte de los tesoros que don Ezequías llevaba consigo y de los cuales disponía su hija.

Ninguno de los reyes que asistían á aquella empresa hubiera podido presentar, no ya en sus campos, pero ni aun en tiempos normales, en sus palacios, una tal riqueza.

Los judíos en todos los tiempos han sido los acaparadores del dinero.

Han mostrado ante el mundo el espectáculo de esa acu-

mulación de riquezas, que no se comprende cómo pueden pertenecer á un solo hombre.

Jinetes habían salido desde el momento en que Agar volvió á su campo de vuelta del almuerzo del rey, á hacer provisiones por los pueblos inmediatos y caseríos.

Habían ido y vuelto á la carrera.

Se tuvo lo que se pudo.

Mucha carne, muchas aves, mucha pesca, muchas legumbres, muchas frutas.

La variedad debía consistir en los condimentos.

Había que atenerse al vino que se había encontrado y al pan duro.

Pero en la guerra como en la guerra.

Cuando llegó el medio día todo estaba dispuesto.

Se oyó, cuando el medio día se señaló en el cuadrante solar que consigo llevaba el señor de Moratilla, un gran trompeteo.

Era el rey que se acercaba con su corte, y de una manera ostentosa.

A pesar de su longanimidad y de su llaneza, el rey no se desposeía de su soberbia y de su vanidad ingénitas por nada ni por nadie.

Todo consistía en que las ocultaba bajo una buena forma, cuando no se las excitaba, y en que las encubría con una gran fuerza de voluntad, y con una gran maestría para la ficción cuando lo ineludible de las circunstancias le obligaban á ello.

Había notado que su almuerzo no había satisfecho, ni en el fondo ni en la forma, á la hermosísima hija del ricohombre de Moratilla.

Que ella había conservado un aspecto de disgusto, que no porque no hubiera querido demostrarle había dejado de ser.

En fin, que aunque no había dado, ni aun por asomo, en ninguna especie de inconveniencia, lo había mirado todo con una desdeñosa altivez.

Después había convidado al rey á comer.

Y no solamente al rey, sino también á su corte.

La corte de un rey crece infinitamente cuando el rey está en campaña.

La aumentaban sus capitanes y los principales cabos de sus ejércitos.

El rey llevaba consigo todos sus dignatarios y todos sus capitanes, y á más todos los cabos de alguna condición de su ejército.

Eran más de ciento cincuenta.

Todos estos debían sentarse á la mesa.

Venían, además, las servidumbres del rey y de los magnates y prelados.

Camareros, familiares, escuderos, pajes, portalanzas, etc.

Más de quinientos.

Y á todos estos había que darles de comer, bien y abundantemente, ó se desmentiría que don Ezequías era muy rica persona para convidar á comer al rey de uno de los reinos más grandes de Europa en aquel entonces.

Agar había pensado en esto.

La mesa que se extendía bajo un muro de verdura que se le había levantado como por encanto, era un lugar capaz para más de trescientas personas.

Más de trescientos servicios aparecían sobre ella.

La vajilla, las cristalerías, las porcelanas que estaban en gran manera, deslumbraban.

Veíanse cargados los fruteros de ricas frutas.

Magníficos ramilletes aparecían en grandes jarros de plata y oro, de trecho en trecho.

Ánforas rebosando de vino y de licores preciosos se veían con profusión.

Las rodeaban copas de cristal, de oro y de plata, y tazas de porcelana.

En el sitio de preferencia se había levantado un gran dosel de damasco rojo y oro.

No se había puesto silla real porque no la había.

Pero se habían acumulado almohadones de brocado.

Los asientos de los convidados eran largas banquetas hechas con troncos de árboles cubiertos de mantas para darles blandura, y estas mantas cubiertas á su vez por riquísimos tapices.

El suelo, sobre una gran cantidad de paja extendida, estaba cubierto por alfombras de Persia.

De trecho en trecho había braserillos de plata en que humeaban olorosas resinas.

En las verdes paredes se veían panoplias de armas y banderas y estandartes.

El golpe de vista que aquel gran salón presentaba, visto por cualquiera de las entradas, era sorprendente, maravilloso.

El rey, á pesar de su fama de suntuosidad y su gran sangre fría, no pudo contener un movimiento de asombro y despecho.

Aquello era inmejorable.

Aquello era magnífico.

Aquello era grandioso.

Aquello representaba unas riquezas fabulosas en don Ezequías.

Habían salido á recibir á la corte don Ezequías y Marsilla.

Detrás, á una respetuosa distancia, iban también camareros y pajes en gran número, vestidos de gala.

Los dos mil hombres de la hueste seguían á caballo y completamente armados, divididos en seis escuadrones, de distancia en distancia.

La contemplaban los atabaleros y los trompeteros de estos escuadrones batiendo marcha.

Los hombres de armas mostraban los escudos embrazados y las lanzas terciadas por delante de ellos.

Al pasar el rey afianzaban las lanzas, y luego de la manera más vistosa tremolaban sus pendoncillos, acabando por rendirlos.

Don Ezequías y Marsilla aparecían sencillamente vestidos.

El viejo con un gran ropón talar de una tela ligera de seda á causa del calor, y de color negro con una magnífica cadena de oro sobre los hombros, de la que pendía su sello de ricohombre.

Marsilla llevaba un coleto á manera de túnica corta, de gamuza, mangas de grana con bordones negros, calzas de grana también, atacadas, borceguíes de gamuza, acicates de guerra, talabarte de guerra con espada y puñal y un sencillo birrete.

Una camisa blanquísima se dejaba ver por encima de la descotadura del coleto; dejando ver por su amplitud la hermosa y robusta garganta del joven.

Sus cabellos caían sobre sus hombros y su espalda, largos, sedosos, ondeados, partidos por mitad en la parte superior de la cabeza.

Don Pedro comprendió la buena fortuna que Marsilla tenía con las mujeres.

Estaba hermosísimo.

Y esto con una carencia absoluta de afectación.

Con la llaneza mayor del mundo.

Pero á la par con una gran distinción.

Hicieron su acatamiento al rey don Ezequías y Marsilla y le introdujeron en el salon del festín.

Entonces fué cuando don Pedro, á pesar de su enamoramiento, se asombró todo y sintió un movimiento de despecho.

Agar le vencía.

Nada había que pedir.

Todo allí era exuberante de riqueza y de magnificencia.

Si el rey hubiera visto el gran número de acémilas que seguía á la hueste de Moratilla, no se hubiera asombrado de lo que veía.

Don Ezequías se lo había llevado todo consigo.

Si hubiera podido llevarse su villa y su castillo de Mora se los hubiera llevado también.

Don Ezequías y Marsilla sirvieron de introductores al rey y á sus dignatarios.

Llevaron al rey junto al dosel.

El rey fué llamando á los que debían estar á su izquierda y á su derecha.

Agar no parecía por el mundo.

Pero había frente al dosel real, al otro lado de la mesa, un diván con respaldo engalanado con riquísimas telas de brocado.

Aquel diván era capaz para cinco personas.

Aún no se habían llenado la derecha y la izquierda del rey á lo largo de la mesa, cuando se oyó una armoniosa música de laúdes, de dulzainas, de flautas, de tiorbas y por uno de los extremos del salón aparecieron dos juglares y dos juglaresas, tañendo, cantando, bailando, y haciendo sonar con el zangoteo de la danza los cascabeles de oro de sus trajes.

Detrás venían seis hermosas doncellas vestidas de blanco.

Luego seis pajes vestidos de escarlata.

Luego un palanquín sostenido por cuatro esclavos negros magníficamente ataviados.

En el palanquín, deslumbrante por su hermosura y por lo indescribible de su atavío, compuesto de sedas, de brocados, de perlas y pedrería, Agar.

El traje era completamente á la moda hebrea.

La reina de Sabáh no hubiera podido presentarse tan bien, tan rica, tan bella, tan deslumbrantemente prendida.

Todos los que ya se habían sentado, incluso el rey, se levantaron llenos de asombro, y saludaron á aquella diosa.

Los que no se habían sentado acudieron á rodearla.

Tras ella venían doncellas, pajes, esclavos.

Descendió Agar del palanquín, y saludando galantemente al rey y luego á todos, fué á sentarse en el diván.

Quedó frente á frente al rey.

La mesa era bastante ancha para que los pies no pudieran encontrarse.

Esto se había hecho á propósito.

Agar tenía á su derecha al obispo de Zaragoza.

A su izquierda al de Barcelona.

A la derecha del de Zaragoza se colocó don Ezequías.

A la izquierda del de Barcelona Marsilla.

Los camareros de don Ezequías sirvieron aguamaniles á los convidados, empezando por el rey.

Los músicos estaban á los dos extremos.

Delante de ellos lucían sus habilidades las juglaresas.

Detrás de los convidados se extendían pajes y escuderos.

Detrás de Agar aparecía una nube de pajes y doncellas.

Don Ezequías y Marsilla no hicieron más que la ceremonia de sentarse.

Se levantaron á seguida, y se pusieron á ambos lados del rey, para servirle, la copa, Marsilla, el plato, don Ezequías.

El rey no quería consentirlo.

Pero intervino Agar.

Manifestó que en su casa ella tenía el privilegio del mando para el mejor servicio de los convidados, y el rey se vió obligado á dejarse servir.

—Esto es, le dijo Agar, si es que vos, señor, no tenéis por tan grande honor el serviros, que sólo á vos sea dado concederlo.

—Bien pueden servirme la copa y el plato, dijo el rey, los que me sirven con su lanza y con su espada.

—Y con todo lo que necesario fuese, señor, dijo Agar.

El rey se inclinó, y sin reparo alguno devoró con una mirada hambrienta á Agar.

El festín empezó.

CAPITULO LXX

De cómo no siempre puede acabarse un festín que tiene lugar á la vista del enemigo

Fuera de la galería de verdura, entre los árboles, sobre la fresca hierba, tenían también un opíparo banquete, no sólo todos los que con el rey habían venido, sino también todos los de la servidumbre y la hueste de don Ezequías.

Únicamente como se estaba en armas, y á la vista del enemigo, las gentes de guerra comían sin dejar sus arneses, y teniendo junto á sí su lanza, su escudo y su caballo.

Se estaba á la vista de Calatrava (1), que se veía allá en su vertiente.

(1) Kalat-Rabat'h, (fortaleza del desierto).

Dos días antes los moros habían salido del recinto y habían dado un rebato á los aragoneses y á los catalanes.

Se habían visto éstos en un grande aprieto para meter otra vez á los sitiados en sus muros.

Habían tenido que acudir don Alfonso de Castilla y don Enrique de Navarra.

Aun así la batalla había sido recia.

Muchos habían caído y quedado sobre el campo, de la una y de la otra parte.

El tigre y el león se habían arañado de una manera terrible.

Los atalayas moros vigilaban día y noche, acechando una ocasión.

Era necesaria por parte de los cristianos una gran vigilancia.

Por lo menos dos terceras partes de la gente estaban siempre con el arnés á cuestas, y el caballo embardado y embridado.

Todo era poco.

No había noche en que las avanguardias, como entonces se decía, (nombre ya importado de Francia), no tuviesen una reyerta con los de Calatrava.

Protegidos éstos por las sombras, se atrevían á todo.

Era de temer que aquellos perspicaces atalayas se hubiesen apercibido del jolgorio que había en el campo del rey de Aragón, y pretendiesen aprovecharse de la ocasión que tan propicia se les presentaba.

Así es que don Pedro II había hecho poner sobre las armas de su campo y refermar las avanzadas.

Pero el rey, los prohombres y los principales caballeros del ejército aragonés estaban en el festín.

Habían dejado para esto los arneses.

Hubiera sido ridículo presentarse con el arnés para asistir al convite de una dama.

No llevaban más que las espadas y los puñales.

Nada había acontecido.

No se esperaba que aconteciera nada.

En su última salida los moros habían sido bien escarmentados.

Duraba el festín.

Todo seguía en completa calma.

Nada había alterado la alegría.

Se habían servido ya muchas viandas.

Se habían puesto sobre la mesa seis cabritos asados enteros, llenos de liebres, conejos y perdices.

Las frecuentes libaciones habían puesto ya las cabezas calientes.

Llevaba el rey á sus labios, por la vigésima ó trigésima vez, la ancha copa de oro, guarnecida de pedrería, que se le había puesto en su servicio.

De improviso, de la parte del campo del rey don Pedro II, sonó un inmenso alarido.

Un alarido de combate.

Marsilla, que tenía aún en la mano la ánfora con que escanciaba de nuevo en la copa del rey, la tiró y se lanzó fuera.

El rey, los capitanes, los cabos, todos salieron de sus asientos.

No se quedaron allí tampoco los prelados de Zaragoza y

de Barcelona ni de los otros obispados de Aragón, de Cataluña y del Rosellón que allí asistían.

Corrieron hacia dónde sonaba la alarma.

Agar no huyó.

Salió con Marsilla.

CAPITULO LXXI

Revista histórica hecha á paso de carga

Como se ha dicho, el ejército aragonés catalán y rosellonés, fuerte de unos setenta mil hombres, era el más avanzado á Calatrava.

Un cuerpo escogido de durísimos almogávares constituía la vanguardia, á cuatro tiros de ballesta de los muros.

Estos rudos soldados no descansaban ni de día ni de noche.

Estaban siempre prontos para lanzar su terrible grito de guerra: «*¡Desperta ferro!*»

Eran grandes soldados los reyes de Castilla, de Aragón y de Navarra.

No lo eran menores los ricohombres y los prohombres que seguían su estandarte.

Se hacía bien la guerra.

Se había llegado hasta Calatrava llevándolo todo á sangre y fuego.

La vanguardia de Amir Almanzor había desamparado el castillo y se había visto obligado á retroceder.

Había entusiasmo, fe y desprecio de la sangre y de la vida.

Les iba á los cristianos el todo por el todo.

Se embestía á muerte.

La victoria había sonreído ya á los cruzados, que así podía llamárseles.

Y así era en verdad.

Todos llevaban una cruz roja sobre el pecho.

Todos anhelaban morir por la causa de Dios.

No era menor la creencia y la fe en los musulmanes.

Pretendían llevar el conocimiento y la adoración del Dios altísimo y único, hasta los más remotos confines de la tierra.

Peleaban con el valor de la fiera.

Aquella era una guerra religiosa, y de dominio absoluto para los unos, y de consiguiente para los otros.

Amenazaba ser larga y formidable.

Europa estaba atenta.

Prevenida.

Pero se dejaba á la España cristiana el primer trabajo.

Como si dijéramos el quebramiento, el desbordamiento en la primera lucha de las bárbaras hordas de Oriente.

Se repetía la gran prueba del siglo VIII.

Pero entonces no estaba España bajo el dominio de la monarquía goda, desnaturalizada, enervada, corrompida,

olvidaba y desposeída del esfuerzo de los que siguieron á Alarico y á Atila.

Era una raza envilecida en la cobardía, en los placeres.

La feroz embestida musulmana la arrolló como no podía menos de arrollarla.

Aún duraba entre los árabes el grande impulso de Mahomed, del Profeta.

Mahomed había hecho una legislación que era un dogma exclusivamente para un pueblo grande y conquistador.

Mientras los árabes llevaron sus formidables huestes del Oriente al Poniente, desnuda y ensangrentada la espada de las conquistas, fueron un gran pueblo.

Dieron la norma de la civilización de su tiempo en todas las esferas.

Para encontrar del siglo VI al siglo VIII, y un más acá, á un sabio, era necesario ir á buscarle entre los árabes.

Pero el establecimiento, el reposo, la paz, por el contrario, habían influído poderosamente en la relajación del pueblo ismaelita, rama lateral de la raza hebraica por Agar, por Ismael.

Toda la grandeza que hizo admirar al pueblo de Ismael mientras tuvo desnuda la espada de la conquista, se aniquiló, se borró casi por completo desde el punto en que se vició en el ocio y en la molicie.

Desde que dejó de ser nómada.

Hizo su último esfuerzo en la invasión de España.

Ocupó á España por la degradación de algunos aventureros del Norte, que estableciéndose se enervaron en el ocio y se anegaron en la corrupción.

Las Galias contuvieron á los árabes.

Fueron el valladar de Europa.

Poco más allá del Pirineo, los árabes se encontraron con una nueva raza, la que no significaba nada para ellos, á causa de su completa posesión de España ó de Iberia.

No eran los walíes que fueron en nombre de Ab-derraman, semejantes á los que en nombre de Valid-aben-Valid de Damasco vinieron sobre España, comandados por Muza-ben-Nossen y por Tarik-ben-Ziad.

A los héroes habían sucedido los hombres dominados ya por la ambición, que se habían propuesto gozar en paz de la soberanía de los waliatos, ó gobiernos de provincia en España, que ellos habían convertido en pequeñas monarquías.

Iban ya de mala gana á pelear por el Califa de Damasco, que estaba muy lejos.

Además, el califato de Córdoba, que debía ponerse en pugna con el de Damasco hasta hacerse independiente, empezaba ya.

Los galos no fueron acometidos con la rudeza, por decirlo así, con que fueron embestidos los visigodos ibéricos.

Así fué que pudieron contener en los campos de Tolosa á la inundación árabe.

Las circunstancias eran distintas.

Los emires y los walíes africanos se volvieron á sus posesiones de Iberia, escarmentados, jurando no volver á pisar en su vida las gargantas de los montes de Afrana (Pirineos).

Rápidamente, todos aquellos emires, todos aquellos

walíes se fueron haciendo independientes del Califato de Córdoba, como el Califato de Córdoba se había hecho independiente del de Damasco.

Se crearon imperios tan pequeños como los de Murcia, Jaen y Albarracín.

En fin: en aquellos tiempos, y sin que nadie gobernase de hecho y de derecho la república, cuyas últimas tradiciones se habían desmoronado con el bajo imperio, España se encontró constituída bajo una forma semejante á la que hubiera tenido en nuestros tiempos la república federal.

En una disgregación en pequeños estados débiles.

Esto permitió los primeros esfuerzos de la reconquista, que empezando por la parte oriental de los Pirineos, concluyó más tarde por la parte occidental de España.

Los pequeños reinos árabes, divididos y enemigos entre sí, no pudieron resistir la brava y desesperada acometida de los solariegos, desesperados por la degradación á que les sujetara un raza descreída y proterva.

Así se crearon las coronas de Asturias, de Leon, de Galicia, de Navarra; los condados de Cerdeña, Sobrarbe, Rivagorza y algún otro, y los estados libres de Valencia, Jaen, Aragón y Castilla.

En el siglo XIII media España había sido ya reconquistada.

Los árabes habían pasado.

Se habían perdido en la historia.

Quedaban, cuando más, relegados á las apartadas regiones orientales.

En la Siria, en la Arabia, en la Persia, en Egipto.

En el Occidente les habían sucedido los moros almoravides, que habían sido vencidos á su vez por los almohades.

En cuatro siglos todo había cambiado.

Pero llegó Mohamed *el Verde,* esto es, Amir Almanzor, el Gran Califa, el emperador terrible, que, no satisfecho con haber impuesto su imperio al África Mahometana, fijó su vista en el Estrecho de Alzakab ó de las Angosturas, conocido por Estrecho de Geb-al-Tarik ó de Gibraltar.

Se hizo obedecer por los emires de Granada, de Córdoba, de Sevilla.

Pensó en una ocupación completa de España, y aun en llevar sus huestes vencedoras más allá de los Pirineos, y hollar á Europa, para abrazar desde Constantinopla un imperio que se extendiese por las riberas del Mediterráneo.

Pero la España cristiana de entonces, bajo cinco ó seis soberanos independientes, era mucho más fuerte que lo que lo había sido la España ulterior bajo el cetro único del débil don Rodrigo.

Nuestres reyes de la reconquista eran soldados rudos, acostumbrados al combate y á las fatigas.

Eran hombres de hierro.

Aragón por sí sólo, con la unión de los condados catalanes á su corona, y con gran parte del Rosellón, era ya una monarquía formidable, una monarquía ejemplar, en que el rey valía tanto como el ciudadano, y el ciudadano tanto como el rey, y vivificada por unos fueros, por unas libertades que hacían de ella una tierra completamente

libre, con una continencia que producía una armonía admirable entre los poderes públicos, y en cuanto á las relaciones del gobernante con el gobernado y del gobernado con el gobernante.

Duraban los derechos feudales, pero estaba á la par sostenido el derecho público.

Menguaban los primeros y el segundo acrecía.

Las comunidades, esto es, la comunidad, el Común, el municipio, en una palabra, se hombreaba con la monarquía, contendía con ella, y se imponía al poder automático, desarrollando y robusteciendo su poder, ya por medio de su estado llano en las Cortes, ya por medio de terribles revueltas al grito de contrafuero y libertad.

Iba naciendo la monarquía representativa.

Iba alboreando la sociedad moderna.

Tres siglos más, y el Renacimiento debía rescatar á la humanidad, ó por lo menos ponerla en el principio del establecimiento de la redención social, del imperio de la democracia por la razón y el derecho.

Este libre espíritu de Aragón, unido al libre espíritu de los navarros y de los vascos, se infiltraba en los otros estados de España.

Se iba haciendo la unidad, esto es, la comunalidad ibera, perdida en los funestos campos de Guadalete.

La Providencia traía al poderoso, al soberbio Amir-al-Mumenin á dar á los solariegos la revancha de la pasada afrenta, en aquella misma Vandalia, en aquella misma Andalucía, dando así creces la venganza de Guadalete á las inmortales Navas de Tolosa.

La tierra sevillana se había estremecido bajo la afrenta,

y había absorbido la sangre de sus héroes, que no tardando mucho debía vengar.

La tierra de Granada debía cubrirse con los laureles de la victoria, y empaparse con la sangre de aquellos feroces árabes, que imponían su yugo á los españoles.

Se había hecho, como hemos dicho, una cruzada.

Calatrava estaba asediada.

Tenía sobre sí tres ejércitos formidables.

El aragonés, el navarro, el castellano.

Los sitiados se defendían heróicamente.

Mohamed *el Verde* avanzaba y elegía su campo de batalla entre las ásperas gargantas de la cordillera de Sierra Morena.

Aragón estaba asediando á Calatrava.

Don Pedro *el Católico* no se quitaba el arnés.

Sus hombres de armas estaban siempre á caballo.

En su flanco izquierdo tenía á Enrique de Navarra.

En el derecho á Alfonso VIII de Castilla.

Era necesario forzar el paso.

No dejar á su alrededor un solo enemigo con las armas en la mano.

Tal era la situación cuando los moros de Calatrava, avisados por sus espías, cayeron de improviso sobre el campo del rey aragonés, distraído en un festín.

CAPITULO LXXII

De cómo Marsilla fué un gran caballero, pero muy poco afortunado

Algunas taifas de jinetes árabes, constituyendo un número de más de tres mil, mientras que un número mucho mayor avanzaba sobre el campo de Aragón, para distraerle é impedirle acudir al socorro de su rey, pasaban atrevidamente el río y marchaban de flanco al lugar donde se celebraba el banquete.

Oirse la voz de alarma y tener encima los jinetes árabes fué todo en un punto.

Pero como los hombres de armas de don Pedro estaban apercibidos y tenían junto á sí á sus caballos, cabalgaron rápidamente, y se interpusieron á los árabes, impidiéndoles llegasen á la pradera donde tenía lugar el festín.

El rey, sus caballeros, sus prelados y el fuerte séquito

de lanzas que consigo había llevado don Pedro, estuvieron al momento á caballo.

El rey se detuvo.

Se fué á su campo.

Dejó á Marsilla con las lanzas de don Ezequías.

Marsilla había saltado en su caballo.

Sin arnés, sin más armas que su espada, y con la cabeza descubierta se había metido en el lugar de la pelea.

El combate era durísimo.

Los moros, superiores en número, apretaban los puños y los dientes, y peleaban como tigres.

Los de Marsilla se batían como leones.

Numerosos cadáveres, numerosos heridos yacían por tierra á los pocos momentos de empezado el combate.

Agar seguía de cerca á Marsilla.

Le veía en peligro, y quería partir con él la muerte ó la victoria.

Pedro Martorell, con algunos de los bandidos que había acaudillado, formaban un círculo en rededor de Agar.

Un círculo impenetrable.

Tenía lugar en aquel círculo cada fendiente que ponía los cabellos de punta.

Se batía bien el cobre.

Se trataban los jinetes, y los golpes encarnizados menudeaban.

Marsilla, un poco más armado por el casco y por el escudo y la lanza de su bravo y fiel Galcerán, que á su vez se había provisto con las armas de los que habían quedado sin vida, hendía por en medio de los moros, seguido de

un puñado de jinetes, que, aunque escasos en número, valía cada uno por diez hombres.

La bizarría, la serenidad, el esfuerzo de Marsilla eran imponderables.

Bien merecía los honores, las preeminencias que le había otorgado graciosamente el rey.

Sostenía con honra, de una manera exuberante, el título de ricohombre de Marsilla, de barón aragonés que recientemente se le habían concedido.

Pero no siempre la fortuna acompaña á los valientes.

Marsilla, arrastrado por su ardor, se había metido demasiado adelante.

Un accidente del combate le había arrastrado, separándose del resto, de la masa de lanzas de Moratilla.

Apenas si tenía consigo cincuenta jinetes.

Agar había sido separada de Marsilla.

El práctico, el valiente Pedro Martorell había lanzado delante del círculo en que se encontraba Agar, y por medio de hábiles maniobras que mandaba con su paderosa bocina, lanzas y más lanzas.

Muy pronto Agar estuvo á retaguardia de la hueste, mientras que Marsilla, cortado y aislado, se encontraba demasiadamente en la vanguardía.

El rey de Aragón había llegado á su campo.

Se había lanzado contra los de la fortaleza.

Al mismo tiempo, y de sus campos respectivos, llegaban contra los moros calatraveños, al frente de una escogida caballería, Alfonso de Castilla y Enrique de Navarra.

Puestos en respeto, dominados los moros, hicieron sonar sus añafiles, tocando á recoger.

Llegó aquel sonido á los que combatían con la mesnada de don Ezequías, y empezaron á *ciar,* es decir, á replegarse.

Pero llevaban revueltos entre ellos á Marsilla, cuyos hombres de armas se habían reducido al número de diez.

Este número disminuyó rápidamente.

Quedaron al fin tres solos, uno de los cuales era Galcerán.

Los moros que habían admirado el valor de Marsilla, le intimaron que se rindiera.

—Os apoderáis de mí, muerto, exclamó el generoso joven; vivo, no.

Y continuó peleando.

Quedaron al fin solos él y Galcerán, y como si un buen genio los hubiese protegido; fatigados sí, pero sin una sola herida.

Cayó por fin herido de un terrible golpe de maza en la cabeza, el caballo de Marsilla, y cogió á éste debajo.

Los moros se arrojaron sobre él.

Le sacaron de debajo del caballo y le ataron de pies y manos.

Le pusieron sobre otro caballo y huyeron con él.

Otro tanto hicieron con Galcerán.

Los añafiles tocaban á recoger á más y mejor.

CAPITULO LXXIII

En que Marsilla se ve metido en confusiones, y aun siente miedo

El golpe había quebrantado y aturdido á Marsilla.

Cuando volvió en sí se encontró en un lugar oscuro, húmedo é infecto.

Estaba sobre un montón de paja y cargado de cadenas.

A su lado oía un hipido contenido.

Pero no un hipido de dolor sino de furor, sordo, concentrado, terrible.

—¿Quién es el que me acompaña? dijo Marsilla.

—¡Ah!... ¡gracias á Dios, señor mío!... dijo una voz por la que Marsilla reconoció á Galcerán; gracias á Dios que al fin habláis; os he llamado, pero inútilmente, y no podía ir á encontraros porque estoy aquí encadenado y sujeto al muro como un perro: ni os veía ni os sentía, y me estaba dando ó todas las legiones de diablos habidas y por haber; ¡buena la hemos hecho!... ¡valiente fortuna la nues-

tra!... y todo porque os habéis empeñado en vuestra doña Isabel cuando tan bien habéis podido casaros una y otra vez.

—De ruines como tú es olvidarse de su honra y echar de menos las villanías por medio de las cuales nos habríamos libertado de vernos en la desgracia. Cállate, y que más no oiga yo tus torpes blasfemias.

—¡Buen consuelo de tripas nos dé Dios!... exclamó Galcerán; en fin: la culpa me tengo yo que me he empeñado en servir á un amo de tan poco juicio.

—En cuanto me vea libre de estos hierros que me sujetan, Galcerán, te reduzco á polvo.

—¿Y cuándo será eso de vernos libres de estos hierros? Gracias á que los estómagos de resultas del recién pasado festín están todavía bien aforrados; pero el hambre que hemos de pasar empieza ya á hacerse sentir. ¡Ah!... ¡mezquino de mí!... ¡y que para eso me haya echado mi madre al mundo!...

No sabemos lo que hubiera contestado Marsilla, porque le cortó la airada réplica que iba á dar á Galcerán, el ruido de una puerta que se abría con estruendo de cerrojos y cadenas.

Por debajo de la puerta, y por las resquebrajaduras que en ella había, se veía el reflejo de una luz.

Se abrió al fin la puerta y apareció un enorme negro que traía un farol en la mano.

Estaba vestido con una túnica parda.

En la cabeza mostraba una toca blanca.

En su cinturón de cuero, al lado de un puñal, se veía sujeto, por su mango, un martillo.

Se acercó al noble joven, le miró, sonrió dejándole ver

dos hileras de fuertes, tupidos y blanquísimos dientes, y le dijo en algarabía:

—Bendice á Aláh, cristiano, que te ha dado buenos valedores en Kalat-Raba'h; un arcángel del séptimo cielo te descarga de tus cadenas.

—¡Siempre ellas! exclamó también en algarabía Galcerán: ¿pero es que no hay, no ya un arcángel, sino ni aun siquiera un pobre diablo que me quite á mí los míos?

—Sí, dijo el negro: el mismo arcángel te los quita para que sirvas á tu amo.

—Prefiero quedarme aquí algún tiempo hasta que pase el nublado, dijo Galcerán.

—¿Ves, infame, dijo Marsilla, como la Providencia de Dios no duerme, y en la hora de las tribulaciones viene en ayuda de los que no han perdido la fe?

En tanto, el negro desarmaba los grilletes y las argollas que aprisionaban á Marsilla.

—Tanto podemos fiarnos, dijo Galcerán, que cuando vayamos á respirar nos encontremos sin resuello, y ved, señor, si no echáis á perder este nuevo arcángel que la Providencia de Dios nos ha enviado.

Ya á este tiempo estaba libre de sus hierros Marsilla.

Se levantó y vió que podía moverse aunque penosamente.

Estaba fatigado y con algo de aturdimiento todavía.

Pero no lastimado.

El negro se fué á soltar de sus hierros á Galcerán que miraba de reojo y con recelo á su señor.

Pero se fué tranquilizando.

Su amo estaba muy distraído.

—¿Qué ha sido de la batalla? dijo Marsilla.

—Han caído tantos de los vuestros sobre nosotros, contestó el esclavo, que nos hemos visto obligados á recogernos á los muros: pero los perros *rumyes* no pondrán las plantas en Kalat-Raba'h: el grande, el poderoso Amir viene á nuestro socorro con su innumerable é invencible ejército.

—¿Cuántos hay en la frontera?

—En la frontera y en la villa sesenta mil.

—¿Quién los manda?

—El emir de Valencia.

—¡Ah! ¡Wadyaláh! exclamó Marsilla.

Y se estremeció.

Se le representó el amor delirante, irritado, terrible, de la hermosísima molinera.

Él había sido junto á ella un esclavo del amor.

Esclavo fascinado.

Feliz con su esclavitud hasta donde puede ser feliz un esclavo.

Pero siempre esclavo.

Agar le había sacado de aquella su dulce esclavitud.

Pero para hacerle caer en otra esclavitud desesperada.

Agar resistía á su amor.

Agar le irritaba con el misterio de su hermosura.

Era la más extraña amante que había tenido.

Una hermana.

Pero una hermana terrible.

Demasiado hermosa.

Demasiado espiritual.

Las dificultades son el mayor interés del amor.

Cuando las dificultades llegan á tomar las apariencias de lo imposible, llevan el amor hasta el delirio.

Un amor falso, si se quiere.

Un empeño.

A veces este empeño se convierte en verdadero amor.

Nos fascina.

Se apodera de nuestra alma de una manera absoluta.

Modifica nuestro ser moral y material.

Y á veces le modifica de una manera tan grande, tan determinante, que le destruye.

Marsilla no podía amar sino con la voluptuosidad ó el empeño.

Su amor completo, su amor trascendental, su amor único, su amor terrible, era de Isabel de Segura.

Sin las costumbres de su tiempo, en que no se miraba mal el que un hombre tuviese amigas, como ya hemos dicho; sin la no extrañeza con que se veía y se sabía que un hombre casado tuviese hijos bastardos; sin esta aceptación, por decirlo así, de las leyes naturales, que hacen que los seres asimilables, puestos en contacto, se unan con una mayor ó menor fuerza, Marsilla no hubiera vivido sino exclusivamente para Isabel de Segura.

Marsilla no podía contenerse ante una mujer hermosa.

Una especie de embriaguez le acometía, cuando los elocuentes, los hechiceros ojos de una mujer enamorada le abarcaban adormidos de amor, arrojando de sí un efluvio irresistible.

Un hermoso seno que se agitaba, una boca pura, fresca y rosada que suspiraba, dejando ver una lánguida sonrisa amorosa, en medio de su pureza, una garganta incitan-

te que se inflaba y se deprimía en las arterias por una corriente irregular y agitada de la sangre; una expresión amorosa y delirante le hacían olvidarse de todo por el momento, y caer en unos amores pasajeros, si se quiere, pero que eran una ofensa para Isabel.

Porque para Isabel no había ni más ni menos, ni mejor ni peor que Marsilla.

Para Isabel Marsilla lo era todo.

Fuera de Marsilla no vivía para nada, como no fuera para el amor, para sus padres y para la caridad; sentimientos todos que enaltecen el alma, que la hacen sublime y más apta, más delicada para sentir el amor de la esposa, que es el principio del amor de la madre.

En Isabel no había distinciones.

Para Isabel todos los sentimientos eran absolutos.

Isabel de Segura era una admirable mujer nacida para el sentimiento.

Para el sentimiento recto.

Lo que influye sobre nosotros fuera del sentimiento recto, es siempre una depresión ó una irritación de nuestras facultades.

Siempre una desnaturalización de nuestro ser racional.

Siempre una enfermedad.

En estas perversiones del sentimiento debe buscar el hombre la causa de la mayor parte de sus desgracias.

Pero hay en el ser humano algo misterioso que no se explica.

Algo severo que siente de una manera dulce.

Que parece establecer en nosotros una fiscalización del espíritu divino.

A veces el mismo espíritu divino.

Este algo es la conciencia.

El conocimiento instintivo del mal y del bien absolutos dentro de lo relativo de nuestro ser.

Marsilla comprendía demasiado cuánto y cómo le amaba Isabel de Segura.

Sabía que para ella no había otro amor que el suyo.

Que este amor era exclusivo, invencible, eterno.

Que este amor era la suprema felicidad ó la suprema desgracia para Isabel.

La vida ó la muerte.

Y como Marsilla tenía excelente el alma, que de otra manera no hubiera podido amarle Isabel, ni la habría amado como le amaba Marsilla, que por una intemperancia producida por lo exagerado de su sensibilidad, caía con facilidad en la tentación que le ofrecía lo bello, pasada la primera fascinación, operada la reacción al sentimiento recto, sentía remordimientos, y se avergonzaba á nombre de Isabel cuya causa hacía propia.

Como que ella y él, no obstante los extravíos por parte de Marsilla, eran una misma alma, un solo ser, una sola existencia.

Wadyaláh era la mujer que más valientemente, de una manera más ruda y más decidida á todo, se había mostrado apasionada de Marsilla.

Por su amor había reducido al martirio al viejo emir Muzay, al que había enloquecido.

Lo había provocado todo.

Por terribles que hubieran sido los amores de las otras

mujeres, con las cuales había tenido una historia de amor, ninguna tan terrible como Wadyaláh.

Marsilla la creía capaz por él de todo; hasta del crímen.

Y en aquella situación en que él necesitaba de toda su libertad para servir á su patria y asimismo para abrirse camino á una fortuna que le permitiese obtener la mano de Isabel ó de morir en la demanda, volvía á encontrarse esclavo de Wadyaláh

Esclavo del amor.

Sin redención posible, á no favorecerle la fortuna.

Así fué que se estremeció cuando supuso, y no sin fundamento, que siendo caudillo del ejército musulmán, que estaba sitiado en Calatrava, el emir de Valencia, Wadyaláh era quien rompía sus cadenas de hierro para apresarle de nuevo en las cadenas del amor.

Marsilla no sabía las aventuras que habían pasado por Wadyaláh.

Nuestros lectores no las conocen tampoco.

Ella misma nos las contará y antes de mucho.

CAPITULO LXXIV

En que se ve hasta qué punto puede ser lúgubre una mujer hermosa

Cuando el negro hubo acabado de quitar los hierros á Galcerán, le sacó con su amo de la mazmorra.

Durante algún tiempo anduvieron por un húmedo corredor subterráneo.

Al fin empezaron á subir por unas escaleras, ó más bien por una especie de rampa de ángulos rectos.

Generalmente los accesos de las torres árabes son de esta manera.

Así se sube á la giralda de Sevilla.

Así á la basílica de San Juan de los Reyes, en Granada.

A la séptima ú octava rampa vieron ya la luz del día que entraba por una angosta saetera.

Cuatro rampas más arriba el negro se detuvo delante

de una pequeña puerta prolija y delicadamente labrada, tan bella en su disposición y en sus adornos y en la riqueza de sus colores, como cualquiera del más hermoso alcázar.

Abrió el negro aquella puerta.

Salieron á una galería sostenida por blancas y esbeltas colunas de alabastro.

Desde ella se veía la llanura.

En ella, á lo lejos, las tiendas de los ejércitos sitiadores.

Más cerca, las grandes guardias moras, que, extendidas al rededor de Calatrava, estaban dispuestas á resistir la primera embestida de los cristianos.

Los muros y las torres se veían poblados de guardas.

Se estaba en plena campaña.

La villa silenciosa, con sus calles desiertas, por las cuales apenas si se veía algún transeunte, se descubría inmediatamente bajo aquella galería.

A lo lejos se veían las sierras de la tierra de cristianos.

Marsilla suspiró mirando aquellas sierras distantes.

Al otro lado de ellas estaba su Isabel.

Y volvió á estremecerse porque se sentía esclavo de Wadyaláh.

Al fin de la galería el negro abrió otra puerta.

Entraron en una cámara muy rica, por su pavimento y su faja de brillantes alicatados, por sus pesadas esculturas de arabescos, por sus ajimeces, por la magnífica ensambladura y por la riqueza de sus divanes y tapices.

El negro cerró la puerta por donde habían entrado.

—Quédate tú aquí, dijo á Galcerán.

Y se dirigió á otra puerta con Marsilla.

La abrió, cerró y siguió con él á lo largo de otra galería, hasta llegar á otra cámara.

—Espera tú aquí, señor, dijo el negro: no tardará quien te acompañe.

Y se fué por otra puerta.

Pero sin cerrarla.

Poco después se oyó un precipitado paso de mujer.

Apareció deslumbrante de hermosura, y de traje y de joyas, y conmovida y como transfigurada, Wadyaláh.

Se arrojó en los brazos de Marsilla y rompió á llorar.

Pasado el primer paroxismo de amor y de alegría, se separó de él.

—¡Ah!... ¡yo te ví llegar entre los cautivos!... dijo con la voz entrecortada.

Venías sin conocimiento.

Se me heló la sangre y creí morir.

Pregunté y me dijeron que ni aun estabas herido.

Que el estado en que te encontrabas era á causa de la fatiga del combate en que habías sido un gran caballero, y de la caída del caballo.

Que estabas en una mazmorra cargado de cadenas.

Ya estás libre, y ya estás á mi lado, y yo soy feliz.

La fascinación empezaba á envolver de nuevo á nuestro joven.

Y era, hasta cierto punto, disculpable.

Nunca el arcángel tentador había tomado tan fascinadoras apariencias.

Y era que Wadyaláh amaba á Marsilla con un amor absoluto, profundo, capaz de todo.

—¡Oh! ¡y qué hermosa eres! exclamó aturdido Marsilla.

Y de una manera involuntaria, por una influencia incontrastable, devoraba con una mirada ávida, ansiosa, los encantos y la conmoción de la hermosísima molinera.

Ésta no podía menos de creerse amada.

El deseo, la fascinación, la embriaguez de la voluptuosidad transfiguraban á Marsilla y le daban todo el aspecto no ya sólo de un hombre enamorado, sino enloquecido por una mujer.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido... cuánto he sufrido!... exclamó Wadyaláh: cuando fuí víctima de aquella traición que te robaba á mi amor, sufría, atada á aquel horrible árbol, mucho más que por el peligro de mi vida, por mis celos.

—¡Atada á un árbol!... exclamó Marsilla, que no sabía nada de esto.

—Sí; la maldita que sin duda te ama, y que te arrancó de mi lado quiso martirizarme.

No quiso tampoco que te siguiese.

¿Amas tú á esa mujer?

—No, exclamó Marsilla.

Mentía por necesidad, por galantería.

Ya sabemos que Agar era un empeño para él.

—No, no; tú no puedes amar á ninguna más que á mí.

Un amor como el mío no puede existir sin producir en tí un amor semejante.

Y mi amor es infinito.

Mira: por tí lo arrostro todo.

El viejo Muzay-al-Mansur va enloqueciendo de amor por mí.

Su locura le va haciendo feroz.

Cuando no há mucho le dije que habías sido cautivado, que estabas aquí entre cadenas, apareció en su semblante un gozo cruel.

Cuando añadí que era necesario que te se sacase de la mazmorra, y que volvieras á mi servidumbre, (¡oh! ¡y qué servidumbre la tuya junto á mí, que eres señor de mi alma, mi vida, mi Dios!) me pareció un terrible león irritado.

Sin embargo, mandó que te soltasen y te condujesen á mis aposentos.

Un día acabará de enloquecer.

Sus celos, su despecho, acabarán de convertirle en fiera y nos devorará á los dos.

Es necesario huir de este peligro, y cuanto antes.

Mira; yo tengo inmensos tesoros.

Esos tesoros están en mi poder.

Yo puedo armar con ellos un ejército.

El oro nos puede asegurar la lealtad del ejército de Muzay.

¿Quieres ser tú el caudillo de esos ejércitos?

Dime sí, y Muzay perece.

La pasión se revelaba.

—¡Oh!... ¡no!... exclamó Marsilla: ¡Muzay no merece un tal fin!...

Aparentemos como hasta ahora.

Tranquilicémosle cuanto sea posible.

Tú me arrastras á un amor que me enloquece.

Él nos colma de beneficios, y para nosotros una decepción sería una vergüenza.

Esto es la locura.

—Esto es Dios que hace que seamos lo que somos.

—¡Oh! no blasfemes de Dios: Dios no causa el mal. Dios no es el origen del mal.

—¡Entonces hay dos dioses!

—Sí: el del bien y el del mal: Dios y Satanás.

—Pues Satanás es muy poderoso, dijo Wadyaláh, y, sobre todo, no pide imposibles.

Él dice: cuando tengas hambre, devora.

Si no tienes que devorar, búscalo.

Si te acecha tu enemigo, mátale.

Tú antes que todo.

Y esta es la vida.

—Sí, la vida del infierno, exclamó estremeciéndose Marsilla: ¿porqué... porqué si nos dominan nuestras pasiones, si no podemos vencerlas, no hemos de buscar para combatirlas los mejores medios?

—A veces la virtud produce las mayores imprudencias: en buenhora: no hagamos traición á Muzay.

Pero apartémonos del peligro en que estamos á su lado.

—¿Puedes hacer que salgamos del poder de Muzay?

—Sí.

—Pensemos en ello, pero no nos apresuremos; una imprudencia podría ser funesta.

—Puedo sacar también mis tesoros y con ellos seremos unos poderosísimos príncipes en cualquier parte de la tierra.

Los tesoros rodeaban á Marsilla.

Sin embargo no poseía legítimamente no un tesoro, sino una fortuna bastante para poder arrojar á los pies de don Pedro de Segura á cambio de la mano de Isabel.

—Cuéntame, cuéntame, dijo Marsilla que quería apartar la conversación del giro que llevaba, lo que pasó por tí cuando los míos fueron á sacarme de Valencia.

—¿Por qué dices los tuyos si fué una mujer? exclamó Wadyaláh: ¿si esa mujer te ha acompañado hasta delante de los muros de Kalat-Raba'h?

—Esa mujer es mi hermana.

—¡Oh!... ¡tu hermana! ¿crees tú que mis escuchas no llegan hasta el interior de las tiendas de los cristianos? ¡tu hermana!

—¡Oh, sí!... ¡mi hermana! insistió Marsilla.

—Yo no puedo dejar de creer todo lo que tú me digas: yo creo que tú no puedes mentir, que no mientes.

Pero tengo celos.

Unos celos horribles.

Tú podrás estimarla á ella como hermana, pero ella enloquece por tí; te adora.

—Jamás me lo ha dicho; jamás me lo ha manifestado.

—Quiero creerlo: pero ella lo siente; ella te ama; tú eres su luz, su pensamiento, su vida.

¿Y cómo no ha de amarte si te conoce?

Yo tengo celos por tí de todas las mujeres.

Hasta de las esclavas negras que me sirven.

¿Qué importa que tú no las ames si ellas te aman á tí?

Yo tengo celos de su amor.

El amor es siempre una felicidad aunque no sea correspondido.

Cuando se ama de veras hasta con las amarguras del amor se goza.

Yo no quiero que ninguna mujer goce la felicidad de amarte.

La que te ame, aunque no la ames tú, aunque la desprecies, es mi enemiga.

¡Oh! ¡y si tú amases á otra mujer!...

Yo no sé lo que haría para vengar mi desesperación.

—¡Oh! ¡qué hermosa eres, hija del amor! exclamó Marsilla conmovido por el irresistible encanto que el amor, sentido hasta el delirio, prestaba á Wadyaláh.

—¡Oh! exclamó ésta: ¡si yo hubiese muerto!...

¡Ah! ¡entonces mi espíritu te vería y sería como ahora el alma de tu alma! ¡Pero qué de sufrimientos!

¡Qué tormento tan horrible!

¡Qué infierno!

Y su mirada se inflamó y se absorbió por aquel momento el alma entera de Marsilla, haciendo que se olvidase de todo.

—¿Pero has estado verdaderamente en peligro de morir?

—Sólo á mi valor, sólo á mi desesperación por tu amor debo el haberme salvado.

Escucha: los tuyos, los que te sacaron de Valencia, me ataron á un árbol.

Me dejaron allí abandonada, muriendo de dolor, de desesperación, de rabia.

Yo había quedado expuesta á todo.

Al hambre, á la sed.

A las alimañas feroces.

A los cuervos.

A algún miserable que me encontraba y me redujera á la esclavitud.

Pero yo no pensaba en mi peligro.

No era esto lo que me desesperaba.

Lo que me hacía la criatura más desventurada de la tierra era que te perdía.

No pasó mucho tiempo sin que me acometiese una de las desdichas á que se me había dejado expuesta.

Un monstruoso salvaje, un loco, otro moravito mucho más feroz y mucho más repugnante que aquel horrible Almudafar pasó por el bosque.

Reparó en mí.

Lanzó un grito de feroz alegría.

Se lanzó sobre mí.

Me desató.

Me cargó sobre sus hombros.

Dió á correr conmigo.

Yo gritaba.

Pero nadie podía acudir á mis voces.

En lo más intrincado de la selva, se metió por un agujero que penetraba en la tierra.

Aquel agujero era profundo.

En el fondo de él había un camaranchón en que apenas penetraba una débil luz.

Pero aquella luz era bastante para dejar ver un horroroso cuadro.

El suelo estaba completamente cubierto de osamentas humanas.

Todos los huesos estaban rotos.

Aquello era horrible sobre todo lo horrible.

Aquel monstruo me dejó en un rincón.

Luego se fué á una especie de hogar que en aquel antro había.

Arrojó en él alguna leña.

La prendió fuego.

Cuando se alzó la llama, aquel hombre feroz la alimentó con huesos, ¡el monstruo!

Luego puso sobre la hoguera, y apoyada en cuatro grandes piedras que en el hogar había y que parecían servir de trévedes, una gran vasija de barro cocido.

Arrojó en aquella vasija toda el agua que contenía un negro cántaro.

Yo miraba aquello estupefacta de terror.

Adivinaba.

Los huesos humanos, sobre los cuales me encontraba, eran una explicación para mí.

Aquel ser horrible se alimentaba sin duda de carne humana.

Lo que había hecho no era otra cosa que los preparativos del festín que pretendía hacerse conmigo.

Pero yo soy valiente.

Cuanto más inminente, cuanto más horroroso es el peligro, más y más mi valor crece.

El monstruo estaba inclinado sobre una piedra, en la cual afilaba un largo cuchillo.

Era indudable que se preparaba á degollarme.

Los momentos eran preciosos.

El salvaje, confiando en mi debilidad y mi terror, estaba descuidado.

Yo contemplaba aquella cabeza horrorosa que tenía entre mis manos y que destilaba sangre

Yo me incliné rápidamente.

Cogí un largo hueso, y rápida como el rayo, invocando á Aláh para que me ayudara, dí con uno de los ceporros del hueso, que debía ser de una pierna, un tremendo golpe en la nuca á aquella fiera.

Acerté.

El golpe fué tal que perdió el sentido y cayó.

Yo me apresuré.

Le quité el cuchillo que tenía fuertemente asido en la mano crispada, y le degollé.

Lo horrible de lo que allí me rodeaba me dió un impulso de ferocidad.

El agua hervía ya en la vasija.

Arrojé más huesos en el fuego.

Avivé la llama.

Luego acabé de separar la cabeza de aquel horrible cadáver de su tronco.

Tenía los ojos abiertos y feroces.

Parecía que me miraban.

Que se agitaban sus párpados.

Que me manifestaba una ferocidad infinita.

Yo contemplaba aquella cabeza horrorosa que tenía entre mis manos y que destilaba sangre.

A mis pies tenía el cuerpo mutilado.

Arrojé la cabeza al agua hirviendo.

Luego separé los cuatro miembros del tronco del cadáver.

Los arrojé á la vasija y el tronco también.

Aquella enorme vasija era capaz para todo.

Se comprendía que aquel horrible salvaje había tenido

voracidad bastante para comerse de una vez un cuerpo humano.

Por último, arrojé también el cuchillo en la vasija.

Y el maldito se cocía.

Y el agua hirviendo borboteaba.

Marsilla estaba estremecido.

Wadyaláh había contado con una tranquilidad infinita aquel horrible, aquel repugnante suceso.

Wadyaláh continuó:

—No me detuve.

Salí.

Yo me había ensangrentado terriblemente las manos.

Por lo demás, no había en mi traje ni una sola gota de sangre.

Me lancé á la carrera.

No sabía dónde me encontraba.

Me rodeaba por todas partes la selva.

Continué á la ventura.

Seguí todo el día.

Al oscurecer me encontré entre un rebaño de cabras.

Dos pastores y una pastora iban delante de él.

Los llamé.

Acudieron.

Al verme tan ricamente vestida y tan cubierta de preciosas joyas y con las manos ensangrentadas se acercaron.

Yo les dije que era la sultana predilecta del emir de Valencia, Muzay-al-Mansur.

Su admiración creció.

Les dije que había salido sola á pasear por el campo, fuera de los jardines del harem, á las orillas del Guada-

laviar, y que de improviso había aparecido, junto á mí un horrible viejo y me había arrebatado.

Les conté, al fin, lo que me había sucedido.

—¡Ah! ¡Sayda! dijo uno de los pastores, que era valenciano; Aláh ha dado á tu espíritu y á tu brazo el valor y la fuerza que dió á Jezabel, la de las antiguas Escrituras; Aláh te ha hecho la redentora de un número infinito de infelices que como otros infinitos han sido arrebatados, muertos y devorados por esa fiera. Nosotros no hemos podido nada contra ella, porque nos daba espanto, y el temor de ser un día devorados nos entristecía la vida. Pero volvamos á su cueva: aquel maldito tenía grandes tesoros. Nosotros podríamos quedarnos con ellos, pero somos honrados. Esos tesoros son tuyos, porque tú has destruído á ese lobo carnicero.

Volvimos á la cueva después de que los pastores hubieron encerrado en el redil sus rebaños.

Llamaron á sus perros.

Eran por lo menos doce enormes mastines.

Habían acudido otros tantos pastores y pastoras que habían escuchado con asombro y con alegría mi relato.

Llegamos.

Penetramos en el antro.

Se sentía en él un olor nauseabundo.

El que arrojaba el cocido salvaje.

El fuego se había apagado.

Los perros, atraídos por el olor, se arrojaron sobre la vasija.

El agua había mermado en gran manera.

Se había convertido en un caldo amarillento y craso.

Se reconocía, sin embargo, en la cabeza, á aquella fiera.

Los perros se cebaron con ansia en aquel alimento horrible.

Los pastores los dejaban hacer.

Entre tanto removían los huesos que cubrían el suelo.

Aquel espectáculo tenía mucho de horriblemente grandioso.

Marsilla se estremeció.

Se revelaba más y más, á cada momento, la ferocidad ingénita de Wadyaláh.

Wadyaláh era capaz de todos los horrores.

No se podía adivinar hasta dónde podía llevarla un día la venganza de los celos.

Wadyaláh era un peligro.

Y sin embargo, su hermosura y su valor aumentaban la fascinación de Marsilla.

Wadyaláh se había detenido, como gozando con el placer del recuerdo de aquellas terribles memorias.

CAPITULO LXXV

En que continúa el peregrino y terrible relato de Wadyaláh

Wadyaláh permaneció algunos momentos absorbida en su distracción mental, y al fin continuó:

—Los pastores arrollaban los huesos para dejar descubierto el suelo.

Tenían la certeza de que aquel monstruo que se llamaba Raha'h-Kadir, había reunido grandes tesoros, porque durante mucho años había estado entregado al latrocinio.

Había arrebatado muchas mujeres para apoderarse de sus joyas.

Había ahuyentado, con el pavor que infundía, caravanas enteras, y se había apoderado del dinero que conducían.

Aquellos tesoros, que tesoros debían ser, estarían sin duda escondidos en la cueva.

Cuando estuvieron amontonados los huesos en un rin-

cón, cuatro pastores se pusieron á remover el terreno con sus azadones.

Como no era muy extenso, lo revolvieron muy pronto.

Entretanto los voraces mastines habían dado fin á su festín.

Nada quedaba en la horrenda vasija más que los huesos.

Los mastines, hartos ya, los habían abandonado.

Un pastor dijo:

—Puede ser muy bien que el tesoro esté escondido bajo el hogar.

Se quitó la vasija.

Se quitaron las piedras que servían de trévedes.

Se arrollaron las negras cenizas.

Cavaron los pastores.

A poco encontraron una gran piedra.

Una piedra que parecía haber servido de cubierta á un antiguo sepulcro.

Tenía una larga inscripción.

¿Era la losa tumularia de algún santón, que, á juzgar por la forma, debía haber muerto cuarenta años antes?

Tal vez el santo ermitaño, que había habitado allí mismo entre la soledad, entregado á la oración, á la meditación, á la penitencia, yacía en aquel sarcófago.

Se alentaron los trabajadores.

Levantaron aquella losa.

Bajo ella apareció un profundo agujero.

Entramos todos, unos tras otros, por él.

Nos encontramos en una cueva tortuosa que descendía.

Al fin de ella entramos en otra excavación.

Nos alumbraba una antorcha.

Apenas entramos vimos, extendido sobre un lecho de pieles de gamo ó de ciervo, un esqueleto de medianas dimensiones.

Quedaban algunos restos de traje.

Todo lo que estaba bordado de oro ó plata.

Pero manchado, renegrecido por la corrupción.

Aquellos restos de traje, y la garganta de perlas y pedrería que había en los huesos de lo que debía haber sido cuello, y las arracadas caídas á ambos lados de la cabeza, y las perlas que alrededor de la calavera sobre las negras pieles del lecho brillaban, revelaban á una mujer, así como los anillos que se veían en los huesos de sus manos.

Aquello era sin duda una historia horrible.

Aquella desdichada debía haber sufrido la impía tiranía del ermitaño.

Había en los rincones, en los huecos, montones de dinero en oro, en plata y en cobre.

Montones de alhajas de toda especie.

Una multitud de armas más ó menos ricas, pero todas de valor.

Los pastores y las pastoras estaban ébrios de codicia.

Pero el pastor más anciano repitió:

—Todo esto es tuyo, sultana, puesto que tú has exterminado á la fiera y la has hecho desaparecer.

—Con la ayuda de vuestros perros, que sólo han dejado sus huesos, dije yo; así, pues, lo mismo que vuestros perros han tenido su parte en la destrucción de ese maldito, á quien Aláh ha castigado, yo quiero que también la tengáis vosotros en sus tesoros: la mitad de lo que aquí hay es de todos vosotros por partes iguales. La otra

mitad, mía. Saquemos, pues, esas riquezas de aquí, y rindamos el último tributo á esos pobres huesos, sepultándolos.

Se sintió un momento de indescriptible alegría entre aquellas pobres gentes.

Todos se aplicaron á recoger aquellas riquezas.

Se fueron sacando fuera al aire libre.

Se las fué depositando sobre los alquiceles de los pastores.

Cuando nada quedó, cuando dineros y joyas estuvieron trasladados, yo dije:

—Enterremos los huesos; y para esto no os toméis gran trabajo. Cegad la entrada de esta cueva, y el espacio que dentro queda será la tumba de esos miserables restos.

Los pastores, cavando á cielo abierto sobre el agujero, le cegaron muy pronto.

Igualaron luego la tierra.

Arrojaron después sobre ella césped que recogieron de otros lugares allí cercanos.

Cuando llegue el agosto y las mieses se desprendan; cuando lleguen las lluvias y las fecunden, el césped se extenderá sobre aquel lugar, y el pastor, ó el extraviado, ó el bandolero que sobre él pase, no sabrá que pisa una tumba que guarda horribles dolores que sólo conoce Dios.

Aquellas inmensas riquezas fueron trasladadas al aduar de los pastores.

Fueron partidas.

La mitad que yo me había reservado montaba á mucho más que el tesoro entero de Almudafar.

Yo había heredado á dos monstruos.

Su avaricia y el amor enloquecido de Sydi Muzay-al-Mansur, han hecho de la molinera Wadyaláh la princesa más rica y más poderosa de la tierra.

Y como yo te amo con todo mi corazón, con todos mis sentidos, con toda mi alma, tú, amado mío, eres el príncipe más poderoso de la tierra.

Porque todo lo que yo tengo es tuyo.

¡Y no han de ser tuyos mis tesoros, mi oro y plata y ricas telas y piedras preciosas, si el tesoro de mi amor es tuyo, si yo no vivo sino por tí y para tí, si por tí soy capaz de todo, de todo, aun de lo que no han visto ni soñado los hombres!

Y Wadyaláh abarcaba con su mirada candente, dulcísima, incomparable, divina, á Marsilla, que se enternecía, se aturdía, se embriagaba.

CAPITULO LXXVI

De cómo sin combatir se encontró Marsilla junto al emir Almansor Mohamed-el-Verde-ben-Mahedi

Wadyaláh reposó durante algún tiempo.

Estaba poderosamente agitaba.

Se comprendía que sentía por el hermoso Marsilla una pasión monstruosa.

Su alma se abrasaba en aquella pasión y la manifestaba de una manera irresistible.

Marsilla se fascinaba más y más.

Lo había olvidado todo.

Wadyaláh ejercía sobre él una influencia poderosa é inmediata.

Y Wadyaláh era hermosísima.

Y sentía con una tal violencia, con una tal profundidad, con una tal delicadeza á la par, que su sentimiento, hechi-

cero, bellísimo en su manifestación, llegaba al límite de lo sublime y se hacía contagioso.

Wadyaláh tomó de nuevo el hilo de su relato.

—El más anciano de los pastores, dijo, se ocupó al otro día en buscar gente brava por los alrededores, en armarla y equiparla.

Juntó cien hombres que debían ser mi guarda para volverme, con la parte del tesoro que yo me había reservado, á Valencia.

A los tres días partí.

Llegué á Valencia.

Mandé ahorcar á los kaides de los esclavos, y á muchos de los esclavos que tan descuidados habían sido, y tan cobardes.

Volvía á aparecer la ingénita ferocidad de Wadyaláh.

—A los pocos días, continuó, con todos mis tesoros, que son muchos, y con todos mis esclavos y esclavas, y con una guardia de cuatro mil jinetes, me vine á Kalat-Raba'h donde yo sabía que estaba con su ejército Sydi Muzay.

Me recibió como recibe el hambriento el pan, el sediento el agua, el ciego la luz.

Desde que llegué soy aquí la sultana.

Estamos ante los cristianos.

El día de la gran batalla se acerca.

¿Qué quieres tú que sea?

¿A quién quieres que corone con sus inmarcesibles palmas la victoria?

Habla.

Lo que tú quieras será.

Yo tengo tesoros para armar y mantener innumerables ejércitos.

Sydi Muzay me ama hasta la locura.

Él hará lo que yo le mande hacer.

Yo haré lo que sea tu voluntad.

Pero ámame, vida de mi vida, alma de mi alma,

Ámame y olvídate por mí de todos los que te aman.

Ámame como yo te amo, y todo se rendirá á nuestros pies.

No podía darse más amor, ni un amor más peligroso ni más terrible.

—Yo debo volver entre los míos, dijo Marsilla á pesar de la fascinación que le causaba Wadyaláh.

—¡Ah! no, no; entre los tuyos no, exclamó Wadyaláh: yo no quiero; entre los tuyos hay una mujer que te ama, á quien tú tal vez amas, y yo no he podido apoderarme de esa mujer.

—¡Cómo! ¡has sido tú!

—Sí; yo he sido quien ha persuadido á Sydi Muzay, de que en tanto que el rey de Aragón se entretenía en un festín, algunos caballeros suyos de los más escogidos fuesen á acometer su campo.

Esos jinetes se han apoderado de tí, pero no han podido apoderarse de ella: si ella fuese mi cautiva, yo la mataría, y luego me iría contigo y llevándome mis tesoros, con los tuyos: pero ella está allí... no, tú no volverás allí mientras esté allí ella.

Y arrojaban llamas los ojos de Wadyaláh.

—Yo no puedo amar á una mujer que no sea de mi Dios y de mi patria, exclamó Marsilla.

—Tú Dios, es mi Dios, exclamó Wadyaláh; mi patria, tu patria.

—No; tú eres mi enemiga, puesto que cuando mi honor me llama bajo el estandarte de mi rey, me retienes cautivo.

—Mientras esa mujer viva no volverás á tu patria, exclamó Wadyaláh, ó habré yo de morir.

—¡Oye, oye! exclamó alzándose de una manera violenta Marsilla, y corriendo al mirador.

Había sonado á lo lejos un gran trompeteo.

Wadyaláh había corrido también al mirador.

Por la parte del norte, y á una gran distancia aún de los muros, se veía un espectáculo extraño.

El campo estaba cubierto de objetos brillantes, que arrancaban destellos de fuego, heridos por el sol.

Entre estos objetos brillantes se veía una gran diversidad de pequeños puntos de colores.

—Mira, mira, exclamó Marsilla; el estandarte de oro y rojo, con león rojo rampante en oro, y castillo de oro en rojo. El bravo rey don Alfonso VIII de Castilla, de León, de Asturias y de Galicia carga sobre Kalat-Raba'h con todo su ejército: y mira: por el norte avanza el terrible don Enrique de Navarra; por el poniente el Aragonés, mi rey. ¡Victoria por los cristianos! ¡Kalat-Raba'h es suya!

—Pero por levante no hay nadie, exclamó Wadyaláh; al levante están las tierras de los muslines: no verás tú caer el primer nido del águila en poder de los cristianos.

—¡Wadyaláh! exclamó Marsilla volviéndose terrible hacia ella.

—¡Mátame, sí, mátame! exclamó Wadyaláh: ¡ese es

tu amor! ¡ah! ¡los hombres no aman! ¡no pueden amar! ¡el amor lo ha hecho Dios solamente para la mujer!

—¡Yo te amo! ¡sí, yo te amo! exclamó Marsilla; pero amo más á mi Dios y á mi patria. Déjame que vaya á combatir entre los míos: si me amas no mates mi honor.

—Yo no tengo más Dios, más patria, más padre, más familia, más honor que tu amor: no, yo no te dejaré ir: si quieres ir, mátame: yo caeré á tus pies bendiciéndote: pero si me matas, ¿cómo irás? ¿quién te protegerá si yo muero?

—¡Yo no puedo matarte; yo te amo! exclamó Marsilla: ¿ni cómo, aunque no te amase, podría yo matar á una mujer?

En aquel momento una enorme piedra entró por el mirador rompiendo la columna central de su ajimez.

Cayó cerca de Wadyaláh, y abrió un agujero en la bóveda desapareciendo por el pavimento.

Aquella grandísima piedra había sido lanzada desde una gran distancia por una potente catapulta.

Los grandes bodoques lanzados por las balistas rebotaban contra los muros.

—Se oía el grande atambor ó campana de la alcazaba, lanzando apresuradamente su poderosa y vibrante voz de alarma.

Todo era son de añafiles, de atabalejos; estruendo de armas y de carreras de hombres que acudían á las puertas y á los muros.

Kalat-Raba'h sufría la embestida combinada y en masa de los tres ejércitos, castellano, navarro y aragonés-catalán.

Empezaba á jugarse decididamente la partida entre la Cruz y el Korán, entre España y África.

Alfonso VIII de Castilla mandaba en jefe.

Se le había dejado la empresa de Kalat-Raba'h.

—Sí, sí, exclamó Wadyaláh: son treinta mil contra sesenta mil: los fuertes muros, las robustas torres, protegen á los muslines; pero esos muros serán aportillados, esas torres derrocadas: ganarán á Kalat-Raba'h, pero cuando la ganen tú no estarás ya aquí: la parte de levante está libre de enemigos: yo tengo mis tesoros dispuestos en cargas; no hay más que cargarlos y huir; si quieres quedarte, mátame; pero no, no me mates, porque morirías tú, y yo no quiero que mueras. Espera.

Y Wadyaláh fué á la puerta de la cámara y dió tres alaridos terribles.

Tres alaridos de fiera.

Todo estaba previsto; porque apenas Wadyaláh dió los tres alaridos, cuando se precipitaron en la cámara muchos feroces esclavos negros armados hasta los dientes.

—Sígueme, dijo Wadyaláh á Marsilla.

Ser valiente no es ser temerario.

Marsilla comprendió que tal cual se encontraba, atormentado aún de la caída, y sin armas, no podía oponer resistencia alguna.

Comprendió, además, que el sacrificio de su vida era inútil.

Que debía guardarla para su patria primero.

Después para su Isabel.

Se resignó con su mala fortuna presente, y esperando otra más propicia siguió á Wadyaláh.

Y á pesar de la violencia que le hacía, se sentía impresionado por ella de una manera poderosa.

No podía darse más amor ni más valor que el de Wadyaláh.

Esta acudió á la plaza de armas de la alcazaba.

Marsilla la seguía.

Una multitud de acémilas se veía en la plaza.

Numerosos esclavos cargaban pequeños, pero pesadísimos fardos, en las acémilas que estaban aún por cargar.

Jienetes y más jinetes salían de las caballerizas con los caballos de la mano.

Los tres alaridos de Wadyaláh habían sido una orden que había empezado á cumplirse inmediatamente.

Acudió Muzay á la plaza de armas.

—Yo me aparto de tí, le dijo Wadyaláh, y me llevo todo lo que es mío, si me permites que me lo lleve. Kalat-Raba'h será muy pronto de los cristianos: yo voy á esperarte en el campo de Amir-al-Mumenin.

—Parte en buen hora, con todo lo tuyo, dijo Muzay que miraba contrariado á Marsilla: espérame si te place, sultana, en el campo de Mohamet *el Verde:* yo no tardaré en ir si no muero; que defender no puedo por mucho tiempo contra una tal muchedumbre de enemigos y contra tres esclarecidos reyes, los muros que se me han confiado. Cúmplase en todo la voluntad de Aláh. Diez mil jinetes te acompañarán, sultana: pero parte sin perder tiempo, que ya los de Castilla y los de Aragón avanzan para cortar todo paso por la parte de levante: vete y no te olvides de tu buen padre.

Y abrazando á Wadyaláh la besó en la frente.

—Adiós, Diego Marsilla, dijo el generoso emir tendiéndole la mano, á pesar de los celos que el bravo joven le causaba: no te olvides de que te he amado y te amo como á un hijo.

Y tras estas palabras volvió la espalda y se dirigió á los adarves á dirigir la defensa.

Apenas se había alejado, cuando en el lugar en que un momento antes se encontraba, cayó otra enorme piedra que en su violenta rotación, antes de perder la fuerza de su impulso, abrió un profundo hueco circular en el terreno.

Wadyaláh y Marsilla entraron en una litera.

Marsilla no se había acordado de Galcerán.

Poco después salían por la puerta de Levante ó puerta de Adoah.

Les seguían con sus esclavos las acémilas cargadas: en otras literas las doncellas de Wadyaláh.

Por último, diez mil jinetes magníficamente montados y armados.

Caminaban muy de prisa.

Tomaban la carrera de Andalucía, hacia el campo de Granada.

Y ya era tiempo.

Grandes masas de caballeros aparecían á derecha é izquierda sobre los altozanos.

Avanzaban á rienda suelta.

Iban á establecer completamente el cerco de Kalat-Raba'h.

El pequeño ejército de Wadyaláh iba también á la carrera.

Era necesario escapar.

Ponerse cuanto antes fuera del alcance del enemigo.

Al fin estuvieron en salvo.

Se perdió primero el ruido del combate.

Quedó aún el grande y vibrante sonido del atambor de la alcazaba.

Se fué perdiendo, perdiendo.

Al fin nada se oyó.

Wadyaláh y su gente y sus tesoros marchaban por entre unas ásperas y solitarias montañas.

Nada se oía.

Nada más que el crugir de las armas y de las pisadas de los caballos sobre las peñas.

Marsilla iba contrariado y sombrío.

Wadyaláh se mostraba satisfecha.

Llevaba consigo cuanto en el mundo amaba, y sus tesoros.

Dos días después divisaron las planicies andaluzas.

Avanzaron.

Llegaron á Sierra Morena.

Al amanecer empezaron á descender por un sendero difícil, y vieron en unas pequeñas colinas que llamaban los moros *Atacab,* (y que después se llamaron, y aún se llaman, las Navas de Tolosa).

Todas las navas estaban cubiertas de tiendas en una extensión enorme.

Parecían un blanco mar cuyas puntiagudas olas permanecían inmóviles.

En el centro, sobre una colina caprichosa y ancha, pero más alta que las otras, se alzaba una gran tienda de púrpura bordada de oro, y sobre ella tremolaba un estandarte verde.

Era la tienda del emir Almanzor, Mohamed *el Verde*-ben-Mahedi.

—Allí, allí, á aquella tienda, exclamó Wadyaláh.

Llegaron á las avanguardias.

El walí que comandaba las diez mil lanzas valencianas mostró una carta de su señor y se le abrió paso.

De la misma manera, y mediante aquella carta, todos los diversos campos por donde tuvieron necesidad de atravesar hasta llegar al del emir, les dejaron paso.

Al fin llegaron á la ostentosa tienda del emir Almanzor.

El walí valenciano mostró una vez más la carta real de su señor el emir Sydi Muzay, y á poco Wadyaláh, que iba resplandeciente de galas, de joyas y de hermosura, fué recibida con su cortejo de hermosas doncellas, magníficamente vestidas y alhajadas, por Mohamed *el Verde*.

CAPITULO LXXVII

En que se trata de los campos de guerra de las Navas de Tolosa

Justo es que hagamos visitar con la imaginación á nuestros lectores el lugar que conserva el recuerdo de una de las mayores glorias nacionales, y que se lo hagamos ver tal como se encontraba en aquellos momentos (principios de Julio de 1212).

Las Navas estaban literalmente cubiertas de tiendas.

De ejércitos.

Aquellos ejércitos no bajaban de quinientos mil hombres.

Se había pregonado el *Algiad,* guerra santa.

A esta convocatoria habían acudido jinetes guerreros de todos los reinos donde se adoraba al Dios Altísimo y único; desde los montes del Etjac y del Yemén (las dos razas, la de la montaña y la del llano), las gentes de Persia, las de Egipto, las de Fez y Marruecos.

Todas estas gentes bravías y feroces, habían pasado el Estrecho de Alzacab ó de Gibraltar, con el Amir-al-Munecade, califa almohade del África occidental, y aspirante á los califatos de Damasco por una parte y de España por otra.

Es decir: del dominio universal de los mulsumanes.

Estas tribus feroces formaban el primer ejército alrededor del campo imperial, por decirlo así, del emir, cuyo punto central era la magnífica tienda rodeada de otras no menos magníficas donde se aposentaba su harem su serrallo, sus esclavas, su casa, en una palabra.

Este campo imperial estaba rodeado por una fuerte estacadura.

De una á otra de las estacadas corrían cadenas.

Se había pretendido hacer una fortaleza.

Fuera del círculo de cuerpos de las diferentes tribus árabes egipcias montaraces, que determinaban, por decirlo así, el segundo y tercer círculo de batalla, estaba el primer círculo, determinado por los ejércitos de los emires españoles.

Estos emires ó grandes jefes con otros subtenientes, por decirlo así, pequeños jefes ó reyezuelos, se reducían á tres.

El de Valencia, con gente dura del territorio aragonés y catalán; el de Granada y el de Córdoba y Sevilla.

Muzay había aportado cuarenta mil hombres, la mayor parte de caballería, al campo del emir.

Con sesenta mil se había quedado, como sabemos, en Kalat-Raba'h para aguantar el primer embate de los cristianos y quebrantarlos.

El emir de Granada Mahomed-ben-Pidafar Alhamar el de Arjona, sobrenombrado *el Vencedor* y *el Magnífico,* había acudido con ochentas mil jinetes y cincuenta mil ballesteros.

Abul-Sayd, emir de Córdoba y Sevilla, había aportado cien mil soldados, la mayor parte jinetes.

De modo que el ejército mulsumán, que presentaba una batalla decisiva á la España Cristiana, contaba cerca de un millón de combatientes.

El conjunto de todas estas razas, de todas estas tribus, llegaba á lo sumo de lo extraño, de lo nuevo, de lo grandioso.

Daba el continente de lo sublime.

Cada xeguí de tribu, cada emir, cada kaid había apurado el lujo.

Lo abigarrado, lo reluciente se veía por todas partes.

Y al mismo tiempo lo fuerte, lo feroz.

Causaba espanto aquello.

Con aquella aglomeración de fieras se podía atravesar el mundo y rendirle.

Tenían, pues, toda la convicción de su triunfo.

Se regodeaban ya, por decirlo así, con la victoria.

Sentían un desprecio humillante contra los cristianos.

¿Qué podían hacer los pobres solariegos de España contra aquella poderosa invasión ismaelita, que llevaba tigres por soldados?

Sucumbir al primer encuentro.

De las Navas de Tolosa ó de las colinas de Alacab debía rebosar por España el torrente musulmán.

Invadirlo todo.

Después se medirían con Francia.

Se iría á Roma, y se arrojaría de su silla de oro al vicario de Cristo.

En la basílica de San Pedro, convertida en gran mezquita, se pondría el Korán en el lugar del Evangelio.

Luego se arrollaría á los germanos, y siguiendo paso á paso las márgenes del Danubio, se llegaría hasta Bizancio.

El Mediterráneo no sería otra cosa que uno de los grandes lagos de la raza cismática.

Todo esto hervía en la calenturienta y ambiciosa imaginación de Mohamed *el Verde*.

No sabemos porqué al lugar donde, ya en España, presentó la batalla Mohamed, se le llama, sustituyendo su nombre de Alacab, las Navas de Tolosa.

Sabido es que *nava*, en lenguaje antiguo, quería decir *collado*, *montecillo*.

Lo de Tolosa no lo comprendemos sino de la manera siguiente:

Después de la ocupación de España por los árabes en el siglo VIII, la invasión acometió á Francia.

Allí los sarracenos fueron vencidos en Tolosa, y escarmentados de tal manera, que no intentaron una nueva invasión.

¿Se acordarían en el siglo XIII los vencedores de los musulmanes, por decirlo así, de que en el siglo VIII, y en una ruda batalla, habían sido los musulmanes batidos en Tolosa?

¿Es que, llamando Navas de Tolosa al terreno de Alacab, unieron en un solo apellido de lugar, en una sola

palabra, cinco siglos, y dieron al lugar de la segunda victoria el nombre del lugar de la primera?

Es posible.

La aclaración de esto la dejamos á los inteligentes.

Parece que quisieron decir los vencedores del siglo XIII: —«Tolosa allá, Tolosa aquí: aquí hubieron, como allá, vergüenza y muerte los musulmanes.»

La una Tolosa da la mano á otra Tolosa.

Pero entretanto sobrevenía el momento, los moros se mostraban soberbios y confiados en la victoria.

¿Ni cómo podían dudar de ella?

La ambición cegaba á Mohamed *el Verde* y á las hordas que había traído de Africa.

En cuanto á los moros españoles pensaban de otra manera.

No les convenía el imperio de los africanos.

Era la destrucción del poder musulmán de España, como los moros, hechos ya solariegos por la permanencia, le habían constituído.

Hay que tener en cuenta que el ejército moro, que podía y debía llamarse español, era, aunque inferior en número, infinitamente superior en calidad y en armamento al africano.

Aunque habían quedado en África muchos sabios, más había producido la universidad de Córboba, y el vulgo de los árabes y de los moros de España estaba mucho más civilizado que el de África.

La España árabe había progresado enormemente, en tanto el África había retrocedido.

Valían, pues, mucho más, aunque todos juntos infe-

riores en número al ejército africano, los ejércitos de los moros españoles.

Se acercaba el glorioso, el memorable 17 de Julio de 1212.

CAPITULO LXXVIII

Un bosquejo á la ligera del Amir-al-Mumenin

Mahomet *el Verde,* ó el Amir-al-Mumenin, ó el Miramamolín, como indistintamente le llaman los cronistas españoles, era un hombre de mediana edad, de semblante largo y pálido, y de grandes ojos negros, de mirada melancólica, triste, en cuya expresión devota se ocultaba una gran profundidad.

Estaba vestido con tres túnicas talares.

Salvas algunas diferencias, hubiera podido tamársele, á cierta distancia, exceptuando la mitra, por un obispo vestido de pontifical.

Tan recargadas estaban de bordados de oro las tres túnicas y la gran capa ó manto que sobre ellas caía.

Bien es verdad que nuestros obispos conservan en sus vestiduras pontificales un manto real antiquísimo.

No eran de otra manera los mantos pluviales que los

reyes habían heredado de los godos, que á su vez los habían heredado de los emperadores romanos, como éstos los habían tomado de los déspotas de Oriente.

El corrompido Bajo-imperio había llevado el lujo hasta los últimos límites.

No se creía dignamente rey al que no se cubría de oro y pedrería.

La Iglesia había tomado, para sus altas dignidades, el lujo de los reyes.

Estaba Mohamed sentado en un ancho y alto diván, bajo una especie de pequeño tabernáculo de oro.

Parecía una imagen viviente.

Cuatro esclavos negros, inmóviles á cada lado de este trono, espléndidamente vestidos y apoyados en fuertes lanzas, daban la guardia de honor.

De uno de los pilares de este trono pendía una grande adarga dorada.

Del otro, con un rico talabarte, una espada de un valor inmenso.

La tienda era extensísima.

Cubría una alfombra de Persia el suelo.

De los lados de la tienda pendían trofeos de armas.

Una multitud de lámparas pendían de la parte superior.

Se quemaban esencias y resinas olorosas en braserillos de oro.

Alrededor de la tienda se veían, sentadas en divanes, una multitud de bellísimas esclavas de todos colores.

Es decir: blancas, trigueñas, morenas, con mayor ó menor intensidad, mulatas rojas, mulatas pardas, mulatas

bronceadas, negras de tres ó cuatro matices diferentes, y aun sonrosadas y amarillas.

El lujo de estas esclavas era indescribible.

Mohamed había llevado á campaña, no sólo su harem, sino también sus tesoros.

Tan seguro estaba, en su soberbia, de la victoria.

Pero entre todas aquellas esclavas, que no eran otra cosa que una pequeña muestra del harem del Amir-al-Mumenin, no había ninguna que igualase, ni en la belleza del semblante, ni en la gallardía del cuerpo, ni en la riqueza del atavío, á Wadyaláh.

Ni aun las doncellas de ésta que la servían, desmerecían de las damas del harem.

En cuanto á Marsilla, iba sencillamente vestido y á la aragonesa.

Únicamente su espada y su puñal eran árabes.

Aparecía hermosísima Wadyaláh.

Ardieron los ojos de Mohamed al ver á Wadyaláh.

Luego se apagó su mirada.

Se fijó fría, pero profunda, en Marsilla.

No podía ser un esclavo el que llevaba arnés y armas ricas.

Las empuñaduras de la espada y del yatagán que tenía Marsilla eran de oro con pedrería.

Wadyaláh no se prosternó.

Se redujo á inclinarse ligeramente.

La misma inclinación que su señora hicieron las doncellas.

En cuanto á Marsilla permaneció rígido.

Se comprendía claramente que estaba allí contra toda su voluntad.

Amir-al-Mumenin miraba de una manera fría y sin género alguno de expresión á Wadyaláh y á su cortejo.

Pero ardía en su mirada la cólera por la irreverencia de los que osaban permanecer ante él sin prosternarse.

Wadyaláh le presentó la carta real de el emir de Valencia.

Amir-al-Mumenin soltó el Korán en que rezaba, tomó la carta y pasó por ella los ojos.

Luego la devolvió friamente á Wadyaláh.

—Cuando llegue tu esposo, sultana, la dijo, le dirás cómo te hemos recibido, y que hemos mandado te se aposente como debe serlo la esposa de un tal noble emir. Tendrás tu campo con tus diez mil caballeros al lado de mi campo imperial, y á la derecha.

—Yo te doy las gracias en nombre de mi esposo, poderoso emir, dijo Wadyaláh, con no menos respeto que el que había usado con ella Amir-al-Mumenin: pero yo tengo siempre mi campo dispuesto; y en cuanto al lugar, espero que dejes elegirle á mi gente.

—Tú harás lo que fuere tu voluntad, sultana, dijo Mohamed: ¿y quién es ese que te acompaña?

Hacía ya algún tiempo que la mirada de Mohamed se encarnizaba en Marsilla.

Parecía como que le irritaba la altivez y la tiesura del joven.

Que veía en él algo de hostil.

Algo de amenazador.

En efecto, Marsilla, delante del poderoso, del soberbio enemigo de los cristianos, ardía en un generoso furor, y apenas si podía contenerse.

—Es mi esposo, contestó audazmente Wadyaláh.

—¡Tu esposo! exclamó con encono, y aun con una no encubierta indignación el emir: pero qué, ¿no te confiesas tú la esposa del emir de Valencia, mi hermano? ¿no te llama él su esposa?

—Eso no pasa de ser un nombre: mi verdadero esposo es este caballero, y el emir Sydi Muzay, de quien en verdad me confieso hija, lo sabe.

—Las costumbres de los creyentes, dijo sin poder contenerse Amir-al-Mumenin, están muy corrompidas, á lo que veo, en Gezira Alandalus (1). No solamente las mujeres tienen dos esposos, aunque uno lo sea solamente en el nombre, como si esto pudiera ser, sino que el uno de estos esposos, el verdadero, á lo que se dice, es cristiano.

Iba Marsilla á contestar cuando se cruzó Wadyaláh y dijo con un extraño acento:

—Sidy Muzay, no me llama esposa sino ante las gentes: á solas me llama hija. Por lo demás, si alguna corrupción tenemos aquí, que yo no la conozco, esa corrupción nos viene del África.

Ardió una llamarada en los lánguidos ojos de Miramamolin.

Se reprimió, sin embargo.

Su mirada colérica fué á apagarse en los ojos de Marsilla.

—Entre los tuyos estás, sultana, dijo el emir, y haz como mejor te placiere.

Wadyaláh dió por terminada la audiencia.

---

(1) Península de España. *Alandalus, de Vandalia.*

Se inclinó ligeramente y salió.

Marsilla la siguió sin haber hecho el menor acatamiento al emir.

La mirada sombría del emir, impregnada á la par de no sabemos qué expresión lúbrica, provocada por la magnífica hermosura de Wadyaláh, les siguió hasta que desaparecieron.

Mohamed volvió á tomar su Korán.

Se entregó de nuevo á su rezo.

Pero sus labios lívidos temblaban.

Le mortificaba y le deleitaba á un tiempo el recuerdo de la hermosísima sultana, á la que creía ver tentadora ante sí.

Veía también á Marsilla y se irritaba.

Wadyaláh, se fué con Marsilla y sus doncellas al lugar en donde había dejado á su gente.

CAPITULO LXXIX

En que el autor habla algo de dos emires moros, y un poco de sí mismo, á propósito de un recuerdo á Granada

Estaban los diez mil jinetes de Valencia ante las primeras avanguardias del campo imperial.

Dentro de su masa tenían las acémilas y los esclavos.

Antes de entrar en la litera con Marsilla, Wadyaláh pidió un guía para que la llevasen al campo del emir de Granada, Mahomet-Alhamar, *el Magnífico*.

Uno de los altos servidores de Amir-al-Mumenín, ó Mohamed *el Verde,* ó Miramamolín, como queramos, que en unión de otros inferiores la acompañaba y la servía, se ofreció á guiarla con su gente.

Aceptado que fué su ofrecimiento, el africano montó á caballo, así como todos los demás, y se rompió la marcha.

El campamento de Alhamar estaba á una legua de allí.

Sus miles de tiendas llenaban un largo y ancho recinto hacia el Occidente.

A la derecha, á la izquierda, al frente, se veían las altas cumbres de Sierra Morena.

Un riachuelo que corría por delante de este campo le servía de foso.

Era este campo más animado, más alegre que el imperial.

Parecía como que había en él una mayor vida.

Como si los que le poblaban hubiesen sido hombres libres en contraposición de los servidores esclavos del emir Mahomed *el Verde*.

Avanzó el kaid de la primera avanguardia, que había hecho detenerse á Wadyaláh y á los suyos.

El wazir del Amir se dió y les dió á reconocer.

Pasaron.

Se encaminaron á una gran tienda blanca, sencilla, en cuya parte superior se veía un gran estandarte rojo que á veces, al desplegarle el viento, dejaba leer esta inscripción en letras de oro: «*Le galib ile Aláh.*» (Solo Dios es vencedor).

A la puerta de la tienda había un caballero moro.

Tras él había otro grupo de caballeros.

Este caballero era muy joven.

Sobre poco más ó menos de la edad de Marsilla.

Por la túnica ó sotana negra, con unos ligeros adornos de oro que mostraba bajo su blanco alquicel, se comprendía que aquel caballero era rey.

Era, en efecto, el rey moro de Granada, Mahomed-ben-Juzef-ben-Nazar-Alhamar, *el Magnífico* y el de Arjona.

Al ver que una dama salía de una litera avanzó rápidamente hacia ella.

Wadyaláh le saludó de una manera expresiva.

Alhamar tomó la mano de la sultana, y luego la soltó, y se besó la mano, llevándosela luego sobre el corazón.

Saludó luego gentilmente á Marsilla, que acompañaba de cerca á Wadyaláh.

Sólo después de estos expresivos saludos, saludó ceremoniosamente al africano wazir del Amir-al-Mumenin y á los de su séquito.

Marsilla creyó que no debía permanecer inmóvil á un saludo tan expresivo, y le contestó graciosamente.

Alhamar, *el Magnífico*, se le había hecho simpático.

Era hermoso, y extraordinariamente distinguido y fácil en su manera, y aumentaba su belleza su larga barba color de oro con un leve tono rojizo, de donde le provenía su sobrenombre de Alhamar, esto es, el Rojo.

Tomó la palabra el wazir del Amir.

—El muy alto, muy excelso, poderoso é invencible príncipe imperial de los creyentes, dijo con una grande énfasis, me encarga de decirte, emir preclaro de las tierras de Granada, recibas y aposentes y trates, como si fuera de su egregia casa, á la ilustre sultana del esclarecido emir de Valencia, á quien tengo el honor de presentarte.

Alhamar había escuchado inmóvil al wazir.

—No necesito yo ciertamente, dijo, la recomendación de tu señor, wazir Aben-Saya, para honrarla como merece hasta el punto que me es posible, que todo es poco para ella, á la hermosa y magnífica sultana querida de mi hermano Muzay-al-Mansur, emir de Valencia, á quien

ya por cartas anteriormente recibidas esperaba. Saluda cumplidamente de mi parte al Amir tu señor, y ve por la tuya en qué puede complacerte el emir de Granada, bravo león del desierto.

Sonrió el árabe al oir estas lisonjas de Alhamar, se inclinó cruzando los brazos sobre el pecho, y le dijo:

—Que el sumo Aláh te prospere y te enaltezca como mereces, noble é invencible emir, y él prolongue tu descendencia y la haga semejante á tí.

Alhamar dió una magnífica sortija al wazir, y mandó á uno de los suyos le acompañase y le obsequiase.

Después hizo pasar al interior de la tienda á Wadyaláh, á sus doncellas y á Marsilla.

—Cartas he tenido, sultana, de tu padre, que así te llama mi amigo, y más que mi amigo, mi hermano el emir Sydi Muzay-al-Mansur; yo espero de un momento á otro á tu padre del corazón, el noble emir de Valencia. Kalat-Raba'h aunque la defiendan leones, no puede resistir mucho tiempo la pujanza de toda la España cristiana, y el mismo Amir-al-Mumenin, (y Alhamar pronunció estas palabras de una manera singular), que tanto cree es cosa fácil vencer á los montaraces, (este era uno de los nombres que tenían para nombrar á los españoles cristianos los moros), puede ser que vea bien pronto que Aláh lee en los corazones, y que no siempre tiene por suyos, ni protege, á los que tienen su nombre en los labios y la soberbia en el corazón.

Esta era una bastante demostración de que Alhamar no era muy amigo del Amir-al-Mumenin.

Además de esto, Alhamar estaba tachado entre los

moros de ser amigo de los cristianos, con quienes, desde su advenimiento al trono, había estado en paz.

Había quien le creía cristiano en secreto.

Más tarde, Alhamar *el Magnífico* debía dar más cuerpo á esta suposición, ayudando al rey don Fernando III de Castilla á la conquista de Sevilla, como su gran vasallo tributario.

La buena voluntad que Alhamar *el Magnífico* tenía á los cristianos, había corrido, la sabía todo el mundo, y por consecuencia Marsilla.

Esto hacía que Alhamar le fuese tan simpático, como antipático, repulsivo y enemigo se le había hecho Mohamed *el Verde*.

En la tienda de Alhamar había buen gusto y comodidad.

Pero no resplandecía en ella el lujo.

Era la tienda de un caudillo avezado á los combates.

Allí no había braserillos de oro humeantes de perfumes.

Y hay que tener en cuenta que esto no era por mezquindad sino por virilidad y por sencillez.

Para probar la magnificencia de Alhamar *el Magnífico,* basta con saber que él fué quien construyó ese alcázar de los Sueños, esa incomparable joya del arte árabe, que ya casi en ruinas asombra aún á los que la visitan.

¡La Alhambra!

Veintisiete años hace que el que esto escribe se alejó de ella, tal vez para no volver á poner el pie sobre sus pavimentos de mármol, y no por eso ha dejado un solo momento de recordarla.

Verdad es que á sus pies se extiende la ciudad, mi

patria adoptiva, en donde veo mi primer recuerdo de la infancia.

Verdad es que desde el cabo de la Alhambra se ve la humilde casa de la mujer de mi primer amor.

Verdad es que desde el cerro que á la Alhambra conduce, al noroeste, se ve la ancha tumba de mis padres.

Verdad es que desde allí se descubre la altiva y siempre nevada cumbre del Veleta, donde se han fijado tanto mis miradas de niño, de adulto, de joven.

Allí está la escuela adonde fuí de niño, y gocé de las caricias del buen don José Antonio Medina, y de su esposa la señora Frasquita, y de su sobrina la señora Consuelo, y de su sobrino el señor Moya.

Allí el estudio donde aprendí, para olvidarla casi, la hermosa lengua de Virgilio.

Allí la Universidad donde aprendí lo que para nada hace falta, la filosofía y el derecho, que de nada me han servido.

Pero no he podido olvidar á mis maestros López, Moya, Montijano, Valenzuela, muertos todos.

Pero aún me queda, y le veo con frecuencia, á mi sabio amigo, filósofo erudito é incansable don Juan Moreno Nieto, mi catedrático entonces de árabe, que yo estudié, y que también casi he olvidado.

Los estudios, cuando lo que se ha estudiado no se practica, se evaporan.

Pero queda siempre su sabor.

Un sentimiento.

Cuando se llega á viejo, la memoria es un almacén de todo género de recuerdos.

Un panteón de todo género de dolores.

Si no viviésemos más que para lo presente, como los irracionales, no seríamos tan desgraciados.

Entre mis relatos poéticos hay un verso que dice:

> ¡Oh! ¡la memoria!... ¡la memoria siempre!
> ¡es un don del infierno!...

Dios hizo á Adán y Eva para que fuesen dichosos, y por consecuencia no debió darles memoria.

La memoria es inútil cuando todo es felicidad.

Cuando todo es desgracia degenera en tormento.

La memoria vino á Adán y Eva envuelta en un dolor por su origen.

La memoria les representó la falta que les hizo mortales y su primer tormento, por consecuencia.

Pero, ¿por qué... por qué les prohibió Dios el árbol de la vida?

¿Por qué dejó que se pusiera entre ellos la muerte?

La memoria es, en efecto, la mayor de nuestras desgracias.

Si el dolor no tuviese también su pudor, yo os diría porqué desde hace cuatro meses considero á la memoria como á mi verdugo.

Os diría cuán triste es para mí la memoria de este libro, que durante esos cuatro meses, y Dios sabe con cuánto dolor y con cuánta fatiga se ha escrito.

Dios lo sabe.

Nosotros quisiéramos olvidarlo.

No lo olvidaremos sino cuando no podamos pensar.

Cuando todo haya acabado para nosotros.

Cuando nuestras cenizas reposen bajo una losa, cuya inscripción durará, de seguro, más que nuestra memoria.

CAPITULO LXXX

En que se habla de las vísperas de la batalla de Alacab, ó de las Navas de Tolosa

Alhamar *el Magnífico* trató espléndidamente á sus huéspedes.

Los diez mil caballeros valencianos pusieron su campo á la derecha del de los cien mil soldados de Alhamar.

Tres días después llegó con sus sesenta mil hombres el emir de Valencia.

Se había visto obligado á abandonar á Kalat-Raba'h para no perder en ella todo su ejército.

El cerco se estrechaba más y más.

Las máquinas de guerra batían la muralla.

Los muros más recios se aportillaban.

Las torres más sólidas se derrumbaban.

Muzay era un caudillo prudente.

Ya que se perdiera una villa y una alcazaba que no

podían defenderse, era necesario procurar que no se perdiese un ejército.

Muzay llamó vivamente la atención de los sitiadores por la parte del norte, incendiando la alcazaba, y á seguida rompió con toda su gente por entre el enemigo, hacia el mediodía.

Se abrió paso por los campos cristianos, batallando y perdiendo dos mil hombres.

Tres días después de la llegada de Wadyaláh á las Navas de Tolosa llegó él á ellas, fué á saludar al Amir-al-Mumenin y á darle parte de lo que había sucedido.

Mohamed *el Verde* le escuchó impávido y frío.

—Tú has cumplido como bueno, le dijo. Has detenido durante quince días á los cristianos y me has dado tiempo para prevenirme. No pasarán los cristianos de Alacab, como han pasado de Kalat-Raba'h; aquí quedarán sus cadáveres para los cuervos y sus huesos blanquearán años y años la tierra.

Después de estas pretensiosas palabras le despidió.

Muzay fué á establecer su campo, que había aumentado con las gentes que se le habían unido, y con las que con Wadyaláh le esperaban, hasta el número de cien mil hombres, á la derecha del campo de Alhamar, hacia al levante.

A la izquierda, hacia el poniente, estaban los ejércitos de Córdoba y Sevilla, en número de otros cien mil hombres.

Esta era la línea avanzada.

La primera que debía resistir el empuje de los cristianos que avanzaban talando la tierra.

Dejando tras sí el exterminio.

Enviando de lejos, como terrible emisario, el terror.

Los fugitivos que dejaban sus lugares con sus familias y con los bienes que podían llevar consigo, aumentaban continuamente el espanto de Mohamed *el Verde*.

Las Navas de Tolosa estaban literalmente cubiertas de tiendas.

Se perdían éstas entre las gargantas.

Aparecían en las cumbres.

La vista de aquel conjunto desde lo alto del lugar donde estaba el centro del inmenso campamento y la ostentosa tienda del Amir-al-Mumenin, era bellísima, incomparable, y al mismo tiempo aterradora.

Se habían talado todos los árboles en los lugares practicables á la caballería, para que no fuesen un impedimento para ésta, y á la par para construir barracas.

Se habían abierto en la parte avanzada grandes zanjas.

Se habían preparado trampas inmensas.

Se había hecho, en fin, todo lo que entonces se hacía para fortificar un campo.

La empresa que iban á acometer los cristianos era formidable.

Sin ejemplo en la historia hasta en los tiempos de Xerxes y de Alejandro.

Se tenía un punto medio en la invasión de los Hunos y de los Vándalos.

La de Muza y Favila no podían comparársela.

Se jugaba el todo por el todo.

Los cristianos avanzaban sin detenerse más que para orientarse.

Los moros construían reparos y más reparos.

Los adalides y los corredores llegaban sin cesar, avisando siempre una mayor aproximación de los cristianos.

Las poblaciones á algunas leguas de distancia habían quedado de todo punto abandonadas.

Los cristianos no encontraban ya, ni hombres á quienes combatir ni gentes á quienes avasallar.

Ni aun animales domésticos.

Ni aun muebles.

Solamente habitaciones abandonadas.

No sabían dónde los esperaba Mohamed *el Verde*.

Iban adelante, ya sobre el terreno enemigo de Andalucía y siempre apercibidos.

El abandono de las poblaciones por donde pasaban parecía marcar una especie de concentración del ejército enemigo.

Sin duda, y esto era la verdad, el sultán de África esperaba en acecho á los cristianos para concluirlo todo en una batalla.

Toda prudencia era poca.

Los exploradores volvían sin haber descubierto enemigos.

Los cristianos se perdían por el intrincamiento de Sierra Morena.

Ni un solo indicio encontraban que pudiera guiarles.

Los guiaba, sin embargo, la Providencia.

Iban derechos siempre, sin saberlo, hacia Alacab, hacia las colinas rodeadas de montañas más altas, donde, como en el fondo de inmensa trampa, esperaba Mohamed, como el león espera entre las quebraduras.

Al fin, los corredores moros volvieron una tarde di-

ciendo que los cristianos, que eran innumerables, habían acampado al otro lado de las altas montañas, al norte.

Que cuando al día siguiente asomaría el sol por las desfiladas aparecerían por las alturas de Alacab.

Se previno todo.

Se recogieron las tiendas.

Se cargaron en las acémilas.

Sólo quedó en pie una tienda, en medio del campo, en la ancha cumbre de una colina.

La del Amir-al-Mumenin ó Miramamolín.

CAPITULO LXXXI

En que se habla del milagro del pastor de las Navas

Los cristianos iban ya con un gran cuidado.

Como por lo que había acaecido en las tierras andaluzas, sabían que estaban cerca del enemigo.

Éste debía esperarles en los montes.

Aquellos montes eran una defensa natural, á la que no era dable creer renunciasen los moros.

Se habían internado ya bastantemente en la sierra.

Dos jornadas más y se llegaba á los llanos de Jaen.

Los reyes cristianos y los vándalos de la liga tenían por inminente el encuentro con el enemigo de un momento á otro.

Era de todo punto imprescindible reconocer.

No ir á ciegas.

Pero los exploradores se extraviaban.

Encontraban por todas partes desfiladeros inaccesibles.

Después de haberse perdido, se encontraban sobre los mismos lugares por donde ya habían pasado.

El día 16 de Julio por la noche, el ejército cristiano acampó en lo más alto de Sierra Morena, en un lugar que después se llamó, y se llama aún, Santa Elena.

Hubo en las primeras horas de la noche un gran sosiego.

No parecía sino que todos tenían para sí que al día siguiente debía ser la batalla.

Los había asombrado á todos haber llegado á lo más alto de la cuenca por aquella parte, donde empieza á bajarse á Andalucía, sin haber encontrado allí á los enemigos.

Concluído el consejo en que se determinó que al día siguiente se avanzase en orden de batalla como los anteriores, se retiraron reyes, príncipes y caudillos á sus respectivos campos.

El consejo había tenido lugar en la tienda de Alfonso VIII de Castilla.

Oraba éste fervorosamente como todo caudillo en vísperas de una batalla en que va á llevar á la muerte, á la victoria ó á la derrota un numeroso ejército.

De improviso, según dijo el mismo rey, cuando ya era la alta noche, cuando la luna que declinaba, entraba en un largo rayo en la tienda real, sintió Alfonso una fragancia dulcísima y para él desconocida.

¿Fué una ráfaga de las auras que conducían consigo el perfume campestre?

El rey lo tuvo á efecto sobrenatural.

Se entregó con más fervor á la oración.

A poco sintió un estremecimiento.

Como si un espíritu poderoso se hubiese infundido en su cuerpo.

Se alzó y salió á la puerta de la tienda.

Los guardias velaban junto á ella.

El rey cambió con ellos algunas palabras y les recomendó la vigilancia.

Todo estaba en silencio y reposo.

Sólo de tiempo en tiempo se oían múltiples, de una manera extraña, las voces de vigilancia de los atalayas de los diversos campos.

La luna blanqueaba las tiendas que se veían por todas partes.

En las cumbres, en las ramblas, sobre las cortaduras.

Aquello era grandioso, solemne, melancólico.

El rey se sentía más y más conmovido, más y más inquieto.

Volvió al interior de su tienda.

Se arrodilló de nuevo.

Continuó su oración.

Al poco tiempo le acometió un adormecimiento irresistible.

Se levantó, fué á su lecho, y sin desnudarse, y aun sin desceñirse la espada, se echó en él.

Inmediatamente se durmió.

Dormido apenas, se le apareció (así lo contó después) la gloriosa Virgen del Carmen, entre resplandores inefables.

«Levántate, Alfonso, le dijo, y vé á aprender el camino que te llevará á los enemigos de mi divino Hijo.»

La visión desapareció.

El rey despertó despavorido.

Al alzarse del lecho vió ante sí un hombre á quien no conocía.

Sin embargo, no se extrañó de él.

Era hermoso.

No podía decirse qué edad tenía.

Llevaba los cabellos rubios y luengos, tendidos por la espalda y por el pecho.

Ceñía los lomos con una piel; estaba descalzo de pie y pierna, y mostraba en la mano derecha un largo cayado.

Era un pastor.

Había en su frente, ó el rey de Castilla creía verlo, algo que resplandecía.

En sus ojos algo que daba una paz y una vida inefables.

Pero aquella fascinación pasó, y el rey sólo vió ante sí un pastor joven y hermoso.

—Rey, le dijo con la voz serena y dulce, pero á la par potente: sígueme, y yo te mostraré el camino por donde podrás llevar al amanecer las huestes de la cruz sobre los enemigos de Dios.

El rey siguió al pastor sin cambiar con él ni una sola palabra.

Estaba como sobrecogido.

Al salir de la tienda no reparó en que estaban dormidos los guardas.

Ni reparó, al atravesar gran parte de su campamento, que todos los guardas estaban asimismo dormidos.

Se encontró al fin, entre las quebraduras, siguiendo al pastor, que caminaba en paso rápido y delante de él.

El camino era recto á lo largo de una cumbre.

Después de una hora de marcha rápida que hicieron en muy poco tiempo y con mucha facilidad, el pastor se metió por una garganta.

Al desembocar de ella don Alfonso lanzó un grito de suprema alegría.

Tenía ante sí, á sus pies, una inmensa hondonada rodeada por altos montes.

En aquella hondonada había siete collados.

Todos aquellos collados estaban cubiertos de tiendas que iluminaba la luna, ya cercana al occidente, de una manera pálida.

Alfonso VIII tenía ante sí, bajo sus pies, en lo profundo de la cuesta, extendiéndose como un blanco mar, las innumerables tiendas de la morisma de Amir-al-Mumenin.

Se le inflamó la sangre al generoso castellano; sintió algo nuevo en el corazón, y extendiendo el brazo hacia el campamento exclamó:

—Muy pronto, cuando el sol luzca, ó el martirio por Dios, ó la victoria en su santo nombre.

Y se volvió á buscar al pastor para mostrarle su agradecimiento.

Pero el pastor había desaparecido.

En vano le buscó.

En vano le llamó el rey.

Sintió un estremecimiento.

Creyó que el mismo Jesucristo, pastor de su grey, le había conducido, ó por lo menos uno de sus ángeles.

Tal era la fe de aquellos tiempos.

Con una tal fe llevábanse á cabo altísimos hechos.

Cuando el rey acabó su oración y se alzó, ya la luna había descendido.

Ya no se veía más que sombra desde la altura en que el rey se hallaba.

Allá al Oriente empezaba á clarear el día.

El rey se volvió por el mismo camino por donde el misterioso pastor le había llevado.

Entonces reparó, á su paso, que todos los guardas estaban dormidos.

No los despertó.

Se confirmó más en la creencia de que lo que le había acontecido era un milagro.

El que el mismo Jesucristo, ó por lo menos uno de sus ángeles, había tomado aquella figura de pastor para avisarle.

Así lo creyó Alfonso VIII.

Así lo contó.

Así lo creyeron todos los de su tiempo.

Así se formó la tradición del *Pastor de las Navas de Tolosa*.

En la hermosa catedral de Toledo, panteón de glorias nacionales, junto á la estatua de Alfonso VIII de Castilla, se ve la del *Pastor de las Navas*.

Alfonso VIII llamó á los reyes sus aliados.

Vinieron éstos con sus próceres.

Encontraron entre los suyos al rey castellano.

Éste les reveló lo que le había acontecido.

Los tres reyes, el de Castilla, de León, de Asturias y de Galicia, el de Aragón y el de Navarra, fueron guiados por el primero y seguidos por los ricohombres de sus

reinos al lugar que el milagroso pastor había mostrado á Alfonso VIII.

Vieron el extenso campamento moro, y que se ocupaban éstos en levantar las tiendas.

Esto significaba que esperaban la batalla para aquel mismo día.

Volviéronse los tres reyes con sus ricohombres á sus respectivos campos.

A la salida del sol, ya estaban levantadas las tiendas y se formaban los escuadrones.

CAPITULO LXXXII

De cómo, por más que se endulce, la esclavitud es siempre amarga

Marsilla era verdaderamente esclavo, aunque fuese un esclavo del amor.

Aunque aquel amor ejerciese sobre él una fascinación tal, que al lado de Wadyaláh se olvidaba de todo.

Wadyaláh no dejaba reposo á su alma.

La tenía siempre excitada, conmovida.

Sabía acrecer un nuevo aliciente para cada día.

Mantenía vivos los celos en el corazón de Marsilla.

No vivía más que para su amor.

Lo dominaba todo en torno suyo, y estimulaba el amor propio de Marsilla.

Aquella mujer tan codiciada por todos, aquella magnífica sultana que cada día se dejaba ver con nuevas galas,

con nuevas joyas, á la que todos admiraban, de la que todos estaban enamorados, era suya.

Vivía en sus ojos.

Enloquecía entre sus brazos.

Le envolvía con todos los encantos de su cuerpo y de su alma.

Todos envidiaban á Marsilla.

Empezando por el emir de Valencia.

Pero había en el fondo del alma de Marsilla, en su conciencia, ó propia y verdaderamente en su alma, porque la conciencia es la virtualidad moral que no se engaña ni puede engañarse; había, decimos, en el alma de Marsilla, dominando su espíritu mortal, una idea fija, una alucinación invencible, una vida inefable, un remordimiento sordo.

Isabel de Segura.

La conciencia de Marsilla era suya.

Esto es: su alma.

Y su alma lloraba, y se retorcía, si se nos permite decirlo así, al ver que un espíritu rebelde, una sensualidad invencible, ofendían al amor de Isabel.

Sufría, además, horriblemente Marsilla en el interior de su conciencia.

¿Sería Isabel como él?

¿Le amaría con el alma, y á la par estaría sujeta á otros amores, sujeta á otras impresiones?

La sola idea de que su Isabel podía escuchar palabras de amor de otro hombre, y pensar en él con los sentidos, producía en Marsilla un furor y un sufrimiento insoportables.

Pero como el que ama cree lo que quiere, resolvía sus temores, y se decía después de sus dudas:

—No; Isabel no es como tú; Isabel es la compañera que el cielo te ha dado; Isabel no vive más que por tí y para tí.

Por su amor y para su amor.

Y el alma le decía esto á Marsilla de una manera tan elocuente, que Marsilla lo creía, y al mismo tiempo sentía un remordimiento que le ahogaba.

¿Por qué él no amaba á Isabel de una manera tan exclusiva como Isabel le amaba á él?

Marsilla no entendía ni una palabra de filosofía.

No sabía que en el ser humano hay aparentes contradicciones del sentimiento.

Que la vida material lucha con la vida espiritual.

Que el organismo, el espíritu, el alma, tienen condiciones completamente distintas en su actividad.

Pero realmente esto determina una perfecta armonía.

Cada parte de las que componen nuestro ser tiene una vida peculiar.

Pero Marsilla no había leído á un solo filósofo.

No podía estar en estos perfiles.

Se asombraba de lo que él creía contradicciones, y que en realidad no lo eran.

Le irritaba, además, el verse esclavo.

Importaba poco que lo fuese del amor.

Siempre era esclavo.

Le avergonzaba el vivir entre los alárabes, sin combatir con ellos, cuando ellos tenían las armas en la mano contra su Dios y contra su patria.

Pero, ¿qué hacer él solo en medio de aquel innumerable ejército?

¿A qué morir sin gloria, de una manera oscura, como muere un loco?

¿Ni cómo renunciar á la esperanza?

Ni le era dado huir.

Siempre, á pretexto de servirle, tenía con él esclavos de Wadyaláh.

Esclavos que le servían lealmente, porque estaban bien recompensados.

Además no se podían rebasar las líneas.

No se dejaba salir á nadie de los campos sin una licencia especial.

La fuga era imposible.

Todo esto parece bastante para que Marsilla hubiese contraído un aborrecimiento mortal á Wadyaláh.

Pero ella aparecía.

Le abarcaba con la dulcísima, con la incitante mirada de sus hermosísimos ojos negros, y Marsilla volvía á caer en su embriaguez, en su deliciosa esclavitud.

Y sin embargo, apartado de ella, y en circunstancias en que su conciencia se sobreponía á sus propensiones sensuales, sentía contra ella un principio de odio.

La vida, pues, de Marsilla, era un infierno.

Tan endulzada como era posible.

Pero siempre un infierno.

Sobre todo, cuando pensaba en que don Rodrigo de Azagra podía estar y estaba sin duda al lado de Isabel de Segura.

Porque Marsilla conocía bien al señor de Albarracín.

Sabía demasiado que, por no separarse de Isabel de Segura, sería capaz de permanecer en Roma dejando de tomar parte en aquella gran cruzada contra los moros.

¿Qué le importaba de nada al soberbio don Rodrigo de Azagra?

Él creía que solamente con llamarse Azagra tenía hechas cuantas pruebas de valor y aun de heroísmo eran posibles.

Él no sabía que era un bastardo, hijo del adulterio y del crimen.

Esto no lo sabía más que don Enguerrando de Azagra, al que se creía muerto hacía muchos años, como parecía probarlo el sepulcro que en el panteón de la familia aparecía, y el rey don Pedro, ante el cual, como sabemos; don Enguerrando había aparecido.

Sabíalo también don Pedro de Segura, pero casi lo había olvidado, ó lo creía una impostura.

Cuando Marsilla recordaba con más odio que otras veces á don Rodrigo; cuando se lo representaba contemplando enamorado á su Isabel, un furor irresistible se apoderaba de él.

Sentía que le punzaba en el corazón y en el alma la vida de don Rodrigo.

Se aumentaba su infierno.

Él había manifestado á Wadyaláh su ardiente deseo de ir á ocupar su puesto de honor entre los cristianos.

Pero Wadyaláh le decía:

—No: allí entre los cristianos hay una mujer poderosa que te ama.

Tú no irás.

Te perdería.

Yo no quiero perderte.

Y luego, ¿qué hará un hombre más ó un hombre menos, aunque este hombre sea un tan gran caballero como lo eres tú?

Porque tú estés entre ellos no alcanzarán la victoria ni caerán en el vencimiento, sólo porque entre ellos no estés tú.

¿Y quién puede dudar de tu honor porque no hayas estado entre los tuyos en esta empresa?

Todos te conocen.

Todos saben quién es Diego Marsilla.

—Yo me iré á ellos cuando se trabe la batalla, decía Marsilla.

—Antes de que la batalla comience, decía Wadyaláh, estaremos marchando hacia el mar.

Buscando en la otra banda el reino que tú quieres para tí y para mí con las gentes que levantarán mis tesoros.

No había esperanza.

Todo cuanto Marsilla podía hacer era inútil.

Esperaba, sin embargo, á que se le presentara una ocasión propicia para escapar de aquella dulce esclavitud.

CAPITULO LXXXIII

De cómo un par de orejas pueden ser dos joyas de gran valor y una condición de amor

Algunos días antes se había presentado al Amir-al-Mumenin, con algunos jinetes árabes, un caballero valenciano.

Este caballero era el esclarecido kaid Aben-Suleiman-el-Coraxi, en cuyo poder había dado Alejandra de Aytona, la hermosa hija de don Enguerrando de Azagra.

Ya sabemos que cuando los Compadres de la Cruz de fuego, capitaneados por Marsilla, acometieron la casa fuerte del kaid Aben-Suleiman-el-Coraxi, éste se salvó, llevándose consigo sobre su caballo á Alejandra de Aytona.

Ya sabemos también que al escapar de la persecución de Marsilla, éste se había encontrado con Noemi y su abuelo Muzay.

Aben-Suleiman se había acogido á Valencia.

Había continuado en ella hasta el día en que Sydi Muzay había partido de la ciudad con su ejército para ir á establecer un primer puesto enemigo contra los cristianos en Kalat-Raba'h.

No había querido formar parte del ejército del emir de Valencia.

Con algunos jinetes que tomó á sueldo se fué al campamento moro á presentarse al Amir-al-Mumenin.

Se llevó consigo á Alejandra.

Esta aparecía cada día más triste.

Cada día se encontraba más inquieto Aben-Suleiman por su amor que le desesperaba y le enloquecía.

Alejandra no tenía ni podía tener más que un amor.

Marsilla.

El kaid había perdido toda esperanza.

Le había acontecido lo que á todos los amantes desesperados.

Su pasión por Alejandra había llegado á la locura.

Y su locura se iba haciendo feroz.

Empezaba á ver una enemiga mortal en aquella altiva belleza que le veía morir desesperado y no tenía piedad de él.

Mohamed *el Verde* recibió con un marcado desdén al kaid Aben-Suleiman-el-Coraxi.

¿Qué eran para él un caballero mozo con algunas lanzas en su formidable ejército?

Lo que una gota de agua que caía en el mar.

El kaid pudo darse por muy satisfecho, sólo porque el poderoso Amir-al-Mumenin se dejó ver de él á la puerta de su tienda.

Tenía Amir-al-Mumenín un esclavo de color de cuero hervido y ya viejo.

Apenas si este hombrecillo tenía tres pies de altura.

Era, á proporción, flaco.

Pero tenía una constitución formidable.

Era lo que podía llamarse un gato garduño.

A poco que un hombre, ya fuese un Sansón ó un Goliat, le mirase de una manera algo hostil, Ababul-Koba'h, que así se llamaba este individuo, saltaba á su garganta, y en un dos por tres le estrangulaba.

Había llevado á cabo ya un gran número de estas lúgubres hazañas, y en vano se había pedido una justicia á su amo.

Este decía que Ababul-Koba'h era un santo y que todo lo que él hacía estaba bien hecho y era justo porque venía de lo alto.

Dios hacía, ó quería que hiciese, todo lo que hacía Ababul-Koba'h.

—¿Y si un día, exclamó un hermano desesperado por la muerte de su hermana á manos de Ababul, ese perro te se engargola al cuello y te ahoga, qué diras si después de muerto puedes decir algo?

—Diré que he pecado y que Dios ha permitido y decretado, para castigar mi culpa, que Ababul me estrangule.

Y á seguida, y en castigo de lo inconveniente de su pregunta, ordenó se diesen doscientos palos al querelloso.

Es decir, que le pusieron en estado de no volver á querellarse jamás, como en efecto sucedió, porque al poco tiempo, el castigado dió un gran berrido, echó parte de las entrañas por la boca, y entregó su alma al Criador.

Nadie podía explicarse el omnímodo ascendiente que el hombrecillo Ababul tenía sobre Mohamed *el Verde*.

Lo más que sacaban en claro era que le tenía hechizado.

Ababul hacía lo que mejor le parecía.

Más que el esclavo del Amir, parecía su señor.

El sólo podía atreverse á todo, respecto al Amir.

Estaba siempre vestido de una manera ridícula, pero con un gran lujo.

Con un lujo inusitado.

Muy superior al del Amir.

Tenía esclavos y esclavas.

Un pequeño harém.

Se daba ínfulas de sultán.

Su amo le llamaba el sultán de la Langosta del gran Desierto.

—¿Y qué otra cosa es que una inmensa nube de langostas, decía Ababul sonriendo con su boca rasgada, tu innumerable ejército? ¿Qué dejará que nadie pueda aprovechar por donde pase? Las poblaciones se abrasan y la tierra se empapa de sangre. Anda, hijo, anda, que calamidad más grande que tú no la han visto los hombres, ni jamás, en esta vida de miserias, volverán á verla.

Y Mohamed *el Verde* se encantaba con el buen humor del sultán de la Langosta Sydi Ababul-Koba'h.

El día en que el kaid Aben-Suleiman hubo de satisfacerse con el honor de hacer una zalema ó acatamiento al príncipe de los creyentes, cuando se fué Ababul, dijo al Amir:

—A fe mía que no habrías tú recibido tan fríamente á

ese buen caballero si hubieses sabido el tesoro que trae consigo.

Mohamed era avaro.

Había decapitado á muchos de sus magnates sólo por confiscarles sus bienes.

Se excitó.

—¿Un gran tesoro dices, Ababul? exclamó con la voz trémula.

—Grandísimo.

—Pues estrangúlalo, Ababul: hazte cuenta que ha pretendido hacernos traición.

—Es un tesoro viviente, dijo Ababul relamiéndose.

—¡Viviente! exclamó el Amir.

Y se puso pálido.

A más de avaro era sensual.

—Sí, continuó Ababul: una hada.

—¿La has visto?

—Sí, estaba en la avanguardia cuando llegó el kaid.

Venía entre sus jinetes una litera.

En una litera no podía venir más que una mujer.

Yo soy curioso.

Me gusta descubir las cosas, porque aquello que más se oculta es lo mejor que se posee.

Mandé que la litera se abriese.

Ya sabes que yo soy poderoso.

Más poderoso que tú.

La litera se abrió.

Apareció dentro una dama velada.

Olía á paraíso.

Mandé la levantaran el velo.

Yo muero desde que su velo se levantó.

He visto el mismo Dios Altísimo y Único.

A todos los ángeles.

A todos los arcángeles.

A todas las huríes.

A todas las hadas.

Me he sentido capaz de todas las grandezas y de todos los crímenes.

Esa inmensidad de belleza es mía.

No te la pido.

La tomo.

¿Qué eres tú para mí?

Menos que el insecto que nace, vive y muere en un solo momento.

Y saltó al cuello del Amir.

Pero en vez de estrangularle, le besó en la punta de la nariz.

—Quédete con el Dios omnipotente y misericordioso, dijo; yo voy á hacer una caricia al que ha cometido la imprudencia de venirse á nosotros con un tal tesoro, y á confiscárselo en tu nombre, no para tí, sino para mí.

Y en tres saltos se puso fuera de la tienda, y á la carrera se fué á un repecho donde los soldados del kaid se ocupaban en levantar las tiendas de su pequeño campo.

Había ya una levantada.

En aquella tienda debía estar el tesoro viviente.

Ababul se había llevado consigo cincuenta feroces esclavos del Amir, vestidos de rojo y armados de horrendos lanzones, por su longitud y por su anchura.

Ababul dijo á uno de los soldados del kaid, que no pasaban de veinticuatro, dijese á su señor que de orden del Amir de los creyentes se le mandaba comparecer.

No creyó el kaid que podía ni debía desobedecer un tal mandato y compareció.

Apenas estuvo á dos pasos de distancia del sultán de la Langosta del gran Desierto,

—¿Conque tú eres un traidor? exclamó Ababul; ¿conque tú urdes maquinaciones contra el sublime príncipe de los creyentes?

No tuvo el kaid tiempo de asombrarse.

Ababul le saltó á la garganta, y con una admirable limpieza le estranguló.

En tanto, los feroces negros que iban advertidos, acuchillaban á los veinticuatro soldados del asesinado kaid.

Alejandra había acudido.

Tampoco tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía.

Ababul-Koba'h se había apoderado de ella cogídola en sus brazos, y la había puesto en una litera que había llevado consigo.

A seguida emprendió la marcha hacia el campo real del Amir.

Cuando los esclavos negros hubieron acabado con los pobres caballeros del desgraciado kaid, ayudados por muchos de los hombres del campo inmediato, que veían en los esclavos las divisas del sultán, y por ellas sacaban en claro que aquel exterminio por orden del sultán se hacía, devastaron las tiendas, las destrozaron, las pusie-

ron fuego, se apoderaron de todo lo del kaid, dejando en el terreno, entre las tiendas que ardían, los cadáveres desnudos (que hasta los vestidos ensangrentados se llevaron) y se volvieron al campo del Amir.

Ya había llegado á él Ababul-Koba'h.

Había sacado de la litera á Alejandra.

La había puesto ante los atónitos ojos del Amir-al-Mumenin.

La magnífica Alejandra, que estaba, además, adornada por el ostentoso traje que vestía, y un gran número de riquísimas alhajas, fascinó al Amir.

La contemplaba éste extático, asombrado.

Ababul-Koba'h sonreía de una manera satisfecha, pero como sonríe un demonio.

Veía el efecto que Alejandra causaba en Mohamed *el Verde*.

Contaba por más esclavo suyo á su señor.

El sultán de la Langosta se tenía en más y por más poderoso que el emir de los creyentes.

El sultán de la India le hubiera parecido un pigmeo.

Alejandra estaba terriblemente irritada.

Había visto la sangrienta violencia que se había llevado á cabo para robarla.

Alejandra no amaba á Aben-Suleiman-el-Coraxi.

No podía amarle, porque no tenía amor más que para Marsilla.

Pero le estimaba en gran manera.

Había visto su cadáver al ser arrebatada por Ababul-Koba'h, y se había sentido dolorida y ansiosa de venganza.

El Amir la contemplaba en éxtasis.

El amor, el deseo, no sabemos cuántas pasiones poderosas se hacían sentir de improviso al Amir, á la vista de Alejandra.

Ésta conoció el efecto que causaba en él; el poder que sobre él tenía.

Se volvió á él, y le dijo en el mal árabe que había aprendido en poder de Aben-Suleiman:

—Si quieres, Amir, que en tí se posen mis ojos, que mis labios te sonrían y te bendigan, y como amigo y aun como hermano te mire, véngame.

Ababul continuaba sonriendo.

—¿Y de quién he de vengar á la hermosa de las hermosas, á la luz del cielo, á la alegría del mundo, á la elegida de Dios? eclamó fuera de sí el emir.

—De este miserable, exclamó Alejandra señalando á Ababul.

La sonrisa de éste seguía.

—¡Habla! dijo el sultán: tu voluntad es la mía.

La sonrisa de Ababul se heló.

Temió.

Se volvió hacia la puerta.

—¡Mátale! dijo Alejandra.

Ababul ganó de un salto la puerta de la tienda.

De otro se puso á una respetable distancia de ella.

—¡Cogedle! gritó Miramamolín.

Salieron desalados muchos esclavos que transmitieron á los que encontraron fuera la orden del sultán.

Pero no era cosa fácil coger al sultán de la Langosta.

Era un cigarrón.

Saltando, avanzaba mucho más trecho que un caballo corriendo.

Y como se trataba de su vida, saltaba con más vigor que nunca.

Pero tuvo la desgracia de que, olvidado por su terror, del ancho y profundo foso que se había abierto alrededor del campo imperial, no habiendo podido salir por una de las poternas, se encontró atajado por él.

Los que le perseguían se le echaron encima.

Entonces tuvo lugar una lucha semejante á la de un zorro contra muchos podencos.

Ababul, con una agilidad pasmosa, se escapaba.

Procuraba no ser asido.

A los que se acercaban á él les hería más ó menos gravemente.

Pero se trataba de podencos feroces.

El zorro fué asido, sujeto, agarrotado de pies y brazos, y conducido á la tienda de Mohamed.

Estaba ya éste completamente subyugado por la hermosura, por los ojos, por la palabra de Alejandra.

Esta se había convencido de que tenía sobre el Amir mucha más influencia que la que había tenido sobre el kaid.

Habían puesto á Ababul, destrozado su abigarrado traje, exánime de terror, medio muerto, delante del Amir.

Alejandra, que era terrible, se acercó á él, le asió una oreja, y con la pequeña gumía que llevaba á la cintura, se la cortó.

Ababul dió un grito, ó más bien un graznido.

Un segundo graznido más estridente fué la consecuencia de la separación de la otra oreja.

—¡Ah! exclamó para sí Ababul, creyendo que con desorejarle aquella maldita mujer, tan funesta para él, habría satisfecho toda la venganza que deseaba; se curarán mis heridas, se le pasará al Amir la fascinación que le has causado, y luego tú me pagarás lo que ya me debes, ¡ah! ¡son poco tus orejas! yo no destruiré el portento de tu hermosura, pero tú maldecirás la hora en que has nacido.

Entretanto, Alejandra se había ido al Amir, llevando en su pequeña mano las sangrientas orejas de Ababul.

—Toma, señor, le dijo: que las curtan, que las borden después; que las recamen de perlas y pedrería, y cuando yo las haya colgado de uno de mis collares, entonces habrás encontrado gracia en mis ojos.

El Amir tomó las orejas y las dió á su gran wazir, es decir, al presidente de su Consejo de ministros, con la orden de que inmediatamente hiciese que las curtiesen.

Entretanto Ababul se desangraba de sus heridas, y nadie le socorría.

—Que le ahorquen delante de mí, añadió Alejandra; que yo le vea agitarse en la horca hasta que eche el alma de demonio que le ha dado Dios.

Ababul lanzó un rugido.

Aquello era ya determinante.

Había tiempo suficiente para que le ahorcasen antes de que el Amir volviese de la poderosa embriaguez que había causado en él Alejandra.

—Que le descuarticen después, y que echen sus miembros y su tronco á los perros, añadió Alejandra.

—Tú no harás eso, poderoso Amir, chilló Ababul; tú

no serás de tal manera injusto, tú no querrás traer sobre tí la maldición de Dios.

El terror enloquecía á Ababul, y no podía estimar hasta qué punto era atrevido lo que acababa de decir.

Mohamed, que estaba predispuesto por una excitación poderosa, se irritó.

—Arrancad la lengua al blasfemo, exclamó.

No se sabe de dónde salieron unas tenazas que aparecieron en la mano de uno de los esclavos.

Otro asió por la garganta á Ababul.

Otro le cogió las narices y se las apretó.

Todos estos procedimientos eran al efecto de que Ababul, para respirar, abriese la boca y sacase un tanto la lengua.

Ababul aguantó cuanto pudo.

Pero se asfixiaba.

Además de esto, otro de aquellos sicarios procuraba abrirle las mandíbulas, metiéndole la punta de un puñal entre los dientes, que tenía fuertemente cerrados.

Aquello era horrible.

En medio de aquel horror asombra el ridículo.

Un ridículo espantoso.

Aquellos déspotas de Oriente eran, y aún lo son, así, con leves variantes.

Se levantaban un día con humor más ennegrecido que de costumbre, y de un revés de su yatagán, y con sus fuerzas bastantes, cortaban la cabeza á cercén al primero ó á los primeros de sus esclavos ó esclavas que se les presentaban.

Acontecía á veces que la cabeza que había rodado era

la de la bella Háxima, la de la tierna Ada, la de la incomparable Zulema.

El déspota lloraba.

Ciego en su acceso de mal humor, se había privado de un placer, del cual aún no estaba hastiado.

Mandaba hacer un ostentoso funeral á la sultana decapitada por él en el momento de la ceguedad, de la embriaguez del exterminio, y otra desdichada, á la cual estaba reservada tal vez una muerte semejante, le consolaba.

El hombre cuando está embrutecido es la más terrible de las fieras.

Volvamos á Ababul.

Aquel demonio, que caía al fin, bajo un capricho de su amo, no pudo menos de abrir la boca.

Le salió por ella una punta de lengua.

Las tenazas se apoderaron inmediatamente de aquella punta.

La mordieron.

Sonó un rugido intenso, al que siguieron horribles aullidos roncos, espantosos de oir.

El de las tenazas tiraba.

La legua se rompía, pero no se arrancaba.

Alejandra y el Amir y todos los que presenciaban aquel horror, aquella cosa repugnante sobre todo lo repugnante, gozaban de una escena ridícula.

¿Para qué ha hecho Dios al hombre sino para que lo martirice el hombre?

Esto es el resustado de un contrato tácito bilateral.

Yo devoro al que puedo.

El que no puede me devora á mí.

Y vivan la libertad y la justicia.

Y si donde hay reciprocidad de derechos, aunque no esté sujeta á accidentes, hay igualdad, y por consecuencia seguridad, y en consecuencia una justicia relativa, no hay de qué quejarse.

Hoy por tí, mañana por mí.

El que la hace, la paga.

Y con mucha frecuencia la paga quien no la hace.

Cosas de la vida.

La lengua de Ababul había sido cortada, pero no arrancada.

Sus bramidos se habían ido haciendo más terribles, más roncos.

Y no se cansaba la calenturienta afición de lo horrible en aquellas gentes.

El Amir estaba en sus glorias.

Sus cortesanos en el paraíso.

Alejandra saboreaba su venganza.

Muchos de aquellos cortesanos, ó más bien altos sicarios, gozaban también la venganza de lo que Ababul les había mortificado ó perjudicado, por la influencia que había tenido sobre el Amir.

Algunos, muy pocos, más reflexivos que los otros, veían una enseñanza en aquella desgracia que había caído de improviso sobre Ababul, poco antes prepotente favorito de Mohamed.

Y seguía el horrendo martirio, en tanto que se levantaba á toda prisa la horca delante de la puerta de la tienda del Amir.

Y mientras no sentía el dogal al cuello, aún duraba la esperanza en aquel miserable tan bárbaramente atormentado.

Al fin le arrastraron desmayado ya, vertiendo copiosa sangre por sus heridas, desvanecido, al pie de la horca.

Dios había tenido al fin compasión de él.

Algunos segundos después era cadáver.

Pero no había terminado aún el espectáculo de aquella sensualidad del exterminio.

Ababul fué descolgado de la horca.

Desnudado de los restos de traje que le quedaban.

Extendido.

Luego el verdugo y sus ayudantes le descuartizaron.

Todo en presencia de Alejandra, del Amir, de su corte y de un número infinito de feroces esclavos, que se relamían saboreando aquel manjar.

Los restos fueron llevados en espuertas á un lugar desacampado.

Poco después los innumerables perros que acompañaban á las hordas moras, reñían de nuevo, disputándose aquellos pobres restos.

En tanto Mohamed suspiraba en su tienda, sentado á los pies de la hermosa Alejandra.

La pedía amor.

Lo suplicaba.

Aun lo lloraba.

—No; aún no, decía Alejandra con voz dulce y cadenciosa, con la sonrisa sensual, con los ojos adormidos, velados por sus crecidas pestañas, y arrojando efluvios de voluptuosidad: no, cuando las orejas estén curtidas, ado-

badas, bordadas, recamadas de perlas y pedrería, entonces, mi amor.

Y el Amir daba orden para que las orejas estuviesen dispuestas cuanto antes fuese posible.

CAPITULO LXXXIV

De cómo, por el amor, puede convertirse á un verosímil déspota, en una bestia inverosímil

Pasaron muchos días.

Apoderados los manipuladores de las orejas de Ababul, del devorado primero por la ferocidad humana, y luego por la voracidad canina, estuvieron muy pronto convertidas aquéllas en dos alhajas inapreciables.

Eran dos preciosas orejas de brocado, brillantemente imitadas al natural.

Todas sus partes salientes estaban coronadas de puntas de diamantes.

En el centro lucía una como rosa de gruesos diamantes.

En la parte de su unión con la cabeza, dos enormes carbunclos, que había sacado para este solo efecto de su tesoro el Amir.

Las dos orejas, convertidas en dos joyas de un gran valor y unidas á un collar de perlas de múltiples vueltas que valían un tesoro, fueron presentadas por doncellas esclavas en una gran bandeja de oro, orlada de diamantes, á Alejandra.

Estamos seguros que la más delicada, la más espiritual de nuestras elegantes, no hubiera tenido inconveniente en rodear su dulce garganta de cisne con aquel collar, y hacer reposar en su albo y mórbido seno aquellas dos orejas-joyas, que dentro de sí, como anidadas, llevaban dos orejas humanas, curtidas y adobadas.

Tengo la seguridad de que ninguna de ellas, al leer esto, me desmentirá en su pensamiento.

La antropofagía de algunos países del África existe en la civilización.

Ni más ni menos.

Antropofagía moderna.

El hombre devorado por el hombre.

Toda la diferencia consiste en la forma.

¡Oh! ¡La filosofía! ¡qué cosa más fastidiosa la filosofía!

Ella se encarga de deslustrarlo todo.

Ella lo explica todo de una manera horrible.

Pero ante la filosofía reconocemos á la materia con toda su horrible desnudez.

Es necesario estrangular á los filósofos.

Porque es necesario enmudecer á la verdad.

¡Oh! es horrible que el hombre se califique de bestia á sí mismo.

Pero la filosofía... et-cætera... (Supongamos aquí continuando quinientos volúmenes, y pasemos á la orden del día).

Alejandra se prendió el collar.

Cuando la vió con las dos orejas de Ababul sobre el codiciado y seductor y tentador seno de Alejandra, el Amir la dijo:

—Ya es la hora.

Y entonces Alejandra, irguiéndose y apareciendo más hermosa que nunca, exclamó:

—No: el espíritu que me ilumina me dice que aún no es la hora.

Gimió Mohamed *el Verde*.

El Gengis-Kan del siglo XIII.

Hércules á los pies de Dejamira.

—¿Y cuándo será la hora? exclamó con la voz trémula y mezquina.

—Cuando las orejas de Ababul vuelvan á estar en su cabeza viviente.

Y haciendo un movimiento, que una manola de nuestros días llama no sabemos con cuánta propiedad y cuán gráficamente, una *rabotada,* se quitó de la presencia del enamorado Amir.

Gimió el mísero.

Se irritó.

Pero se encontró impotente para hacer nada contra Alejandra.

Estaba, como diría un hijo de Madrid, *amanolado*.

Como diría un flamenco, vulgo gitano, *guillado*.

Como diría un andaluz, *chiflado*.

Como diría un galopo en galopesa, *lililó, amelonado, bulú*.

Como diría una polla tísica, *cohibido*.

Como diría un médico, *atáxico*.

Como diría un filósofo moderno: un yo transformado en un no yo, por la influencia de una actividad accidental inmanente en su entidad, etc.: porque para definir lo más ligero, la filosofía moderna necesita un grueso in-folio que no hay para qué leer.

Y si no habláis y escribís de esta manera no sois filósofo.

Para ser filósofo es necesario que nadie, ni el mismo Dios, pueda entender lo que el filósofo dice.

En fin, Amir-al-Mumenin estaba perdido, loco por Alejandra.

Y esto era una casualidad.

Porque para entretenerse, para distraerse, Mohamed hacía cada día un número increíble de abusos y atropellos feroces, cada uno de los cuales abría las carnes á un paciente y ponía los pelos de punta á los que se veían expuestos á tratamientas semejantes.

Y Alejandra continuaba irritando á Amir-al-Mumenin y haciéndole formidable.

CAPITULO LXXXV

En que se ve hasta qué punto llevaba su audacia y su valor Marsilla

Partióse al fin de Jaen Amir-al-Mumenin para ir á poner su campo definitivo, esperando á los cristianos, en las Navas de Tolosa.

Ya estaba preparado el campo.

Ya había en el ejército de los suyos, moros de todas procedencias, grandes y chicos.

Porque bajo cada uno de los emires ó principales muslines de Valencia, Granada, Córdoba, etc., había una multitud de pequeños walíes ó gobernadores que se daban ínfulas de reyes.

Aquello era *la federal*.

Nihil novum sub sole.

No había, pues, unidad.

No podía haberla.

Y como no hay fuerza sin concentración, esto es, sin unidad, todo aquel inmenso ejército de Amir-al-Mumenin Sydi Mohamed-ben-Mahedi *el Verde,* era más bulto que fuerza.

Las grandes máquinas se desvencijan, se descoyuntan, se anulan cuando sus partes no están bien relacionadas, bien unidas y perfectamente subordinadas á su centro común.

Esta verdad debía manifestarse muy pronto respecto al innumerable ejército del Amir.

Las muchedumbres son un torrente que arrojan cuanto se les opone al paso, cuando no encuentran un fuerte obstáculo.

Que producen la inundación.

Pero cuando hallan impedimentos formidables que las dividen en corrientes, pierden su fuerza.

Cada corriente, débil ya, se va perdiendo; luego desaparece.

Se acercaba el día de la gran prueba.

Kalat-Raba'h había sido tomada por los tres reyes cristianos.

Lo demás del territorio lo habían llevado á sangre y fuego.

Se acercaban á ese fuerte vallado que separa á Andalucía de Castilla, y se llama Sierra Morena.

Marsilla se impacientaba.

Marsilla sufría un tormento infinito.

Marsilla moría.

Su fascinación por Wadyaláh iba amenguando.

Había en él una pasión más alta que la sensualidad que

Wadyaláh le causaba, como se la había causado Noemi, como se le había causado Alejandra, como se la había causado Angiolina; más intensa aún que el amor del alma que sentía por Isabel de Segura.

Esta pasión era el amor á la patria, de una parte.

El sentimiento del honor, por la otra.

Su fuga, como hemos dicho ya, era imposible.

Cuando no le acompañaba Wadyaláh, le seguían fieles servidores de ésta.

Aunque hubiese podido burlar la vigilancia de estos hombres que Wadyaláh ponía perpetuamente á su lado bajo el pretexto de que le sirviesen, no hubiera podido pasar de las líneas que estaban muy vigiladas y además atrincheradas.

Sólo había una parte sin trincheras.

Esta era la que correspondía á lo más áspero de la sierra.

A la parte por donde no se creía pudieran venir los cristianos.

Marsilla había procurado escapar por aquella parte, pero no le había sido posible.

Sus servidores le habían hecho saber con sumo respeto, que no podían permitir siguiese escalando por un terreno tan áspero y tan solitario.

Marsilla se vió obligado á reconocer que aquellos servidores le tenían mucho amor, y á agradecérselo.

Y avanzaba el tiempo.

Los corredores anunciaban ya que los cristianos empezaban á subir por el otro lado de la sierra.

De manera que la batalla era inminente.

Marsilla se decidió por un medio desesperado.

Por ponerse bajo el amparo de Mohamed *el Verde* y hablarle como soldado y como caballero.

Marsilla contaba con que había de hallar alguna generosidad ese lenguaje en el corazón del Kalifa.

Se fué al campo real.

Su nube de servidores le seguía.

Ni recelaron nada de la aproximación de Marsilla al Amir, ni aunque hubiesen recelado hubieran podido oponerse.

Marsilla había dicho á los primeros guardias del campo real, que un caballero cristiano quería tener la grandísima honra de saludar al príncipe de los creyentes.

Los servidores puestos por Wadyaláh, cerca de Marsilla, no sintieron que éste deseara saludar al Amir-al-Mumenin.

A ellos tampoco les pesaba de penetrar en el campo real y ver sus magnificencias.

Cuando dijeron á Mohamed que un caballero cristiano quería saludarle, se apresuró á recibirle.

Marsilla fué conducido hasta el Amir.

Los esclavos de Wadyaláh le siguieron como su servidumbre hasta la misma puerta de la tienda.

—¡Ah, eres tú! dijo al verle Mohamed frunciendo el entrecejo; ¡tú, el que acompañabas á una de las sultanas de mi amigo el emir de Valencia! ¡tú á quien ella llama su esposo! ¿y tú eres cristiano?

—Cristiano soy, poderoso Amir, dijo Marsilla.

—Poderoso é invencible, dijo examinando el semblante de Marsilla Mohamed.

—No hay invencible más que Dios, dijo Marsilla con no sabemos cuánta imprudente audacia.

—Has dicho una gran verdad: pero también es invencible aquel á quien Dios enaltece.

—Otra verdad acabas de decir, respondió Marsilla; pero ¿qué hombre conoce la voluntad de Dios?

—Dios pelea con los que pelean por su nombre.

—No lo niego: Dios pelea con los suyos, y con los suyos vence.

—¿Y quiénes son los de Dios para tí?

—Los míos.

—Audaz eres, cristiano, exclamó el Amir.

—Si no dijese lo que creo, mentiría; si mintiera sería infame y cobarde, y no merecería la honra de hablar contigo.

—¿Y si así piensas, si no has renegado de tu ley, si no eres el esposo de una hija predilecta de mi amigo el emir de Valencia...?

—De eso venía á hablarte.

—Habla, pues.

—Yo amo á Wadyaláh, dijo Marsilla: yo la debo mucho amor; pero antes que á ella, amo á mi patria, amo á mi honor.

—¡Maldito sea, exclamó con vehemencia el Amir, el que por una mujer olvida á su patria y mancilla su honra!

Aparecía algo de generoso en el semblante del Amir.

—Por lo mismo, señor, dijo Marsilla, yo vengo á ampararme de tí.

—¿Y qué quieres?

—Mi esposa teme que yo me salga de tu campo para irme al de los míos; me tiene rodeado de gentes que me mantienen en una prisión mal disimulada: dadme gente tuya, señor, con la cual yo vaya seguro de que nadie me lo impida á batirme entre los míos.

—A cada momento creces en audacia, dijo Mohamed: sin embargo, no temas: los audaces me enamoran cuando á la audacia juntan la lealtad y el valor. Yo quisiera que con nosotros te quedases: yo te favorecería y te honraría; pero puesto que tu patria y tu honor te llaman, y que tu esposa te impide acudir á su voz, quiero ampararte: y no sólo ampararte, sino que vayas armado y con tal corcel, que te permita ser de los primeros de los tuyos que con nosotros embista.

—Yo acepto tu don, Amir, dijo Marsilla, y te juro hacer buen uso de él.

—Y yo te juro que cuando te haya cautivado con los tuyos, si no has muerto, he de honrarte y favorecerte como lo merecen tu lealtad, tu valor y tu honor.

—Y yo, en agradecimiento de lo que por mí haces, Amir, dijo Marsilla, te juro procurarte la libertad si me es posible, aun á riesgo de mi vida, cuando vea fugitivas ante los cristianos tus innumerables huestes.

Miró profundamente Mohamed á Marsilla.

Ardió en sus ojos algo terrible.

Meditó.

Vaciló.

Se estremeció de los pies á la cabeza, á impulsos de la cólera.

Al fin, dominándose, dijo:

—Empeñas conmigo una terrible partida: no importa; yo la acepto.

Y tendió la mano á Marsilla.

Éste la tocó, según era uso y costumbre.

Luego Marsilla llevó la mano á la frente y á su pecho, y la besó.

—¡Hola! dijo el Amír.

Se presentaron inmediatamente algunos servidores.

—Armas y corcel para este caballero, dijo el Amir; mi yegua Raja'h: que cuando esté armado y cabalgando, le acompañe una taifa de lanzas negras hasta el campo de los cristianos: y tú, añadió volviéndose á Marsilla, dí á tus reyes cristianos que ya tengo forjadas para ellos cadenas de oro.

—Tanto mejor para los cristianos, que de esas cadenas se apoderen, dijo Marsilla.

Volvió á arder la cólera en los ojos del Amir.

Pero otra vez la contuvo y dijo:

—Véte.

—Que Dios te salve, poderoso Amir, dijo Marsilla.

Y salió con los que estaban encargados por el Amir de darle armas y caballo.

Apenas había salido de la tienda Marsilla, cuando de tras un tapiz salió una mujer y se acercó al Amir.

Aquella mujer era Alejandra.

Vestía con el esplendor de una sultana.

CAPITULO LXXXVI

De cómo el amor de la mujer por el hombre es á veces tan audaz y tan valiente como el amor del hombre por la patria y por el honor

Se inmutó el Amir al ver en aquel momento á Alejandra.

Sin duda ésta había oído su conversación con el valiente y hermoso cristiano.

¿Por qué, pues, se presentaba en el momento que éste salía de la tienda?

Sintió un impulso de celos.

Alejandra seguía tratándole de una manera tiránica.

No habían bastado las orejas de Ababul.

Alejandra era un imposible para el Amir.

Por lo menos, una dificultad enorme.

Estaba sediento de amor y de voluptuosidad por ella.

Se encontraba con ella en una situación idéntica á la

en que se hallaba respecto á Wadyaláh el emir de Valencia.

Alejandra se acercó al Amir sonriéndole y teniéndole la mano.

El Amir tomó aquella hermosa mano y la besó suspirando.

—¿Qué quiere el lucero de la hermosura? dijo el Amir que estaba ansioso por saber por qué Alejandra se le presentaba en aquel momento.

—Quiero ese cristiano que acaba de salir, dijo sin inmutarse Alejandra.

—¿Que quieres ese cristiano? dijo el Amir, que se puso verdaderamente verde.

—Sí; le quiero porque es mío, dijo Alejandra.

—¡Tuyo!...

—Sí, mi esposo: ya te había dicho que tenía un esposo, que me lo había robado una mujer terrible, y que aquella mujer me había llevado á tierra de moros, donde me había quedado cautiva del kaid Aben-Suleiman; yo no sabía que mi esposo estaba aquí, pero le he oído, le he visto y le quiero, porque es mío y le amo.

Esta era una audacia mucho mayor que la de Marsilla.

El Amir estaba aturdido.

No sabía lo que le acontecía.

No podía explicárselo.

Sentía algo horrible dentro de sí.

Algo insoportable.

Le zumbaban los oídos y se le nublaban los ojos.

Su furor, un furor contenido, pero lúgubre, se revelaba ostensiblemente en él.

Sin embargo, Alejandra permanecía ante él impávida.

—¡Que es tu esposo!... ¡que es tuyo!... ¡que le quieres!... ¡que le amas!... ¿y me lo dices á mí?

—Sí; mátame, exclamó Alejandra; me importa poco: sin él estoy desesperada: ¿qué culpa tengo yo de tener esposo, de amarle, de no poderte amar sino como hija ó como hermana cuando te conocí? Si quieres que yo como hija ó hermana continúe amándote, dame mi esposo, dame mi amor, dame mi alma; sino moriré de desesperación; moriré maldiciéndote, y tú, cuando me veas muerta, morirás desesperado.

—¡Maldita sea esta tierra de Alandalus, donde sólo desgracias encuentro!... exclamó el Amir. ¿Y he de sufrir yo estas amarguras? ¿he de apurar yo estas desgracias? ¿me he de retorcer yo por una mujer, por una maldita y falsa cristiana como una sabandija por el fango?... ¡yo... el poderoso príncipe de los creyentes!... ¡el representante de Dios sobre la tierra... el supremo Kalifa!

Y estaba espantoso en el aspecto y en el acento, y en todo su ser, el Amir.

—Mi esposo se arma, mi esposo está á punto de partir, dijo la implacable Alejandra, que, ó conocía bien lo que era para el Amir, ó por el inesperado encuentro de Marsilla, por el afán de tenerle, por el temor de perderle, estaba desesperada.

Mohamed llevó frenético la mano á su yatagán.

Alejandra se acercó, é inclinando ante él la cabeza, y presentándole su hermosa cerviz, dijo con un acento supremo:

—Si no me das mi esposo, mátame; esto me salvará.

Mohamed, fuera de sí, desnudó su yatagán.

Alejandra rezó.

Quería vivir por su amor.

Temía.

El Kalifa aparecía enloquecido de furor.

La miró durante algunos segundos de una manera terrible.

Una convulsión espantosa le agitaba.

Sus labios estaban orlados de una espuma amarillenta.

Rugía como un tigre.

Y Alejandra oraba.

Esperaba de un momento á otro el golpe mortal.

—¡Mátame, ó dame mi esposo! dijo Alejandra.

Mohamed alzó su yatagán.

Alejandra cayó de rodillas.

Aparecía hermosísima.

Mohamed cebó en ella la mirada.

Una convulsión más terrible aún se apoderó de él.

—¡Ah!... ¡no puedo!... ¡no puedo! exclamó.

Y arrojó su yatagán.

Luego alzó entre sus brazos á Alejandra.

—¡Ah! exclamó ésta: ¡tú me amas, señor; tú me amas lo bastante para no sufrir con mi desgracia!... ¡Por el amor de tu Dios, que es también el mío, ten piedad de mí!... ¡Dame mi esposo de mi alma, ó de no, en vano habrás dejado de herirme, porque el dolor me matará!...

—¡Hágase la voluntad del Omnipotente, que ha querido que por la mujer enloquezca el hombre!... exclamó el Amir. ¡Véte! ¡oh, tú, más fiera para mí que la leona del Atlas!

—¡Mi esposo!

—Tendrás tu esposo, pero que no te vea yo más. Véte.

Alejandra fijó sus hermosísimos ojos llenos de lágrimas en el Amir.

—¿No me engañas? exclamó Alejandra.

—Mohamed no miente: Mohamed no es castigo de sí mismo, exclamó éste. Véte.

Alejandra salió.

El Amir se quedó por algunos segundos profundamente pensativo.

—Nunca me amaría, dijo al fin; y bien: que sea ella feliz, ya que no puedo serlo yo: á lo menos sabrá qne me debe su felicidad.

CAPITULO LXXXVII

De qué manera escapó Marsilla de los que le perseguían

Entretanto los esclavos de la servidumbre inmediata del Amir armaban á Marsilla con un riquísimo arnés damasquino.

Eran tales y tan complicadas las piezas de este arnés, que la operación se hacía larga.

Otros, entretanto, encubertaban con bardas de batalla una incomparable yegua árabe.

Entretanto los esclavos de Wadyaláh, que servían de escolta ó más bien de guardianes á Marsilla, hablaban largamente con otros moros, al otro lado de la tienda del Amir.

De improviso vieron que Marsilla aparecía armado y á caballo.

Que una hueste numerosa de jinetes le seguía.

Que tomaban el camino hacia la salida del campo real.

Nada podían impedir.

Se lanzaron fuera del campo real, y partieron á la carrera para ir á avisar á Wadyaláh de lo que acontecía.

Entretanto, Marsilla, seguido de la taifa de etiopes, avanzaba por entre los distintos campamentos, ó más bien aduares.

Se creía ya libre en medio de los suyos.

Su pensamiento recordaba á Wadyaláh abandonada, y le entristecía de una parte.

Pero por otra, se volvía á Isabel de Segura, y se alegraba.

Apretó los acicates á la yegua.

Raja'h apretaba su trote.

Los etiopes iban tras él como una tromba.

Faltaba ya muy poco espacio para llegar á las primeras trincheras.

A las avanguardias, como se decía entonces.

Siguiendo en la dirección que llevaba Marsilla no habría podido encontrar á los ejércitos cristianos.

Avanzaba hacia el Norte, y los cristianos estaban hacia el Este.

Salieron, al fin, al último campamento.

Empezaron á subir el puente.

Siguieron.

De improviso, un árabe, un beduino, que lanzaba al escape, vientre á tierra, una yegua ligera como el aire, salió del campamento más avanzado, y avanzó hacia Marsilla y el escuadrón que le resguardaba.

Llegó y dijo al kaid que comandaba la taifa:

—¡Detente en nombre de Dios, y de su Kalifa el Amir-al-Mumenin!

El kaid y toda su taifa se detuvieron.

Marsilla se sobresaltó.

Temió una dificultad.

Entonces, y por una rápida decisión, rodeó la yegua; la enfiló hacia unas quebraduras cercanas que estaban al Este y la lanzó al escape.

—¡Seguidle!... ¡seguidle!... exclamó el beduino que había detenido al kaid y á su taifa: ¡seguidle y cogedle en nombre del Amir!

Y él mismo se lanzó á la carrera.

Pero había ganado mucha ventaja Marsilla.

Raja'h era una exhalación.

Apenas había pasado cuando ya se había perdido entre las quebraduras.

La taifa se metió también por ellas.

Encontró una ancha rambla que ascendía.

Pero no vió ya á Marsilla.

Había quebraduras á derecha é izquierda.

¿Quién sabía por cuál de ellas había tomado el fugitivo?

Los etiopes se quedaron perplejos.

Esto favorecía á Marsilla.

Le daba tiempo.

Y seguía... seguía corriendo siempre en dirección al Este.

Era ya por la tarde del día víspera de la batalla.

Nada se oía.

Nada se sentía, ni cerca ni lejos.

Y el terreno ascendía siempre.

Marsilla iba por las pendientes ramblas, hacia las cumbres de los montes.

Ascendiendo siempre.

Parecía que la mano de Dios le guiaba.

Iba justamente hacia el lugar donde estaba acampado el ejército cristiano.

Si el camino hubiese sido en línea recta, habría podido llegar á las primeras horas de la noche.

Pero las ramblas, las quebraduras se torcían y se retorcían, siguiendo las accidentaciones de la montaña.

Con mucha frecuencia el terreno se hacía tan áspero, que Marsilla se veía obligado á desmontar, para llevar de la mano á la yegua.

Y gracias á que era un animal acostumbrado á toda clase de terrenos, y á más de esto, fuerte y ágil.

También con mucha frecuencia, encontrando Marsilla una escarpadura, una tajadura, un obstáculo, en fin, insuperable, tenía necesidad de desandar gran parte de lo andado y buscar otra salida.

Esto aumentaba excesivamente el cansancio.

Aún quedaba mucha tierra que subir cuando empezó á oscurecer.

Era de presumir que quedaba camino para toda la noche.

Marsilla tenía la seguridad de que, aunque le siguiesen, no podrían dar con él.

Se había perdido en la sierra.

Sus enmarañamientos le protegían.

La yegua estaba sudorosa.

Alentaba de una manera violenta.

Era necesario darle algún tiempo de reposo.

Esperar, en fin, á que su estado manifestase por sí mismo que podía seguir la marcha.

Estaba Marsilla en una pequeña planicie, entre dos cerros.

El lugar era lúgubre, bravío.

El silencio solemne, profundo.

Sólo le turbaban los chirridos de la cigarra, del alacrán y el canto más dulce, pero siempre monótono, del grillo.

De tiempo en tiempo se oía también el zumbido de alguna ráfaga de viento entre las cumbres.

En unas escarpaduras inmediatas á Marsilla, á su derecha, se veía el boquerón de una cueva.

Sobre el terreno crecía una espesa hierba, algo agostada.

Pero esto la hacía mejor para pasto de la yegua.

Marsilla la quitó el freno.

La trabó con las riendas, de manera que pudiera moverse cómodamente para pastar, y luego se entró en la cueva.

CAPITULO LXXXVIII

Del horroroso sueño que sufrió Marsilla y de cómo al fin se encontró con los cristianos

La luna asomaba entonces por una cumbre.

Su luz pálida hacía más triste, más lúgubre aquel solitario lugar.

Una brisa demasiado fresca y demasiado húmeda á pesar de la estación, obligó á Marsilla á entrar en la cueva.

Extendió sobre el suelo su alquicel.

Se echó sobre él y á poco se durmió.

Su sueño fué penoso, agitado.

Le pareció que se hallaba en la batalla.

Que quería combatir y no podía.

Que le pesaba la espada de una manera insoportable.

Que en vano batía en sus acicates los ijares de su corcel que permanecía inmóvil.

Y los árabes le cercaban por todas partes.

Descargaban sobre él una granizada de golpes.

Las lanzas venían á romperse contra su escudo.

Un remolino terrible zumbaba y giraba en derredor suyo.

Se sentía herido.

Le corría la sangre de todas las partes de su cuerpo como un sudor copiosísimo.

Desfallecía.

Y ni podía herir ni podía hacer que su corcel se moviese.

Sus fuerzas se extinguían.

Sobrevenía la agonía.

Se nublaban sus ojos.

Se helaba todo.

Su sueño cayó poco después en un sopor profundo, durante el cual Marsilla nada sintió.

Era como si en realidad estuviese muerto.

Así pasó mucho tiempo.

Llegó la media noche.

La yegua, que había pastado á su placer, se había echado cerca de la puerta de la cueva.

Marsilla continuaba aletargado.

Al fin volvió á soñar.

Soñó que su alma, desprendida de su cuerpo, veía su cuerpo.

Estaba tendido sobre un pavés, y envuelto en un estandarte moro, por honra.

Era una tienda enorme, toda colgada de negro.

Alrededor del cadáver, que estaba terriblemente ensangrentado, ardían blandones amarillos.

En torno se veían muchos monjes negros encapuchados, que rezaban el oficio de difuntos.

Una multitud de caballeros, de escuderos, de pajes, reyes de armas, de maceros, de soldados, se veían acabando de llenar la tienda.

Acabó el oficio.

La tienda se quedó desierta.

A su puerta velaban algunos guardias.

Y el alma de Marsilla seguía contemplando el que había sido su cuerpo.

Entraron después dos hombres, dos viejos, que llevaban largas hopalandas negras y tocas amarillas, lo que revelaba que eran judíos.

Los seguían algunos esclavos.

Llegaron al cadáver.

Quitaron de sobre él la espada.

Le desenvolvieron del estandarte moro.

Le desnudaron después.

Pusieron junto á él dos grandes calderas y una gran caja.

La una de las calderas estaba llena de un líquido espeso y verdoso.

La otra completamente vacía.

La caja estaba cerrada.

Junto al cadáver pusieron también los esclavos una gran cantidad de estopa.

Luego uno de los viejos judíos, que sin duda eran médicos, se inclinó y abrió la caja.

El otro se puso á empapar estopas en el líquido que llenaba la otra caldera.

El que había abierto la caja sacó de ella una cuchilla curva.

Abrió con ella el cadáver.

Luego le desprendió las entrañas y los intestinos.

Los esclavos arrojaron estos despojos en la caldera vacía y se la llevaron.

El médico arrancó al cadáver la lengua y los ojos.

Luego, ayudado por el otro médico, fué llenando las cavidades con estopas empapadas con el espeso líquido verdoso.

Después ambos cosieron las aberturas.

Después de esto guardaron los instrumentos.

Cerraron la caja.

Los esclavos, que trajeron otra caldera llena de agua, lavaron al cadáver.

Le vistieron.

Volvieron á envolverle en la bandera.

Le extendieron sobre el pavés.

Pusieron sobre él la espada.

Le rodearon de nuevo de los cirios.

Después la tienda volvió á quedar completamente desierta.

Algunos guardias dormitaban á su entrada.

Y continuaba aquel sueño horrible en que el alma de Marsilla contemplaba su cadáver.

Aquello era espantoso.

Marsilla sentía en su alma unos dolores agudísimos.

Y sobre todo el amor de Isabel de Segura.

¿Le guardaría Isabel su fe cuando supiera que había muerto?

El alma ansiosa de Marsilla se llenaba de espanto á este pensamiento.

Sentía un frío espantoso.

El frío de la muerte del no ser.

Y pasó así, en esta terrible duda, mucho tiempo.

Siguió.

Entraron de improviso en la tienda muchos caballeros enlutados.

A su frente el rey don Pedro de Aragón.

Había allí muchos prelados.

Éstos, con los monjes negros, estando arrodillados el rey y los otros caballeros y escuderos, rezaron un nuevo oficio de difuntos.

Les acompañaba ásperamente un piporro, una especie de bajón monstruoso, que sonaba como un graznido desapacible y diabólico.

El alma de Marsilla se estremecía.

Se sentía devorada por un tormento insoportable.

La devoraba el amor de Isabel.

Acabado el oficio, cuatro ricohombres levantaron el pavés y le pusieron sobre sus hombros.

Cuatro escuderos reales tomaron la espada, la lanza, el escudo y el casco de Marsilla.

Fuera, otro escudero real tenía de la mano, embardado y encaparazonado de negro el corcel de Marsilla.

Se le hacían por el rey de Aragón los honores que se hacen á los héroes que mueren en batalla apurando los prodigios del valor, por su Dios, por su patria y por su rey.

Los valientes Moncadas iban delante abriendo la marcha y llevando el estandarte real.

Rodeaban el cadáver los prelados y los clérigos y los monjes, llevando todos blandones amarillos en las manos.

Hacia el duelo el rey don Pedro con los primeros magnates de sus reinos.

Extendidos sobre el campo estaban los armados escuadrones.

Sonaban destempladas todas las trompas, todos los atambores, todos los atabalejos, al paso del cadáver.

Se inclinaban pendoncillos y estandartes.

Se oía entre la gente un prolongado rumor, un rumor de duelo, semejante á un prolongado gemido.

Y así se paseó el cadáver por entre todo el ejército, que era innumerable.

No podían darse mayores honores.

Pero aquellos honores mortificaban, torturaban el alma de Marsilla de una manera infinita.

La muerte de su cuerpo, que causaba aquellos honores, le separaba de Isabel.

Volvieron con el cadáver á la tienda.

Le pusieron en un rico ataúd, siempre revestido de su arnés.

Siempre envuelto en la bandera alárabe.

Siempre con su noble espada sobre él extendida.

Cerraron el ataúd.

Le pusieron en un carro.

Volvió el sopor por algún tiempo.

Durante él nada sintió Marsilla.

Al fin volvió el sueño.

Su alma, acurrucada en una cornisa del templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, vió su cadáver en

un magnífico y alto túmulo, rodeado de centenares de cirios.

Asistía el rey.

Asistía la corte.

El obispo de Zaragoza oficiaba de pontifical.

Una inmensa capilla cantaba, acompañada de los dos gigantescos órganos, los salmos penintenciales.

Las más altas dignidades de Aragón y Cataluña ocupaban los largos escaños enlutados.

Bajo la nave se apiñaba el pueblo.

Y el alma de Marsilla lo veía todo esto á través de la transparente sombra de Isabel de Segura.

Pero aunque Isabel se le presentase en forma de sombra transparente, Marsilla veía completamente su hermosura, más grande, más pura, más resplandeciente que nunca.

Y veía que le miraba, que le veía, á pesar de que era espíritu.

Y que mirándole, lloraba, gemía, agonizaba.

Y á pesar de las terribles imágenes de este sueño espantoso, Marsilla no despertaba.

Parecía que el mismo horror del sueño le retenía en él.

Pasó aquel egregio funeral.

Fueron saliendo todos.

Rey, magnates, prelados, clérigos, monjes y pueblo.

Sólo quedaban dentro servidores reales, con las espadas al hombro, y los escudos embrazados, á los cuatro extremos del catafalco y como en guarda de honor.

Dos sepultureros cavaban una sepultura en el crucero á la puerta del Evangelio.

Se le hacía el grande honor de enterrarle en Nuestra Señora del Pilar.

Y á pesar de esta honra, y de la santa protección de la Virgen, el alma de Marsilla acrecía en los tormentos, en su sufrir, viendo escapar la sombra de Isabel, que lloraba, que se desesperaba.

De improviso aquella sombra desapareció.

O por mejor decir: se condensó, y apareció en toda la forma viviente en la nave.

La acompañaban sus padres.

La seguían dueñas, doncellas y escuderos.

¡Era ella!... ¡Ella viviente!... pero pálida como una muerta.

Su padre la llevó delante del túmulo.

La señaló con un dedo tembloroso el cadáver, y Marsilla oyó que la decía:

—Ya no puede traerte la fortuna que fué á buscar para ser tu esposo: ha muerto, y ha muerto con gloria: él es más feliz que nosotros.

Isabel extendió los brazos hacia el cadáver.

Dió un grito.

Vaciló.

Al fin cayó desmayada entre los brazos de su madre.

Desmayada la sacaron del templo.

A pesar de lo insoportable de estas terribles emociones, Marsilla no despertó.

Volvió á caer en otro paroxismo de insensibilidad ideal absoluta.

Cuando salió de él, cuando volvió á soñar, se encontró en la capilla de la torre de Segura.

Estaba resplandeciente de luces.

Cubierta de riquísimos tapices.

Todas las damas, todos los caballeros de Teruel y de Albarracín asistían allí.

En el altar estaba el obispo de Teruel con su ayudante.

Delante, arrodillados y asidos de las manos, Isabel de Segura y don Robrigo de Azagra.

—¡Ah!... ¡no, no!... gritó el alma de Marsilla lanzándose entre los dos.

Pero ya había pronunciado Isabel el funesto *sí*.

Ya era esposa de don Rodrigo.

Entonces, y no pudiendo ya resistir tanto dolor, tantas luchas, despertó Marsilla.

Se encontró en la oscura cueva.

Por su boquerón penetraba la luz de la luna, que se ponía tras un monte cercano.

Era el mismo monte en que el misterioso pastor llevaba á Alfonso VIII de León y III de Castilla, el boquete desde donde había visto sobre los collados de Alacab las blancas tiendas del innumerable ejército del Amir-al-Mumenin-Mohamed-ben-Maedi.

—¡Oh! ¡un sueño!... ¡ha sido un sueño!... exclamó Marsilla que estaba estremecido y sudoroso: ¡gracias á Dios!... ¡pero si este sueño fuese una terrible profecía!...

Y se estremeció de nuevo.

Se arrodilló y oró.

La oración le confortó.

Salió de la cueva.

—¡Ah! dijo mirando al Oriente: ¡el primer albor del día!...

Y fué á la yegua que pastaba.

La desató.

La enfrenó.

Montó y siguió la rambla arriba.

Llegó á una cumbre inmediata.

Muy cerca de él había una ancha avenida entre dos rocas.

Era la misma abertura desde la cual Alfonso VIII había visto, muy antes, los campamentos del Amir-al-Mumenin.

Marsilla los vió también á sus pies, al fin de un escalamiento de colina.

Plegaban entonces las tiendas.

Las recogían, las cargaban.

Se escalonaban los numerosos escuadrones.

Se extendían en un ancho semicírculo en el centro del cual estaba el campo del Amir con su ostentosa tienda.

Los escuadrones alárabes daban frente al Mediodía.

Esperaban sin duda que por aquella parte acometerían los cristianos.

La parte del Norte era demasiado áspera y la creían segura.

Marsilla se entró por el boquete.

Encontró la rambla por donde el pastor había guiado á Alfonso VIII.

Aquella rambla descendía.

De improviso Marsilla refrenó su yegua, extendió los brazos y dió un grito de alegría.

Había visto sobre algunos collados inmediatos el formidable ejército coligado de los reyes de Castilla, Aragón y Navarra.

Inmediatamente, después de su exclamación, Marsilla echó pie á tierra y se arrodilló.

Al mismo tiempo se arrodillaban los doscientos mil hombres del ejército cristiano.

Ante el altar de campaña, situado en el mismo punto en que estuvo alzada la tienda de Alfonso VIII, el arzobispo de Toledo, que celebraba de pontifical la misa solemne, grandiosa, sublime, que fué el prólogo, por decirlo así, de una de nuestras más altas glorias, levantaba en sus venerables manos la Santa Hostia.

Todos los clarines, todas las trompas, todos los atambores, sonaron como un zumbido sonoro á causa de la distancia.

Marsilla continuó arrodillado.

Así estuvo hasta que terminó aquella conmovedora y venerable misa.

Luego se alzó, pero permaneció inmóvil.

Los tres reyes, el primero el de Castilla, que era el de más edad, luego el de Aragón, y por último el de Navarra comulgaron de manos del arzobispo.

Después los magnates y los caballeros de sus cortes.

Además, en cada escuadrón de por sí, se veía un altar portátil.

Los clérigos, los monjes, que acompañaban en gran número á aquel ejército de cruzados, daban la comunión á todos.

Cuando concluyó este piadoso acto de aquellos héroes, que se preparaban con el viático de la muerte á la empresa de salvar la religión y la patria ó morir por ellas, se alzaron los altares.

Se ordenaron las gentes.

Todos los campos, apercibidos ya á la pelea, yendo á su frente el bravo, el heroico Alfonso VIII, se pusieron en movimiento, y empezaron á subir el puente, por el mismo camino que el milagroso pastor había mostrado al rey de Castilla.

Aquel ejército, metiéndose por las profundas avenidas, parecía una serpiente de brillantes escamas, abigarrado con los colores de los estandartes, de los pendoncillos de las armas, de las sobrevestas y de las divisas.

Marsilla se fué al encuentro del ejército.

Muy pronto se encontró con el rey don Alfonso VIII, que iba de adalid.

Como que él solo era quien sabía el camino.

—¡Ah!... ¡por mi ánima!... exclamó don Alfonso al ver á Marsilla, y tomándole por moro á causa de su alquicel blanco y de los paramentos de su yegua; ya los tenemos encima. ¡San Lázaro y Santiago!... ¡Cierra Castilla!

Y terció la lanza y arremetió.

Había creído á Marsilia un adalid ó explorador moro.

Los que seguían de cerca al rey arremetieron también.

—Teneos, señor, dijo Marsilla con voz potente, que no es un enemigo, sino un cristiano, un caballero aragonés el que va hacia vos.

Refrenó el rey su caballo.

Refrenaron los suyos los que le seguían.

Don Alfonso mandó á Marsilla que avanzase.

Éste se aproximó.

—¿Quién sois? le preguntó severamente el rey.

—Para serviros, señor, yo soy vasallo y ricohombre de mi señor don Pedro II de Aragón, y me llamo don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—¡Ah!... ¡que sí!... exclamó Alfonso VIII, que vuestro señor, mi hermano el rey de Aragón, me ha hablado mucho de vos; ¿y venís de allá, caballero?

—De allá vengo, señor.

—¿Por qué estábais entre ellos?

—Por desdichadas aventuras.

—¿Cómo habéis escapado?

—Por milagro.

—¿Son muchos?

—Innumerables.

—Dios peleará con nosotros.

—Dios nos dará la victoria.

—¿Tardaremos mucho en encontrarlos?

—Desde el boquete inmediato se ve una ancha bajada, y por esta parte, que creen segura por la espereza del terreno, no han hecho rajas y trampas ni estacaduras: podremos acometerles por la espalda, porque no nos esperan por esta parte.

—Pues guiad vos, caballero, dijo Alfonso VIII, pero á mi lado.

Esto representaba que don Alfonso era prudente.

Llegaron al fin al boquete.

Don Alfonso le reconoció.

Bajo el boquete había una gran esplanada.

Bajo ella se veía otra, y otra, y otra.

Los moros no habían reconocido bien, y no conocían aquel fatal boquete, aquel fuerte natural que tan funesto debía serles.

A medida que desembocaban los escuadrones se iban desplegando en la planicie y dominándola.

Muy pronto aquello fué una inundación.

Cuando los moros se apercibieron de él, ya estaban tan próximos los cristianos, que apenas si tuvieron tiempo para dar desordenadamente frente á ellos.

Y los cristianos continuaban bajando, bajando, con cuanta rapidez les permitía la pendiente del terreno.

Los moros se atropellaban, y antes de llegar á las manos con los cristianos, empezaba ya á notarse en ellos el desorden.

CAPITULO LXXXIX

De cómo hubo, la víspera del día de la Virgen del Carmen de 1272, en tierras de Andalucía, una pequeña batalla de que no se ha ocupado la historia

Antes de ocuparnos de la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa, como la llaman los cronicones españoles, ó de Alacab, como la llaman los historiados árabes, debemos decir lo que aconteció en el campamento de Mohamed *el Verde,* inmediatamente después de la fuga de Marsilla.

Los esclavos de Wadyaláh habían ido á llevarla la noticia, de que Marsilla, protegido por el Amir, había salido de su campo al frente de una taifa de jinetes negros de los de la misma guarda del Amir, y en fin, que ellos no habían podido hacer nada, porque si algo hubiesen intentado, hubieran sido hechos pedazos.

Wadyaláh, como suele decirse vulgarmente, cegó, y no vió.

Se fué al emir Muzay, y no como quien suplica, sino como quien manda, le pidió un escuadrón escogido.

Muzay, ya lo sabemos, era extraordinariamente débil cuando se trataba de Wadyaláh, como Mohamed *el Verde* lo era cuando se trataba de Alejandra.

¿Y qué hombre, cuando se trata de la mujer que le fascina, no es débil, sea cualquiera la energía, la fiereza de su carácter?

La mujer es el destino del hombre.

No se sabe lo que el hombre sería sin la existencia de la mujer, dado caso que Dios hubiese establecido otras leyes de reproducción.

La mujer es nuestro encanto, nuestra tentación, el objetivo adorado, al cual se vuelven todas las aspiraciones del hombre.

Son nuestro encanto.
Nuestra voluptuosidad.
Nuestra vida.
Nuestra alma.
Nuestras amigas.
Nuestras hermanas.
Nuestras compañeras.
Nuestro consuelo.
Nuestra amargura.
Nuestra felicidad.
Nuestra desgracia.
Las madres de nuestros hijos
Nuestro todo.
Nuestro universo.
Nuestra inmensidad.

Lo que se dice de la mujer respecto al hombre, puede decirse del hombre respecto á la mujer.

Suprimidlas á ellas.

El hombre no podría vivir.

Suprimid al hombre.

No podría existir la mujer.

Somos las dos mitades del ser humano.

La una sin la otra son incomprensibles.

Así, pues, el hombre es de todo punto determinante para la mujer, y la mujer de todo punto determinante para el hombre.

Adán se perdió por Eva.

Salomón por la reina de Sabáh.

Hércules por Dejamira.

Don Rodrigo por Florinda.

Por eso no hay mal que avenga á un hombre por el cual no se diga:

—«¿Quién es ella?»

Y en vano un hombre tendrá un carácter osado.

En cuanto ama, si ama de veras, la mujer de su amor modificará su carácter.

Por eso oimos decir á todo el mundo, cuando se quiere demostrar hasta qué punto nocivo y fuera de toda conveniencia se ha enamorado un hombre de una mujer:

—«Se ha vuelto loco.»

La mujer, á causa del predominio que tiene sobre el hombre, ejerce una influencia decisiva en la sociedad.

Muchas veces no se comprenden las aberraciones y las inconsecuencias de ciertos hombres.

Las contradicciones en que consigo mismo se ponen.

Las dificultades que se crean.

Las movilidades en que incurren.

Hay que decir:

—«¿Quién es ella?»

Y si se busca la *ella*, se la encuentra.

Es muy viejo aquello de que las mujeres gobiernan el mundo.

Y le gobiernan por la influencia irresistible que sobre el hombre tienen.

Muchas oscuridades de la historia, son oscuridades po r que la historia no se ha hecho cargo, ni ha podido hacérselo, de las intimidades de la vida interna de un gran personaje histórico que ha determinado en su tiempo grandes sucesos y ha causado revoluciones.

Había, tras lo que aparecía, una mujer.

Una mujer que tal vez no vieron ni aun los contemporáneos.

De la cual no quedó noticia.

Las mujeres fueron en gran parte la desgracia del rey don Pedro *el Cruel*.

Las mujeres influyeron de una manera poderosa en don Jaime *el Conquistador*.

Por una mujer se deshonró Felipe II, y cometió una tras otra torpeza, y dió al traste con los fueros de Aragón.

Hoy mismo las que nos traen á maltraer en España; las que mantienen a Francia en una situación más terrible; las que conmueven á Europa, son mujeres.

Pero no se nombra jamás á estas *papalinas* prepotentes.

Ellas influyen desde el fondo del hogar doméstico.

¿Creéis que si Napoleón III no hubiese vivido tanto entre

mujeres, hubiera tenido lugar la desastrosa guerra franco-alemana, que no ha sido otra cosa que un sombrío prólogo de catástrofes europeas?

¡Oh! ¡las mujeres!... ¡las mujeres!...

Pero... ¡bendígalas Dios!...

Sin ellas no sabríamos qué hacernos.

Y esto que por ellas, y á cambio de algunos inefables momentos, dificultamos nuestra vida, nos sometemos á martirios crueles, á tormentos desesperados, á infiernos de los que no puede juzgar el que á ellos no ha sido condenado; á las más horribles de las desgracias, que son las desgracias del corazón.

Por la mujer se humilla el altivo.

Se pervierte el bueno.

Se amilana el bravo.

Se embravece el cobarde.

No hay que extrañar nada, absolutamente nada en un hombre, cuando el movil de sus acciones es el amor de la mujer ó de la familia, que es un nuevo amor que de la mujer proviene.

En la naturaleza, en todas las esferas, no hay otra cosa que potencias y entidades.

La acción de estos dos principios lo reactiva todo, en una actividad precisa, sujeta á las leyes inmutables.

Sydi Muzay-Almansur, emir de Valencia, que tan débil había sido siempre, desde que la conoció, para con Wadyaláh, como había sido débil por otro amor más sublime, por el amor de padre, por Noemi, por su nieta, no tuvo ni aun la voluntad de oponerse á la exigencia de Wadyaláh.

Tuvo ésta el escuadrón que había pedido.

Partió con él en persecución de Marsilla.

A éste le perseguían los esclavos negros del Amir.

A más, Alejandra, al saber la fuga de Marsilla, se había también puesto en su persecución al frente de esclavos escogidos de la guardia del Amir.

Ya sabemos cómo había escapado Marsilla, gracias á la ligereza de su yegua Raja'h.

Pero si Wadyaláh no le alcanzó, si no le alcanzó Alejandra, en cambio las dos se encontraron de improviso en una quebradura.

La una, al frente de una taifa de jinetes de Valencia.

La otra, á la cabeza de un fuerte escuadrón de esclavos africanos.

Los unos habían embestido, por la derecha, por la una parte.

Por la otra, los otros.

Se hallaban en un gran ensanchamiento.

Podía muy bien allí darse una batalla.

Al ver Wadyaláh que por la parte opuesta aparecía otra amazona como ella, que como ella llevaba tras sí lanzas, comprendió la situación.

Aquella mujer, que era harto hermosa, buscaba sin duda como ella, á Marsilla.

Aquella mujer llevaba, como ella, soldados.

Estos soldados, ó más bien estos esclavos, llevaban túnicas verdes, divisas del Amir.

¿Luego se trataba de una mujer que tenía sobre el Amir-al-Mumenin una gran influencia, un dominio absoluto?

Tal vez alguna sultana, hija de Mohamed *el Verde*.

Todas las horrendas pasiones que pueden agitarse en el alma de una mujer, se revolvieron en la de la hermosísima molinera.

Otro tanto acontecía á Alejandra.

—Id á ver qué quiere y adónde va esa gente que viene con esa dama, dijo Wadyaláh al feroz kaid que comandaba á los leones de Valencia que le seguían.

De la misma manera Alejandra había dicho al bravo xeguí negro, que comandaba los esclavos negros de la guarda del Amir.

—Id á ver lo que quieren *esa* y *esos*.

Wadyaláh y Alejandra estaban en una misma situación de sentimiento.

Kaid y xeguí mandaron hacer alto á sus respectivas lanzas, y se avanzaron el uno hacia el otro.

Se encontraron en medio de la avenida.

—¿Quién eres? se preguntaron al mismo tiempo.

—Paso á los servidores del esclarecido y vencedor Kalifa Mohamed-al-Mumenin, exclamó el xeguí negro.

—No han de ser los servidores del prepotente é invencible emir de Valencia Sydi Muzay, los que dejen plaza á nadie, exclamó el kaid valenciano.

No era necesario tanto para que estallase la cólera del sombrío xeguí negro.

Lleno, además, de soberbia, porque era servidor inmediato del príncipe supremo de los creyentes, tomó su lanza de dos hierros, y la arrojó, como si hubiera sido un venablo, al kaid de Valencia

Éste hizo dar una huída, de costado á su caballo.

Pasó junto á él, zumbando, la pesada lanza del xeguí.

Fué á derribar del caballo, herido en el pecho, á uno de los jinetes valencianos.

Esta fué la señal de la pelea.

Los dos escuadrones se acometieron.

Alejandra, arrollado su caballo, cayó por tierra al primer choque.

Wadyaláh había sido envuelta por el círculo que habían formado los de Valencia.

La llevaban consigo.

Juzef-el-Salemi, que así se llamaba el kaid valenciano, era uno de los mejores caballeros moros de España.

Se había hecho renombrado, tanto como admirable por su destreza en las armas, como por su valor feroz.

Contestó á la acción colérica é inesperada del xeguí negro, primero, evitando su golpe, luego haciendo revolver hacia él su caballo.

La embestida fué formidable.

Al mismo tiempo se lanzaban el uno contra el otro los dos escuadrones.

Alejandra caía y Wadyaláh era arrebatada.

Ésta no se veía por medio.

Los que la arrebataban estaban ya lejos.

Además, los combatientes estaban ocultos por accidentaciones del terreno.

Ni aun se podían oir sus voces ni el chocar de las armas.

Aquél era un combate personal, que no podía decidirse sino por la victoria de una de las dos partes.

Se había llegado á los hechos, y no había lugar para las razones.

Los de Valencia, ó porque fueran más potentes que los africanos, ó porque les favoreciese la fortuna, se llevaban á aquéllos por delante.

Su xeguí había muerto partida la cabeza de un hachazo del terrible Juzef-el-Salemi.

La muerte de un caudillo determina casi siempre la derrota de los soldados.

En mucho más motivo entonces, que no había otro caudillo calificado que pudiese tomar el mando.

Sin embargo, los negros, aunque *ciaban* sin cesar, se defendían como leones.

Vendían caras sus vidas.

Cambiaban golpe por golpe.

Huían; pero cuando habían ganado alguna ventaja de terreno, volvían á la carga con una ferocidad creciente.

Temían ser empalados ó descuartizados por el Amir, si volvían sin la señora y sin su caudillo.

Así es que peleaban de una manera desesperada.

Wadyaláh continuaba á caballo, envuelta por sus jinetes.

Protegida por ellos.

El combate era encarnizado.

Duraba ya mucho tiempo.

Empezaba á caer la tarde.

Este encuentro había servido de mucho á Marsilla para proteger su fuga.

Acometiendo sin cesar los de Valencia, *ciando* sin cesar los negros, pero volviendo á la carga siempre que el terreno les favorecía, se habían apartado más de una legua del lugar donde se habían encontrado.

La ventaja era manifiesta por los de Valencia.

Pero los negros resistían tenaces.

Al fin, desanimados grandemente, debilitados, fatigados, emprendieron decididamente la fuga.

Los de Valencia los dejaron ir.

En el semblante de Wadyaláh había algo terrible.

—Volvamos, volvamos adonde ha caído aquella mujer, exclamó: quiero verla muerta ó viva.

—Lo más prudente, señora, dijo el kaid Juzef-el-Salemí, es volver á dar cuenta al emir de lo que ha acontecido: esto puede traer una grande trascendencia.

—¿Quién te ha pedido consejo? exclamó con altivez Wadyaláh; sea lo que fuere, es necesario que yo vaya adonde se quedó aquella mujer.

Juzef-el-Salemí se contentó con enviar uno de sus jinetes al emir Muzay, á participarle lo que había sucedido, y por lo demás se sometió á la voluntad de Wadyaláh.

Sabía bien cuánta era la prepotencia de la hermosa molinera, tratándose de Muzay.

Retrocedieron.

Pero se engañaron.

No siguieron el mismo camino por donde habían ido.

Se extraviaron.

Buscaron en vano.

Las accidentaciones, los barrancos, las ramblas se sucedían, se aumentaban.

Estaban, en fin, de todo punto perdidos.

Ya era muy entrada la noche, cuando torciendo el ca-

mino, llegaron al fin, á un punto desde el cual pudieron orientarse.

Allá á lo lejos se veía el campo de los de Valencia, entre los dos campos de los de Granada y Córdoba y Sevilla.

CAPITULO XC

En que se ve que era muy poco político Mohamed el Verde

Encontraron el campo valenciano puesto en armas.

De la misma manera lo estaban los de Granada y Córdoba y Sevilla.

Los tres emires estaban reunidos en la tienda de Muzay-al-Mansur, que era el más anciano.

Nadie había podido vislumbrar de lo que habían tratado los tres emires.

Sólo se sabía que á la caída de la tarde había llegado á la tienda del emir de Valencia un walí del Amir-al-Mumenin.

Que poco despues Muzay-al-Mansur había pedido su yegua.

Que había partido hacia el campo del Amir-al-Mumenin con algunos de sus capitanes.

Que había vuelto una hora después, sombrío y ceñudo,

y que inmediatamente había llamado á Alhamar *el Magnífico* y á Zaid-ben-Zaid, que no habían tardado en aparecer.

Se habían encerrado en la tienda.

De allí había salido al poco tiempo la orden de que los tres campos andaluces plegasen tiendas, las cargasen en las acémilas y se pusiesen en armas, como para entrar en batalla.

¿Qué había acontecido primero en la tienda de Amir-al-Mumenin y después en la del emir de Valencia?

Vamos á decirlo á nuestros lectores.

El primer negro de la guarda africana de Mohamed *el Verde,* que huyó fugitivo al campamento, dió parte á su caudillo de lo que acontecía.

El kaid dió parte á su walí ó general.

Este, encontrando demasiado grave un choque sangriento entre los moros de África y los de España, se fué á participarlo á Mohamed.

Este rugió.

Mandó que se llamara al momento á Muzay.

Muzay se presentó sin tardanza.

—¿Cómo se han atrevido los tuyos, exclamó disimulando mal su cólera Mohamed, á acometer á los míos, que ostentaban mi divisa?

—Lo ignoro, contestó con altivez Muzay; pero niego lo de atrevimiento: si los míos han acometido á los tuyos, razón habrán tenido para ello.

—¿Sabes tú con quién hablas? dijo Mohamed, que empezaba á perder los estribos.

—Primeramente, con un hombre que no mide bien las

palabras, contestó con una sombría cólera Muzay: después, con un emir como yo.

—¡Como tú!

—¡Como yo!

Hubo un momento de silencio.

Mohamed desplomaba su mirada terrible, soberbia, dominadora en Muzay.

Muzay contenía aquella mirada de tigre con una serena, pero terrible mirada de león.

—Necesito que me expliques, dijo al fin Mohamed, que comprendió no le convenía romper con su aliado.

—Yo no tengo por el momento nada que explicar, dijo Muzay: y como he venido aquí graciosamente, creyendo encontrar un aliado, un hermano, no un soberbio que se cree mi señor, me retiro.

—Yo no he querido ofenderte con mis palabras.

—Yo te perdono la ofensa, si la ha habido.

—Necesito que se me satisfaga.

—No: si los míos han combatido con los tuyos, yo soy quien necesito que tú me satisfagas castigando á los tuyos: los míos de seguro habrán tenido razón, porque los comandaba un gran caballero, cuya prudencia no se exalta jamás: Sydi Juzef-el-Salemi. ¿Estás tú seguro de que el caudillo de los tuyos es tan gran caballero como Sydi Juzef y tan prudente? La justicia es una sola, y Dios se pone siempre de parte de la justicia: por eso sin duda han sido vencidos los tuyos.

—¿Y si á pesar de toda tu fe en la lealtad y en la prudencia de Sydi Juzef-el-Salemi, hubiese éste sido la causa del exceso de que me quejo?...

—Yo siempre he hecho justicia: la haré: pero oblígate tú á lo mismo.

—A lo mismo me obligo.

—Hay que poner en claro los hechos, y se aclararán.

—Se aclararán; yo te lo juro.

—Entonces, hasta que los hechos se aclaren y se haga justicia, que Aláh te guarde, mi buen hermano Mohamed.

—Que Aláh te prospere, mi buen Muzay.

El emir de Valencia se retiró.

Pero receloso.

Había visto que el feroz, el soberbio Mohamed *el Verde,* el jactancioso almohade, que, salido de las muchedumbres africanas se creía señor del universo, se había contenido á duras penas por temor de indisponerse con sus poderosos aliados, en la víspera de su encuentro con el ejército cristiano que venía á buscarle.

Era necesario tener cuidado con el Amir-al-Mumenin.

Los emires españoles estaban ya recelosos de él.

Había aparecido como una inundación, aunque á título de amigo.

Había tomado por sí y ante sí el mando supremo.

Aunque quería disimularlo, trataba á sus aliados como si hubieran sido vasallos suyos.

Los emires españoles estaban acostumbrados á ser independientes.

Sostenían la guerra en detalle contra los cristianos españoles.

Pero esta guerra se hacía lentamente.

Daba respiro.

Tras algunas recias batallas venía generalmente una tregua que se obtenía por oro.

La irrupción de Amir-al-Mumenin con inmensas muchedumbres de África, se había hecho gravísima para los reyes moros españoles.

No habían podido resignarse á abrir sus puertas á la gente africana.

El Kalifa almohade era el jefe de la religión.

Los emires españoles no podían desconocer esto ante las muchedumbres de sus reinos.

Se les hubiera tenido por impíos.

Al predicar Mohamed-el-Mahedi la guerra santa, el *algihed*, no había podido ménos de seguir el estandarte del Profeta, alzado por él.

Pero veían, lo repetimos, su ambición tras esto los emires españoles.

Veían su dependencia inmediata de Mohamed, si apoyándolo ellos, vencía á los cristianos y volvía á ocupar en una rápida campaña todas las tierras que desde el Pirineo á los límites de la Andalucía habían arrancado en cuatro siglos los cristianos á los musulmanes.

No les parecía aceptable perder su posición de reyes independientes para convertirse en walíes ó gobernadores inmediatamente, dependientes del Kalifa.

Era aquella, en fin, una guerra de interés sin precio, en que todos los reyes solariegos, cristianos y musulmanes, aunque no se hubiesen puesto de acuerdo, marchaban unidos realmente, aunque en la apariencia eran enemigos por un interés común.

El Amir Mohamed era para ellos un poderoso extranjero.

Un invasor.

Un tirano.

Era necesario rechazarle, vencido, á las apartadas regiones africanas.

El Amir, soberbio y feroz, no había contado con esto.

Los emires de Granada, Valencia y Murcia, Córdoba y Sevilla, habían escuchado su voz.

No podían ménos de hacerlo.

Habían respondido á las predicaciones de la guerra santa.

Este era su deber.

Habían levantado sus ejércitos.

No podía ser de otra manera.

Pero quedaba el día de la batalla.

El momento de la prueba suprema.

La altanería y el despotismo de Mohamed *el Verde* habían colmado la medida de su imprudencia.

Se había hecho de todo punto enemigos á Alhamar el *Magnífico*, á Muzay Almansur y á Zaid-aben-Zaid.

El Dios de la religion, de la patria y del honor, y el genio del heroísmo protegían á los reyes cristianos.

Dividían á sus formidables ejércitos antes de la batalla.

La invasión del siglo VIII en los campos de Tolosa, se repetía.

El mal estaba en el dogma y en la ostentación muslímica.

Un solo señor, un solo creyente, era el solo representante del Profeta; un solo vicario de Dios el Kalifa, para todos los inmensos territorios que de Oriente á Poniente, de

Mediodía á Norte estaban habitados por gentes que profesaban el islamismo.

Las ambiciones individuales debían herir de muerte esta grande jefatura, ó por lo menos debían reducirla á estrechos límites.

Muzay habló con el ardor y con la elocuencia de la cólera á sus hermanos, los emires de Granada y Sevilla.

Se estaba en una situación dificultosa.

De una parte los formidables ejércitos cristianos, comandados por héroes, harto conocidos por lo que valían de los tres emires moros.

De la otra Mohamed *el Verde* con sus feroces muchedumbres.

¿Qué hacer?

Ante los ojos el sangriento estandarte de los cristianos.

En las manos de Mohamed las cadenas de la cautividad.

Dominándolo todo la audacia de los cristianos, quedarían los emires españoles entregados á sus propias fuerzas y fuera de la dependencia del bárbaro Kalifa.

Nada que es grande tiene lugar sino por la reunión de una multitud de causas determinantes, que vienen á realizarse en un solo efecto.

Los tres emires españoles estuvieron reunidos un largo espacio, y cuando se separaron, cuando fueron á sus respectivos campos, se levantaron en ellos las tiendas y las tropas tomaron la formación de batalla.

Estos tres ejércitos, que pasaban con mucho de doscientos mil hombres, eran casi todo caballería.

Estaban, como ya hemos dicho, en la *avanguardia*, según se decía entonces.

Mirando á la parte por donde se creía debían llegar los cristianos.

Delante de estos ejércitos se habían allanado todos los obstáculos, para que la caballería pudiese maniobrar.

CAPITULO XCI

De los principios de la batalla de las Navas de Tolosa

Había avanzado la noche.

Los reyes cristianos, á la otra parte del puente, en lo alto de la sierra, habían tenido consejo.

Alfonso VIII había visto aparecer al misterioso pastor.

Éste le había mostrado el mejor camino que los cristianos debían seguir para caer sobre los musulmanes.

Se habían puesto en orden de batalla los ejércitos cristianos.

Se había dicho la grandiosa, la conmovedora misa del 16 de Julio de 1212, sirviendo de altar al sacerdote un montecillo.

Todos, caudillos y soldados, se habían preparado á la muerte.

Se había roto la marcha.

Alfonso VIII había encontrado á Marsilla.

Había recibido de él noticias.

Aquí habíamos dejado nuestro relato.

Siguieron yendo Alfonso VIII y Marsilla á la vanguardia.

Llegaron á la abertura desde la cual se descubría la hondonada de Alacab.

Los escuadrones se precipitaron por las vertientes, de colina en colina, como una inundación.

Los moros vieron con sorpresa que se les acometía por donde no pensaban pudiera acometérseles, y empezó á cundir entre ellos el miedo.

La caballería andaluza, valenciana y granadina, formada en inmensas masas, había quedado en el ala izquierda.

El centro le ocupaban, rodeando la tienda del Kalifa, los persas, los asirios, los árabes, etc.

Las hordas propiamente dichas, ocupaban, en un inmenso número, el ala derecha.

Esto á causa de la posición que ocupaban los ejércitos cristianos en su acometida.

Mohamed *el Verde* había dispuesto la batalla de otra manera, esperando que los cristianos aparecerían por el Poniente.

La formación de sus ejércitos era, contando con aquel supuesto, los ejércitos de los emires españoles en la vanguardia.

Los árabes, los abisinios, la gente, al fin, de Oriente, en el centro, y en éste, dentro de él, el campo real.

En la retaguardia los mauritanos, que estaban mucho menos organizados y á los que se creía mucho menos feroces.

Estos eran los que entonces, y por la dirección de la

acometida de los cristianos, estaban casi en la vanguardia.

Debían recibir el primer empuje.

La caballería cristiana bajaba como una exhalación.

Como una tromba.

Lo inmenso de las masas del ejército alárabe hacía de todo punto imposible una evolución que cambiase de una manera completa el orden de batalla determinada por el Mahedi.

No podía hacerse otra cosa que reforzar á los mauritanos.

Los emires españoles recibieron la orden de salir al través al encuentro de los cristianos, cruzando por delante de la línea de batalla.

De modo que, lo que antes era vanguardia debía pasar en una rápida vuelta á la retaguardia, y dar frente al enemigo, antes de que éste pudiera arrojar sus formidables masas de caballería contra los mauritanos.

Esta determinación era la mejor, la única que podía haberse adoptado.

Alhamar *el Magnífico* fué el primero que ordenó sus ochenta mil caballos y los llevó, dando vueltas, sobre la derecha, pasando por delante de la línea.

Detrás siguió Aben Zaid con su pujante caballería.

Luego, con los jinetes de Valencia y Murcia, Muzay.

Era aquello admirable.

Portentoso.

Nunca visto.

Jamás un tal número de caballería había corrido junto.

Temblaba, literalmente hablando, y de una manera perfectamente perceptible, la tierra, bajo aquella formidable carrera.

El polvo se levantaba en una nube densísima.

Aquella nube se extendía á más de una legua.

Parecía imposible hubiese nada que resistiera á aquella feroz muchedumbre de caballería.

Y los cristianos seguían bajando, bajando.

Trepando los flancos de la montaña.

Reluciendo al sol como la brillante escama de una serpiente que se dilatase y creciese, descendiendo desde la altura.

Allá abajo, en la cuesta, en el centro, sobre una colina, dentro de su tienda, Mohamed *el Verde* el Mahedi estaba sentado sobre su estrado de oro.

Ante sí tenía la espada.

Vestía sus ornamentos imperiales.

Tenía en la cabeza una gran mitra.

En las manos un Korán.

En torno suyo, dentro de la tienda, los faquíes rezaban *suras* del Korán.

Los wazires, los walíes, los caudillos de su guardia negra estaban armados á la entrada de la tienda.

Detrás del Kalifa se veían, en círculo, las esclavas, los esclavos del harem.

Allí estaba toda la casa del Mahedi.

Allí sus tesoros.

El Mahedi había tenido por segura, y la tenía aún, la victoria sobre los reyes cristianos de España.

Se creía ya dueño de Europa.

Fuera de la tienda, alrededor de ella, había un ancho espacio poblado de otras tiendas más pequeñas, pero también magníficas.

El estandarte del Profeta, el gran estandarte verde, descollaba sobre estas tiendas, fijo en la parte más alta de la tienda real.

Alrededor de estas tiendas, después de otro ancho espacio cubierto por abisinios armados de una manera deslumbrante, había una estacadura circular, que cerraba el campo real.

De uno á otro de los gruesos maderos clavados en tierra que rodeaban esta estacadura, corrían recias cadenas.

Y no era esto sólo.

A estas cadenas, y con otras cadenas, estaban sujetos, para que no pudiesen huir, tres filas de esclavos nubios, gigantescos, cubiertos de fuertes armaduras.

Aquello era una muralla humana.

Debía oponer una terrible resistencia.

Inmediatamente, en una línea circular, corría un ancho foso ó caba.

Al otro lado de esta caba se apercibían apiñados escuadrones.

El campo real parecía impenetrable.

Estaba inmóvil.

En cambio todos los otros campos, á la derecha y á la izquierda, se movían, se agitaban en el sentido de la acometida en masa de los cristianos, que seguían descendiendo, descendiendo.

Había ya en el ejército musulmán una especie de confusión.

Su misma grandeza, su misma enormidad le hacían muy poco manejable, por decirlo así.

Era muy difícil determinar la unidad de los movi-

mientos, la uniformidad de las evoluciones, y mandar socorro al punto de peligro.

Debía sobrar mucha gente, que no podría naturalmente entrar en batalla.

Y la confusión iba creciendo en los ejércitos musulmanes, antes de que una sola lanza se hubiese teñido en sangre.

La caballería musulmana-española continuaba corriendo para tomar la vanguardia contra la caballería cristiana.

Iban como la tromba.

Unidos, compactos.

Como una gran serpiente de lucientes escamas, que se hubiese deslizado rápidamente sobre la sierra, levantando de ella un espeso polvo.

Aquello era sorprendente en conjunto.

Y aún faltaba á los cristianos un grande espacio de descenso.

Venía delante la caballería de Santiago.

Luego la caballería de la Cruz de fuego.

Estas dos solas órdenes formaban una masa, por lo menos, de diez mil jinetes.

Seguía Alfonso VIII con la caballería castellana.

Luego con sus navarros, sus catalanes y sus aragoneses, don Enrique de Navarra y don Pedro *el Católico*.

Asistían á los reyes cristianos gran número de príncipes extranjeros, de prelados, de magnates.

Aquello era una cruzada, ya lo hemos dicho.

Marsilla, cuando pasado el boquete del puente se había organizado el campo, había adelantádose poniéndose el primero entre los primeros de la vanguardia.

En ella iban los dos maestres de Santiago y de la Cruz de fuego, don Hildebrando de Cervelló y el infante don Alonso *el Bastardo,* ó como queramos, el aventurero Gutier de Malespina..

Marsilla había encontrado un buen conocido, más aún, un amigo en don Alonso.

No le había visto desde la noche aquella en que salió del castillo de Malespina para ir á una cita con Angiolina, ó, segun él creía, el príncipe Miletto de Castellobianco.

Nuestros lectores saben lo que pasó después, y que Malespina y Marsilla no pudieron volver á verse.

Iba Marsilla delante, tan rápidamente como lo permitía lo malísimo del terreno.

Había ganado una punta hecha por el costado de una colina, entre quebraduras.

De improviso su yegua Raja'h se asombró.

Miró Marsilla, buscando la causa del asombro del animal, y vió una mujer, cuyo traje de dama árabe era riquísimo, tendida é inmóvil en medio del camino.

Echó pie á tierra.

Llamó.

Acudieron los escuderos.

Levantaron al inmóvil y pesado cuerpo.

Marsilla reconoció con espanto á Alejandra.

La tarde anterior los del emir de Valencia se habían extendido, y no habían podido encontrarla.

Alejandra tenía una herida en la cabeza y otra en un hombro.

Estaba inmóvil, sin conocimiento.

Pero vivía.

Un soldado curandero lo reconoció así.

En aquel estado había pasado muchas horas.

Hubo una ligera detención.

Se hizo una camilla con lanzas, y Alejandra fué apartada, con el fin de seguir los bagajes que venían á la retaguardia.

El descenso del ejército siguió inmediatamente más rápido, porque el terreno, vencidas las primeras asperísimas dificultades, era ya mucho más practicable.

Cuando flanquearon aquella colina se encontraron en una gran planicie.

Entonces se restablecieron, se construyeron los escuadrones.

Los tres reyes, don Alfonso VIII, don Pedro II y don Enrique de Navarra; los Maestres de las Órdenes, los prelados, los primeros ricohombres, los príncipes extranjeros se pusieron á la vanguardia.

Y entre ellos, como ricohombre de Aragón, y en la primera fila, un poco más atrás, por respeto al rey de Aragón, iba Marsilla.

Se veían ya á cinco ó seis tiros de ballesta las feroces é innumerables huestes musulmanas, que se perdían de vista encubriendo la tierra.

Una nube de saetas, dardos y venablos nublaban el cielo, y venían á caer sin alcanzar á ellos, delante de los cristianos.

Las trompas de estos retronaban tocando á la acometida.

Y no se oían más que gritos de:

¡Santiago y Castilla!

¡San Jaime y Aragón!

¡San Fermín y Navarra!

Y el ¡Desperta ferro! de los almogávares catalanes, que en dos largas mangas, con las picas afirmadas, venían á los costados de la caballería sin quedarse atrás de los caballos.

Y mangas de honderos catalanes y navarros, y de ballesteros aragoneses, que hacían de tiempo en tiempo pie firme para lanzar las piedras y los dardos, aunque estos disparos eran inútiles á causa de la distancia; y hecho esto volvían á la carrera para ganar la distancia que habían perdido.

Y detrás se veían, por los flancos de la montaña, escuadrones y más escuadrones, todos armados, todos terribles, determinando una corriente violenta, armada, terrible, enardecida por el sentimiento nacido de Dios y de la patria, del honor y del odio á los musulmanes.

En tanto la caballería granadina, la sevillana, la cordobesa y la valenciana llegaban y se cruzaban entre la vanguardia cristiana y los moros mauritanos.

Llegaba el formidable momento de llegar á las lanzas miles y miles de caballeros.

Era un momento supremo.

Solemne.

Las trompas cristianas sonaban á la par que los añafiles moros.

No faltaba más sino que la caballería musulmana diese frente á la izquierda.

El choque con la caballería cristiana, y el choque inmediato, hubiera sido la consecuencia.

Pero estaba escrito que no sucedería así.

La impolítica y la soberbia de Mohamed el *Verde* debían producir los necesarios resultados.

Alhamar *el Magnífico* fué el primero que hizo dar frente á la derecha á sus ochenta mil jinetes.

Y en vez de acometer á los cristianos, cayeron éstos como una avalancha sobre las hordas mauritanas.

Las atropellaron.

Las pusieron en una confusión terrible.

Detrás iban los jinetes valencianos, los murcianos, los cordobeses y los sevillanos.

El desorden fué horrible.

Arrollaban cuanto encontraban á su paso.

Huían de los cristianos.

Vendían al soberbio.

Sin haberse aliado con los cristianos, les ayudaron contra el campo moro.

La España entera, cristiana y musulmana, se defendía de la tiranía del invasor.

Detrás de los jinetes moros se precipitaron los jinetes cristianos.

El destrozo fué horrible.

Así se comprenden los cientos de miles de moros muertos en las Navas de Tolosa, con tan poca pérdida de parte de los vencedores.

La retaguardia del ejército infiel estaba desbandada.

El terror cundía.

Los que huían atropellaban á los otros.

Eran como un océano viviente impulsado por el huracán.

Y como en el océano, en la tempestad descendiendo

unas olas, atropellan y pasan por encima de las otras, así las oleadas de aquella inmensa inundación se atropellaban, pasaban las unas por encima de las otras.

La tierra quedaba cubierta de hombres, de caballos, de armas, de banderas.

Y los cristianos seguían cargando, atropellando, hiriendo, arrollando.

Iban frenéticos de furor, sedientos de exterminio.

Y la muchumbre huía, huía.

El terror la impulsaba.

Marsilla iba de los delanteros.

En la misma línea que los tres reyes, que el infante don Alonso *el Bastardo,* que los Maestres de las órdenes, que los prelados, que los ricohombres.

Era aquella que iba en primera línea una falange magnífica.

Ondeaban sobre ella los tres estandartes reales, los de Santiago y de la Cruz de fuego, la cruz de Toledo, de Zaragoza, de Barcelona, de Pamplona, de León; los pendones de los ricohombres; los guiones de los Consejos.

Y la línea de carga de los escuadrones cristianos se extendía, á medida que iban los escuadrones desembocando de las asperezas en un terreno más practicable.

Al fin, aquella masa se había hecho formidable.

Embestía de frente con todo el ejército mulsumán.

Y por todas partes volaba la victoria delante de los cristianos.

Por todas partes los musulmanes huían.

Muy pocos volvían por un momento el rostro al enemigo, que á su embestida los arrollaba.

La mayor parte, casi la totalidad, se entregaban á la fuga sin medir las armas.

Y sin embargo, para los cristianos era aquello formidable.

Suponiendo un momento en que los que huían se rehicieran de su pavor y volvieran caras, había que suponer un combate de todo punto terrible.

Los que huían eran, por lo menos, triple número que los que los impulsaban.

Aún no se había llegado á la línea sobre la cual en el centro del campo se alzaba la tienda del Amir Almumenin.

No se podía flanquear el campamento real de Mohamed.

La muchedumbre lo impedía.

Aquella muchedumbre corría en masa por las vertientes de la sierra, hacia las planicies de Jaca.

Y el estandarte del Profeta flotaba aún sobre la tienda de Mohamed *el Verde*.

Allí él esperaba.

Los más valientes habían corrido á rodear el campo del príncipe de los creyentes.

La colina sobre la cual se alzaba la tienda de Abdaláh Mohamed, estaba cubierta de soldados en toda su extensión, y en un número espantable.

No podía decirse, á pesar de la confusión que se veía entre los moros, de su terror, de su fuga, que se había ganado la batalla.

No se había combatido aún.

Pero se acercaba el momento de combatir.

Los fugitivos iban rebasando ya la sierra, sobre la cual estaba la colina que servía de asiento al campo real.

CAPITULO XCII

En que se acaba de relatar la victoria de las Navas de Tolosa

Llegaron al fin los tres reyes, que iban al frente de su caballería escogida, compuesta la mayor parte de príncipes, magnates, señores y caballeros, al principio del repecho de la colina donde se alzaba el campo real.

Allí se detuvieron por primera vez los cristianos.

Las tribus mogrebíes, zenetes, amazirgas, númidas, teutones del Atlas, los feroces hijos del desierto, salieron con las lanzas bajas, rigiendo admirablemente sus incomparables corceles árabes al encuentro de los cristianos.

El choque fué rudo.

Formidable.

Durante algunos minutos permanecieron trabados de una y otra parte, cambiando golpe por golpe, muerte por muerte.

Se combatía al fin.

Los tres bravos reyes se alegraban.

Sus caballeros se engrandecían.

No se ganaba al fin de balde la batalla.

No podía decirse que se debía á la traición de los emires españoles.

Al terror que esta fuga y la acometida de los cristianos había causado en la muchedumbre.

Los que defendían, apiñados en torno de ella, y con una gran extensión, la tienda del Kalifa, eran, por lo menos, tantos en número como los que los acometían.

El combate se encarnizaba.

La victoria vacilaba.

Los fugitivos empezaban á rehacerse.

Se desarrollaba, en fin, la batalla.

Se generalizaba.

Los emires andaluces, sin embargo, no volvían á ella.

Seguían hacia sus tierras.

Abandonaban decididamente á Mohamed *el Verde*.

Sólo los de Valencia se habían replegado y formaban la retaguardia del campo imperial.

Esto se debía á Wadyaláh.

Marsilla se encontraba entre los cristianos, y Marsilla la atraía.

Wadyaláh había ejercido toda su influencia sobre Muzay-al-Mansur.

No le había hablado de Marsilla.

Le había hablado en nombre de su conciencia.

—Si Mohamed, le dijo, está vencido, debemos ser vencidos con él: esto nos libertará de una mancha de traición hacia el Sumo Aláh, y á su vicario el Kalifa: si

no es vencido (que en la mano de Dios está la victoria) tú habrás sido el único emir de Alandalus que habrá permanecido, en la apariencia, fiel al Kalifa. De todos modos, y después de lo que ya se ha hecho, nos conviene hacer pie firme: vamos ahora á ayudar al Kalifa.

A Muzay le pareció muy prudente, muy político este consejo.

Corrió, pues, con sus caballeros á cubrir la retirada del Kalifa.

Muzay, con sus katibs, sus wazires, y los principales de sus walíes y kadíes había bajado hasta la misma tienda de Mohamed.

Le había alentado.

Wadyaláh, armada como una amazona, se encontraba al lado de Muzay.

Se empezaba entonces la acometida de los cristianos al campamento de Abdaláh-Mohamed *el Verde*.

Ensoberbecidos los cristianos por los primeros progresos al principio de la batalla, é irritados por la resistencia que al fin se les oponía, redoblaban sus ataques y hacían la acometida formidable.

El fragor era espantoso.

La fuerza bárbara.

El coraje cundía por ambas partes.

La muerte se saciaba de estrago.

Pero ¿qué podía resistir á la pujanza de los que ya se consideraban vencedores?

¿Qué al valor de los héroes que comandaban á los cristianos?

Había llegado el momento decisivo.

La gloria ó la vergüenza.

La libertad ó la esclavitud.

Dios y la patria.

La muerte ó la victoria.

Y se multiplicaban las fuerzas.

Se redoblaban las embestidas.

Se peleaba sobre cadáveres.

Corrían arroyos de sangre.

Los alárabes empezaban á replegarse.

Cundió, al fin, el desorden.

Se precipitaron sobre los flancos de la colina.

Escaparon.

Los cristianos llegaron á la mitad del repecho.

Allí se les hacía aún resistencia.

Una resistencia tenaz.

Veíase ya de cerca la magnífica tienda del Amir-al-Mumenin y el verde estandarte del Profeta ondeando al viento.

Arreció la pujanza de los cristianos.

Arrollaron á los enemigos.

Los llevaron hasta el mismo foso.

Allí continuó la destrucción.

El foso se cegó de cádaveres.

Sobre ellos pudieron marchar los cristianos.

Pero se encontraron con la insuperable barrera de los negros encadenados.

Sus larguísimas lanzas caladas oponían una resistencia terrible á los cristianos.

Los caballos retrocedían con espanto.

Entonces el buen rey de Navarra, don Enrique, enco-

mendándase á Dios y á su patrono San Fermín, embistió con los mejores caballeros el ángulo izquierdo de aquella formidable barrera.

Don Pedro de Aragón acometió por el derecho.

Por el centro Alfonso VIII.

Enrique de Navarra logró embestir con su caballo.

Le siguieron sus mejores caballeros.

El caballo cayó muerto á la embestida.

Don Enrique, que había llegado junto á los primeros negros se desembarazó del caballo.

Exterminó á golpes de hacha á los negros que encontró á su alcance.

Pero esto era inútil.

Los negros encadenados continuaban, aun muertos, constituyendo una fuerte barrera, que estorbaba el paso á la caballería.

Era necesario remover aquel obstáculo.

Don Enrique de Navarra la emprendió á hachazos con las cadenas.

Su formidable, su incansable brazo, su ancha y pesada hacha de armas hacían prodigios.

Rechinaban las cadenas.

Se rompían.

Sus caballeros no podían auxiliar en su trabajo al rey.

No había más que un solo punto donde cortar junto á aquel madero que formaba ángulo.

El mismo cuerpo del rey de Navarra, que era corpulento, impedía á los caballeros que le ayudasen.

Combatían á su lado con los que á la otra parte de los negros lanzaban una nube de azagayas y de dardos.

Don Enrique era terrible por su prodigiosa fuerza.

Había cortado una, dos, tres, cinco gruesas cadenas.

Quedaba aún la sexta.

La más gruesa, la más afirmada.

Bamboleaban los cuerpos de los negros muertos y sostenidos aún por aquella última cadena, á los formidables golpes de hacha de don Enrique.

Rechinaba el hierro.

Gemía la madera.

Al fin aquella última cadena fué cortada.

Los cadáveres de los negros cayeron pesadamente en tierra entre el estridor del hierro de las cadenas.

Hay hazañas que no caben en el pensamiento humano.

Hay milagros del valor que no se comprenden.

Las cadenas de las Navas de Tolosa, honrando la memoria del bravo y prepotente Enrique de Navarra, existen aún hoy en la catedral de Pamplona.

Por aquel boquete abierto por el de Navarra, entraron, siguiéndole, y como una tempestad, sus caballeros.

Aún hallaron resistencia en el espacio comprendido entre las barreras y la tienda.

Al mismo tiempo la caballería castellana y aragonesa y los almogávares, habían embestido á los negros encadenados, los habían matado, habían saltado sobre ellos y se habían metido en el recinto.

Combatían como lobos con la guardia negra del Amir.

Se abrieron paso, aunque difícilmente.

Aquel había sido un asalto formidable.

Los cristianos tocaban ya á la púrpura y al brocado de la tienda del Kalifa.

Y éste permanecía impasible, como si nada aconteciera, sentado sobre su estrado de oro, en el centro de la tienda.

La espada desnuda delante.

En las manos el rosario.

Rezaba.

Sus faquíes permanecían inmóviles en torno suyo, y rezaban también.

Las damas del harem se estrechaban las unas contra las otras.

Muchas se habían desmayado.

El estruendo de la batalla era formidable.

Los gritos de combate, de rabia, de muerte; los alaridos de las trompas y de los añafiles, el crujimiento del hierro sobre el hierro, determinaban un ruido espantoso, pero espantoso hasta lo nunca visto ni oído.

Se respiraba un nauseabundo olor de sangre y de carnaje.

Los más bravos de la guardia del Amir estaban agrupados á la puerta de la tienda, resueltos á morir defendiendo á su señor.

En el momento en que el heroico Enrique de Navarra rompía la última cadena, y por el abierto boquete se precipitaba con sus caballeros, penetró en la tienda, á caballo, un kaid beduino.

Llegó á Mohamed.

Éste rezaba en aquel momento la *sura* del Korán, que empieza:

«¡Dios sólo es veraz, y Satanás es pérfido!»

Desmontó el beduino.

Cogió al Amir, le levantó como hubiera levantado á un niño.

Le puso sobre su blanca yegua.

Luego, llevando la yegua de la mano, se fué al fondo de la tienda.

Abrió en ella con su yagatán una ancha salida, y dijo al Amir:

—¡Sálvate, Amir! esa yegua que traes es hija del aire; sálvate, que por la otra parte entran los malditos perros cristianos, con las espadas hambrientas de tu sangre.

Abdaláh-Mohamed *el Verde* volvió el rostro, y vió á Marsilla en la puerta de la tienda, á caballo, terrible.

El viejo Alfonso VIII aparecía junto á él.

Enrique de Navarra y Pedro *el Católico* se veían inmediatamente.

Los faquíes estaban prosternados.

Las damas del harem abrazadas las unas á las otras.

Mohamed no esperó más.

Lanzó la yegua del beduino.

Muzay-al-Mansur se revolvió contra los cristianos.

Y bien á tiempo.

Tenían sobre sí una tromba de caballeros enemigos.

La victoria se había decidido por los cristianos.

La morisma huía en montón, atropellándose, hacia las llanuras de Jaca.

La gran tienda del Amir había sido derribada y servía de alfombra á los combatientes que peleaban sobre ella, y continuaba la fuga y la matanza.

Degollaban cuantos hombres encontraban al paso.

Las damas del harem, los tesoros del vencido, todo había caído en poder del vencedor.

África estaba vencida.

La cristiandad se había salvado.

Los vencedores siguieron en el alcance todo el día.

Cuando llegó la noche, cuando los cristianos, fatigados, acamparon rodeados de aduares, sobre el sangriento campo de la victoria y se entregaron al reposo, un silencio lúgubre, un silencio de muerte sucedió á la animación que en aquellos mismos lugares se había dejado sentir los días anteriores.

Sólo se oía el lugubre graznido de los cuervos, y los gritos de los heridos que pedían un socorro imposible, y morían desesperados.

Las crónicas dicen que en esta batalla murieron quinientos mil musulmanes y sólo veinticinco cristianos.

Hay quien cree que hay un cero de más y tres de menos en ambos guarismos, respectivamente.

Nosotros nada decimos.

Nos atenemos á los historiadores.

Creemos que, dado el pánico que se apoderó de los moros, son verosímiles los quinientos mil de ellos muertos, y los veinticinco cristianos por única pérdida, de parte de los vencedores.

Sea como quiera, la gloria de las Navas de Tolosa es descomunal.

Es un suceso de nuestra historia que demuestra hasta qué punto son heróicos, invencibles, sin miedo, los españoles cuando se trata de su independencia.

¿Y qué mucho?

¿En nuestro mismo siglo, al comienzo de él, un poco más abajo de las Navas de Tolosa, no fué vencido por un ejército escaso y bisoño, el gran capitán del siglo,

el perturbador, el aterrador de Europa. Napoleón el *Grande?*

Dados los tiempos y las circunstancias, la batalla de Bailén y la de las Navas de Tolosa se pueden dar las manos.

Ambas produjeron el mismo resultado.

Demostraron que no hay invencibles cuando se trata de un pueblo como el español, que combate por su independencia.

Permítasenos que insertemos aquí un trozo de una poesía nuestra á la batalla de Bailén, en que, después de recordar la gloria de las Navas de Tolosa, exclamamos:

«Mas cual si á tanta y á tan excelsa gloria
La bastara vivir atesorada,
Entre otras mil, en la española historia,
Ni un monumento allí; ni aun enclavada
A un poste, del camino en el lindero,
Una lápida humilde, donde vea
En sencilla inscripción el extranjero
El honrado lugar de la pelea.
¿Y para qué? ¡Por Dios!... Si tal hiciera
Do quier recuerdan bélicas hazañas
Sobre el suelo español, mármol no hubiera
Bastante para gloria en sus montañas.»

¡Es mucha la *sans façon* con que siempre han mirado sus recuerdos de gloria los españoles!

Parece como que no estiman lo que se les debe, y que tienen necesidad de que se les tiente el bulto para producir una nueva é inconmensurable hazaña.

Así nos ha hecho Dios, y así hay que tomarnos.

CAPITULO XCIII.

En que se ve que no se llegó á los resultados á que se hubiera podido llegar por el triunfo de las Navas de Tolosa

La batalla de las Navas de Tolosa fué un glorioso suceso, en honra de España, trascendentalísimo para Europa.

Que si los almohades hubieran vencido, ciertamente no se hubieran detenido en el Pirineo.

Tal vez, triunfadores de España, no hubiera podido contenerles Europa.

Tal vez hubieran llegado á hacer del Mediterráneo el mar Negro, el Rojo, etc., lagos de la raza mulsumana, y por el golfo Pérsico hubieran tocado á la India, de la cual al fin se hubieran apoderado.

Es decir, que el islamismo hubiera dominado al mundo conocido entonces, como le dominó casi el politeísmo, bajo la enseña del pueblo romano.

Los tres reyes de Castilla, de Aragón y de Navarra,

con la muchedumbre de sus reinos, armada como ella había podido armarse, y llena de fe y de valor habían obtenido uno de esos triunfos á que se llega por la fe, y que son la cosa más natural del mundo.

Jesucristo lo dijo: «*La fe*, (esto es, la voluntad), *es bastante para remover las montañas.*»

Y los vencedores de las Navas de Tolosa iban llenos de fe, llenos de voluntad.

Habían opuesto, á la ambición el patriotismo.

A un fantasma ciego, una creencia dulce y consoladora.

Al materialismo, el espíritu divino.

Eran infinitamente inferiores en número, pero superiores en fe y en voluntad, y vencieron, porque debían vencer.

No obtuvieron los inmensos resultados que aquella victoria debió tener.

Reposaron sobre los laureles.

Se satisfacieron con rechazar, duramente escarmentado, al invasor, y no siguieron su retirada como debía haberse hecho, hasta las riberas del mar.

Allí debió perecer por completo el inmenso ejército almohade,

La batalla de las Navas de Tolosa era el principio de la completa restauración de España.

Pero no lo comprendieron.

No siguieron en el alcance.

Aquel triunfo no llegó á sus completas consecuencias, que habrían sido anticipar cuatro siglos la completa reconquista.

No se pensó en esto.

Se creyó que había habido asunto bastante con la necesidad de librarse de un conquistador, y no se completó.

Todos, reyes y vasallos, estaban ansiosos por volver á sus hogares.

El esfuerzo había sido sobrehumano, y se detuvo en su primer triunfo.

Se creyó bastante.

Además, el inmenso botín que aquella batalla había producido convidaba á gozarlo en paz.

Estaban, además, aliados, tres reyes enemigos el uno del otro en realidad.

Que si se habían coligado, había sido bajo el imperio de la necesidad.

Habían surgido diferencias.

Se entendían mal.

Unidos por fuerza, se apresuraron á separarse en el punto en que se vieron libres del enemigo común.

Lo mismo aconteció tres siglos después.

Nos referimos á la batalla naval de Lepanto.

El Gran Turco fué humillado, vencido.

Pero después del triunfo, producido por la necesidad, las potencias que constituían la *Liga* se separaron.

Eran, en el fondo, enemigas.

Desaparecido el interés común, volvían á procurar por los intereses particulares.

La *Liga* se deshizo.

Hubiéranse ido sobre Constantinopla, que se habrían encontrado, no sólo aterrada, sino indefensa, y el islamismo hubiera recibido el golpe de gracia.

No se hizo, y la batalla de Lepanto quedó reducida á una gloria estéril.

Se había querido acabar con la pujanza del turco.

Se había querido destruir su preponderancia, y todo continuó como estaba antes de la batalla de Lepanto.

León II no cuidó de tener una escuadra más formidable que la que le fué deshecha en Lepanto.

Aquello fué el choque de dos gigantes.

Pero no había pasado de esto.

El un gigante no había sido exterminado por el otro.

Todo se había reducido á una gloria sin provecho.

A un tiempo grandioso en sí mismo.

Pero estéril en sus resultados.

Los de las Navas de Tolosa siguieron el rastro de los moros hasta los límites de Jaca.

A seguida se volvieron, atraídos por el botín.

Surgieron ininteligencias, rivalidades, desazones, y los tres reyes se volvieron con sus ejércitos, cargados con la presa, á sus respectivos reinos.

Los emires de Valencia, Granada, Sevilla y Córdoba se quedaron tranquilos.

Y en verdad lo merecían, porque ellos contribuyeron en gran manera, abandonando con sus inmensas huestes á Mohamed *el Verde,* al triunfo de los cristianos.

CAPITULO XCIV.

En que se dice la situación en que se encontraban algunos de nuestros personajes

Cuando se encontraron los magnates y los ricohombres que faltaban al ejército aragonés, se echó de menos á don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla hecho ricohombre, como ya sabemos, por el señor rey don Pedro *el Católico*.

No se sabía lo que de Marsilla había sido.

Si era muerto ó vivo.

El rey don Pedro le había visto combatiendo, dentro ya de la tienda del Amir Almumenin, contra los esclavos que protegian la fuga de su señor.

Luego Marsilla había desaparecido entre un torbellino de combatientes.

No se sabía si había perecido entre el fragor de la pelea.

Pero él se había encontrado con Alfonso VIII, dos horas antes de la batalla.

Había servido de guía.

Con las noticias que había dado, había contribuído en gran parte al buen éxito de la batalla.

Había peleado después como un leon.

Por más que no apareciese, debía destinársele su parte en el botín.

El rey don Pedro, que era justiciero, cuando por hacer justicia no perdía nada, ni se contrariaba en nada, señaló como uno de los que tenían entre los suyos derecho á las mayores partes al botín, después de los reyes, á Marsilla.

Tales tesoros se habían encontrado en el campo real de Mohamed *el Verde,* que después de separado el tercio y el quinto para los tres reyes, quedaron unas tales partes para los ricohombres, que la de Marsilla era una fortuna bastante para que don Pedro de Segura le hubiese dado su hija.

No pudiendo entregar esta parte á Marsilla, porque no parecía, fué entregada á su desconsolado padre don Martín Garcés de Marsilla, para que le entregase á su hijo si parecía, ó para que le heredase, si se sabía alguna vez que hubiese muerto.

Don Martín maldijo aquellas riquezas.

Hubiera preferido abrazar á su hijo vivo.

Se desconsoló.

Se puso en lo justo, como siempre se pone el amor, y más cuando es el amor de los amores; el amor de los padres á los hijos.

Habían pasado tres meses.

Marsilla no parecía.

No se tenían de él noticias.

Ostigado el rey don Pedro por don Martín Garcés, había escrito á los reyes moros de España, preguntándoles si tenían cautivo por acaso á Marsilla.

Todos contestaron, incluso Sydi Muzay, emir de Valencia, que no conocían á aquel caballero; y que extrañaban, además, aquella pregunta, porque se sabía que los moros, vencidos, no habían hecho un solo cautivo.

Don Martín de Marsilla llegó, al fin, á creer muerto á su hijo y le lloró.

Pero, como no había seguridad de su muerte; como podía esperarse que Marsilla se presentase un día; como don Martín sabía bien que Isabel de Segura era la vida de su hijo si vivía, se presentó al ricohombre de Teruel, que había ya vuelto de Roma.

Después de la victoria de las Navas de Tolosa, como se supiese por ellos, que aún residían en Roma, que Marsilla había desaparecido, y que no se sabía si era muerto ó vivo, Noemi, la nieta del emir de Valencia, ó más bien doña María de Segura, hija de don Pedro, valiéndose de la influencia que con éste tenía, se decidió á que partiese de Roma para Aragón, dando por terminada, por imposible, la misión que había llevado para decidir al Papa á que sentenciase el divorcio del matrimonio de don Pedro II con doña María de Montpeller.

El rey hubo de tener paciencia, cuando don Pedro de Segura le dijo que nada había podido obtener, sino la certeza de que el Papa no decretaría la anulación del matrimonio del rey con doña María, mientras ésta viviera.

El rey se irritó, bufó, se desahogó en improperios y en amenazas contra el Papa, pero hubo de tener paciencia.

Mediaron contestaciones graves.

Pero afirmándose en su resolución el Papa, el rey se vió obligado á reducirse al silencio, y á esperar á que Dios anulase el matrimonio con doña María, llevándosela de este mundo.

Don Rodrigo de Azagra que, olvidándose de la gloria, y ansiando sólo á su placer verse siempre junto á Isabel de Segura, había permanecido en Roma, había seguido á Aragón á Isabel, y no dejaba de estar á su lado, sino de en tiempo en tiempo, y por pocos días, que pasaba en la corte, para conseguir del rey que interpusiese su influencia, á fin de que debiendo tenerse por muerto á Marsilla, se tuviese por inútil el plazo que se le había concedido para hacer fortuna, é impusiese á don Pedro de Segura, que era extraordinariamente adicto al rey, para que le casase con su hija.

Noemi influía á su vez para con el rey, á quien continuaba atormentando.

Pero don Pedro de Segura, prescindiendo de sus defectos, era un caballero de los buenos, y decía que mientras á él no le constase indudablemente la muerte de Marsilla, no había que contar con que él faltase á la condición del plazo convenido.

Además, tenía sobre sí don Pedro, á don Martín.

Don Martín decía que su hijo había llegado á ser ricohombre en premio de sus servicios.

Que la parte que le había tocado de la presa de las Na-

vas de Tolosa, era bastante para satisfacer las exigencias de don Pedro, en lo que éste convenía.

En fin, y en esto convenía don Pedro, que no podía asegurarse si su hijo vivía ó no, puesto que lo que únicamente se sabía de él, era que no parecía.

Isabel sufría de una manera horrible.

Si siempre le había sido antipático don Rodrigo de Azagra, entonces le parecía odioso.

Le encontraba insoportable.

A la sola idea de que algún día podía unírsela con don Rodrigo, la acometía una congoja.

Se decidía á morir antes que sucumbir al amor de don Rodrigo.

Noemi no se encontraba en mejor situación de espíritu que Isabel.

Tenía el alma triste, amargada, desesperada.

No sabía nada acerca de Marsilla.

Y esto que había escrito á su abuelo Muzay.

Su abuelo la había contestado, que desde un día antes de la batalla de las Navas de Tolosa no había vuelto á ver á Marsilla.

Y no eran las dos hermanas doña Isabel y doña María de Segura las que vivían dominadas por la ansiedad de si Marsilla era muerto ó vivo.

En la misma situación se encontraba Angiolina, ó como queramos, la infanta incógnita doña María de los Ángeles de Aragón.

Como sabemos, al bajar el ejército cristiano sobre las Navas de Tolosa, se había encontrado sin sentido y muy mal herida á Alejandra de Aytona.

Se la había recogido, y se la había llevado á lo que pudiera haberse llamado el cuartel general del ejército.

Los médicos, por expresa recomendación del rey don Pedro *el Católico,* que había reconocido á Alejandra, habían entablado desde el momento, y cuidadosamente, su curación.

Habían logrado retener en ella la vida.

Fué trasladada á Zaragoza después de la batalla.

Allí, durante muchos días, estuvo entre la vida y la muerte.

Al fin, y no curada aún Alejandra, el rey escribió á don Enguerrando de Azagra que podía salir ya de su incontrable escondrijo.

Que le perdonaba y nada haría contra él.

Pero que, puesto que Alejandra había parecido, y él la tenía á su disposición, le entregase la persona de doña María de los Ángeles, que tenía secuestrada en su poder.

El cambio se hizo.

Don Enguerrando se llevó á Alejandra, para continuar cuidando de ella.

La infanta doña María de los Ángeles volvió á su hotel de *Los Tres caballeros negros,* y continuó usando el nombre de Angiolina, y el aspecto aparente de hija del señor Piccolomini.

Había vuelto más hermosa que antes, porque la profunda tristeza del alma que aparecía en su semblante la embellecía.

El rey se encontraba con otros misterios también cerca de Marsilla.

Su hija, á quien amaba de una manera loca, le obli-

gó á que se revolviese la tierra para encontrar á Marsilla.

Pero por más que el rey hacía, combatido por tantos misteriosos, no alcanzaba nada.

Un misterio insondable envolvía la suerte de Marsilla.

Al fin, la una tras de la otra, desaparecieron dos damas del lado del rey, sin que se supiese adónde habían ido.

La una fué Noemi.

La otra Angiolina.

Ambas habían ido á buscar por sí mismas á Marsilla, aunque fuese necesario llegar hasta el corazón del África, y sin meditar los peligros á que se exponían.

En cuanto á Alejandra, ella fué el último castigo de las culpas de don Enguerrando de Azagra.

Después de largos padecimientos había muerto.

Don Enguerrando acabó de sentir á Satanás en el alma.

Sin el adulterio de su esposa, adulterio que había producido su muerte aparente, y la erección del hijo del adulterio, de don Rodrigo de Azagra en sus títulos y en sus Estados, él no hubiera tenido á Alejandra, él no hubiera concentrado en ella la última necesidad de su triste vida.

Don Enguerrando se sintió mucho más huérfano, mucho más desesperado que cuando conoció la traición de su esposa.

El odio que había sentido hacia el seductor había crecido, y se había transmitido como por herencia á don Rodrigo de Azagra.

Pero, ¿qué hacer?

¿Arrojar más sangre sobre su conciencia?

Don Enguerrando se sometió á su destino.

Siempre con su disfraz se presentó al obispo de Teruel.

El ermitaño que cuidaba del pequeño santuario de Nuestra Señora del Pilar de Teruel volvió á su monasterio.

Apareció de nuevo en la ermita el venerable ermitaño, el padre Roger.

Él se sentía devorado por los remordimientos, atormentado por los dolores, entregado á un furor infernal, creciendo de día en día en su aborrecimiento contra don Rodrigo de Azagra, á quien veía con frecuencia, porque don Rodrigo, que permanecía cuanto tiempo le era posible al lado de Isabel de Segura, iba muchas veces acompañando á ella y á su familia, á la misa que don Enguerrando decía en la ermita.

En cuanto á don Ezequías Ruben y á su hija Agar no se sabía de ellos.

Habían también desaparecido.

Agar sentía cada día con más intensidad su amor por Marsilla.

Aquel amor purísimo y desventurado.

El corazón de Marsilla era su propio corazón.

Sus desgracias las desgracias ajenas.

Su alma, sus sentidos, pertenecían por completo á Marsilla.

Era necesario que Marsilla fuese feliz.

En el momento en que Marsilla fuese esposo de Isabel de Segura, Agar estaba resuelta á encerrarse en un claustro.

Había, pues, ido á buscar á Marsilla.

Había arrastrado consigo á su padre.

CAPITULO XCV

De la desgarradora noticia que llevó Galcerán á don Martín Garcés de Marsilla

Había llegado el invierno.

Una noche muy fría llamaron á grandes golpes á la puerta de la casa de don Martín Garcés de Marsilla.

Levantóse éste sobresaltado, y más cuando oyó la voz de Galcerán, el escudero de su hijo, que le era tan conocida.

Se apresuró á recibirlo.

Galcerán venía muy maleado.

Vestido como un mendigo y con el peor semblante del mundo.

No se atrevía á hablar.

Parecía como espantado.

Cuando le preguntó por su hijo don Martín, hizo un gesto de dolor y rompió á llorar.

—¡Con qué mi hijo ha muerto! exclamó el desventurado padre.

—Dios lo ha querido, señor, exclamó Galcerán, limpiándose los ojos con el revés de la mano; y gracias si yo he podido escaparme para traer esta carta de mi desventurado señor.

Y de debajo de sus harapos sacó un pergamino enrollado, que entregó al trémulo don Martín.

Le desenrolló éste, y se encontró con que era una carta de su hijo.

Besóla lleno de alegría el desventurado padre.

La leyó.

A poco se le nublaron los ojos.

La carta era terrible.

Decía así:

«Padre mío: os escribo con el alma llena de dolor, no por mí, sino por vos... por los que me amen... por ella... Muy pronto esta alma que alienta en mí habrá partido de mi pobre cuerpo enfermo y estará en presencia de Dios.»

Don Martín lanzó un grito horrible.

Miró y remiró la carta.

Creyó imposible que su hijo muriese.

Ningún padre cree posible que pueda morir su hijo.

Era, sin embargo, la letra de Marsilla.

Don Martín no podía dudar de ello.

Su hijo moría.

Tal vez había muerto.

—¿Vive mi hijo? exclamó volviéndose á Galcerán.

Y con una expresión horrible.

Espantosa.

Galcerán se aturdió.

Los ojos del viejo relucían de una manera terrible.

Con una ferocidad espantable.

Era al fin el padre de Marsilla.

Marsilla no hubiera sido valiente si no hubiera heredado la brava sangre de sus ascendientes.

Galcerán parecía aterrado.

—En verdad, mi buen señor, dijo, que yo temblaba de venir á veros.

—¿Vive mi hijo? repitió don Martín.

Y su mirada aparecía más feróz.

Más terrible.

Galcerán se arrepentía de haber ido con aquel mensaje.

Lo temía todo de su viejo señor.

Se volvió hacia la puerta.

Don Martín se lanzó á él.

Le cogió por un brazo.

Le sacudió.

—Yo no tengo la culpa, señor, exclamó Galcerán.

—¿Vive mi hijo? repitió con un acento que parecía el rugido de una fiera, don Martín.

—Hace un mes que ha muerto, señor, respondió Galcerán: un mes que yo he tardado en libertarme, en huir, en llegar.

Don Martín no oyó más.

Soltó el brazo de Galcerán y cayó por tierra sin sentido.

CAPITULO XCVI

En que se acerca para la pobre Isabel de Segura la hora del sacrificio

Aquella carta que el desdichado don Martín no había acabado de leer, acabó de leerla don Pedro de Segura, que al saber que su viejo amigo Marsilla estaba enfermo, y gravemente enfermo, fué á visitarle.

Supo la causa de su dolencia, y don Martín le mostró la carta fatal.

Se compulsó con otras indudables de Marsilla, y se encontró con que no podía dudarse de que aquella carta era suya.

No diremos que don Pedro de Segura se alegró.

Pero sintió algo que le consolaba de la noticia de la muerte de aquel joven á quien siempre había amado.

Esto que le consolaba era el pensar que se libraba de un compromiso que veía venir.

Muerto Marsilla podía casar á Isabel con don Rodrigo de Azagra.

Y por más que particularmente no estimase á don Rodrigo como había estimado á Marsilla, y como le estimaba todavía, don Rodrigo como ricohombre y señor de Albarracín, era mucho mejor partido que Marsilla.

Además, el rey, apretado por Noemi, aunque ésta hubiese desaparecido, seguía incitando á don Pedro á que casase á Isabel con don Rodrigo, puesto que Marsilla no parecía desde las batallas de las Navas, y podía y debía pensarse que había muerto.

Don Pedro había resistido, diciendo que tenía empeñada su palabra.

Que aún no se había cumplido el plazo.

Que no se sabía si Diego Marsilla había muerto ó no.

Que por nada del mundo, aunque el rey le mandase degollar, á su palabra faltaría.

Pero ya era distinto.

Se sabía, por una indudable carta de Marsilla, que había muerto.

¿A qué esperar ya un plazo que no podía cumplirse?

Don Pedro, salvo la venia del desdichado don Martín, se llevó la carta á su casa.

Sin andarse con ambajes la presentó á su hija.

La pobre Isabel no pudo dudar tampoco de que aquella carta era de Marsilla.

Se desmayó.

Su desmayo fué tan grave, que todos creyeron que había muerto.

Y en efecto, atacada de una fiebre cerebral, estuvo un mes entre la vida y la muerte.

La carta de Marsilla relataba que su enfermedad había sido en Valencia, donde se encontraba cautivo y maltratado desde que á aquella ciudad fué conducido después de la batalla de las Navas de Tolosa.

Don Martín fué á ver al rey, y le suplicó que por lo menos pidiese al rey moro de Valencia el cuerpo de su hijo.

Sydi Muzay recibió con muchas honras al emisario del rey de Aragón.

Le contestó que con mucho sentimiento suyo no podía enviarse el cuerpo de Marsilla, porque se le había enterrado con otros cautivos que habían muerto, y que no sabía dónde estaba.

Hubo de volverse el emisario con esta respuesta.

El rey contestó que después de lo que el rey moro de Valencia había contestado, no podía hacer nada.

Don Martín se volvió con las entrañas despedazadas á Teruel.

Cuando Isabel de Segura salió de la enfermedad del cuerpo, aunque no de la del alma, porque no podía curar de ella, su padre la notificó que había determinado que se casase con don Rodrigo de Azagra.

La voluntad de los padres era tan poderosa en aquellos tiempos, en que la mujer no había salido aún completamente de la condición de esclava, que Isabel no pudo negarse.

Habría sido esto incurrir en una rebeldía que nadie hubiera perdonado.

Que hubiera deshonrado á Isabel.

¿Cómo decir una doncella de la Edad Media, ni aun de mucho tiempo después, á su padre: «Yo no me caso con el hombre con quien me mandáis casarme, porque amo á otro?»

Esto era inconcebible

No estaba en las costumbres de aquellos tiempos.

La autoridad paterna era omnímoda.

Isabel dobló la cabeza al mandato paternal.

No se resignó.

No podía resignarse.

Nadie se resigna á aquello que le desgarra las entrañas.

Que le destroza el alma.

Que le hace dudar de Dios.

Deseaba la muerte como una felicidad.

Pero cobró un aborrecimiento á muerte á don Rodrigo.

Se consoló con la idea de que no tardaría en seguir á su adorado Marsilla á la eternidad.

Este es el doloroso consuelo de las almas tristes.

El no ser del cuerpo.

La elevación del alma triste y desconsolada á las regiones de la eterna justicia.

Porque las almas de los buenos, de los que aceptan con resignación el sacrificio, van al seno de Dios.

Así á lo menos debe creerlo todo el que es cristiano.

Y Isabel de Segura era cristiana.

CAPITULO XCVII

En que se ponen frente á frente por Marsilla, las dos sultanas Sayda Noemi y Sayda Wadyaláh

¿Había muerto Diego Marsilla?

Nuestros lectores han comprendido sin duda que no.

En efecto.

Diego Marsilla no había muerto.

Retrocedamos á la batalla de las Navas de Tolosa.

Al momento en que rotas las cadenas que con los esclavos negros constituían la muralla que rodeaba la tienda del Amir Almumenin, penetraron en ella los campeones de la Cruz.

Recordemos que Marsilla fué de los primeros que entraron en la tienda del Amir.

Al darle la yegua Raja'h Mohamed el *Verde*, Marsilla le había dicho estas ó parecidas palabras:

«Cuando seas vencido, yo te la devolveré para que escapes con ella.»

Pero se había adelantado un beduino.

Le había dado otra yegua y le había dicho:

—Sálvate, señor; esta yegua es hija del aire.

Mohamed *el Verde* escapaba en el momento en que los cristianos penetraban en su tienda.

Marsilla fué el único de ellos que se lanzó en seguimiento del Amir, atravesando por entre los esclavos que llenaban la tienda y atropellándolo todo.

A poco el Amir había sido ya recibido entre los escuadrones del rey de Valencia, que, como sabemos, había ido á tomar posiciones á retaguardia del campo imperial.

Marsilla, ciego en su seguimiento, había dado también entre los escuadrones de Muzay.

Los soldados moros le rodearon.

Por valiente que fuese Marsilla no podía medirse solo contra tantos.

Su temeridad, su valor le habrían perdido.

Al verse encerrado en las filas enemigas, al ver que no podía retroceder, pugnaba por romper el círculo que le aprisionaba.

Embistió y cambió algunos buenos golpes, manteniéndose firme.

Pero al fin, mal herido, estropeado, fatigado, fué hecho cautivo.

El ejército cristiano, vencedor ya, cebado en el botín, no cargaba como hubiera podido y debido sobre los vencidos moros.

De haberlo hecho hubiesen podido rescatarse muchos cristianos que en la refriega habían sido cautivados.

Sydi Muzay acompañó al Amir Almumenin, con los

deshechos restos de su ejército, hacia los llanos de Jaca.

Desde allí, por donde mejor pudiesen, se volverían á Valencia.

Wadyaláh había vuelto á apoderarse de Marsilla.

Pero esta vez Marsilla no cedió á los amores de Wadyaláh.

Esta se irritó.

Acabó por sentir una rabiosa sed de venganza contra Marsilla.

Le adoraba.

Marsilla se negaba á su amor.

La mataba.

Su desesperación era horrible.

Encerró á Marsilla en una mazmorra.

Hizo le tratasen con una dureza infinita.

En aquel húmedo, en aquel sombrío encierro, las heridas de Marsilla se abrían, se enconaban.

Y no bastaba esto.

Se le cargó de cadenas.

Todos los días bajaba Wadyaláh á la mazmorra.

Estas mazmorras eran horribles.

Una especie de pozos, donde por lo alto se metía al preso.

Después se cubría la boca con una gran piedra.

Así se tenía la seguridad de que el preso no podía escaparse.

El preso no tenía otro lecho que un montón de paja podrida.

Allí se pudría él mismo entre inmundicias.

Marsilla desatendía siempre los ruegos de Wadyaláh.

Su amor á Isabel de Segura le encontraba al fin absolutamente fiel.

Esto consistía en que Wadyaláh no quería menos que el que Marsilla renegase de Jesucristo y se casase con ella.

Marsilla no podía en manera alguna hacer traición á un tiempo á su Dios y á su amor.

Esto era una doble infamia, un doble y horrendo crimen de que no se sentía capaz.

Y había pasado el tiempo.

El débil Sydi Muzay cedía á todos los deseos de aquella mujer satánica, que le desesperaba, le absorbía, le hechizaba.

Pero llegó un día en que cambió la situación de Marsilla.

Noemi, ó como queramos, doña María de Segura, la hija natural de don Pedro de Segura, la nieta del emir, que como sabemos había desaparecido de la casa de su padre, había llegado á Valencia.

Fué aquel un día de felicidad para el emir.

No sabía éste lo que llevaba á su hija á Valencia.

Noemi, por medio de hábiles emisarios, y á pesar de lo secreto que se tenía, había averiguado que Marsilla estaba en Valencia cautivo.

Saber esto y preparar su marcha, y emprenderla, fué todo en un punto.

Iba por Marsilla.

Preguntó por él al emir su abuelo.

Sydi Muzay vaciló.

Estaba influído por Wadyaláh.

Pero Marsilla era el esposo de su hija.

Al menos él así debía considerarle.

No sabemos cómo, á pesar de esto, había consentido en los amores de Wadyaláh con Marsilla.

¡Pero qué mucho, si los había consentido ante sí mismo!

Indudablemente estaba hechizado.

Un hechizado no es dueño de su libertad ni de su razón.

Pertenece por completo á quien le hechiza.

Pero aquel hechizo se neutralizó en gran manera por la presencia de Noemi, que, hasta cierto punto, era otro hechizo de su abuelo.

Recobró Noemi su posición de sultana, é hizo sentir su influencia en el alcázar de su abuelo.

Sayda Noemi era servida por todos.

Reverenciada por todos.

Pero no se servía ni se reverenciaba menos á Sayda Wadyaláh.

Se sabía que si la una tenía una gran influencia sobre el emir, no la tenía menos la otra.

Los cortesanos, más bien, los esclavos de Sydi Muzay, no sabían qué hacerse.

Había una rivalidad horrenda entre ambas sultanas.

Se acercaba un formidable rompimiento.

Se aborrecían de muerte.

Y no se devoraban porque estaba de por medio Muzay-al-Manzur, que no se decidía ni por la una ni por la otra.

Si el amor de padre le arrastraba hacia Noemi, el amor de los sentidos, el amor del alma le impelía hacia Wadyaláh.

Era inminente una situación gravísima.
Decisiva.
Mandaba Noemi sacar de su mazmorra á Marsilla.
Wadyaláh mandaba que permaneciese en ella.
Los que debían obedecer no se atrevían á nada.
Apelaban á Muzay, y éste procuraba conciliar.

CAPITULO XCVIII

De cómo Noemi, por salvar á Marsilla, no vaciló ante un horrible crimen

Llamó un día Noemi al alcaide de los presos del alcázar donde en una mazmorra, como se ha dicho, gemía, soñando en su Isabel y desesperándose, Marsilla.

El alcaide, que era un venerable anciano, se prosternó ante Noemi.

—Levántate, le dijo ésta; pero cuida de no irritarme como en otras ocasiones: estoy resuelta á todo.

—Sultana de las huríes, contestó el mísero alcaide, manda, que á peligro de mi vida te obedeceré.

—Saca de su mazmorra al cristiano, y tráele ante mí.

El cristiano era Marsilla.

—No puedo sin una orden del emir, respondió con firmeza aunque con un profundo respeto el alcaide.

—¿Qué puedes temer del emir más que la muerte?

dijo irritada Noemi: ¿no me has dicho que obedecerías á riesgo de tu vida?

—Sí, sultana, y estoy pronto á dar el último aliento por tí sin palidecer ni temblar; pero ante todo está mi lealtad al emir, tu abuelo.

—Bien, dijo Noemi mordiéndose colérica el labio inferior: llévame á la mazmorra del cristiano.

—Eso es diferente; el emir no me lo ha prohibido: sígueme, sultana.

El alcaide se puso en marcha.

Noemi le siguió.

Bajaron á los subterráneos del alcázar.

Llegaron al en que estaban las mazmorras, en una de las cuales gemía Marsilla.

Un esclavo que llevaba un farol les precedía alumbrándoles.

Llegaron á la mazmorra de Marsilla.

Apartaron la piedra.

Se oyó un gemido.

—¿Hasta cuándo los enemigos cielos para mi tristeza me conservarán la vida? dijo en el fondo de la mazmorra una voz doliente.

Aquella voz era la de Marsilla.

—Hasta el momento en que una mujer que te ama, y que viene á libertarte, la haga venturosa, dijo Noemi.

Y volviéndose al alcaide añadió:

—Baja y liberta de sus hierros al cristiano.

—No puedo, respondió con firmeza el alcaide.

—Pero puedes morir, dijo Noemi.

Y desnudando un puñal que llevaba debajo de su túni-

ca acometió de improviso al alcaide, y le hirió en el cuello.

Tan violenta fué la puñalada, tan certera, que el alcaide cayó muerto sin exhalar un gemido.

Noemi, con el sangriento puñal en la mano, se volvió al esclavo, y le dijo:

—Baja, y saca al cristiano, si no quieres morir como ha muerto el alcaide.

El esclavo, aterrado, no atreviéndose á desobedecer á Noemi, bajó.

A poco se oyó el ruido de los hierros que el esclavo carcelero quitaba al preso.

Algún tiempo después Marsilla salía de la mazmorra. Noemi se lo llevaba á sus habitaciones.

CAPITULO XCIX

En que se da á conocer una terrible intriga mujeril

No había cambiado de esclavitud.

Era el mismo desventurado de siempre.

Noemi estaba tan obstinada por él como Wadyaláh.

Pero Noemi era mucho más grave para Marsilla que Wadyaláh.

Noemi era la semejanza perfecta de Isabel de Segura.

Era su hermana.

La fascinación de Marsilla no podía ser más natural.

Sin embargo, había una diferencia que Marsilla no podía explicarse.

Siendo la hermosura de Noemi igual y aun mayor, por su mayor juventud, que la de Isabel, Marsilla no amaba á Noemi á la manera que adoraba á Isabel.

Isabel era su alma.

El complemento de su ser.

Isabel era su destino, su vida, su eternidad, su gloria, su infierno, su todo.

En sus sentidos como en su alma se atesoraba sólo amor para Isabel.

Marsilla amaba á Isabel en Noemi.

Se sentía transportado con ella.

Pero Noemi no se engañaba.

Noemi era la mujer más desgraciada de la tierra.

Cuando Marsilla la miraba, veía que miraba á Isabel.

Cuando deliraba de amor bajo el encanto de su hermosura, veía que aquel delirio era por Isabel.

Noemi sentía unos horribles celos.

Empezaba á sentir aborrecimiento hacia su hermana.

Cuidaba cuanto la era posible de que Marsilla no pudiese escapársele.

Correr á Teruel.

Insistía en que Marsilla se casase con ella.

Alegaba que aquel casamiento era ya de hecho y de derecho ante Dios.

Y tenía razón Noemi.

Pero Marsilla no se olvidaba ya de Isabel de Segura como se había olvidado otras veces en momentos de fascinación.

Se negaba.

No daba excusa alguna para su negativa.

Ni prometía nada.

Ni daba esperanzas.

Decía simplemente: no.

—Tú amas á mi hermana, le decía Noemi irritada, celosa.

—Sí, respondía Marsilla.

—Tú no puedes ser el esposo de mi hermana, porque lo eres mío, ó por lo menos mi amante, decía Noemi.

—Si no soy su esposo, decía Marsilla, no lo seré de ninguna.

—Ella se casará con don Rodrigo de Azagra, decía Noemi acreciendo en su irritación y en sus celos.

—Mataré á don Rodrigo.

—No podrás casarte con su viuda.

—La poseeré, y moriremos los dos.

—Pero tú me amas, Diego, exclamaba desesperada Noemi.

—Sí, te amo, te amo, no puedo negártelo: soy feliz á tu lado; gozo en tí un cielo, y sin embargo, no puedo olvidarme de Isabel; su recuerdo me hace el más desventurado de los hombres.

—Tú no ves en ella y en mí más que una sola mujer, decía Noemi, y no quieres que nadie posea una mujer que es tuya.

—No podemos salir de la situación en que el destino nos ha puesto, decía Marsilla; no podemos ser felices: si me uno á tí, no puedo unirme á Isabel; si me uno á Isabel, no puedo unirme á tí.

—Si te unieses á Isabel me olvidarías, exclamaba retorciéndose de celos Noemi.

Decía la verdad.

Marsilla callaba á esta verdad por no afligir á Noemi.

Pero este silencio de Marsilla era la más afirmativa de las respuestas.

La vida de los dos amantes era un infierno.

Noemi insistía con su padre, don Pedro de Segura, para que casase á Isabel con don Rodrigo de Azagra.

Don Pedro, que sabía que su hija estaba en la corte del rey de Valencia, su abuelo, y con ella se comunicaba por medio de correos que iban y venían, la contestaba lo que contestaba al rey don Pedro, á quien también Noemi incitaba.

—No puedo, decía don Pedro: tengo empeñada mi palabra, y no faltaré á ella por nada del mundo.

La situación se hacía lo más terrible que podía hacerse.

Wadyaláh había visto con un furor terrible que Noemi la había robado al fin su amor.

Nadie podía contra ella.

Noemi era la sultana prepotente.

Por grande que fuese la fascinación que Wadyaláh ejercía sobre Sydi Muzay, era mucho mayor el imperio que tenía sobre él su nieta.

El anciano y prudente Sydi Muzay se asustaba de sí mismo, y se creía hechizado, cuando veía los extremos á que había llegado por la influencia que sobre su ya helada sangre para el amor había ejercido la hermosa y terrible Wadyaláh.

Él, respecto á ella, había sido lo más débil que pudiera ser el hombre más abyecto.

Había consentido, y aún favorecido, el que á sus mismos ojos, la mujer que amaba, ó por mejor decir, que le enloquecía, se consagrase al amor de otro hombre.

Pero ya lo hemos dicho.

Había enloquecido.

En la locura no puede buscarse razón de ningún género.

Si en la locura se encontrara un átomo de razón, no sería locura.

Pero era mucho más intensa aún la influencia que Noemi ejercía sobre su abuelo.

Era mucho mayor la locura que éste le causaba.

Wadyaláh llegó hasta el último límite.

Hasta arrojarse en los brazos del emir.

Este la rechazó.

—Yo te adoro, la dijo: tú me enloqueces; pero mi enloquecimiento por tí me trae otro enloquecimiento: el de los celos; el de la rabia: tú has sido de otro, tú eres de otro: tú no puedes ser mía; yo le vería siempre á él entre tú y yo; déjame con mi desventura. Cuando Dios quiere, la razón de un hombre por una parte y la conciencia por otra, le condenan á un infierno. Yo estoy condenado.

Wadyaláh acabó al fin por comprender la situación.

El emir la había dicho, además, una gran verdad:

—Yo te amo como si fueras mi alma: por tí he dado en locuras de que no me había creído capaz; pero amo mucho más que á tí á mi nieta, tú estás ahora irritada: tú eres una fiera capaz de todos los horrores: yo ruego al Altísimo y Único que mi nieta no empalidezca, no desfallezca, no muera, porque si eso sucede, creeré que tú por vengarte de ella la has dado ponzoña; y entonces no tendré compasión; no te valdrá el amor que por tí siento porque será mayor la amargura que sienta por la pérdida de mi nieta, y entonces tú y él caeréis; con vuestra sangre vengaré la muerte ó el enlanguidecimiento de mi nieta: no pienses que podrás escapar con él burlando mi justicia y

mi venganza; siempre hay sobre vosotros un ojo que os mira; siempre á vuestro alcance una mano dispuesta á deteneros al primer indicio de fuga: resígnate á tu desventura como yo me resigno á la mía. Así lo ha querido la voluntad de Aláh.

Wadyaláh se sentía impotente.

Sin embargo esperaba.

La esperanza era la fatalidad.

Pero vivía muriendo.

Ansiaba vengarse.

¿Y cómo podía vengarse sin que el emir conociese su venganza?

Galcerán estaba junto á Wadyaláh.

Galcerán, como saben nuestros lectores, se quedó en Kalat-Raba'h, cuando Wadyaláh se llevó á Valencia á Marsilla.

Cuando se retiró Sydi Muzay de Kalat-Raba'h, convencido de que no podía defenderse de los ejércitos aliados de Castilla, de Aragón y de Navarra, se llevó consigo á Galcerán.

Le envió á Valencia.

Allí encontró Wadyaláh después de la batalla de las Navas de Tolosa.

Galcerán había servido á Wadyaláh.

Por ella se había casi olvidado de su amo.

Wadyaláh había pensado que alguna vez el traidor escudero podría serle útil.

Galcerán se había enamorado de una de las hermosas esclavas de Wadyaláh.

Había llegado hasta el repugnante caso de renegar de la fe de Jesucristo por causa de aquella doncella.

Wadyaláh los había favorecido.

Habían puesto en la ciudad una tienda de telas de hilo, lana y seda.

Gozaban de una vida de todo punto cómoda.

Estaban enamorados el uno del otro.

Galcerán creía que para aquello sólo había nacido.

No sentía remordimiento alguno.

Ni por haberse olvidado de su Dios.

Ni por haberse olvidado de su amo.

Wadyaláh los visitaba con frecuencia.

Esto era para ellos un grande honor.

Para llevar á cabo su venganza Wadyaláh tuvo una inspiración terrible.

Matar á Marsilla sin matarle.

Esto es: hacerle pasar por muerto en Teruel.

Wadyaláh conocía la historia entera de Marsilla.

Haciéndola creer en la muerte de éste, Isabel de Segura se casaría con don Rodrigo de Azagra.

Cuando este casamiento se realizase, debía tener noticia de ello Marsilla.

Entonces enloquecería.

Aborrecería á Noemi.

Moriría de desesperación.

Wadyaláh sabía bien cuánto y cómo amaba Marsilla á Isabel de Segura.

Pero ¿cómo hacer pasar por muerto á Marsilla?

Una carta suya.

Pero no podía esperar que Marsilla la escribiese.

Era necesario falsificarla.

Wadyaláh, en la estancia anterior de Marsilla en Va-

lencia, antes de ser libertado por Agar, había interceptado muchas cartas de Marsilla á Isabel de Segura y á su padre.

Buscó aquellas cartas y se fué con ellas á la tienda de Galcerán.

—Es necesario, le dijo, que tú lleves una carta de tu señor á su padre.

—Dame, pues, esa carta, sultana, la dijo Galcerán.

—No: tú me la has de dar primero.

—Será necesario que la escriba mi señor.

—No, dijo Wadyaláh: ha de escribirla otro.

—Pues no lo entiendo

—Se trata de una carta falsa.

—¡Ah!

—Para que esto sea fácil yo tengo verdaderas cartas de tu señor: tómalas: en Valencia hay muchos cristianos renegados: si entre ellos no encuentras uno que pueda imitar la escritura de tu señor, de tal manera que escritura de tu señor se crea, véte á tierras de cristianos, y busca á uno que lo haga: yo te daré oro bastante para ello: cuando tengas la carta me la traerás.

—¿Y qué ha de decir la carta?

—Lo que en esta vitela está escrito.

Y Wadyaláh dió á Galcerán un pergamino en que estaba escrito en árabe el contenido de la carta que, creyéndola de su hijo, leyó el desdichado don Martín de Marsilla.

Galcerán encontró con facilidad, dentro de la misma Valencia, quien la carta falsificase.

La llevó á Wadyaláh.

Esta cotejó la falsificada con la verdadera, y vió que no había absolutamente diferencia.

Entonces, con un traje harapiento entró en tierra de Aragón Galcerán, y llevó, como sabemos, la carta falsificada á don Martín Garcés de Marsilla.

No se ocultada á Wadyaláh que de Aragón debían pedirse informes á Valencia.

Que se pretendería saber si en efecto Marsilla había muerto.

Pero tenía también la seguridad de que el emir no respondería sin consultar antes á Noemi.

Que Noemi se alegraría de que se tuviese por muerto en su tierra á Marsilla, á fin de que Isabel de Segura se casase con don Rodrigo de Azagra.

La vengaza de Wadyaláh sobrevendría.

Marsilla aborrecería á Noemi.

La creería la autora de la trampa que le había hecho pasar por muerto entre los suyos.

Las consecuencias serían terribles.

Incalculables.

Wadyaláh obraba sobre seguro.

Esperaba con ansia.

Pero no sabía que había alguna otra persona que amaba á Marsilla, oculta en la sombra.

Esta persona era la misma que en otra ocasión había libertado á Marsilla.

Era Agar.

Había seguido la pista de Marsilla; más bien, la había rastreado, y hacía ya algún tiempo que, teniendo la seguridad por el mismo Galcerán de que Marsilla estaba en Valencia, en poder de la nieta del emir, vivía con su padre en el barrio de la Judería.

CAPITULO C

En que se ve la buena noche de bodas que comenzó para don Rodrigo de Azagra

Había acontecido como lo había previsto Wadyaláh.

Sydi Muzay, influído por su nieta, había certificado la muerte de Marsilla.

Cuando se le pidió el cadáver, alegó que, como ya se ha dicho, no podía encontrársele, porque se le había enterrado con los de otros cautivos cristianos.

Desde aquel punto se había redoblado la vigilancia respecto á Marsilla.

Se le había incomunicado de las gentes de afuera.

No podía llegar á él la noticia de que se le tenía por muerto en su tierra.

Noemi no se explicaba cómo en Teruel podía haberse creído que Marsilla había muerto en Valencia.

No podía suponer que esto había sido obra de Wadyaláh.

Una vez casada Isabel y pasado algún tiempo, Marsilla lo sabría.

Se desesperaría.

Pero la curaría de su desesperación el despecho, el odio que le causaría el ver que Isabel no había sabido morir antes que ofender el amor de Marsilla.

Así marchaba con facilidad.

Agar ignoraba esta intriga.

Galcerán no había podido descubrírsela.

Había permanecido en Teruel.

Cansado de su mujer, y arrepentido de su apostasía por un extraño fenómeno, porque no puede comprenderse que un traidor se arrepiente de una apostasía, ó más bien porque había traído consigo dinero bastante para vivir desahogadamente en su tierra, y había encontrado muy oronda y muy fresca á muy antigua novia, en Teruel se estuvo, y con ella se casó, resuelto á no volver más á Valencia.

Entretanto el tiempo transcurría.

Libre de su palabra, por la creída muerte de Marsilla, don Pedro de Segura; restablecida de la pequeña enfermedad que la sobrevino al tener conocimiento de la muerte de Marsilla Isabel, creciendo las instancias del rey, más excitado que nunca de la una parte por su hija la infanta doña María de los Angeles, esto es, Angiolina, y de otra por Noemi, á quien no olvidaba ni podía olvidar, de las que recibía cartas continuamente, se preparó todo, y se llegó al fin al día de las bodas.

La desdichada Isabel se doblegó.

No opuso la menor resistencia.

¿Cómo una doncella noble, cristiana y virtuosa, podía rebelarse ni en la manera más leve contra el mandato de su padre, en aquellos tiempos en que, por el espíritu completamente romano de las leyes, por las costumbres, y sobre todo por las creencias, la mujer era una esclava voluntaria que creía cumplir con su deber y con su honor y salvar su alma sometiéndose á la esclavitud?

¿Para qué hemos de entretenernos en la descripción de aquellas tristes bodas?

Se hicieron en Albarracín.

Las apadrinó el rey.

Fueron magníficas, como no podían menos de serlo, bajo el padrinazgo del espléndido don Pedro *el Católico*, y siendo tan ricos el padre de la desposada y el novio.

Nadie dió importancia á la densa palidez de Isabel de Segura.

Ni á lo sombrío de su semblante.

Era muy común que con un tal aspecto se casasen las doncellas de entonces nobles, ó plebeyas.

Casi siempre la voluntad paterna contrariaba sus inclinaciones.

Esto era cosa corriente.

Después, con amor ó sin amor al marido, eran buenas esposas y buenas madres.

Creían en el honor.

En Dios.

En el diablo.

En la gloria.

En el infierno.

Estaban acostumbradas á la obediencia.

Por consecuencia al sacrificio.

Eran esclavas.

Isabel de Segura cumplía bravamente con su deber, aunque sentía la muerte en el alma.

Ella servía de tumba á su adorado Marsilla.

Para ella Marsilla no había muerto.

Vivía en su amor.

Le sentía en sí misma.

Le oía en su propia voz.

En su propio suspiro.

Ardía por él en un fuego intenso y purísimo.

Ansiaba por él.

Pero con la ansiedad del alma.

Isabel era un cielo.

Aquel cielo se veía trocado en un infierno.

Marsilla había muerto.

Así á lo menos lo creía Isabel, aunque no tuviese el completo convencimiento de ello.

Pero en realidad no podía creer otra cosa.

Sobraban las pruebas.

Se tenía la carta de Marsilla.

Carta también falsificada, que no se podía dudar de ella.

Se habían pedido informes al emir de Valencia.

Los informes habían confirmado la muerte de Marsilla.

Se había pedido su cadáver.

El emir había respondido que se le había enterrado con el de otros cautivos.

Que no se sabía dónde estaba.

Esto era lo más verosímil del mundo.

Un cautivo cristiano en poder de los moros estaba en

peores condiciones que un perro, ó mejor dicho, que un animal vil.

Isabel dió por completamente perdido á su adorado Marsilla.

Se la estrechó el alma.

Probó un dolor horrible.

Un dolor inextinguible.

Cada día más cruento.

Uno de esos dolores que no comprenden sino los que, dotados de un gran sentimiento, han perdido un ser que llevaba su vida.

Que satisfacía sus aspiraciones.

Que era, por decirlo así, la ampliación de su ser.

Dolores que cuanto más tiempo pasa, son más profundos.

Más agudos.

Más terribles.

Más desesperados.

Le parecía la vida un sueño fatigoso.

Un sueño insoportable.

Sintió la horrible ansia del *no ser*.

La necesidad de morir.

Levantó su espíritu á Dios, buscando un remedio que Dios no podía, ni quería, ni debía darle, porque no podía, ni quería, ni debía modificar el alma de un ángel.

Sintió desgano por todo lo que pertenecía á la vida.

No blasfemó.

No se desesperó.

Hizo de su amor muerto un culto.

Vivió para un recuerdo.

No alentó otra esperanza que la de aguardar cuando

Dios se sirviese libertarla de sus sufrimientos, para irse á reunirse con aquella alma que era la suya.

Ni una sola palabra de oposición hizo por el mandato de su padre.

Fué al altar pálida y triste, pero tranquila.

Con la tranquilidad del dolor devorado en silencio.

Del alma resignada al tormento.

Con el valor de la fe.

Con la esperanza de otra vida mejor, merecida por el martirio y por el sufrimiento del dolor.

Cuando terminaron las fiestas y el banquete de la boda los padrinos llevaron á don Rodrigo de Azagra á la cámara nupcial.

Ya la madrina y las doncellas de honor habían llevado á aquella cámara á Isabel.

La esposa esperaba al esposo.

Había en la Edad Media una costumbre que tenía fuerza de ley.

Una formalidad imprescindible.

Esto es: la manifestación de la virginidad de la desposada.

Esa costumbre, esa ley, se conserva aún hoy entre los gitanos.

Nuestros lectores comprenderán.

Nos excusamos de los detalles.

Don Rodrigo penetró, sufriendo un infierno, en la cámara nupcial.

Había conocido hasta la evidencia la violencia que se había hecho á Isabel casándola con él.

Había tenido más que nunca celos de Marsilla.

Con mucha frecuencia, en la mirada abstraída, inmóvil, profunda, ardiente de Isabel, en su expresión anhelante, sombría, había visto don Rodrigo á Marsilla.

El pensamiento de Isabel, su alma entera eran suyas.

El ser humano de Isabel estaba en las bodas.

Su ser inmortal, el que no debía ni podía permanecer allí, estaba en la eternidad buscando á Marsilla.

Don Rodrigo, que tenía el alma baja, se hacía ilusiones.

—¿Y qué me importa? decía: á lo menos tendré su hermosura; á los muertos se les olvida: yo seré para ella tan amante, que á la fin me amará.

Y entró resueltamente.

Isabel, como era natural, estaba en el lecho.

Hacia el lecho avanzó resueltamente don Rodrigo.

Los padrinos, los parientes, los convidados estaban en una de las cámaras inmediatas.

Era necesario que se cumpliera la formalidad de que hemos hablado.

De improviso se sintió un extraño ruido en la cámara nupcial.

Ruido de lucha.

A este ruido sucedieron inmediatamente gritos ahogados.

Se oyó la voz trémula y casi imperceptible de don Rodrigo que pedía socorro.

Acudieron y se encontraron...

Con que la cámara, que era extensa, estaba llena de hombres armados hasta los dientes y hacha en mano.

Delante de estos hombres, dos de ellos retenían sujeto á don Rodrigo, que pugnaba en vano por desasirse.

Delante, un caballero cubierto con un arnés negro, y oculto el semblante con un antifaz, teniendo en la mano una ancha y relumbrante espada, aparecía resuelto á combatir.

Don Pedro de Segura y los convidados echaron mano á las espadas.

—Es inútil, dijo con la voz ronca, que á todas luces alteraba de intento para no ser conocido el del arnés negro; con oro se compra la traición: el castillo y la villa de Albarracín son míos, y este hombre, este infame, este miserable que se ha prevalido de la autoridad paterna, está en mi poder: esta es mi casa: yo haré en ella justicia, y en el lugar donde debo hacerla. Isabel de Segura no ha debido ni podido casarse: Marsilla vive: no se ha cumplido el plazo.

A esta manifestación sonó un grito agudo en el fondo del lecho.

Un grito de Isabel.

—Salid todos, dijo el negro misterioso. Llevaos á esa desdichada desposada virgen y tenedla por viuda, ó mejor dicho, por libre, porque yo, lo repito, voy á hacer justicia: salid, he dicho.

Doña Isabel apareció entonces cubierta con una túnica blanca.

—Seáis quien queráis, dijo al negro caballero; sea cualquiera el poder que tengáis; sea cualquiera la violencia que podáis hacernos, yo os reclamo mi esposo.

Esto era magnífico, sublime.

Era apurar el deber hasta el último extremo del sacrificio.

—¡Vos... señora! exclamó el encubierto.

Y como por la sorpresa que le había causado el generoso y noble acto de Isabel, se olvidase de ahuecar la voz, hubo quien conoció por ella al ermitaño del santuario de Nuestra Señora del Pilar de Teruel.

A don Rodrigo de Azagra.

Y en efecto: era él.

—¿Vos, señora, continuó don Enguerrando, me pedís á este hombre, al hijo de mala madre y de padre infame, de padre ignorado?... Porque este hombre no es hijo de don Enguerrando de Azagra, infante de Aragón, ricohombre y señor de Albarracín: ¡este hombre es hijo del adulterio!...

Sucedió una exclamación general de asombro.

—¡Mientes! exclamó con voz cobarde don Rodrigo: ¿quién eres tú?

—Yo soy... exclamó don Enguerrando; ¿y bien? ¿para qué más vacilaciones?... Aparezca quien ha pasado treinta años en la tumba de la deshonra cubriendo con el misterio la vergüenza de un crimen de que no ha habido noticia entre vosotros: ¿hay viejos que conozcan á don Enguerrando de Azagra? Acercaos vos, ricohombre de Calatayud: acercaos vos, mi buen pariente, ricohombre de Douza: acercaos vos también, mi buen amigo ricohombre de Barbastro: llegad vos, Lugo; llegad vos, Lizano.

Se acercaron todos los nombrados.

Rodearon á don Enguerrando.

Entonces éste se quitó el antifaz.

Brillaban sus ojos como dos carbunclos.

Infundían espanto.

Don Enguerrando, que había sido vigorosamente hermoso, había conservado hasta las cejas los rasgos característicos, las formas indudables de su semblante.

Los por él llamados le reconocieron al primer golpe de vista.

—¡Vos!... exclamaron.

—¿Pero vos fuísteis muerto en la batalla de Tolosa?

—Fué una muerte aparente para evadirme de mi infamia; para asegurar mi venganza, exclamó don Enguerrando: un cadáver desfigurado y cubierto con mis insignias, mutilado, casi despedazado, pasó por mi cadáver; acordaos: los delincuentes murieron á poco de haberse publicado y creído mi muerte aparente: yo no reclamé mis estados volviendo á presentarme: me había vengado, pero la infamia pesa aún sobre mí: hoy reclamo lo que antes no reclamé: yo estoy en mi casa: yo soy el ricohombre de Albarracín.

—Si vos reclamáis vuestros derechos, exclamó Isabel, en medio del estupor general, yo reclamo los míos: dadme mi esposo, del cual os habéis apoderado á traición.

—Este hombre es indigno de vos.

—Yo le he jurado fe y amor al pie del altar, respondió valientemente Isabel.

Y estaba pálida como un cadáver.

—Yo no puedo consentir, continuó, que vos me le arrebatéis; yo no amo á nadie, no puedo amar á nadie más que á mi esposo.

—Marsilla vive, exclamó don Enguerrando.

—La esposa de don Rodrigo de Azagra, dijo Isabel, (y

al decir esto parecía que agonizaba), no conoce á ese hombre que habéis nombrado.

—Vos os sacrificáis valientemente á vuestra honra, á la honra de vuestro padre, sois noble hija; por lo mismo, yo no consiento en que se consuma este sacrificio: además, en vuestra familia no hay honra que guardar: vuestra familia está maldita.

—¿Qué decís? saltó entonces, todo demudado de cólera don Pedro de Segura: ¿qué decís de que en mi familia no hay honra? ¿de que mi familia está maldita?

—Voy á demostrártelo, don Pedro de Segura, contestó don Enguerrando: ese hombre con quien por avaricia has casado á tu hija, contra su voluntad, matándola, es tu hermano: tu hermano menor, bastardo.

—¡Mi hermano! exclamó don Pedro de Segura palideciendo, y acudiendo á su memoria la historia que le había contado el monje Roger, y que él creía un sueño.

—Sí; tu hermano: y habiendo dado á luz á tu hermano mi esposa, ya ves bien claramente que tu padre cometió contra mí crimen de adulterio y aun de asesinato: en las escaleras de tu casa hay, en el segundo descanso, una mancha negra; aquella es una mancha de sangre... de la sangre mía. Tu padre fué un infame, un miserable asesino.

La situación era terrible.

Nadie se explicaba cómo sucedía aquello.

Todos estaban poseídos del más profundo estupor.

Don Pedro de Segura estaba trémulo de cólera.

Quería hablar y no podía.

Al fin gritó:

—¡Mientes tú, y todos los que digan y repitan lo que tú dices, vil felón!... Y sin más tardar, tú conmigo eres en singular batalla, en desagravio de mi honor.

—Los muertos aparecen por un momento, cumplen la misión que les ha sido encomendada y desaparecen, dijo don Enguerrardo. Yo te desprecio: de toda tu casta maldita no tengo estimación más que para tu buena esposa y tu buena hija. Ahora bien: mi resolución se cumplirá; es irrevocable: tu hija será viuda: en vano son sus nobles súplicas; en vano cuanto queráis objetarme: la fuerza es mía, y no hay contravención posible: llevaos á ese hombre, añadió dirigiéndose á los que tenían sujeto á don Rodrigo.

Estos se lo llevaron á pesar de sus gritos y de sus desesperados esfuerzos por desasirse por una puertecilla que se veía en un ángulo de la cámara.

Isabel, que se había lanzado para impedir, cumpliendo con su deber, que se llevasen á don Rodrigo, fué contenida por el mismo don Enguerrando de Azagra.

Algunos de los feroces satélites de don Enguerrando se habían lanzado á don Pedro de Segura, que había tirado de la espada, y le habían desarmado y sujetado.

En cuanto á los otros señores y ricohombres, los más, al ver el sombrío sesgo que iba tomando el negocio, se habían esquivado.

Los otros, que habían reconocido completamente á don Enguerrando de Azagra, que habían oido sus gravísimas manifestaciones, no sabían qué hacer.

—Ahora que he impedido, dijo don Enguerrando, que el miserable hijo del crimen y del adulterio, sea feliz con el amor de Isabel de Segura, cuando él gozaba de un

título y de un tesoro que no le corresponden, y que yo le quito; ahora que vosotros, mis buenos y viejos amigos, me habéis reconocido, porque no habéis podido menos de reconocerme, adiós os quedad: tened seguro que no volveréis á verme aparecer.

Y seguido de los sayones que le acompañaban, rompió por la puerta de la cámara, atravesó otra, bajó á la plaza de armas, y en un ángulo de ella ganó una oscura poterna que descendía en rampa.

Llegó á una puerta secreta y la pasó.

La pasaron los que le acompañaban, y los que á él en la plaza de armas se habían reunido, que eran más de ciento, y cuando todos hubieron pasado la puerta secreta volvió á cerrarse.

CAPITULO CI

En que se dice cómo supo don Enguerrando de Azagra que Marsilla vivía

Nuestros lectores necesitarán explicaciones.

Vamos á dárselas.

No hay pícaro en el mundo sin conciencia, por pequeño que sea de corazón.

La conciencia es hija de Dios.

Como él inmutable.

Galcerán era un pícaro que tenía su punta de conciencia.

Había cometido una horrenda infamia contra su amo.

Tuvo valor para cometerla.

Le envolvió en su codicia.

Pero empezó á remorderle la conciencia.

Al fin, tales fueron los mordiscos de ésta, que necesitó acudir al tribunal de la penitencia.

El ermitaño de Nuestra Señora del Pilar de Teruel tenía, como sabemos, una gran fama de santidad.

Así sucede con mucha frecuencia.

El diablo toma el aspecto de santo.

Ya sabemos que, á causa de sus desgracias, don Enguerrando había llegado á ser un condenado.

Devoraba una sed de venganza, no ya sólo por sus desgracias pasadas, sino también por la desastrada muerte de su hija Alejandra.

Cuando oyó la confesión de Galcerán, su alma, desesperada ya por la desgracia, dió en la duda de Dios, en la que dan todos los desventurados, débiles de alma.

Necesitó vengar todos sus dolores.

Sacrificar á todos los que directa é indirectamente habían tenido parte en sus desgracias.

Aborrecía de muerte á don Pedro de Segura, porque era hijo del que le había deshonrado y atentado á su vida.

Aborrecía de muerte á Isabel de Segura, porque amaba á un hombre, por cuyos amores había muerto Alejandra.

Aborrecía á Marsilla, porque él había sido la causa del empeño del corazón por el cual su hija había muerto desesperada.

Vió con placer que podía envolver en la desdicha, y en la infamia, y en la desgracia á todos los que aborrecía.

Impuso á Galcerán una penitencia que sabía que no había de cumplir.

Esto es: que revelara que había mentido.

Que Marsilla no había muerto.

Que estaba en poder de la sultana Noemi, hija de don Pedro de Segura y nieta del emir de Valencia.

Y en verdad que no se engañó.

Galcerán se levantó de sus pies, prometiendo que cumpliría la penitencia que le había impuesto.

Pero al salir de la iglesia exclamó:

—¡Pies para qué os quiero!... yo no confieso nada á don Pedro de Segura, ni puedo, porque don Pedro de Segura me mandaría ahorcar: ni me espero, que puede el ermitaño revelar mi confesión, y entonces me vería ahorcado: ancha es la tierra, y con mis dinerejos y mi mujercita puedo vivir muy bien en cualquier parte.

En efecto: aquel mismo día, jinete en un rocino, y llevando sobre una mula á su mujer, Galcerán se salió de Teruel tomando el camino de Barcelona, con intención de pasar á Francia, y esconderse en ella, confiando en la humildad de su estado, y bajo un nombre supuesto.

CAPITULO CII

En que se ve la dolorosísima situación en que se encontraba Isabel de Segura

Desde el punto en que supo don Enguerrando, por la revelación de Galcerán, que Marsilla vivía, y en cuyo poder estaba, desapareció de la ermita.

Tenía fuera de ella, y á su servicio, de una manera misteriosa, alguna mala gente.

Con ella se fué á la sierra de Albarracín.

Escondido en las asperezas, y aumentando su gente con los malhechores que encontraba, esperó los sucesos.

Por medio de algunos emisarios suyos, estaba al corriente de todo.

El mismo día en que se celebraron las bodas, al llegar la noche, don Enguerrando, que se había acercado á Albarracín con quinientos hombres, penetró en el castillo por una comunicación secreta, que era una larga mina

que daba á uno de los barrancos más solitarios de la sierra.

Aquella mina venía á dar á varias cámaras del castillo por algunas ramificaciones.

Una de éstas daba á la misma cámara donde habían nacido y se habían casado todos los señores de Albarracín.

Allí esperó don Enguerrando el momento en que don Rodrigo fuese á buscar á su desposada.

Entretanto, la gente de la guarda del castillo, á la que se había corrompido á fuerza de oro, daba paso á los hombres de don Enguerrando.

Éste era dueño del castillo y de la villa de Albarracín.

Lo que sucedió ya lo sabemos.

Don Rodrigo de Azagra fué sacado por la comunicación secreta, y llevado á la sierra, donde fué encerrado en una cueva.

Allí se le guardó cuidadosamente.

Toda la gente de don Enguerrando había evacuado la villa y el castillo.

Con ellos se habían ido los que sobornados habían dejado que del castillo y de la villa se apoderasen.

Estos sucesos eran muy frecuentes en aquellos tiempos.

Eran actos de bandidaje.

A veces, actos de venganza.

Los de don Enguerrando no se fueron con las manos vacías.

Saquearon algunas casas.

Violaron algunas mujeres.

Mataron algunos hombres.

Dejaron, en fin, señalado su paso de una manera lúgubre.

En vano, cuando los caballeros que habían asistido á las bodas pudieron reunir alguna gente armada de la villa, salieron en persecución de los malhechores.

No pudo alcanzárseles.

Ni aun saberse por dónde se habían ido.

La situación en que quedaba Isabel de Segura era de todo punto extraordinaria.

No se había consumado el matrimonio.

Pero no por eso dejaba de ser la mujer legítima de don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín.

No se la podían negar, ni aun disputar sus derechos de gobernar el señorío de Albarracín durante la ausencia de su marido.

Aquella ausencia era, es cierto, á causa de una violencia.

Pero en manera alguna eran responsables de esta violencia ni Isabel de Segura ni su padre.

A pesar de las terribles palabras de don Enguerrando de Azagra, y de que era de suponer que había matado á aquel á quien había llamado delante de los primeros ricohombres de Aragón, hijo del crimen y del adulterio, no se tenía prueba alguna de su muerte.

No se podía declarar viuda á Isabel.

No se la podía disputar, ya lo hemos dicho, el gobierno absoluto del señorío, con todos los fueros, privilegios y preeminencias de que, como ricohombre y barón de Aragón, estaba en goce don Rodrigo de Azagra.

Sin embargo, los parientes de éste la disputaron aquel derecho.

Aun la acusaron del rapto, y tal vez del asesinato de su marido.

Pero se hizo valer su derecho.

Isabel no fué inquietada.

Avergonzado su padre por las revelaciones terribles de don Enguerrando, á la faz de todos, había partido de Albarracín.

Isabel había querido seguirle.

—No, la había dicho su padre: tú estás en tu casa: tú no puedes abandonarla en ausencia de tu marido; si tal hicieras, darías razón á los que dicen que tú y yo somos los autores del delito que contra don Rodrigo se ha cometido: tú debes cumplir con tu deber.

Isabel no tuvo nada que objetar.

Su casa era ya la de su marido.

Doña Margarita quería quedarse con su hija.

Don Pedro la mandó secamente le siguiera á la torre de Segura.

Don Pedro estaba avergonzado, abatido, anonadado; la casa se le venía encima y deseaba salir cuanto antes de ella.

Recordaba con todos sus detalles aquella lúgubre historia que á don Enguerrando había oído por dos veces, y en bien distintas ocasiones por cierto, pero siempre de una manera lúgubremente sombría.

Suplicó Isabel á su padre que á lo menos la dejase, para que la guardasen de las maquinaciones de los parientes de don Rodrigo, algunos de los más bravos y leales servidores de su casa.

Convino en esto don Pedro.

La dejó la mitad de los escuderos que había llevado consigo á las bodas como comitiva, y la prometió que la enviaría al momento otros doscientos.

Otro sí: dinero largo para que no tuviese que usar del dinero de don Rodrigo.

Bastaba con que ella, cumpliendo con su deber, permaneciese en el castillo de Albarracín, esperando á su esposo y señor.

Después, don Pedro, harto castigado de su avaricia, y harto pesaroso de no haber casado á su hija con Marsilla, lo que hubiera ahorrado muchos disgustos y muchas desdichas, fué á encerrarse con su vergüenza en la torre de Segura.

La noticia de estos sucesos se extendió, y el escándalo fué tremendo.

Los parientes de don Rodrigo insistían ante el rey para que se despojase á Isabel de Segura del señorío de Albarracín, que por ausencia de su marido regentaba.

Pedían que, teniendo en cuenta las declaraciones de don Enguerrando de Azagra, legítimo señor de Albarracín, reconocido por más de dos barones aragoneses, se le tuviese á él por único señor y se le llamase, y en tanto compareciese, se diese la administración del señorío á uno de sus parientes.

Otro sí: que atendiendo á las revelaciones de don Enguerrando, de las que resultaba que don Rodrigo era ilegítimo por ser fruto de adulterio, se le despojase, y aunque pareciese, no se le diese el señorío.

Pedían, además, porque el que mucho pide algo alcanza, que resultando de las aseveraciones de don Enguerrando, que el que había adulterado con su esposa, lo había sido el padre de don Pedro de Segura, y encontrándose, por consecuencia, con que don Pedro y don

Rodrigo eran hermanos; resultando de esto que don Rodrigo era tío carnal de Isabel de Segura, pedían se anulase el matrimonio, por razones de consanguinidad.

Pedían, además, que, pudiendo suceder muy bien que la violencia que contra don Rodrigo se había ejercido, podía haber venido de don Pedro de Segura, se prendiese á éste, y se le hiciese prestar caución, á fin de responder de los daños y los perjuicios que las gentes que con don Enguerrando habían entrado en Albarracín, habían causado en las haciendas, honras y vidas de algunos vecinos.

Esta acusación era absurda, puesto que don Pedro de Segura no podía haber querido atentar á la persona del hombre con quien había casado á su hija por fuerza; cosa que era notoria, porque todos conocían los amores de Isabel y de Marsilla, á los que se llamaba ya los *Amantes de Teruel.*

Además, don Enguerrando de Azagra se había descubierto, y era el único responsable de aquella violencia.

Sin embargo, no se le acusaba á él, y se acusaba á don Pedro de Segura y á su hija.

El rey desestimó todas estas peticiones, é impuso perpetuo silencio á los querellosos, so pena de su indignación.

Deshauciados por esta parte los parientes de don Rodrigo, apelaron á la fuerza, y sobrevino un tremendo motín.

Los doscientos buenos servidores que don Pedro de Segura había enviado á su hija, castigaron á los alborotadores, de los cuales murieron algunos y fueron heridos y estropeados muchos.

Algunos, además, fueron ahorcados.

Otros desterrados.

Otros presos.

Isabel sufría terriblemente con todo esto.

Se veía obligada á sufrir que en su morada se llevasen á cabo sangrientos actos de justicia, para mantener en la obediencia á los vasallos de un señorío que no quería tener... que era su mayor desgracia tener, pero que eran vasallos de su marido, lo que la obligaba á que cumpliese con su deber sosteniendo sus derechos.

Isabel estaba horrorizada.

Lloraba á despecho suyo la muerte de Marsilla, (que para ella había muerto, pues con arreglo á las costumbres y la manera de ser de su tiempo, no podía ni debía faltar al honor de su marido, amando á otro hombre, aunque sólo fuese en lo íntimo de su alma).

Pero la resistencia redoblaba hasta lo infinito la fuerza de su amor.

Cuanto más procuraba olvidar Isabel á Marsilla, con más vehemencia le recordaba.

Cuanto más quería lanzar de sí el amor que por él la devoraba, con más violencia le amaba.

Quería contener sus lágrimas, y éstas corrían con más abundancia.

Se enrojecía de vergüenza, cuando recordaba la deshonra de su abuelo paterno, y esto era á cada momento.

La espantaban las cámaras del sombrío castillo de Albarracín.

Le parecía que aquellos viejos muros destilaban sangre, y que cada una de sus piedras era un padrón de infamia para su familia.

Que se escapaba de ellas, no sabemos qué historia de crimen.

Isabel de Segura sufría cuantas crueldades, cuantas desventuras, cuantos martirios puede sufrir una mártir.

Y pasaba las noches sin sueño, durante las cuales veía en las penumbras de la gran cámara conyugal, que ella, virgen, ocupaba, la sombra doliente de Marsilla, y junto á ella, la condenada sombra de don Rodrigo de Azagra.

CAPITULO CIII

El resultado que tuvo una intriga de Noemi

Dejemos á Albarracín y volvámonos á Valencia, donde nos aguardan otros sucesos.

Noemi mantenía secuestrado á Marsilla.

Noemi había impuesto silencio á su conciencia.

Nada la importaban su hermana Isabel y su padre.

Ella consideraba como esposo suyo á Marsilla.

Si había ido á Teruel, si se había dado á conocer á su padre y á su hermana, había sido para preparar una intriga que diese por resultado el casamiento de Isabel con don Rodrigo de Azagra.

Noemi tenía fieles y activos confidentes en Aragón.

Estaba al corriente de todo.

Noemi había llegado al fin á su objeto; esto es, al casamiento de don Rodrigo de Azagra con Isabel de Segura.

Ella ignoraba la causa que este enlace había motivado, pero de todos modos el resultado era el mismo.

Había llegado el momento.

Marsilla debía resucitar para Isabel de Segura.

Esto estaba ya hecho, gracias á don Enguerrando de Azagra, aunque Noemi lo ignoraba.

Marsilla debía saber que Isabel de Segura había muerto para él.

Esto es: que se había casado con don Rodrigo.

Marsilla no debía comprender este casamiento, sino como una traición cometida por Isabel, después de haber creído en su muerte.

Ella, que tantas veces le había dicho:

—«Tuya hasta la eternidad.»

Esta traición, creída por Marsilla, debía desesperarle primero.

Luego le haría sentir la sed de la venganza, ó el ansia del desprecio.

¿Y qué más desprecio, que más venganza que unirse á Noemi?

Era necesario que Marsilla supiese que Isabel de Segura se había casado.

Era necesario que Isabel de Segura supiese que Marsilla no había muerto.

Noemi esperaba coger los resultados de esta intriga.

Pero ella no debía ser la que diese á Marsilla la noticia de que Isabel de Segura se había casado.

Era necesario valerse de otra persona.

En todas partes hay hombres dispuestos á servir, aunque sean malos, perversos y abominables los servicios, si se les paga bien.

Noemi hizo buscar en la misma Valencia, y encontró

un mozárabe de origen aragonés, mercader de sedas, que hacía con frecuencia viajes á Aragón para vender sus mercancías.

Éste se prestó á servir á Noemi.

Ella le hizo aprender de memoria lo que debía decir á Marsilla.

Convenido esto, y á propósito de consultar á Marsilla para la compra de algunas preciosas telas, Noemi hizo introducir al mercader en la bella cámara morisca en que con Marsilla se encontraba.

Noemi se mostró disgustada con todas las muestras, á lo cual el mercader dijo:

—Muy descontentadiza eres, alegría de los cielos, sultana de las huríes, y tu semblante me recuerda que otra dama que se parece tanto á tí, que yo creíame eras la misma, ha encontrado muy buenas mis telas, cuando con mis géneros he ido por Aragón. Por cierto que me ha hecho grandes compras para las galas de sus bodas.

Se sobresaltó Marsilla.

Se puso pálido como un muerto.

Tembló.

Se le representó que una mujer completamente parecida á Noemi, y que en tierras de Aragón vivía, no podía ser otra que su Isabel.

—¿Y dónde habita esa dama? dijo sin poderse contener Marsilla.

—Habitaba en un noble castillo, cerca de Teruel, respondió el mercader: ahora habita en el castillo de su esposo, en Albarracín.

Creció la congoja de Marsilla.

—Yo estuve en las bodas; es decir, entre los servidores de la noble señora y de su nobilísimo esposo, que no tengo yo tanta valía para hombrearme con los egregios barones y las nobilísimas damas que á las bodas asistieron, dijo el mercader.

—¿Se llama esa señora doña Isabel de Segura? dijo Marsilla alentando apenas, y sin importarle nada de que le viese y le oyese Noemi.

—Así se llama, dijo el mercader. ¿Acaso tú la has conocido, noble señor?

—Tanto la he conocido y la conozco, dijo Marsilla olvidado de todo, y de que con sus palabras podía herir el corazón de Noemi, que te aseguro que tú has debido engañarte; esa señora no podía casarse, porque estaba sujeta á un empeño de su padre.

—¡Ah!... ¡sí!... dijo el mercader: ¡ya sé!... Es una historia que cuenta por allá todo el mundo: dicen que esa señora amaba con su alma á un joven y hermoso caballero, que se llamaba don Juan Diego Marsilla: que se habían criado, como quien dice, juntos, á causa de la amistad que existía entre los padres de ambos: pero que el señor don Juan Diego Marsilla era tan pobre, cuanto rica era su amante: (por allá, como todo el mundo conoce esa historia, les llaman los *Amantes de Teruel*); á causa, pues, de la pobreza del galán, el padre de la dama, que es avaro, le dijo:—«Tú no te casarás con mi hija, hasta que te hayas hecho rico.» Y el buen mancebo se salió por esos mundos á buscar fortuna; y aun no pasado el plazo, llegó á Teruel la noticia de que había muerto en las Navas de Tolosa.

—¡De que había muerto!... exclamó con una expresión y un acento de agonía y de desesperación Marsilla, tales que no pudieran describirse: ¿y lo creyeron?...

—Sí: tuvieron pruebas.

—¡Pruebas!...

—Esto decían. En fin: todo el mundo en Aragón tiene por muerto á don Juan Diego Marsilla.

—¡¡Muerto!! repitió Marsilla, de una manera terrible.

—¿Y qué había de hacer la noble dama, su amante?... lloró mucho: pero al fin se fué consolando: la vida busca la vida, la solicitaba otro hombre: le desoyó al principio: después fué menos esquiva; le oyó al fin, grata, y acabó por casarse con él. Los muertos no son de este mundo.

—¡Oh!... ¡todo es mentira! exclamó con acento espantable y desesperado Marsilla: ¡el amor, la amistad, el honor!... ¡la vida es horrible!...

Noemi despidió al mercader.

Había cumplido ya su misión.

Marsilla estaba entregado á un acceso de locura.

Fué necesario llamar hombres para que le sujetasen.

Al fin le acometió un paroxismo.

Le pusieron en el lecho.

Estuvo enfermo de suma gravedad, devorado por una fiebre cerebral, muchos días.

Noemi se arrepintió de haber llegado á tanto.

Crecían su aborrecimiento y sus celos contra Isabel.

Contra su hermana.

Pero, ¿qué parentescos, qué respetos, qué vínculos respeta el amor?

Él se sobrepone á todo.

Fué un milagro que Marsilla no sucumbiese.

Apenas restablecido, necesitó ver de nuevo al mercader.

Hablarle.

Tener más noticias.

Rogó á uno de los esclavos que servían á Noemi buscase al mercader.

Aquel esclavo, como todos los otros, tenía orden de manifestar á Noemi todo lo que á Marsilla oyesen ó todo lo que en él viesen.

El esclavo fué leal.

Participó á Noemi lo que de él había solicitado Marsilla.

Noemi mandó al esclavo obedeciese á Marsilla.

Buscase al mercader.

Le introdujese en el alcázar.

Le dejase hablar con Marsilla.

Antes de que esto pudiese tener lugar, Noemi fué á verse con el mercader.

Le instruyó.

Compró su fidelidad con una gran suma de dinero.

Marsilla y el mercader se vieron.

Marsilla supo que Isabel se había casado contenta y enamorada con don Rodrigo de Azagra.

—Necesito que llevéis á esa señora una carta mía, dijo Marsilla.

—La llevaré.

Marsilla, provisto de menesteres de escribir por el mismo mercader, escribió la carta.

¡Y Marsilla se olvidó de su buen padre!

No tuvo otra carta para él.

Para su pobre padre, que lloraba desconsolado su muerte.

El amor había enloquecido á Marsilla.

Noemi mandó después al mercader fuese con la carta á Albarracín y la entregase á Isabel.

El mercader partió.

Algunos días después Isabel la recibía.

Hé aquí su contenido:

«Has sido perjura é infame: vendes mi amor, olvidada de mí entre los brazos de un hombre para mí aborrecible hasta lo infinito. ¡Vivo, vivo, para espanto suyo y tuyo! Hasta la hora de mi venganza en que nos veremos

DIEGO MARSILLA.»

Si alguna duda abrigaba Isabel acerca la existencia de Marsilla, después de lo dicho por don Enguerrando en la funesta noche de sus bodas, aquella carta la vino á desvanecer.

No podía dudarse de la autenticidad de su escritura.

Pero no comprendía la otra carta que Marsilla había escrito anteriormente á don Martín su padre, y en la que decía estaba moribundo.

En vista de ella, é instigada por su padre, se había casado con don Rodrigo, por más que su corazón le decía que Marsilla vivía.

Pero se había resignado ante la evidencia.

Isabel estaba sumida en un mar de confusiones.

¿Cómo era que Marsilla, vivo, no la había escrito?

Estaba en Valencia.

Desde Valencia escribía.

¿Por qué no había escrito antes?

Isabel llamó de nuevo al mercader.

—Me habéis traído una carta maldita, dijo: ¿quién os ha dado esta carta?

—Don Juan Diego Marsilla, contestó el mercader, que iba prevenido.

—¿Cómo es ese caballero?

—Blanco y rubio; como de veinticuatro á veinticinco años, respondió el mercader mozárabe.

Y siguió con todas las señas de Marsilla.

—¿Y qué hace en Valencia? preguntó Isabel.

—¡Ah!... en Valencia es uno de los emires (príncipe) de la familia del rey.

—¡Emir! exclamó Isabel: ¿y cómo es emir entre los moros un caballero cristiano?

—Siendo esposo de una nieta del emir Sydi Muzay.

—¡Esposo!... exclamó Isabel: y esa princesa... ¿cómo se llama?

—Sayda Noemi, dijo el mercader; y te se parece tanto, señora, que si se la viese junto á tí se la creería tu hermana.

—¡Mi hermana! exclamó la desdichada Isabel.

Y aquella palabra fué para ella un rayo de luz.

Entonces recordó cosas que había reparado en su hermana, tratándose de Marsilla, pero que en su firme fe había rechazado como cavilaciones de los celos.

Entonces comprendió que toda aquella horrible intriga que había dado por resultado el que se creyese en la muerte de Marsilla, y por consecuencia el que se hiciese su casamiento con don Rodrigo de Azagra, había sido obra de su hermana, celosa, enamorada de Marsilla.

Tal vez amada de él.

Una amargura horrible anegó el corazón de Isabel.

Pero no se volvió contra su hermana.

No la aborreció.

—¡Esta era la voluntad de Dios, dijo, y esta prueba! Yo debo resignarme: en cuanto á él, debo contestar á sus injurias; debo hacerle comprender que nada debe ni puede esperar de mí.

Isabel, con el alma desesperada, tomó la pluma para escribir á Marsilla de harto distinta manera que como hubiera querido escribirle.

Debía hacer hablar á su deber.

No podía dejar hablar á su corazón.

Ella comprendía demasiado por su corazón mismo lo que en el corazón de Marsilla había respecto á ella.

Ella no hubiera sabido qué pensar de Marsilla, más que una traición, una infamia, si Marsilla se hubiese casado con otra.

Marsilla, pues, con las injurias de su carta, no la ofendía.

Por el contrario, la halagaba.

La desesperación que Marsilla sentía al verla de otro, hubiera aumentado el amor que Isabel sentía por él, si aquel amor hubiera podido aumentarse.

Isabel y Marsilla eran dos víctimas.

Dos almas que habían animado dos seres simpáticos, y que debían unirse en una sola alma.

La fatalidad las había separado por ante la ventura.

Pero ante la desgracia las había unido de una manera más poderosa.

Porque no hay nada, no puede haber nada que pueda separar á dos almas destinadas á unirse, á refundirse en un solo y sublime sentimiento de amor.

Pero la sociedad, la manera de vivir de los hombres, ha estado siempre en contravencion con la Naturaleza.

La ceguedad y la soberbia humana han hecho la vida mucho más difícil de lo que debía serlo.

Sin embargo, es necesario resignarse, bajar la cabeza y respetar los dislates humanos, que han determinado costumbres é instituído leyes.

Porque aquel que se pone en oposición con las costumbres y con las leyes, es como el nadador insensato que se propone ir contra la corriente.

La corriente le arrastra.

Se determinan por él desgracias insuperables.

Se pone en contradicción todo.

Es una protesta que nadie escucha.

Una razón que nadie conoce.

Una fuerza inútil contra la fuerza colectiva de la humanidad.

Isabel había obedecido á las costumbres, á las leyes de su tiempo.

Su voluntad no había tenido parte alguna en la obediencia.

Había sucumbido á su enlace con don Rodrigo, con una violencia, un espanto y una desesperación infinitamente mayores que los que hubiera sentido si se la hubiese presentado la muerte en una copa emponzoñada.

Agonizando por la muerte de Marsilla, que había creído, había puesto su esperanza en la muerte.

La resurrección de Marsilla la condenaba á una desesperación horrible.

Escribió un número infinito de cartas, que destruyó después de haberlas escrito.

Ninguna la satisfacía.

Unas eran insuficientes.

Otras excesivas.

No podía escribir lo que sentía.

Se lo prohibía su deber.

Decir lo que no sentía repugnaba á su corazón.

Al fin escribió, llorando, lo siguiente:

«Sea lo que fuere lo que de mí penséis, debo manifestaros que soy, y seré siempre, mientras viva, la esposa de don Rodrigo de Azagra.

ISABEL DE SEGURA.»

Enrolló esta carta con el corazón deshecho.

Sabía que aquella carta era un golpe de muerte para Marsilla.

El honor de su marido, de aquel marido á quien aborrecía, la obligaba.

Apuraba el sacrificio.

En su desesperación estaba resuelta á todo.

Entregó la carta al mercader, y le regaló.

El mercader se volvió á Valencia.

Antes de que entregase la carta de Isabel á Marsilla, la leyó Noemi.

—¡Ah! exclamó: esto era lo que yo esperaba: Marsilla es mío.

En cuanto á Marsilla, la carta de Isabel puso el colmo á su desesperación.

Volvió á recaer en la peligrosa enfermedad de que había salido.

CAPITULO CIV

En que se ve el peligro en que se encontraba por culpas ajenas el emir Muzay-al-Mansur

Dijimos que Agar y su padre estaban en la Judería de Valencia.

Eran allí muy considerados.

Como que se habían presentado con un gran boato.

Los tesoros de don Ezequías eran inagotables.

Inagotable la influencia que sobre él tenía su hija Agar.

Agar era el ángel bueno de Marsilla.

Durante su estancia en la torre de Segura, Agar había comprendido que para Marsilla no había otro amor del alma que Isabel de Segura.

Había sido más fuerte que Angiolina, más fuerte que Alejandra, más fuerte que Noemi.

No se había puesto en lucha.

Había purificado su amor.

Había buscado la satisfacción de su amor en la felicidad de Marsilla.

Esto era noble y grande, y sobre todo, de todo punto espiritual.

Agar no se obstinaba contra el destino.

Marsilla no había nacido para ella.

Ella había nacido para Marsilla.

Le amaba porque no podía dejar de amarle.

Pero su amor era de todo punto desventurado.

Marsilla gemía cautivo de una mujer.

Era necesario salvar á Marsilla.

¿Había algo de egoísmo en el fondo del alma de Agar?

Indudablemente.

No hacemos nada sino impulsados por el egoísmo, aunque no sintamos el impulso.

¿Se labraba una esperanza no conocida, pero sin embargo poderosa en el misterio del alma de Agar?

¿Quién sabe?

Marsilla era su vida.

Hacia su vida propendía fatalmente Agar.

Isabel se había casado.

Isabel no podía ser ya de Marsilla, sino por medio de la infamia y provocando la desgracia.

Agar sentía odio hacia Isabel de Segura.

Un odio doble.

Porque Marsilla la amaba.

Porque sacrificaba á Marsilla.

Para Agar, la gran desgracia de Marsilla era Isabel de Segura.

Y no se engañaba ciertamente Agar.

Marsilla debía sentir una rabiosa sed de venganza contra Isabel.

Sed de venganza sentía también contra Isabel, Agar. Isabel atormentaba el alma que Agar adoraba.

Agar era tan enérgica, tan apasionada, tan violenta como Marsilla.

Era necesario que la venganza se cumpliese.

Para que se cumpliese la venganza era necesario que se viese libre Marsilla.

¿Y cómo hacer esto?

Noemi estaba protegida por el poder de su abuelo.

Agar había intentado libertar, por el soborno de los servidores del alcázar, á Marsilla, y había encontrado á aquellos servidores incorruptibles.

Noemi tenía bien guardado á Marsilla.

No se podía emplear la fuerza.

Era necesario valerse de la astucia.

El emir Sydi Muzay tenía enemigos.

¿Y qué gobernante no los tiene?

Lo son suyos todos aquellos que no parten con él el gobierno.

Las rebeldías eran muy frecuentes entre los moros.

Los emires destronados y asesinados eran cosa corriente.

Nadie se asombraba de ello.

Mahoma había escrito el Korán para un pueblo conquistador.

El más fuerte debía ser su caudillo.

Por eso hay una ley en el Korán, que dice:

«El Kalifato (es decir el poder supremo) es del vencedor.»

Así, pues, todo el que vencía al Kalifa ó al emir era su sucesor legítimo.

Así era que el más osado, el más astuto ó el más fuerte daban alas á su ambición, y procuraban llegar por todos los medios posibles al supremo imperio.

El traidor no era traidor por el hecho de su traición, sino por la derrota.

Su triunfo era la legitimidad.

Se estaba, pues, dentro del principio de la consagración de la fuerza.

Esto había quebrantado en gran manera á los árabes y á los moros, y había ayudado á los cristianos en la reconquista de España.

Agar metió á su padre en la conspiración que hervía en Valencia contra el emir.

El grande obstáculo de aquella conspiración era que los conspiradores no tenían dinero con que comprar á los caudillos del ejército.

Pero Agar poseía inmensos tesoros.

Ayudaba también á Agar la desesperación de Wadyaláh.

Wadyaláh, la hermosa molinera, continuaba siendo el amor voluptuoso de las postrimerías del anciano emir.

Pero todo el amor que Sydi Muzay sentía por Wadyaláh no bastaba para contrarrestar la influencia que sobre él ejercía su nieta Noemi.

Esta había robado á Wadyaláh su imperio, y Wadyaláh no podía recobrarlo.

Su despecho era espantoso.

Acabó por contraer un odio de muerte contra Sidi Muzay y contra su nieta.

Ya sabemos hasta qué punto tenía el alma negra y decidida á todo horror, Wadyaláh.

Esta hizo causa común con los conspiradores y era uno de sus jefes.

¿Qué le importaba á ella marchar de frente hacia el exterminio, y aun exponerse á perecer en él si lograba su venganza?

Don Ezequías encontró entre los conspiradores contra el emir á la sultana Wadyaláh.

Lo participó á Agar.

Esta se alegró.

Wadyaláh era un elemento precioso.

Se tenía en ella un aliado en quien confiaba ciegamente el emir.

Aquel aliado estaba dentro del alcázar.

Tenía en él amigos y servidores.

Por armas, el oro y la hermosura.

La conspiración avanzaba.

Se acercaba el supremo momento del golpe.

En tanto Sydi Muzay dormía descuidado.

Ni aun recelaba de sus enemigos, y en su alcázar los recibía como amigos.

Más aún.

Sydi Muzay estaba contento.

La traidora Wadyaláh le sonreía.

Le hacía concebir la esperanza de que al fin satisfaría su sed de amor por ella.

El confiado anciano se adormecía en la mirada traidora de Wadyaláh.

Ésta le dejaba entrever los encantos de su hermosura.

Le fascinaba.

Halagaba su deseo.

Le enloquecía más y más.

Y la conspiración avanzaba en la sombra.

Los walíes, los kadíes, los cabos del ejército de Sydi Muzay estaban comprados.

Sólo en el interior del alcázar no había penetrado por completo la traición.

Se había temido á la desmedida lealtad de los servidores más inmediatos del emir.

Pero, ¿qué importaba esto?

Eran pocos.

No podían defender á su señor.

Pero se temía al grande espíritu de Sydi Muzay.

No se podía asegurar que en el momento del peligro no se impusiese á los soldados comprados por los traidores, y la victoria se pusiese de su parte.

Era de todo punto necesario deshacerse de Sydi Muzay.

De este crimen se encargó la miserable Wadyaláh.

¿Y qué hay á que no se atreva una mujer violenta, enamorada y despreciada?

CAPITULO CV

De cómo fué sacado Marsilla de Valencia

Wadyaláh se mostraba cada día más dulce, más cariñosa con el emir.

Más voluptuosa.

Más incitante.

El emir enloquecía.

Sin embargo, no amenguaba la influencia omnímoda que sobre él ejercía su nieta Noemi.

Ésta luchaba á su vez con Marsilla.

Éste había vuelto á restablecerse.

No parecía sinó que el destino le defendía para mantenerle en la desgracia y aumentarla.

Se había establecido un verdadero estado de sitio entre Marsilla y Noemi.

Marsilla no disimulaba por la que él llamaba traición infame de Isabel de Segura.

Mostraba, además, una aversión mal contenida á Noemi, que le impedía ir á tomar venganza de Isabel, exterminando á don Rodrigo de Azagra.

Noemi sufría deshaciéndose en lágrimas, en suspiros.

Un aborrecimiento injusto contra su hermana Isabel emponzoñaba su corazón.

—Si esa funesta mujer no existiera, ó más bien, si no hubiese existido yo sería feliz.

Y avanzaba el tiempo.

La explosión de la tempestad avanzaba.

Todo estaba prevenido.

Una noche de luna, una hermosísima noche de principio de otoño, Wadyaláh invitó al emir á pasear por la huerta del Alcázar de la Ruzafa.

Sydi Muzay vió, como suele decirse, el cielo abierto.

Parecía como que Wadyaláh se empeñaba más y más por él.

Que había resuelto premiar al fin su amor.

No hay locura comparable á la de un viejo enamorado.

Muzay se apresuró á complacer á Wadyaláh.

Era ya tarde.

Todos los servidores de Sydi Muzay estaban recogidos.

Sólo velaban algunos guardas en los muros exteriores del alcázar.

Aun así no se ejercitaba una gran vigilancia.

¿Qué había que temer?

Todo estaba tranquilo.

Se había firmado una tregua con el rey de Aragón.

Se gozaba de una paz completa.

Mohamed *el Verde* había sido vencido y arrojado al África.

Los reyes cristianos y los emires moros se habían entendido.

Hasta tal punto había sido esto, que el rey moro de Granada, Alhamar *el Magnífico*, se había declarado vasallo y tributario del rey de Castilla, que fijaba ya la mirada codiciosa en las fértiles campiñas andaluzas.

Zaid-aben-Zaid, emir de Sevilla y de Córdoba, había rendido también parias al rey de Castilla.

Sólo Muzay conservaba su independencia.

Pero aun así había hecho declaraciones de franca y leal amistad al rey de Aragón.

En esto apoyaban la razón de sus traiciones los conspiradores.

No podía ser leal para los musulmanes á quienes gobernaba, el que no había tenido reparo de llamarse públicamente, y por medio de embajadores, de una manera solemne, amigo de los cristianos.

Había encendido el fuego que debía destronarle.

Pero este fuego había permanecido oculto.

Nadie le había sentido.

Nadie había visto de él ni aun el humo.

Por consiguiente, y en la seguridad de que no existía peligro alguno, no extremaban la vigilancia los guardas del alcázar.

Muzay adelantaba lleno de amor, de alegría y de esperanza, por la huerta, al lado de Wadyaláh.

Ella le sonreía.

Su hermosura aparecía realzada por su magnífico atavío.

La luna arrancaba lánguidos destellos de las pedrerías de sus joyas.

Las suaves esencias que la perfumaban embriagaban al emir.

Wadyaláh le conducía hacia aquel mismo postigo por donde, en otra ocasión, como recordarán nuestros lectores, Agar había libertado á Marsilla.

Llegaron á un cenador inmediato al postigo.

Wadyaláh se sentó en un banco de césped.

A su lado, y delirando de amor, se sentó el emir.

Creía llegada para él la hora de la ventura.

Wadyaláh le sonreía de una manera enloquecedora.

Le hablaba con un acento dulcísimo.

Acariciaba su blanca barba.

Todo era poético y fresco y perfumado en torno.

Entre el silencio se oía la magnífica voz de un ruiseñor que gorjeaba entre la enramada.

Se dejaba sentir el melancólico gemido del mar.

Cerca, el murmurio de un arroyo en cuya bulliciosa corriente rielaba la luna.

Un leve y fresco vientecillo confundía el aroma de las flores.

De improviso apareció una sombra blanca entre la enramada.

Luego otra y otra.

Antes de conducir al emir á aquel lugar, Wadyaláh había franqueado el postigo á un gran número de conspiradores, que habían esperado allí, ocultos en la espesura.

Al apercibirse Muzay de aquellos hombres, se puso impetuosamente en pie.

Pero no llevaba armas.

No obstante, avanzó decididamente hacia los traidores.

Estos se echaron sobre él y le dieron de puñaladas.

—¡Ah, infames! exclamó cayendo el emir espirante: ¡que Dios os maldiga!

Estas fueron sus últimas palabras.

Inmediatamente, y como una inundación, aquellos hombres, guiados por Wadyaláh, se arrojaron sobre el alcázar.

Los guardas estaban desprevenidos, y fueron degollados.

Entre los invasores iba Agar.

Agar, que no perdía de vista á Wadyaláh.

Esta avanzaba hacia las habitaciones de Noemi.

Marsilla dormía sobre un diván.

Noemi, desvelada, estaba apoyada en un mirador que daba al mar.

Su mirada absorta se fijaba en aquella inmensa extensión de agua, abrillantada por la luna.

De los ojos de Noemi corrían lágrimas.

Su seno se alzaba y se deprimía.

Sufría cuanto podía sufrir.

Sufría el desamor de Marsilla.

Cada doliente suspiro que Marsilla lanzaba en su fatigoso insomnio, era un nuevo tormento para Noemi.

Marsilla soñaba con Isabel.

Marsilla no vivía más que para Isabel.

—¡Y bien! exclamó en un desesperado arranque Noemi, él ansía verse libre, correr á vengarse; dejémosle ir: yo no quiero su amor por la violencia; no le podría tener tampoco; cuando se vengue, entonces tal vez volverá á mí, y volverá amante.

Esta resolución de Noemi, que llevada á cabo algunos días antes hubiera cambiado los sucesos, era ya tardía.

Sydi Muzay había sido asesinado.

En la ciudad había estallado una revolución.

Se proclamaba á un nuevo emir.

Parte de los rebeldes, guiados por una mujer terrible y ansiosa de venganza se acercaba á Noemi.

Y Noemi continuaba abismada en sus meditaciones.

De improviso sintió un ruido extraño que crecía, crecía.

Eran los asesinos de Muzay, conducidos por Wadyaláh, que se acercaban.

Wadyaláh, una vez muerto el emir, se había encaminado sedienta de venganza á las habitaciones de Noemi.

Pero con Wadyaláh iba Agar, que había penetrado en la huerta con algunos centenares de hombres por el postigo que había dejado franco Wadyaláh.

Esta no podía sospechar que Agar era una defensa para Noemi y para Marsilla.

Los hombres que seguían á Agar y á Wadyaláh iban sumisos á su voz.

Como que habían sido bien pagados, y esperaban serlo mejor.

Wadyaláh iba frenética de venganza.

Al entrar en la cámara de Noemi, encontró á ésta avanzando hacia la puerta.

Junto á ella estaba Marsilla, que había despertado al estruendo, sin armas, pero terrible.

Se lanzó al primero que entró.

Pero aquel primero, ó más bien aquella primera, era Agar.

Marsilla retrocedió.

—¡Apoderaos de él! exclamó Wadyaláh, que entró inmediatamente después que Agar, señalando á Marsilla: ¡matadla á ella!

—¿Qué habla esa mujer de prender ni de matar? exclamó Agar. La presa sea ella, pero que no se la mate. Basta con la sangre vertida.

Los que con Agar iban, y que la obedecían, se apoderaron de Wadyaláh, no sin que ésta, que era fiera y terrible, hiriese á algunos de ellos.

Los que iban con Wadyaláh fueron sometidos después de una breve lucha.

—¡No la matéis! dijo Agar azorada.

Y volviéndose á Marsilla y á Noemi, añadió:

—Seguidme los dos.

—¿Que te sigamos?... exclamó con altivez Noemi; ¿y quién eres tú?

—Yo soy una amiga tuya, sultana, que viene á salvarte; ha sobrevenido una rebelión, y tu noble abuelo ha sido asesinado y proclamado un nuevo emir.

Al oir Noemi que su abuelo había sido asesinado, lanzó un grito terrible y se desmayó.

—¡Ah! ¿eres tú?... exclamó Marsilla reconociendo á Agar, que había retenido entre sus brazos á Noemi.

—Sí, yo soy, don Diego Marsilla, exclamó Agar, y ha llegado la hora de que os salvéis; seguidme; no permanezcáis ni un momento más en Valencia.

—Sí, sí; os sigo, exclamó Marsilla; pero no abandonéis á esa desdichada.

—¡Ah! no, que ella es buena, exclamó Agar.

Y entregó á Noemi á dos hombres, que la sostuvieron y partieron con ella, y los otros hombres siguieron á Agar y á Marsilla, á quien se habían dado armas.

Muy pronto estuvieron en la huerta.

Pasaron junto al cadáver del emir Muzay.

Noemi no pudo verle.

Continuaba desmayada.

Salieron por el postigo.

Fuera encontraron caballos y una litera.

Montó á caballo Marsilla.

Pusieron en la litera á Noemi.

Montó en otro caballo Agar.

Luego, escoltados por más de quinientos jinetes, partieron á la carrera hacia la frontera del reino de Aragón.

Agar y su padre, que, como es de suponer, era de la partida, llevaban consigo sus tesoros.

Pero los de Noemi y los de Wadyaláh se habían perdido.

La chusma invadía el alcázar de la Ruzafa y lo llevaba á sangre y fuego.

El nuevo emir, que era un hombre grosero, uno de los de la hez de la plebe, pero bravo hasta la ferocidad, se había apoderado de Wadyaláh.

La hora de la expiación de ésta había llegado.

CAPÍTULO CVI

En que se ve que era un buen hombre el abad de los Benedictinos de Teruel

Marsilla fué llevado por Agar á Zaragoza, donde se encontraba la corte.

Allá fué también conducida Noemi.

Pedro II *el Católico* no volvía en sí de su asombro al ver de nuevo á Marsilla, cuando en todo Aragón se le creía muerto, y se alegró mucho de recobrar á un tan buen caballero; pero se alegró mucho más cuando supo que también estaba en Zaragoza Noemi, ó lo que es lo mismo, doña María de Segura.

Marsilla, como no podía menos de ser, había recobrado completamente la libertad.

Lo mismo había acontecido respecto á Noemi.

Agar no podía retenerlos.

Ni quería.

Había llegado á su objeto.

Esto es: libertad á Marsilla.

Cumplido su objeto, nada más tenía que hacer.

Se retiró con su padre á sus tierras.

En vano había aconsejado á Marsilla, que puesto que Isabel de Segura se había casado, y por lo mismo era ya imposible para él, se casase con Noemi, lo que, según Agar, era lo mismo que casarse con Isabel de Segura, por el gran parecido que había entre ambas hermanas.

Pero Marsilla juraba y perjuraba que había de vengarse.

Que no había de cesar hasta que matase en singular pelea al odioso don Rodrigo de Azagra.

Agar, que era una mujer de su tiempo, y que hacía causa propia, por el amor que le tenía, de los negocios de Marsilla, encontraba justísima esta venganza.

Don Rodrigo de Azagra había sido la causa de la desventura de Marsilla.

Sin don Rodrigo de Azagra, á pesar de la avaricia de don Pedro de Segura, y de la pobreza de Marsilla, las cosas hubieran tomado un rumbo bien diferente.

La época era ruda.

Por eso decimos que Agar encontraba justísima y aún obligatoria y necesaria la venganza de Marsilla.

Éste partió para Teruel.

Ante todo era necesario que volviese la alegría á su anciano padre.

Se llevó consigo á Noemi.

No podía abandonarla.

Noemi debía buscar á su padre.

Noemi se separó de Marsilla antes de llegar á Teruel y

pasando bajo los muros de la villa, se fué á la torre de Segura, y se presentó en ella.

No le esperaba ciertamente don Pedro, ni estaba don Pedro para otra cosa que para ser asistido por los médicos.

Estaba grave, terriblemente enfermo.

La revelación que le había hecho el resucitado don Enguerrando de Azagra la noche de las bodas de su hija Isabel, y de la que no era posible dudar entonces como la primera vez, había sido para él un golpe terrible que le había agobiado.

La vergüenza en nombre de su padre y el remordimiento por la desventura en que había sumido á su hija Isabel le mataban lentamente.

Se le hacía horrible su torre solar, en que habían tenido lugar, cometidos por su padre, los dos horribles crímenes del adulterio y del asesinato.

No se había atrevido á pasar por el segundo descanso de la escalera de honor.

Ya sabía lo que era la horrible mancha negra que aparecía en su mármol.

Sangre de don Enguerrando de Azagra.

Durante algún tiempo resistió á la enfermedad.

Pero al fin ésta le postró en el lecho.

Doña Margarita estaba desolada.

Isabel había acudido desde el castillo de Albarracín, del cual, contra su voluntad, era señora.

No había aparecido aún don Rodrigo de Azagra.

No se sabía si era muerto ó vivo.

A pesar de esto, Isabel no podía menos de acudir al lado de su padre, de quien se decía estaba gravemente enfermo.

Por una coincidencia fatal llegaban al mismo tiempo á la torre de Segura, y á su poterna, escoltadas respectivamente por un respetable número de lanzas, las dos hermanas.

Al bajar al mismo tiempo de las literas se reconocieron.

Isabel no tenía motivo alguno para desconfiar de Noemi.

La había cobrado un gran cariño.

Al verla de improviso, lanzó un grito de alegría y se arrojó llorando en sus brazos.

—¿Por qué lloras, Isabel mía? exclamó Noemi, ocultando la emoción terrible que la causaba el tener entre sus brazos á Isabel, á la cual, á su despecho, aborrecía.

—¡Ah! ¡hermana de mi alma! exclamó Isabel; yo soy la criatura más desdichada de la tierra.

—¡Oh! ¡yo también... yo también soy muy desdichada! dijo Noemi: mi abuelo, el emir de Valencia, ha sido asesinado, y yo vengo fugitiva.

—¡Oh, Señor! exclamó Isabel; ¡y cuán fatal destino es el nuestro! ¿por qué el crimen y la desgracia nos han de venir de todas partes? Nuestro padre, enfermo, gravemente enfermo, y mi madre doliente, y yo desesperada. Pero tú no te apartarás ya más de nosotros... ¿no es verdad, María? Tú consolarás á nuestro buen padre, que te ama mucho; tú me consolarás á mí y me fortalecerás.

Noemi sufría un infierno, reprimiendo las manifestaciones del odio que la inspiraba Isabel.

Disimulaba.

Aparecía dulce para su hermana.

Ambas subieron por las anchas escaleras de honor, asidas de las manos.

Como las dos hermanas más amantes del mundo.

Este amor era verdad por parte de Isabel.

La pobre Isabel había nacido para el sufrimiento.

Era una mártir resignada.

Una víctima inocente.

Don Pedro de Segura se sobrecogió cuando vió delante de sí, y asidas de la mano, á sus dos hijas.

Cada una de ellas era para él un remordimiento.

Empeoró.

Apenas si pudo cambiar algunas palabras con Isabel y con Noemi.

Le acometió un desmayo.

Entretanto una escena conmovedora tenía lugar en Teruel, en la casa del buen hidalgo don Martín Garcés de Marsilla.

Don Juan Diego no se había presentado de improviso en ella.

Hubiera sido una imprudencia.

Su padre le creía muerto.

Muerto le creían todos los de la villa.

Por lo mismo, Marsilla, acompañado de dos solos escuderos, había entrado en Teruel con el rostro cubierto con un antifaz.

Se había ido en derechura á la Abadía de San Benito, y había pedido al portero dijera al abad que uno de los caballeros de las Navas de Tolosa, que desde después de la batalla había sido cautivo en Valencia, quería verle.

El abad se apresuró á recibirle.

Sólo cuando estuvo en la celda del abad y sin testigos, se quitó Marsilla el antifaz.

El abad palideció, tembló, y pronunció las palabras que se pronuncian ó se pronunciaban cuando se veía á un aparecido.

—De parte de Dios te pido, digas si eres el alma de don Juan Diego Marsilla, y qué quieres, y á qué vienes.

—Tranquilizaos, padre Lotario; dejad el miedo, que yo no soy un alma del otro mundo, sino el cuerpo muerto, y sin alma, del desventurado Diego Marsilla.

A pesar de esto, el abad seguía haciendo cruces en el aire, lanzando bendiciones y pronunciando deprecaciones.

Tal era la certidumbre de que Diego Marsilla había muerto.

Costóle no poco á Marsilla el convencer al abad de que él era la persona viviente, real y efectiva de Diego Marsilla.

—¡Ah! ¡desventurado hijo mío! exclamó el abad cuando se convenció; pues más te valiera haber muerto.

Eran públicos en Teruel los amores de toda la vida de Isabel y de Marsilla.

Ya sabemos que de antiguo todos les llamaban los amantes de Teruel.

—Dios lo ha querido, padre, exclamó tristemente Marsilla.

—¡Más calma!... ¡más prudencia, hijo mío, y más esperanza!... dijo el abad.

—¡Calma y esperanza cuando estoy muriendo de amor, de desesperación: cuando estoy condenado!...

—¡Válgame Dios, y á qué extremos conduce el amor

á las criaturas!... Escúchame, hijo mío; voy á decirte algo que puede consolarte.

—¿Qué habrá que consolarme pueda?

—Don Rodrigo de Azagra...

—¡Maldígale Dios!...

—No digas eso, no... no digas eso; no dés lugar á que Dios te castigue.

—¿Puede Dios castigarme de una manera más cruel que como ya me ha castigado?

—Si no me hubieras interrumpido, hubieras escuchado ya algo que te habría consolado, y que habría abierto tu alma á la esperanza: don Rodrigo de Azagra ha desaparecido, y no se sabe si es vivo ó muerto.

—¿Y qué me importa si me ha robado mi tesoro?

—Don Rodrigo de Azagra fué arrebatado por un terrible caballero, por un resucitado, la misma noche de las bodas, en el momento en que entraba en la cámara nupcial.

—¡Ah! exclamó Marsilla: ¿Y quién era ese resucitado?

—Don Enguerrando de Azagra.

—¿El padre de don Rodrigo?

—Su padre no: don Enguerrando, cuando se nos dió á conocer, nos reveló que don Rodrigo era hijo del crimen y del adulterio.

—¡Ah! exclamó Marsilla, dejando ver una sonrisa de complacencia feroz: así debía ser: hijo de mala madre y de padre infame.

—Más caridad, Diego, más caridad.

—No pidáis caridad á un condenado: en el infierno no hay más que odio y rabia. ¿Y decís que no se sabe si don Rodrigo es muerto ó vivo?

—No: por ahora no, respondió el abad.

—Pues es preciso que no haya sido inmolado, pues de otro modo me robaría la satisfacción de sacrificar á mi justo enojo su villanía y la ingratitud de la mujer por mí tan amada.

—No la culpes, dijo el abad; que puede ser que ella no sea menos que tú desgraciada.

—Mirad esta carta que me ha escrito, padre, en contestación á otra que yo la escribí desde Valencia donde me encontraba cautivo.

Y dió al abad la carta que ya conocemos, y que llevaba siempre sobre el pecho por ser de Isabel, á pesar de la traición que de su Isabel había sufrido.

—Isabel ha cumplido como honrada y como cristiana, dijo el abad: una mujer casada no debe oir otros amores que los de su marido.

—¿Y por qué se casó?

—Obedeció á su padre.

—¿Por qué no esperó?

—Te creía muerto.

—Debía haberse resistido: quien ama no cree nunca que ha muerto aquel á quien ama. Debió haberse resignado: ella es tan avara y tan miserable como su padre.

—Todos hemos creído tu muerte: en esta abadía se han celebrado solemnes sufragios por tu alma: todas las misas que se dicen en la abadía el día diez y seis de cada mes, para tu alma se dicen: ¿cómo quieres que don Pedro de Segura y su hija no creyeran que habías muerto, cuando así lo certificó el mismo emir de Valencia?

—¡Ah!... ¡el miserable!... exclamó Marsilla. Bien había merecido que le arrancaran la corona y la vida.

—Más caridad, hijo mío, más caridad. Hay que perdonar á nuestro prójimo, mayormente cuando ha muerto. ¿Y quién sabe si se había engañado el emir?

—Él no podía engañarse; me veía todos los días, respondió arrebatadamente Marsilla. Pero yo veré á la perjura, veré á Isabel, y...

—Calma, hijo mío, calma. Es muy posible que don Rodrigo de Azagra haya sucumbido á la venganza de don Enguerrando. En vano se ha buscado á éste y á don Rodrigo: no parece sino que se los ha tragado la tierra. Así, pues, espera que un día se sepa de una manera segura que don Rodrigo ha muerto.

—¿Y qué me importa? ¿Acaso puedo olvidarme yo de que Isabel me ha hecho traición, de que no me amaba ni me ha amado nunca?

—Isabel ha obedecido á su padre; Isabel ha ido llorando y casi moribunda, al altar.

—No me digáis eso, padre Lotario, porque el corazón se me abrasa de amor y de esperanza y no sé lo que puede acontecer.

—Calma, hijo mío, calma y paciencia: espera á que suceda lo que sea la voluntad de Dios. Si quieres creerme, nadie debe saber en Teruel que vives, que has vuelto; esto no debe saberlo nadie más que tu padre que está muriendo de dolor por tu creída muerte.

—Lo mismo había pensado yo, dijo Marsilla: yo debo permanecer oculto en la sombra; por eso, para entrar en Teruel, para venir á veros, me he cubierto el rostro con

un antifaz: los escuderos que me acompañan, sin embargo, pueden ser indiscretos.

—Retendremos á esos hombres en el convento; después se les enviará muy lejos, y recompensándoles bien por su servicio, y nadie sabrá que vives.

—Lo sabe doña María de Segura, hermana de Isabel, que conmigo de Valencia ha venido.

—Si doña María no ha hablado aún, yo te aseguro que no hablará; voy á verla al momento: quédate aquí esperándome; después vendré por tí para llevarte á casa de tu padre.

El abad salió inmediatamente, y se trasladó á la torre de Segura.

Pidió hablar á doña María.

Ésta le recibió al punto.

—Me alegro de que vengáis, padre, dijo Noemi: necesito confesarme con vos.

—Sí, sí, hija mía, dijo el abad; yo os confesaré, pero no en este momento; sólo he venido á veros para preguntaros si habéis dicho á alguien que ha vuelto don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla.

—¡Ah!... ¡No, no, padre mío! Eso sería faltar á un secreto prometido á don Diego.

—Guardad religiosamente ese secreto, hija mía, dijo severamente el abad; yo os lo mando en nombre de Dios.

—Le guardaré.

Se podía creer á Noemi.

No la convenía revelar la vuelta de Marsilla.

El abad se fué, prometiéndola que volvería para confesarla al día siguiente.

Se volvió al convento.

Volvió á salir de él acompañado de Marsilla, que había vuelto á ponerse el antifaz.

Llegaron á la vieja casa solar de los Marsillas.

Cuando entraba por ella, le latía horriblemente el corazón á nuestro joven.

Esto demostraba que, á pesar de su desesperado amor á Isabel, no había perdido el amor á su buen padre.

CAPITULO CVII

En que se ve que don Martín de Marsilla supo que había aparecidos de carne y hueso

El abad dejó á Marsilla en una habitación anterior á aquella en que se encontraba su padre.

A pesar de que el buen don Martín Garcés de Marsilla había recibido, como herencia de su hijo, la riquísima parte de botín que había correspondido á aquél, por su valor, en las Navas de Tolosa, la vetusta casa conservaba su mismo aspecto de desnudez y de pobreza.

Don Martín no había tocado ni á un solo maravedí de la cuantiosa herencia que había recibido.

No parecía sino que consideraba aquel dinero como funesto, como terrible, como imposible de ser tocado por él.

Vivía, como siempre, de sus mezquinos haberes, y le

sobraban las tres cuartas partes, que empleaba en obras de caridad por el alma de su hijo.

El abad le encontró encogido y apenado.

—¡Válgame Dios, don Martín!... le dijo, ¡y siempre así!... ¿nunca habéis de consolaros?...

—Me he resignado, dijo don Martín: he ofrecido á Dios por su alma mis dolores, pero no puedo consolarme; no me consolaré jamás; una parte de mí mismo ha muerto con mi hijo.

—Y... decidme, don Martín... dijo el abad, pronunciando de la manera más natural que le fué posible sus palabras: ¿no habéis tenido ninguna aparición?

—¿Por qué me preguntáis eso? dijo don Martín mirando con extrañeza al abad.

—Porque yo he tenido una revelación, respondió éste.

—¡Una revelación!... exclamó don Martín poniéndose pálido.

—Sí, dijo el abad: he tenido la revelación de que se os aparecerá vuestro hijo.

—¿Y quién os ha dicho que no se me ha aparecido mi hijo?... Yo creo que no hay padre á quien no se le aparezca su hijo muerto: como que son una parte de nuestra vida, y cuando los perdemos sentimos la vida que nos falta. Si vos hubieseis tenido hijos...

—Y aunque no los haya tenido, dijo el abad pronunciando sus palabras de una manera particular, ¿creéis vos que no comprendo lo que los hijos son para los padres?

—¡Ah!... ¡una cosa es pensar lo que puede ser, dijo don Martín, y otra cosa pensar lo que es! Pero, decidme, ¿por qué me habláis de apariciones?

—Porque podéis tener una cuando menos lo penséis, y no como la habéis tenido en sueños, sino despierto, y de tal manera, que esa aparición os tocará á vos, y vos la tocaréis.

—Decid de una vez, exclamó don Martín alentando apenas; ¿es que Dios permite que se me aparezca mi hijo en cuerpo y en alma?

—Yo creo que sí.

—¿No tenéis la seguridad?

—Quiero antes saber si vos tenéis fortaleza para resistir la aparición.

—¿De mi fortaleza dudáis, cuando por la muerte de mi solo hijo, de lo único que tenía en el mundo, no he muerto? ¡Cuando os digo que para saber lo que un padre sufre cuando pierde un hijo, sería necesario que vos fueseis, no sólo padre de almas, sino también padre de cuerpos!...

—¡Dios me defiende! exclamó el abad; pero puesto que os veo valiente y fuerte, y capaz de resistir la aparición de vuestro hijo, sea.

Y levantando la voz añadió:

—Señor don Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla, apareced en nombre de Dios, ante vuestro padre, que os ama y os espera.

Se abrió una puerta y apareció Marsilla.

Se precipitó en los brazos de su padre.

El desdichado don Martín lanzó un grito de alegría y exclamó:

—¡Hijo de mi alma!...

No dijo más.

Rompió á llorar.

Se desplomó en los brazos de su hijo.

Fué necesario que Marsilla le sentaran en un sillón.

Estaba pálido como un muerto.

Miraba á Marsilla con ansia.

Quería hablar y no podía.

Lloraba largamente.

Y don Martín había sido el bravo entre los bravos.

Aún conservaba su bravura.

¿Pero quién ha dicho que el llanto en el hombre es una prueba de debilidad?

¿Para qué ha hecho Dios las lágrimas, sino para cuando debiéramos verterlas?

Don Martín estaba en los brazos de su hijo.

En medio de sus lágrimas sonreía de una manera inefable.

Su hijo no era una aparición.

Era un ser real.

No podía dudar de ello.

Tenía entre sus brazos á su hijo vivo y palpitante.

Marsilla le besaba como cuando era niño.

Aquellos besos sabían á gloria al pobre viejo.

—¡Pero tú no has muerto, Diego, tú no has muerto! exclamó don Martín.

—A no ser por vos, exclamó tristemente Marsilla, holgárame de haber muerto, padre mío, si es que en la eternidad podemos holgarnos de algo: que yo tengo para mí que en la eternidad las cosas deben de ser muy diferentemente de lo que son aquí; allí no se ama más que á Dios, no á mujeres traidoras que se olvidan del amor nuestro,

y se arrojan impuras en los brazos de otro amor vivo.

—No acuses de tal manera á la desdichada Isabel, exclamó don Martín, que ella no pudo pasar por otro punto que por obedecer á su padre.

—Debió morir antes de que otro gozara lo que era mío.

—Ya os he dicho, exclamó terciando el abad, y si no os lo he dicho he querido decíroslo, que don Rodrigo de Azagra fué arrebatado por unos encubiertos que no se sabe cómo estaban en el castillo de Albarracín, capitaneados por don Enguerrando de Azagra, en el momento mismo en que entraba en la cámara nupcial.

—¿Y qué me importa? exclamó irritado Marsilla: ¡ella le esperaba!...

—¿Quién sabe lo que hubiera acontecido? contestó el abad: por el momento no se sabe si don Rodrigo de Azagra es muerto ó vivo: por más que de orden del rey se le ha buscado, no se ha podido dar con él.

—¡Si vive, le mataré yo!

—Harás mal... muy mal, hijo mío, exclamó don Martín: ¿qué... acaso no hay en Aragón y en otras tierras, doncellas nobles y tan hermosas como Isabel que te amarán más que Isabel te ha amado, y cuyos padres no te mancillarán como te ha mancillado don Pedro de Segura?

Don Martín estaba irritado.

Sentía como sentía su hijo, y en su honra.

Cuando se hizo la boda, estuvo á punto de ir á matar á don Rodrigo, á apostrofar á don Pedro, y á medirse con ambos en singular pelea.

Su hijo había muerto.

Y luego, la causa era Isabel.

Isabel había consentido en la boda.

Mediaba el mandato paterno, es cierto.

Pero con todo y con eso, don Martín creía que Isabel se había olvidado del hijo de su alma.

—Lo que es necesario por el momento, dijo el abad, es tranquilizarse, puesto que ha resultado falsa la mala noticia de la muerte del señor don Diego, y mi parecer es que yo creo lo más prudente que don Diego no se deje ver en Teruel, sino que descanse en él brevemente, escondido en vuestra casa, y luego, encubierto como ha venido hasta aquí, de Teruel salga, y á la corte se vaya, y así se excusarán escándalos é inconvenientes. Venga de allá la noticia de que don Diego no ha muerto, y no vuelva éste por Teruel, mientras en la torre de Segura esté doña Isabel, y jamás á Albarracín vaya, ni á doña Isabel vea más, que casada está, y lastimaría su honra si se supiera que donde ella estaba había estado don Diego.

—¿Decís que Isabel está en la torre de Segura? dijo Marsilla.

—Como que don Pedro anda muy enfermo y en peligro de muerte, dijo el abad.

—El remordimiento, exclamó con fiereza Marsilla.

—¡Caridad, caridad, don Diego! exclamó el abad, y ya que Dios por su infinita misericordia ha hecho que sea falsa la noticia de vuestra muerte, no empleéis en la venganza la vida que Dios os dió, y que puede quitaros cuando sea su divina voluntad.

Permaneció aún algún tiempo el padre Lotario, abad

de los Benedictinos, en la vieja casa de don Martín, y cuando éste se hubo recobrado completamente, se retiró á su abadía, resplandeciendo en su rostro, á la par que un inefable gozo, las huellas de un profundo pesar.

CAPITULO CVIII

Del buen encuentro que tuvo una noche Marsilla

Noemi había sido recibida con los brazos abiertos en la casa paterna.

Noemi guardó el secreto, por lo que la convenía, de que Marsilla no había muerto, y de que había venido con ella á Aragón.

Noemi moría de ansiedad.

Tenía la seguridad de que Marsilla había de presentarse de un momento á otro, y cuando menos lo esperase, á Isabel.

No sabía hasta dónde podían llegar las consecuencias.

No fiaba mucho en las creencias y en el honor de Isabel de Segura.

Ella sabía lo que era una mujer enloquecida de amor por un hombre.

Lo sabía por sí misma.

Veía que la pasión que Isabel sentía por Marsilla no era menor que la que ella sentía por él.

Se había hecho, pues, la sombra de Isabel.

Aunque don Pedro de Segura, con la presencia y con los cuidados de sus dos hijas, se había mejorado un tanto, pasada la postración que en el primer momento le había causado la vista de entrambas, pues era su remordimiento vivo, Noemi retenía á Isabel en la torre de Segura; porque Isabel, mirando á su deber, y por más que le fuese dolorosa su estancia en el castillo de Albarracín, pretendía volver á él.

—Si nuestro padre está más aliviado, decía Noemi, no es poca causa para ello tenerte junto á sí: nuestro padre siente remordimientos por el sacrificio á que te ha obligado, y, no viéndote, te creerá más infeliz que lo que ahora te cree porque tú sabes engañarle.

En efecto: Isabel aparecía tranquila y aun contenta al lado de su padre.

—Si hubiera muerto ese hombre... murmuraba algunas veces don Pedro.

Y apremiaba de nuevo para que buscasen á don Rodrigo de Azagra.

Ofrecía grandes premios al que lo encontrase, ó al que pudiese probar que había muerto.

Pero don Rodrigo no parecía.

Agar, por su parte, buscaba también, revolviendo el mundo, á don Rodrigo de Azagra.

Anhelaba saber si don Rodrigo había perecido.

En tal caso Marsilla podía ser feliz.

Una vez viuda Isabel, su amor le haría olvidar su enojo y con ella se casaría.

Era muy extraño el amor que Agar sentía por Marsilla.

No podía ser más puro, ni más desventurado.

Pero por más que revolvía Agar, y usaba de los grandes medios que le daban sus riquezas, no lograba averiguar en qué apartado rincón de la tierra se había escondido don Enguerrando de Azagra, con don Rodrigo vivo ó muerto.

Marsilla, entretanto, permanecía en Teruel.

Estaba contenido por los consejos de su padre y por los del abad.

Mejor dicho: disimulaba, para que ni su padre, ni el abad, ni nadie pudiese impedir lo que pretendía.

De noche, escalaba la casa paterna, sin que nadie le sintiese.

Se iba encubierto á la puerta que en la villa se llamaba de Zaragoza.

Había seducido á fuerza de oro, y sin descubrirse, á uno de los guardas.

Este, en cuanto llegaba Marsilla, le abría la puerta, y le esperaba para franqueársela de nuevo cuando volvía antes del amanecer.

Marsilla rondaba, procurando no ser notado, alrededor de la torre de Segura.

Veía con una rabia desesperada, con un dolor agudísimo el reflejo de la luz de la cámara de Isabel en las vidrieras del ajimez.

Pero el foso era ancho.

El muro liso.

No había medio de penetrar.

Marsilla nocesitaba de alguno que desde dentro de la torre le ayudase.

¿Qué hacer?...

Procurarse esta ayuda era muy difícil.

Marsilla conocía bien la lealtad de los servidores de don Pedro de Segura.

Rondaba, pues, Marsilla, como un león en torno de la presa de que no puede apoderarse, en torno de la torre de Segura.

Si había de juzgar por lo que su corazón le decía extraviado, engañado por el dolor, aborrecía á Isabel.

La aborrecía de muerte.

Para él Isabel era una adúltera infame.

Una adúltera del alma.

En el pensamiento de Marsilla no había más que horror y muerte para Isabel.

Marsilla no reparaba, poseído por sus exterminadores pensamientos, que siempre que salía de Teruel por la puerta de Zaragoza, le seguían á lo lejos algunos bultos.

Como Marsilla no rondaba la torre de Segura sino cuando la noche era tenebrosa, estas tinieblas que le protegían para no ser visto de los guardas de la torre, ocultaban á los bultos que indudablemente espiaban á Marsilla.

Nuestros lectores comprenderán que aquellos bultos no eran otros que don Enguerrando de Azagra y algunos de los que lealísimamente le servían.

Una noche, á poco de haber salido de Teruel Marsilla, se acercó á él un hombre.

Aquel hombre, á pesar de lo oscuro de la noche, por lo que se veía de su bulto, parecía un mendigo.

Nada tenía esto de extraño.

Bien podía hallarse un mendigo perdido á aquellas horas cerca de la villa.

Que era mendigo lo manifestaban, además, las coplas piadosas y conmiserativas que venía cantando.

Marsilla, que era aventurero, le esperó.

—Mi noble señor, dijo el mendigo, si vos quisierais escucharme, yo os hablaría.

—Hablad, pues, hermano, y decidme vuestras cuitas, respondió Marsilla.

—No voy á hablaros de mis cuitas, sino de las vuestras, mi noble señor, contestó el mendigo.

—¿De las mías?

—Sí; vos sois un muerto resucitado.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Quien os llama.

—¿Quién me llama?

—Doña Isabel de Segura.

Helósele la sangre á Marsilla.

Se le paró el corazón.

Se le nublaron los ojos.

A poco más cae por tierra.

Tal impresión le causaron aquellas palabras.

Bien podía ser que Isabel le llamase.

Tal vez se habría confiado á su padre.

Tal vez no podía resistir su amor.

Pero, ¿cómo sabía Isabel que él estaba en Teruel?

¿Se lo habría revelado acaso Noemi?

—¿Decís que me llama doña Isabel? dijo Marsilla haciendo un esfuerzo, porque á causa de su emoción la voz se le ahogaba en la garganta.

—Sí; y os llama con toda su alma... desesperada.

—¿Y quién ha dicho á doña Isabel que yo me hallo en Teruel?

—Un amigo vuestro.

—¿Quién es ese amigo?

—No puedo decíroslo.

—¿Dónde está doña Isabel?

—Doña Isabel ha arrostrado por todo: ha dejado su casa paterna, y os espera en las ruinas del *Valle Maldito*.

Marsilla, como lo saben nuestros lectores, conocía demasiado aquellas ruinas.

Su deseo comenzó á subyugarle.

Era indudable que Isabel, sobreponiéndose á todo, arrostrándolo todo, no ansiaba más que el amor de su alma.

—Pues siendo así, amigo, dijo Marsilla, guiad.

—Tendremos que dar un gran rodeo, dijo el mendigo; desde el momento en que se ha echado de menos á doña Isabel, don Pedro, con sus gentes, está en movimiento buscándola por todas partes; si nos tropezáramos con ellos, nos veríamos obligados á dar una batalla que es prudente evitar; bravas gentes de ese vuestro buen amigo os guardan ocultas por las sombras de la noche: todo está prevenido para que partáis lejos de estas tierras con doña Isabel.

—¿Y ella consiente?

—Con toda su alma: está loca de amor por vos.

—¡Oh! ¡mi Isabel!... exclamó Marsilla: ¡y yo te había

aborrecido!... tirad para adelante, hermano, que ya os sigo: bueno será que sepáis que, si sois pobre, habéis hecho vuestra fortuna.

—¡Maldito sea el oro! exclamó el mendigo.

Y tiró para adelante descendiendo por uno de los flancos de la colina que había junto á la torre de Segura.

Aquel mendigo, ya lo habrán adivinado nuestros lectores, era don Enguerrando de Azagra.

Don Enguerrando convertido en mendigo.

Don Enguerrando, que por lograr su venganza, había vendido su alma al diablo.

La sombra sangrienta de Alejandra le pedía sangre.

Isabel y Marsilla debían ser sus víctimas.

El hijo del crimen y del adulterio debía morir desesperado.

Un demonio no hubiera podido concebir una venganza más cruel ni más horrible que la que don Enguerrando había concebido.

¿Cómo podía llevar á Marsilla adonde le esperaba Isabel de Segura?

Esto es lo que vamos á revelar á nuestros lectores en el siguiente

CAPÍTULO CIX

En que se ve de qué infame manera preparó su venganza don Enguerrando de Azagra

Don Enguerrando de Azagra se había escondido con su presa, cuando supo que, á causa de la enfermedad de su padre, Isabel estaba en la torre de Segura, en las ruinas del *Valle Maldito*.

Don Enguerrando conocía perfectamente los escondrijos de aquellas ruinas.

Allí atormentaba cruelmente á don Rodrigo.

Todos los pecados que aquél había cometido los purgaba bajo la terrible mano de don Enguerrando.

Y no eran los martirios que don Rodrigo sufría, corporales.

Eran martirios del alma.

Don Rodrigo sentía, y había sentido siempre, desde

que la había conocido, por Isabel de Segura, una pasión intensísima.

Hubiera matado á Marsilla si Marsilla no le hubiera inspirado miedo.

Le hubiera asesinado si no hubiera sido por el temor de que se trasluciera el autor del asesinato, y esto hiciera para él de todo punto imposible á Isabel de Segura.

Hubiera robado á Isabel de Segura y sometídola por fuerza á su voluntad si no hubiera temido ser exterminado por Marsilla.

Don Rodrigo de Azagra, como han podido comprenderlo nuestros lectores, era un malvado cobarde.

Como todos los malvados, tenía el alma ruin.

Su rabia impotente era el castigo más terrible que podía haberle impuesto la Divina Justicia.

Para atormentarle, don Enguerrando, que como ven nuestros lectores, por el dolor y por la venganza se había convertido en un demonio, le hablaba de Isabel.

Se la pintaba delirando de amor entre los brazos de Marsilla.

Le decía que éste no había muerto.

Que había vuelto de Valencia.

Que se había presentado recatadamente á Isabel.

Que ésta, enloquecida de amor, olvidada de todo, se había arrojado en sus brazos.

Don Rodrigo rugía.

Sufría los tormentos del infierno.

Don Enguerrando se vengaba de una manera terrible.

Llevaba su venganza hasta los últimos límites.

La desgracia le había hecho infame.

No reparaba en los medios para llegar á su venganza.

Acechaba incesantemente á Marsilla.

Le seguía los pasos.

El horror de su venganza aún no se había consumado.

Necesitaba producir la muerte del alma y la del cuerpo de todos aquellos á quienes aborrecía, porque directa ó indirectamente habían sido la ocasión de la desventura y de la muerte de Alejandra.

Supo que Marsilla salía de noche para ir á llorar su desesperado amor, en derredor de la torre de Segura, donde vivía, muriendo, Isabel.

Vió llegada la hora.

Isabel de Segura continuaba en sus antiguos hábitos de caridad.

Se iba á buscar la desgracia para consolarla.

Era el mismo ángel de consuelo.

Y el ángel sublimado por el dolor.

Ya la hemos visto en otros tiempos, cuando su alma alentaba de esperanza, salir sola del parque de Segura, y atravesar sola la selva para ir á buscar á los desventurados.

Don Enguerrando esperó el día anterior á la noche en que salió al encuentro de Marsilla, á Isabel de Segura.

La joven fué acometida por bandidos, á los cuales capitaneaba un hombre encubierto.

Rodeada, sujeta, fué metida en una litera.

Aquella litera la condujo á las ruinas del *Valle Maldito*.

Aquella misma habitación subterránea en que Marsilla había vivido encerrado con Alejandra.

En la torre de Segura no se echó de menos hasta muy entrado el día á Isabel.

Se supuso que se habría detenido en la casa de algún pobre, impulsada por la caridad.

Pero cuando cerró la noche, sus padres y la misma Noemi empezaron á inquietarse.

Se enviaron escuderos en su busca.

Estos no la encontraron en ninguno de los lugares en que hubiera podido suponerse que estaba.

Ninguno de los vasallos de don Pedro de Segura, de los que vivían cerca de él, la habían visto.

Por lo tanto no podían dar ningún indicio.

Se buscó más y más.

No se la encontró.

Se llegó hasta el *Valle Maldito*.

Se penetró en las ruinas, á pesar del horror que éstas causaban.

Pero estaban tan escondidos Isabel y don Rodrigo y los que los guardaban, que no pudieron dar con ellos.

Causaban, además, estas ruinas un tal pavor, que se apresuraron á abandonarlas.

Siguieron las pesquisas y nada se obtuvo.

Don Pedro de Segura agonizaba.

Doña Margarita se moría.

Noemi, que á pesar de todo, guardaba en el alma algo de virtud, andaba por fuera de la torre con escuderos, buscando y rebuscando.

Pero en ninguna parte se la halló.

Aun se llegó á creer que Isabel, que había dado ya más de una muestra de desesperación y de locura, había

atentado á su vida, dando fin á su mísera existencia en algún lugar apartado.

Entretanto corría el tiempo.

Marsilla fué sacado al fin del interior de las ruinas.

Se le condujo á un barranco, á una cabaña de pastores, muy inmediata al parque del castillo.

Los pastores habían sido alejados.

Los hombres de don Enguerrando rodeaban la cabaña, ocultos entre la espesura, preparados á luchar si sobrevenían los hombres de don Pedro de Segura.

Isabel había sido llevada á la cabaña, y encerrada en ella.

Este atentado había irritado á Isabel.

No podía explicárselo.

¿Qué daño había hecho ella á nadie?

¿Por qué tenía enemigos?

Que enemigos suyos debían ser aquellos, los que la habían arrebatado y secuestrado.

Tal vez eran bandidos que pretendían un crecido precio por su rescate.

Esto era lo que debía pensar Isabel.

Don Enguerrando no la había hablado una sola palabra.

No se la habían hecho otras violencias que las necesarias para sujetarla, para conducirla.

Por lo demás, y aunque de una manera ruda, se la había tratado con un gran respeto.

Isabel, por su parte, había excusado violencias, sometiéndose prudentemente á una *fuerza mayor* que no podía contrarrestar.

Por lo mismo, había obedecido cuando se la había man-

dado que entrase en la litera para conducirla á la cabaña.

Cuando llegaron á ella, bajó sin resistencia de la litera.

Entró en la cabaña.

Cuando la encerraron, se sentó resignada y triste.

Tenía el pensamiento lleno de su idea fija.

De Marsilla.

Le amaba entonces con más intensidad que nunca, por lo mismo que había perdido todas las esperanzas de su amor.

Por lo mismo que se encontraba sumida en lo más profundo, en lo más insoportable del dolor y de la desesperación.

Isabel, con el luto de la muerte en el alma, se volvía hacia la vida.

Y su vida era Marsilla.

El pensamiento, el sentimiento de Marsilla llenaba su corazón y su cabeza.

Pasó algún tiempo.

La habían llevado á la cabaña, ya bien cerrada la noche.

En el mismo punto en que don Enguerrando, que acechaba á Marsilla, había salido al encuentro de éste, cantando y con un antifaz de mendigo, cerca de los muros de Teruel.

Marsilla fué conducido á la cabaña.

Don Enguerrando abrió la puerta.

—Entrad, dijo á Marsilla: ahí encontraréis á doña Isabel; ella os ama, sed feliz.

Marsilla entró aturdido.

Don Enguerrando cerró de nuevo la puerta.

Se alejó un tanto de la cabaña.

Llegó á una espesura.

En ella había algunos hombres feroces.

Estos hombres, que tenían unas terribles trazas de bandidos, rodeaban á otro hombre.

Le tenían como prisionero.

Estaba armado.

Sentado al pie de un árbol, y profundamente abatido.

Aquel hombre era el esposo de Isabel de Segura.

El miserable don Rodrigo de Azagra.

El hijo del crimen y del adulterio.

CAPITULO CX

En que se llega á la catástrofe de esta verídica historia

Isabel no había sospechado ni por un solo momento que Marsilla fuera el autor de la violencia que se la hacía.

Parecíala, por el contrario, que si Marsilla hubiera estado cerca de ella nadie se hubiera atrevido á atentar á su libertad.

Cuando sintió abrir la puerta se puso de pie y se previno.

No sabía qué nuevo peligro podía amenazarla.

Al reconocer á Marsilla retrocedió; se sintió morir; ahogó un grito.

Y á pesar de presentársele Marsilla, aunque le pareció extraño, no creyó que él era el autor de su cautiverio.

Adivinó de una manera vaga, algo infame, que no pertenecía á Marsilla.

Ella sentía el alma de Marsilla en su alma.

Ella sabía que la infamia no podía provenir nunca de Marsilla.

Al verle había sentido una alegría mortal, si se nos permite esta frase, y un terror más mortal aún.

Desconfiaba de sí misma.

Al ver á Marsilla una vida poderosa había inundado de improviso su ser.

Le había llenado.

El olvido á todo se había apoderado casi por completo de su alma.

Sólo veía á Marsilla.

Sólo para Marsilla vivía.

A duras penas si la virtud se sobreponía á los violentos impulsos de su alma.

Marsilla se había quedado inmóvil, helado, mudo, á poca distancia de la puerta.

La situación era solemne.

Suprema.

No podía ir más allá.

Era una de esas situaciones en que predomina la pasión y que resiste á la desesperación.

Toda descripción sería pálida.

No bastaría á representarla.

Era una enorme imposibilidad de la vida.

Por algún tiempo los dos amantes permanecieron mirándose de una manera extraviada.

Ansiosa sobre todas las ansias.

Dolorosa sobre todos los dolores.

Apasionada sobre todos los ensueños, sobre todos los delirios de la pasión.

Mortal, terrible, infinita, inexplicable.

Al fin Marsilla hizo un movimiento de amor desesperado y avanzó hacia ella.

Ella le esperó inmóvil, fascinada.

Marsilla se detuvo á alguna distancia.

La miró con toda su alma en los ojos, apasionado, trémulo, y exclamó con la voz dolorida, inmensa, conmovida, indescribible de pasión, de dolor, de amargura, de desesperación:

—¡Isabel... Isabel!... ¿qué has hecho de mi alma?... Isabel no contestó.

Miró con una ansiedad de muerte á Marsilla.

Vaciló.

Se dejó caer sobre uno de los toscos sillones que en la choza había.

Luego se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

Isabel había visto un cielo de amor, y de amor purísimo, íntimo, inmortal, en la mirada de Marsilla, en la comisura de su boca entreabierta y suspirante; en lo dolorido de la expresión de su semblante hermoso, embellecido hasta lo infinito por el dolor, por el amor, por la desesperación.

Marsilla se sintió arrebatado por algo omnipotente, por algo incontrastable.

Se lanzó á Isabel.

La levantó en sus brazos.

Isabel lanzó un grito horrible.

Marsilla ahogó aquel grito con un beso de fuego.

Y como si este beso hubiese dado á Isabel una fortaleza

—¡Isabel, Isabel; qué has hecho de mi alma!

incontrastable, rechazó á Marsilla lanzándole á alguna distancia de ella.

Estaba roja de vergüenza.

A la expresión de la pasión, del dolor de la desesperación, había sucedido la de la indignación, de la protesta; la resolución á todo por defender su honra y su virtud.

—¡Ah! exclamó: ¡y yo había dudado!... ¡y yo os había creído incapaz de una infamia!... ¡sí, sí, vos sois el que valiéndoos de gentes miserables, os habéis apoderado de mí!... Pues bien: os habréis apoderado de un cadáver: ¡llegad, herid, matad; pero no esperéis mi deshonra! ¡eso... jamás!...

—¡Yo muero!... fué lo único que pudo decir Marsilla.

—Si queréis que yo no acabe de despreciaros, si queréis que yo pueda perdonaros, exclamó Isabel, á quien duraba la impresión de aquel beso candente que había abrasado su boca, dejadme en libertad: volvedme á mi familia: no hagáis que se sospeche de mí: acordaos de que yo os he creído siempre generoso y noble.

—Yo soy cautivo como tú; me han engañado; estamos rodeados de gente armada, de gente terrible: esta es una infamia de que yo no puedo darme cuenta.

—Si eso es cierto, exclamó Isabel, matad ó morid.

—Inútilmente: moriría: no tengo armas: se me han quitado; son, además, muchos, y gente brava.

En efecto, Marsilla no llevaba ni espada ni puñal.

Se las habían quitado en las ruinas, cogiéndole por sorpresa.

—¡Oh! ¡y cómo mentís!... exclamó Isabel que se irritaba más y más: ¡vos cogido por sorpresa! ¡vos por

sorpresa desarmado, el valiente de los valientes!... ¡el temerario de los temerarios!... vos hubierais muerto antes que sufrir una sorpresa.

—Se me ha sujetado por la espalda: se me ha desarmado: se me ha dicho:—«Si resistís, no veréis á Isabel de Segura, porque moriréis:—y esto ha sido para mí más poderoso que todas las fuerzas del mundo; con la esperanza de verte, de hablarte, de decirte que tú eres mi desesperación y mi muerte, me he dejado conducir.

—¡Oh, y cuán mal finge la traición! exclamó Isabel, cuya irritación crecía, porque se creía secuestrada por Marsilla: ¿quién ha podido tener interés en que vos me veáis ó no?

—Algún demonio, exclamó Marsilla; algún enemigo mortal mío que sabía sin duda que tú habías dejado de amarme; que me habías vendido; que te habías olvidado de mi alma en el momento en que creiste que había perecido mi cuerpo.

Marsilla empezaba también á irritarse.

La dureza del acento y de la expresión en la ofendida Isabel le enloquecían.

—Yo no puedo hacer traición á nadie ni á nada, dijo con una energía suprema Isabel: yo he sucumbido á mi destino, y le he aceptado: yo no me disculpo: no tengo de qué disculparme: yo he cumplido con mi deber.

—¡Tú has sido perjura y miserable! exclamó Marsilla, cuya irritación crecía, se desbordaba; tú eras mi esposa.

—Esposa del alma, cuando os creía digno de que mi alma se uniese á la vuestra, exclamó Isabel: esposa del alma, sí.

Pero esa unión de mi alma con la vuestra era solamente un sueño en que he creído durante toda mi vida: una mentira; vos sois indigno de mí y de toda mujer pura.

—¡Isabel! rugió Marsilla.

—Sí; que si digno de mí fuerais, me respetaríais: si digno de mí fuerais, me estimaríais: si digno de mí fuerais, comprenderíais que con mi deber he cumplido, y que con mi deber cumpliría siempre: vos me habéis desconocido, y el que me desconoce es indigno de mí.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Marsilla: la que miente eres tú... tú, que me engañabas: tú, que sobre mi cadáver, sobre mi supuesto cadáver, escarneciendo mi memoria has ido al altar con otro hombre; ¿para qué sirven los muertos?... La vida llama á la vida, ¿qué es el amor sin la posesión del ser amado? ¿para qué sirve el amor del alma?... ¡mentira... mentira todo!

—Yo os desconozco completamente, exclamó Isabel; yo me engañaba; el hombre á quien yo amaba era un fantasma que yo me había forjado, y al que había dado vuestro rostro, y vuestro cuerpo: ¡ah! yo me avergüenzo del amor que me habíais inspirado, ó por mejor decir, me he inspirado yo misma... ¡insensata!... pero yo os desprecio.

—¡Que me desprecias!

—Sí; con cuanto desprecio hay en mi alma.

Se estaba desarrollando una situación fatal.

Errores funestos extraviaban á los dos amantes.

Los irritaban.

Los enfurecían.

Se amaban cuanto podían amarse dos amantes, y su mismo amor los impacientaba, los irritaba, los enfurecía el uno contra el otro.

—¡Que me desprecias! repitió Marsilla, por cuya mirada, por cuyo semblante, por cuyo ser entero había pasado algo terrible: ¡que me desprecias!...

—¡Sí!... repitió Isabel con acento terrible.

—¡Tú amas á ese hombre con quien te has casado! exclamó Marsilla frenético de furor.

Excitada Isabel por la cólera, por la indignación, por el dolor, exclamó fatalmente:

—¡Sí... le amo!... ¡le amo! ¡le he jurado amor ante Dios, y yo no puedo ni quiero faltar á mi juramento!...

Marsilla lanzó una carcajada horrible.

La carcajada de un insensato.

Se llevó la mano sobre el corazón.

Vaciló, y de tal manera, que cayó sobre sus rodillas.

Luego rompió á llorar como un niño.

No parecía sino que se le había roto el corazón, y que deshecho en lágrimas le arrojaba por los ojos.

Isabel se aterró.

Vió claramente hasta qué terrible extremo Marsilla la amaba.

La verdad terrible desvanecía su error.

Su amor irritado, desesperado, se aumentó si cabe.

Volvía á arder inextinguible en el amor de Marsilla.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío! exclamó. ¡Y qué hemos hecho nosotros, sin ventura, para que de tal manera nos castiguéis!...

Marsilla se alzó.

Se habían secado sus lágrimas.

Las palabras de Isabel, la manera como las había pronunciado, su desesperación, su dolor, le habían vuelto á la vida

—¡Oh! ¡perdóname, perdóname, Isabel!... ¡amor mío!... ¡vida mía!... ¡mi cielo y mi infierno!... ¡perdóname!... ¡tú me amas!... ¿no es verdad?... ¡Tú me amas como yo te amo á tí!... ¡Dime, dime que me amas!... ¡que no has amado... que no amas... que no puedes amar á otro! ¡que tu alma es mía!...

—¿Y por qué lo has dudado? exclamó Isabel.

Y se sentó de nuevo en el sillón, y rompió á llorar.

—Oye, Isabel, dijo Marsilla: Dios no quiere que aquellos á quienes Él ha unido por el amor los separe nadie... ¡nadie!... ¡ni aun la muerte!... la muerte es impotente contra el amor, las almas no mueren: cuando se unen, su espíritu es inmortal: son una misma alma en la eternidad, en el seno de Dios, glorificada por el amor: ¡óyeme, alma mía! la obra de los hombres no puede destruir la obra de Dios: sígueme; apartémonos de estas regiones, vivamos el uno para el otro; digan los hombres lo que quieran: ¿qué importa si amándonos cumplimos nuestro destino, que es la voluntad de Dios, y somos puros ante Dios?

—¡No, no! dijo tristemente Isabel: eso es imposible: no podemos faltar á nuestra honra: Dios ha permitido nuestra desgracia, y debemos ser fuertes: debemos resignarnos á la voluntad de Dios: ¿qué importa nada de lo que pertenece á la vida miserable y perecedera? Cuando seamos libertados de ella, nuestras almas se unirán para vivir eternamente unidas en el cielo.

Volvió á surgir la duda en el corazón de Marsilla.

No comprendía la resistencia de Isabel.

Su virtud no era, ni con mucho, tan acendrada como la de ella.

Ya lo hemos visto.

Mientras Isabel había hecho de su amor un ídolo, un culto purísimo, él había dado libre curso á la sensualidad, anegándose en el amor de otras mujeres, aunque siempre su alma había sido de Isabel.

Él, con sus debilidades, y aun puede decirse que con sus vicios, había creado aquella situación fatal.

Sin el empeño de las otras mujeres que le habían acosado, su situación hubiera sido desembarazada.

Tal vez hubiera llegado á la felicidad de Isabel, si ambos hubiesen sido iguales en cuanto á la pureza del espíritu.

Dados los sucesos, la situación en que se encontraban los dos amantes no podía ser más difícil.

Y la sensualidad que contaminaba el alma de Marsilla, hacía más difícil la situación.

Nunca le había parecido tan hermosa Isabel.

Nunca tan arrebatadora.

Pero Marsilla estaba rodeado de una atmósfera de sensualidad.

Irresistible.

Sobrehumana.

Marsilla ardía en un infierno de amor.

Enloquecía.

—¡Sígueme! exclamó.

—¡Que os siga! dijo Isabel: ¿y cómo he de seguiros?... ¿por qué he de seguiros?

—¡Yo te amo!... ¡yo no reconozco... yo no puedo reconocer el derecho de otro hombre alguno á tu posesión: tú eres mía... mía... solamente mía; y aunque el infierno se oponga, mía serás!...

Y Marsilla dió un paso hacia Isabel de Segura.

—¡Deteneos! dijo ésta: no me hagáis pensar otra vez que me he engañado... que sois un miserable, indigno, no ya sólo del amor de una dama honrada, sino también de la estimación de todo el mundo.

—¡Ah!... ¡tú eres una perjura!... ¡tú no has amado jamás!... ¡tú no sabes amar!... ¡tú no puedes amar!... exclamó fuera de sí Marsilla: ¡tú me engañabas, porque te has casado cuando me has creído muerto; cuando has creído que nada tenías que temer de mí! te has unido á un hombre sin amarle, únicamente por unir el señorío de tu padre al señorío de Albarracín; porque, como tu padre, no tienes corazón más que para la soberbia y la avaricia.

Marsilla estaba verdaderamente loco.

En aquellos momentos decía lo que sentía.

Lo que le inspiraba la desesperación y la cólera.

Despreciaba á Isabel.

La creía sórdida.

Dominada por la vanidad.

Incapaz de todo sentimiento noble.

Y al mismo tiempo su hermosura crecía á sus ojos.

Le arrebataba.

Le fascinaba.

Y era que Isabel, combatida por un cúmulo de contrarias pasiones, se transfiguraba, se idealizaba.

Aparecía magnífica, sensual, carnal, brava, dolorida, irritada.

Se agitaba su alma.

Salía á sus ojos.

La hacía irresistible.

Miraba á Marsilla de una manera intensa, suprema.

Comprendía su amor, su dolor, su desesperación.

Veía su locura.

No podía irritarse por sus injurias.

Aquellas injurias eran la muestra más patente de la inmensidad de su amor.

Se contaminaba Isabel.

Ardía.

Marsilla estaba también transfigurado.

Como Isabel, aparecía hermosísimo, sensual, carnal, irresistible.

La virtud de Isabel se medía en ruda batalla con su corazón, con su sangre, con lo violento de la atracción que sobre ella ejercía Marsilla.

Era un momento de todo punto decisivo.

Un amor incomparable atraía la una á la otra á aquellas desgraciadas criaturas.

Entre ellas estaba, como una maldición, la fatalidad.

Y en vano pretendía Isabel ocultar el amor que por Marsilla la devoraba las entrañas.

Aquel amor inmenso, infinito, incomparable, fluía de todo su ser.

Excitaba á Marsilla, que enloquecía más y más.

Que se engañaba más y más á cada momento que pasaba.

Que á cada momento se sentía más poseído de una desesperación horrible.

—¡La muerte ó tu amor! exclamó al fin.

Y se lanzó hacia Isabel.

Ésta retrocedió aterrada.

Marsilla estaba completamente fuera de sí.

Isabel llegó hasta un ángulo de la cabaña.

No podía retroceder más.

Marsilla la abrazó.

La rodeó la cintura.

La retuvo.

En aquel momento se sublevó toda la virtud de Isabel, que aún no estaba vencida por la locura.

Se sintió perdida.

Deshonrada.

Víctima de la pasión para ella brutal, de aquel á quien tanto había amado y amaba.

Se hizo en ella una reacción poderosa, terrible.

No vió más que su honra en peligro.

La honra de su padre.

Marsilla estaba dominado por un furor que le enloquecía.

De improviso, y viéndose perdida Isabel, brilló en sus manos un pequeño puñal.

Un puñal de dama, que siempre llevaba consigo.

Un nuevo esfuerzo desesperado de Marsilla cegó á Isabel.

Hirió.

Hirió como hiere una mujer desesperada y brava.

Hirió por tres veces, y con la furia de la desesperación, sin pensar más que en su honor, en el pecho de Marsilla.

Éste lanzó un grito horrible.

Sus brazos aflojaron.

Soltaron á Isabel.

Dió algunos pasos vacilantes.

Cayó de espaldas.

La sangre brotaba á borbotones de sus heridas.

Isabel, con el puñal en la mano, estaba inmóvil, helada, espantada, con la mirada extraviada, horrible.

Veía, y no quería creer lo que veía.

Pretendía lanzarse á Marsilla para socorrerle, y no podía moverse.

El espanto la coartaba.

La anulaba.

Sentía algo horrible sobre todo lo horrible.

Algo indefinible.

Algo superior á todas las torturas imaginables.

Y Marsilla se agitaba.

Pretendía levantarse.

Volvía á caer.

La llamaba con voz ronca y desesperada.

Al fin Isabel dió un grito espantoso.

Arrojó frenética el puñal.

Se lanzó á Marsilla.

Se arrodilló junto á él.

Luego se arrojó sobre él llorando de una manera desgarradora.

En aquel momento se abrió la puerta de la cabaña, y entró un hombre.

Había llegado la hora del complemento de la infame venganza de don Enguerrando.

El hombre que acababa de entrar era don Rodrigo de Azagra.

Traía en la mano una espada desnuda.

Al ver el grupo que formaban por tierra Isabel y Marsilla, abrazados, apurando, no un placer, sino una agonía horrible, don Rodrigo cegó de cólera, de desesperación, de odio.

No vió que Isabel pretendía socorrer, volver á la vida á un hombre á quien había amado y amaba, herido y espirante.

No vió el horror de aquella tragedia.

Ni oyó los gritos desesperados de Isabel.

El llanto insistente y terrible.

Sus ojos estaban velados por una sangrienta niebla.

Un zumbido horrible ensordecía sus oídos.

Una rabia de demonio le impulsaba.

Se lanzó frenético sobre ellos.

Hirió en el costado á Isabel.

Ésta arrojó un grito agudo, espantoso.

Vió á don Rodrigo, y exclamó:

—¡Ah! ¡gracias!... ¡gracias!... ¡Vos... me habéis unido á él!... ¡Ya no puede separarnos nada, porque la muerte protege nuestro amor!...

Y luego, abrazándose estrechamente á Marsilla, exclamó con un acento inefable, supremo, inmenso, que llegó hasta las últimas fibras de las entrañas del espirante Marsilla:

—¡Ah!... ¡yo... te amo!... ¡yo... te he... amado siempre!... ¡yo soy tuya... ¡tuya... por toda la eternidad!...

Y sonó un beso.

Un doble beso.

Un beso terrible.

Luego... nada.

La vida de los dos amantes se había extinguido en aquel beso de amor.

En aquel beso supremo.

Sus almas habían partido juntas y dichosas al seno de Dios.

Don Rodrigo permanecía estúpido, embrutecido, con la espada ensangrentada en la mano, inmóvil, espantado ante los dos cadáveres abrazados y con las bocas unidas.

En aquel momento sonó á espaldas de don Rodrigo una voz terrible.

—¡Ahora tú... cobarde!... exclamó: ¡es necesario que yo acabe de apurar todo lo que pueda mi venganza!...

Volvióse don Rodrigo, y vió ante sí, trémulo de ira, y con la espada en la mano á don Enguerrando de Azagra.

La desesperación, el remordimiento, el dolor por la muerte de Isabel, le dieron una exacerbación de valor que nunca había sentido.

Se lanzó rugiente contra don Enguerrando.

Pero éste, que había sido una grande espada, que á pesar de sus años conservaba todo su vigor, terminó muy pronto aquella situación.

En vano quiso parar don Rodrigo un formidable fendiente de don Enguerrando.

La espada de don Rodrigo fué rota por la empuñadura.

Deshecha la mano que la sostenía.

El terrible golpe alcanzó en la cabeza á don Rodrigo.

La ancha hoja dividió el cráneo y quedó enclavado en él.

La arrebató de las manos de don Enguerrando al caer pesadamente el cuerpo yerto.

Don Rodrigo quedó tendido é inmóvil, á alguna distancia de los cadáveres de los dos amantes, y con la espada de don Enguerrando en la cabeza.

—¡Y no resucitan! exclamó rugiente: ¡y la sed de mi venganza aumenta!...

Esta horrible frase era muy semejante á aquella feroz de uno de los personajes de Shakespeare delante de su enemigo muerto á sus manos.

«¡Y no tiene hijos!»

Lo más terrible de la venganza es la impotencia.

Su sed no se apaga con nada.

No hay horror, no hay desventura que la satisfaga.

El que muere no sufre.

—¡Gente enemiga! exclamó entrando apresurado uno de los sicarios de don Enguerrando: una gran multitud viene á toda rienda hacia aquí, señor.

—Sí; los he llamado yo, para que cuanto antes coronen mi venganza, dijo don Enguerrando.

Y partió.

Quedaron en la horrible cabaña los tres cadáveres, sobre un mar de sangre.

La candela que en la cabaña había se extinguió.

Su luz vacilante, que menguaba y se dilataba en su agonía, hacía más terrible aquel espectáculo horroroso.

De improviso se sintió ruido de mucha gente que, á poco, invadió la cabaña.

La primera persona que apareció con una antorcha en la mano, fué Noemi.

La seguía don Pedro de Segura.

Don Martín Garcés de Marsilla no tardó en aparecer.

La desdichada doña Margarita apareció también.

Por fin se dejaron ver muchos vecinos de Teruel, el bailío, el abad de los Benedictinos y los servidores de Segura.

La villa entera estaba allí, espantada.

Ante su ojos se manifestaba la horrenda tragedia.

Todos habían sido avisados por gentes de don Enguerrando, que habían llegado á las puertas, habían llamado y habían dejado bajo la puerta un pergamino, en el cual se leían estas palabras:

«Id á ver cómo se venga un esposo injuriado, un padre desesperado, un muerto resucitado, á la cabaña de los pastores de la *Cruz de los Gamos*.»

Todos habían temido una desdicha.

Todos habían corrido al lugar de la tremenda cita.

Todos veían con horror la abominable venganza de don Enguerrando.

La situación no es para descrita.

Dados sus horrores, la imaginación de los que nos lean, verán más, mucho más de lo que nosotros pudiéramos decirles.

Don Pedro de Segura, á la vista de los cadáveres de su hija y de Marsilla abrazados y con las bocas unidas, sintió sobre sí la mano de Dios, que lanzaba sobre él la maldición que su padre había provocado, deshonrando en su mismo hogar de Segura á su amigo ausente, en su culpable esposa doña Yolanda; después, allí mismo, el esposo injuriado, sobrevenido de improviso, había ven-

gado su deshonra, ayudado por el secreto de infames servidores.

Vió el cadáver del hijo de la infamia y del adulterio.

Sintió el castigo de su avaricia que había sacrificado á su hija y al pobre, al desventurado Marsilla.

Creyó, al ver unidos los dos cadáveres, estrechadas las heladas bocas, en la consumación de su deshonra.

Los creyó muertos á manos del marido en el momento del crimen.

Dió una gran voz, una voz inarticulada, y luego rompió á reir de una manera insensata.

Se había vuelto loco.

Doña Margarita había caído por tierra sin sentido.

Noemi aparecía terrible.

Todos los demás circunstantes estaban aterrados.

El bailío intervino.

Después del ricohombre de Teruel, él era el justicia supremo de la villa.

Una circunstancia dejó ver muy pronto que Isabel había perdido la vida pero no el honor.

Marsilla resultó sin armas.

Se encontró el puñal de Isabel.

Este puñal se adaptaba perfectamente á las heridas de Marsilla.

La que en el costado tenía Isabel aparecía hecha indudablemente por la espada de don Rodrigo de Azagra.

En la que fué necesario arrancar, no sin algún esfuerzo, del cráneo de don Rodrigo de Azagra, se hallaron en el pomo las armas del señorío del Albarracín.

Todo esto demostraba que aquella horrible tragedia

había sido preparada y motivada por la venganza de don Enguerrando.

Era aquella una conmovedora desventura de amor.

Así lo comprendieron todos.

Todos, profundamente conmovidos, quedaron pensando en aquella horrible desdicha.

Se sintieron dolorosamente conmovidos por los dolores, las desgracias y el fin sangriento de los dos amantes.

La conmiseración y el sentimiento público se sobrepusieron á todo.

Marsilla é Isabel fueron enterrados en una misma sepultura.

Parecía como que quería Dios darles en la muerte el tálamo que no habían podido alcanzar en vida.

Esta dolorosísima historia fué pasando por tradición, alterada en parte por cada uno de los que la narraban, de padres á hijos y de generación en generación.

Nosotros hemos consultado al espíritu invisible que nos favorece con sus inspiraciones y él nos ha dictado el largo relato que acabáis de oir.

¿No creéis en los espíritus? no os burléis de ellos

Ellos existen y están en relación con los hombres.

Si no fuera por ellos, ¿cómo hubiera podido saber yo tanta y tanta historia?

Creed que la que acabáis de leer es la verdadera de *Los Amantes de Teruel.*

EPILOGO

Han quedado algunos cabos sueltos.

¿Pero en qué verdadera historia no quedan sueltos cabos?

Se nos preguntará:

—¿Qué fué de Noemi?

—Se horrorizó de sí misma, y se metió monja.

—¿Qué fué de Angiolina?

—Se curó al fin como pudo de su amorosa pasión por Marsilla, y protegida por su padre, casó con un príncipe cristiano.

—¿Qué fué del infante don Alonso *el Bastardo,* y de su hermana doña María, ó sea Mari-galana?

—Os confesamos francamente que no nos hemos entretenido en saber lo que del primero fué. En cuanto á la segunda, vivió al lado del rey don Pedro hasta que, viuda al fin del *Encogido,* casó con el barón de Cruilles.

Agar se fué á Castilla, y profesó en las Huelgas.

El desventurado padre de nuestro héroe, don Martín Garcés de Marsilla, sobrevivió muy poco tiempo á su desdichado hijo don Diego.

No sabemos lo que fué de don Enguerrando, ni se lo hemos preguntado á nuestro espíritu.

Tan infame había sido su venganza, que hace suponer que se lo llevó el diablo.

En cuanto á don Pedro Ahones, al cual habíamos perdido al principio de nuestro relato, y á su hermano el obispo, ambos murieron con la muerte de los infames, en una de las revueltas á que tan dados eran.

Una vez terminada la historia de nuestros amantes, las demás historias nos suponen muy poco.

Diremos, sin embargo, que don Pedro de Segura, curado de su locura, pero aquejado por el remordimiento, muerta de dolor su pobre mujer doña Margarita, se fué con el rey don Pedro II *el Católico*, á la guerra á que llamaba á éste su antiguo vasallo el conde Simón de Monforte, defensor del Papa.

En fin, murieron en un mismo día, 1214, en la batalla de Muret, el rey don Pedro *el Caballero*, que á pesar de ser renombrado *el Católico*, cayó defendiendo la causa de los herejes albigenses, y el desgraciado ricohombre de Teruel, don Pedro de Segura, que por su soberbia y su avaricia, había causado la conmovedora é inolvidable desgracia de Isabel y de Marsilla.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I. De cómo por la simple vibración de un laúd, puede ponerse en cuidado toda una familia. 5

II. De cómo el amor de una madre adoptiva puede ser para su hijo adoptivo el principio de una fatalidad.. 11

III. De cómo las mujeres, ofendidas en su amor, cuanto más aman más crueles se muestran. 15

IV. De la galantísima manera con que Malespina recibió en su castillo á Marsilla. 23

V. De cómo lo domina todo el amor. 30

VI. En que aparece inesperadamente uno de nuestros más antiguos conocidos.. 41

VII. De cómo Mari-galana se encontró en los lugares en que había pasado su infancia. 47

VIII. Que es muy corto, porque sólo sirve para decir que Malespina se puso sobre la pista de los que buscaba. 52

IX. En que se dice cómo don Enguerrando había podido apoderarse de Angiolina y de Marsilla.. . . . 57

X. De cómo María se quedó sola con su marido, en el lugar en que estaba enterrada su madre. . . 64
XI. De cómo María encontró más de lo que buscaba en la cueva donde había pasado su infancia. . . 68
XII. En que se ve hasta qué punto era noble el infante bastardo de Aragón, Gutier de Malespina. . . 74
XIII. En que el infante don Alonso lee la primera parte de una interesante historia, á su hermana la infanta doña María. 78
XIV. En que Malespina continúa leyendo la historia de su madre. 104
XV. Continuación de la historia de doña Blanca de Palou. 121
XVI. Fin de la historia de doña Blanca de Palou. . . 140
XVII. De la extravagante conversación que tuvieron Marsilla y el señor Piccolomini. 151
XVIII. En que se ve que un rey puede humanizarse hasta el punto de tratar de igual á igual á su vasallo. . 161
XIX. De cómo Malespina volvió el alma y la vida á Marsilla. 173
XX. De lo primero que hicieron en el reino de Valencia Marsilla y los Compadres de la Cruz de fuego. . 177
XXI. En que se ve qué casta de caballero era, cuando combatía, Diego Marsilla. 185
XXII. De cómo Marsilla se convirtió de cristiano en moro, en cuanto á las apariencias, y del lugar donde fué á parar. 190
XXIII. En que continúan las peregrinas aventuras que en tierra de moros acontecieron á Marsilla. . . 198
XXIV. Un desposorio de amor sobre un caballo á la carrera. 208
XXV. De cómo Marsilla se encontró con una familia real. 211
XXVI. En que se ve que las aventuras de Marsilla iban creciendo en magnitud. 220
XXVII. En que Marsilla sabe por Noemi un gran secreto de familia de don Pedro de Segura. 225
XXVIII. A cuyo fin se interrumpe una dulce conversación por un terrible accidente imprevisto. . . . 236
XXIX. En que Marsilla se pone sobre una aventura tal, y tan grande, como no la había arrostrado ningún caballero. 242

XXX. De la tenebrosa aventura que aconteció á Marsilla.. 249
XXXI. En que se pierden, de distinta manera, y uno después de otro, Noemi y Marsilla. 253
XXXII. De la extraña aventura que le salió al paso al emir, cuando buscaba á su nieta Noemi.. . . . 259
XXXIII. En que se ve lo que puede ocultarse bajo la apariencia de la santidad. 269
XXXIV. De cómo le salió un nuevo amor á Marsilla. . . 274
XXXV. De cómo el haberse enamorado el emir, favorecía en gran manera á Marsilla.. 281
XXXVI. De cómo don Rodrigo de Azagra, señor de Albarracín, creyó que veía visiones. 286
XXXVII. En que don Rodrigo encontró más de una razón para aturdirse. 295
XXXVIII. En que se ve que don Pedro de Segura se encuentra con una cosa que no esperaba. 299
XXXIX. De cómo se alegró mucho don Pedro de Segura de la aparición de su hija Noemi. 304
XL. De cómo fué reconocida Noemi por don Pedro de Segura. 316
XLI. De cómo el dinero es un buen pasa-disgustos. . . 322
XLII. De la mala manera que acogió Noemi á don Rodrigo de Azagra. 329
XLIII. De cómo fué solemnemente adoptada por doña Margarita, Noemi.. 334
XLIV. De cómo Noemi había tomado un gran ascendiente sobre su familia. 342
XLV. De cómo hombres tales como don Pedro de Segura, consiguen de sus reyes todo cuanto quieren. . 349
XLVI. En que se ve hasta qué punto era antojadizo y violento el rey don Pedro II de Aragón. . . . 357
XLVII. En que se ve que el señor Piccolomini servía para todo. 361
XLVIII. Cómo se puede gobernar á un rey. 366
XLIX. En que se ve cómo se trataban los ricohombres de Aragón, con el rey su señor. 379
L. Cómo puede intrigar una mujer sola. . . . 386
LI. En que se ve que aragoneses y catalanes han sido siempre los mismos. 392
LII. De cómo aragoneses y catalanes ganan á Valencia

en una empresa de la cual no se ocupa la historia. 400
LIII. En que se ve cómo puede curarse un hombre, á causa de una violencia ejercida contra él. . . 406
LIV. En que se trata de una oftalmía, y del gran cuidado en que estaba Europa por lo que se verá. . . 414
LV. Hasta qué punto eran señores de todo en sus dominios los emires moros. 418
LVI. De lo peligrosa que puede ser para un soltero una fascinación violenta por una mujer. 424
LVII. De cómo Artal de Lauria llegó hasta el fondo del abismo del amor. 427
LVIII. En que se publican tres cartas históricas que no existen en ningún archivo. 432
LIX. En que se ve que el rey don Pedro el Católico seguía la tradición de la política aragonesa. 442
LX. En que se relatan sucintamente algunas cosas que es necesario saber. 447
LXI. En que se añade algo más al capítulo anterior. . 456
LXII. De cómo Agar tuvo al fin ocasión de acudir en socorro de Marsilla. 459
LXIII. De cómo las mujeres sirven para algo más que para el amor tratándose de un hombre.. 466
LXIV. De cómo Agar libertó de su dulce esclavitud á Marsilla. 471
LXV. En que continúa el relato de las peregrinas aventuras de nuestro héroe. 477
LXVI. De cómo Marsilla se vió obligado á ser el caudillo de una hueste de dos mil lanzas. 484
LXVII. De cómo al que bien se presenta se le recibe mejor. 488
LXVIII. En que se ve hasta qué punto llegaba el egoísmo amatorio de Marsilla. 495
LXIX. En que se ve de cuánta ostentación podía dar muestra, á causa de sus riquezas, Agar. 501
LXX. De cómo no siempre puede acabarse un festín que tiene lugar á la vista del enemigo.. 511
LXXI. Revista histórica hecha á paso de carga. 515
LXXII. De cómo Marsilla fué un gran caballero, pero muy poco afortunado. 523
LXXIII. En que Marsilla se ve metido en confusiones, y aun siente miedo. 527

LXXIV. En que se ve hasta qué punto puede ser lúgubre una mujer hermosa. 535
LXXV. En que continúa el peregrino y terrible relato de Wadyaláh. 549
LXXVI. De cómo sin combatir se encontró Marsilla junto al emir Almanzor Mohamed-el-Verde-ben-Mahedi. 554
LXXVII. En que se trata de los campos de guerra de las Navas de Tolosa.. 564
LXXVIII. Un bosquejo á la ligera del Amir-Almumenin.. . 570
LXXIX. En que el autor habla algo de dos emires moros, y un poco de sí mismo, á propósito de un recuerdo á Granada.. 576
LXXX. En que se habla de las vísperas de la batalla de Alacab, ó de las Navas de Tolosa. 583
LXXXI. En que se habla del milagro del pastor de las Navas. 588
LXXXII. De cómo, por más que se endulce, la esclavitud es siempre amarga. 595
LXXXIII. De cómo un par de orejas pueden ser dos joyas de gran valor, y una condición de amor. . . . 601
LXXXIV. De cómo por el amor puede convertirse á un verosímil déspota en una bestia inverosímil. . . . 617
LXXXV. En que se ve hasta qué punto llevaba su audacia y su valor Marsilla.. 621
LXXXVI. De cómo el amor de la mujer por el hombre es á veces tan audaz y tan valiente como el amor del hombre por la patria y por el honor. . . . 628
LXXXVII. De qué manera escapó Marsilla de los que le perseguían. 633
LXXXVIII. Del horroroso sueño que sufrió Marsilla, y de cómo al fin se encontró con los cristianos. . . . 638
LXXXIX. De cómo hubo, la víspera del día de la Virgen del Carmen, de 1212, en tierras de Andalucía, una pequeña batalla de que no se ha ocupado la historia. 652
XC. En que se ve que era muy poco político Mohamed el Verde. 663
XCI. De los principios de la batalla de las Navas de Tolosa.. 671
XCII. En que se acaba de relatar la victoria de las Navas.. 683
XCIII. En que se ve que no se llegó á los resultados á que se hubiera podido llegar por el triunfo de las

Navas. 693
XCIV. En que se dice la situación en que se encontraban algunos de nuestros personajes. 697
XCV. De la desgarradora noticia que llevó Galcerán á don Martín Garcés de Marsilla. 705
XCVI. En que se acerca para la pobre Isabel de Segura la hora del sacrificio. 708
XCVII. En que se ponen frente á frente por Marsilla las dos sultanas Sayda Noemi y Sayda Wadyaláh. . . . 712
XCVIII. De cómo Noemi, por salvar á Marsilla, no vaciló ante un horrible crimen. 718
XCIX. En que se da á conocer una terrible intriga mujeril. 721
C. En que se ve la buena noche de bodas que comenzó para don Rodrigo de Azagra. 730
CI. En que se dice cómo supo don Enguerrando de Azagra que Marsilla vivía. 743
CII. En que se ve la dolorosísima situación en que se encontraba Isabel de Segura. 746
CIII. El resultado que tuvo una intriga de Noemi. . . 754
CIV. En que se ve el peligro en que se encontraba por culpas ajenas el emir Muzay-al-Manzur. . . 766
CV. De cómo fué sacado Marsilla de Valencia. . . 772
CVI. En que se ve que era un buen hombre el abad de los benedictinos de Teruel. 780
CVII. En que se ve que don Martín de Marsilla supo que había aparecidos de carne y hueso. . . . 791
CVIII. Del buen encuentro que tuvo una noche Marsilla. . 798
CIX. En que se ve de qué infame manera preparó su venganza don Enguerrando de Azagra. 805
CX. En que se llega á la catástrofe de esta verídica historia. 812
Epílogo. 831

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO SEGUNDO

—Yo soy el príncipe Miletto de Castellobianco, dijo con la voz apagada por la emoción. 32

Angiolina lanzó un grito agudísimo, desgarrador. 43

El jinete árabe aguijó su caballo á muerte ó á vida. . . . 183

—Repórtate, señor, que tu hija no viene á causarte ningún daño. 306

—Si se acostumbra á saludar aquí de esta manera á las damas, será necesario que yo enseñe á los que me conocen, otras costumbres. 332

—Yo contemplaba aquella cabeza horrorosa que tenía entre mis manos y que destilaba sangre. 545

—¡Isabel, Isabel! ¿qué has hecho de mi alma? 814

299146
Author Fernández y González, Manuel
Title Los amantes de Teruel. Ed.3. Vol.2.
LS
F3674am
DATE.
NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU